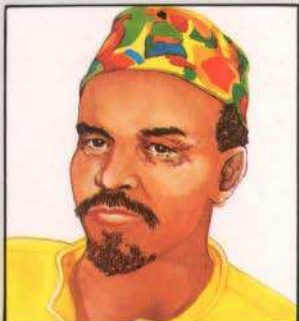


Lenin y las naciones



*Javier
Villanueva*



Lenin y las naciones

Lenin y las naciones

*Javier
Villanueva*

Editorial  **Revolución**

1ª edición: mayo 1987

**La cubierta es obra de Paradox
EDITORIAL REVOLUCION S. A. L.
Gran Vía, 88, Bloque 6-9º, puerta 3
Tel. 241 81 17 - 28013 Madrid**

**ISBN: 84-85781-58-9
Depósito Legal: 13.159-1987
Impresión: A.G. GRUPO, S. A. Nicolás Morales, 40. 28019 Madrid**

*A la memoria de
Txema Orbezu,
el “Bolche”*

Presentación

El origen de este libro se remonta a unas conferencias sobre el pensamiento de Lenin, hace un par de años, en las que expuse un análisis de sus ideas acerca de los fenómenos nacionales centrado básicamente en dos momentos concretos: alrededor de la primera revolución de 1905 y durante la coyuntura de 1913 y 1914.

El interés suscitado en los participantes de aquellas conferencias, militantes del campo marxista revolucionario vasco, y la impresión de haber presentado unas claves sugerentes para encuadrar la evolución de las ideas de Lenin, me animaron a afrontar la tarea más ambiciosa y complicada de considerar el conjunto de su obra. Me estimuló también a emprenderla, por qué no decirlo, la sensación de que esta parcela del pensamiento de Lenin se encontraba un tanto maltratada, sobre todo entre los lectores en castellano. A estas alturas sigue sin haber en las librerías una obra de conjunto que examine las posiciones de Lenin con cierta amplitud y esta ausencia es tanto más llamativa cuando se repara en que

abundan, en cambio, las que versan sobre el pensamiento nacional de Marx y Engels. Pero, además, y en esto me apoyo en mi propia experiencia personal, quien quiera hacerse una idea precisa sobre la obra de Lenin a este respecto está condenado a tener que manejar unas recopilaciones insatisfactorias por la falta de referencias críticas tanto sobre los textos como acerca del contexto histórico-político en que se produjeron o ha de escarbar entre una dispersa bibliografía de comentaristas que demuestran, salvo muy escasas excepciones, haberle prestado no demasiada atención a este campo particular de la obra de Lenin, cuando no lo someten de lleno a un juicio sumarísimo que deja al lector sumido en la perplejidad.

Con el afán de cubrir ese hueco y poder satisfacer asimismo mi propia curiosidad he pretendido reconstruir, paso a paso, toda la trayectoria de Lenin relativa a los problemas nacionales, poniendo el acento a la vez en varios campos de preocupación y en su interrelación. **Primero**, atender a la génesis de las ideas de Lenin y a su evolución a lo largo del tiempo. **Segundo**, situar el lugar de sus preocupaciones nacionales dentro del conjunto de su obra, fijándome especialmente en qué significado tienen dentro de sus planteamientos políticos, tanto en los tácticos como en los más estratégicos, y qué conexión guardan con sus preocupaciones políticas prioritarias. **Tercero**, contrastar sus juicios, posiciones, lagunas, silencios, etc, con la realidad de entonces de los movimientos nacionales del imperio ruso, su significación histórica, planteamientos políticos, evolución... Y **cuarto**, encuadrar su obra dentro del campo marxista europeo que en ese momento está afrontando también la elaboración de una teoría y una práctica para los problemas nacionales, de manera que puedan verse sus mutuas relaciones, dependencias, contradicciones, aportaciones, etc.

La elección de estos campos de investigación ha condicionado claramente, a su vez, el propio método de exposición. He querido dar prioridad a la exposición de las ideas de Lenin y a su contexto, no ya sólo por tratarse de un político re-

volucionario caya producción teórica y política es inseparable de la coyuntura concreta, sino porque me ha parecido importante para poder presentar la estrecha conexión existente entre sus ideas y el marco político y doctrinal de la época. Y en virtud de ello, he optado por el método que —aparte de resultarme más cómodo, pues sigue casi linealmente el propio trabajo hecho—, me ha permitido atenerme más fielmente a ese propósito, aunque pueda resultar excesivamente prolijo en algunas cosas y, en su conjunto, induzca a la reiteración.

La periodización de la obra de Lenin responde fundamentalmente a criterios objetivos, esto es, a la existencia de distintas coyunturas políticas que conviene diferenciar (y que él mismo, dicho sea de paso, señala expresamente en sus escritos); pero en parte también responde a un criterio subjetivo, dada la conveniencia de separar una primera época de su vida, y la más larga en duración, en la cual Lenin no reflexiona demasiado sobre los fenómenos nacionales. Al margen de los siete períodos en que divido la trayectoria de Lenin, he incluido un par de capítulos, los dos primeros, con el fin de resumir al lector una visión panorámica de las vicisitudes que atraviesa la elaboración doctrinal marxista sobre los problemas nacionales de la época y, por otro lado, de las particularidades que ofrecía el imperio ruso desde el punto de vista nacional. Independientemente del acierto o no en su tratamiento, ambos capítulos pueden facilitar una mejor comprensión del contexto en que se mueve Lenin.

Soy consciente del riesgo que entraña haber emprendido este trabajo con un desconocimiento absoluto por mi parte de la lengua rusa. Amén de haberme condenado a no poder manejar más que las versiones castellana y francesa de las obras completas de Lenin y a confiar por fuerza en su bondad, esa carencia implica otro riesgo: la falta de una verificación más rigurosa de cuanto se dice, mediante las abundantes fuentes directas existentes en la URSS.

Pese a ello, creo haber hecho un esfuerzo honesto por penetrar en el mundo de las ideas de Lenin. Más allá de los propios juicios emitidos sobre estos o aquellos acontecimientos,

siempre hechos en cualquier caso sin ninguna intención de pontificar, he pretendido acarrear los elementos más imprescindibles para que el lector pueda hacerse cargo por su cuenta del alcance y los límites que tuvo la intervención teórica y práctica de Lenin en los asuntos nacionales. No obstante, debo advertir que puede haberse ido la mano tal vez y quedar rebajada de hecho la voluntad de ofrecer una visión crítica de la trayectoria de Lenin. Aunque mi intención ha sido la de no situarle en un pedestal —como él mismo, por cierto, lo exigía al referirse a la obra de Karl Marx—, tal vez se note demasiado la sincera admiración que siento por el personaje, por el pensador no conformista, por el revolucionario apasionado que fue Lenin a lo largo de toda su vida.

A los casi 63 años de su muerte nuestro mundo sigue planteándose el viejo problema que él enunció e intentó resolver precisamente: la necesidad de alumbrar un proceso revolucionario que impulse y persiga la liberación integral de los pueblos; o, dicho de otra forma, que acabe con la existencia de *unos* pueblos dominados o dependientes y *otros* dominadores, pero también con la existencia de dominantes y dominados *dentro* de cada pueblo. Es obvio que somos los seres humanos de hoy y del futuro, de pueblos como el vasco y tantos otros donde miles de personas comparten en la práctica diaria una tensión de lucha liberadora, los que hemos de seguir intentando la resolución de ese viejo problema. Pero al hacer esta andadura no esta de más que tengamos en cuenta la experiencia de quiénes, como Lenin, con sus aciertos y errores, se empeñaron sinceramente en abrir caminos de liberación a los desposeídos y oprimidos de la humanidad.

Euskadi, septiembre de 1986.

CAPITULO I

La teoría marxista sobre las cuestiones nacionales en el paso del siglo XIX al XX

Una época de cambio (de 1870 a la Primera Guerra Mundial). La constitución del mundo moderno

La vida de Lenin, 1870-1924, transcurre en un período excepcional en la historia del mundo moderno. A la altura de la década de los 70 del pasado siglo se está consumiendo un ciclo histórico que ha conocido una intensa pugna entre las fuerzas sostenedoras del Antiguo Régimen y el movimiento democratizador de la burguesía. Con la excepción de Inglaterra, epicentro de la primera revolución industrial, y en otro sentido de Francia, único lugar donde se hizo propiamente una revolución burguesa, la modernización política y social avanza con lentitud en las sociedades europeas. En 1870, sólo Inglaterra era ya, en rigor, un país industrializado y el sector primario ocupaba allí a una minoría de la población, el 35%. En el resto de Europa, pese a la existencia ya de algunos núcleos industrializados, la gran mayoría de la población seguía atada al campo, incluso en países como Francia o Alemania.

En ese momento, 1870, el poder de las viejas clases nobiliarias y la estratificación social del Antiguo Régimen todavía no se han resquebrajado profundamente.

Los cincuenta años siguientes se caracterizan sin embargo por una aceleración del cambio social en las sociedades europeas. El motor del cambio son los avances científicos y tecnológicos que posibilitan la explosión de una segunda revolución industrial —basada en el gran desarrollo de la industria electrónica, química y petroquímica— cuyo epicentro se sitúa ahora en Alemania y que se extiende con desigual intensidad por el resto de Europa. Esta oleada de industrialización va acompañada de un conjunto de fenómenos que en pocas décadas remueven profundamente los modos de vida tradicionales. En efecto, fenómenos como la destrucción de la economía agraria tradicional, el desplazamiento de la agricultura en favor de la ciudad y la industria, la emigración y proletarianización de millones de campesinos, el rapidísimo desarrollo de las grandes ciudades y de los medios de transporte (metro, tranvía, bici, ferrocarril), la generalización y masificación de la educación escolar, etc., tendrán en estas décadas una honda repercusión social, subvirtiendo el modo de vida tradicional y arrumbando la estratificación social del Antiguo Régimen. Para 1920, tras la Primera Guerra Mundial ya puede hablarse en general de una Europa occidental industrializada y que ha roto las ataduras del Antiguo Régimen.

En ese período de cincuenta años, por otro lado, da un salto gigantesco la internacionalización de la vida económica. Aparte de triplicarse en poco tiempo el comercio mundial, es en esos años cuando puede hablarse con propiedad de una economía mundial. La gran industria requiere los recursos materiales de todo el planeta, los excedentes de capital se invierten en los países de ultramar y toda la economía mundial se hace más interdependiente.

En lo político es una época de democratización en general de la vida europea. Aunque las viejas clases dominantes todavía retienen fuertes posiciones en la burocracia del Estado y en los Ejércitos, es el momento de su relevo por las nuevas

élites burguesas y de la irrupción de nuevas formas del juego político. A partir de los procesos electorales basados en el sufragio universal (sólo masculino en sus primeros momentos), la configuración de partidos políticos de masas y el desarrollo de la prensa, la política deja de ser una ocupación exclusiva de los notables por nacimiento y comienza a ser en cierto modo un asunto de masas. El motor de fondo de la democratización política es sin duda la aparición de un movimiento obrero de masas organizado en los sindicatos y partidos de las diversas familias socialistas que se constituyen en el comienzo de este período, tras la disolución de la I Internacional. Después de durísimas luchas y huelgas hasta que consiguen imponer su presencia en la nueva sociedad burguesa, los sindicatos y partidos socialistas se convierten en una opción alternativa a los gobiernos de la época. En 1914, esto es, veinticinco años después de la fundación de la II Internacional, los partidos socialistas integrados en ella son la fuerza política mayoritaria en países como Alemania, Francia, Suecia, Finlandia, y tienen ya una fortísima implantación electoral en otros países europeos como Bélgica, Inglaterra, Italia, Austria, etc.

En lo que respecta a los asuntos nacionales, también es una época de fuertes cambios, derivados de una serie de procesos que modifican sustancialmente la vida de los pueblos en estos cincuenta años, entre 1870 y 1920.

El primero en el tiempo es *la transformación de los antiguos Estados señoriales en Estados nacionales*, con independencia de que el nuevo Estado se conformara o no sobre una base humana homogénea (una misma lengua, una cultura e historia común, etc.)

A partir de 1870, cuando Alemania e Italia acaban de estrenar su unificación nacional, es el momento de la entronización del Estado-Nación, prácticamente en toda Europa. Este fenómeno tiene una doble dimensión. Implica un proceso de *modernización del Estado* y de la sociedad que trastoca las bases del Antiguo Régimen. La concepción patrimonial del Estado y de la soberanía, como posesión exclusiva de las casas reales y de las castas señoriales aristocráticas, cede su

lugar a una nueva concepción del Estado cuyo fundamento formal es la soberanía popular a través de los Parlamentos elegidos mediante el sufragio universal. Pero, de otra parte, y en tanto que dicha modernización del Estado adopta un carácter expresamente nacional, comporta una notable alteración del modo de vida tradicional de los pueblos.

Por regla general, el Antiguo Régimen permitía coexistir una gran variedad de pueblos y culturas dentro de un mismo Estado. Es más, pueden observarse no pocos casos de engrandecimiento del Estado con nuevos territorios por procedimientos tan aleatorios como los vínculos matrimoniales, las transmisiones hereditarias, etc, sin que se modificara básicamente por ello el status de las diferentes comunidades así transferidas. Y esto era posible porque las funciones del Estado señorial, aparte de escasas, podían ser compatibles con el mantenimiento de una pluralidad de pueblos y culturas diferentes en los territorios de la Corona. Bastaba con que el último eslabón de la cadena señorial, el más próximo a los campesinos y conocedor normalmente de su lengua nativa, cumpliera los cometidos básicos de aquel régimen: recaudar los tributos, impartir justicia, organizar las levadas para la guerra, mantener el orden señorial...

El Estado moderno, el estado de una sociedad que avanza por la vía de la industrialización, debe atender en cambio funciones más complejas. Camina parejo con la unificación del mercado interior (hasta entonces troceado por la existencia de las aduanas) y debe afrontar el problema de la multiplicidad de lenguas. De la misma forma, tiene la exigencia de unificar la legislación y la administración de justicia para todos los ciudadanos de su territorio; necesita acometer la modernización del Ejército, instaurar el servicio militar obligatorio, generalizar la enseñanza básica ¹... La atención de estas nue-

¹ Exposiciones de este proceso en *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* de O. Bauer, segundo capítulo (El Estado nacional), editorial Siglo XXI, México (1979), pág. 169 a 184. También en «Nacionalidad e internacionalidad», de K. Kautsky, capítulo cuarto, dentro de la obra *La*

vas funciones, basándose en el axioma de que la unificación de todos los ciudadanos en una misma lengua y una misma «idea nacional» sirve más eficazmente al progreso de la nueva vía capitalista, es el meollo del Estado-Nación que entonces se consagra como arquetipo del Estado moderno.

La resultante de este proceso es un Estado que tiende a no admitir la pluralidad nacional en su seno y que aplica los mecanismos de fuerza a su disposición para conseguir expresamente la uniformidad nacional dentro de sus fronteras. Francia y Gran Bretaña son los precursores de ese Estado. Y, en especial Francia, donde la mayor radicalidad de su revolución burguesa también se dejó sentir mediante la proclamación del francés como «la lengua del progreso y de la libertad» y la práctica de una hostilidad manifiesta a las demás lenguas del territorio estatal ².

Durante el último cuarto del siglo pasado, y coincidiendo con la aceleración de este proceso de modernización estatal, se producen en muy diversos países violentas campañas de *imposición de la uniformidad nacional*, sirviéndose para ello de los poderosos recursos administrativos y coercitivos del Estado moderno. En muy buena medida, es la primera vez que esto acontece en la historia de una manera tan generalizada y directa. La Alemania de Bismark intenta la germanización violenta de polacos, lituanos, daneses, y persigue toda huella

segunda internacional y el problema nacional y colonial, segunda parte, número 74, editorial Cuadernos de pasado y presente, México (1978), págs. 142 a 149.

² Decía el jacobino Barrère en 1794: «...El federalismo y la superstición hablan bajo bretón; la emigración y el odio a la república hablan alemán; la contrarrevolución habla italiano y el fanatismo habla vasco» Y en esa misma época, otro colega suyo, Gregoire, afirmaba,: «...En una república, una e indivisible, el uso único e indivisible de la lengua de la libertad». Cfr. ambos textos recogidos de Rosdolsky, *El problema de los pueblos sin historia*, editorial Fontarama, Barcelona (1981), pág. 17. Más información sobre esto en la obra de Renée Balibar y Dominique Laporte, *Burguesía y lengua nacional*, editorial Avance, Barcelona (1976), que incluye en un anexo el informe presentado por Gregoire a la Convención Nacional «Sobre la necesidad y los medios de aniquilar los patois y universalizar el uso de la lengua francesa».

de cultura francesa en Alsacia y Lorena. El Estado zarista intenta por primera vez la rusificación de Finlandia y la intensifica en los demás países bálticos, en Ucrania y el Cáucaso, etc. Otro tanto sucede en el imperio turco, incluso tras la revolución nacionalista de los «jóvenes turcos», quienes por cierto resultan más unitaristas y agresivos aún que los sultanes anteriores y emprenden una violenta turquización de Armenia y de sus territorios balcánicos. Paradójicamente, este modelo de uniformización lo recogen asimismo, por ese tiempo, dos naciones dependientes del Estado imperial austríaco, como son Polonia y Hungría. Las campañas de polonización sobre lituanos y ucranianos, importantes minorías que pertenecieron algún tiempo al viejo reino polaco, o los intentos de magiarización de croatas, eslovenos, eslovacos y rumanos por parte de Hungría, no desmerecen para nada de los casos anteriormente citados. En el Estado español sucede algo similar, aunque tal vez tengan más peso en este caso los procedimientos administrativos que los abiertamente coercitivos y la violencia al desnudo se haga notar menos, en este período, en comparación con los demás casos mencionados ³.

Un segundo rasgo de esta época, es *el surgimiento del imperialismo* y la carrera de las nuevas potencias —o de las que aspiran a serlo— por repartirse el mundo.

Este fenómeno tiene una gran trascendencia para la vida de los pueblos en tanto que mundializa los problemas nacionales. Apenas veinte años después de su irrupción, prácticamente todo el mundo está sometido, con variedad de fórmulas, a una decena de países capitalistas. En la carrera impe-

³ Antonio Rovira i Virgili en su obra *Historia de los movimientos nacionalistas* en tres tomos, editorial Hacer, Barcelona (sin fecha). Ver capítulos dedicados a los respectivos países. La comparación con el Estado español pone de relieve que en esos mismos años, el proceso de castellanización se ha apoyado más en medidas meramente administrativas, no ha registrado la violencia política e intensidad de otros procesos europeos, ni ha estado vinculada a la cuestión de la tierra —expropiaciones, introducción de miles de colonos de la nación dominante, prohibición de comprar tierras o de edificar en ellas a los nativos, etc.— o a la imposición de otra religión.

rialista llevan ventaja, claro está, las viejas potencias coloniales como Inglaterra, Francia y Rusia; pero también las nuevas, como Estados Unidos, Alemania y Japón, se apoderan de todo lo que pueden; e incluso entran a disfrutar asimismo de una parte del pastel, potencias menores como Bélgica e Italia, esta última a través de sangrientas guerras en Libia, Abisinia y Somalia.

El dominio imperialista sobre otros pueblos abarca muy diversas modalidades, desde los acuerdos económicos ventajosísimos —exclusivas para la explotación de los recursos mineros, por ejemplo, o para la construcción de la red ferroviaria en un país— hasta la anexión pura y simple por conquista militar; pero, en cualquier caso, incluso las formas más tibias van de la mano de un intervencionismo político acusado por parte de la potencia dominante y conllevan asimismo una inversión importante de capital. En cuanto a las anexiones coloniales, se registra una diferencia importante con respecto a las de épocas anteriores. Ya no se limitan a pequeñas áreas estratégicas, ni a enclaves comerciales en las costas, ni a la colonización agrícola de algunas franjas del territorio. Ahora se persigue la colonización efectiva de todo el territorio, la explotación intensiva de sus tierras y de todas sus riquezas naturales... lo cual exige a su vez una intervención directa y expresa del Estado dominante, la instauración de una administración y de un ejército de ocupación omnipresentes que puedan imponer el nuevo orden colonial.

Hasta la primera guerra mundial del 14, en la cual se enfrentan las grandes potencias para ventilarse un nuevo reparto del mundo de acuerdo con la correlación de fuerzas resultante, son muy numerosas las guerras coloniales de conquista y menudean asimismo las escaramuzas y tensiones entre las propias potencias por conflictos y rivalidades nacionales derivadas de la carrera expansionista.

Detrás de ambos fenómenos, política unitarista-uniformizadora en el interior y política de conquistas imperialistas en el exterior, están desde luego la gran expansión de la producción que se genera en estos años en los países europeos y el

proceso de concentración del capital que da origen a una economía capitalista hegemonizada por los monopolios. Pero a su vez, ambas cosas no pueden disociarse de un cambio decisivo en la ideología nacional: *el cambio del significado político del nacionalismo europeo*. Este, de tener en las décadas anteriores unos contenidos antifeudales y modernizadores, democráticos y progresistas, pasa a transformarse a finales de siglo en un nacionalismo ofensivo, belicoso, expansionista...; un nacionalismo que no admite en su territorio signo alguno de heterogeneidad nacional y que busca maximizar el poder de «su» Nación a costa de avasallar a cuantos pueblos más débiles están a su alcance.

Los sectores sociales más favorecidos por la expansión de la producción —la nueva aristocracia burguesa que está al frente de las grandes industrias y la cohorte de altos empleados de sus industrias, alto funcionariado del nuevo Estado, los miembros de las profesiones liberales...— son la base principal de este nacionalismo imperialista ⁴, al cual se suman sin dificultad alguna, por otra parte, las viejas clases dominantes del Antiguo Régimen.

Alemania es un buen ejemplo de este cambio. Al tiempo que estrena la unificación nacional, ya la idea de la *Gran Alemania* justifica la anexión de los territorios colindantes que *aseguran* sus fronteras *naturales* así como la germanización violenta de las culturas no alemanas en el territorio estatal: la danesa del Slesvig, la francesa en Alsacia y Lorena, la polaca y la lituana en la Prusia oriental. Y poco después de poner en marcha ese proceso de asimilación y uniformización de su *espacio geográfico natural*, la misma lógica de la *Gran Alemania* justificará su expansión imperialista y la carrera armamentística. Sin potencia militar no hay imperio posible y sin imperio la expansión de la producción queda constreñida a los límites del mercado nacional.

Pero Alemania no representa un caso aislado, aunque sea

⁴ Mommsen, Wolfgang F. *La época del imperialismo*. Siglo XXI. Madrid (1983), pág. 70.

el arquetipo más acabado tal vez del nuevo nacionalismo. El nacionalismo griego, idealizado pocas décadas antes por los poetas con motivo de la lucha de liberación del dominio turco, coge también su bandera expansionista por las riberas mediterráneas orientales: *la Enosis*. La generación posterior a Garibaldi reivindica a finales de siglo la *italianità* de las costas actualmente yugoeslavas, de Túnez, Libia, amén de otros territorios irredentos en el Norte bajo dominio austríaco, apelando a que todo ello es *su espacio natural* conformado por la lengua y la historia.

En el ambiente de la época, la aspiración dominante ya no es tanto la libertad sino *el poder de la Nación y la grandeza de su Estado*. De manera que hasta en las más pequeñas naciones recientemente soberanas y aun en las todavía dominadas se rebusca en la historia antiguas o imaginarias glorias pasadas que restaurar y se funda la aspiración nacional en términos expansionistas. Es el momento por excelencia de la búsqueda de la grandeza de la Nación: de la Gran Servia, la Gran Bulgaria, la Gran Polonia, la Gran Hungría...

El cuarto rasgo de la época que interesa destacar es *el despertar de las naciones sin historia*, en frase feliz que acuñó Bauer. En efecto, todo este período a caballo de ambos siglos registra un aumento impresionante de un nuevo tipo de luchas nacionales —por el reconocimiento de la nacionalidad y la defensa de las propias singularidades comunitarias, contra la ocupación extranjera, por la independencia y la autonomía— y también de la intensidad que las motivaciones nacionales ocupan en los conflictos sociales.

Este fenómeno, en principio, es estrictamente europeo. En la parte más occidental se registra ya en la década de los setenta, además del irlandés, un amplio movimiento de resistencia a la germanización del Slesvig, de Alsacia y Lorena, de los territorios lituanos y polacos bajo Prusia. Comienza por entonces asimismo el movimiento huelguístico a favor de la flamenquización de Flandes ⁵. Más tarde, se produce el inicio

⁵ Rovira i Virgili. Obra citada. Tomo I.

de los movimientos nacionales vasco y catalán y se dará la separación de Noruega ratificada por un referéndum popular. Pero es especialmente en la Europa central y oriental donde emergen en mayor número los movimientos nacionales y donde estos adquieren una intensidad más acusada.

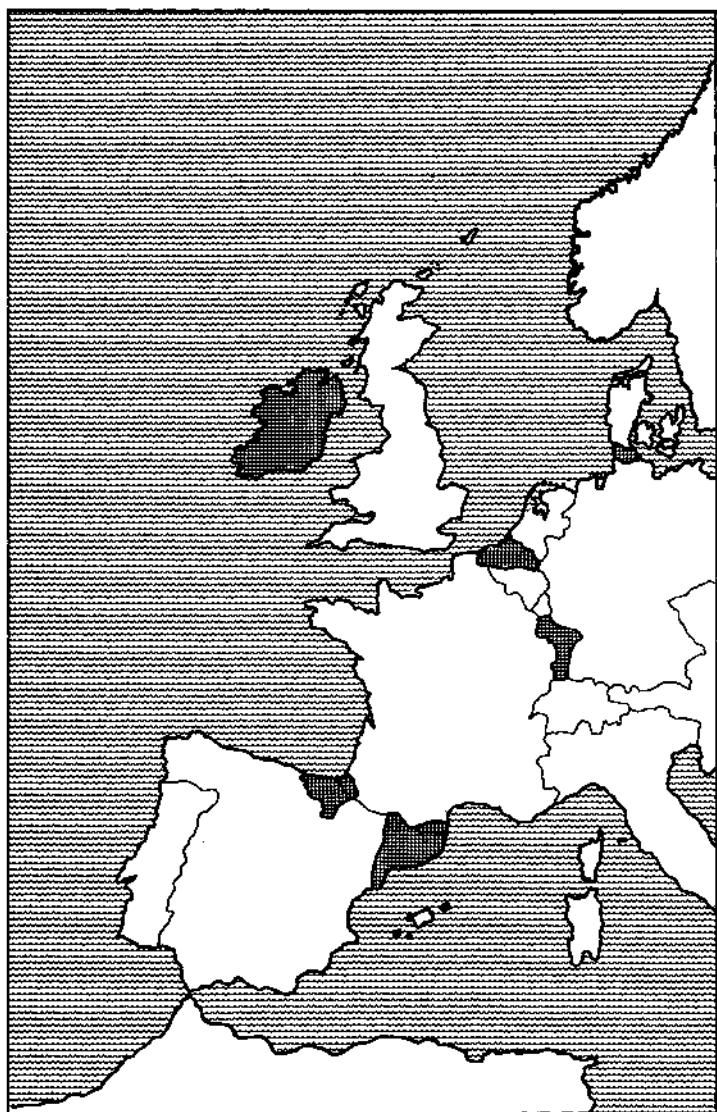
Es bastante lógico que la Europa central y oriental concentre las mayores tensiones nacionales. Es un área donde ya se han venido manifestando en las décadas anteriores, alrededor de las revoluciones del 48 y en los años siguientes, unos movimientos nacionales, o pre-nacionales si se quiere, como las insurrecciones de Polonia, el movimiento paneslavista, la obtención por Hungría de una amplia autonomía dentro del imperio austríaco... Y también es una zona donde han florecido importantes movimientos literarios y lingüísticos de recuperación de las respectivas lenguas populares ⁶. Pero el hecho decisivo es, sin duda, el impacto de los cambios sociales que el capitalismo produce rápidamente en esas sociedades. Lo resume Bauer al comienzo del apartado 18 de su obra «La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia»:

«El despertar de las naciones sin historia se inscribe en la época caracterizada económicamente por la transición de la manufactura a la fábrica, desde el punto de vista social por la liberación campesina y políticamente por la revolución burguesa» (pág. 236).

Todo ese conjunto de fenómenos, desde la destrucción de la economía tradicional a la movilización y emigración masivas del campesinado, desde la industrialización a la modernización del Estado, desde la generalización de la enseñanza al aumento del funcionariado estatal... agudizan extraordinariamente los problemas nacionales en un área ya de por sí harto conflictiva por su abigarramiento de comunidades diferentes.

Ha de tenerse en cuenta, por otra parte que son el propio desarrollo capitalista, y la modernización en suma, quienes crean los agentes animadores del nuevo movimiento nacional.

⁶ Idem.

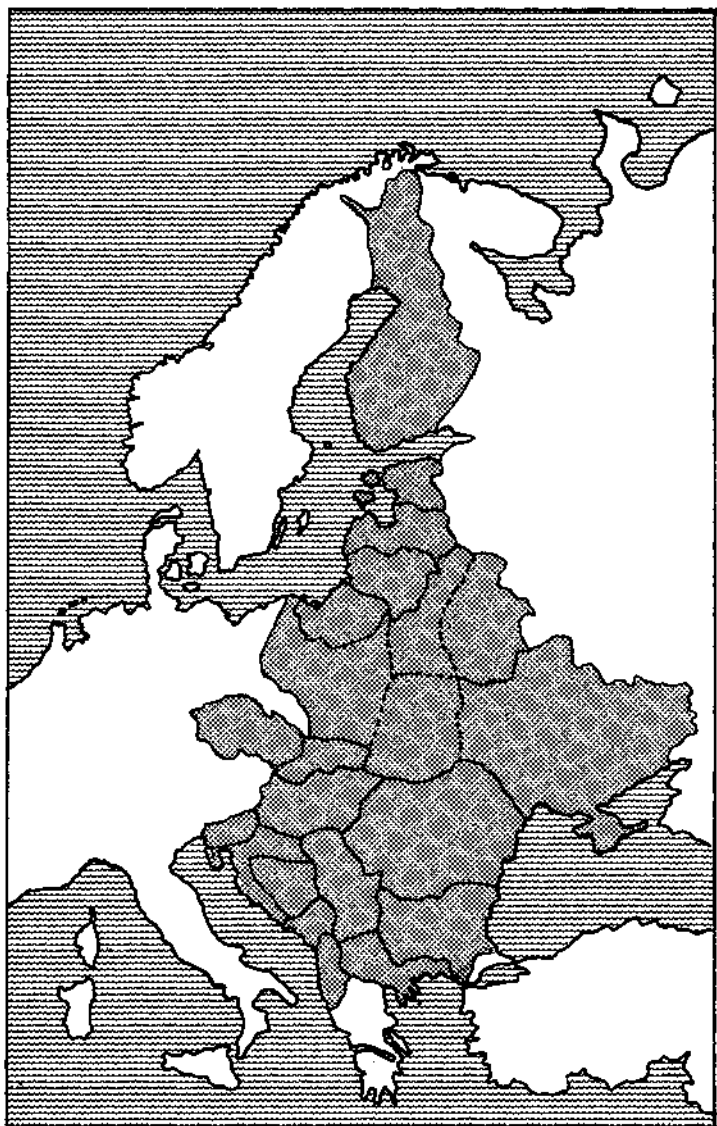


1. *Los movimientos nacionales de Europa occidental, a finales del siglo XIX (Irlanda, daneses del Slesvig, flamencos, alsacianos, catalanes y vascos).*

La intelectualidad, la burguesía y la pequeña burguesía son sectores que ven aumentar su peso sociológico con el desarrollo del capitalismo, tienen un fuerte interés propio en el desarrollo nacional y juegan un papel clave en la primera configuración de los movimientos y reivindicaciones nacionales. Como ilustra detalladamente Bauer, el partido checo que canaliza en Bohemia ese nacionalismo emergente, *los jóvenes checos*, cuya base principal lo constituyen dichos sectores, ya no seguirá las pautas de sus antepasados más inmediatos, el partido de los *viejos checos* —quienes necesitaban asimilar la lengua alemana para hacerse un lugar en la sociedad—, sino que impulsará la reivindicación de constituirse en el «pueblo del Estado», exigirá el reconocimiento exclusivo de la oficialidad del checo en Bohemia y Moravia y declarará la guerra a todo lo alemán. En ese caso, y dejando de lado otras consideraciones, la lucha por la nacionalidad es un arma fundamental, como señala Bauer, en la batalla por la competencia comercial, por la creación de una clientela propia, por el acceso al funcionariado, etc., una batalla librada por las clases medias checas en detrimento de las posiciones ocupadas hasta entonces por las clases medias alemanas (Cuanto más nacional-checa fuera Bohemia, tanto más favorecidos se verían sus intereses profesionales; y viceversa, cuanto más consolidados estuviesen en Bohemia las posiciones alemanas, mejor les iría a las clases medias alemanas)⁷.

No todos los conflictos nacionales expresan una lucha de liberación contra una potencia dominante. En esta época son frecuentes también los *conflictos entre las propias comunidades dominadas*, entre las clases trabajadoras de los pueblos oprimidos, dado que se encuentran mezcladas en no pocos casos sobre un mismo territorio. Los hay, y muy sangrientos a veces, entre armenios y georgianos, entre kurdos y armenios, checos y alemanes, polacos y lituanos, ucranianos y polacos,

⁷ Bauer registra el impacto de las transformaciones capitalistas en las nacionalidades según las diferentes clases sociales en los capítulos 17 y 18 de la obra antes citada.



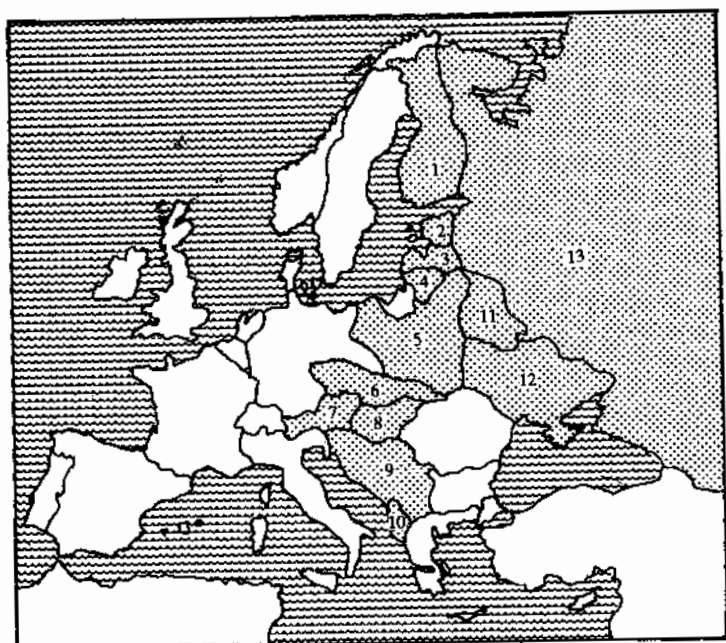
2. Los movimientos nacionales de la Europa central y oriental, a finales del siglo XIX (finés, estonio, letonio, lituano, bielorruso, polaco, checo, eslovaco, ucraniano, húngaro, rumano, yugoslavo —serbio, croata, macedonio, búlgaro, esloveno—, italiano y albanó).

italianos y croatas, eslovenos e italianos, etc., sin olvidar los pogroms anti-judíos. Estos conflictos cuentan además con una larga historia en la Europa central y oriental y han sido atizados tradicionalmente por la política del *divide y vencerás* de los emperadores, zares y sultanes del área.

Con el capitalismo cobrarán nuevos y más complejos matices, especialmente en aquellos casos en que el desarrollo capitalista engendra o acentúa unas diferencias acusadas de status social entre las diversas comunidades de un mismo territorio. Así sucede por ejemplo, entre los checos y alemanes de Bohemia, el caso analizado por Bauer con mayor detalle, donde los checos recién proletarizados tienen que soportar los peores trabajos y muy frecuentemente bajo un patrón alemán. Un fenómeno similar ocurre en la ciudad georgiana de Tiflis, donde hay una potente burguesía comercial armenia. Bauer, refiriéndose a este tipo de situaciones, acuña la idea de que los odios nacionalistas que se generan en ellas son «un odio clasista transformado»⁸.

Hay que registrar, por otro lado, la presencia de las grandes potencias en los conflictos nacionales de esta parte de Europa. Aunque éste no es un fenómeno de gran envergadura, ni por supuesto «inventan» los problemas nacionales, sí tiene cierta importancia en el impulso de determinados movimientos nacionales; es el caso, por ejemplo, de la corona austríaca que da facilidades a los movimientos lituanos y ucranianos que hay en su territorio para crearles problemas a los rusos. Pero es en los países balcánicos donde tal intervencionismo alcanza un peso mayor, debido a la desintegración del imperio turco que se produce antes de la Primera Guerra Mundial. Allí es donde aparecen, con el visto bueno de las grandes potencias, los primeros Estados formalmente independientes (Serbia, Montenegro, Bulgaria, Rumania) y donde se cuecen las tensiones que motivarán el desencadenamiento de la Guerra Mundial del 14. A la salida de esta guerra, la intervención de las potencias vencedoras resultará decisiva en la formación de

⁸ Bauer. Obra citada. Capítulo 18, pág. 259.



3. Los nuevos estados europeos tras la Primera Guerra Mundial (Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Yugoslavia, Albania, RSS Bielorrusia, RSS Ucrania y RSFS Rusia).

un cinturón de nuevas naciones independientes (Finlandia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia...).

Mientras tanto, en el resto del mundo no se observa un estallido similar de movimientos nacionales, si bien se apuntan ya los primeros síntomas de su surgimiento en la India y se realizan revoluciones nacionales modernizadoras en los viejos imperios chino, turco y persa. Por regla general, los movimientos nacionales comienzan entonces a incubarse, madurarán en el período entre las dos guerras mundiales y estallarán en los años 50 y 60, dando lugar a la constitución de más de un centenar de nuevos Estados y a la desaparición de las posesiones coloniales, prácticamente, en nuestro mundo contemporáneo.

Una circunstancia fundamental, por consiguiente, de todo este período es que en el momento en que se está constituyendo el movimiento obrero como una opción de masas alternativa a la sociedad capitalista, se está produciendo simultáneamente una gran convulsión nacional. En cierto modo se trata, además, de dos procesos similares, pues tanto el socialismo como el nacionalismo conocen entonces, aunque con desigual ritmo, una expansión de tipo *vertical*, es decir, dentro de cada país, así como su expansión *horizontal* al extenderse por todo el mundo ⁹. Si en esos años el socialismo rompe los círculos minoritarios a que estaba constreñido durante la época de Marx y de la I Internacional, de la misma forma la idea nacional se hace omnipresente en las sociedades modernizadas —sea por la vía del nacionalismo de los Estados ya consolidados o bien por la presión de los movimientos nacionales emergentes que plantean el reconocimiento de su nacionalidad— y, en esa medida, deja de ser patrimonio de unos pocos escritores, filósofos o poetas burgueses (como señala con acierto Marx para la época anterior).

⁹ Haupt. Georges. «Los marxistas frente a la cuestión nacional: la historia del problema», pág. 41, dentro de la obra de la Editorial Fontamara, Barcelona (1980).» *Los marxistas y la cuestión nacional*, que contiene asimismo un artículo de M. Lowy.

Tal coincidencia pone de manifiesto *el problema de las relaciones entre el socialismo y el nacionalismo*, entre el movimiento obrero y los movimientos nacionales, de gran trascendencia en toda esa época, no ya sólo desde el punto de vista del desarrollo de la teoría o de la política, sino desde el de su propia evolución práctica; pues de hecho, e independientemente de las formulaciones doctrinales o políticas respectivas, se dará una compleja influencia recíproca entre ambas corrientes sociales.

Del cosmopolitismo ingenuo a la nacionalización y estatalización de la clase obrera

Cronológicamente hay que señalar una primera fase en que ni siquiera se plantea de modo problemático la relación entre el socialismo y el nacionalismo. Abarca los años comprendidos entre la disolución de la I Internacional y la formación de la II, esto es, durante toda la década de los 70 y prácticamente la de los 80. En esos años no han emergido todavía los nuevos movimientos nacionales en la Europa central, ni ha irrumpido aún la nueva época propiamente. Por otra parte, el movimiento obrero socialista está embebido en los problemas concretos de su propia constitución: la difusión de las ideas más básicas del mensaje anticapitalista y socialista, la lucha por mejoras sociales para reducir la sobreexplotación y la miseria en que vive, la pugna por conquistar los derechos más elementales que le niega la sociedad burguesa como el derecho a huelga y el de sindicación, el sufragio universal, el derecho de asociación, la educación escolar, la reducción de la jornada laboral a las ocho horas, etc., y apenas se ocupa o puede ocuparse de otras cuestiones. Ha de tenerse en cuenta, además, que los obreros de los distintos países europeos occidentales —con la excepción de ingleses y franceses— están aún poco nacionalizados y llegan a la fábrica con una cultura particularista provinciana.

En tales circunstancias, las nuevas condiciones de vida de

un proletariado, marginalizado, recientemente inmigrado del campo, genera lo que Bauer denomina *el cosmopolitismo ingenuo*¹⁰, una ideología de rechazo de la Nación burguesa que los explota y margina. Ese cosmopolitismo espontáneo conecta fácilmente con los mensajes marxistas de que «los obreros no tienen patria», de que la idea nacional no es sino una gran mistificación de la burguesía para distraer la atención de la lucha de clases, que la Nación moderna no es más que la palestra donde se desarrolla la lucha de clases o que ésta última sólo es nacional en cuanto a su forma pero no por su contenido. De manera que tales ideas, incluídas ya en el Manifiesto Comunista, son recogidas tal cual en los programas de los primeros partidos socialistas que se constituyen en los años 70 y 80, igual que años antes solían ser frecuentes en las declaraciones de la I Internacional, y se popularizan entre los medios obreros socialistas (especialmente en los países que no conocen el problema de una dominación exterior, en las naciones «satisfechas» que dice Bauer, donde coinciden un ritmo más avanzado de industrialización y el desarrollo más temprano del movimiento obrero socialista)

¿Estamos por consiguiente ante un socialismo de *carácter antinacional* y que hereda así las posiciones de la I Internacional, tal como lo definen algunos autores?¹¹

Dejando de lado ahora si esta calificación puede ser representativa de un sentimiento generalizado en el ambiente muy reducido y cosmopolita de la I Internacional pero ya no tanto de Marx y Engels cuyos planteamientos no pueden ser

¹⁰ Bauer. Obra citada. págs. 297 y 298.

¹¹ Recientemente, Recalde ha sostenido ese punto de vista al afirmar: «El socialismo, que elabora la teoría crítica del capitalismo y el programa de ordenación de las fuerzas revolucionarias, mantiene una tesis sobre la idea de nación, que puede ser definida como la tesis antinacional. El socialismo, en un primer momento, no desarrolló aún la idea nacional propia sino que, por el contrario, comprende únicamente la idea nacional de la burguesía y, en la medida en que adopta posiciones radicales, se opone a ella». Recalde, José Ramon. *La construcción de las naciones*. Siglo XXI, Madrid (1982), pág. 247.

tachados sin más de antinacionales o anacionales ¹², el socialismo de estas dos décadas así parece confirmarlo. Por la idea que se hace de sí mismo, ese socialismo tiene efectivamente una posición antinacional en su pretensión de superar la Nación burguesa. Es más, ofrece testimonios abundantes de un apego particular a tal planteamiento, como la declaración en el Congreso de Eisenach, 1869, de que la cuestión nacional es un problema exclusivamente burgués, o la de la socialdemocracia austríaca en el Congreso de Hainsfeld, 1889, cuando afirma la necesidad de dejar de lado la cuestión nacional para centrarse exclusivamente en la lucha de clases, por mencionar sólo algunos ejemplos ilustrativos del ambiente de esos años ¹³.

Pero si bien ello es cierto, sólo lo es parcialmente. Hay otra cara oculta que apunta paradójicamente en la dirección contraria. En efecto, tras la disolución de la I Internacional, el socialismo europeo occidental emprende de hecho un camino que lo particulariza cada vez más de acuerdo con las diversas condiciones nacional-estatales de su marco de lucha.

¹² Un balance de las concepciones de Marx y Engels sobre las cuestiones nacionales, por muy resumido que fuera, exige bastantes páginas y supera las intenciones de este libro. En cualquier caso deben mencionarse a este respecto los análisis de Marx sobre los contenidos nacionales y sociales de la lucha de liberación irlandesa. Creo que en esos análisis hay una riqueza de observaciones que desbordan claramente la rigidez escolástica de algunas fórmulas empleadas en otros momentos (por ejemplo, la distinción «nacional por su forma y socialista por su contenido» de la lucha de clases que él mismo establece en «La crítica al programa de Gottha») o bien la unilateralidad de otros análisis en los que prima en exceso la consideración de los factores geopolíticos internacionales, etc. Sobre la obra nacional de Marx, hay una abundante bibliografía crítica, traducida al castellano, desde las ya clásicas obras de los norteamericanos S.F. Bloom (*El mundo de las naciones*, editada por Siglo XXI) y H.B. Davis (*Nacionalismo y socialismo*, de la editorial Península) o del ucraniano R. Rosdolsky (*El problema de los pueblos sin historia*, de la editorial Fontamara), hasta los comentarios más recientes de G. Haupt, Renato Levrero, M. Lowy, R. Gallissot, etc.

¹³ Gallissot, René. *Nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero*. Dentro del tomo sexto de la Historia del Marxismo publicada por Editorial Bruguera. Barcelona (1981), págs. 135 y 193.

Su propia conformación política adopta expresamente un carácter nacional al constituirse en partidos alemán, francés, español, belga, británico, etc., y dejar de ser, por tanto, meras secciones de la Internacional como ocurría en la década de los 60. Su desarrollo coincide, por otro lado, con el proceso de consolidación de los Estados Nacionales y de nacionalización progresiva de toda la vida social, de modo que hasta la propia lucha de las clases trabajadoras también los refuerza de hecho y se traduce en la conquista de unas condiciones nacionales de existencia caracterizadas por la diversidad y particularidad de sus resultados. En virtud de este proceso, lejos de consolidarse una ideología antinacional o apátrida, sucede todo lo contrario, pues el movimiento socialista va siendo de hecho más alemán, más francés, más español, etc. Un punto clave en esta evolución se produce, según parece, con el reconocimiento legal de los partidos socialistas y tras su acceso a las instituciones, desde las corporaciones locales a los parlamentos; esto es, cuando los obreros adquieren el status legal de ciudadanos de pleno derecho y se produce de esta forma una cierta integración del movimiento obrero socialista en el sistema político burgués de su Estado-Nación ¹⁴.

¹⁴ Así lo formula Bernstein, en 1885, a la salida de estos años, cuando se empieza a reflexionar sobre el proceso anterior:

«La frase que sostiene que el proletariado no tiene patria se ve alterada toda vez y en la medida en que éste puede participar en el Gobierno y en la redacción de la legislación en calidad de ciudadano de pleno derecho y, por *ende*, imprime a los mismos una disposición acorde con sus intereses. Tanto la historia como las instituciones influyen de conjunto en el sentido de generar el sentimiento nacional entre los obreros y mientras existan las naciones, es de suponer que aún por mucho tiempo, poco habrá de cambiar en este aspecto. La conciencia nacional no excluye el pensamiento y el intercambio internacional en la misma medida en que el internacionalismo tampoco impide la conservación de intereses nacionales»

Bernstein. «La socialdemocracia y los problemas turcos», artículo recogido en la recopilación editada por Cuadernos de Pasado y Presente, nrs. 73 y 74, Méjico (1978) cuyo título es: *La segunda Internacional y el problema nacio-*

Así pues, lo que debe destacarse del socialismo europeo de estas dos décadas no es sólo un carácter anti-nacional por consiguiente, pues tal imputación resulta unilateral de no mencionarse esta evolución nacionalizadora. Cuando menos es obligado constatar el desajuste notorio que se produce en estos años entre la conciencia que de sí mismo tiene el movimiento obrero socialista y la evolución de su propia realidad. Mientras se siguen repitiendo de manera sacralizada unas fórmulas cosmopolitas, apátridas o anti-nacionales, los propios partidos socialistas de la Europa occidental aceptan tácitamente el Estado Nación como su marco natural de lucha y acentúan sus peculiaridades más específicas nacionales; de modo que el cosmopolitismo se va haciendo cada vez más falso.

El fenómeno de la nacionalización o estatalización de la clase obrera tiene en esta época un límite, no obstante, derivado de las propias circunstancias en que se desenvuelve entonces el movimiento obrero. Perseguido y enfrentado al Estado, marginado socialmente, enfrascado en la lucha por mejorar las condiciones más elementales de su existencia, la nacionalización del movimiento obrero no va acompañada de una fuerte contaminación nacionalista en comparación con la que se produce, décadas después, cuando proliferan las leyes proteccionistas e irrumpe propiamente la época imperialista. De todas formas, el nacionalismo de Estado inicia entonces su primavera y, aunque sea sólo por ósmosis, penetra en el conjunto de las clases trabajadoras de los países europeos más avanzados. El contagio chovinista, bien patente ya en líderes destacados del primer socialismo alemán como ha puesto de

nal y colonial. Primera parte, pág. 51. Bernstein formula esa misma idea de manera lapidaria en su célebre obra *«Socialismo teórico y práctico»*: «...El obrero que tiene iguales derechos como elector así en el Estado como en el municipio y que es un compañero propietario de la propiedad común de la nación, cuyos hijos son educados por la comunidad, cuya salud protege y por cuya seguridad vela, tiene una patria sin dejar de ser un ciudadano del mundo». Editorial Claridad, Argentina (1966), pág. 130.

relieve H.B. Davis, no pasa inadvertido tampoco a Marx y Engels ¹⁵.

En países como Inglaterra, Francia o Alemania, donde se da antes la consolidación del nacionalismo de Estado con un carácter expansionista, el desajuste comentado entre la evolución de la teoría y la de la realidad se manifiesta en un par de problemas prácticos de cierta envergadura para el movimiento obrero socialista. El primero es la contradicción entre una ideología internacionalista superadora de las naciones y una práctica política que presta escasa o nula atención a los procesos forzados de uniformización o de conquista colonial que está llevando a cabo en ese momento su Estado-Nación. El segundo, la influencia de una noción del progreso social muy similar a la que manejó el liberalismo burgués para justificar las políticas de uniformización (o de conquista) de las minorías más atrasadas ¹⁶. Por las mismas razones antes indicadas, estos problemas quedan ocultos para un movimiento obrero socialista que, muy débil aún, está centrado en otros asuntos más inmediatos o prioritarios y ni siquiera llega a enunciarlos, de manera que entra en la década de los noventa sin haber formulado un diagnóstico sobre las nuevas tenden-

¹⁵ H.B. Davis. Obra citada, capítulo IV. Para el caso de Marx, ver sus observaciones sobre el chovinismo de la clase obrera inglesa en sus artículos sobre Irlanda, recopilados por Cuadernos de Pasado y Presente, nº 72, con el título *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*. En cuanto a Engels, han de mencionarse sus cartas a Kautsky y Bebel, durante 1882, en que aborda este problema, y su temor a que una posible guerra entre las potencias occidentales exacerbara el chovinismo de la clase obrera.

¹⁶ Esa noción queda reflejada en la siguiente frase de Stuart Mill que puede considerarse representativa del ambiente de la época: «Nadie puede suponer que no sea más beneficioso para un bretón o para un vasco (...) ser francés que enfurruñarse en sus peñascos, reliquia semi-salvaje de tiempos pasados, dando vueltas y vueltas en su propia y reducida órbita mental (...) La misma observación es aplicable a los galeses o a los montañeses de Escocia». Citada por Norman Stone en «*La Europa transformada. (1871-1919)*». Editorial Siglo XXI. Madrid (1985). Con una literatura similar, pero aún más agresiva se despacha Engels en sus artículos sobre los pueblos esclavos y la revolución del 48; e incluso Marx en sus comentarios sobre el conflicto entre Méjico y EE.UU y la conquista por estos últimos de California y Texas.

cias (a afianzar la existencia privilegiada de unas pocas naciones dominantes) que está generando entonces el capitalismo moderno.

El despegue de la teoría. Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo

Entre 1870 y 1890 apenas hay aportaciones dignas de reseñar en cuanto a la elaboración de una teoría de las naciones, salvo el trabajo de Karl Kautsky *La nacionalidad moderna*, el cual, pese a su brevedad, es sin embargo lo más amplio y sistematizado que se produce en ese período. Pero a mediados de los noventa, en vísperas del congreso de Londres de la II Internacional, la producción marxista da un salto, con la polémica entre Rosa Luxemburgo y la otra rama del socialismo polaco, el PPS, polémica en la cual interviene asimismo de forma destacada Kautsky, y prosigue ya de forma más regular en los años siguientes. Es el momento de la iniciación o puesta en marcha de una teoría y una política marxista sobre los problemas nacionales cuya duración se prolonga hasta el estallido de la primera revolución rusa ¹⁷.

Volviendo a la obra que marca el comienzo de esta fase primera, «*La nacionalidad moderna*» de Kautsky, hay que resaltar su significación ambivalente y contradictoria con respecto a la evolución del pensamiento socialista sobre las cuestiones nacionales. Si por un lado supone un avance en el momento de su publicación, 1887, aunque sólo sea por la novedad de enfrentarse al problema de la formación de las nacio-

¹⁷ G. Haupt. «Dinamismo y conservadurismo de la ideología». (Introducción a la edición de la obra de Rosa Luxemburgo, *El desarrollo industrial de Polonia*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 71), págs. 7 a 48. Este autor distingue tres momentos en la evolución del pensamiento socialista sobre las cuestiones nacionales, atendiendo tanto a los resultados alcanzados como a las motivaciones de los diversos autores de esa época. Aparte del primero, ya indicado, señala un segundo momento, el de la reflexión teórica, con Bauer de protagonista más destacado, y un tercero en el que prevalece la preocupación más estratégica de Lenin por integrar los problemas nacionales y la política nacional de los socialistas en un plan global revolucionario.

nes, por otra parte es discutible que ese avance camine por la mejor de entre las herencias posibles de Marx.

La aportación tal vez más innovadora de Kautsky en ese documento es la formulación de que el proceso de formación de las naciones y de los Estados nacionales «*no ha llegado todavía a su término*».

Esta formulación entrañaba un punto básico de ruptura con la costumbre socialista (occidental), muy generalizada, de considerar ya cerrado prácticamente el proceso de formación de las naciones y de constreñirlo a un club reducido de naciones reconocidas (bien por disponer ya de un Estado o por venir exigiéndolo desde hace tiempo —era el caso de irlandeses, polacos y húngaros— en una lucha reconocida como progresista por las corrientes democrático radicales del siglo XIX). Para Kautsky, por el contrario, ese proceso estaba aún *abierto* y el desarrollo capitalista podía y debía comportar el surgimiento de nuevas naciones, de nuevos Estados nacionales. De modo que las naciones no eran un dato del pasado o un privilegio de las ya realizadas, sino un elemento básico del presente y del futuro más inmediato de la humanidad.

Mediante este planteamiento corregía y superaba, de paso, la distinción hecha por Marx y Engels entre nación y nacionalidad (la *nación* como equivalente a la sociedad civil modernizada que se realiza en un Estado nacional, las naciones «históricas» de Engels, y la *nacionalidad* entendida como residuos de un pasado de diferenciaciones étnicas condenada generalmente a desaparecer por su falta de historia, incapacidad para haber constituido un Estado o para asimilar a otros pueblos, etc., las naciones «no históricas»), de la cual se derivaba una visión estática —sobre todo en Engels— de los hechos nacionales. Preocupado por explicarse el fenómeno de la nacionalidad moderna, Kautsky prescinde de esa distinción entre nación y nacionalidad; para él no resuelve ningún problema, cuando se trata de comprender el cuándo y el cómo de su surgimiento.

Para Kautsky las naciones no surgen de la nada o por capricho, sino que su formación se asienta en *un sustrato ante-*

rior, esto es, a partir de unas circunstancias históricas, geográficas, lingüísticas, etc. A partir de esas condiciones ya dadas, Kaustky sitúa el surgimiento de la nacionalidad moderna en la época en que tienen su inicio la producción capitalista de mercancías y el comercio mercantil, respondiendo a una tendencia general del *período de ascenso del capitalismo*. Así lo formula en un célebre párrafo que, años más tarde, repetirá Lenin casi textualmente,:

«El factor más importante y que influye de manera decisiva en la conformación de las naciones es aquel que representa el medio absolutamente necesario para que se establezcan las relaciones: la lengua. Sin la posibilidad de comunicarse, esto es, sin una lengua común, la producción social resulta imposible. A medida que el sistema productivo se complica, que se generaliza y se hace más inestable, la lengua adquiere una importancia mayor para el desarrollo de la producción; el territorio que exige una lengua unitaria se hace cada vez más extenso, y el léxico, en determinados ámbitos, más variado y rico (...)»

La diversidad de lenguas constituye uno de los mayores obstáculos para las relaciones sociales y para la producción social. Por consiguiente, el comercio y la producción de mercancías, como factores de unidad nacional, debieron actuar desde un principio con mayor facilidad en aquellas comunidades que tenían las mismas o similares lenguas, cuyos miembros podían entenderse sin grandes dificultades. Es normal que cualquiera prefiera trabajar, y, en general, trabar relaciones económicas con aquellos con los que puede entenderse. En la misma medida en que progresaba el desarrollo económico moderno, debió surgir y crecer entre todos aquellos que hablaban una misma lengua la tendencia a aunarse en un organismo estatal común; la tendencia a eliminar las barreras que separaban a los que hablaban la misma lengua, la tendencia a separarse de aquellos que hablaran una lengua distinta y con los cuales las relaciones se hacían difíciles o imposibles»¹⁸.

¹⁸ Kautsky, Karl. *La nacionalidad moderna*, dentro de la recopilación de Cuadernos de Pasado y Presente, nº 73, *La segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, pág. 125.

Coherentemente con este planteamiento, Kautsky enuncia que *el sujeto histórico* de la formación de las naciones y de los Estados nacionales es la burguesía, esto es, el protagonista de la producción capitalista mercantil:

«La idea nacional moderna es esencialmente una idea burguesa. La burguesía moderna y la moderna nacionalidad nacieron del mismo suelo y el desarrollo de la una promovió el desarrollo de la otra. Y el papel que cumple la idea de nacionalidad responde de manera bastante similar al papel adoptado por la burguesía» ¹⁹.

En cuanto al futuro de las naciones, Kautsky preve una *perspectiva de internacionalización progresiva de la vida social*, entendiendo que el desarrollo económico empuja en esa dirección, y, en consecuencia, hacia una paulatina extinción de las naciones. Para Kautsky el futuro caminaba hacia la formación de una «única y gran sociedad». Pero antes de llegar a ese estadio, habría de recorrerse sin embargo un largo camino de solidaridad entre las naciones, como afirma en las últimas y concluyentes líneas de su trabajo:

«La tarea del presente siglo es abrir paso a ese desarrollo —se refiere a la perspectiva de fusión de las naciones hasta formar finalmente esa única y gran sociedad— mediante la eliminación de las contradicciones económicas que, por una parte, separan a las naciones entre sí y por otra fraccionan cada vez más a cada nación; es establecer una vida internacional, pero a la vez, también, una vida nacional unificada» ²⁰.

Esta concepción de las naciones, que explica a un tiempo la necesidad histórica de los fenómenos nacionales y su transitoriedad, será la base años más tarde de la formulación de Lenin sobre la «doble tendencia del capitalismo» en lo relativo a las naciones. Junto a ello Kautsky enuncia otros temas

¹⁹ Idem, pág. 126.

²⁰ Idem, pág. 139.

que se convertirán con el tiempo en otros tantos lugares comunes de la literatura marxista posterior. Así por ejemplo, la adopción de una posición favorable a los grandes Estados nacionales (por su territorio y sus posibilidades económicas); la cuestión de las dos comunidades rivales que hay en toda nación «la de los pobres y la de los ricos», recogida de Platón y aplicada en este caso a la nación burguesa y a la proletaria; la cohesión nacional que ha de dar a las naciones la supresión de las clases, sólo comparable a la cohesión y solidaridad que caracterizaba a las comunas primitivas de la humanidad; la fuerza de los sentimientos nacionales, síntesis de experiencias seculares que se transmiten de generación en generación y requieren solamente un pequeño estímulo para desplegarse como «una fuerza impulsora que también opera de forma autónoma, sin conexión con el desarrollo económico», etc.

En el debe de esta obra hay que señalar varias cuestiones. En primer lugar, una cierta *ambigüedad* al recoger la idea (de Marx) sobre la constitución del proletariado como clase nacional. Kautsky afirma que el proletariado se va convirtiendo (en la sociedad moderna industrializada) —por su número, inteligencia y energía— en el núcleo de la nación. Al subrayar la tendencia a que cada vez haya mayor coincidencia entre los intereses del proletariado y los de la nación, añade la inquietante reflexión de que:

«una política adversa a la nación sería el suicidio puro por parte del proletariado y ningún trabajador quiere una cosa semejante» ²¹.

No creo que sea muy retorcido atribuir a esta ambigua observación un sentido anticipatorio, por desgracia, de las degradaciones del socialismo que sobrevendrán en las décadas siguientes. Y, en cualquier caso, viene a cuento recordar que se apelará a fórmulas prácticamente idénticas a ésta de Kautsky por parte de los socialistas que vacilarán ante los beneficios

²¹ Idem, pág. 138.

de la expansión colonial de sus Estados respectivos o de quienes justificarán su apoyo a la guerra del 14, votando a favor de los créditos de guerra solicitados por sus Gobiernos (capitalistas).

En segundo lugar, está el problema de la *inconcreción política*, de la falta de una proyección política clara que se desprendiera de esta obra de Kautsky. Y, aún más, su despegue de las realidades políticas más cercanas a dicho autor. Lo prueba, significativamente, el hecho de que la única referencia concreta contenida en ella a un problema nacional de entonces, el de los checos, sirva para condenarlo. «*Apenas es posible pensar en la conservación de la nación checa*» dice Kautsky, en 1887; es decir, cuando se estaba produciendo ya una movilización muy importante para obtener el reconocimiento de la oficialidad del checo, tras haber conseguido incorporarlo ya a la Universidad de Praga, sólo cuatro años antes de que los *jóvenes checos* se convirtieran en el partido más votado de toda Bohemia y en vísperas de desencadenarse una crisis galopante entre la población checa y la alemana, crisis que se prolongará desde entonces hasta la guerra del 14 y se saldará con la formación del Estado soberano de Checoslovaquia... todo lo cual denota una notable ceguera política por parte de un originario de Praga como él.

El argumento en que se apoya para rechazar la viabilidad de la nación checa, condensado en la idea de que la promoción de la nacionalidad checa apenas significa ya un estímulo para el desarrollo económico, es de un basto economicismo. Merece la pena reproducirlo, dada la fortuna que ese tipo de razonamientos alcanzó en los años posteriores (por ejemplo, en los análisis de Rosa Luxemburgo sobre Polonia):

«apenas es posible pensar en la conservación de la nación checa. Por más rápidamente que se expanda, ésta ya no logrará, con todo, un territorio económico de una extensión tal que posibilite, bajo las condiciones productivas actuales, cierta autonomía de producción. El capitalismo se desarrolla con mayor rapidez que la nación checa, y, como consecuencia de ello, di-

cha nación se vuelve cada vez más dependiente —desde el punto de vista económico— respecto de sus vecinos, y ante todo respecto de la nación alemana. Es verdad que cuantas más personas hablen checo, cuanto mayor sea el número de escuelas checas, de tribunales, etc., tanto mejores serán las perspectivas para la industria checa, para el proletariado intelectual checo. Pero aún mejores serán las perspectivas para ambos si se extiende el conocimiento del alemán entre los checos. Estos, hasta ahora, no han experimentado aún demasiado la necesidad de aprender alemán, ya que la vieja generación de la población urbana domina aún de manera suficiente esta lengua. Pero los viejos checos capaces de comprender en cierta medida las exigencias del capitalismo, son conscientes, por cierto, de esta necesidad; procuran extender el ámbito de la lengua checa, pero no buscan desalojar la lengua alemana de los círculos checos. Los opositores fanáticos del alemán, que consideran el desconocimiento de esta lengua como una virtud nacional, son los checos jóvenes, los representantes del campesinado y de la pequeña burguesía. Para estos círculos, el conocimiento del alemán no constituye, claro está, una necesidad económica; mas el campesinado y la pequeña burguesía están destinados a sucumbir, y con ellos la lengua que hablan. Cuanto mayor sea su retroceso, cuanto mas se desarrolle el capitalismo, tanto mayor será la significación económica que tendrá el checo en Bohemia, y tanto mayor la del alemán. Cualquier intento de obstaculizar los avances de la lengua alemana en Bohemia devendrá, finalmente, en una obstrucción al desarrollo económico de esta región. La promoción de la nacionalidad checa apenas significa ya un estímulo para el desarrollo económico.»²²

El *economicismo* de ese razonamiento impregna todo el escrito de Kautsky en su conjunto y ahoga otras observaciones más flexibles, más políticas, como la antes mencionada sobre

²² Idem, pág. 133. En la nota a pie de página Kautsky afirma que la lengua alemana se hubiera extendido aún más en Bohemia si no hubiera tenido el carácter de lengua *impuesta* a los checos. Ventiseis años después, Lenin trasladará esta misma observación al caso del ruso, como se verá más adelante.

la fuerza de los sentimientos nacionales y su autonomía con respecto a los procesos económicos. Imbuje su propia definición de la nación como una idea burguesa y, especialmente, su visión, bastante lineal por otro lado, de la evolución del desarrollo social hacia la internacionalización y desaparición de las naciones.

Pese a definir la lengua como el factor más importante y decisivo en la formación de las naciones, afirma sin ambigüedades un futuro de reducción de las lenguas nacionales correlativo a la imposición progresiva de una lengua universal, sin otro razonamiento que una visión unilateral del desarrollo económico:

«Cuanto mayor es el incremento del tráfico internacional, tanto más se hace sentir también la necesidad de un medio internacional de comunicación, de una lengua universal. Por cierto que no es posible inventarla de manera arbitraria, ni tampoco se pretende aumentar los idiomas con uno nuevo, además de dudoso valor; sino que se trata de *disminuir* las lenguas requeridas para manejarse en el mundo. El 'volapuk' no sobrepasará el rango de lengua secreta de algunos iniciados. Resulta más probable que una de las lenguas ya existentes se convierta en lengua universal.

Ya en la actualidad, para ser 'culto', para poder participar plenamente en la vida económica y espiritual modernas, es preciso entender por lo menos una segunda lengua, además de la materna, una lengua universal, y en lo posible también hablarla. Esta necesidad irá incrementándose cada vez más; junto a las lenguas universales, las lenguas nacionales descenderán a un rango semejante al que ocupan hoy día los dialectos con respecto a las lenguas cultas. Los idiomas nacionales se limitarán cada vez más al uso familiar, y también allí adoptarán progresivamente el papel de un viejo mueble de familia, piadosamente conservado a pesar de no poseer ya mayor utilidad práctica»²³.

Esta línea de argumentación alcanzará años más tarde un gran predicamento en la ortodoxia marxista. Destaca en ella,

²³ Idem, pág. 134.

por un lado, una visión evolucionista del desarrollo social, concebido como una marcha por etapas progresivas (del feudalismo al capitalismo y de éste al socialismo, de lo nacional a lo internacional, de lo inferior a lo superior). Y, por otra parte, una tendencia a buscar la explicación última de los fenómenos sociales en los factores económicos.

Cierto es que no se trata de aportaciones novedosas de Kautsky, pues ambas tendencias están muy presentes en toda la obra de Marx y aún más, tal vez, en la de Engels ²⁴. Pero lo curioso del asunto es que Kautsky, amén de acentuar en esta obra (la línea más evolucionista y economicista de los maestros), comienza a codificarla como un rasgo constitutivo del marxismo y de la doctrina de la II Internacional; mientras que deja de lado precisamente la línea de investigación y de preocupaciones que se manifiestan en los últimos e inacabados trabajos de Marx. (Así, por ejemplo, del Marx que estudia las formaciones económicas precapitalistas —en particular la comuna rusa— y apunta reflexiones contradictorias con exposiciones anteriores. Aunque no se trata de pasajes que se presten a una interpretación unívoca, ni se formule en ellos una revisión **expresa** de anteriores planteamientos, abren un campo nuevo de preocupaciones infrecuentes en otros escritos y, por eso mismo, adquieren un valor especial).

Se da la paradoja, por consiguiente, de que la doctrina de la II Internacional comienza a cimentarse, con Kautsky, sobre los aspectos más problemáticos del marxismo de Marx y Engels, mientras se cierra en cambio la posible exploración y desarrollo de otra posible herencia más sugerente para comprender el fenómeno de la reproducción de colectividades sociales ²⁵.

²⁴ Según Gallissot, Kautsky escribe este trabajo inmediatamente después de un viaje a Londres, donde ha charlado largamente con Engels y ha confrontado con él sus ideas sobre los problemas nacionales. René Gallissot. Obra citada, pág. 170.

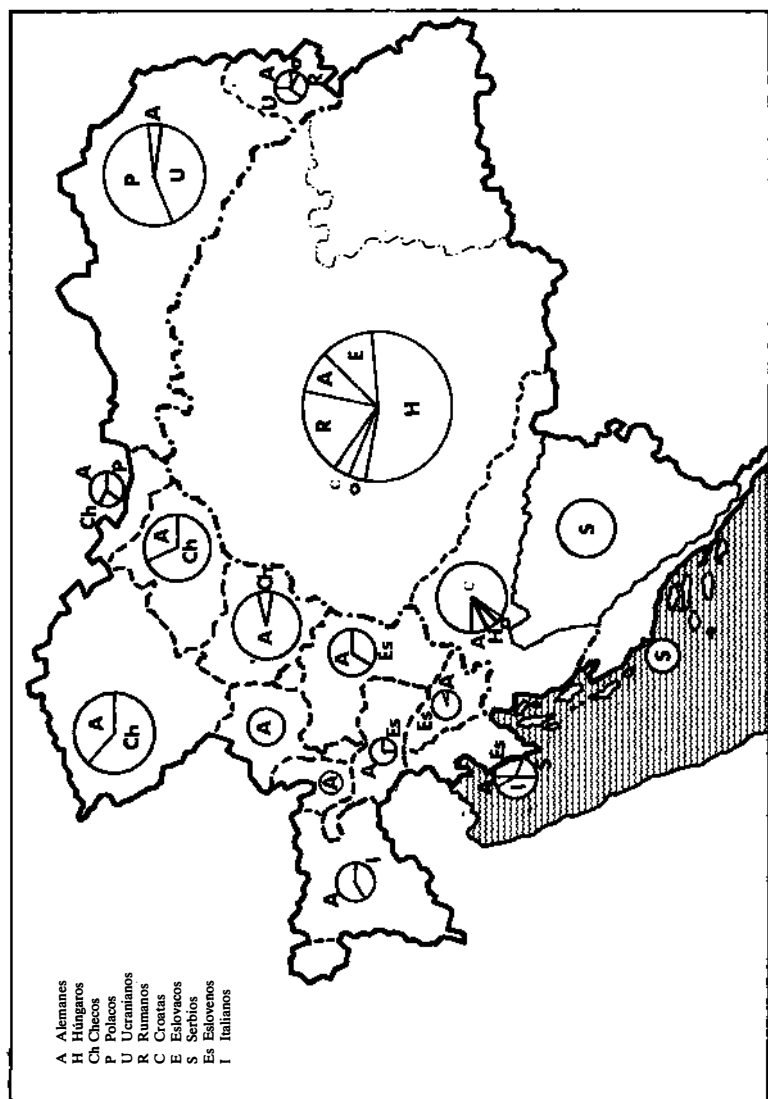
²⁵ Idem. pág. 165. Gallissot dedica el apartado cuarto («Capitalcentrismo» y falta de conclusión en los estudios acerca de la nacionalidad) del artículo mencionado a este problema. Por su interés reproduzco textualmente

Pese al adelanto de esta obra de Kaustky, la elaboración socialista sobre los problemas nacionales despegá propiamente en la década de los noventa, coincidiendo en el tiempo con una acumulación de nuevos acontecimientos (irrupción del imperialismo moderno, estallido de las tensiones nacionales en la Europa central y oriental, emerger de los nuevos movimientos nacionales) que obligan a reflexionar y a tomar posiciones.

En los primeros pasos, muy atados a la interpretación de los textos de Marx y Engels, los pioneros como Kautsky y Rosa Luxemburgo han de superar el trauma de tener que corregir públicamente los puntos de vista de los maestros sobre diversos asuntos (la cuestión polaca, la posición ante los pueblos balcánicos o ante los checos, etc.), pues ya no resultan adecuados para una realidad que ha cambiado. Pero, enseguida, la propia dinámica de las presiones políticas en las que están involucrados directamente los partidos socialistas de la Europa central y oriental les exigirá soltar amarras, dejar de limitarse a interpretar textos de otra época y, en definitiva, afrontar los nuevos problemas que se les plantean.

Hasta 1905, como ha señalado G. Haupt, predominan la táctica y la política sobre la teoría. La preocupación dominante es la de definir las posiciones de los partidos socialistas directamente afectados en la zona más caliente entonces de con-

algunas frases de las conclusiones extraídas por este autor: «El abandono de estos posibles desarrollos se verá favorecido, sin duda, por la eficacia del marxismo en las luchas obreras y por su relativo arraigo en el movimiento obrero intelectual; asimismo, conduce a una reducción economicista tanto más posible en la medida en que las investigaciones inacabadas y los interrogantes historicistas de Marx y de Engels quedarán durante mucho tiempo ignorados, en los textos y en los borradores manuscritos. (...) Se consuma entonces el divorcio entre la etnología y lo que estará destinado a convertirse en la tradición marxista, es decir, el comentario de la obra económica, de los escritos de polémica política y de los tratados de materialismo. Incluso por este motivo se acabará insistiendo en el principio del Estado nacional, tanto más cuanto que los partidos socialistas, y en primer lugar la socialdemocracia alemana, se constituyen como partidos nacionales, reunidos en la II Internacional».



4. Las nacionalidades del imperio austro-húngaro.

flictos nacionales: la Europa central y sud-oriental, desde Polonia a los Balcanes, con una atención preferente a la complicada situación nacional del imperio austríaco, donde conviven once nacionalidades diferentes, dado que allí se da asimismo un desarrollo mayor y más temprano del movimiento socialista.

El ámbito organizativo de los partidos socialistas en los estados plurinacionales —si unitario y centralizado de acuerdo con el marco del Estado en el que actúan o federalizado para hacer corresponder mejor la acción política con las diferentes comunidades nacionales de ese Estado—, el carácter territorial o extraterritorial (y personal) de la autonomía nacional, junto al debate sobre la independencia de Polonia y la definición de los cambios que allí se están produciendo en la cuestión nacional, suscitan las discusiones más apasionadas, todas ellas en la década de los noventa ²⁶). De esta época también hay que destacar un par de acontecimientos políticos de significación relevante dentro del campo marxista. El primero es la adopción de una estructura federativa, por nacionalidades, por parte de la socialdemocracia del imperio austro-húngaro que fue aprobada en el Congreso de 1897. Mientras que el segundo es la publicación de su programa nacional, acordado dos años después en el Congreso de Brno, donde se detalla por primera vez un plan general para resolver los problemas nacionales del imperio austríaco.

Pero aunque se da un avance claro en lo político, y si bien los debates políticos y organizativos mencionados tocan bastantes problemas de fondo, no ocurre otro tanto en el plano de la elaboración más teórica. Ninguna obra de estos años em-

²⁶ Sobre los problemas de fondo que se ventilan en la más sonora de esas discusiones, la de K. Kautsky y Rosa Luxemburgo, puede verse el excelente artículo, ya mencionado, de G. Haupt «*Dinamismo y conservadurismo...*» En cuanto a los problemas de la organización autonómica del Estado, está la obra de Karl Renner, el primero en abordarla durante esa época. Su trabajo *Estado y Nación*, escrito en 1899, está recogido en la recopilación de Cuadernos de Pasado y Presente, nº 73, que incluye asimismo un amplio extracto de las actas del Congreso de Brno.

prende un vuelo semejante al de Kautsky en su trabajo sobre la nacionalidad moderna y sólo este autor o Rosa Luxemburgo van desgranando, entre sus numerosos artículos, observaciones, comentarios o preocupaciones que elevan la reflexión de los planos más inmediatos. Por mencionar un ejemplo anticipatorio de un tema muy socorrido en la sociología contemporánea puede reseñarse el interés de Kautsky por indagar la función de los intelectuales en la formación y desarrollo de las naciones, sobre lo cual señala su papel de portavoces de la reivindicación nacional en tanto que sus perspectivas de promoción social, como «proletariado de la inteligencia», se amplían o mejoran con la constitución de su país en un Estado soberano ²⁷.

Junto a Kautsky, la personalidad más destacada de estos años es *Rosa Luxemburgo*, quien escribe numerosos artículos sobre la cuestión polaca y a través de ellos va esbozando una posición más general sobre la política socialista en las cuestiones nacionales. En el momento en que publica sus primeros artículos, el movimiento socialista polaco está centrado en reivindicar la unificación de Polonia y la restauración del Estado polaco y suele citar en su apoyo frecuentemente, como fuente de autoridad, los textos de Marx donde éste se mostraba decididamente a favor de dichas reivindicaciones. Pero Rosa Luxemburgo, disconforme con ese planteamiento, emprende la tarea de enfrentarse a la autoridad de Marx, asumiendo de esta forma la responsabilidad de corregir a Marx a partir de

²⁷ Kautsky abordó este tema en un artículo publicado en la *Neue Zeit*, en 1894. Luego volverá sobre ello en *Nacionalidad e Internacionalidad*, donde afirma el interés nacional de la intelectualidad:

«...nadie aspira con tantas ansias al engrandecimiento de la propia nación como el intelectual, principalmente si proviene de una nación pequeña. Los hombres cultos —que son los que más aprenden lenguas extranjeras y que han sido influidos más que ningún otro grupo por la cultura internacional— son, a su vez, los que más tienen en cuenta la pureza de la propia lengua, la expansión de su ámbito de vigencia, la condenación de lecturas extranjeras».

lo que ella concebía como el núcleo del marxismo, más allá de su letra. Con ello, es la primera persona, dentro del campo de los socialistas seguidores de Marx, en observar los cambios habidos respecto a la época de Marx, y lo inadecuado de atenerse, sin más, a la letra de sus escritos.

Su argumentación descansa en una interpretación personal de lo que constituye el núcleo de la metodología marxista para analizar todos los problemas sociales en general y, dentro de ellos, también las cuestiones nacionales. El meollo de este método, el método marxista por excelencia, según Rosa, está en tratar las cuestiones nacionales como asuntos *subordinados* a las exigencias más generales de la lucha de clases, puesto que el fundamento de la política socialista son las posiciones de clase del proletariado y su objetivo esencial, del que no puede desviarse, es el desarrollo de la lucha para derrocar a la burguesía y poder emprender el camino hacia la supresión misma de las clases. El análisis de los intereses prácticos del movimiento obrero socialista en las circunstancias concretas en que se desenvuelve, es, por consiguiente, el criterio desde el que debe establecerse, según ella, la posición socialista ante cada cuestión nacional concreta.

En su tesis doctoral sobre «*El desarrollo industrial en Polonia*» y en sus contribuciones al Congreso de Londres, Rosa Luxemburgo aplica esa metodología a Polonia, demostrando mediante un concienzudo análisis económico y político los profundos cambios que ha sufrido la cuestión polaca en las últimas décadas, merced a un vertiginoso desarrollo industrial, desde el aplastamiento de la insurrección de 1863 (Dicho sea de paso, el tiempo demostrará que ese análisis, pese a su brillantez, incurría en el economicismo de Kautsky al negar la viabilidad de un Estado checo) La conclusión de esos trabajos es que la *necesidad histórica* (el desarrollo industrial) ha vinculado Polonia a Rusia y ha enterrado definitivamente las viejas aspiraciones independentistas de la nobleza polaca, subrayando con énfasis que el proletariado, en esas circunstancias, no debe hacer resucitar la reivindicación independentista. Para Rosa, si la nobleza está liquidada como clase domi-

nante y ha perdido el papel de antaño ²⁸ y si la burguesía, por otra parte, sólo busca aumentar su volumen de negocios dentro del imperio ruso y no manifiesta querencias independentistas, no tiene el menor sentido que el proletariado y los socialistas recojan la reivindicación de un Estado nacional polaco.

Llegados a este punto, es obligado insistir en la idea de que el fundamento de esa conclusión nada tiene que ver con una posición o actitud de fondo antinacional o anacional, como a veces suele malinterpretarse. Rosa Luxemburgo no esconde su sensibilidad y su oposición ante la opresión nacional. Es más, acostumbra a definirla como la más odiosa de las opresiones, como lo es toda opresión «de la cultura *espiritual* de la sociedad», y afirma con énfasis que «el tesoro de la causa cultural y nacional polaca» es un patrimonio irrenunciable de los socialistas. Para dicha autora, la defensa de la nacionalidad polaca es uno de los fundamentos de la política socialista: «Nuestro proletariado puede y debe luchar en defensa de su *nacionalidad*, como cultura espiritual independiente que tiene todo el derecho a la existencia y al desarrollo». Pero, de otro lado, a la vez que afirma esa posición, establece al mismo tiempo una limitación expresa del alcance de la política socialista. Desde la defensa de la nacionalidad, Rosa Luxemburgo considera *antinacional* la política «nacionalista» y «separatista» de devolver a Polonia una existencia clasista-estatal; mientras que considera *patriótico* y *nacional*, por el contrario, rechazar la reivindicación de la restauración de un Estado nacional polaco ²⁹. Lo que subyace en esta postura no

²⁸ Tras el aplastamiento de la insurrección de 1863, la nobleza polaca quedó muy mal parada. Aparte de su persecución, la pérdida de bienes, su exilio, etc., la reforma agraria y la liberación de la servidumbre, promulgadas por los vencedores, le asestaron un durísimo golpe entre los campesinos. En cierto modo, los rusos aparecían como los liberadores del campesinado polaco.

²⁹ Rosa Luxemburgo. *Prólogo a la cuestión polaca y el movimiento socialista*, págs. 286 y 287, dentro del nº 71, de los Cuadernos de Pasado y Presente, cuyo título es *El desarrollo industrial de Polonia*. Sobre la actitud del proletariado dice así en dicho prólogo, escrito en 1905,:

es otra cosa que la exigencia metodológica antes expuesta: la determinación de cuáles son los intereses «prácticos» del proletariado polaco.

Por vía negativa, Rosa Luxemburgo concluye que el movimiento obrero socialista no gana nada, sino al contrario, mediante la instauración de un Estado independiente y, por lo tanto, «clasista y opresor» (como lo es todo Estado). Tampoco ve que el proletariado pueda reforzarse asumiendo una reivindicación que supone renunciar a la tarea de ajustar las cuentas a la ideología de las dos clases abanderadas de la independencia, la casta noble protagonista del movimiento patriótico anterior y la pequeña burguesía nacionalista, *habida cuenta* que ambas expresaban un interés «egoísta y clasista». Ni entiende que el movimiento obrero vaya a consolidarse constituyendo un partido socialista unificado de los tres territorios en que se encuentra entonces dividida Polonia, pues ello significa separarlo de los movimientos socialistas ruso, alemán y austríaco ³⁰.

«La cuestión nacional no es ni puede ser ajena a nuestra clase obrera que no puede permanecer indiferente ante la más odiosa de las opresiones por parte de la barbarie: la opresión dirigida contra la cultura **espiritual** de la sociedad. Es un hecho comprobado a través de la historia y que habla a favor del género humano que hasta la más inhumana de las opresiones en el terreno **material** no es capaz de provocar el estallido de revueltas tan fanáticas y dar origen a odios tan perennes como la opresión en las esferas de la vida espiritual: la opresión religiosa y nacional. Pero en defensa de esos bienes espirituales sólo son capaces de revueltas heroicas y de martirio las clases revolucionarias, tanto desde el punto de vista **material** como social (...) Nuestro proletariado, en su condición de clase que no posee «bienes terrenales» en nuestra sociedad ungido por el mismo desarrollo histórico de la misión de derrocar todo el régimen existente, en una palabra, como clase **revolucionaria**, debe sentir y siente la opresión nacional como una herida abierta, como una vergüenza, aunque esa injusticia constituya una gota en el mar de la miseria social, de la persecución política, del desarraimiento espiritual (...).

³⁰ En 1895 escribe un artículo donde formula su posición contraria a la constitución de un sólo partido socialista polaco para las tres partes en que

El planteamiento socialista se condensa, según Rosa, en formular los intereses nacionales del proletariado polaco en un terreno propio, «puramente clasista». Al definirlo en concreto se advierte un doble acento. Por un lado, es el terreno de la lucha conjunta del proletariado de la parte polaca dentro del imperio ruso con el movimiento obrero ruso por la democratización más amplia del Estado opresor (y así sucesivamente para la parte alemana o austríaca). Este acento, más allá de las necesidades político-tácticas, tiene un alcance superior al entenderlo dicha autora como una exigencia directa e incuestionable del principio internacionalista de la clase obrera que exige la conformación de una estrategia y una organización unificadas en el marco de cada Estado. Por otro lado, considera que una «parte constituyente natural» de la lucha por la democratización mas amplia del Estado opresor es la obtención de una **autonomía nacional** que satisfaga los intereses nacionales «reales» del proletariado polaco. Tales intereses quedan definidos en una fórmula general : la exigencia de la libertad de existencia y desarrollo de la cultura nacional, la igualdad de derechos, la desaparición de la opresión nacional y la autonomía nacional polaca.

Estas ideas de Rosa Luxemburgo, expuestas cuando apenas comienzan a estallar las tensiones nacionales en la Euro-

está dividido entonces el territorio polaco. Dice así: «El proletariado polaco vive hoy, de hecho, no obstante la nacionalidad común, en tres estados diferentes, con ordenamientos políticos totalmente distintos (...) Los ordenamientos políticos comunes pertenecen al pasado o, en el mejor de los casos, al futuro. Pero la lucha política que deben llevar adelante sólo puede contar hoy con las condiciones presentes y, por consiguiente, debe plantear tres programas distintos y ser conducida por tres organizaciones de lucha diferentes.

Un partido socialista que hoy quisiera unificar el proletariado polaco de todos y cada uno de los tres estados bajo un único programa político no podría adaptarlo a ninguno, y debería por lo tanto, simplemente, ignorar el *milieu* político existente en los tres estados. Es lo mismo que si quisiese reunir en un único partido, con un único programa común, al proletariado de Alemania, Austria y Rusia. Lo absurdo de tal empresa es evidente.» Rosa Luxemburgo. *Nuevas corrientes del socialismo polaco en Alemania y Austria*. Cuadernos de pasado y presente, nº 71, pág. 82.

pa central y oriental, serán la base inalterada de sus posiciones posteriores y crearán una escuela en el pensamiento marxista de la II Internacional. Una escuela caracterizada por enfatizar la defensa de un internacionalismo intransigente que hace abstracción de las consideraciones más estrictamente políticas y por la tendencia a fundamentar sus análisis políticos en un acusado determinismo de los factores económicos (recuérdese por ejemplo que Rosa Luxemburgo define el ámbito territorial del Estado como un marco creado por la necesidad histórica).

En otro orden de cosas, cabe mencionar el inicio de las discusiones acerca de la naturaleza del imperialismo y sobre la posición de los socialistas ante la expansión colonial de sus Estados, fenómeno que estalla en su versión moderna a mediados de la década de los noventa.

En los trabajos de este período referidos al imperialismo se pone de relieve la debilidad inicial de la teoría socialista para comprender ese fenómeno, debilidad que está relacionada asimismo con el rápido avance del proceso de integración de la élite socialista de algunos países occidentales en su Estado-Nación (capitalista) que se está produciendo simultáneamente. Así, por ejemplo, cuando Bernstein formula el derecho de la civilización superior a cometer (y encarrilar) a los pueblos salvajes de África ³¹; o cuando Kaustky le echa un capotazo a Bernstein desautorizando en cierto modo la réplica durísima que publica, frente a esas ideas, Belfort-Bax ³²; o cuando el mismo Kaustky se enreda en rizar el rizo sobre la distinción entre el capitalismo mercantil, al que tacha de im-

³¹ Bernstein, Eduard. *La socialdemocracia y los disturbios turcos* (de 1896), en Cuadernos de Pasado y Presente, n° 73, obra citada, pág. 42. La frase más significativa es la siguiente: «Vamos a enjuiciar y combatir ciertos métodos mediante los cuales se sojuzga a los salvajes, pero no cuestionamos ni nos oponemos a que éstos sean sometidos y que se haga valer ante ellos el derecho de la civilización.»

³² Ver nota a pie de página del editor, es decir, Kaustky, al artículo de Belfort Bax «*Política colonial y chovinismo*». Cuadernos de Pasado y Presente, n° 73, pág. 59.

perialista, mientras otorga un carácter no-imperialista al capitalismo industrial manchesteriano ³³. Bien es verdad que otros autores manifiestan un impulso ético, presente en Belfort-Bax, que les lleva a condenar el imperialismo; pero esa argumentación tiene en aquellos debates el efecto contrario y sirve para reforzar la posición de quienes condenan los «excesos» pero no propiamente la fuente de la que derivan. El siguiente texto de Bernstein ilustra las debilidades del socialismo de la época:

«Respecto de si Alemania necesita hoy colonias, particularmente en cuanto se refiere a las que ha obtenido recientemente, puede contestarse negativamente con gran autoridad. Pero hemos de examinar también lo futuro. Si tenemos en cuenta que Alemania importa hoy anualmente una considerable cantidad de productos coloniales, podemos calcular que llegará un tiempo en que será conveniente sacar de nuestras colonias al menos una parte de esos productos. No es necesario que la ocupación de las 'tierras tropicales' por los europeos perjudique a los naturales en su disfrute de la vida, como se ha visto hasta ahora. No obstante sólo puede reconocerse a los salvajes un derecho condicional a las tierras que ocupan.

En último término una civilización más elevada puede pretender derechos más elevados. No es la conquista, sino el cultivo de la tierra, lo que da el derecho histórico a disfrutarla» ³⁴.

Pese a las debilidades manifestadas, los debates de estos años tuvieron la virtud, no obstante, de poner sobre el tapete un conjunto de problemas claves para hacer avanzar la com-

³³ Kautsky. «*Vieja y nueva política colonial*». Cuadernos de Pasado y Presente, n° 73, pág. 95. En este artículo publicado en 1898, Kautsky, amén de atribuir a la reacción la política colonial de esa década, afirma que no es necesaria para el desarrollo económico, sino perjudicial, y que las necesidades de la expansión industrial habida en los quince últimos años del siglo no ha influido para nada en la imponente intensificación de conquistas coloniales que se produce en esos años. Años más tarde R. Hilferding refutará esas disquisiciones, tachando de reaccionario el pretender presentar la opción libre-cambista como una alternativa distinta y opuesta al imperialismo.

³⁴ Bernstein. «*Socialismo teórico....*» Obra citada, pág. 132.

preensión teórica y política del fenómeno imperialista moderno, como señala Andreucci³⁵. Así la relación entre capitalismo e imperialismo, el significado del imperialismo para los pueblos colonizados, la indagación de las fuerzas motrices del imperialismo, su conexión con el militarismo y la paz, así como su trascendencia para la situación de la clase obrera (gastos militares y aumento de impuestos, exacerbación del chovinismo...), el problema de la «superioridad» de la civilización occidental y su «derecho» a colonizar otros pueblos, etc. Con todo, e independientemente de que no se llegara todavía a comprender bien la naturaleza del imperialismo, ha de señalarse que la opinión más generalizada entre los partidos de la II Internacional se inclinaba claramente por la condena de la política colonial de esos años, si bien en ocasiones con argumentos tan débiles (y ambigüos) como cuando se esgrimía en favor de ese rechazo el magro resultado económico de las inversiones de ultramar.

Finalmente no se puede pasar por alto una limitación importante en la evolución del tratamiento marxista de las cuestiones nacionales durante estos años. Me refiero a su limitación geográfica, puesto que los avances de la teoría y la política quedan constreñidos al área central y oriental del marxismo europeo y apenas trascienden en cambio al socialismo más occidental. Por ese mismo tiempo, por ejemplo, uno de los más importantes líderes de la II Internacional, Vandervelde, escribe un libro sobre el socialismo en Bélgica donde no hay ninguna referencia al problema flamenco, cuyas reivindicaciones, lingüísticas al menos, eran patentes en la sociedad belga

³⁵ Andreucci, Franco. «*La cuestión colonial y el imperialismo*». Dentro de la obra colectiva «*Historia del marxismo*», tomo sexto, editada por Bruguera. En este trabajo, dicho autor traza un panorama resumido de los principales argumentos presentes en los ambientes de la II Internacional en contra del imperialismo a finales de siglo. Junto al antes mencionado, los más generalizados son: el papel de provocación de continuas crisis y amenazas de guerra en las relaciones internacionales, el aumento de gastos militares y de los impuestos, junto con la reducción consiguiente de presupuestos para las reformas sociales.

desde los años 80. Ocurría simplemente, como señala Hobsbawm (del que he recogido ese dato), que «los movimientos nacionales-regionales eran considerados de escasa importancia política, además de esencialmente burgueses o pequeño-burgueses, por el socialismo occidental»³⁶. Y aún más explícito, tal vez, puede ser el caso del socialismo español coetáneo de las primeras manifestaciones políticas del nacionalismo vasco o catalán.

La configuración de la teoría

Durante los años que transcurren entre la primera revolución rusa de 1905 y la guerra del 14, se da una segunda fase, siguiendo la periodización de G. Haupt, en la elaboración marxista sobre los hechos nacionales. Es el momento de su «**complejización teórica**», como señala dicho autor; cuando el campo de los problemas abordados trasciende la toma de posición política sobre las cuestiones más inmediatas que se le plantean al movimiento obrero socialista. Lo más relevante en ese sentido es la publicación de la obra de Bauer en 1907 *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* y las respuestas polémicas que suscita a continuación. Por parte de Kautsky *Nacionalidad e Internacionalidad* publicada en 1908, a la cual responde en ese mismo año el artículo de Bauer *Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades*. Unos años después, 1912, recogen esa misma polémica dos nuevos autores: Strasser, mediante la publicación de *El obrero y la nación* (con respuesta de Bauer en un artículo que lleva el mismo título) y Pannekoek con su trabajo *Lucha de clases y nación*³⁷. Al margen de esa polémica, otra obra importante de

³⁶ Hobsbawm, E. F. «*La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX*». Contribución de este autor a la Historia del Marxismo de la Editorial Bruguera. Tomo cuarto, pág. 113. Sobre el caso de Flandes puede verse el capítulo correspondiente que le dedica Rovira i Virgili. Obra citada, págs. 172 y 99 del tomo primero.

³⁷ Las obras citadas de Kautsky, Strasser, Pannekoek, así como el artículo de Bauer «*Observaciones ...*», se encuentran en el n° 74 de la Colección

ese período es «*La cuestión nacional y la autonomía*», publicada en 1908, de Rosa Luxemburgo.

El grueso de esa obra de **Bauer** persigue un propósito ambicioso e inabordable por ningún otro marxista anterior a él ³⁸. En un mundo contemporáneo en que se habla tanto de las naciones, el marxismo —según Bauer— no puede renunciar a saber qué son las naciones en definitiva, sino que necesita comprender el papel que desempeñan los factores nacionales en la lucha de clases. «Indagar cómo el lazo de pertenencia a una comunidad nacional determina la voluntad de la clase obrera en lucha», como él mismo apunta, es el objetivo de su investigación, siendo muy consciente de enfrentarse a uno de los fenómenos sociales más complejos y variados.

Su punto de partida es la necesidad de construir una teoría global de la nación mediante «el método de investigación marxiano», esto es, una teoría basada en la concepción materialista de la historia. La adopción de este método le conduce, de entrada, a rechazar las distintas teorías de la nación que se han expuesto hasta entonces :

a) las **metafísicas** o esencialistas, tanto en la versión espiritualista y romántica de Fichte, Herder, la Escuela Histórica del Derecho, etc., como en la versión materialista y racial de Gobineau (págs. 27 y 119, respectivamente) ³⁹.

b) las **psicológicas**, como la de Renan, quien define a la nación como la voluntad de querer vivir juntos (pág. 175).

c) las teorías **empíricas** que se basan en la enumeración y suma de los elementos esenciales a la nación, como la lengua,

Pasado y Presente, cuyo título completo es *La segunda Internacional y el problema nacional y colonial*.

³⁸ Bauer, Otto. «*La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*». Siglo XXI. Méjico (1979). Prefacio de la primera edición. La exposición de las ideas principales de la parte política, donde expresa su posición concreta programática ante los problemas nacionales del imperio austríaco, se hace más adelante a fin de compararlas con las posturas sostenidas por Lenin. Aquí me limito por tanto a resumir sus aportaciones de tipo más teórico.

³⁹ La idea de la nación vasca formulada por Sabino Arana es una mezcla curiosa de ambas versiones.

el territorio, el pasado histórico común, la cultura común, etc., (pág. 137) ⁴⁰.

La aportación más consistente de Bauer, como él mismo reivindica, con razón, en el prólogo a la segunda edición de su obra en 1924, es la descripción del proceso de integración y diferenciación del que ha brotado la nación moderna.

Coincide con Kaustky al señalar que la mayor intensidad de ese proceso se da bajo el capitalismo industrial y el Estado moderno, dada la subversión de la sociedad tradicional que ambos entrañan, pero subraya con un énfasis particular el significado de ello para las *naciones sin historia*. Bauer es el pionero en formular el despertar de las naciones sin historia, o dicho de otra forma, quien primero advierte la *trascendencia nacional* que adquiere en dichos pueblos las bruscas y profundas transformaciones sociales producidas por el capitalismo moderno. Y es ahí, en la descripción detallada de ese proceso, para el caso concreto del Estado austríaco multinacional, donde se encuentran en mi opinión las mejores páginas de Bauer.

Pero no se contenta con constatar que bajo el capitalismo moderno se da *una tendencia general a que las comunidades naturales (las naciones) coincidan con el poder externo (el Estado)* ⁴¹ y exijan, en consecuencia, la formación de un Estado

⁴⁰ Pertenece a este género la famosa definición de Stalin. Bauer centra su crítica a ese tipo de definiciones en el hecho de que no aporta nada significativo para la comprensión de las naciones concretas. Para comprender cada nación, afirma, no es suficiente enumerar la presencia de diversos elementos, sino que ha de establecerse la relación concreta de recíproca dependencia que se manifiesta en cada caso entre dichos elementos. Por otra parte le achaca el que no sirve para delimitar y diferenciar el concepto de nación «con respecto a las más estrechas comunidades locales y étnicas que existen en su seno».

⁴¹ La crítica posterior ha señalado la deuda de Bauer con la distinción establecida por Tönnies entre *comunidad* y *sociedad*; la primera unida por vínculos internos derivados de una vivencia en común del grupo y la segunda caracterizada por la sujeción del grupo a unas normas externas (morales, jurídicas, etc.). Bauer lo expone, por su parte, en el artículo «*Observaciones...*». Obra citada, pág. 173.

nacional propio que proteja la comunidad natural. Si bien esa es la base del conflicto nacional moderno, dicha tendencia plantea a su vez un interrogante, pues da por sentada la existencia *previa* de las comunidades naturales, de las naciones, y *eso* es precisamente lo que se trata de explicar: por qué, cuándo y cómo se han formado aquellas, qué es lo que les ha individualizado respecto a otras comunidades, etc.

Al rastrear la respuesta a estos interrogantes, Bauer lleva más atrás en el tiempo el inicio de los procesos de integración comunitaria nacional y de su diferenciación de otras comunidades. Mientras que Kaustky situaba la formación de las naciones en los umbrales más tempranos del capitalismo, Bauer la ubica en la larga época feudal. En el paso del feudalismo al capitalismo se da un cambio en la dirección cultural de la nación, pero la nación ya existía con anterioridad; según Bauer, son las clases caballerescas —para el caso alemán analizado por él— quienes integraron y diferenciaron una nación unitaria, la nación feudal, mediante el establecimiento entre ellas de una comunidad de lengua y de comunicación, rompiendo de esa forma el proceso de desintegración de las antiguas tribus germánicas.

Bauer observa que las comunidades naturales más primitivas, basadas en la ascendencia común y en la transmisión hereditaria natural, están abocadas a un proceso de desintegración y diferenciación en cuanto se debilitan o cesan los lazos de sangre («*Si cesa la ligazón sexual entre los compatriotas, aparece enseguida la tendencia al surgimiento de nuevas comunidades de carácter, diferentes unas de otras, a partir del pueblo hasta entonces unitario*» pág. 123). De ahí concluye que el vínculo nacional por excelencia descansa en la *comunidad de comunicación* y en la *comunidad de cultura*. Pese a reconocer que «*el gran instrumento de esa comunicación es la lengua*», Bauer no lo concibe como una garantía de unidad nacional, mientras la lengua no se sustente a su vez sobre una comunidad de comunicación y de cultura. Si se desgarran la comunicación, también se desgarran la lengua, tal y como lo confirman, en su opinión, el caso de noruegos y daneses, de ho-

landeses y alemanes, unidos antes en una comunidad lingüística y luego separados hasta el punto de formar su propia lengua diferenciada, su propia nación y su propio Estado. Así lo formula un año después, en su polémica con Kaustky, recapitulando sobre este problema:

«En el apartado 10 de mi libro (...) mostré prolija y reiteradamente el hecho y la causa de que la nación sea, por necesidad, una comunidad de lengua; por ende, entre Kaustky y yo no hay disputa alguna sobre ello. Pero no me puedo contentar con la comprobación de que cada nación usa una lengua común. Más bien pregunto por qué este círculo de seres humanos y no otro, o uno más estrecho, se sirve de la misma lengua. La cuestión de qué fuerza traza la frontera de la comunidad de lengua conduce al concepto de comunidad de comunicación, y si ahora buscamos determinar causalmente las fronteras de la comunidad de comunicación llegamos por último al concepto de comunidad de destino a través del concepto de comunidad de cultura. Así, por supuesto, la lengua común también se manifiesta como una connotación de la nación, pero en cuanto 'medio de segundo orden': 'la historia común como causa eficiente, la cultura común y la ascendencia común (como) medios de eficacia, y la lengua común, a su vez, (como) mediadora de la cultura común, producto y productora de ésta simultáneamente'. O sea, que no niego que la nación sea una comunidad de lengua, sino que busco detrás de la lengua lo que la genera, produce sus mutaciones y determina los límites de su vigencia»⁴².

La conclusión de Bauer, lo que él llama la definición completa de la nación, —*Nación es el conjunto de seres humanos vinculados por comunidad de destino a una comunidad de carácter* (pág. 142)—, ha sido lo más controvertido de su obra teórica y lo que resulta a su vez lo más discutible de ella a mi juicio. (No obstante, es oportuno traer a colación que él mismo relativizará su valor, años más tarde, insistiendo en que sólo ha de tomarse como «un postulado metodológico» para

⁴² Bauer. «Observaciones...». Obra citada. pág. 175.

comprender el fenómeno de la singularización de las naciones y autocriticándose de los excesos neokantianos que contiene la metodología seguida en su obra, «mis kantianas enfermedades infantiles», aunque seguirá reivindicando lo fundamental de su teoría y conclusiones) ⁴³.

Los problemas suscitados acerca de esa definición se han centrado casi siempre, con razón, en la significación vidriosa, ambigua, y hasta esencialista, de los conceptos por él elegidos: *el carácter nacional* y *el destino nacional*. Con todo, hay que decir que en muchas ocasiones se ha deformado groseramente el contenido real que Bauer da a tales conceptos, contenido que bien poco tiene en común, salvo la coincidencia nominal, con la utilización que le han dado los nacionalismos conservadores e incluso los fascismos.

A lo largo y ancho de su obra, reiterándose casi hasta la saciedad, Bauer define el carácter nacional no como algo permanente e inalterable, eterno, y que explica por sí mismo la singularidad nacional, sino al contrario, como un dato dado, como una evidencia de hecho y que requiere a su vez una explicación: por qué y cómo se producen las diferencias (de carácter) entre unos u otros pueblos, por qué cada comunidad nacional tiene su propia singularidad.

Para Bauer, la respuesta se encuentra en la historia real y en la historia particular de cada pueblo. Lo que forma a un pueblo diferenciado es su singular experiencia histórica. «*La nación es lo histórico en nosotros*», esto es, ese proceso nunca acabado, permanentemente modificado y modificable, que hace referencia, en última instancia, a la reproducción del ser humano como ser que vive siempre en sociedad («la nación es la manifestación del hombre socializado», dice Bauer en otra ocasión) y a las peculiaridades que va conformando en su lucha con la naturaleza, según las transformaciones de las fuerzas productivas, de acuerdo con las modificaciones de las relaciones de trabajo, etc. Bauer concibe la nación, por con-

⁴³ Bauer. Prólogo a la segunda edición, de 1924. En «*La cuestión...*». Obra citada, pág. 7.

siguiente, como un producto de las vicisitudes históricas de una sociedad determinada:

«Lo que coliga a los individuos que pertenecen a una nación es el hecho de que todos ellos sean producto de las mismas fuerzas operantes, de la misma sociedad». (pág. 133)

La comunidad de destino es, por lo tanto, para Bauer, una vivencia histórica común, la sujeción a unas «fuerzas operantes» comunes. Mientras que la comunidad de carácter nacional es el resultado singular en que se manifiesta lo anterior. Bien lejos del esencialismo, su concepto de carácter nacional tiene un contenido rigurosamente *histórico*. Consiguientemente, tiene un alcance *relativo*, pues concibe que las diversas comunidades no han vivido nunca en el aislamiento puro y tanto menos bajo el capitalismo, del cual reconoce especialmente su tendencia «niveladora» respecto a las singularidades producidas en otras épocas pasadas; el resultado es siempre *modificable* por las generaciones posteriores que estarán sujetas a experiencias históricas impredecibles, por otra parte; y, finalmente, se trata de un contenido *inseparable* de las circunstancias singulares que viven los pueblos, de su desarrollo económico y social, de los procesos de integración y diferenciación comunitarios que atraviesan según las circunstancias muy diversas de su evolución histórica, etc.

La teoría de Bauer, pese a haber abierto no pocos caminos a la investigación posterior de los hechos nacionales, plantea algunos problemas de diversa entidad. Obsesionado por encontrar sus orígenes, Bauer generaliza en la historia pasada el concepto de nación, cuando quizás sea más conveniente circunscribir *convencionalmente* la utilización de ese concepto a los fenómenos de la época moderna en que una determinada comunidad humana (o una parte de ella) se ve sacudida por una movilización de tipo nacionalitario (en el sentido que da M. Rodinson a este término) ⁴⁴. No es ajeno a este problema

⁴⁴ Aunque posteriormente ha rehusado seguir utilizándolo, Maxime Rodinson atribuye al concepto «nacionalitario» un contenido equivalente al de

el hecho de que el mismo Bauer se vea obligado a formular continuas matizaciones para subrayar las grandes limitaciones de la nación en la época feudal o en la del capitalismo más temprano. Así en la época feudal, como ya se ha dicho, constriñe la comunidad nacional en rigor a las clases caballerescas, mientras que las clases dominadas, los campesinos, eran meramente «tributarias de la nación». Más tarde, la comunidad nacional cultural, «las riquezas culturales de la nación», se extienden a la burguesía bajo el capitalismo temprano; pero el campesinado, dice, sigue marginado de ellas casi por completo, aunque conserve «pasivamente» algunos rasgos de la comunidad nacional, como la lengua. Con el desarrollo moderno, la escolarización generalizada, etc., el pueblo «tributario» empieza a participar en cierto modo de la comunidad nacional, aunque sólo parcialmente, matiza Bauer, y de manera muy limitada aún. Su participación plena, su posesión de los bienes de la nación, sólo es posible con el socialismo, en la medida en que sólo el socialismo permite unos procesos de integración nacional superiores cualitativamente a los regímenes basados en la dominación de clase ⁴⁵. Bauer afirma, por consiguiente, que todas las comunidades nacionales *clasistas* tienen un carácter (nacional) muy limitado. Pero esta afirmación plantea a su vez un nuevo problema. Si bien es muy sugerente para resaltar las limitaciones de la nación en épocas pasadas, creo que se queda corta y resulta bastante forzada en lo relativo al significado de la nación bajo el capitalismo

«ideologías étnico-nacionales», (entre las cuales distingue las ideologías de afirmación, las de competición o combate, las de dominación, las de resistencia y rebelión y, por último, las de sumisión, resignación y superación), generalmente referidas al problema del reconocimiento por un grupo de su especificidad, a la defensa de sus rasgos culturales e instituciones peculiares, etc. Sobre esto, ver su artículo «Nación e ideología», dentro de la obra editada por Cuadernos de Anagrama, Barcelona 1975 (el nº 112 de esa Colección), «Sobre la cuestión nacional», de dicho autor. Expone sus reparos posteriores a la utilización del concepto nacionalitario en diversas comunicaciones recopiladas bajo el título *Marxisme et monde musulman*, éditions du Seuil, Paris 1972, especialmente en las páginas 141 y ss. y en la 248.

⁴⁵ Bauer. «La cuestión....». Obra citada, apartado 30.

avanzado. A la luz de los procesos que hoy podemos contemplar, ha de concluirse que el capitalismo moderno ha puesto en marcha unas posibilidades de integración nacional y de participación de la población en la comunidad cultural nacional superiores a las previstas por Bauer. Y si tiene razón, en teoría, al otorgar a la sociedad sin clases la posibilidad de dar a las naciones una gran cohesión interna, no resulta tan claro el salto cualitativo establecido entre la realidad de la nación socialista y la que conocemos hoy en las áreas más desarrolladas del planeta.

Por otra parte, puede achacársele una excesiva *objetivación* de la nación; o lo que es lo mismo, la desconsideración de la importancia de los factores o procesos subjetivos que intervienen en el surgimiento de una movilización nacionalitaria. De la teoría de Bauer se desprende una visión de la nación como un fenómeno social obligado de la evolución humana, equiparable en cierto modo al hecho de que todos los seres humanos tengamos nariz, boca y ojos. Tal concepción, por más que sea fruto del ambiente de su época, no concuerda con la realidad más compleja de la evolución humana y peca de europeo-occidentalista.

Según la concepción de Bauer, el nacionalismo sería el producto obligado de una comunidad nacional en un momento determinado de su historia, exactamente frente al impacto de las transformaciones sociales capitalistas. En la lógica de Bauer, la nación es la que crea el nacionalismo. Pero esa afirmación, pese a su apariencia de transmitir el más elemental sentido común y pese a reflejar adecuadamente las experiencias más próximas a él (en las naciones sin historia de la Europa Central), se resiente no poco si se contempla todo el mundo que conocemos hoy.

Si se toma en consideración la multitud de experiencias nacionalitarias que se han producido desde entonces, se advierte la existencia de algo tan paradójico como «los nacionalismos sin nación» que señala Smith ⁴⁶. O de nacionalismos que

⁴⁶ Smith, A.D. *Las teorías del nacionalismo*. Ediciones Península, Bar-

concuerdan sólo parcialmente con la comunidad natural, es decir, de nacionalismos sustentados en la parte de una comunidad que se identifica con un determinado proyecto nacionalitario. O aun el conflicto entre nacionalismos de signo contrario en el seno de una misma comunidad, etc. Todas estas experiencias que llevan a la conclusión contraria, como si fuese el nacionalismo quien creara a la nación en definitiva ⁴⁷, ponen de relieve los límites de su teoría, límites que pueden resumirse en buena medida, en una sola idea: lo que falla de la

celona 1976, pág. 247. Este autor también recoge el fenómeno de las naciones sin nacionalismo.

⁴⁷ La consideración de unos criterios objetivos o subjetivos en la definición de las naciones ha sido tal vez lo más controvertido en el plano teórico. Históricamente destacan dos tendencias extremas y opuestas al respecto. Una es la que tiende a «objetivizar» excesivamente el hecho nacional, hasta presentarlo como algo ya perfectamente definido en sí mismo y acabado. La otra tiende a «subjetivizarlo», hasta desdibujar casi por completo sus fundamentos materiales. La primera, llevada al extremo, conduce al error de no tener presente lo que hay de arbitrario y cambiante en los hechos nacionales, como el producto humano que son, de acuerdo con las pautas dominantes de cada época, según las fuerzas sociales en que se apoya, según las circunstancias históricas y sociales que atraviesa en concreto el grupo comunitario, etc.; mientras que la segunda tiende a extremar la arbitrariedad y contingencia del hecho nacional. Hoy la corriente científica principal tiende a fundir ambos aspectos, concibiéndolos como un «continuum inseparable» (Smith). Este punto de vista lo ha defendido recientemente el historiador Pierre Vilar mediante una metáfora tan excelente como asequible, cuando ha comparado, en las páginas del diario abertzale EGIN, el hecho nacional «al bloque de mármol sin el cual la obra del escultor no existiría». Esa metáfora pone de manifiesto la inseparabilidad de ambos aspectos y permite al mismo tiempo poner el acento en lo que caracteriza en concreto cada hecho nacional. Frente a la tendencia a resaltar el «ser nacional», como algo ya indiscutiblemente definido, ese punto de vista permite acentuar la otra dimensión del asunto: las naciones se hacen según una diversidad de proyectos políticos y sociales y las realiza el pueblo en definitiva confirmando o corrigiendo con el tiempo los proyectos que anima su movimiento nacional. Sobre estos problemas puede consultarse el artículo de Hans Mommsen *Nacionalismo. El problema de las nacionalidades*, en el Tomo Historia 7 de la Enciclopedia «Marxismo y Democracia». Ediciones Rioduero. Madrid 1975. También las obras ya citadas de A.D. Smith, «*Las teorías...*», y la de José Ramon Recalde. La cita de Pierre Vilar está extraída del artículo «El hecho nacional», publicado en el diario EGIN del 7 de abril de 1985.

teoría baueriana es su misma pretensión generalizadora, universal, siendo relativamente escasos los materiales concretos con los que trabaja (los datos proporcionados por la realidad de la Europa central y un cierto conocimiento de otros países occidentales).

Aparte de otras discusiones de desigual importancia, la polémica con esta teoría de Bauer se centró en tres grandes cuestiones:

- a) el carácter de clase de las cuestiones nacionales.
- b) la perspectiva general de los hechos nacionales.
- c) la definición del internacionalismo (proletario) y su relación con el nacionalismo.

Para Bauer la lucha de las clases tenía siempre una sustancia nacional, si bien era diferente en el caso de las naciones históricas (o no-dominadas) que en el de las naciones sin historia (sometidas generalmente a un poder estatal externo a ellas). Por tratarse de un fenómeno comunitario, que vincula por tanto a todas las clases, la cuestión nacional no podía reducirse a la noción de un carácter de clase excluyente y unívoco; pero, eso sí, era preciso distinguir en su particularidad las políticas y contenidos nacionales que correspondían a las diferentes clases de la nación. De ahí que Bauer pretendiese elaborar una política nacional obrera, cuyo fin último, sólo realizable con el socialismo, era el de dar plena posesión a los trabajadores de los bienes de la cultura nacional.

Frente a la línea de Bauer, *Karl Kaustky* subraya la importancia política que los problemas nacionales tienen en situaciones concretas, como la del imperio austríaco, y, en consecuencia, la necesidad de un programa socialista para resolverlos (concretado para ese caso, según él, en el federalismo de las naciones que configuran el imperio austríaco). Pero Kautsky no reconoce una sustancia nacional de la lucha de clases. Su planteamiento descansa en la constatación, meramente, de unas circunstancias inmediatas de la lucha política que es obligado tener en cuenta. Nada más y nada menos.

Para Kautsky, recogiendo la antigua fórmula de Marx, la lucha de clases, y, más aún, toda la cultura en general del mundo moderno, tiene un contenido internacional y sólo es nacional por su forma. Así pues, dejando de lado su importancia política concreta en determinadas situaciones históricas, lo nacional queda relegado de categoría. Por así decirlo, y utilizando una terminología escolástica, lo nacional queda rebajado a la categoría de accidente inmediato, circunstancial, frente a la sustancialidad de los contenidos internacionales de la lucha de clases.

Strasser y Pannekoek irán más lejos todavía en esa línea. Muy representativo del primero, es la manera de abordar el problema de la condición humana. Strasser ⁴⁸ niega que la condición del ser humano pueda venir determinada por su pertenencia a un mismo tiempo a varias realidades que le influyan simultáneamente y de modo parejo, como la clase, la nacionalidad, el sexo, etc. Frente a esa concepción de la condición humana, a la que tacha de «anfibia», Strasser defiende el carácter totalizador de la pertenencia a una clase social. Para él, el ser humano pertenece a una clase en su totalidad y es esa condición la que determina todos sus intereses; de modo que para el obrero, por ejemplo, su condición proletaria es «la medida de todas las cosas» y todo lo juzga «desde el punto de vista proletario». (pág. 230) Pannekoek, por su parte, extremará el carácter episódico, meramente accidental de lo nacional, así como su sustancia burguesa, recogiendo, básicamente, ideas expuestas de una u otra forma por Kautsky:

«Según nuestro resultado, la nación es una formación temporal y pasajera, dentro de la historia evolutiva del género humano, una entre las muchas formas organizativas que se releven unas a otras o aparecen unas junto a otras: tribus, pueblos, imperios universales, iglesias, comunas aldeanas, estados. Entre ellas, y en cuanto a su peculiaridad, la nación es,

⁴⁸ Strasser. «*El obrero y la nación*». Obra citada, págs. 229 y ss.

esencialmente, un producto de la sociedad burguesa y desaparecerá con la sociedad burguesa»⁴⁹.

El segundo de los problemas, el del futuro de las naciones, ya ha quedado planteado en buena medida en las líneas anteriores. Bauer postula el mantenimiento de las naciones, entendiendo que la comunidad nacional ha de ser un rasgo *permanente* en la futura evolución humana. Es más, preve un proceso de avance en la consolidación nacional bajo el capitalismo, cuanto más democrático y avanzado sea éste, y a un nivel incomparablemente superior bajo un régimen socialista que haya liquidado la división clasista de la sociedad. Mientras que Kaustsky, Strasser y Pannekoek se definen en la dirección contraria. Para estos autores, las naciones tienen un carácter meramente *transitorio* y están condenadas a desaparecer en el futuro, dado el progreso de la internacionalización de la vida social en todos los órdenes que producen el desarrollo económico y la lucha de clases. El futuro está, según dice Kautsky, en «*la unificación de toda la humanidad civilizada en una sola lengua y en una sola nacionalidad*».

En esta polémica Kaustsky corrige el punto de vista sobre el internacionalismo que defendiera, 20 años antes, en *La nacionalidad moderna*. Entonces había postulado una perspectiva de síntesis («*establecer una vida internacional, pero a la vez, una vida nacional unificada*»), aunque en el camino hacia el horizonte más lejano de formar *una única y gran sociedad*. Ahora, en cambio, plantea el criterio de la **subordinación** de la parte al todo, de lo nacional a lo internacional, de los derechos nacionales al avance de la internacionalidad⁵⁰.

⁴⁹ Pannekoek. *Lucha de clases y nación*. Obra citada, pág. 287.

⁵⁰ Kautsky. «*Nacionalidad e internacionalidad*». Obra citada, pág. 142, dice así:

«Es necesario tomar conciencia ya mismo de que nuestro internacionalismo no representa una clase especial de nacionalismo, que sólo se diferenciaría del nacionalismo burgués por el hecho de no actuar agresivamente como éste, permitiendo por el contrario, a cada nación

En idéntico sentido se expresa Strasser, cuando acusa a Bauer de defender un contenido internacionalista que no se diferencia en nada del pannacionalismo «para el cual la nacionalidad es una condición de la internacionalidad» ⁵¹. De manera que de ambos autores se desprende una estrecha vinculación entre la idea del internacionalismo y la idea de la desaparición de las naciones. Bauer, por el contrario, admite la obligación para los socialistas de tener un criterio más general, más global, internacionalista en suma, que contemple las necesidades del conjunto de la lucha de clases en todo el mundo; y admite, en consecuencia, la superioridad de ese punto de vista (internacionalista), siempre más amplio que el localista. Pero el internacionalismo definido por Bauer está vinculado a una concepción del socialismo que, entre otros logros, ha de hacer posible «una existencia superior de las naciones en que se articula el género humano» ⁵².

Tras la revolución rusa de 1905, **Rosa Luxemburgo** sistematiza su pensamiento sobre las cuestiones nacionales en una obra, también de las más ambiciosas e importantes de este período: *La cuestión nacional y la autonomía*. Peše a aparecer un año después de la obra de Bauer, queda al margen formalmente de la polémica con dicho autor, cuyo trabajo parece no haber leído aún; sí da muestras de conocer en cambio la réplica de Kautsky, de la cual cita extensamente (y con cierto entusiasmo) las ideas de la progresiva internacionalización de la cultura y la perspectiva de desaparición de las naciones.

Rosa Luxemburgo admite el resultado final kautskiano,

los mismos derechos que reivindica para sí misma y reconociendo la total soberanía de cada país. Esta concepción que transfiere el punto de vista del anarquismo del individuo a las naciones no responde a la estrecha comunidad cultural que existe entre las naciones de la civilización contemporánea. Estas, en efecto, constituyen, económica y culturalmente, un único cuerpo social cuyo desarrollo descansa en el curso armónico de sus partes, posible únicamente cuando una de ellas se subordina al todo».

⁵¹ Strasser. Obra citada, pág. 242.

⁵² Bauer. «Observaciones....». Obra citada, pág. 252.

«la marcha histórica hacia una comunidad, hacia una civilización universal», pero en un sentido y con una lógica en buena medida diferentes a la de Kautsky. Miembro de un pueblo oprimido y sensible ante la opresión nacional (es por cierto, junto a Lenin, uno de los pocos marxistas de la época que utilizan habitualmente el concepto de opresión nacional y no sólo el de cuestión nacional o el de problemas y conflictos nacionales), establece una distinción entre nacionalidad y movimiento nacional. Concibe la nacionalidad como la expresión de una realidad cultural y espiritual, muy anterior incluso a la época burguesa; mientras que entiende el movimiento nacional, de manera restrictiva, como aquella manifestación política dirigida a crear un Estado nacional. En el primero de los sentidos, respecto a la nacionalidad, no tiene problema alguno en utilizar fórmulas similares a las de Bauer, pues parte del reconocimiento de la condición nacional obrera. Su referencia al *«problema de las condiciones del ser nacional político y del ser nacional cultural»*, contiene la exigencia de un marco político en el que pueda desenvolverse libremente *«el mismo meollo de la vida nacional, el idioma y la cultura espiritual de cada nacionalidad»*. Y esto tiene para ella un carácter de principio. Como años antes, R. Luxemburgo sigue insistiendo en posiciones beligerantes contra el Estado nacional, pero en absoluto es nihilista respecto a las culturas nacionales o a la libertad política nacional, (punto de vista que no ha sido, es preciso reiterarlo, bien comprendido con demasiada frecuencia).

Apoyándose en Kautsky, distingue tres tendencias o factores característicos de los movimientos nacionales:

1. La tendencia de la burguesía a asegurarse un mercado nacional, mediante la construcción de un Estado nacional propio.
2. La tendencia a instaurar la libertad política y la democracia, subvirtiendo el orden del Antiguo Régimen.
3. La divulgación de la literatura y la educación en los círculos populares.

Pues bien, de esas tres tendencias, admite incondicionalmente las dos últimas, al tiempo que cuestiona en cambio, y todavía de manera más apasionada que en sus escritos anteriores, el Estado nacional. Rosa Luxemburgo excluye radicalmente el Estado nacional del programa socialista:

En la misma medida en que la cuestión nacional —desde el punto de vista de las necesidades del capitalismo y de los intereses de clase de la burguesía— adquiere con gran naturalidad para las clases burguesas las formas de independencia política, es decir de un estado nacional, que luego se convierte en un instrumento adecuado para ejercer la dominación y la rapiña; contrariamente, a la clase obrera, desde el punto de vista de sus intereses, le preocupan por principio el aspecto *cultural y democrático* de la cuestión nacional, o sea las formas políticas que garanticen el libre desarrollo de estos aspectos de la vida nacional a través de un camino puramente defensivo, sin los instrumentos de la política nacional de agresión, y en el espíritu de una convivencia solidaria de las diferentes nacionalidades enlazadas históricamente en un estado burgués. La igualdad civil de las nacionalidades y la organización política que asegure el desarrollo de la cultura nacional, éste es —en términos generales— el programa clasista natural del proletariado, el cual dimana de sus posiciones de clase diferenciadas de las del nacionalismo burgués ⁵³.

A la altura de 1908, cuando escribe *La cuestión nacional y la autonomía*, cree haber encontrado nuevos y más poderosos argumentos en contra del Estado nacional. Reflexionando sobre los datos de la época —el intervencionismo creciente de unas pocas potencias en todos los asuntos mundiales, la rápida y voraz expansión imperialista, etc.—, Rosa Luxemburgo advierte que se ha entrado en una nueva fase, una característica de la cual es la modificación del comportamiento nacional de la burguesía. Para ella, la burguesía, una vez cubierta la fase de realizar su independencia estatal, ha trans-

⁵³ Rosa Luxemburgo. «*La cuestión nacional....*». Obra citada, pág. 75.

formado el Estado nacional en el instrumento de su predominio sobre otras burguesías nacionales:

«La esencia y el contenido del Estado moderno no lo constituyen entonces ni la libertad ni la independencia de la nación, sino la dominación abierta de la burguesía, la política arancelaria impositiva, el militarismo, la guerra y la rapiña». (pág.72)

En otro momento sintetizará esas reflexiones en una definición célebre, cuando señala que la burguesía ha transformado el Estado Nacional en «el Estado de rapiña» imperialista.

Rosa Luxemburgo deduce de este análisis de la época un razonamiento que influirá años después en la formación de la corriente denominada del «internacionalismo intransigente». Esquemáticamente expuesto ese razonamiento es el siguiente:

- a) el desarrollo imperialista ha cortado en seco la tendencia a la emancipación nacional y pone fin a la centuria de las nacionalidades que vivió el siglo XIX;
- b) la norma de la nueva época es la condena a la impotencia de las pequeñas naciones, las cuales ya nada pueden hacer frente a las grandes potencias imperialistas; e incluso las pocas excepciones a dicha norma le confirman en que las posibilidades de emancipación son meramente formales, en el mejor de los casos, pues de alguna manera continúa de hecho el sojuzgamiento de los pueblos que han alcanzado formalmente su soberanía nacional;
- c) como ese es el mundo real al que es preciso atenerse si se quiere fundamentar el programa socialista «*sobre suelo firme*», sobre el desarrollo real del capitalismo, Rosa Luxemburgo plantea la necesidad de dejar de lado los viejos lugares comunes sobre el derecho universal de las naciones a su emancipación, el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos, etc. y vuelve a reiterar la exigencia de

centrar el programa socialista, exclusivamente, en las posiciones de clase; la autodeterminación queda pospuesta a la consecución del socialismo:

«en una palabra, la sociedad logrará la posibilidad de libre autodeterminación nacional cuando esté capacitada para decidir conscientemente sobre su existencia económica y sobre sus condiciones productivas. Los *pueblos* decidirán sobre su existencia histórica cuando la sociedad humana domine sus procesos sociales» (pág.53);

- d) en tanto no se consiga el socialismo, el criterio central de un programa clasista ha de ser el de la autodeterminación *del proletariado* ⁵⁴, revolucionando y formando su voluntad socialista, pues tal es la misión histórica de la social-democracia para Rosa Luxemburgo;
- e) si la exigencia del Estado nacional resulta ya ajena y contraria a la misión de la socialdemocracia, no ocurre otro tanto con otro tipo de fórmulas político-culturales, como el autogobierno local y la autonomía nacional, que permiten resolver el problema de la condición nacional obrera; para Rosa, la esfera de la nacionalidad, así como los medios a exigir para su libre desarrollo, pertenecen incuestionablemente «al ámbito de los intereses clasistas del proletariado».

Completan el panorama de este período algunos autores que, partiendo de su condición de ser miembros de pueblos oprimidos, coinciden en el intento de establecer una síntesis entre el socialismo y el nacionalismo.

El primero en el tiempo es el polaco **Kelles-Krauz** ⁵⁵, de

⁵⁴ Lenin pondrá de relieve la inconsistencia y las debilidades de ese concepto luxemburguista en su obra de 1914 *Sobre el derecho de los pueblos a la autodeterminación*; pero en sus primeros escritos sobre la cuestión nacional coincide, sin embargo, con las posiciones de Rosa Luxemburgo sobre la autodeterminación.

⁵⁵ Murió prematuramente, a los 33 años, en 1905. Sobre las ideas y aportaciones de este autor, calificado como un marxista ortodoxo, puede verse el

la rama (mayoritaria) del socialismo marxista que siguió manteniendo la reivindicación del Estado nacional polaco. Dicho autor llegó a unas conclusiones similares a las de Marx para el caso irlandés (entonces todavía desconocidas en el campo socialista pues estaban enterradas entre las montañas de papeles que dejó a su muerte y no se publicaron hasta 1913): defendió la unidad de fondo entre la liberación nacional y la liberación social para el caso polaco; y, desde ese punto de vista, consideró la independencia polaca como una condición necesaria para la liberación social de las clases trabajadoras. Según Walicki, su aportación más interesante consistió en la recuperación de un concepto de Marx, la clase nacional, que aplicó a las circunstancias polacas; para Kelles-Krauz, el proletariado polaco debía asumir el papel dirigente del proceso nacional, ser el guía de la modernización y de la lucha por la independencia nacional ⁵⁶.

Por una senda parecida, aunque sin llegar a ser nunca un marxista ortodoxo, transitó el fundador del Partido republicano socialista irlandés y uno de los principales dirigentes, luego, de la insurrección de 1916: **James Connolly** ⁵⁷. Su pensa-

capítulo que le dedica L. Kolakowski, «Kelles-Krauz: una rama polaca de la ortodoxia», en el tomo segundo de su obra *Las principales corrientes del marxismo*. Alianza Universidad. Madrid 1982. También en la aportación de A. Walicki. *El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX*, a la obra colectiva *Historia del Marxismo* de la editorial Bruguera, tomo tercero.

⁵⁶ A. Walicki. Obra citada, pág. 179.

⁵⁷ Periodista y teórico a la vez que obrero manual, socialista y sindicalista a la vez que católico y nacionalista, James Connolly es coetáneo de Lenin, naciendo como este último en 1870. En su trayectoria personal destaca la fusión de su militancia socialista y de su preocupación patriótica o nacionalista. Ya en 1889 aparece vinculado a la Liga socialista.

En 1896 es fundador del Partido Republicano Socialista Irlandés, en representación del cual acude a algunos congresos de la II Internacional. Emigrado a los EE.UU. de Norte-América, realiza allí una gran labor entre la numerosa colonia de irlandeses y es de los principales impulsores de la organización «Obreros industriales del Mundo» que practica un sindicalismo revolucionario. En la guerra del 14, es de los poquitos socialistas de la Europa occidental que tienen una postura clarividente sobre la naturaleza imperialista de dicha guerra, coincidiendo básicamente con Lenin en la oposición a

miento, contradicciones y vicisitudes, suelen presentarse normalmente como un anticipo de las experiencias más actuales de tratar de infundir unos objetivos socialistas a las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo, de sus limitaciones y contradicciones, dada la realidad atrasada de la que parten por lo general. Pero en cualquier caso, intentó abrir caminos nuevos para que Irlanda pudiese conquistar su liberación en todos los órdenes; la conocida frase «me he pasado la vida explicando el socialismo a los irlandeses y lo irlandés a los socialistas», puede resumir bien las peripecias de su vida política. Fue el introductor de la idea del Frente nacional que aunara a todas las clases anti-imperialistas, durante la primera fase de la revolución irlandesa, con el objetivo de conquistar la independencia política ⁵⁸.

El caso más ambicioso, tal vez, en el plano del desarrollo de la teoría es el del judío ucraniano **Ber Borojov** ⁵⁹, quien in-

la guerra y en la actitud de intentar darle una salida insurreccional. En 1916, vuelve a Irlanda y encabeza la insurrección irlandesa que tendrá lugar ese mismo año. Tras el fracaso de esta revuelta muere fusilado ante el pelotón de ejecución.

⁵⁸ Sobre las aportaciones de Connolly y su significación general dentro de las corrientes socialistas, pueden consultarse los trabajos, ya mencionados, de H.B. Davis (págs. 160 y ss.) y de José Ramón Recalde, de quien he recogido la frase que resume sus dos preocupaciones fundamentales.

⁵⁹ Ber Borojov, ucraniano de origen, tuvo una corta vida (1881-1917). En 1900 se afilió al Partido Socialdemócrata ruso, del cual fue expulsado un año después, por manifestar su discrepancia sobre la política nacional del partido. Participó en la revolución de 1905, durante la cual fue uno de los fundadores del Partido socialdemócrata judío Poale Sion. Partió al exilio en 1907, de donde regresó a Rusia tras la revolución de febrero de 1917. Sobre su obra puede consultarse la recopilación presentada en el n° 83 de los Cuadernos de Pasado y Presente. «*Nacionalismo y lucha de clases*», que incluye una elogiosa introducción de Jose Luis Najenson. Y también *La cuestión nacional*, publicada por Ediciones Vascas. Bilbao (1979), con introducción de Mer Iari y comentarios de D. Ben Najum. Con respecto a su significación, Gallissot afirma lo siguiente: «(fue) uno de los primeros, o tal vez el primero, en intentar ligar, como marxista, los dos extremos de la cadena, o sea la explicación de las clases y la explicación de los hechos comunitarios, así como en caracterizar como de larga duración, e incluso como de carácter perma-

tentó fundamentar la política nacional socialista (para los judíos), en una teoría materialista de la nación, escrita y publicada entre los años 1905 y 1906 en sus bases más importantes.

Este autor parte de la constatación de que la interpretación ortodoxa del marxismo no explica la división de la humanidad en **sociedades** (tales como el Estado, la familia y sobre todo los pueblos, las naciones), además de la división en diferentes **clases** sociales, y se interroga consiguientemente por las causas originarias de la diversidad de sociedades. Así pues, el motivo de su reflexión es el hallazgo de unas categorías teóricas que puedan utilizarse para comprender la división de la humanidad en sociedades diversas y los conflictos que se derivan de ese hecho, de manera similar a como los conceptos marxistas (relaciones de producción y diversidad de clases, clase «en sí» y clase «para sí», intereses de clase y lucha de clases, conciencia de clase, etc.) permiten explicar los conflictos derivados del diferente papel que tienen los grupos humanos en la producción.

La teoría de Ber Borojov se sustenta en un concepto clave, **las condiciones de producción** cuya naturaleza diversa (condiciones geográficas, antropológicas, históricas y culturales...) diferente evolución, relativa separación de unos marcos a otros, explican en última instancia la diversidad de sociedades humanas. Sobre ese fundamento, y sustituyendo sucesivamente los principales conceptos marxistas por los correspondientes que él acuña, va elaborando su teoría nacio-

nente, a la nación, considerada hasta entonces por los marxistas como una categoría transitoria». Obra citada, pág. 207.

⁶⁰ «...los bienes de una sociedad son las condiciones de su vida de producción. Las condiciones se clasifican en materiales y espirituales. *La más importante de las condiciones materiales de producción es el territorio. El territorio, además, es la base sobre la que se encuentran todas las otras condiciones de producción y sirve para atraer todas las influencias exteriores*». Ber Borojov. *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, en *Nacionalismo y Lucha de clases*. Obra citada, pág. 66. La ausencia de un territorio propio del pueblo judío, según Ber Borojov era el único pueblo absolutamente extraterritorial, le llevó a defender la vuelta de los judíos a Palestina.

nal. Las luchas nacionales tienen un fundamento material, como la lucha de clases, basado en «la posesión material de las unidades sociales» y, especialmente, de su condición más importante: **el territorio**. La sociedad que se ha desarrollado en las mismas condiciones de producción es el **pueblo**, lo equivalente a la clase «en sí»; y será una **nación**, la clase «para sí», si esa sociedad está unida además «por la conciencia de la integración de sus miembros individuales derivado de un común pasado histórico». El producto material de la nación es **el nacionalismo**, similar a la conciencia y solidaridad de clase, del que señala su carácter multicolor según las diversas clases en que esté dividida la sociedad nacional ⁶¹.

Ber Borojov teoriza asimismo **el nacionalismo proletario** en los pueblos oprimidos. Por nutrirse objetivamente de la situación anómala, negativa, social y económica de su pueblo, dice, tal nacionalismo tiene un carácter no agresivo y emancipador. Su objetivo es normalizar la base estratégica de la nación, esto es, el territorio y las demás condiciones de producción características de la vida nacional, a fin de que pueda desarrollarse más libremente la lucha de clases en el interior de la nación. En su concreción política, el contenido de dicha **normalización** reúne los rasgos más básicos de una democratización radical de la sociedad de su época en el terreno nacional (recuérdese que escribe en la Rusia zarista): libre educación nacional, libertad y autonomía de los diferentes grupos nacionales —siempre con alguna base territorial para ser efectiva—, igualdad de derechos para todos los idiomas, sufragio universal, representación proporcional en todas las instituciones ⁶²... Por otra parte, Ber Borojov concibe la normalización nacional como una condición previa y necesaria para

⁶¹ En sus primeras obras, *Los intereses de clase y la cuestión nacional y Nuestra plataforma*, Ber Borojov traza un análisis interesante de los distintos tipos de nacionalismo judío entonces existentes en Rusia, desde los terratenientes o el de la gran burguesía, hasta el de las clases medias pequeño burguesas o el nacionalismo proletario.

⁶² Ber Borojov. «Nuestra Plataforma», obra escrita en 1906, en medio de la revolución. Recopilado en *«El nacionalismo...»*. Obra citada, pág. 164.

el desarrollo de la lucha socialista. A este respecto cabe resaltar la paradoja de que un acérrimo territorialista como Ber Borojov y el defensor de la extraterritorialidad, Otto Bauer, lleguen simultáneamente y por diferentes caminos a una conclusión similar: el programa socialista debe exigir la normalización, previamente, de la vida nacional para permitir, luego, el libre curso de la lucha de clases y el desarrollo de las posiciones socialistas; de lo contrario, dicen ambos, los antagonismos sociales quedan ocultos y enmarañados por los problemas nacionales ⁶³.

En el plano político, los hechos más relevantes de este período son la revolución rusa de 1905, de amplia trascendencia entre las nacionalidades centro-europeas y en el Oriente, junto a la intensificación de los conflictos inter-imperialistas (crisis de Marruecos, sucesivas crisis balcánicas...). Pero también es muy representativo del ambiente socialista el trauma que produce el denominado **separatismo** de algunas corrientes. El caso más notable es el de los checos, escindidos de la socialdemocracia federada del imperio austríaco, que fue condenado por el congreso de Copenhague de la II Internacional celebrado en 1910; pero el separatismo también se había manifestado en Polonia, entre los socialistas italianos de Trento y Trieste, entre los armenios, en los judíos de diversas naciones ⁶⁴.

Frente a la tendencia «separatista», esto es, a la separación organizativa por nacionalidades, la II Internacional reafirma el principio de la unidad organizativa del proletariado socialista que actúa en el marco de un Estado, aunque se tratase de un Estado multinacional, aconsejando para ese caso

⁶³ Según Gallissot: «Borojov piensa que para superar el nacionalismo judío hay que construir toda la nación judía, a través de un proceso de desarrollo tendente a normalizarla. La nación precede a la revolución socialista, por ser la base estratégica de la lucha de clases». René Gallissot, Obra citada, pág. 204.

⁶⁴ Rosa Luxemburgo menciona estos casos en su *Prólogo a la cuestión polaca y el movimiento socialista*. Recogido en *El desarrollo...*, obra citada, pág. 284.

las fórmulas federativas tanto para la estructura interna de los partidos como en lo que hace al proyecto de reorganización democrática del Estado. En la literatura marxista de la época el federalismo suele ir acompañado generalmente de un espíritu de encauzar y amortiguar las tensiones nacionales. En estos años sólo Rosa Luxemburgo y, por otra parte, los rusos Lenin y Plejanov, se atreven a ir a contracorriente y adoptan una posición contraria al federalismo en ambos casos, para el Estado y para la organización del partido, en nombre de la teoría marxista ⁶⁵.

De otro lado, como expresión del avance electoral socialista en esa época y, por tanto, de las exigencias y necesidades políticas que deben afrontar, se multiplica en estos años el interés por desarrollar y fundamentar los contenidos concretos de las fórmulas político-culturales reivindicadas en los programas para resolver los problemas nacionales, tales como la autonomía nacional y el autogobierno local. Un ejemplo de ello es la propia obra de Rosa Luxemburgo antes mencionada e igualmente las aportaciones de Ber Borojov o del BUND para el caso judío, de Bauer y Renner para el imperio austríaco, del propio Kautsky, etc.

En lo que respecta al análisis del imperialismo, también puede decirse que estos años son especialmente prolíficos. Desde el congreso de París de 1900, que se celebra tras la guerra hispano-cubana y en medio aún de la guerra anglo-boer, prácticamente todos los congresos posteriores de la II Internacional, hasta la Primera Guerra Mundial, coinciden con una u otra grave crisis internacional producto de las rivalidades de las potencias en su expansión colonial, de manera que el imperialismo (y todas las cuestiones relacionadas con ese fenómeno antes enunciadas), constituye uno de los asuntos principales que allí se debaten.

En los congresos de la II Internacional cristaliza una co-

⁶⁵ Rosa Luxemburgo es lo que más se extiende en esa época, entre todos ellos, en una argumentación contraria al federalismo, asunto al que dedica el capítulo III de su obra *La cuestión Nacional y la autonomía*.

corriente de opinión muy amplia entre los socialistas, encabezada por los Bernstein, Van Kol, David, Cunow, Calwer, etc., que se manifiestan en contra de una condena, sin más, de la política colonial; dicho de otra forma, se muestran a favor de un rechazo matizado de sólo algunos aspectos de la política colonial, pero no de toda clase de política colonial. Sus tesis a favor de humanizar el colonialismo mediante una política colonial socialista (Bernstein), su condena moral de las atrocidades colonialistas y de la carrera de armamentos y el mensaje de quedarse con «lo positivo» de una política colonial, —porque con su desaparición retrocedería el desarrollo económico de países como Alemania (Calwer) o porque es una exigencia del desarrollo económico y del progreso histórico (Van Kol), por ser el derecho de la cultura más elevada (Bernstein) o porque incluso el socialismo no podrá funcionar sin colonias (Van Kol)—, alcanzarán en el Congreso de Stuttgart (1907) el apoyo de 108 delegados frente a una mayoría, de 127, que se definió contraria a ese tipo de formulaciones⁶⁶. Esa votación es un buen indicador de hasta qué punto había avanzado en pocos años la integración de una parte del socialismo occidental en el nacionalismo de «sus» respectivos Estados (capitalistas), o, si se quiere, su estatalización, pese a propugnar el socialismo y presentarse como marxista.

En esos años prospera, por otra parte, la comprensión del imperialismo moderno, con numerosas aportaciones sobre distintos aspectos hechas por autores socialistas (Max Beer, Kautsky, Otto Bauer, Parvus, Rosa Luxemburgo...), aunque se apoyan asimismo en elaboraciones destacadas del campo

⁶⁶ Para los textos de la época, puede consultarse el nº 74 de Cuadernos de Pasado y Presente. Obra citada, que incluye un largo e interesante artículo de Kautsky comentando ese mismo debate del congreso de Stuttgart. Leopold Marmora hace una valoración de la corriente filoimperialista en la Introducción que precede al nº 73 de esa misma editorial. También puede consultarse la obra de H.B. Davis, *Nacionalismo y socialismo*, donde dedica varios capítulos a la «perversión nacionalista» de los partidos socialistas europeos.

no marxista (Hobson) ⁶⁷. Culminan en la obra de Rudolf Hilferding *El capital financiero*, publicada en 1910, que suele considerarse como la más sobresaliente de este período.

Hilferding describe en su trabajo los momentos fundamentales de la transformación del capitalismo moderno. Esquemáticamente expuestos, el primero se consuma a través de diversos procesos de concentración del capital y de eliminación progresiva de la libre competencia (mediante la formación de cárteles y de trusts que monopolizan la industria y el comercio, de la relación cada vez más estrecha entre aquellos y los bancos, la progresiva concentración asimismo del sistema bancario...), de los que resulta la unificación de los antiguos sectores del capital —separados antes en el capital industrial, el comercial y el bancario—. **El capital financiero** resultante de ese proceso es un poder unitario, trino y uno, como la Santísima Trinidad, dice Hilferding, «*que domina soberano el proceso vital de la sociedad*». La unión (matrimonial) con la clase latifundista, por otro lado, le permite fortalecer extraordinariamente su dominio del poder del Estado, asegurándose de esta forma «a la clase que detenta en su mayor parte los puestos más elevados e influyentes y que ejerce el dominio sobre la burocracia y el ejército» (pág. 381) ⁶⁸.

El segundo proceso que caracteriza la formación del capitalismo moderno es la **exportación de capital**, esto es, según su propia definición, «la exportación de valor que está destinado a producir plusvalía en el extranjero» (pág. 347).

Recogiendo una formulación de Parvus, Hilferding observa que la generalización de las exportaciones de capital introduce al capitalismo en un nuevo período de «impetuosa e irresistible actividad», en tanto que supone la apertura de nuevos mercados, acelera la explotación de países extranjeros, desa-

⁶⁷ Sobre la génesis de ese proceso y una valoración de las diversas aportaciones, el artículo de Franco Andreucci *La cuestión colonial y el imperia-lismo*. Obra citada, págs. 245 y ss.

⁶⁸ Para esta cita y las siguientes he utilizado la versión de *El capital financiero*, publicado por la Editorial Tecnos. Madrid 1985.

rolla rápidamente las fuerzas productivas de las colonias, etc. De ahí que defina la exportación de capital como la condición de la rápida expansión del capitalismo, su fuerza motriz, y la fuente de la que mana la política imperialista del capital financiero. «El capital no puede hacer otra política que la imperialista» (pág. 409), sentencia Hilferding, pues necesita «la caza continua de nuevas zonas de inversión y de nuevos mercados».

Pese a reconocer que pueden ser muy variadas las fórmulas con que cuenta el capital financiero para realizar una política imperialista, Hilferding destaca entre todas ellas la tendencia a querer dominar por completo, «mediante el poder estatal de su país», los territorios que son objeto de sus inversiones y, especialmente, cuanto mayores sean éstas. Es en esa situación de dominio colonial completo «cuando más a gusto se siente» el capital financiero, dice, no ya sólo porque disminuyen los riesgos en general, sino porque además puede explotar esos territorios sin la competencia de grupos de otros países (pág. 383).

En las conclusiones de su obra Hilferding pone de manifiesto que el desarrollo del capital financiero conlleva «la modificación total de la estructura económica y política de la sociedad», de la que interesa destacar al menos, por su trascendencia nacional, tres aspectos más relevantes.

Primero. Con el capitalismo moderno, el Estado tiende a fortalecerse a pasos agigantados, pues la mejor garantía de poder afrontar en condiciones óptimas una política de expansión exterior proviene del desarrollo de su ejército, de su marina... de su poderío militar en definitiva. De la misma forma, el Estado se refuerza simultáneamente en el interior del propio país. Dado que el capital financiero aspira continuamente a maximizar sus beneficios y a aumentar su control en general sobre la sociedad, todo el conjunto de su política, incluida la interior, se basa asimismo en «una ilimitada política de fuerza». Lo resume Hilferding en la célebre fórmula: «*el capital financiero no quiere libertad, sino dominio*».

Segundo. Con el capitalismo moderno cambia la concep-

ción burguesa de la nación. Apoyándose en una idea formulada antes por Bauer, resalta la tendencia de la burguesía, y en general de todas las clases propietarias, a identificarse en la nueva época con un Estado fuerte capaz de realizar la superioridad de su nación sobre otras más débiles (aspecto que también resaltó en 1908, Rosa Luxemburgo):

«La aspiración nacional, que encontró su límite natural en la formación de la nación como fundamento del Estado —porque reconocía el derecho de cada nación a su propia forma de Estado y, por consiguiente, veía las fronteras del Estado en las fronteras naturales de la nación—, se ha transformado ahora en la aspiración de una nación de dominio sobre otras» (pág. 373)

Tercero. El capitalismo moderno presupone una era de aumento de la tensión mundial, de las posibilidades de guerras entre países competidores y de incremento, en general, de los antagonismos de clase. Dentro de esa perspectiva intuye asimismo el despertar de los nuevos nacionalismos antiimperialistas, aunque lo aborda muy brevemente, casi de pasada,:

«Pero en los mismo países recién puestos en explotación el capitalismo importado agudiza los contrastes y excita la resistencia creciente de los pueblos que despiertan a la conciencia nacional contra los intrusos, resistencia que puede llegar fácilmente a la adopción de medidas perjudiciales para el capital extranjero. Las viejas estructuras se subvierten por completo; se rompe la milenaria vinculación agrícola de las 'naciones sin historia' y se sumerge incluso en el remolino capitalista. El mismo capitalismo les da poco a poco a los subyugados los medios y el camino para su liberación. La meta que antes fue la más alta de las naciones europeas, la creación del Estado unitario nacional como medio de la libertad económica y cultural, la hacen suya aquellas naciones. Este movimiento de independencia amenaza al capital europeo precisamente en sus comarcas de explotación más ricas y de mejor porvenir, y se ve constreñido cada vez más a mantener su dominio gracias al continuo incremento de sus medios coactivos» (pág. 356)

Recapitulación. La herencia marxista

Para cuando Lenin escribe sus primeras obras importantes sobre la cuestión nacional, ya en 1913, el campo socialista ha recorrido por consiguiente un largo camino en el reconocimiento y valoración de los hechos nacionales. Por ello, y a modo de recapitulación, conviene hacer algunas consideraciones resumidas sobre el significado, dificultades y vicisitudes del proceso de elaboración de una doctrina marxista sobre la cuestión nacional que lleva a cabo la II Internacional socialista.

El núcleo del problema planteado es, sin duda, la irrupción de unas realidades nuevas que cuesta no poco llegar a comprenderlas. Tanto más cuando su aprehensión exige una visión de fondo de las categorías heredadas de Marx y Engels que viven otra época y otras manifestaciones de la lucha nacional. Lo expresó gráficamente Kautsky, uno de los pioneros en darse cuenta de los cambios que se estaban produciendo:

«Para nosotros ya no es tan fácil como para los revolucionarios del 48, para quienes los alemanes, los polacos, los húngaros, eran los revolucionarios y los eslavos los reaccionarios. Toda la situación demuestra por el contrario que es posible infundir a las masas en forma duradera el entusiasmo por el socialismo sólo en la medida en que se resuelvan las cuestiones nacionales»⁶⁹.

Los socialistas de este período se enfrentan no ya sólo al fenómeno nuevo de unas movilizaciones nacionalitarias, sino al hecho de que éstas irrumpen en la escena social con una gran intensidad, amén de manifestar muy diversos contenidos. Cuando, más allá de tomar posición ante los problemas inmediatos, políticos u organizativos, que se les plantean, cuando más allá de ese primer paso se disponen a elaborar

⁶⁹ Citado por G. Haupt, en «*Dinamismo...*», dentro del nº 71 de Cuadernos de Pasado y Presente, pág. 38.

una respuesta a los interrogantes más de fondo suscitados (a la sustancia de los hechos nacionales, al por qué de su intensificación y de su gran impacto popular, al papel que desempeñan en la lucha de clases y en la perspectiva del socialismo los factores nacionales, a la relación entre el internacionalismo y el nacionalismo, etc.), no es extraño encontrar en cuantos abordan esta tarea más teórica, salvo en cierto sentido en Rosa Luxemburgo, una actitud de **prudencia**, una sensación de no dominar aún la variedad casi infinita de combinaciones peculiares de cada cuestión nacional, un talante de estar balbuceando los primeros pasos apenas en la comprensión de un fenómeno tan complejo como lo nacional, y hasta una advertencia expresa sobre la **provisionalidad** de los resultados alcanzados. Lo resume, de nuevo, Kautsky, cuando en 1908, esto es, veintinueve años después de su primer trabajo sobre la Nacionalidad moderna, dice lo siguiente:

«La nacionalidad es una relación social que se modifica constantemente y que bajo circunstancias diversas posee un significado distinto; es un Proteo que se nos escapa de entre las manos cuando queremos apresarla y que, no obstante, está siempre presente, ejerciendo su poderosa influencia sobre nosotros »⁷⁰

La elaboración de un cuerpo doctrinal marxista sobre los nuevos hechos nacionales tropieza, por otra parte, con unos obstáculos de carácter interno, derivados de lo que es en realidad el marxismo de aquella época: una mezcla compleja de la herencia recibida de Marx y de otros socialistas, de adherencias de la mentalidad dominante de aquel tiempo, de algunas características peculiares de la doctrina **oficial** marxista que van configurando a su muerte los portavoces más cualificados de la II Internacional.

Por de pronto ha de tenerse en cuenta que se trata de un marxismo de la Europa húmeda, la más occidental y desarro-

⁷⁰ Kautsky. «*Nacionalidad...*». Obra citada. pág. 132.

llada. Su centro emisor más potente, hasta la revolución rusa del 17, será el socialismo alemán ⁷¹ y sus bases de arraigo los países más avanzados del occidente europeo. El hecho de que el movimiento socialista se constituya inicialmente en dicha área supone un handicap considerable para estimular el desarrollo de una teoría (marxista-materialista) de los fenómenos nacionales. Amén de la distancia geográfica respecto a las zonas más calientes entonces de conflictividad nacional, no ha de olvidarse que se trata de países que han manifestado en su historia una capacidad asimiladora de otros pueblos, donde esos procesos de asimilación se han identificado normalmente con un progreso positivo —fruto de la inevitable y «natural» tendencia a imponerse de las civilizaciones «superiores»—, donde están acostumbrados a valorar además como **reaccionarios** y defensores del Antiguo Régimen a los movimientos particularistas del siglo XIX, etc ⁷², (todo lo cual también se refleja, por cierto, en la obra de Marx y de Engels, aunque sean de otra época). Así pues, ha de tenerse en cuenta que el movimiento socialista está apegado en suma al modelo occidental de formación de las naciones (me refiero, claro está, a las reconocidas entonces como tales), un modelo —como en el caso de Francia, España, Gran Bretaña, Italia, Alemania, etc.— donde es el Estado quien protagoniza la nacionalización de toda la población de su territorio y se constituye en Estado-Nación. Y que el apego a ese modelo se traduce en la dificultad para reconocer que está emergiendo ante sus na-

⁷¹ Hobsbawm, E.F. «*La cultura europea y el marxismo...*» Obra citada, y Franco Andreucci *La difusión y vulgarización del marxismo*. Ambos trabajos se encuentran en el tomo tercero de la *Historia del Marxismo* de la editorial Bruguera.

⁷² A este respecto merece mencionarse el artículo de Marx sobre las guerras carlistas, bastante más matizado que los habituales de la época. A diferencia de este análisis de Marx, es muy frecuente que ante conflictos similares se expongan comentarios en los que se dan la mano curiosamente la opinión típica liberal y la marxista. Y ello es debido, no tanto a que los primeros adopten en el fondo un planteamiento materialista y sean marxistas sin saberlo, por así decirlo, sino a que sus puntos de vista son los que prevalecen en realidad.

rices otro modelo distinto de naciones, no ya desde el Estado, sino a partir de la lengua y del sentimiento de la peculiaridad de su comunidad humana respecto a otras ⁷³.

Es un problema complejo, de otro lado, reconstruir con exactitud la herencia recibida de los fundadores. Por resumirlo brevemente, puede decirse que se fue configurando un movimiento socialista inicial en el occidente europeo con un escaso conocimiento de la obra de Marx, habida cuenta que la recepción del marxismo se dió en realidad mediante la amplia difusión (en el último cuarto de siglo) de resúmenes esquemáticos y vulgarizados sobre lo que se interpreta como sus ideas principales ⁷⁴, lo cual, amén de simplificarlo, a veces guardaba poca fidelidad con lo que realmente pensara el propio Marx. En el caso concreto de los asuntos nacionales, y dado que las referencias de Marx y Engels se encontraban dispersas en artículos coyunturales de prensa, en cartas privadas

⁷³ Dice Haupt a este respecto: «El único modelo de formación nacional conocido en la época es el modelo occidental: Estado-Lengua-Nación. Los rasgos del desarrollo y las tendencias constatadas en la consolidación de las grandes naciones en Occidente le sirven de criterios a través de los cuales juzgan la realidad y las diferencias nacionales como datos sustanciales de la historia. Marx y Engels se sienten irritados por las pequeñas naciones marginales que no encajan con su modelo de desarrollo o que son difíciles de integrar en él. Este es el caso de las nacionalidades que emergen en sociedades de tipo agrario o preindustrial, o el que se da en sociedades en vías de transformación, como los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental, cuya evolución diverge 'del Occidente desarrollado de modo enteramente burgués'. No conciben la posibilidad de un segundo modelo, que, sin embargo, toma cuerpo en Europa del este a finales del siglo XIX bajo la forma de Lengua-Nación-Estado; hasta el punto de no reconocer lo que está teniendo lugar.» Georges Haupt, *«Los marxistas frente...»*. Obra citada, pág. 31.

⁷⁴ Andreucci. *«La difusión...»*. La opinión de este autor es muy crítica con respecto al marxismo que difunde la socialdemocracia alemana principalmente; un marxismo caracterizado por su abstracción («...era un marxismo capaz de explicar en qué 'estadio' del desarrollo social se encontraba un determinado país, pero que no ayudaba a comprender las dimensiones originales de las experiencias particulares. Erradicado de su propia tierra de cultura, el marxismo que llegará a América Latina o a Australia, a China o a Grecia, será un marxismo 'pobre', un conjunto de conceptos muy genéricos o, incluso, simple terminología». Obra citada, pág. 41.

o documentos sin editar y no hubo ningún trabajo de recopilación, ni siquiera de los resultados por ejemplo de sus investigaciones sobre el problema irlandés, hasta mucho después de su muerte, esas circunstancias significaron el desconocimiento más completo prácticamente de sus aportaciones y reflexiones sobre las cuestiones nacionales, con excepción del círculo de los más estrechos colaboradores de Engels durante la década de los 80, los Bernstein, Kautsky, Belfort Bax... Fuera de ese círculo, o bien el desconocimiento cuasi-absoluto o bien la recepción de unas pocas posiciones, unas frases, que tienden a sacralizarse.

Junto a ello, la complejidad del problema proviene de la necesidad de una reconstrucción histórica que contemple con rigor asimismo las otras fuentes constitutivas del bagaje de ideas básicas de aquel movimiento socialista inicial. Por resumir lo más relevante, habría que determinar la influencia exacta de un par de fuentes no-marxistas. Por un lado, las otras influencias socialistas, de paternidad muy diversa según los países, que dejan su huella propia, como es el caso de Lasalle en el partido socialista alemán. De otro, la penetración en el movimiento socialista, incluido el marxismo de Marx, de las corrientes de pensamiento más influyentes de la época, como el positivismo, el darwinismo —y sobre todo su variante social-darwinista tan problemática para las pequeñas nacionalidades y las civilizaciones consideradas «inferiores» desde la superioridad occidental—, lo que hay de adaptación (en el marxismo tanto de Marx como de sus seguidores) del horizonte racionalista e ilustrado del pensamiento liberal burgués, etc. ⁷⁵.

⁷⁵ Según G. Haupt : «El panorama mental de los socialistas del siglo XIX es, en realidad, un panorama condicionado por el universo racionalista burgués, por el ascenso y la crisis del pensamiento liberal. En el campo nacional, los socialistas —y también los socialdemócratas alemanes entre los cuales se instauró el marxismo—, ejercen su reflexión dentro del marco y de las categorías tomadas en préstamo del 'cosmopolitismo humanista', de la filosofía del iluminismo del siglo XVIII y de la ideología liberal del 48. El tejido fundamental de la mentalidad colectiva no es el marxismo, sino que está for-

De cualquier forma, e independientemente de que deban atribuirse originariamente a Marx u a otros autores, lo cierto es que el inicial movimiento socialista (y lo mismo debe decirse de la corriente marxista dentro de él), se asienta sobre un conjunto de ideas o actitudes que dificultan la comprensión de los nuevos hechos nacionales emergentes. Entre estas ideas pueden destacarse por su significación durante el último cuarto de siglo pasado las siguientes:

a) el cosmopolitismo, expresión del desinterés hacia los asuntos nacionales, como antiguallas del pasado, cuando el mundo se piensa que camina en dirección contraria; las ideas que lo sustentan son muy variadas y van desde la afirmación de que los asuntos nacionales sólo convienen a las clases dominantes... hasta la consideración de que es la burguesía la que los mantiene artificialmente;

b) una concepción del progreso del socialismo estrechamente vinculada a la expansión del capitalismo según el modelo que ha seguido su desarrollo en la Europa occidental. Un corolario inseparable de esta concepción es la mayor viabilidad de la perspectiva socialista en las grandes unidades políticas, en los Estados grandes, cuya trascendencia se dejará sentir cuando se suscite la discusión sobre el patrón organizativo que habrían de adoptar los socialistas en los Estados multinacionales. Otro, que denota la influencia darwinista, la idea de la superioridad de la civilización industrial y de su derecho a tutelar civilizaciones «inferiores»;

c) el reduccionismo de clase (obrerista) y su conexión con la definición de un marxismo basado en la sobreestimación de las determinaciones económicas y en la práctica desconsideración de todo lo demás; vinculado con ello está la visión automatista de la revolución socialista, predominante entonces, caracterizada por una tendencia a dar la primacía en la acción cotidiana a la lucha obrera «pura», esto es, a la lucha sindical, por subrayar una visión amputada de la «emancipación so-

mado por materiales heredados o retomados». En *«Dinamismo...»*, obra citada, pág. 19.

cial» (entendida de un modo restringido, como emancipación económica, como supresión de la propiedad privada de los medios de producción) y por mantener una idea ingenua de que esa revolución de clase comportaba, por sí misma, la resolución y desaparición de los conflictos nacionales, el igualitarismo entre los sexos, etc;

d) una desconfianza hacia los movimientos nacionales, heredada bien sea del juicio durísimo (y unilateral) que hicieran Marx y Engels sobre el papel desempeñado por los pueblos eslavos en la revolución del 48, en el caso de los seguidores de Marx, o bien de la tradición liberal burguesa que domina el panorama ideológico de la época y es la inventora, no se olvide, del moderno Estado-Nación.

En otro orden de cosas, no es un problema menor, desde luego, las limitaciones de la propia terminología conceptual utilizada por el marxismo y el movimiento socialista en general. Esto se pone de manifiesto en el hecho relevante de que se use invariablemente el concepto de **nacionalismo** como si fuera algo unívoco. Que se utilice **tanto** para referirse al movimiento nacionalitario que se produce en las naciones «satisfechas» o en las opresoras de otros pueblos (donde carece ya de cualquier contenido liberador, se ha convertido en la ideología oficial del Estado y de las clases propietarias y tiene la funcionalidad de contener el avance socialista), **como** al movimiento nacional emergente de los pueblos oprimidos que expresa —en términos nacionales— las anomalías sociales, económicas, políticas, culturales, etc., de su situación.

Aparte de los problemas mencionados hasta aquí, ha de tenerse en cuenta, asimismo, el carácter traumático de este proceso de elaboración teórica, ya que se realiza simultáneamente al ascenso nacionalista de la época y en el marco de la dura confrontación entre los momentos iniciales de expansión de ambos movimientos, del socialismo y de los nuevos nacionalismos.

Aun en el caso de los pueblos oprimidos, los movimientos nacionales adquieren una notable diversidad de significados y contenidos de acuerdo con la influencia de múltiples varia-

bles: la estructura social y étnica de cada país, el ideario de sus élites dirigentes, etc., y en ocasiones hasta tiene un doble carácter, opresor y oprimido a la vez, como ya se ha indicado. La actitud de las élites nacionales en concreto hacia las reivindicaciones del movimiento obrero socialista, teñida en no pocos casos de amarillismo, cuando no de una manifiesta hostilidad hacia las ideas socialistas, es una de las claves que marcará el signo de sus relaciones recíprocas.

Pero otro tanto debe considerarse con respecto al movimiento obrero y las particularidades de su constitución en las naciones dominadas. Así, por ejemplo, tendrá una trascendencia singular su propia composición sociológica. El que su base social tuviese predominantemente un origen nacional distinto al de la base del movimiento nacional (fuera ello efecto de una reciente emigración masiva, como en el caso vasco, por la debilidad demográfica para afrontar la demanda de mano de obra del proceso industrializador, o fuera producto de acontecimientos históricos de siglos anteriores, como el de la población checa de cultura alemana en Bohemia, descendiente de emigraciones favorecidas por la propia realeza checa), condicionará unas relaciones diferentes que allá donde el movimiento obrero se constituye desde sus inicios sobre la misma base humana nacional, esto es, la misma lengua, una cultura común, la herencia de una misma tradición histórica, etc., (como ocurre en el caso finés y aunque en menor medida, por el fuerte contingente judío, en el polaco). Si en unos casos la composición homogénea de sus respectivas bases sociales pudo favorecer de hecho una cierta complementariedad de ambos movimientos, en los otros la diferencia existente alimentó en cambio la conflictividad de sus relaciones.

El hecho de que esas contradicciones objetivas se revistan con el tiempo de una formulación nacional **distinta y contraria** a la reivindicada por el nuevo movimiento nacional, lo cual se produce en bastantes países como consecuencia del avance nacionalizador del Estado-Nación que entonces se está consolidando, refuerza y agudiza dicha conflictividad.

Dado que el movimiento nacional surge generalmente en

el exterior de su ámbito, lo más frecuente en esa época es que los socialistas tiendan a verlo, inicialmente, como una **causa ajena**, como algo propio de otras clases sociales, como un movimiento que introduce una distorsión a su preocupación exclusiva de impulsar la lucha obrera y el avance de la conciencia socialista. Esta distorsión se siente con mayor fuerza cuando la expansión posterior del movimiento nacionalista amenaza la suya propia y, especialmente, si socava su fundamento organizativo: el planteamiento de actuar unido en el marco del Estado existente.

El momento constituyente que atraviesan ambos movimientos y la acentuación del carácter globalizador de sus proyectos políticos respectivos, pues ambos aspiran a hegemonizar la movilización del pueblo trabajador, es una fuente que alimenta su competitividad asimismo. Mientras que una corriente define la prioridad de la constitución de la conciencia nacional, la otra subraya por encima de todo la lucha de clases. En ese contexto de competencia, ambas corrientes tienden a representarse recíprocamente como la negación del contrario, *acentuando unilateralmente la contraposición de lo nacional y lo social*. Pero a su vez adoptan asimismo una formulación *restrictiva* de su propio campo de juego. Como si la opresión nacional fuera algo que se puede separar de las muy diversas dimensiones de la opresión social; o como si esta última pudiera entenderse haciendo abstracción del conjunto de situaciones de opresión nacional.

Un resultado de esa confrontación, sin embargo, es la pronta incorporación a los programas socialistas de diversos proyectos de resolución de los problemas nacionales, a veces formulados en términos de meras transformaciones democráticas a realizar, a veces en términos expresamente nacionales (como en el caso del programa de Brno), aunque siempre vinculados a un planteamiento general de democratización radical de la sociedad. Pero ello no conduce a que remitan los antagonismos, sino que éstos se trasladan sucesivamente a nuevos campos de confrontación.

En un sentido diametralmente distinto, dicha confronta-

ción produce la difuminación del carácter socialista de algunos partidos adscritos a la Internacional, difuminación derivada de la tensión por adaptarse a sus movimientos nacionales respectivos. La aparición de esos casos, tales por ejemplo como el de un partido socialdemócrata checo al que se tacha de haber sustituido los objetivos socialistas por los simplemente nacionales o el de un partido socialista polaco (el PPS) al que se acusa de camuflar tras sus siglas un carácter exclusivamente nacionalista, sacude los círculos dirigentes de la II Internacional, que ven en ellos el paradigma (negativo) de los riesgos de desnaturalización del socialismo por contagio. Y merced al temor de evitar tal desviación, se refuerzan las tendencias a definir el internacionalismo en un terreno distinto y separado al de los movimientos nacionales, como algo ajeno a las preocupaciones nacionalistas, superador del nacionalismo y, en la práctica, enfrentado a él. De manera que la tendencia a postular un internacionalismo un tanto despegado de la realidad y a acentuar su carácter abstracto, retórico, (tanto más si solapa de hecho una defensa del Estado-Nación opresor), hunde también sus raíces, amén de en otras causas, en la desconfianza y el temor al contagio nacionalista.

Recapitulando sobre todo ello creo que pueden destacarse algunas conclusiones.

1. Contemplado desde hoy, tal vez puedan parecer insuficientes los resultados obtenidos, demasiado lento quizás el ritmo de elaboración, excesivas las cautelas doctrinales. Pero si se toman en cuenta las circunstancias que lo acompañan desde los momentos iniciales, la índole de los obstáculos internos heredados, la presión del ambiente indiferente u hostil a los movimientos nacionalitarios de las minorías predominante en la época, etc., creo que debe valorarse el notable esfuerzo llevado a cabo por la II Internacional para adaptar y desarrollar unas categorías teóricas y políticas que le permitiesen abordar los problemas nacionales desde una perspectiva socialista. Si bien el desarrollo científico posterior, y en particular el de las llamadas ciencias humanas, desde la antropología, la lingüística, la sociología, etc., ha posibilitado incor-

porar nuevos ángulos, nuevas técnicas, a la investigación de los hechos nacionales, poniendo de relieve las carencias de otras épocas, **ello mismo** revalida el esfuerzo llevado a cabo con menos medios.

Debidamente contextualizado, no es exagerado afirmar que la II Internacional se alza como la corriente ideológica de *su tiempo* que hace un esfuerzo mayor por hacer avanzar la comprensión teórica de los asuntos nacionales, quien hace más aportaciones en ese sentido, y, al mismo tiempo, la pionera en adelantar proyectos políticos para su resolución democrática efectiva.

Con todo, creo que debe apreciarse, asimismo, su resultado en bruto. En lo político, por ceñirme a las posiciones más «rebajadas», se asienta la consideración, cuando menos, de las circunstancias nacionales que impregnan la lucha de clases en determinadas circunstancias, lo cual posibilita a su vez una dinamización de la política socialista. Como se verá más adelante en Lenin, este aspecto *dinámico* de la política socialista permitirá soluciones más audaces incluso que las formuladas por la II Internacional. Mientras que en lo teórico ofrece un caudal de reflexiones que, bien sea por la necesidad de superar sus análisis y conceptos, bien por haber fecundado líneas de investigación posteriores, la sitúan como un punto de referencia obligado, en cualquier caso, entre los estudiosos de las cuestiones nacionales.

2. La confrontación con los nuevos movimientos nacionalistas es el motor que dinamiza la evolución de la política y de la teoría socialista a este respecto. En la medida en que la necesidad aprieta se pone en marcha la exigencia de adaptar los esquemas políticos a los nuevos problemas planteados y crece asimismo la inquietud por su comprensión, lo que da a su vez como resultado un mayor volumen de interrogantes y eleva el nivel de la teorización.

No se trata sin embargo de un movimiento uniforme, sino que se produce con importantes diferencias de ritmo y también de resultados entre unos y otros países a causa de la combinación en cada caso de variables económicas, políticas, his-

tóricas, culturales, etc., muy diversas. Mientras hay áreas donde se registra una rápida y profunda evolución como en el caso del socialismo austríaco, en otras por el contrario permanece prácticamente impermeable.

De un modo general puede decirse que la evolución de la política y la doctrina socialista obedece a la *presión de los propios acontecimientos internos* y no tanto a la transmisión de las experiencias avanzadas por otros partidos socialistas. El caso ruso que se verá en los siguientes capítulos es un ejemplo elocuente de esto.

Independientemente de la subjetividad con que se viven entonces los antagonismos con el nacionalismo y hasta de las formulaciones adoptadas a este respecto, la presión de los movimientos nacionales y la confrontación con ellos tiene un efecto *corrector* muy notable en la práctica y en la teoría del movimiento socialista. (Dicho sea de paso, no creo sin embargo que pueda enunciarse otro tanto *de modo general* respecto a los movimientos nacionalistas que florecieron en la Europa central y oriental en esa época. En su mayor parte, —en Finlandia y demás países bálticos, en Polonia y Checoslovaquia, en varios países balcánicos—, aquellos movimientos nacionalistas liderados por antiguos contendientes de los partidos socialistas de la II Internacional desde finales del siglo XIX, como el polaco Pildsuski, del PPS, dieron amplia muestra, no ya sólo de no resolver bien la situación de las minorías nacionales existentes en el territorio de sus Estados recién conformados, lo que reveló el exclusivismo y el egocentrismo de su ideología, sino de una manifiesta hostilidad hacia el movimiento socialista y de un escaso talante democrático. Su evolución en muy poco tiempo al parafascismo, así como la violenta persecución del movimiento obrero y la represión de las minorías nacionales, durante las décadas de los veinte y los treinta de nuestro siglo, dan trágico testimonio de ello)⁷⁶.

⁷⁶ Aunque sin llegar a un comportamiento tan extremo, uno de los nacionalismos más desarrollados en la península ibérica, el vasco, también confirma esta observación. Durante casi cuatro décadas, el PNV adopta una polí-

3. Tomados en su conjunto los desarrollos teóricos y políticos de este período se pone de manifiesto tal diversidad de corrientes y contenidos que resulta en absoluto desaconsejable una consideración unívoca de la doctrina nacional marxista de la II Internacional. Lejos de haber un marxismo unificado, se abre en realidad un amplio y contradictorio abanico de escuelas ⁷⁷, tanto en el campo teórico como en el político y organizativo. Hay sustancialistas y accidentalistas en la consideración sobre la permanencia o no de los factores nacionales y en la reflexión acerca de su influencia en la condición obrera, así como explicaciones muy variadas sobre su naturaleza. Se da la gama más diversa en la actitud hacia el imperialismo, incluyendo su defensa solapada. Encontramos defensores de la autodeterminación y autores reticentes a la funcionalidad práctica de esa reivindicación. Convencidos pro-territorialistas y ardientes partidarios de la conveniencia de dar una solución personal-extraterritorial a los problemas nacionales. Quienes se definen muy duramente contra la orientación culturalista y quienes conciben las cuestiones culturales y lingüísticas como lo más sustancial de los problemas nacio-

tica reaccionaria frente a las corrientes socialistas y no se percibirá en él una evolución más positiva hasta los últimos años de la II República. Pero, correlativamente, la política nacional de las diversas fuerzas socialistas y comunistas avanza de manera lenta y tampoco se formula con cierta precisión hasta los años republicanos. La corrección de los planteamientos nacionales del campo socialista y, viceversa, la corrección de los planteamientos político-sociales del campo nacionalista, se da en este caso, propiamente, en la época franquista. En el caso catalán se observan, en cambio, unas influencias mutuas más tempranas.

⁷⁷ Andreu Nin distingue seis «tendencias fundamentales, (dentro de la II Internacional) en cuanto a los movimientos de emancipación nacional: a) una tendencia francamente imperialista (Cunow, Van Kohl); b) una tendencia nacionalista (Partido Socialista Polaco); c) una tendencia de derecha (escuela austríaca); d) una tendencia de centro (Kautsky); e) una tendencia de izquierda (bolcheviques rusos); f) una tendencia de extrema izquierda (Rosa Luxemburgo).» Cfr. *«Los movimientos...»*. Obra citada, pág. 80. Para otras clasificaciones ver la introducción de Leopold Marmora al nº 73 de Cuadernos de Pasado y Presente. Obra citada, págs. 7 a 44.

nales, etc. Y se da además la particularidad de que los más de ellos se reclaman de la ortodoxia marxista, unos siguiendo su letra, otros interpretando el núcleo de su espíritu y método, aquellos revisándolo para adaptarlo a los nuevos tiempos y realidades.

Ha de indicarse con todo, que no todas las ramas de este frondoso bosque gozan de la misma autoridad en su tiempo. Muy al contrario, una de ellas, la rama kautskiana, prevalece de manera indiscutible sobre todas las demás, hasta el punto de identificarse con la ortodoxia marxista. Y en tanto que tales, asimismo, la más difundida y la que ejerce mayor influencia en su tiempo.

Comoquiera que en las páginas anteriores ya he comentado los aspectos más problemáticos del marxismo kautskiano en lo relativo a los asuntos nacionales, me limito pues ahora a enunciar someramente el problema de que su difusión por otras latitudes, (siempre identificado con la ortodoxia) entraña la transferencia automática de los mismos. De esta forma se da la paradoja, no ya sólo, como ya se ha dicho, de una escasa transmisión de los avances positivos de las experiencias ajenas, sino de que la propia doctrina marxista suponga una *transferencia negativa*. Dicho de otro modo, en la medida en que se difunde por otros países, la recepción del marxismo reproduce los obstáculos internos antes comentados. El caso de Lenin y del marxismo ruso, como se verá a continuación, es un ejemplo ilustrativo de ello.

CAPITULO II

Contexto y antecedentes de la cuestión nacional en el imperio ruso

Un imperio multinacional

El imperio ruso que conoció Lenin abarcaba un vastísimo territorio, 23 millones de km² (46 veces la superficie del Estado español), una extensión algo superior a la actual de la URSS, puesto que incluía entonces una buena parte de Polonia así como Finlandia.

Por la configuración de su relieve, ese territorio se asemejaba a un inmenso océano de tierra, con interminables llanuras de bosques y estepas, el cual apenas quedaba cortado por una cadena montañosa en dirección Norte-Sur: los Urales, no demasiado abrupta —su altura máxima no llega a los 1.800 metros— y que ofrecía además cómodos pasos para acceder a la Siberia Occidental. Carecía de accidentes montañosos que lo trocearan en dirección Este-Oeste y disponía, en cambio, de miles de ríos a través de los cuales fluía la comunicación de sus extremos septentrionales y meridionales (entre los grandes ríos siberianos, el Volga, el Dnieper, etc., se estima

que cuentan con más 30.000 km. navegables). Los montes de Crimea, el Cáucaso, con sus cimas de 5.000 metros, y la larga cordillera que hace hoy de frontera con Irán, Afganistán y China, con alturas entre los 5.000 y 8.000 metros, guardaban sus espaldas al Sur. De manera que su ubicación, la facilidad de comunicaciones, la amplitud de espacios, sus bosques y ricas tierras, hicieron de este territorio un lugar de encuentro privilegiado entre las culturas europeas y asiáticas desde los tiempos más remotos.

Según el censo de 1.897, la población total del imperio, 125.640.000 habitantes, conformaba un conglomerado étnico variadísimo. Junto a los pueblos de origen europeo, como los eslavos, había unas cuantas ramas del tronco ugro-finés, originario de los Urales, y no menos del grupo turco, procedentes de los montes Altai en la frontera con China, otros de la familia mongólica, los paleo-siberianos, etc.

Los *rusos* (o *gran rusos*, como se les denominaba entonces, para diferenciarlos de los *pequeño-rusos* —los ucranianos— y de los *ruso-blancos* —los bielorrusos— todos ellos procedentes de un tronco eslavo común) ocupaban unos 5 millones de km² en el centro del imperio, la llamada Rusia europea que se extiende desde San Petersburgo, hoy Leningrado, hasta el Cáucaso mayor y las riberas de mar Caspio; pero además representaban, ya en 1.897, el 81% de la población de la inmensa Siberia y constituían poderosas minorías en otras áreas. Con sus 55 millones, los rusos eran el pueblo de mayor peso del imperio, con un 44% de la población total. Y aparte de «tener» el Estado, su índice de crecimiento demográfico era también el más elevado en el momento de hacerse aquel censo (1897). Su afinidad con los dos pueblos eslavos vecinos, ucranianos y bielorrusos, con los cuales alcanzaban el 70% de la población, daba al elemento eslavo una preponderancia cuasi-absoluta en el imperio.

El resto del imperio se repartía entre una multitud de más de 200 pueblos y lenguas diferenciadas, con una gran diversidad religiosa, cultural y de desarrollo económico, pero con la característica en común —tomados en su conjunto y en rela-

ción con la población rusa— de su débil base demográfica. La debilidad demográfica alcanzaba un grado extremo en el lote numeroso de pueblos que apenas tenían una decena de miles de componentes, cuyo caso más acusado era el de los yukaghires (en el Norte de Siberia) formado por tan sólo 948 personas según el censo de 1.897.

Eslavos	92.089.733
Turco-tártaros	13.601.251
Judíos	5.070.205
Fineses	3.502.147
Lituanos	3.094.469
Germanos	1.813.717
Georgianos	1.352.535
Armenios	1.173.096
Latinos	1.143.000
Otros pueblos caucásicos	1.091.782
Iranios	784.746
Mogoles	480.128
Otros pueblos arios	232.755
Chinos, japoneses y coreanos	86.113
Tunguses	69.664
Samoyedos	15.877
Chuskos	11.795
Koriakos	6.058
Kamchadales	3.978
Esquimales	1.099
Otros pueblos siberianos	9.679
TOTAL	125.640.021

5. *Distribución de la población del imperio ruso por nacionalidades según el censo de 1897.*

Siguiendo el criterio de su ubicación geográfica en relación con el centro ruso, pueden agruparse de la siguiente forma:

1. El límite nor-occidental del imperio estaba ocupado por

cuatro pueblos ribereños de las costas bálticas que moraban en esas tierras ya antes de la primera expansión de las tribus eslavas: los *finlandeses* y los *estonios* pertenecían al grupo asiático ugro-finés, mientras que los *letones* y los *lituanos* eran europeos, estaban emparentados con los prusianos primitivos y tenían alguna afinidad con el originario tronco eslavo. Sumaban en total unos siete millones, según el censo de 1.897.

Todos estos pueblos fueron incorporados al imperio ruso a primeros de los siglos XVIII y XIX, como resultado de sendas guerras con Suecia; pero ya desde el reinado de Iván el Terrible (s.XVI) había sido la zona más apetecida por los zares para abrir una salida del imperio al mar Báltico y, debido a ello, motivo de interminables guerras. Con la anexión de Finlandia en 1.808, la zarina Catalina II pudo satisfacer el viejo sueño de Pedro el Grande de conseguir «una buena almohada para su capital», San Petersburgo, fundada por él en la frontera con Finlandia.

Antes de su pertenencia al imperio ruso, los tres pueblos bálticos más norteenos habían sufrido la ocupación de escandinavos y alemanes, desde los albores de la baja edad media, y en el caso lituano por parte de los polacos (desde el s. XVI). Pese a ello contaban con un pasado histórico notable —en particular los lituanos, cuyo reino había abarcado desde las costas bálticas hasta el Mar Negro durante varios siglos— y habían mantenido sus peculiaridades lingüísticas y culturales. Entre otras cosas influyó en ello su condición religiosa, esto es, la conversión al luteranismo de fineses, estonios, y letonios, dado que la difusión del luteranismo se hizo en lengua vernácula.

La incorporación al imperio de Estonia y Letonia, aunque no fue sangrienta, ni implicó de inmediato una política de rusificación, significó un afianzamiento de los privilegios de la nobleza terrateniente alemana que habían sido limitados bajo la dominación sueca. Con la ayuda rusa, la nobleza terrateniente alemana recuperó la posición dominante en dichos territorios y, además, se integró en la alta dirección del imperio, sobre todo en la esfera militar. Bajo su dominio se agra-

vó el problema de la tierra y, con ello, se deterioraron las condiciones de vida de la mayoría de la población, autóctona y campesina.

En Lituania, la incorporación no supuso mucho más allá que el cambio de amo, en la medida en que se limitó, de entrada, a la sustitución de la servidumbre polaca por la rusa; quien sí la sufrió fue la nobleza terrateniente polaca, cuyos bienes fueron confiscados. Ahora bien, en tanto en que el Estado ruso se propuso la tarea de «despolonizarla», Lituania quedó sometida a una rusificación más temprana que los territorios colindantes. Debido a la intensa eslavización que sufrió, antes polaca, luego rusa, ni siquiera se reconocía su condición de pueblo no-eslavo, de manera que en el lenguaje administrativo de la Corte figuró desde su incorporación, junto con Bielorrusia, bajo la denominación de las «Tierras del Noroeste» y, en su mayor parte, fue troceada dentro de unos departamentos territoriales (las «gubernias») predominantemente bielorrusas. (Pasado el tiempo, esa ocultación administrativa motivaría el error de apreciación de Rosa Luxemburgo sobre el pueblo lituano y su viabilidad nacional) ¹. Aparte de ello, y de ser el más atrasado de los países bálticos, pues contaba con escasas tierras laborables, Lituania tenía el problema adicional de encontrarse dividida en dos estados, dado que la parte más occidental de su territorio estaba bajo el Estado prusiano.

Por las particularidades de su incorporación, que comentaré más adelante, en Finlandia apenas se notó el cambio de amo. Y en todo caso supuso el comienzo de un proceso de desplazamiento de la cultura sueca, hasta entonces preponderante, por la cultura finesa autóctona, cosa bien vista en principio desde Rusia, por su hostilidad tradicional con el Estado sueco.

Con excepción de Lituania, menos favorecida por la na-

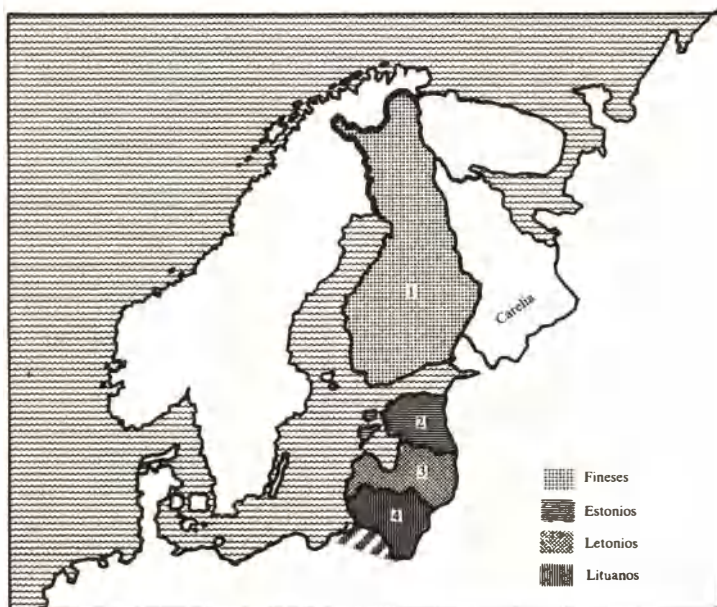
¹ Luxemburgo, Rosa. *La cuestión nacional y la autonomía*. Obra citada, págs. 144 y ss. Lenin ironizó sobre este error de Rosa en *Notas sobre el problema nacional*. Obras Completas, tomo XX, pág. 375. AKAL. Madrid (1917)

turalidad, los países bálticos constituían la parte más avanzada de toda la periferia del imperio, con unos índices de cultura y desarrollo económico superiores incluso a los de los rusos en tiempos de Lenin.

Completan este grupo por último, los *carelios*, un pueblo del tronco ugro-finés, ubicado en el área que se extiende al norte de San Petersburgo, entre la frontera con Finlandia y el Mar Blanco, a la que da nombre. Durante siglos, la Carelia atravesó vicisitudes similares que los pueblos vecinos: invasiones escandinavas, dominio sueco, etc. Pero se diferencia de ellos en que llega a los tiempos modernos más desdibujada, especialmente en la zona meridional de mayor contacto con el pueblo ruso. Su incorporación se produce en el siglo XVIII, después de una guerra con Suecia.

2. *Polacos, bielorrusos y ucranianos* ocupaban la frontera occidental del imperio a lo largo de una superficie de poco más de 1 millón de kilómetros cuadrados. En el punto de confluencia de los territorios de estos tres pueblos, en la zona que hay entre el curso medio del Vístula y del Dnieper, se sitúa el origen de las primeras tribus eslavas (antes de su disgregación y ramificación en los subgrupos occidental —polacos, checos, eslovacos—, oriental —bielorrusos, ucranianos, rusos— y meridional —los pueblos yugo-eslavos: eslovenos, serbios, croatas, etc., y búlgaros—)

Los polacos fueron los primeros en constituir un Estado eslavo soberano y quienes más tiempo lo mantuvieron, casi un milenio, si bien durante algunos siglos estuvo asociado con el reino de Lituania. Su querencia a expandirse por tierras también apetecidas por los rusos (desde Lituania al Mar Negro) motivó la competitividad y hostilidad entre ambos estados desde la edad media y hasta que sobrevino su decadencia. Tras las sucesivas reparticiones de su territorio llevadas a cabo entre mediados del XVIII y comienzos del XIX por sus poderosos vecinos (Prusia, Austria y Rusia), Polonia quedó dividida en esos tres estados, reservándose el imperio ruso la parte del león y con el tiempo la más conflictiva; casi la mitad de su territorio actual, incluía la capital Varsovia. En prin-



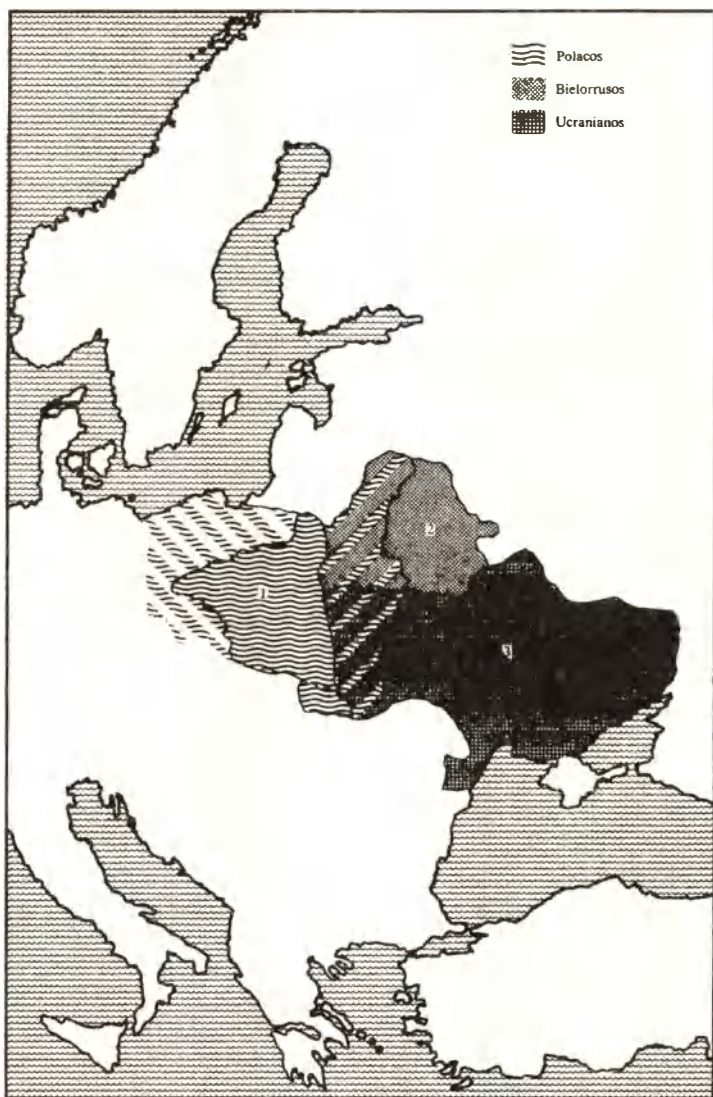
6. *Los países bálticos.*

cipio las tres potencias dueñas de Polonia se comprometieron a respetar las libertades polacas, su lengua, costumbres e instituciones, pero ese compromiso resultó bien efímero. Siete años después de la última repartición, en 1822, los rusos ya estaban transgrediéndolo ampliamente. Y poco más tarde, en 1.830 se fraguaba en Varsovia la primera insurrección nacional polaca y antirrusa, que fue brutalmente reprimida ².

La incorporación al imperio de los bielorrusos fué la más temprana de entre todos los pueblos de la periferia (la conquistó Iván III junto con una pequeña porción ucraniana a finales del s. XV), pero no resultó tan traumática. Es más, se pudo ver entonces como una cosa «natural». Nunca habían formado un Estado propio y tenían más afinidades con los rusos, de la misma familia eslava, de la misma religión ortodoxa, etc., que con sus anteriores dueños lituano-polacos. Algo similar ocurrió con los ucranianos, cuya integración al imperio se fue dando por partes, desde Iván III, hasta consumarse prácticamente a finales del XVIII. Un pequeño trozo ucraniano quedó sin embargo fuera del imperio ruso y bajo la soberanía formal del imperio austríaco, si bien sus habitantes —unos cuatro millones— estaban sometidos en realidad a la nobleza terrateniente polaca. Largos siglos de opresión habían borrado las huellas del pasado histórico ucraniano, incluso en Kiev que era ya como cualquier ciudad rusa a primeros del siglo pasado ³, pese a haber sido el centro donde se constituyó el primer Estado eslavo oriental, el principado de Kiev, en el siglo X. Sin una nobleza identificada con las glorias pasadas de un Estado propio, como la había en Polonia, sin apenas burguesía, con una Iglesia ortodoxa animadora en cambio de la plena integración en Rusia, con sus respectivas lenguas desconsideradas, cual si fueran meras jergas locales del ruso... las defensas de los pueblos bielorruso y ucraniano a los avances de la rusificación eran muy débiles en los núcleos urbanos, aunque la aldea campesina sirvió de conser-

² Rovira u Virgili. Obra citada. Volumen primero, págs. 53 y ss.

³ Kiev fue incorporada al imperio en 1667, por el zar Alexis.



7. Pueblos eslavos en la frontera occidental (polacos, bielorrusos y ucranianos).

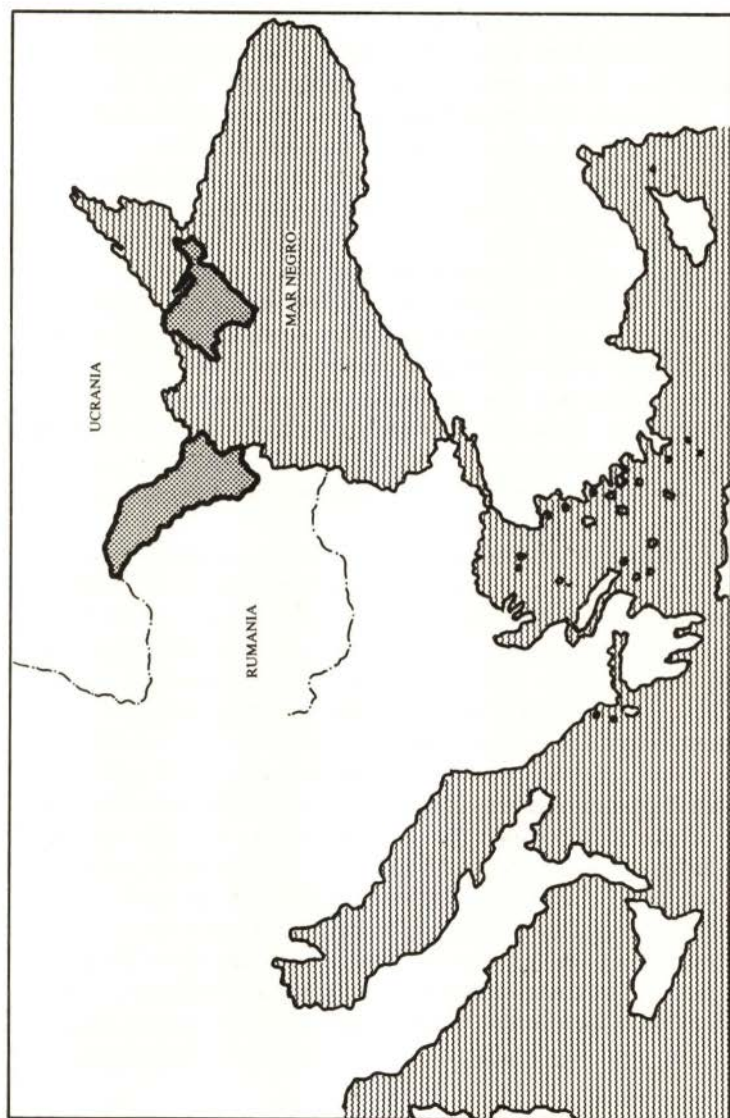
vatorio pasivo de la nacionalidad como en tantas otras latitudes. Dentro del imperio ruso había unos 22 millones y medio de ucranianos y algo más de 5 millones de bielorrusos.

El juego diplomático entre las potencias europeas, tras las guerras napoleónicas, permitió la ampliación de la frontera sur-occidental del imperio ruso con un pequeño trozo de la Moldavia rumana, la Besarabia, situada entre Ucrania y la Rumania actual. Los *rumanos* eran un islote de cultura latina que había mantenido su peculiaridad pese al cerco de otras civilizaciones más poderosas (magyar y eslava) o a los embates agresivos de húngaros y turcos. En los tiempos de Lenin eran un pueblo todavía dividido en tres Estados (ruso, austro-húngaro y el rumano recién fundado) Los rumanos de la Besarabia, con una población de alrededor de 1 millón, eran de religión ortodoxa.

Al sur de Ucrania el pueblo tártaro y musulmán de la península de Crimea conoció el yugo ruso a partir de 1.783. Los *tártaros de Crimea* eran el último vestigio en suelo europeo de las divisiones territoriales que estableciera Genghis Khan y aún de aquellas costumbres mogólicas, como la ilustra el hecho de que la riqueza de su nobleza en el momento mismo de la conquista no provenía de la tierra sino de las expediciones militares sobre los territorios vecinos.

Pese a las primeras proclamaciones de respetar la propiedad y la libertad religiosa, pronto comenzaría un intenso proceso de «destartarización» que alterará profundamente, durante todo el siglo XIX, aquella península. El clero musulmán perdió el 80% de sus propiedades, las tierras más fértiles fueron confiscadas, el gobierno ruso empezó a promover la instalación de miles de colonos alemanes, rusos, etc., de manera que el campesinado tártaro, desplazado a las zonas más pobres, emprendió en masa el éxodo a Turquía.

Según el censo de 1.897, Crimea era, detrás de San Petersburgo, la zona del imperio que había registrado un índice de crecimiento mayor desde mediados de siglo. Pero de su población total, 583.000 según dicho censo, ya sólo eran tártaros menos de un tercio, 187.000, cuando en el momento de



8. Rumanos de Besarabia y tártaros de Crimea.

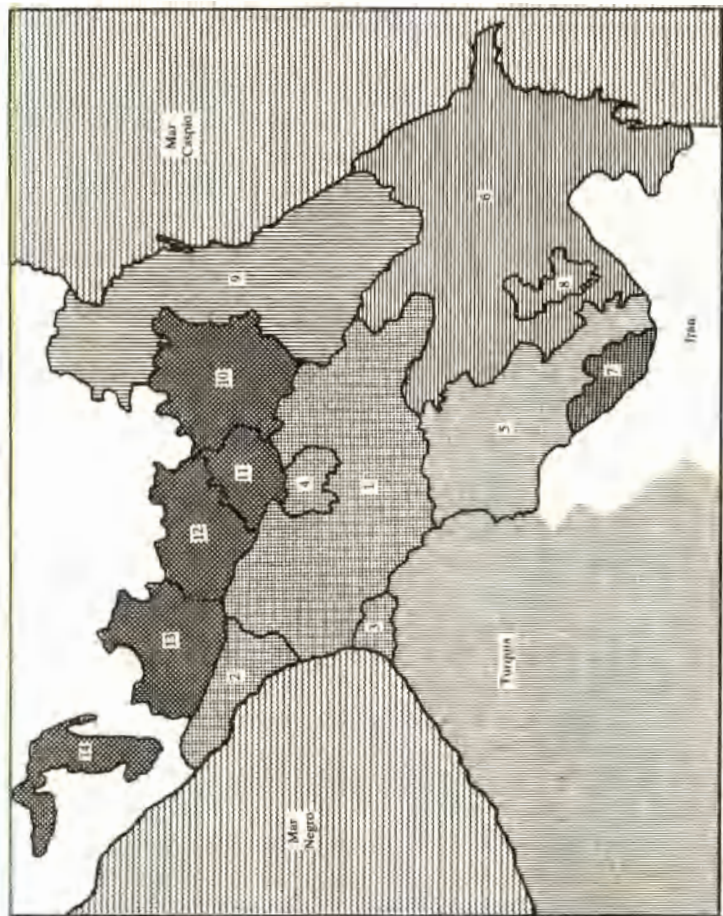
la conquista, 114 años antes, había en Crimea unos 400.000. Los que quedaban, aparte de minorizados, representaban entonces uno de los grupos más empobrecidos del Estado ⁴.

3. El límite sur-occidental, la zona comprendida entre los mares Negro y Caspio y entre los montes del Cáucaso Mayor y el Cáucaso Menor, pese a haber conocido numerosas invasiones de otros pueblos (de persas, árabes, turcos, rusos, mongoles...) desde tiempos remotos, albergaba la concentración étnica más abigarrada por km² de Europa y Asia (sólo equiparable en ese sentido a las de Indonesia y la Polinesia), y también la que ofrecía una mayor separación, una menor mezcla, pese a ello, entre los diversos grupos, sus lenguas, etc.

Esparcidos por una superficie de unos 450.000 km², coexistían en esa zona una multitud casi inclasificable de pueblos y lenguas, generalmente conocidos como los *pueblos caucásicos*, con una población total relativamente pequeña, nueve millones, según el censo de 1.897.

El origen de muchos de estos pueblos y de sus lenguas respectivas, como en el caso de los *georgianos*, de los pueblos montañeses del Cáucaso Mayor —*cherqueses*, *kabardinos*, *chechenes*, *ingoushes*...—, de los *pueblos del Dagestán*, unos 40 distintos, etc., permanece aún desconocido para la ciencia y en cualquier caso no se tiene certeza más que de su vinculación a las tierras caucásicas. Junto a ellos, también había otras incrustaciones, aunque no tan antiguas, secularmente asentadas en aquellas áreas. Así por ejemplo, los *armenios*, de origen indoeuropeo, cuya capital Erevan, podía rivalizar en antigüedad con Atenas o Roma; o la colonia de *judíos* establecida en el Cáucaso desde los tiempos de la huida de Babilonia. En el Cáucaso Menor había núcleos *kurdos*. En el territorio georgiano un enclave de *ossetinos*, un islote del grupo iranio. En las costas del mar Caspio, los *azerbaijanos*, musulmanes de origen turco. Otros grupos turcos menores esparcidos por aquí y por allá, una colonia numerosa de *alemanes*,

⁴ Bennigsen, Alexandre y otros. *Asia Central*. Siglo XXI. Madrid (1980), capítulo XIV. Obra colectiva, compilada por Gavin Hambly.



9. Los pueblos del Cáucaso (1. Georgia; 2. Abjazia; 3. Adjaria; 4. Ossetia del Sur; 5. Armenia; 6. Azerbaijón; 7. Najicheván; 8. Nagorno Karabaj; 9. Pueblos del Dagestán — Lak, Avars, Lesghi, Kumyks, Tabasarán, Darghin...; 10. Chechenos-Ingghous; 11. Ossetia del Norte; 12. Kabardinos-Balkari; 13. Cherkeses-Karachai; 14. Adiguesia).

etc. Esta mezcla étnica se vió aumentada por la emigración rusa que afluyó al Cáucaso desde el momento de la conquista plena de esta zona, de modo que en 1.897, ni siquiera medio siglo después, los poco más de 2 millones de población rusa constituían la minoría nacional más numerosa. Junto a los rusos, había otras tres minorías de cierto peso demográfico: los georgianos y azerbaijanos, con algo más de 1 millón de miembros cada una, y los armenios, que no llegaban al millón; mientras que el resto quedaba muy por debajo de esas cifras.

A la heterogeneidad étnica se unía, por otra parte, la diversidad religiosa, si bien la gran mayoría de los pueblos caucásicos eran musulmanes. Fuera del Islam sobresalía la Iglesia cismática griega a la cual pertenecían los georgianos, de muy temprana cristianización. Los armenios disponían de una Iglesia propia, la Iglesia gregoriana, la primera por cierto en adoptar el carácter de religión del Estado. Ha de señalarse además la lógica presencia de la Iglesia ortodoxa rusa, así como otras más minoritarias: judíos, protestantes (alemanes)...

Era una zona también de grandes contrastes económicos y culturales. Junto a los modos de vida patriarcales y atrasados de los pueblos montañoses, los georgianos podían presumir de ser el pueblo con más nobles por habitante, mantenían el recuerdo del esplendor en otro tiempo de su antiguo reino, de sus batallas seculares contra los turcos en defensa de la fe... Y junto a los abundantes restos feudales que todavía a finales del XIX ofrecían Georgia y Azerbaijan, había una próspera burguesía comercial armenia y se estaba conformando muy rápidamente una burguesía industrial azerbaijana. El feudalismo y los modos de vida más tradicionales se daban la mano con los pozos de petróleo y el vertiginoso despegue industrial sobre el mismo terreno. En el plano cultural hay que destacar, asimismo, el hecho de que la mayor parte de las lenguas caucásicas no se convertirán en lenguas literarias, ni se normalizarán, hasta después de la revolución soviética ⁵.

⁵ A comienzos del siglo XX, aparte del georgiano, armenio y azeri (la len-

Cuando termina el siglo XIX, por tanto, la mayoría de los pueblos caucásicos permanece en el analfabetismo, ofreciendo un acusado contraste con el desarrollo cultural de armenios, georgianos, y azerbaijanos. Estos últimos, amén de disponer de sus respectivas lenguas literarias o de una tradición literaria secular, contaban con una estructura de clases (y unas dinámicas religiosas) que permitían sustentar un desarrollo de las culturas autóctonas.

La conquista de esta zona del Cáucaso, hasta entonces repartida entre Turquía y Persia, duró más de 50 años de cruentas luchas desde que se iniciara a primeros del XIX. Durante ese tiempo los pueblos montañoses ofrecieron una durísima resistencia a los ejércitos del Zar, resistencia teñida de fuertes dosis de fanatismo religioso (musulmán) y que fué además favorecida por el imperio turco. Tras su derrota, masivos contingentes de algunos pueblos emigrarían a Turquía o a los EE.UU de América.

4. El límite oriental, entre ambas orillas del Volga y los Urales, comprendía asimismo una notable variedad de pueblos, aunque más desperdigados que los del Cáucaso dada la amplitud del territorio. Predominaban dos raíces étnicas: a) las del tronco ugro-finés (*komis, mordvinos, udmurtos, marís...*) y b) las del tronco turco-tártaro (*baskires, chuvashi, tártaros de Kazán, calmucos, kazakos,...*) Algunos de estos pueblos eran todavía nómadas, como los calmucos del Nordeste del Cáucaso, de religión lamaísta; otros lo habían sido antaño, como los baskires, pero se dedicaban ya en el XIX, a la agricultura y a la explotación forestal. La vía del Volga, con sus fértiles riberas, había atraído allí, por otra parte, una nu-

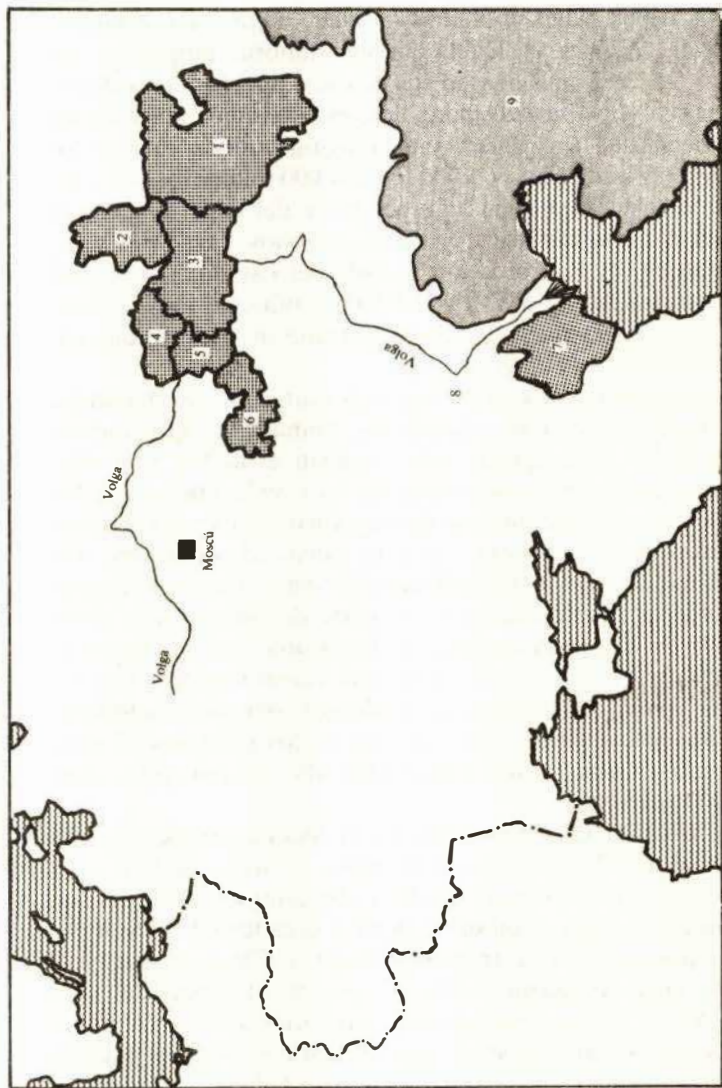
gua turca hablada en Azerbaijan), el ossetino era también una lengua literaria con dos transcripciones diferentes, cirílica en el Norte y georgiana en el Sur; y comienzan a conformarse, además, como tales, el kumyko y las lenguas de los pueblos Laks y Avars del Dagestán. Tras la revolución soviética se dió un impulso considerable a la normalización lingüística, formándose 14 nuevas lenguas literarias en el Cáucaso, 10 ibero caucasianas, dos iránias y dos turcas, según Bennigsen, a las que se añadieron otras en las décadas posteriores.

merosa colonia de *alemanes*. Tras la conquista, los zares promoverán la instalación de poderosas colonias de cosacos (rusos) a quienes concederán las mejores tierras a cambio de defender la frontera y asumir la obligación de prestar servicio militar en el ejército imperial. Entre todos estos pueblos, destacaban por su peso demográfico los tártaros (de Kazán) y los Kazakos.

Los tártaros de Kazán, cuya ascendencia entroncaba directamente con los herederos de Gengis Khan, era el pueblo más desarrollado. Tenía la peculiaridad de que casi la mitad de su población (el 49% aproximadamente) vivía fuera del territorio tártaro, debido a las circunstancias que hubo de afrontar tras su conquista por Iván IV el Terrible en 1.522. Merced a la dispersión, las clases superiores tártaras se habían convertido sin embargo en un sector muy influyente en otros pueblos turcos, especialmente entre los kazakos, baskires y en los emiratos del Asia Central. A mediados del XIX, contaban con una burguesía comercial que hegemonizaba el intercambio de esos pueblos con el imperio y en buena medida les suministraba asimismo los cuadros religiosos (musulmanes). Según el censo de 1.897 había 3 millones y medio de este grupo tártaro en todo el imperio.

Con una población similar, los kazakos estaban esparcidos por un inmenso territorio estepario, cerca de 3 millones de km². Eran un pueblo nómada y analfabeto, en su gran mayoría. Según A. Bennigsen, en 1.920 sabían leer y escribir entre el 1,5 y el 4,7% de los kazakos y sólo el 1,3% podía considerarse población urbana. Pese a ello contaba con una casta aristocrática que segregará una intelligentsia, ya a mitad del XIX, preocupada por la renovación nacional.

5. Más allá de los Urales, extendiéndose por una superficie de unos 12 millones de km², a ambos lados del camino por el cual transitará después el ferrocarril transiberiano, esto es, hacia la costa del Ártico y hacia la frontera con China y Mongolia, estaban los pueblos siberianos. Unos se emparentaban con el tronco turco (*yakutos, jakassios, tuvinios, grupos del Altai...*) o con el ugro-finés (*mansis, ostiakos...*). Otros,



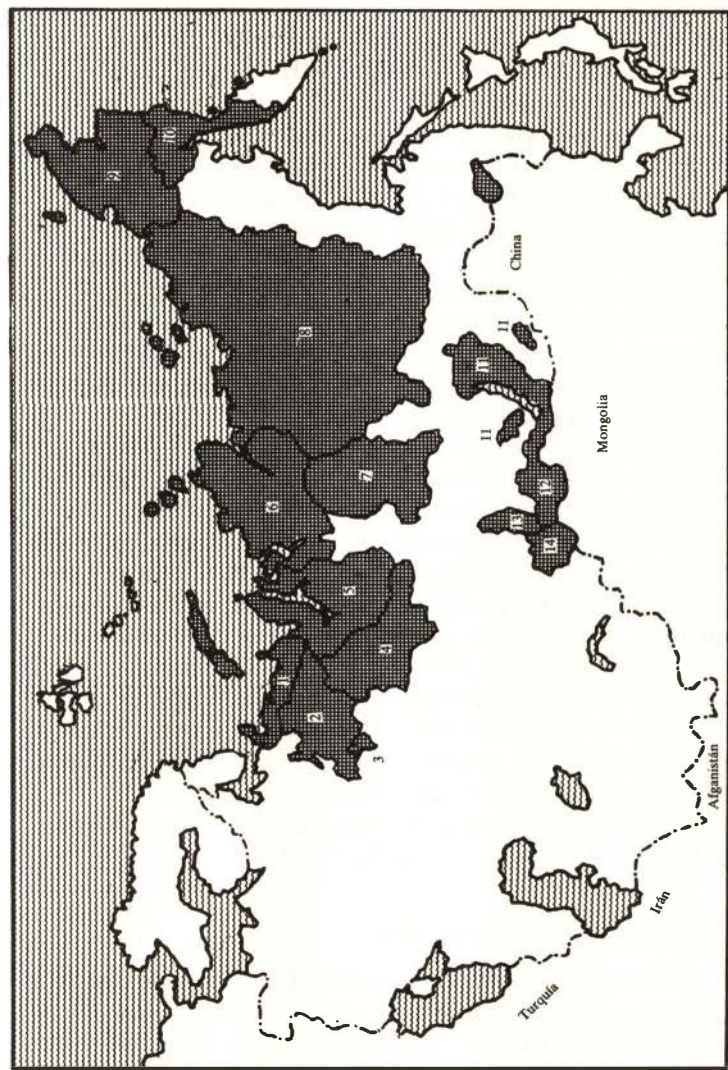
10. Los pueblos ribereños del Volga (1. Baskires; 2. Udmurtos; 3. Tártaros de Kazán; 4. Maris; 5. Chuvashis; 6. Mordvinos; 7. Calmucos; 8. Alemanes del Volga; 9. Kazakos).

con las tribus paleo-siberianas (*nienets*, *esquimales*, *evenkos*, *koriakos*, *chuskos*...). Había también minorías mogólicas, coreanas, etc. Los más numerosos de estos pueblos, los yakutos del Artico y los buriato-mongoles, estos últimos ubicados en las riberas del lago Baikal y de religión budista, apenas sobrepasaban cada uno de ellos los 200.000 miembros. La conquista de esta amplísima área por parte del imperio hecha al alimón entre la iniciativa privada —colonos, cazadores y comerciantes— y la protección armada del Estado ⁶, se realizó entre finales del siglo XVI y el XVII, resultando muy cruento en particular el sometimiento de las tribus mongólicas que habitaban la zona del lago Baikal.

Los pueblos siberianos, según la latitud de su ubicación, eran pastores de renos, cazadores, nómadas o agricultores. Entre todos ellos apenas sobrepasaban el millón y cuarto, mientras que la población europea, en 1.897, superaba ya los 10 millones. El desequilibrio demográfico, a favor del elemento europeo, se agudizará aún más, pocos años después, tras la terminación del ferrocarril transiberiano y de otros ramales ferroviarios. Hasta entonces, y aparte de cumplir una cierta función de válvula de escape para la presión demográfica rusa, Siberia servirá a los zares como una cárcel especial, una inmensa cárcel, para los rusos disidentes, penados, hetedoro-xos, como lo ilustra el dato de que en los primeros 75 años del siglo pasado fuesen deportados allí, de por vida, unas 500.000 personas.

6. El Asia Central, al Sur de la Siberia occidental, una zona natural de unos cuatro millones y medio de km² —limitada por el mar Caspio al Oeste, las estepas desérticas que lindan con la taiga siberiana al norte y la cadena de altas montañas fronterizas con Iran-Afganistan y China al Sur y al Este— cuya conquista militar se consumó a finales del siglo XIX, fue la última incorporación territorial (estable) al imperio zarista. Estaba habitada predominantemente por pueblos de origen turco (*kazakos*, *uzbekos*, *karakalpak*, *turkmenos* y

⁶ Goehrke, Carsten y otros. *Rusia*. Siglo XXI. Madrid (1980), pág. 148.



11. Los pueblos siberianos (1. Nienets; 2. Komis; 3. Permiakos; 4. Mansi; 5. Yamalo-Nenets; 6. Taimirs; 7. Evenkos; 8. Yakuts; 9. Chuskos; 10. Koriakos; 11. Pueblos Buriatos; 12. Tuvinijs; 13. Jakassios; 14. Pueblos del Altai).

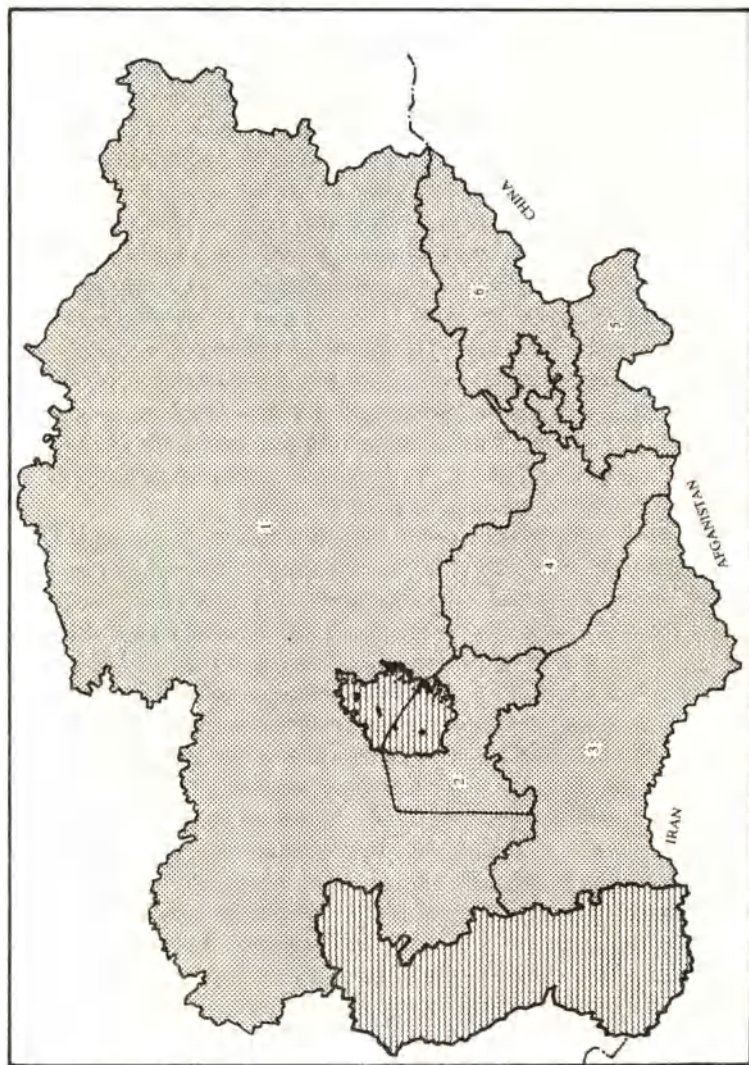
kirguiz) a los que se añadía una incrustación de origen iranio, los *tadzikos*, resto de la fuerte influencia persa vecina. De religión musulmana todos ellos (la islamización del Asia Central comenzó a darse ya en el siglo VII), estos pueblos combinaban la cultura nómada de las estepas desérticas (turkmenos, kazakos y kirguiz, y en parte también los uzbekos), la agricultura de los fértiles oasis entre los ríos Syr Daria y Amur Darya, más la comercial y artesanal de los centros urbanos, como Samarkanda —la capital del imperio de Tamerlán— y Bujará, conocidos por su esplendor desde la Edad Media. Desde el punto de vista cultural-religioso ejercía un papel relevante la ciudad de Bujara, con sus 365 mezquitas e innumerables centros de formación del clero musulmán. El Emir de Bujara venía a ser la segunda autoridad del mundo musulmán, después del califa de Estambul.

La turbulenta historia de kazakos y uzbekos, a su vez los de mayor peso demográfico en el Asia Central conectaba con las divisiones establecidas a la muerte de Gengis Khan. Aunque de origen común ambos, su separación territorial fué marcando unas diferencias lingüísticas y culturales entre sí y con respecto a los demás pueblos turcos del área; esto es, con los karakalpak, con los turkmenos (que amén de pertenecer a otra familia turca, la occidental, junto con los otomanos y los azerbaijanos, estaban aislados en las estepas lindantes con el mar Caspio) y con los kirguiz. Estos últimos, aparte de haber sido islamizados más tardíamente, en el siglo XVIII, fueron durante mucho tiempo vasallos de los chinos.

A finales del siglo XIX se estima que el 97% de los pobladores del Asia Central eran analfabetos.

Un imperio amasado por la fuerza

La formación del imperio ruso fué el resultado de casi 500 años de una incesante política de expansión, desde que el reducido principado moscovita comenzara a imponerse sobre los pueblos limítrofes en la baja edad media... hasta la conquista, ya en tiempos de Lenin, del Asia Central. Fracasarán sin



12. Los pueblos del Asia central (1. Kazakos; 2. Karakalpak; 3. Turkmenos; 4. Uzbekos; 5. Tadzikos; 6. Kirguiz).

embargo los nuevos intentos de ampliarlo a costa de China y Persia o por el área de los Balcanes durante las dos primeras décadas del siglo XX.

Aunque en ciertos casos intervinieron razones estratégico-militares, y si bien en las últimas operaciones están presentes motivaciones vinculadas a la política nacionalista-imperialista del incipiente capitalismo ruso, puede decirse que la raíz fundamental de la política de expansión rusa se encuentra en la peculiar naturaleza del régimen zarista, caracterizado por el mantenimiento secular de una casta burocrático-militar dirigente que basaba su poder (y su acumulación) en la posesión de tierra, en la explotación de la tierra y en el sometimiento del campesinado al régimen (ruso) de servidumbre. Esa casta fué a la vez causa y efecto de la política de expansión. Nació como tal de la expansión. Se desarrolló, hasta extremos desconocidos por otros Estados de su tiempo, merced a la conquista de nuevos territorios. Y no cesó de embarcarse en nuevas aventuras hasta su desaparición en 1.917.

Debido a múltiples factores —la diversidad de modalidades de anexión, el desigual interés de unos y otros territorios para el imperio, las fluctuaciones coyunturales de los intereses del Estado y hasta de su situación en un proceso tan dilatado en el tiempo, el propio grado de desarrollo de cada pueblo, etc.,— la suerte de los pueblos incorporados al imperio, lejos de seguir un patrón uniforme, ofrecía contrastes muy variados. Había territorios, como los emiratos de Jiva y Bujara, que mantenían su soberanía formal y estaban acogidos a un régimen de protectorado (ruso). O, incluso, casos como el de Finlandia, donde prácticamente ni se sentía su pertenencia al imperio, pues gozaba de una autonomía cuasi-ilimitada, con legislación propia; tenía un pequeño ejército propio; la administración, la justicia y el sistema escolar eran autóctonos; las leyes establecían fuertes limitaciones a la compra de tierra o instalación de negocios por parte de los rusos, etc.⁷.

⁷ Rovira i Virgili. Obra citada. Volumen primero, capítulo dedicado a Finlandia.

La diversidad de situaciones no ha de extrapolarse, sin embargo, hasta el punto de difuminar el rasgo más definitivo en la constitución de este imperio, es decir, su carácter de un imperio *conquistado* por la fuerza de las armas. A diferencia de otros casos donde no tuvo un peso tan directo y decisivo en la configuración de los territorios del Estado, la razón militar fué el factor predominante en la formación del imperio ruso, de manera que la constante ampliación de su superficie sobrevino por causa de las guerras con otros Estados vecinos (sueco, polaco, lituano, turco, persa, chino,...) o bien mediante expediciones militares expresamente dirigidas a tomar posesión de determinados territorios.

Ello significó que muchos pueblos conocieran por tanto los rigores más brutales de las conquistas a sangre y fuego: las masacres y la represión masiva, confiscación de bienes, expropiación de tierras, imposición de otra religión... Gracias a las conquistas militares, los zares se convirtieron en el primer terrateniente del imperio y, como cabeza de la casta dirigente, pudieron distribuir enormes posesiones de tierra entre la nobleza y los monasterios (según las estadísticas de mediados del siglo pasado, más de 20 millones de campesinos eran siervos directos del Estado y de la nobleza)

Por otra parte, la fuerza militar —capaz de aplastar con sus ejércitos cualquier rebelión de unos pueblos demográficamente muy débiles en comparación con los rusos— fue además la razón principal del mantenimiento de los territorios conquistados. Y de manera tanto más acusada allí donde tropezó con la resistencia de la población autóctona.

Un caso paradigmático es el de los tártaros de Kazán, por la tenaz resistencia ofrecida a los rusos, antes y después de la conquista. Durante más de dos siglos soportaron una política empeñada en su destartarización. Se prohibió la religión musulmana y se destruyeron sus templos, forzando su conversión al cristianismo ortodoxo. Se les expropió de sus tierras más fértiles. Se les expulsó de las ciudades, sobre todo de Kazán, y hasta se les minorizó en el territorio tártaro, obligándoles a emigrar a otras tierras. Por diferentes vías, desde la liquida-

ción física a la integración, pasando por la expulsión, se buscó expresamente la aniquilación de su casta noble dirigente⁸...

Desde la mitad del s. XVI y hasta mediados del XVIII se sucedieron las revueltas contra el Estado ruso en la cuenca del Volga, bien bajo la forma de levantamientos armados dirigidos por la nobleza tártara de Kazán o como rebeliones campesinas o con un carácter religioso (de guerra musulmana) contra los infieles o bien combinándose a un tiempo todas ellas. Más tarde, en la gran revuelta de Pugachev (1773-1774) participaron también los chuvashy, baskires, tártaros de Kazán y kazakos, junto a campesinos rusos y heterodoxos disidentes de la ortodoxia oficial.

Ya en el XIX, el imperio se vio sacudido de manera casi constante por rebeliones campesinas cuya mayor intensidad correspondió con las zonas «periféricas» del Volga y los pueblos de toda la frontera occidental. En 1.877 y 1.878, aprovechando la guerra de Rusia y Turquía, se levantaron en armas varios pueblos montañoses del Cáucaso. Y en las dos últimas décadas de este siglo surgió la resistencia del Asia Central, la cual adoptó también la forma de «guerra santa», como la rebelión del Cáucaso, en defensa de la fe musulmana.

Todas estas revueltas fueron ferozmente aplastadas por el ejército ruso, ese ejército conquistador-destructor-saqueador-heredero de los hunos o los mongoles que denunciara en su tiempo Chernyshevski. La última rebelión, el levantamiento de kazakos, kirguiz y uzbekos en 1.916, con un carácter nacional más nítido que las anteriores mencionadas, arrojará un saldo de 200.000 nativos muertos más otros tantos que hubieron de pasar a China huyendo de las represalias⁹.

Para la mayor parte de los pueblos, la incorporación al imperio supuso, además, el sometimiento a la maquinaria burocrática de la autocracia zarista. Allí donde llegaba el imperio la burocracia imponía todo su aparato de administración en

⁸ Pierce, Richard y otros. *Asia Central*, capítulo 15.

⁹ Pierce, idem, pág. 223.

lengua rusa, los privilegios de la religión ortodoxa rusa, aparte de ocupar las mejores tierras, facilitar el asentamiento de las colonias de rusos y desplazar a los autóctonos a las zonas más pobres. La cuestión religiosa, allí donde el Estado impuso una política de conversión forzada, junto con la cuestión de la tierra, tanto más si se sumaban ambas (como ocurría en los pueblos ribereños del Volga), fueron sin duda los problemas derivados de la conquista que más trascendieron a la mayoría de la población. Pero en algunos casos, como ya se ha indicado, la política zarista adelantó incluso las formas más directas, brutales y masivas de desnacionalización forzada (y rusificación).

Una tendencia general en todo el imperio, a excepción de Finlandia, es la progresiva desnacionalización de las clases superiores y medias de los pueblos dominados. Su rusificación (incluida la «conversión religiosa») venía a ser una condición indispensable de hecho para mantener sus antiguos privilegios o para prosperar en el imperio. El acceso a la casta dirigente burocrático militar del Estado, pero también a los escalones medios de la milicia y de la administración burocrática, exigían en cualquier caso unas muestras ostensivas de adaptación a lo ruso. La Iglesia Ortodoxa rusa desempeñó asimismo un claro papel rusificador en los estratos sociales más bajos.

La opresión nacional moderna. Una cárcel de pueblos

Durante el último siglo de vida del zarismo, desde el reinado de Nicolás I hasta 1.917, la situación de las naciones norusas tiende a hacerse tanto más insoportable debido a la confluencia de nuevos factores.

El primero en el tiempo está relacionado con el *endurecimiento general del régimen político*. Un endurecimiento de la represión, mediante la cual la autocracia zarista trata de contener la profunda crisis del imperio y del propio sistema absolutista.

En efecto, toda esa época, desde que se perciben las pri-

meras señales de alarma roja, con la insurrección decembrista de 1.825 ¹⁰ y la polaca de 1.830, hasta la revolución soviética, toda esa época se caracteriza por la incapacidad del régimen zarista para afrontar a tiempo y con visión la exigencia de modernización política y social; de tal manera que las pocas reformas emprendidas llegan tarde generalmente, vienen forzadas además por el agravamiento de los problemas, resultan muy exiguas y, a su vez, conllevan la necesidad de intensificar el terror al pretender su aplicación.

De los cuatro zares que reinaron en ese tiempo, el primero y los dos últimos (Nicolás I, Alejandro III y Nicolás II, respectivamente) se hicieron célebres en toda Europa por su crueldad. Y no les fué a la zaga demasiado, el segundo de ellos, Alejandro II, cuya fama de liberal-reformista —pese a entender quizás mejor que los demás la necesidad de modernización del Estado— resulta enteramente inmerecida a la luz de los hechos. Bajo Nicolás I (1.825-1855), la *Ojrana* —la policía secreta recién fundada por él tras los primeros sustos de su reinado— podrá cortar en seco las conspiraciones de los sectores ilustrados y liberales de la nobleza, herederos de los decembristas, que pugnan por conseguir una Constitución que limitara los poderes del zar. Entendiendo en su simpleza que el mal viene de fuera, del contagio de las ideas occidentales, Nicolás I extremará las medidas represivas en los medios de mayor cultura y en las universidades. Su lema fué «poder absoluto y autocracia para el bien del pueblo». Pero su política represiva no consiguió mucho más que aumentar la población de exiliados, presos o confinados.

¹⁰ Se llama así a la rebelión de unas pocas unidades de la guardia imperial llevada a cabo en diciembre de 1825, en el interregno entre la muerte del zar Alejandro I y la proclamación de su sucesor Nicolás I. El más conocido de los decembristas es *Pestel*, un coronel de la guardia descendiente de militares y activo miembro de las sociedades secretas rusas que pretendían emular la revolución liberal francesa. Sobre su obra escrita así como su influencia en Herzen y otros demócratas revolucionarios de los años 40 y 50 ver la obra de Franco Venturi, *El populismo ruso*. Alianza Editorial. Madrid (1981), en dos tomos. Pestel murió ahorcado, junto con otros insurreccionados y su ejecución supuso un aldabonazo en la intelligentsia rusa.

Pero si la represión se cebaba especialmente en los sectores ilustrados también llegó al mundo campesino. Debido al endeudamiento de la nobleza y a su incapacidad —por el atraso técnico— para sacar más rendimiento a la tierra, se endureció la explotación del campesinado; de manera que éste, atado aún al régimen de servidumbre, estalló en continuos motines e insurrecciones locales, siempre sofocados por los ejércitos imperiales ¹¹.

El fruto más espectacular de este período será la creación de un fenómeno típicamente ruso: la radicalización de un sector de la intelligentsia rusa, en su mayor parte de origen noble, los Herzen, Ogarev, Belinski, Bakunin, Chernysevski, que supera los limitados objetivos del liberalismo consitucional, entendiendo que en Rusia la lucha por la libertad está inseparablemente vinculada a la realización de un socialismo campesino. Esa generación renegará radicalmente de la Rusia que conoce, esa «nación de esclavos», y dará origen al movimiento revolucionario populista ruso.

La obsesión por liquidar el movimiento populista es quizás la nota predominante de la política zarista en toda la segunda mitad del siglo XIX, hasta el punto de que el miedo del absolutismo al auge revolucionario y a que éste prenda entre los campesinos lleva a recortar las reformas y a intensificar la política de terror; la represión llega a extremos de una crueldad inusitada, llenando las cárceles, poblando Europa de exiliados y Siberia de confinados. De ambas cosas, de la frustración social y del protagonismo de la persecución, se nutre para su desarrollo el propio movimiento populista, cuya integridad moral y generosidad impacta tanto a la sociedad como la crueldad de los perseguidores. Desde el cambio de siglo, múltiples factores confluirán excepcionalmente en las crisis revolucionarias de 1.905 y 1.917 que acabaron con el zarismo.

Volviendo a los asuntos nacionales hay que registrar unos acontecimientos, las insurrecciones polacas, que incidieron de

¹¹ Venturi, Franco. Obra citada. Capítulo tercero, págs. 185 y ss. Este autor ha contabilizado más de 1200 motines en el campo, entre 1826 y 1860.

modo particular en el endurecimiento político del régimen ruso y en que éste adquiriera asimismo unos tintes marcados de represión específicamente nacionales.

Las insurrecciones polacas de 1830 y 1863 llevaron a la corte del Zar el miedo al posible efecto difusor de la rebeldía nacional en los pueblos vecinos a Polonia (Ucrania, Lituania, Letonia...) donde ya comenzaban a despuntar tímidamente las primeras manifestaciones de unos movimientos literarios nacionales.

Más tarde, conforme vayan extendiéndose los síntomas de inquietud nacional al extremo meridional y musulmán del imperio, a los tártaros de Crimea y a los de Kazán, al Turkestan y a Bujará, etc., la sensación de que el imperio pueda verse sometido también a una crisis de disgregación territorial, acumulándose ésta a las crisis agraria y política, reforzará la política del garrote contra los pueblos.

La situación de las naciones del imperio se vió profundamente alterada, en segundo lugar, desde que la política rusa se orienta expresamente a reducir la pluralidad nacional e intenta transformar el imperio en un *Estado nacional de los rusos*.

Esta política, conocida ya siglos antes por algunos pueblos del imperio como se ha expuesto antes, supone sin embargo una modificación cualitativa en todos aquellos países cuya integración en el Estado ruso no había aparejado un cambio sustancial respecto a su situación (nacional) anterior. Para el régimen ruso ya no habrá excepciones. Todo el imperio habría de quedar integrado y homogeneizado con el tiempo en la nacionalidad rusa.

La política de uniformización nacional repercutió de modo particular en los países occidentales, desde Ucrania a Estonia y Finlandia, por tratarse precisamente del área más avanzada y donde mayor cuerpo iba tomando el impulso de unas literaturas nacionales. En efecto, fué en estos países, debido a que por su mayor nivel de desarrollo eran más imperiosas las demandas de instrucción en sus respectivas lenguas, donde la política zarista de uniformización a ultranza adquirió los to-

nos más violentos en un intento de *rusificar*, no ya sólo a las clases dirigentes como antaño, sino al *conjunto de la población*.

Entre las medidas clave de esa política novedosa destacan tres sobre todo: a) la prohibición de la enseñanza escolar en lengua materna y la imposición obligatoria del ruso, b) la obligatoriedad del servicio militar durante seis años en el ejército imperial (cuyo único idioma era el ruso) ¹², y c) la modernización del sistema judicial (que lleva a los funcionarios rusos a los más recónditos lugares).

Pero no han de olvidarse otras de fuerte impacto en las culturas nacionales no-rusas, como el cierre de las universidades allá donde las hay (Polonia, Lituania...) o la negativa a crearlas allí donde se reivindican (Ucrania); la imposición de los caracteres cirílicos en la escritura; la prohibición de toda clase de impresos, libros y periódicos en lenguas autóctonas... La secuencia de esta política de asfixia de la cultura nacional, la describe así, para el caso polaco, un autor de la época:

«La rusificación de las escuelas se hizo gradualmente, acen-
tuándose pocos años después de vencida la última revuelta (se
refiere a la insurrección de 1863). Primeramente hízose obli-
gatoria la enseñanza del ruso; en 1866, se introdujo en la im-
presión de los libros polacos los tipos rusos; en 1867, se dis-
puso que se diesen en ruso lecciones de ciencias y de historia;
en 1869 se suprimió la Universidad polaca y se creó una uni-
versidad rusa; en 1871, se enseñó en ruso en todas las escue-
las; de 1879 a 1885 se acabó de rusificar las escuelas prima-
rias; en 1892 se prohibió a los polacos de Lituania y de Ucrania
el estudio de su lengua; en 1895 se extendió la disposición
al Reino de Polonia; desde 1899 se hizo desaparecer de las bi-
bliotecas multitud de libros polacos. Los resultados de esta
obra de rusificación fueron deplorabilísimos (...) En el reino

¹² Por lo visto, debido a las dificultades presupuestarias del Estado se redujo en la práctica el alcance de esa disposición, de manera que sólo uno de cada cuatro se enrolaba de hecho en el Ejército. Stone, Norman. *La Europa transformada, 1879-1919*. Siglo XXI. Madrid (1985), pág. 44. Por otra parte, y como ya se menciona más adelante, hay que decir que los pueblos musulmanes quedaban eximidos de esta obligación.

de Polonia había un 70% de analfabetos y la proporción iba en aumento (...) el 75% de los alumnos dejaba de asistir a la escuela y sólo un 4% terminaba los estudios; la asistencia a clase bajaba progresivamente. Y todo ello era debido a la invencible repugnancia de los niños polacos a recibir la enseñanza en un idioma que no era el suyo y que apenas entendían. La suma que el gobierno ruso dedicaba a la enseñanza en Polonia, no llegaba a la décima parte de la cantidad que gastaba en policía»¹³.

En los países meridionales u orientales del imperio la política de uniformización seguirá derroteros más indirectos, debido a que ninguna de las medidas antes indicadas tuvo allí una incidencia relevante. Sometidos a una política equiparable a la colonial más típica, no se pretendió una generalización de la enseñanza escolar básica y permanecieron en el analfabetismo hasta el triunfo de la revolución soviética. Por otra parte, en toda el área musulmana no fué efectiva la obligatoriedad del servicio militar, ni les alcanzó demasiado la modernización del sistema judicial, de manera que la vida de los pueblos musulmanes siguió regulándose conforme a las leyes coránicas.

Todas estas circunstancias redujeron, claro está, el alcance de la presión rusificadora, limitándola a una cierta rusificación de las élites ilustradas; y en segundo lugar, condicionaron las propias modalidades que hubo de seguir, requiriéndole un esfuerzo de adaptación a sociedades extrañas a los modos culturales occidentales. Ambas cosas se advierten por ejemplo en los planes de enseñanza aplicados, inmediatamente después de la conquista, en el Asia Central, donde los rusos se encontraron con la existencia de una red de enseñanza

¹³ Rovira i Virgili. Obra citada, pág. 61 y 62. Rosa Luxemburgo recoge un testimonio directo de Miliutin, el ministro de educación del Gobierno ruso en los años posteriores al aplastamiento de la insurrección polaca, sobre los propósitos de la política rusa y su fracaso, testimonio que confirma plenamente el juicio de Rovira. En *La cuestión nacional y la autonomía*, obra citada, págs.201 y ss.

(en lengua nativa) para la educación de sus élites. Pues bien, dichos planes apuntaban en dos direcciones: a) dejar abandonadas las escuelas nativas donde las había, y b) sustituirlas por un sistema de enseñanza bilingüe en los primeros grados escolares, con el objetivo de introducir el ruso progresivamente. Conviene insistir de todas formas en el escaso número de la población a la que afectaba de hecho esta política en unas áreas de gran atraso-social. Un ejemplo gráfico de ello es que en la región donde se crearon el mayor número de esas escuelas (bilingües), en el Syr Darya, la cifra de nativos que acudieron a ella apenas representaba el 2% de los niños autóctonos en edad escolar, mientras que el 95% de los niños rusos ubicados en dicha zona recibieron la enseñanza primaria en el mismo tiempo ¹⁴.

Junto a los dos fenómenos mencionados hasta aquí, ha de tenerse en cuenta, en tercer lugar, la trascendencia en la vida de las nacionalidades de una serie de acontecimientos que permitieron *el despegue del capitalismo ruso* —desde la abolición de la servidumbre en 1861 ¹⁵ y otras reformas posteriores hasta la revolución del sistema de comunicaciones en todo el imperio debido al ferrocarril— ; así como la forma concreta que revistió el desarrollo capitalista en el grueso de las nacionalidades.

En el último tercio del siglo pasado se puso en marcha la movilización de millones de campesinos rusos, recién libera-

¹⁴ Pierce, Richard. Obra citada, pág. 221.

¹⁵ Por sus profundas implicaciones sociales, directas e indirectas, fue la principal reforma promovida por la autocracia durante el siglo pasado. Afectó directamente a unos 22 millones de campesinos siervos, que quedaron entonces «emancipados» por la gracia del zar. Sobre las causas de la larga demora hasta que el régimen se decidió a promulgarla, sus puntos más conflictivos, cómo fue recibida por parte del campesinado y entre los sectores más inquietos de la intelligentsia, etc., hay una abundante información en la obra ya citada de Franco Venturi. Lenin, con motivo de la celebración de su primer cincuentenario, en 1911, destacó los dos aspectos principales de aquella reforma: a) lo que supuso de prolongación y agravamiento de la miseria de los campesinos y b) su significado, fundamental, para propiciar el despegue del capitalismo ruso.

dos de la servidumbre, y su emigración en masa a los puntos del imperio donde se estaba levantando los nuevos centros fabriles o mineros, donde se desarrollaba más intensamente la transformación capitalista de la agricultura, donde había tierras vírgenes por colonizar, puntos ubicados en muy buena medida en los territorios periféricos no-rusos. De manera que los nuevos centros fabriles o mineros de Ucrania, Letonia, Lituania, Bielorrusia, el Cáucaso y los Urales, o bien nacen ya muy rusificados o bien se desarrollan bajo una fuerte presión rusificadora, la cual proviene, no ya sólo de la numerosa población rusa emigrada, sino del mayor prestigio social del que goza lo ruso entre los propios contingentes de campesinos autóctonos recientemente proletarizados. De esta forma, un conjunto de fenómenos que acompañan habitualmente a la transformación capitalista de las sociedades agrarias —la proletarianización masiva del campesinado, su emigración, su urbanización, la explotación intensiva de los recursos naturales... y el ritmo brusco con que se llevan a cabo esos procesos—, al estar vinculados con el desplazamiento de la población rusa hacia los territorios periféricos, adquieren en este caso un valor añadido que agudiza los efectos desnacionalizadores de la política zarista antes expuestos. Como un dato elocuente de la intensidad que alcanzó esta movilización de personas baste decir que en el plazo de 50 años, entre 1861 y 1910, emigraron a Siberia unos 4 millones y medio de personas; pero mientras los primeros 25 años la emigración siberiana siguió una media de 12.000 personas por año, en las dos décadas siguientes la media anual ascendió a 76.000 y se disparó en los últimos 5 años, entre 1906 y 1910, con una media de 503.000 por año.

Otras zonas más atrasadas del imperio conocerán unas formas de opresión nacional, política y cultural, quizás no tan directas, ni tan duras, pero sufrirán en cambio las servidumbres de la colonización económica, la brusca alteración de sus modos de vida y, en determinados casos, hasta de su propio equilibrio étnico. Tal sucede, por ejemplo, en las zonas esteparias del Asia Central, donde se combina todo ello. Desde el últi-

mo tramo del siglo pasado, el ferrocarril transiberiano repartirá por su recorrido incesantes contingentes de campesinos rusos a los que el Estado alojará en las tierras requisadas. En 1911, el 40% de la población de las estepas del Asia Central eran ya campesinos rusos que venían huyendo de la miseria de sus tierras de origen y ocupaban las zonas mejores (las requisadas por el Estado), mientras que los moradores nómadas nativos —kazakos y kirguiz— veían reducir sus pastos y su ganadería, sostén de su economía tradicional, y quedaban aún más empobrecidos. En 1917, sólo en el territorio kazako, podían contabilizarse unos dos millones y medio de campesinos rusos y el Estado había requisado a los nativos unos 30 millones de hectáreas ¹⁶.

Las zonas sedentarias del Asia Central, a diferencia de lo anterior, conocerán unas formas de colonización que no supondrán la incorporación masiva de rusos (éstos, por el contrario, se limitarán a unos pocos miles de funcionarios, comerciantes, proletariado ferroviario, los soldados de las guarniciones...), pero sí la integración de esos territorios en el sistema económico ruso siguiendo las pautas típicas de la economía colonial, esto es, convirtiéndose en una fuente de materias primas *para Rusia* y, a la vez, en un mercado *donde vender* las manufacturas rusas. Comoquiera que sus tierras eran aptas para el algodón que precisaba la industria textil rusa, se impulsó el monocultivo de algodón; lo cual, aparte de otros graves efectos sociales ¹⁷, alteró el equilibrio alimentario de

¹⁶ Pierce y Bennigsen. Obra citada, capítulos 14 y 15.

¹⁷ Hélène Carrère D'Encausse, en su tesis doctoral, aporta una información precisa, a este respecto, sobre el emirato de Bujará. De entre las diversas repercusiones que describe, (hundimiento de la artesanía local, encarecimiento del coste de vida, dependencia de las importaciones de trigo y harina. etc.), llama la atención el sistema de crédito adelantado a los campesinos por parte de los bancos (rusos), a cuenta de la cosecha de algodón. Con intereses trimestrales del 20%, tal sistema propiciaba muy frecuentemente la pérdida de las tierras al no poder cumplir los plazos de pago.

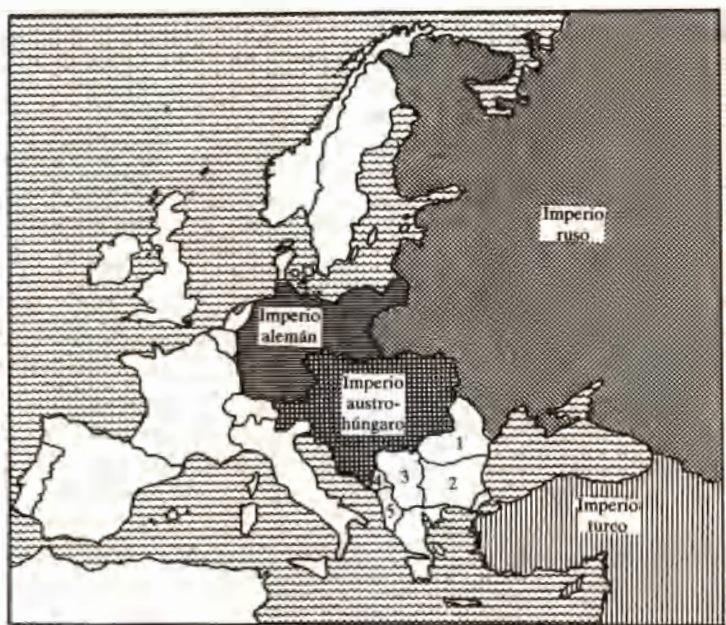
Hélène Carrère D'Encausse. *Réforme et révolution chez les musulmans de l'empire russe*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. Deuxième édition. París (1981).

la población autóctona. Sustituída la agricultura tradicional por el monocultivo de algodón y dependiente de la importación de cereales para su alimentación básica, la población autóctona no tenía de qué comer en los años de mala cosecha.

En el Cáucaso, por citar un último ejemplo, se da en los años posteriores a su incorporación al imperio lo que Lenin denomina su «conquista económica». Dicha conquista contiene rasgos de un tratamiento típico colonial. Hay invasión de colonos rusos, por ejemplo, y toda el área caucásica se convierte en un mercado privilegiado para la penetración de las manufacturas rusas, de manera que entra en una profunda decadencia la industria artesanal tradicional. Pero junto a ello se producen unas transformaciones capitalistas del campo y un cierto desarrollo industrial, con la proletarianización consiguiente de sectores autóctonos y la emigración en masa de obreros asalariados (rusos) agrícolas e industriales. La resultante es una rápida y profunda modificación de la estructura social ¹⁸ en los países más afectados por estos procesos, como son Georgia y Azerbaiján, con una incidencia particular en las complejas relaciones nacionales que allí se daban ya de antemano. Bakú por ejemplo, donde se desarrolla intensamente la explotación de sus riquezas petrolíferas, pasa de ser una pequeña ciudad turca de 14.000 habitantes en 1860 a tener una población multinacional de 265.000 habitantes en 1904. En Tiflis, la histórica capital de Georgia, sólo el 12% de sus habitantes eran georgianos, en 1897, mientras que había un porcentaje similar de rusos y los armenios con un 35%, eran la minoría más abundante ¹⁹. En cuanto a estos últimos, aparte de encontrarse divididos entonces en tres Estados diferentes (el ruso, el persa y el turco), eran más numerosas en Georgia y Azerbaiján que en la propia Armenia.

¹⁸ Para el análisis de Lenin, ver el capítulo VIII, apartado V (Importancia de la zona periférica. ¿Mercado interior o exterior?), de su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. O.C., tomo III, págs. 604 y ss.

¹⁹ Datos mencionados por Rosa Luxemburgo en *La cuestión nacional y la autonomía*, obra citada, pág.151, quien los recoge a su vez del censo de 1897.



13. *Disolución del imperio turco (Rumania, Bulgaria, Serbia, Montenegro y Albania).*

Estos tres fenómenos descritos, —el endurecimiento político, la rusificación a ultranza y la incidencia de las transformaciones sociales capitalistas—, se conjugaron de manera particularmente intensa en dos fases casi sucesivas: la primera, desde la última década del siglo pasado hasta la revolución de 1905 y la segunda con la reforma agraria de Stolypin y el boom industrial de los años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial, entre 1908 y 1914.

Bien mirado no se trata de unos procesos originales rusos, pues en la misma época, en especial desde 1870, se registran acontecimientos similares en bastantes países europeos como se ha expuesto en el primer capítulo. Lo específico del imperio ruso, por su peculiar configuración nacional, por la involución de la autocracia, es que en él se acentúa la política de agresión nacional a los pueblos de su territorio, mientras en otros países europeos esa política remite con el tiempo en cierta medida y mientras se van desintegrando los imperios vecinos equiparables al ruso por su condición multinacional.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el imperio turco ha entrado ya en un proceso irreversible de descomposición. Rumania, Servia, Montenegro, Bulgaria... antiguos territorios turcos, se van independizando, uno tras otro, desde la década de los sesenta. De manera que entre dichas pérdidas y los territorios que le quitan Austria y Rusia (Bosnia-Herzegovina y la Besarabia) aprovechándose de su debilidad, iniciará el siglo XX con un único resto, Albania, de su antiguo imperio europeo.

Simultáneamente, el imperio austríaco también entra en una crisis nacional que continuará, con intervalos, hasta su disolución tras la Primera Guerra Mundial. En 1848, la nobleza magyar consigue ponerse a la altura de la de Viena, convirtiéndose en bicéfalo el imperio y repartiéndose entre ambas las diversas minorías nacionales. En el 69, Croacia obtendrá de los húngaros una cierta autonomía. A los polacos les llegará su turno en la década de los 70, en la cual consiguieron la autonomía y la oficialidad de su lengua. Luego ocuparán la escena las reivindicaciones checas, que alcanzarán gran intensi-

Alemanes	12.000.000	23,9%
Húngaros	10.100.000	20,2%
Checos	6.550.000	12,6%
Polacos	5.000.000	10 %
Ucranianos	4.000.000	7,9%
Rumanos	3.200.000	6,4%
Croatas	2.625.000	5,3%
Eslovacos	1.950.000	3,8%
Serbios	1.925.000	3,8%
Eslovenos	1.300.000	2,6%
Italianos	1.000.000	2 %
Serbo-croatas de la Bosnia	650.000	1,2%
TOTAL	48.000.000	

14. *Censo de las nacionalidades del imperio austro-húngaro a comienzos del siglo XX.*

dad en las décadas siguientes. Más tarde, las de otras minorías nacionales, italianos y serbios (ambos estimulados por los Estados ya existentes de sus respectivas nacionalidades que atraviesan una fuerte movilización nacionalista —es el momento de la búsqueda de la Gran Italia, de la Gran Serbia—), de los eslovenos, ucranianos, lituanos...

El imperio ruso tardará más tiempo en resquebrajarse. Pero la situación nacional de los países vecinos que gozan de un status más favorable y en no pocos casos son además conacionales —polacos, lituanos, ucranianos, rumanos—, ofrece un contraste demasiado acusado frente a la cárcel de pueblos que aún es el imperio ruso e incidirá notablemente en la animación del despertar nacional dentro de sus fronteras.

Los inicios de los movimientos nacionales

Dentro de los confines del imperio, los movimientos nacionales no adquirirán una relevancia significativa, propiamente, hasta la revolución de 1905. Pero es preciso conside-

rar un largo período anterior, el de su incubación, que abarca algo más de medio siglo.

Lo primero que debe registrarse a este respecto es la aparición de un movimiento literario *eslavófilo* ruso, simultáneo al surgimiento de una corriente similar en los pueblos eslavos occidentales (eslovacos, polacos y checos) y meridionales (serbios) de los imperios vecinos. En Ucrania da lugar a la creación de una sociedad ucranófila, la Sociedad de Cirilo y Metodio, fundada en 1847 y que fue inmediatamente disuelta por el zar Nicolás I. Sus fundadores, el historiador Kostomarov y el poeta Shevchenko suelen considerarse como los padres del movimiento nacional ucraniano y, en cierto sentido, los «descubridores» de dicha nacionalidad. Un rasgo afín a esta corriente literaria es su deuda con la obra romántica de Herder, quien se había referido al origen común de toda la familia lingüística eslava y le había atribuído el carácter de nación ²⁰.

Dentro de esta corriente, la eslavofilia rusa acentuará la idealización de la comunidad campesina, la obshina, donde se encuentra la esencia eslava, y la oposición al occidentalismo (a la imitación del desarrollo occidentalista).

En vísperas de la revolución de 1848, este movimiento toma una expresión política *paneslavista*, de unidad entre los pueblos eslavos, aunque en realidad no llega a moverse con unos objetivos uniformes, adquiriendo distintos matices en los pueblos austríacos, en los eslavos del sur, en los rusos y en los polacos. El I Congreso General Eslavo se celebró en Praga en 1848 y reivindicó la unión federal de los pueblos eslavos austríacos, pero antes de concluir su trabajo fue disuelto por las tropas del emperador. Frente a la orientación conservadora de dicho congreso, Bakunin trató de organizar un movimiento democrático paneslavista, extensivo a todos los demás pueblos eslavos, que persiguiera la unificación eslava y diera su apoyo al mismo tiempo a los revoluciones democráticas polaca y húngara (pese a ser los polacos y los húngaros

²⁰ Lemberg, Hans. *Paneslavismo*. En Historia-8, de la enciclopedia Marxismo y Democracia. Ediciones Rioduero. Madrid (1975), págs. 18 y ss.

opresores tradicionales de unos cuantos pueblos eslavos); pero también fracasó.

Posteriormente el paneslavismo se disolverá como tal movimiento político y los eslavófilos se centrarán en impulsar movimientos nacionales individualizados según cada pueblo ²¹, excepto los eslavos del sur, quienes mantendrán el ideal unitario (sólo parcialmente resuelto en la actual Yugoslavia). En Rusia, en cambio, el paneslavismo se convertirá en la doctrina oficial del Régimen, pues prestaba una coartada ideológica muy adecuada a las pretensiones expansionistas del zarismo por el área del los Balcanes; de modo que el II Congreso Esloveno se celebra en Moscú, en 1867, bajo los auspicios del propio Gobierno ruso. Influido por este acontecimiento, Bakunin reconoce la manipulación zarista del paneslavismo y se hace una autocrítica de su pasado, dando la razón expresamente a las durísimas críticas que Marx y Engels le habían hecho desde el 48 ²².

²¹ Así describe Bauer ambas fases: «El paneslavismo fue ante todo sólo un medio para avivar la naciente conciencia nacional de las jóvenes naciones eslavas en Austria. En la triste situación del pueblo checo en los años 30 y 40 del siglo XIX, la conciencia nacional no podía ser entendida; así, ante los ojos del pueblo se pregonaba la magia de una gran nación eslava. Este es el carácter que tiene el paneslavismo, por ejemplo, en las poesías de Kollár. Pero cuanto más avanzan las diferentes naciones eslavas, tanto más toman conciencia de su peculiaridad nacional, de su diferencia con otros pueblos eslavos, tanto más desaparece el espejismo de la nación eslava única ante la realidad de la propia vida nacional. Así ya Havlíček contrapone al fanatismo eslavo la arrogante frase: *Chech, ne Slovan (Como checo no me siento eslavo)*. Bauer, obra citada, pág.440.

²² Escribe Bakunin a N. Zhukovsky, el 17 de agosto de 1870: «Karl Marx tiene perfectamente razón en lo concerniente al paneslavismo, que siempre fue y será un *despotismo embozado*. Los zares rusos siempre prometieron a los pueblos eslavos que los liberarían del yugo extranjero, para luego someterlos al despotismo ruso... y no se puede menos que confesar que nuestros hermanos eslavos, con su unilateral nacionalismo, impulsan en alto grado a la propaganda zarista, como así también lo hacen los prusianos en Silesia (con su política antipolaca) y nuestros polacos en la Galitzia pequeño rusa (aspirando el sojuzgamiento de los ucranianos)». Citado por Roman Rosdolsky. «El problema de los pueblos...», obra citada, nota 58, pág. 157.

En las décadas siguientes van surgiendo pequeños brotes de un movimiento cultural nacional y, en algunas ocasiones, también político, entre los pueblos de la periferia occidental, desde los pueblos bálticos al ucraniano; pero se manifiestan asimismo en el Cáucaso, en los georgianos y armenios, e incluso comienzan a darse en los pueblos musulmanes, en los tártaros de Crimea y en los de Kazán. Entre las variadas razones de su surgimiento se advierte a veces la semilla sembrada por el federalismo populista ruso, o por la corriente eslavófila, en otros casos tiene un peso decisivo el contagio del mundo circundante, pero en definitiva vienen a expresar de una u otra forma la crisis (nacional) que atraviesan los pueblos periféricos del imperio en el momento en que el Estado acentúa su proyecto de uniformización nacional rusa.

Ahora bien, comoquiera que esos brotes resultan perseguidos aun cuando no tengan mayor dimensión que la de un movimiento cultural-nacional, atraviesan por ello grandes dificultades para mantenerse siquiera y apenas logran trascender sus mensajes más allá de algunos núcleos minoritarios de las clases más cultas. Autores de la época, como Rovira i Virgili, recogen las limitaciones de los movimientos literarios lituano y ucraniano en suelo ruso, al depender éstos del trasiego clandestino de libros y periódicos editados en la Lituania prusiana o en la Ucrania austríaca ²³.

No es de extrañar por tanto que se adviertan escasos movimientos de resistencia nacional en tales circunstancias. Como regla general, es en la represión zarista donde hay que situar la razón principal de que los movimientos nacionales del área rusa lleven un retraso notable con respecto a los de los países vecinos de las áreas austríaca o turca. Con tan menudadas posibilidades de consolidar la propia lengua, sin libertad siquiera para que pudieran organizarse unos partidos burgueses nacionales, no llega al pueblo y sobre todo a la mayoría campesina un esfuerzo nacionalizador que contrarrestara la obra de la rusificación. En buena medida se mantenía vi-

²³ Obra citada, ver los capítulos correspondientes a dichos países.

gente el retrato que un autor de la época hace de la situación ucraniana en 1848, haciéndola extensiva a lituanos, bielorrusos, georgianos, etc.:

«¿Qué era por ejemplo la nación rutena?. Eran millones de proletarios rurales económica y espiritualmente oprimidos desde hacía siglos. Sin siquiera un despunte de formación de clase, por todas partes la más uniforme y extendida falta de pretensiones, sin cultura propia y fuera de toda cultura en general, ¿qué era, qué podía ser para ellos la idea nacional?. Sabían que había polacos; polaco era el gentilhomme que los explotaba hasta la sangre; veían al bolichero judío y en Viena —sabían— habitaba el bondadoso y justo emperador, en cuyos soldados se convertían y que con tanto gusto los ayudaría si supiese de sus penurias. Frente a todo ésto se sentían rutenos. ¡ Por cierto, eran rutenos, y resultaba insensato que los polacos formularan la aseveración de que los rutenos eran una invención del gobierno austríaco y que los alemanes acometidos de romanticismo polaco la repitiesen crédulamente!. Pero se comprende que en Austria, antes de 1848, no existiese en propiedad ninguna cuestión rutena»²⁴.

En ese contexto sobresale la excepción de Finlandia, donde ya desde mediados del siglo XIX han podido formarse diversos partidos nacionales —los viejos y los jóvenes fineses—, han gozado de un autogobierno cuasi-ilimitado, han organizado su propia enseñanza en finés, etc., todo ello gracias a su peculiar situación dentro del imperio.

En cierto modo también son una excepción aquellos pueblos, como el polaco o el armenio, caracterizados por disponer de otra religión que la ortodoxa rusa, de manera que la defensa de esa diferencia religiosa se convierte en un símbolo de singularización nacional y el incipiente movimiento nacional puede contar con el poderoso apoyo de sus respectivas Iglesias²⁵. Entre los polacos se registran unos índices nota-

²⁴ Cita del historiador M. Bach, recogida por Roman Rosdolsky. Obra citada, nota 5, pág. 53.

²⁵ Rovira i Virgili, obra citada. Roman Rosdolsky menciona asimismo, a

bles de resistencia a la rusificación, como lo demuestra el hecho —recogido por Rovira i Virgili— de que el 60% de la población no supiera el ruso en 1905, es decir, después de 40 años de imposición escolar del ruso. Ese dato, u otros, como la creación de una red clandestina de escuelas polacas en el campo, confirman la existencia de un cierto grado de organización y capacidad de movilización del movimiento nacional polaco.

Entre los países musulmanes del imperio, y debido a su mayor atraso social, todavía es más lenta incluso la incubación de los movimientos nacionales; de forma que los movimientos literarios autóctonos alcanzan una dimensión aún mucho más reducida que en los países de la periferia occidental y el mundo musulmán no llega a adquirir una expresión propiamente política hasta la crisis de 1905. A diferencia de finlandeses y estonios, de armenios y georgianos, que conocen la constitución de partidos nacionales, aunque se trate de pequeños grupos de conspiradores, durante el último tercio del siglo pasado, el mundo musulmán no los generará hasta 1905 ²⁶.

este respecto, el caso de los ucranianos (o rutenos) pertenecientes a la corona austríaca y sojuzgados a su vez por la nobleza polaca. «Resulta interesante el papel de la Iglesia greco-católica en el proceso del renacimiento nacional de los rutenos. Es indudable que en *Galitzia* esa iglesia se reveló como un fuerte baluarte de la nacionalidad (¡si era la iglesia de los *campesinos*, mientras que en *Galitzia* occidental la Iglesia católica *romana* era considerada la *señorial*!) en cambio en las colindantes *serranías*, que no pertenecían a Austria, sino a Rusia, y donde hace más de cien años que los campesinos greco-católicos (...) fueron *convertidos* por la fuerza al credo *ortodoxo*, la afición al mismo rito greco-católico tuvo tanta repercusión que en el año 1905 los campesinos, cuando en Rusia se permitió el traspaso al catolicismo (¡pero no al rito griego!), se pasaron en masa a la iglesia católica *romana*...», obra citada, nota 4, pág. 53.

²⁶ Benningssen distingue tres fases en cuanto al origen de los movimientos nacionales musulmanes: «El primer estadio generalmente está marcado por una reforma religiosa, un renacimiento de la literatura, una modernización de la lengua nacional; después vienen las tentativas de elaboración de una ideología y, por fin, los primeros ensayos de organización política». En la introducción a su obra, *La presse et le mouvement national chez les musul-*

Los movimientos nacionales musulmanes están inseparablemente vinculados en su origen a la crisis que atraviesa todo el mundo islámico en el último tramo del siglo pasado, dado que el imperio turco (esto es, su expresión política más acabada) se encuentra entonces en plena desintegración y prácticamente todo el mundo musulmán está sometido ya a las potencias rusa u occidentales. Como ha señalado Hélène Carrère d'Encausse ²⁷, tienen un rasgo común con los movimientos coloniales que se desarrollarán décadas más tarde en todo el llamado Tercer Mundo: nacen de la derrota de su civilización frente a los «blancos». En esa derrota toman conciencia de la debilidad de su organización social, política y religiosa. Y, en consecuencia, toman conciencia de la necesidad de modernización de su cultura.

Dada la confusión existente dentro de la comunidad islámica entre el orden divino y el político-social, las primeras manifestaciones de un impulso modernizador se expresan en términos religiosos: en un enfrentamiento entre la corriente de los renovadores, los *gadids*, con la de los *qadimistas* o conservadores, apegados éstos últimos a una interpretación escolástica y dogmática del Corán, cuya confrontación perdurará hasta la revolución soviética.

Con el tiempo toma cuerpo una ideología de la regeneración del mundo islámico de carácter más amplio que la renovación religiosa. Aun cuando contiene una visión nostálgica de su esplendor en tiempos pasados, el punto de mira de la inquietud regeneradora es conseguir un renacimiento musulmán, superando la decadencia y el atraso en que se encuentra entonces. Se trata de un movimiento ideológico que se nutre de las corrientes de la época (de la eslavófila, del pensamiento liberal ruso, del socialismo utópico ruso de mitad de siglo...) y que mira al Occidente para aprender sus técnicas y las claves de su mayor desarrollo.

mans de Russie avant 1920. Escrita en colaboración con CH. Lemerrier-Quequejay. Mouton & Co. París (1964). (La traducción es mía).

²⁷ Carrère D'Encausse, Hélène. Obra citada, pág. 112 y ss.

Siguiendo en cierto sentido un proceso similar al de los pueblos eslavos, cuya primera expresión antes de conformarse los movimientos nacionales de cada uno de ellos es de carácter pan-nacional: el paneslavismo, el movimiento regenerador musulmán también adopta primero una definición pan-nacional, bien sea panislámica o bien panturquista; sólo que en este caso demostrará una mayor consistencia, pues seguirá siendo uno de los puntos característicos en las aspiraciones de las élites musulmanas, e incluso de los sectores que se integren en el partido bolchevique, después de la victoria de la revolución soviética.

Dentro del imperio, el pionero en enunciarla es un tártaro de Crimea, *Gasprinski* (1851-1914), a quien debe considerarse el precursor de los movimientos musulmanes en territorio ruso. Su idea pan-nacional es de tipo *panturquista* y se refiere preferentemente a los pueblos turcos minorizados en el imperio. Expresa un ideal de fraternidad de todos los pueblos turcos y la aspiración de poder conseguir con el tiempo su unidad espiritual, lingüística y política ²⁸.

Junto al panturquismo, otro rasgo característico del movimiento pre-nacional musulmán es la preocupación por la *reforma escolar*, o, mejor dicho, por abrir paso a la modernización del mundo islámico mediante la reforma de la enseñanza. También en esto, en la renovación de la enseñanza, destaca la labor pedagógica de *Gasprinski*, cuyo método (*Usul-i-gâdid, el nuevo método*) se difunde rápidamente por toda el área turco-tártara, desde Crimea hasta el Kazakistán ²⁹. La reforma escolar suscitará la oposición hostil de los sectores conservadores del clero islámico, que monopolizan la enseñanza;

²⁸ Sobre el ideario de Gasprinski, su obra, la importancia de la revista *Terguman*, fundada por él en 1883, un tiempo bimensual y bilingüe (en ruso y en un tártaro que pretendía convertirse en la lengua común de todos los pueblos turcos), luego semanario sólo en tártaro, por fin diario, puede consultarse a Bennigsen - Quelquejay. «*La presse...*», obra citada.

²⁹ Hélène Carrère D'Encausse, describe con cierto detalle las vicisitudes de la reforma escolar emprendida por los renovadores (*gadids*) del emirato de Bujará. Obra citada, págs. 137 y ss.

pero, pese a ello, será tal vez el terreno donde se forja realmente el movimiento renovador —debido a esa oposición ha de crear unas redes familiares semiclandestinas de enseñanza— y donde obtiene mayores logros.

Por la índole de las tareas y preocupaciones mencionadas hasta aquí, puede deducirse el carácter más pedagógico que político de este movimiento pre-nacional. De otra parte, si bien visto desde el propio mundo islámico y sus contradicciones se define de un modo radical, en lo que hace a sus concepciones más políticas sobre las relaciones entre el mundo musulmán y el imperio ruso debe calificarse en cambio como un movimiento *moderado*. Aunque no llega a formular un pensamiento político preciso, sus portavoces más cualificados, como Gasprinski, postulan un planteamiento general de cooperación con el mundo ruso, con el occidente, y rehuyen expresamente la dialéctica de la confrontación, tal vez debido a la conciencia de su propia debilidad. Por su conexión con las corrientes liberales de la época asumen posiciones antizaristas, pero sin cuestionar de manera expresa el imperio ruso.

El tratamiento de la cuestión nacional en los precursores del movimiento revolucionario ruso

En la primera generación del movimiento democrático revolucionario ruso que se configura en las décadas treinta y cuarenta del siglo pasado no pasa desapercibida la opresión nacional. Ese dato, por el contrario, queda integrado en su ideología como una característica más que singulariza la barbarie del imperio zarista, aunque sin llegar a alcanzar la intensidad de su inquietud por la cuestión agraria.

Inicialmente, la preocupación por la opresión nacional penetra por varias vías. De un lado, es algo que los círculos democráticos rusos heredan de los decembristas, quienes habían mantenido una posición solidaria con la insurrección polaca de 1830. De otra parte, el común exilio de polacos y rusos en los países europeos ha tendido puentes de solidaridad antiza-

rista y la convicción de participar en una empresa común. En **Bakunin**, ambas cosas se funden además con una inclinación eslavófila, presente en su intento de crear un movimiento paneslavo democrático, en 1848, aprovechando los estallidos revolucionarios de aquella coyuntura histórica.

La adscripción a la corriente eslavófila dió un tinte poco afortunado a algunas ideas expuestas entonces por Bakunin. Así, su creencia en la misión regeneradora de la esclavitud; o su defensa del papel asignado a los rusos, de hermano mayor, en la federación de pueblos eslavos propugnada por él («...en la liga eslava yo veía una patria aún mayor donde polacos y checos habían cedido el primer lugar a Rusia...», dice en su *Confesión*); o la precocidad en general de sus planteamientos. Su llamamiento a una federación revolucionaria de aquellos pueblos campesinos eslavos, pueblos atrasados y con escasos recursos para sacudirse entonces el dominio ideológico de las clases que tenían el poder, resultaba francamente prematuro en el momento en que lo formuló (1848).

Pese a ello, ha de reconocerse que Bakunin fue el primer pregonero de la libertad nacional de los pueblos más olvidados, en su caso de los pueblos eslavos, aventajando en ese aspecto a sus coetáneos occidentales del campo socialista. Mientras Engels condenaba a la desaparición a los pueblos eslavos (y, más en general, a todos los pueblos no-históricos, con lo cual sólo se salvaban de su condena los húngaros, polacos e irlandeses)³⁰, Bakunin por el contrario intuía los síntomas de

³⁰ La restricción que hizo Engels en la aplicación de la autodeterminación, limitándola a las naciones más avanzadas de Europa, no puede desligarse, si se quiere entender con rigor, de algunas consideraciones históricas. Hay que situarla en el ambiente de una época en la cual adquirió mucho peso, dentro de los medios progresistas radicales y revolucionarios, la idea de que el desarrollo capitalista, al remover profundamente las bases de la sociedad estamental anterior, representaba una fuerza de progreso, aunque conllevara algunos males menores, como la desaparición de las nacionalidades más débiles mediante su absorción por otras en ese momento más vigorosas. Pero especialmente hay que tener en cuenta el análisis que hicieron Marx y Engels de la revolución de 1848, así como de las fuerzas *reales* que podrían

su despertar nacional. El tiempo confirmaría ampliamente sus pronósticos.

Un dato revelador es que Bakunin no se limitó en 1848 a reconocer un problema, la opresión nacional de los eslavos, ni a proclamar la exigencia de su libertad nacional, sino que llegó a preparar insurrecciones para conseguirla. El hecho de que resultaran fallidas o que puedan parecer una empresa quijotesca, vistas desde hoy, no empañan lo que hay en ellas de testimonio adelantado a su tiempo.

De otra parte, manifiesta un criterio político afinado en la polémica con los patriotas polacos, cuando les reprocha que exigieran la restauración de las fronteras que tenía el reino de Polonia en 1772, dado que esa reivindicación implicaba mantener la tradicional opresión sobre los ucranianos, lituanos y bielorrusos que había en el viejo reino polaco. Su crítica a los polacos valía para Engels que entonces también defendía el restablecimiento de las fronteras de 1772:

«Repito una vez más que, según mi parecer, están en un error los polacos si, en base al sólo derecho histórico, se apro-

desencadenar otros estallidos revolucionarios en la Europa de entonces; porque es dentro del cuadro de ese análisis donde encajaban el papel positivo o negativo de los movimientos nacionales de su tiempo. Sus tomas de posición favorables a los movimientos nacionales, irlandés, polaco y húngaro y a la independencia de esos países ponen de relieve que dedicaron una atención preferente a valorar la significación concreta de dichos movimientos, tanto en lo relativo a la significación política y social en el interior de cada país, como sobre todo a sus repercusiones geopolíticas e internacionales. Esta concepción de Engels puede verse en diversos artículos: *El paneslavismo democrático*, *La clase obrera y Polonia*, *La lucha magyar*, etc., recopilados por la editorial Cuadernos de pasado y presente, nº 69, Méjico (1980), con el título: «La cuestión nacional y la formación de los estados».

Por otra parte, Roman Rosdolsky hace unas observaciones muy sugerentes sobre las limitaciones de los análisis sobre la revolución del 48 que hicieron tanto Marx y Engels como Bakunin. Además de ello, señala la información deficiente que manejaron Marx y Engels en los asuntos eslavos en general y critica con mucha razón el desafortunado concepto de Engels acerca de las naciones «no viables» (entre la que situaba al pueblo vasco). R. Rosdolski, «El problema de los pueblos...», obra citada.

pian de Ucrania sin siquiera preguntárselo al pueblo ucraniano. Me parece que la (ex) Ucrania polaca, junto con los rutenos galitzianos y junto con nuestra pequeña Rusia (vale decir las regiones ucranianas de la orilla izquierda de Dnieper)—territorio de quince millones de habitantes que en su conjunto hablan una sólo lengua y tienen una misma fe—no querrán pertenecer ni a Polonia, ni a Rusia, sino a sí mismos. (...) Pero si Lituania, Curlandia, Livonia, Bielorrusia, Ucrania,... son anexadas no por la fuerza ni por la intriga, sino por libre y abierta resolución de los pueblos, no diremos una sola palabra en contra. Todo dependerá del grado de autonomía de esos pueblos, de su capacidad o incapacidad de vivir por sí solos»³¹.

Pero quizás la aportación más sugerente de Bakunin, en 1848, es su percepción de que el despertar nacional eslavo no es sino el primer brote de su despertar social. Dicho de otra forma, su intuición de que el problema nacional estaba totalmente vinculado al problema campesino para todos aquellos países y era en última instancia, como señala Rosdolski, un problema social: la cuestión del suelo y de la libertad para el campesino³².

Veinte años más tarde llegará Marx a parecidas conclusiones para Irlanda tras estudiar concienzudamente los contenidos de la opresión nacional en ese país.

Aquella generación primera de escritores revolucionarios (**Herzen, Bakunin, Ogarev, Chernysevski...**), cuando apoyaban la insurrección polaca y defendían la independencia de Polonia, no se limitaban a una posición táctica, a un intento político de apoyarse en los enemigos del zarismo, al interés de conjugar las fuerzas rebeldes frente a la autocracia. Todos estos motivos estaban ciertamente en su posición, y con razón; pero también había otras cosas. Su posición solidaria con Po-

³¹ Bakunin. *Llamamiento a los eslavos*. Recogido de Rosdolsky, obra citada, pág. 150. El apoyo de Engels a la restauración de las fronteras de 1772, consta en los artículos mencionados en la nota anterior.

³² Rosdolsky, Roman. Obra citada, pág. 151.

lonia era una derivación lógica al mismo tiempo de su visión de Rusia y estaba impregnada de una fuerte carga *moral*.

Críticos implacables del zarismo, lo consideraban un imperio abominable y renegaban de aquella inmensa «cárcel de pueblos» que era Rusia. («Miserable nación, miserable nación —escribía Chernysevski—, nación de esclavos; de arriba a abajo, todo son esclavos»). Les avergonzaba la opresión nacional del pueblo polaco, entonces la más evidente debido a la resistencia patriótica que allí se daba, y consideraban su libertad como una exigencia obligada para la rehabilitación rusa, para la propia liberación rusa (como Marx cuando reflexionó sobre los efectos positivos de la independencia irlandesa en el desarrollo de la lucha de clases en Inglaterra). Fieles a esa visión, denunciaban con intransigencia los atisbos de chovinismo gran-ruso, la «sífilis patriótica» en palabras de Herzen, y hasta llegarían a estimular, como lo hizo Bakunin, el enfrentamiento de otros pueblos con las tropas rusas, animando su resistencia al zarismo ³³. La voluntad que les guiaba de hacer tabla rasa del zarismo incluía asimismo la idea de establecer una nueva relación entre el pueblo ruso y los demás pueblos del imperio, si bien con las imprecisiones políticas propias del tiempo a la hora de darle una formulación concreta.

Vista desde hoy tal vez pueda parecer una retórica escasa de contenido político concreto y excesivamente moralista, pero ha de reconocerse al menos que su literatura ponía de relieve la idea de la libertad nacional fundada en la propia voluntad de cada pueblo.

³³ Así escribía Bakunin en su Segundo llamamiento a los esclavos: «Arriba esclavos, las tropas rusas están ahí. Han pisado suelo austríaco. No las envió el pueblo ruso, sino el Zar ruso, no para traerles la libertad... sino para subyugarlos. Los rusos son esclavos y llevan en su pecho un corazón eslavo; pero hasta ahora este corazón permaneció cerrado bajo el sello de una tiranía mongólica, y mientras los rusos obedezcan al Zar, seguirán siendo los adversarios más terribles y más peligrosos de la libertad. Hay de ustedes si no hacen retroceder a las tropas de Nicolás como a tropas enemigas».

Texto recogido de Rosdolsky, obra citada, pág. 145.

Junto a esta posición sobre la libertad nacional, concebida cual un imperativo moral, el *anticentralismo* es uno de los rasgos destacados de su ideario.

En el anticentralismo de Herzen y Bakunin se advierte la huella doctrinal de Proudhon, con quien ambos mantuvieron una gran relación y amistad. Pero más allá de esa influencia, el anticentralismo de los primeros populistas tiene su fundamento peculiarmente ruso además. Se basa en la propia experiencia rusa debido al desarrollo gigantesco de la burocracia estatal desde Iván el Terrible y a que esa burocracia se ha venido manifestando como una maquinaria todopoderosa de sojuzgar personas y pueblos. Y por otro lado, el anticentralismo está en deuda con la corriente de escritores eslavófilos que en esos años están recreando la historia del pueblo ruso.

En los trabajos históricos de hombres como Shapov³⁴ o Pryzov —de pasado eslavófilo pero que con el tiempo se integran en la corriente del socialismo populista—, se tienden a idealizar las viejas instituciones de la comunidad campesina, la *obshina* y el *mir*, sus consejos o asambleas, el *sovet*, y también las regiones históricas antiguas, de manera que todo

³⁴ Franco Venturi en obra citada, pág. 367, recoge un testimonio muy preciso sobre su espíritu investigador, al acceder a la cátedra universitaria en Kazán. Dijo entonces Shapov:

«Proclamo desde el principio que subo a la cátedra universitaria de historia rusa no con la idea del estado, no con la idea de la centralización, sino con la idea de la *narodnost'* y del regionalismo (*oblastnost'*). Hoy es una convicción muy arraigada que lo fundamental en la historia es el pueblo, que es el espíritu popular el que crea la historia. Esta concepción ya no es nueva... Pero he aquí otro principio que aún no está claramente consolidado en nuestra ciencia: el principio —permítanme expresarme así— regionalista. Hasta ahora ha dominado la idea de la centralización... La compleja variedad, las tendencias y los hechos de la vida histórica provincial subsumidos en la idea general del desarrollo estatal... Y sin embargo, la historia rusa es por excelencia la historia de diversos grupos locales, la historia de una continua reorganización territorial... de una recíproca acción y reacción... de las diversas regiones antes de la centralización y después de ella...»

ese entramado social adquiere un doble carácter *nacional y anti-estatal*. Son las formas genuinas de la autoadministración popular eslava y, a su vez, han tenido que enfrentarse con el Estado desde que éste, mediante la centralización, comenzó a interferir en su existencia. Ambos rasgos, el anti-centralismo y el anti-estatalismo, recalcarán, son características peculiares del espíritu popular ruso y de la nacionalidad (del *narod* y de la *narodnost'*).

Herzen y más aun Chernysevski, rechazando esa visión re-creadora de un pasado idealizado, consideraban aquellas tradiciones colectivistas y autónomas, todavía presentes en el pueblo ruso, simplemente como supervivencias de formas de organización social patriarcales ya desaparecidas de los países occidentales a causa de su mayor desarrollo y no como esencias de la *narodnost'* eslava. No obstante, advirtieron un aspecto positivo en el hecho de que esas tradiciones todavía permanecieran de una manera extendida en un país totalmente agrario, como lo era la Rusia de entonces: su existencia podía constituir una circunstancia muy favorable para la realización de un socialismo campesino. Sin atisbos por su parte de una adoración romántica del pasado, creyeron que la revolución rusa habría de surgir de la comuna campesina *antes* de que el desarrollo capitalista la debilitara o la fuera extinguiendo (como había ocurrido en el occidente europeo) y que su extinción, en consecuencia, alejaría las perspectivas de la revolución. Tal punto de vista, afianzado por las generaciones posteriores, constituirá uno de los ejes centrales, si no el más importante, de la concepción populista (Años más tarde, en el último tramo de su vida, un Marx preocupado por las posibilidades de la transición al socialismo, sin pasar por el capitalismo, de un país agrario como Rusia, ahorrándole el mal trago del capitalismo, conectaría significativamente con los populistas rusos y sus inquietudes) ³⁵

³⁵ Sobre esto, ver los artículos recientemente publicados por Francisco Fernández Buey en la revista *Mientras tanto*, nº 19 y 20. También la obra de Andrzej Walicki, *Populismo y marxismo en Rusia*, editorial Estela, Barcelo-

Pese al distinto punto de vista histórico sustentado, ambas corrientes confluyen sin embargo en la defensa del *federalismo* que será desde entonces una posición característica del populismo ruso.

En su concepción del federalismo destaca la idea básica de la autonomía local, a partir de la cual se van articulando libre y voluntariamente las asociaciones provinciales o regionales y las nacionales. Se trata por consiguiente de un federalismo más libertario y anticentralista que nacional propiamente dicho. Y muy similar al defendido por Proudhon, en quien se inspira en gran medida su portavoz más cualificado, Bakunin.

Bakunin considera la nacionalidad como un hecho natural que tiene un derecho incuestionable al libre desarrollo de su existencia. El derecho nacional emana para él, no de un principio histórico, ni siquiera de un principio de nacionalidad, sino exclusivamente de lo que denomina «el principio supremo de la libertad». Es la libertad, exclusivamente, la fuente del derecho a la libre secesión o bien a la reunión de cualquier nación, al margen de consideraciones políticas, geográficas, históricas, etc.:

«Del hecho de que un país haya constituido parte de un Estado, aunque se hubiera agregado libremente a él, no se desprende de ningún modo la obligación de quedar siempre asociado a ese Estado. Ninguna obligación perpetua podría ser aceptada por la justicia humana, la única que puede constituir autoridad entre nosotros, y no reconoceremos nunca otros derechos y otros deberes que los que se fundan en la libertad»³⁶.

El federalismo libertario de Bakunin se caracteriza, de otro lado, por una concepción unitaria e igualitaria de las relaciones entre los pueblos. Una vez subvertido el orden autoritario, habría de reorganizarse cada pueblo de abajo-arriba,

na (1971), cuyas ideas expone asimismo este autor, de manera más resumida, en el tomo V de la Historia del Marxismo, editada por Bruguera, Barcelona (1981), en el artículo titulado *Socialismo ruso y populismo*.

³⁶ Bakunin. *Federalismo, socialismo, antiteologismo*, editorial Aguilera. Madrid (1977), pág. 18.

sobre la base de sus instituciones, necesidades y atracciones naturales. Primero, mediante la federación libre de los individuos en la comuna local. Después, con la federación de las comunas locales en las provincias y regiones. Luego, de éstas últimas en las naciones. Y finalmente, mediante la asociación federativa de las naciones en los Estados Unidos de Europa y más adelante del mundo entero ³⁷.

Una nueva sacudida de la cuestión polaca, la insurrección de 1863, puso a prueba la coherencia de las concepciones políticas populistas, tanto en los «maestros» de la primera generación como en los discípulos, generalmente universitarios y ya más activistas y organizadores que intelectuales. En la propia Polonia un grupo de oficiales de la guarnición rusa, entre los que se encontraba el padre de N.Krupskaia, la compañera de Lenin, vinculados a la organización *Zemlia i Voliá* (Tierra y Libertad), participó en la insurrección y en su preparación militar junto a la corriente más radical de los patriotas polacos. Pero estos últimos también acudieron a Rusia para negociar con *Zemlia i Voliá*, recién constituída entonces, y con el núcleo de estudiantes de Kazán la preparación de un movimiento insurreccional simultáneo en Rusia y poder así dificultar la concentración de las tropas en el aplastamiento de la rebelión polaca. Aquella primera experiencia organizativa clandestina del populismo ruso que fue *Zemlia i Voliá*, empenó sus escasas fuerzas en la campaña a favor de Polonia y terminó prácticamente desarticulada por la represión a causa de ello. Otro tanto ocurrió con los estudiantes de Kazán, cuyos planes de revuelta armada resultaron abortados por la policía ³⁸ antes de consumarse.

³⁷ Antes de Bakunin, el grueso de estas ideas federalistas fue expuesto por Proudhon a lo largo de su vida y especialmente en su obra *Du principe federativ et de la nécessité de reconstituer le parti de la revolution* (1863), escrita poco antes de su muerte, donde advierte el propio Proudhon que él es el primero en formular una teoría del sistema federal. Esta obra ya estaba traducida al castellano por Pi i Margall, para 1877.

³⁸ Información recogida de Franco Venturi. Obra citada, capítulos 10 y 12.

Con la insurrección polaca de 1863 volvió a ponerse en primer plano un aspecto esencial de la concepción populista, la unidad entre la liberación nacional y la liberación campesina. Al igual que en 1848, se repitió la discusión con el movimiento patriótico (nobiliario) polaco, discusión que abarcaba a un tiempo tanto los aspectos sociales (la situación campesina bajo el régimen de servidumbre) como los nacionales (la situación de los pueblos oprimidos por los polacos) no tenidos en cuenta por aquel movimiento. De todas formas lo más interesante de esta polémica fue quizás la postura de la nueva generación que aportaba una preocupación aun más acentuada por integrar expresamente ambos aspectos, lo social-campesino y lo nacional, en lugar de contraponerlos. Tal se observa en la crítica que hace a los maestros Herzen y Ogarev, en 1866, el organizador de la primera Zemlia i Voliá, Serno-Solov'ëvich:

«Yo no les diré a los polacos somos 'hermanos', 'démonos la mano', 'vuestra causa es nuestra causa', ni otras hermosas frases. Les diré en cambio con entera franqueza las siguientes palabras: Simpatizo profundamente con vosotros, como una nación de héroes, como una nación oprimida por el pueblo al que pertenezco. Pero, sin embargo, vuestra causa no es nuestra causa, mientras el movimiento polaco se haga bajo el estandarte de los aristócratas y los sacerdotes, mientras el movimiento polaco no se convierta en un movimiento popular. Hasta ese día estaremos unidos únicamente por el odio común contra nuestros amos y tiranos... En todo caso, sea cual sea la suerte que el futuro reserve a Polonia, es preciso *de antemano* su separación y la de todo lo que es polaco de Rusia, y *después*, si eso es posible, una *federación libre: de antemano*, la división; *más adelante*, una unión fraternal ³⁹...».

Una década después, la rebelión de los serbios contra los turcos también encontrará una respuesta activa en el campo populista, tanto en el interior de Rusia, como en la propia Serbia, a donde fueron a combatir numerosos revolucionarios.

³⁹ Idem, pág. 474.

Este caso, sin embargo, arroja algunas dudas al respecto, ya que el propio Estado ruso fomentó un clima popular de patriotismo paneslavista que le venía como anillo al dedo para legitimar su guerra con Turquía. De cualquier forma, los artículos de **Lavrov** sobre la rebelión serbia, propugnando una línea clasista que antepusiera los intereses sociales del pueblo (frente a las «ilusiones» nacionales, estatales o religiosas), levantarán de nuevo ampollas en los círculos revolucionarios populistas y serán vivamente censurados ⁴⁰.

Todas las organizaciones populistas que se fueron constituyendo en las décadas del 60 al 80 recogieron en sus programas respectivos el grueso de las ideas hasta aquí expuestas. En 1862, la *Joven Rusia* adoptaba la siguiente posición:

«Exigimos la completa independencia de Polonia y Lituania, regiones que más han demostrado su deseo de no permanecer unidas a Rusia. Exigimos que se de a cada región la posibilidad de decidir por mayoría de votos si quiere o no entrar a formar parte de la república federativa rusa» ⁴¹.

Por la misma época, la primera Zemlia i Voliá mantenía una postura similar, pero la proyectaba también a su propia organización interna, de modo que su estructura organizativa reflejase las peculiaridades de las regiones rusas; en cuanto a las naciones del imperio, como Ucrania, Lituania, etc., se establecía que allí no debía funcionar la organización, aunque habría de tomar estrecho contacto con los grupos autóctonos «de igual a igual».

Las organizaciones de la tercera generación (la Zemlia y Voliá en su segunda edición, constituida en 1876, y las dos organizaciones en que se escindió poco después: *Narodnaya Voliá* y *Cherny Peredel*) mantuvieron asimismo esta tradición. Zemlia y Voliá defendía la reestructuración federalista del Estado basándose en la voluntad del pueblo, en el autogobierno

⁴⁰ Idem, pág. 853.

⁴¹ Idem, pág. 502.

local y regional, y también propugnaba la libre separación de las nacionalidades del imperio ruso (Ucrania, Polonia, el Cáucaso...). En cuanto a Narodnaya Voliá incluyó estos dos puntos en su programa político inmediato:

«2) el estado ruso, dado el carácter de la población y la situación en que ésta se encuentra, se subdividirá en regiones (*oblast*) autónomas en sus asuntos internos pero ligadas en una federación panrusa. La administración regional regulará los asuntos internos, el gobierno federal los concernientes al estado en su conjunto;

3) los pueblos anexados por la violencia al estado ruso estarán en libertad de abandonar la federación panrusa o de permanecer en ella;» ⁴².

Cherny Peredel (Reparto negro) proclamó asimismo su fidelidad a los principios del socialismo federal:

«En nuestra opinión, en la esfera política la organización debe permanecer fiel a los principios del federalismo. El imperio ruso debe disgregarse en organizaciones independientes en concordancia con sus regiones naturales» ⁴³.

Hay que tener en cuenta sin embargo la presencia de unos cambios respecto de la década del 60. Ya no se insiste tanto en la visión anti-estatal bakunista y los propios contenidos federalistas van perdiendo vigor, convirtiéndose en cierto modo en unas fórmulas ritualizadas.

Se refleja en cambio en sus posiciones la influencia de otras preocupaciones más relacionadas con su propia experiencia práctica. Concentradas cada vez más en la organización de atentados contra lo más visible del aparato zarista y en la estrategia de «golpear directamente al centro», es decir, al Zar, la propia lógica de la acción política elegida plantea la necesidad de una organización centralizada que actúe en todo el

⁴² Idem, pág. 1022.

⁴³ Andreu Nin. «*Los movimientos...*», obra citada, pág. 126.

imperio. Y en esa medida, por razones pragmáticas de eficacia, se van desechando las preocupaciones federativas e igualitarias en lo organizativo que caracterizaron a la primera Zemlia i Voliá ⁴⁴.

En la práctica este populismo de los años ochenta aunque defiende formalmente la tradición federalista, se limita a mantenerla en cierto modo en el congelador, sin desarrollarla en absoluto. Absorbido por su asalto al zarismo, se va acentuando de hecho como un movimiento de carácter ruso, y como un movimiento revolucionario que apenas repara en las nuevas manifestaciones de opresión nacional que está llevando a cabo en ese momento el Estado ruso. El diagnóstico de Narodnaya Voliá sobre los progroms anti-judíos de 1881, en los que vio el inicio de la insurrección popular contra la autocracia, es un testimonio elocuente de la debilidad e inconsistencia política de sus posiciones relativas a los problemas nacionales en el imperio zarista ⁴⁵.

La recepción del marxismo. Plejanov

Tras la ruptura de Zemlia i Voliá, la organización Cherny Peredel trata de encarnar la ortodoxia del patrimonio populista, oponiendo la acción de masas, **la ida al pueblo**, frente al terrorismo político y defendiendo la primacía de la acción social y económica frente a la lucha política. Pese a ello su acción no tuvo éxito y Cherny Peredel quedó en la práctica muy difuminada con respecto a la otra rama competidora, Narod-

⁴⁴ Idem, pág. 978. El motivo fundamental de la escisión de la segunda Zemlia i Voliá en dos grupos distintos, fue el rechazo del terrorismo político por parte de Plejanov y otros compañeros, quienes se agruparon en Cherny Peredel en 1879.

⁴⁵ Andreu Nin. «*Los movimientos...*», obra citada, pág. 125 y 126. Por otra parte uno de los líderes más destacados entonces de Narodnaya Voliá, Tijomorov, confirma esa posición en conversación con Plejanov, según recoge Samuel H. Baron en *Plejanov, el padre del marxismo ruso*. Siglo XXI, Madrid (1976), pág. 118.

naya Voliá, cuyos atentados concentraron la atención y las simpatías del campo anti-zarista. En 1880, los dirigentes de Cherny Peredel ya habían marchado al exilio; y un año después, desarticulada su organización por la policía, ya no era capaz de mantener una acción coordinada en el interior de Rusia. Dos años más tarde, en 1883, el núcleo fundador de Cherny Peredel (Plejanov, Vera Zasulich, Axelrod y Deutsch) abjuraba del populismo y fundaba en el exilio la primera organización marxista rusa: el grupo *Emancipación del Trabajo* ⁴⁶. En muy poco tiempo, por tanto, este grupo pasaba de la defensa de la ortodoxia populista a la ruptura con la concepción predominante en el campo revolucionario ruso, ruptura que vino motivada fundamentalmente por la «conversión» de Plejanov y demás miembros del grupo al marxismo. Paradójicamente este cambio suscitará una desconfianza inicial en personas como el viejo Engels quien no ocultaba sus simpatías hacia la acción de Narodnaya Voliá. Por otra parte, la afirmación de un grupo marxista ruso modificará las relaciones del marxismo y el populismo. A partir de entonces, el clima de colaboración que había presidido las relaciones de Marx con el populismo ruso, como lo testimonia su correspondencia con Vera Zasulich ⁴⁷ y otros, se rompió. Y fue sustituido por la competencia y un fuerte enfrentamiento doctrinal.

A lo largo de la década de los 80, ese grupo, y especialmente Plejanov, planteará una nueva estrategia política revolucionaria para Rusia, en la cual destacan, entre otras, cuatro tesis fundamentales, todas ellas contrapuestas a las bases doctrinales del populismo.

⁴⁶ Sobre esto puede consultarse, sobre todo, la obra de Samuel H. Barón, «Plejanov...». Y también la ya citada de Franco Venturi.

⁴⁷ Walicki, resalta el hecho, significativo, de que Plejanov no diera publicidad a la carta de Marx a Vera Zasulich del 8 de marzo de 1881, carta que no sería conocida hasta 1924, muerto ya Plejanov, cuando se encontró entre sus papeles. Dicho autor ve en ello un propósito deliberado de silenciar unos contenidos que le hubieran perjudicado en los debates de aquellos años con los populistas. Andrzej Walicki. «Socialismo ruso y...», obra citada.

La primera es la consideración de que el capitalismo es una etapa histórica del desarrollo social que Rusia no puede obviar. Frente al sentimiento populista del «ahora o nunca», es decir, frente a la angustia de hacer una revolución (campesina) *antes* de que el desarrollo capitalista disolviera las tradiciones colectivistas del campo, Plejanov postula la idea de que el desarrollo capitalista, concebido como una «necesidad» histórica, es inevitable y la comuna campesina está condenada a desaparecer irremediabilmente.

En segundo lugar, vincula el socialismo ruso al desarrollo de las contradicciones sociales que entraña la expansión del capitalismo. El capitalismo, según Plejanov, en vez de alejar las perspectivas revolucionarias como pensaban los populistas, favorecía el despliegue de las condiciones que podían hacer posibles las transformaciones socialistas en Rusia.

La tercera es el enunciado del doble carácter de la revolución rusa. Por su contenido estricto, el objetivo inmediato es la realización de una revolución política de carácter burgués que derroque el sistema político zarista, elimine los obstáculos al desarrollo capitalista y facilite una mayor diferenciación de las clases en la sociedad rusa. Pero al mismo tiempo, y comoquiera que el contenido real de la futura constitución democrática depende de la correlación de las fuerzas existentes, la tarea central es la de constituir a la clase obrera, la clase que puede llevar más lejos las transformaciones democráticas, como una fuerza autónoma y socialista.

Por consiguiente, y es la cuarta tesis, Plejanov defiende que el proletariado industrial debe ser el protagonista de todas las transformaciones pendientes, tanto de las democrático-burguesas como de las socialistas posteriores ⁴⁸.

Estas tesis, pese a anticipar adecuadamente el cambio social que ya se está produciendo en Rusia ⁴⁹, no triunfarán den-

⁴⁸ Todas estas tesis están ya presentes en el primer escrito importante de Plejanov, *El socialismo y la lucha política*, de 1883. En castellano puede encontrarse en la edición de sus Obras escogidas, en dos tomos, publicada por la Editorial Quetzal, Argentina (1966).

⁴⁹ En la década de los 80, el capitalismo ruso pega un fuerte tirón: Los

tro del panorama intelectual de la disidencia rusa hasta la década de los noventa, cuando el cambio es ya más visible y empieza a manifestarse, con sus huelgas, la fuerza social de la clase obrera industrial.

La ruptura con el populismo implica, de otro lado, una modificación en la manera de abordar las cuestiones nacionales. Por de pronto, el grupo «Emancipación del Trabajo» reniega muy tempranamente de los planteamientos federalistas tradicionales en los revolucionarios rusos, sustituyéndolos por su adscripción a la tradición centralizadora y jacobina, a la que Plejanov rinde admiración desde su conversión marxista. La primera profesión de fe antifederalista de Plejanov, en 1882, en el momento en que está sumergido en el estudio del marxismo, («Actualmente estoy decididamente en contra del federalismo. Pienso que el jacobinismo es mejor que esta reacción burguesa»), no puede ocultar la deuda con los textos de Marx o Engels en que estos se despachan contra el federalismo y elogian la centralización jacobina, asumiéndola como un rasgo distintivo de la política proletaria ⁵⁰. En cualquier caso, ha de subrayarse que el antifederalismo será desde entonces

indicadores relativos son significativos, partiendo claro está del nivel tan bajo de la industria rusa durante los años anteriores. Así por ejemplo, se triplica la maquinización del campo, se multiplican por siete los kms. de vía férrea y por cuatro los vapores que recorren las vías fluviales; crece el transporte de mercancías (11 veces más) y de personas (se quintuplica); aumentan en particular las fábricas grandes de más de 1.000 trabajadores (se triplican). Rusia empieza a moverse en el sentido más literal de la palabra... Por otra parte, el comienzo de una explotación capitalista de las tierras negras de Ucrania y de los territorios recién conquistados del Cáucaso y del Asia Central, y especialmente el anuncio de que se van a iniciar las obras del ferrocarril transiberiano —con la expectativa de poder explotar los inmensos recursos siberianos— hacen vivir ese momento con euforia, amén de evidenciar el cambio que se está produciendo.

Para los datos concretos, puede verse la obra de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

⁵⁰ La cita de Plejanov está recogida de A. Nin, «Los movimientos de...», obra citada, pág. 126. Para los textos de Marx o Engels, la recopilación ya mencionada, y especialmente el artículo de Engels *El paneslavismo democrático*.

una posición doctrinal «de principio» en los círculos marxistas rusos y en su expresión organizada más acabada, el Partido Obrero Socialdemócrata ruso.

Junto a ello, se introduce una tendencia a contemplar los problemas nacionales con un enfoque negativo y preventivo, **desde fuera**, en el cual subyace la preocupación de que las luchas y motivaciones nacionales *no perturben* la estrategia revolucionaria socialista.

Esta actitud no se deriva de un planteamiento doctrinal anti-nacional o anacional, esto es, que niegue los problemas nacionales en el imperio. Tal planteamiento nunca llega a formularse en los escritos de Plejanov. Pero guarda relación, en cambio, con algunos problemas que sí se manifiestan de manera clara en dichos escritos.

Está en relación en primer lugar con un desplazamiento de las preocupaciones políticas e ideológicas. En las obras de Plejanov, como *El socialismo y la lucha política*, *Nuestras diferencias*, *Contribución al problema del desarrollo de la concepción marxista de la historia*, etc., las preocupaciones se concentran de manera absorbente en aquellas cuestiones que deben diferenciar a una fuerza socialista, marxista, amén de darle un cimiento materialista, de tal suerte que otros problemas quedan silenciados o relegados.

Tiene que ver, por otra parte, con el ritmo lento y atrasado de los propios movimientos nacionales dentro del imperio ruso. Como se ha visto antes, éstos todavía atraviesan en ese momento, en la década de los 80, la fase más embrionaria de su evolución y apenas se dejan sentir en la sociedad.

Pero no ha de olvidarse, al mismo tiempo, la huella de una interpretación *problemática* ⁵¹ de los cambios que están

⁵¹ Muy diversos comentaristas críticos actuales coinciden en la apreciación de que Plejanov fue de los autores marxistas de aquella época que más acentuaron el determinismo económico en la concepción de la historia; así por ejemplo, desde Josep Fontana a Leszek Kolakowski, Neil Harding, Israel Getzler, Walicki, Andrew Arato, y de manera más matizada, tras analizar el conjunto de su obra, Samuel H. Baron.

aconteciendo en el imperio ruso. Plejanov subraya la inevitabilidad de determinados procesos históricos —como la asimilación por el pueblo ruso de otros más atrasados— y su carácter progresista. Pero no se excede en cambio en una denuncia vigorosa de los contenidos reaccionarios de la política de rusificación, sino que tiende a omitirla; con lo cual su pensamiento queda sensiblemente escorado. Así escribe por ejemplo en su artículo de 1891, con un título polémico e ilustrativo, *Sobre la falta de salidas para el socialismo ucraniano en Rusia*,:

«La abolición de la servidumbre, el servicio militar obligatorio, el desarrollo del tráfico comercial y de la industria, el constante crecimiento del proletariado agrario sin patria, la influencia de la administración, el comercio y las escuelas (hasta donde existen), la influencia de la Iglesia y de las sectas religiosas, la *influencia de la vida urbana y cultural*, son los factores que incluso *lingüísticamente fusionaron de modo definitivo* a la población rural de Ucrania con la esfera de las influencias bajo cuya acción vive Rusia» ⁵².

Si en la última evolución del populismo ruso se advertía ya una cierta tendencia al debilitamiento de la preocupación por las cuestiones nacionales (dejando de lado lo impreciso que lo fuera antes y hasta su intensidad, nunca demasiado fuerte), y también una tendencia a que el movimiento revolucionario fuera más ruso que multinacional, el grupo *Emancipación del Trabajo*, reforzará en definitiva esas mismas tendencias. Muy probablemente, los largos años de estancia en el occidente europeo ⁵³, en contacto con los círculos marxistas (suizos, alemanes, ingleses, franceses), un contacto iniciado cuando era prácticamente inexistente la inquietud por las situaciones de opresión nacional de los pueblos pequeños, favorecieron sin duda la consolidación de dichas tendencias.

Sin embargo es obligado mencionar una peculiaridad del

⁵² Recogido de R. Rosdolsky, obra citada, pág. 121.

⁵³ Plejanov estuvo en el exilio desde 1880 a 1917.

primer marxismo ruso, tal vez heredada del cuerpo doctrinal populista: que nunca llegó a renegar de la existencia de unos problemas nacionales y de la obligación, por consiguiente, de resolverlos. Ello se advierte cuando el POSDR afronta la elaboración de su primer programa político en el congreso de 1903. En esa ocasión, cuando Plejanov presenta el borrador del programa del partido, no se olvida de incluir en él la exigencia de la autodeterminación, según cuenta Lenin, ni de defenderla con una argumentación impecable:

«Ya en 1902, (escribe Lenin), Plejanov, defendiendo en Zariá ‘el derecho a la autodeterminación’ en el proyecto de programa, escribía que esta reivindicación, si bien no es obligatoria para los demócratas burgueses, ‘es obligatoria para los socialdemócratas’. Si nos olvidáramos de ella y si no nos decidiéramos a propugnarla —escribía Plejanov— por temor a herir los prejuicios nacionales de nuestros compatriotas de nacionalidad rusa, se convertiría en nuestros labios en una vergonzosa mentira...el llamamiento...¡Proletarios de todos los países, uníos!»⁵⁴.

⁵⁴ Lenin. Obras Completas. Tomo XXI, pág. 364.

CAPITULO III

El primer Lenin (1887-1911)

La huella populista

Los primeros pasos de la vida política de Lenin siguen la vía abierta por Plejanov, de quien se reconoce discípulo, en ruptura con los planteamientos del socialismo populista. Pese a ello, el mundo de las ideas del joven Lenin está profundamente impregnado de la influencia populista, como no podía ser menos, dado el impacto de aquellas generaciones de revolucionarios, desde los 50 a los 80, en el conjunto de la sociedad rusa.

Su primera juventud se desarrolla en las orillas del curso medio del Volga, en tierras fronterizas con otros pueblos nórusos (tártaros de Kazán, baskires, chuvashi, etc.), que en los años anteriores han sido especialmente cultivadas por los populistas. Originarios de esa zona son, además, algunos de los maestros fundadores del populismo, como Belinski y Cherny-sevski. Por otra parte, la universidad de Kazán, en la que es-

tuvo matriculado por breve tiempo ¹, viene siendo desde los 50 un importante foco de oposición al zarismo. Y toda esa zona en general, desde Kazán hasta la desembocadura del Volga, antaño escenario del múltiples revueltas y en particular de la encabezada por Pugachev, ha sido elegida por ello como un terreno ideal para llevar a cabo la experiencia de la «ida al pueblo» ².

Cuando Lenin acude a la universidad, las organizaciones populistas se encuentran completamente desarticuladas por la represión desatada tras el atentado de 1881 que acabó con la vida del zar Alejandro II. Pero sus ideas permanecen y gozan de la máxima autoridad entre los sectores más radicales de la oposición al zarismo. El propio medio familiar de Lenin ofrece un testimonio directo sobre ello, si bien muestra al mismo tiempo el inicio de una corriente revolucionaria que elige una opción diferente a la populista. Su hermano mayor morirá ejecutado en 1886, implicado en un atentado fallido contra el zar Alejandro III ³, junto con otros jóvenes que como él, estaban inquietos por recomponer la tradición revolucionaria populista. Lenin, en cambio, intentará proseguirla de otra manera, abriendo nuevos caminos.

¹ Se matriculó en la Facultad de Derecho, pero fue expulsado a los pocos meses, sin haber terminado aún el primer curso. El motivo de su expulsión fueron las protestas estudiantiles contra las medidas represivas de Alejandro III —cierre de universidades, limitación del número de estudiantes universitarios, prohibición de las reuniones, etc.

² Se trató de una experiencia tan bien intencionada como fallida. Iniciada en los años 60, pero impulsada especialmente durante la década de los 70, consistió en la marcha al campo de numerosos estudiantes, los cuales dejaban las aulas para vivir *con* los campesinos y *como* ellos a fin de ganar su confianza y poder «predicarles» la necesidad de la revolución. Fracásó, entre otras cosas, debido a que buena parte de estos estudiantes fueron denunciados y entregados a las autoridades por los propios campesinos, quienes no entendían aquel lenguaje. Sobre esta experiencia puede consultarse la obra repetidamente mencionada de Franco Venturi, *El populismo ruso*.

³ Sobre la personalidad y preocupaciones de su hermano Alexander, quien por cierto era un estudioso del marxismo y tradujo a Marx, puede verse el trabajo de Walicki *Socialismo ruso y populismo*, ya mencionado.

Lenin reconoce expresamente en numerosas de sus obras ⁴ y siempre en términos muy elogiosos la deuda del nuevo movimiento marxista revolucionario con las generaciones y organizaciones populistas anteriores. Así lo constata, por ejemplo, en *Qué hacer*, refiriéndose a los orígenes ideológicos del grueso de los militantes de la socialdemocracia marxista rusa:

«Muchos de ellos comenzaron a pensar de un modo revolucionario como partidarios de ‘La Voluntad del Pueblo’ (Narodnaya Voliá). Casi todos rendían en sus mocedades un culto entusiasta a los héroes del terror, y les costó mucho trabajo sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica; hubo que romper con personas que a toda costa querían seguir siendo fieles a Narodnaya Voliá, personas a las que los jóvenes socialdemócratas respetaban mucho...».

Reivindica Lenin la importancia histórica del populismo en la configuración del movimiento revolucionarios ruso. Son los precursores del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), una generación «gloriosa» de militantes «heróicos» cuya herencia es irrenunciable pese a la necesidad de romper con el grueso de sus planteamientos políticos.

Lenin se apoya en la tradición populista para resaltar que la tarea política más inmediata es la conquista de la libertad mediante el derrocamiento revolucionario del zarismo, «un objetivo trazado ya con toda claridad por la vieja *Narodnaya Voliá*». Su modelo de organización es también Narodnaya Voliá, y especialmente la segunda *Zemlia i Voliá* (la de los años setenta): «Hay que crear una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidarios de Zemlia i Voliá», dirá en su obra «Qué hacer». De aquellos militantes recogerá la preocupación obsesiva por organizar un partido serio, com-

⁴ Aparte de numerosas referencias tangenciales, Lenin menciona y valora la herencia populista en obras de su primera época como *A qué herencia renunciamos* (1897); *Protesta de los socialdemócratas de Rusia* (1898) y en el *Qué hacer* (1901), cuyo título toma significativamente de una célebre novela de Chernyevski.

bativo, profesionalizado en su dedicación por completo a la revolución, capaz de desarrollar todos los métodos de la actividad conspirativa; en una palabra, recogerá la necesidad imperiosa de crear una organización revolucionaria de combate, insistiendo en que ese tipo de organización es imprescindible para **toda** tendencia revolucionaria que piensa realmente en una lucha seria. La importancia que Lenin da a este tipo de partido no podría entenderse fuera del contexto, específicamente ruso, del medio siglo anterior repleto de intentos fallidos de derrocar al zarismo y resume en muy buena medida esa experiencia.

El aliento moral que impregna el conjunto de sus convicciones revolucionarias y socialistas tiene una deuda importante, creo, con los precursores populistas, aunque él no lo reconozca expresamente en texto alguno.

Su visión del militante, descrita en *Qué hacer*, al que exige una integridad moral intachable, una entrega durante las 24 horas del día, la obligación de ir al encuentro de todas las clases como tribunos populares para excitar el descontento político y ganarse el aprecio del pueblo, de ser «la chispa que incendia la pradera»... es la misma que acuñaron las organizaciones populistas de décadas anteriores.

Ese aliento moral se advierte asimismo en su actitud ante los fenómenos de opresión nacional. Su concepción del socialismo, incompatible enteramente con la violencia y la opresión nacional, coincide en muy buena medida con las ideas libertarias e igualitarias de la tradición populista. Y otro tanto puede decirse de su repugnancia ante las manifestaciones de chovinismo gran ruso (Trotsky afirmará años después que el «gran ruso Lenin no podía tolerar ninguna chanza o anécdota que pudiera herir la sensibilidad de una nacionalidad oprimida») ⁵; o de su conciencia de vivir en un imperio que «era una cárcel de pueblos»; o de su preocupación por el efecto corruptor que la prepotencia rusa sobre los demás pueblos del imperio producía en el pueblo trabajador (ruso)... En esto últi-

⁵ Trotsky. *Stalin*. José Janés Editor. Barcelona (1948), pág. 229.

mo, como se ve en 1901, cuando protesta contra los desmanes rusificadores que estaba llevando a cabo entonces el general Brobrikov en Finlandia, Lenin seguirá los pasos de un Chernysevski impresionado por la esclavitud que soporta y admite el pueblo ruso:

«Los dos millones y medio de finlandeses no están en condiciones naturalmente, ni siquiera de pensar en una insurrección, pero es a nosotros, a todos los ciudadanos rusos, a quienes debe hacer meditar esta ignominia que cae sobre nosotros. Somos todavía siervos en tal grado que se aprovechan de nosotros para reducir a la esclavitud a otros pueblos. ¡Aguantamos todavía en nuestro país a un gobierno que no sólo aplasta con la ferocidad de un verdugo cualquier anhelo de libertad en Rusia, sino que además utiliza tropas rusas para atentar por la fuerza contra la libertad ajena!»⁶.

Cuanto acaba de exponerse hasta aquí puede interpretarse como meras coincidencias de planteamientos, o bien como una herencia que recibe de sus precursores y él la integra en su ideología. Sea lo que fuera, lo cierto es que Lenin no necesitará hacer un esfuerzo especial para **reconocer** los problemas derivados de la opresión nacional; cosa que le diferencia de tantos marxistas occidentales de su época, para los cuales las cuestiones nacionales evocaban generalmente situaciones de pueblos atrasados, les resultaban extrañas, alejadas de su horizonte de preocupaciones, y, en buena medida, contradictorias con sus ideas sobre la civilización y el progreso.

Hijo, sin embargo, de otro momento histórico que el de sus precursores y receptor, sobre todo, de otras herencias doctrinales —la visión del marxismo que recoge de Plejanov y está siendo elaborada principalmente en la Europa occidental—, Lenin tardará bastante tiempo en desarrollar un punto de vista propio sobre los fenómenos de opresión nacional y sobre su inserción en la estrategia revolucionaria socialista.

⁶ Lenin. O.C., tomo V, pág. 311.

Un tratamiento marginal de las cuestiones nacionales

Hasta 1912, las referencias de Lenin a las cuestiones nacionales son escasas, hasta el punto de que en los 18 tomos de las Obras Completas que cubren este período apenas llegan a una cincuentena las páginas, ¡entre más de 9.000!, en las que se abordan asuntos nacionales de una u otra forma; lo cual es bastante sorprendente, cuando menos, para un período como éste en el que florecen ardorosos debates en el marxismo centro-europeo y los problemas nacionales por primera vez adquieren una relevancia considerable entre las preocupaciones teóricas y políticas del movimiento obrero socialista.

Desde que Karl Kautsky publica en 1887 un artículo sobre la nacionalidad moderna hasta que se agudiza la crisis de los Balcanes en 1912, marxistas como Otto Bauer, Renner, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Berstein... escriben en esos años el grueso de sus reflexiones sobre los fenómenos nacionales, abarcando aspectos tan sustanciales como el origen y la naturaleza de la nacionalidad moderna, la relación entre la lucha de clases y las luchas nacionales, entre nacionalismo e internacionalismo, el ámbito de organización de los partidos socialistas, la posición ante las posesiones coloniales, el programa socialista para resolver los asuntos nacionales, las cuestiones lingüísticas, la territorialidad o extraterritorialidad de la autonomía nacional...

Es preciso tener en cuenta, por otra parte, que esta inquietud nueva del campo marxista por un fenómeno hasta entonces poco relevante entre sus preocupaciones teóricas y políticas viene obligada por la evolución de los propios acontecimientos nacionales: pues detrás de la polémica de Kautsky y Rosa Luxemburgo sobre la cuestión polaca, en vísperas del Congreso de Londres de 1896, estaba la necesidad de apreciar las transformaciones nacionales ocurridas en Polonia en los años de rápida industrialización y liberación campesina de la servidumbre que suceden a la liquidación del movimiento patriótico nobiliario; y que tras la decisión del partido austría-

co de federarse en siete partidos nacionales (1897) o tras las encendidas polémicas sobre el carácter de la autonomía en el congreso de Brno (1899) o tras la decisión de los socialistas checos de constituir un partido separado (1907)... tras todo ello estaba la ebullición de los problemas nacionales dentro de los imperios austríaco y turco, sobreexcitados además por la revolución rusa de 1905 (en tanto que mostraba la perspectiva de que podían derrumbarse en breve hasta los más grandes imperios).

En los escritos de Lenin de este amplio período, que cubre casi 3/4 de su vida militante, un cuarto de siglo, apenas se encuentra un mínimo reflejo de los debates de la época sobre la cuestión nacional. En su primera obra *Quiénes son los amigos del pueblo*, escrita en 1894, aparece casi de pasada una breve crítica a las concepciones que fundamentan la nacionalidad en la continuación y generalización de los antiguos lazos gentilicios, dejando entrever un punto de vista sólido sobre la formación histórica de los vínculos nacionales en la Rusia medieval, pero un tanto general y sin que tenga continuidad ni desarrollo en escritos posteriores.

Hasta 1903, la mención a los problemas de opresión nacional viene normalmente encuadrada dentro de una lista de desmanes producidos por la autocracia, junto con las discriminaciones religiosas, las servidumbres a que todavía está sujeto el campesino, la persecución de la cultura, etc. Lenin reivindica la igualdad de derechos nacionales dentro de un lote que incluye asimismo la libertad de cultos, la igualdad civil y el fin de las secuelas estamentales, el sufragio universal, etc., sin que las cuestiones nacionales lleguen a tener una entidad propia o un tratamiento particularizado; simplemente ocupan un lugar indiferenciado junto a otras manifestaciones de la opresión que sufre el pueblo bajo la autocracia. En esos años Lenin está preocupado por contrarrestar las tendencias economicistas que surgen en el campo marxista ruso o entre los obreros y por ello trata de acentuar los aspectos políticos inmediatos de la revolución rusa. Para Lenin se trata de que el partido (y los obreros) vean como aliados de su lucha a todos

los sectores populares que sufren una u otra forma de opresión, de que apoye todos los movimientos de protesta contra el Régimen, de que tenga una visión amplia, en suma, y busque la manera de fundir todas las energías antizaristas que laten en la sociedad ⁷. Su vigorosa denuncia de la bárbara campaña de rusificación de Finlandia, publicada en Iskra en 1901, en la que manifiesta su sensibilidad por los fenómenos de opresión nacional, es una ilustración concreta de esas preocupaciones.

En 1903, un acontecimiento partidista, la celebración del II Congreso del POSDR, que en realidad fue su congreso constituyente, obliga a revisar minuciosamente todas las cuestiones que el partido ha de recoger en su programa político o ideológico y entre ellas los problemas nacionales del imperio. Las discusiones de unificación con el SDKPIL (Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania, en el que militaba Rosa Luxemburgo) y el debate sobre el status dentro del partido del BUND ⁸, refuerzan por otra parte, la necesidad de atender algunos extremos relacionados más directamente con los problemas nacionales. Por estas razones, éste será el año

⁷ Aunque normalmente incluye la referencia a la opresión nacional en el sentido indicado, hay ocasiones en que no lo explicita, como por ejemplo en *Qué hacer*, al enunciar la lista de los «desmanes de la autocracia»; tampoco lo incluye en el *Proyecto de Programa de nuestro Partido*, que redacta en 1898.

⁸ El BUND, «Unión General obrera judía de Lituania, Polonia y Rusia», se fundó en 1897 e ingresó en el POSDR cuando se celebró su primer congreso (en 1898), con el carácter de «una organización autónoma independiente únicamente en las cuestiones especiales referentes al proletariado judío». Cuando se celebra el congreso de 1903 era un partido, con sus 30.000 militantes, más numeroso que todo el resto del POSDR. Respecto a su ideología y programa puede consultarse la crítica que hace Ber Borojov en *Nuestra plataforma*.

A primeros de los 90, casi simultáneamente, se fundaron los dos partidos polacos, el Partido Socialista Polaco, PPS, que propugnaba la independencia de Polonia, y el Partido Socialdemócrata, SDKP, que la rechazaba. El SDKPIL, se constituyó en 1899, con la unión de los socialdemócratas polacos y lituanos.

más prolífico de Lenin en lo que hace al tratamiento de las cuestiones nacionales, hasta 1913. Aun siendo muy breve lo que escriba entonces y aunque no entre en honduras teóricas, al menos expresa las claves de su pensamiento en esa época.

Sin entrar de momento en las ideas centrales que expone Lenin en 1903, detalladas más adelante, ha de consignarse su preocupación de que los delegados al Congreso pudieran recoger una información minuciosa de cómo se plantean los problemas nacionales dentro del partido, qué actitudes hay donde se dan lenguas y orígenes nacionales diversos, etc.⁹. También de cara al II Congreso anotará en sus borradores la necesidad de una resolución sobre el problema nacional en general, en la cual se explicase además la autodeterminación y otras consideraciones tácticas¹⁰; pero quedó sin hacer. En los escritos de 1903 se percibe la influencia de Kaustky, en quien se apoya para afirmar que los judíos no son una nacionalidad¹¹. Asimismo se advierte la lectura del folleto de Kaustky sobre la cuestión polaca, *Finis Poloniae*, del cual extrae la valoración de que las transformaciones sociales habidas en Polonia han causado el relegamiento a segundo plano de la cuestión nacional. Aunque prudentemente recoge asimismo la observación (de Kaustky) de que el problema nacional podría volver a cobrar mayor relieve si por un cambio de circunstancias a la burguesía le interesara reivindicar la independencia¹². En ambos casos, se limita a tomar de prestado conclusiones de otros, sin hacer un análisis propio de esos asuntos (que sí lo hicieron en cambio Rosa Luxemburgo, Bauer o Kaustky), y sin darles tampoco continuidad en textos posteriores.

Llama poderosamente la atención el silencio de Lenin sobre la repercusión de la revolución de 1905 en los movimientos nacionales centroeuropeos y del imperio ruso, detectada

⁹ Lenin. O.C., VI, 329.

¹⁰ Idem, 499.

¹¹ Idem.

¹² Idem, 488.

sin embargo por Bauer, Kaustky y Rosa; mientras éstos últimos escriben entre 1907 y 1908 sus principales obras sobre la cuestión nacional, Lenin se zambulle en el estudio de la filosofía para rebatir a Bodganov o prepara un plan de conferencias sobre el marxismo en el que no aparece alusión alguna a los problemas nacionales ¹³.

Episódicamente se le ve cierta preocupación por seguir las discusiones de la II Internacional sobre la cuestión colonial y la separación de los socialistas checos (congresos de Stuttgart y Copenhague, en 1907 y 1909 respectivamente), pero se limita a tomar posición en ambos asuntos sin destacar demasiado en los debates (Es una época en la que Lenin pasa bastante desapercibido entre los delegados a los congresos de la II Internacional, si bien discute intensamente todos los temas tratados con la delegación rusa, según afirman sus biógrafos)

A través de la reseña informativa que escribe sobre el congreso de Stuttgart puede advertirse, sin embargo, amén de una posición intransigente contra toda clase de política colonial y contra «el oportunismo socialista que cede a las tentaciones burguesas», cómo Lenin toma nota con gran preocupación de la situación de una parte del movimiento obrero en las naciones «privilegiadas», que disponen de numerosas colonias, pues esa circunstancia, dice, crea «una base material para contaminar el chovinismo colonial al proletariado de esos países» ¹⁴.

En cuanto a la cuestión checa, su postura es más convencional, aquejada tal vez de falta de información sobre la naturaleza de los enfrentamientos entre socialistas checos y alemanes dentro del partido socialdemócrata de Bohemia. En el borrador que prepara para dar una conferencia sobre las cuestiones aprobadas en el congreso de Copenhague, consta en un punto un resumen casi telegráfico de su posición: la postura separatista de los checos, dice, es un ejemplo de política nacionalista frente a la internacionalista y de política burguesa frente a la proletaria. De esta forma, Lenin simplifica de un

¹³ Lenin. O.C., XV, 347-8.

¹⁴ Lenin. O.C., XIII, 69 y ss.

plumazo el problema checo y pasa por alto una cuestión relevante señalada por H.B.Davis, quien no duda en calificar aquel conflicto como un enfrentamiento entre dos nacionalismos, el alemán y el checo, ambos presentes en el socialismo de esa parte del imperio austro-húngaro ¹⁵.

También escribe breves artículos sobre la situación finlandesa, denunciando el nuevo intento de rusificación que se da tras el reflujo de la revolución de 1905, o sobre el ascenso de los movimientos nacionales en países orientales como Persia y China.

Pero, pese a todas estas referencias mencionadas, no se advierten síntomas de una preocupación especial de Lenin sobre los asuntos nacionales hasta el año 1912. Y hasta entonces, se limita a defender el programa aprobado en el congreso de 1903, sin manifestar una atención teórica particular por los fenómenos nacionales e, incluso, sin ni siquiera mostrar una inquietud por fijar doctrinalmente cómo habían de interpretarse los diversos contenidos del programa nacional del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR). En todo este tiempo sólo hay un aspecto de la política nacional que merece una preocupación persistente por su parte: lo relativo al ámbito de organización del partido, y siempre para defender su dimensión estatal y para rechazar de modo terminante al mismo tiempo toda propuesta de darle una estructura federal.

El programa de 1903

El programa de 1903, no contiene, como ya se ha indicado, ninguna declaración general sobre las cuestiones nacionales, a diferencia del programa que pocos años antes aprobó el partido socialista austríaco en Brno (1899), donde sí la hay,

¹⁵ Lenin. O.C., XVI, 273 y ss. Para el juicio de Davis, obra citada, pág. 196. Dice así: «(...) no era un problema de nacionalismo o no nacionalismo, sino de qué nacionalismo adoptarían —si el de los checos o el de los alemanes—».

y se afirma además la dimensión nacional de la clase obrera y, en consecuencia, el interés específico del proletariado por el libre desarrollo de las peculiaridades nacionales de todos los pueblos del imperio austro-húngaro.

El programa nacional de los socialdemócratas rusos se basa en el enunciado de 4 sencillos artículos, encuadrados dentro de la parte política general del llamado programa mínimo, junto a la reivindicación del sufragio universal, de la enseñanza obligatoria, la separación de la Iglesia y el Estado, la convocatoria de una Asamblea legislativa constituyente, etc. Es el siguiente:

3.—Amplio gobierno autónomo local; gobierno autónomo regional para aquellos lugares que se distinguen por condiciones peculiares de medio ambiente y composición de la población.

7.—Abolición de los estamentos e igualdad de derechos para todos los ciudadanos, independientemente de su sexo, religión, raza o nacionalidad.

8.—Derecho de la población a recibir instrucción en su lengua nativa, garantizado mediante la creación, a cargo del Estado y de los organismos de Gobierno autónomo local, de las escuelas necesarias para ello; derecho de todo ciudadano a utilizar en las reuniones su lengua nativa, introducción de la lengua nativa, equiparada a la lengua oficial, en todas las instituciones locales, públicas y del Estado.

9.—Derecho de autodeterminación para todas las naciones miembros del Estado.

De estos cuatro artículos, el 7 y el 9 fueron presentados por la comisión encargada de preparar los textos de la ponencia, en la cual estaban Lenin y Plejanov. Los otros dos, el 3 y el 8, se introdujeron, en cambio, en el transcurso del congreso, por la comisión de programa que puso a punto la redacción final (Esta comisión sustituyó de hecho las discusiones del pleno sobre los contenidos nacionales del programa,

dado que a ella asistieron la mayor parte de los congresistas, según cuenta Lenin) ¹⁶.

Respecto al punto 3, dedicado a la autonomía, hay que reseñar unas manifestaciones de Lenin, durante los meses anteriores al Congreso, de las cuales se deduce que le era un tema poco grato. En efecto, unos meses antes del congreso afirmaba tajantemente, desde las páginas del *Iskra*, que la autonomía nacional no era un deber permanente y programático del proletariado y que sólo podría apoyarse en circunstancias «aisladas y excepcionales» ¹⁷. Por otra parte, las propias actas del congreso testifican su oposición; incluso, al concepto «regional» de la autonomía; según dichas actas, Lenin argumentó que la autonomía regional «es muy poco clara y puede interpretarse en el sentido de que los socialdemócratas exigen la división de todo el Estado en pequeñas regiones» ¹⁸.

En cualquier caso resulta significativo que el congreso no hable de la autonomía «nacional» e incluya en el mismo lote las autonomías local y regional, dando prioridad a la local. De esta forma, el POSDR sigue aparentemente la tradición populista de resaltar el interés de la autonomía local y de concebir la autonomía regional como una mera extensión territorial del principio de la autonomía local; pero sólo en apariencia, porque en el POSDR prevalece ya la concepción centralizadora del Estado que introduce Plejanov y es una de las características del marxismo ruso que mama Lenin. La autonomía del programa ruso sigue el planteamiento esbozado por Kaustky de que el Estado habría de ser centralizado en todo lo que atañe a la legislación (para garantizar unas bases progresistas que trascendiesen a toda la población), pero descentralizado al mismo tiempo en lo administrativo, por tratarse

¹⁶ Como no se levantaron actas de la discusión, éstas nos han llegado a través de los recuerdos de sus protagonistas. Lenin, por ejemplo, lo hace en el apartado noveno de su obra *Sobre el derecho de los pueblos a la autodeterminación*, escrita once años después de que tuvieran lugar los acontecimientos a que se refiere.

¹⁷ Lenin. O.C., VI, 354.

¹⁸ Idem, 535.

de un Estado democrático y antiburocrático ¹⁹. Un comentario de Stalin por esas fechas sobre este artículo 3, en el que subraya el carácter administrativo de la autonomía «a la que se ha depurado de toda vaguedad nacionalista» ²⁰, avala esta interpretación.

El punto 7, la exigencia de la igualdad civil de todos los ciudadanos, resultaba obligado en un estado donde grupos humanos como los judíos y todos los pueblos «alógenos» sufrían numerosísimas discriminaciones legales y sociales. Y donde, más en general, permanecían abundantes residuos de la sociedad estamental y patriarcal aun dentro del propio pueblo ruso ²¹.

El punto 8, sobre los derechos lingüísticos, tiene un tratamiento algo más concreto y preciso (que la autonomía), aunque se advierte una laguna significativa, pues admite la existencia de una lengua oficial, el ruso, así como su obligatoriedad, sin que haya constancia de que ese asunto hubiera sido discutido siquiera (en el congreso de Brno, en cambio, el papel del alemán, «como lengua de mediación» en todo el territorio imperial, fue cuestionado apasionadamente, aunque al final se adoptó una posición de compromiso: en el punto 5 se rechazaba la pretensión de un idioma estatal y se dejaba al parlamento que decidiese sobre la conveniencia de un idioma de mediación, pero sin citar expresamente como tal el alemán) ²². Las actas del congreso atestiguan la participación de

¹⁹ Este tipo de ideas estaban muy extendidas en la socialdemocracia alemana y pueden encontrarse en los escritos de Bernstein o Rosa Luxemburgo, aparte de en Kautsky.

²⁰ Stalin. *Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional*. Emiliano Escolar Editor. Madrid 1977, tomo tercero de las Obras Escogidas de Stalin, pág. 20.

²¹ El caso más llamativo era el de los judíos, quienes aún soportaban en esa época según Trotsky, más de 600 leyes discriminatorias. Para la jerarquización estamental de la sociedad rusa ver lo que escribe E.H. Carr a ese respecto en el tomo primero, pág. 159, de su magna obra sobre la Revolución soviética.

²² *Debate sobre el problema de las nacionalidades*, en el Congreso de Brno (1899), dentro del n° 73 de Pasado y Presente. Obra citada, págs. 183 a 217.

Lenin en la elaboración de este artículo que mejoraba significativamente el programa nacional del POSDR ²³, a pesar de la limitación señalada.

En lo que respecta a la autodeterminación, hay que reseñar una discusión, antes de la celebración del congreso, entre Lenin y Plejanov; fue una discusión de poco eco, casi privada, relativa a si la autodeterminación había de plantearse de forma clara, como pensaba Lenin, para todas las naciones que formaran parte del Estado y para exigir su reconocimiento por el nuevo régimen democrático. Ya en el propio congreso tuvo lugar otra discusión con la delegación de la socialdemocracia polaca y lituana, el SDKPIL. Los polacos exigían retirar del programa el punto de la autodeterminación, considerando que esa fórmula resultaba más favorable a las tesis de sus competidores (el PPS) e insistiendo en su oposición a que el programa político contuviera «vaguedades nacionalistas» ²⁴. Según cuenta Lenin, toda la comisión se manifestó en contra de la tesis de los polacos, incluídos los bundistas, por lo que ni siquiera se atrevieron a defender su propuesta ante el pleno; en su lugar, dejaron una nota comunicando al congreso su retirada del mismo, su oposición a que hubiera un punto sobre la autodeterminación y la propuesta de sustituirlo por otro artículo diferente: «Instituciones que garanticen la completa libertad de desarrollo cultural a todas las naciones que integran el Estado» ²⁵. El mantenimiento por el congreso del artículo 9 fue la causa formal de la ruptura de las conversaciones de unidad entre el POSDR y la organización polaca en que militaba Rosa Luxemburgo.

²³ Lenin O.C., VI, 537. Propuso agregar este nuevo punto: «El derecho de la población a recibir instrucción en su idioma vernáculo, el derecho de todo ciudadano a hablar su lengua materna en las reuniones y en las instituciones estatales y sociales».

²⁴ Por la posibilidad que ello implicaba de que se modificaran los Estados existentes y pudieran constituirse nuevos Estados nacionales. Recuérdese la distinción de Rosa Luxemburgo entre nacionalidad, nacionalismo y política de clase, expuesta en el primer capítulo.

²⁵ Lenin O.C., VI, nota 31, págs. 611 y 612.

Pese a la redacción precisa y contundente del artículo 9, no queda claro el contenido de la autodeterminación, su alcance, la forma de ejercitarla, su sujeto, etc., debido a la ausencia de un desarrollo doctrinal que hubiera interpretado todas esas cuestiones; lo que no se hará hasta 1913 (y otro tanto sucede con la noción de la autonomía o con la política lingüística, conceptos bastante novedosos por otra parte para la época).

Los escritos de Lenin de 1903 previos al congreso reflejan cierta confusión en cuanto al alcance de la autodeterminación; unas veces afirma un alcance general, universal, incondicional... y en otras ocasiones, aun dentro del mismo folleto, establece un uso más restrictivo y condicional, supeditándola a los intereses de la lucha de clases. Aumenta la confusión el hecho de que Lenin utilice a veces el mismo concepto, la autodeterminación, no en su acepción nacional, sino para definir la perspectiva socialista de emancipación de los trabajadores. Stalin, en su folleto de 1904, acentúa el carácter restrictivo («sólo si se daban determinadas circunstancias») en la aplicación de la autodeterminación.

El programa del POSDR tiene un carácter fundamentalmente propagandístico, limitándose a proclamar la posición del partido sobre las medidas que deberá adoptar en su día, tras el derrocamiento del zarismo, un Gobierno democrático y revolucionario. No está pensado para hacer un camino de reformas nacionales bajo el zarismo, a diferencia del de Brno, que sí se planteaba una perspectiva de reformas expresamente como un objetivo político para atenuar los problemas nacionales y dejar libre camino a la lucha de clases. Tampoco considera los problemas nacionales como un terreno importante de acumulación de fuerzas, al igual que se hace con la lucha sindical obrera o las luchas agrarias; mientras que las reivindicaciones obreras y campesinas que recogen el programa mínimo, amén de más desarrolladas y más concretas, están plenamente vinculadas a los motivos de lucha de los movimientos obrero y campesino entonces existentes, los temas nacionales quedan a otro nivel, con un tratamiento general que

revela una desconexión del movimiento real (por menguado que fuera) y de la dimensión más concreta que adquiere en cada pueblo.

En comparación con otros de la época, el programa del POSDR tiene una peculiaridad sin embargo: es el único programa de un partido marxista que reivindica la autodeterminación política de las naciones; dicho de otra forma, es el único que adopta un punto de vista expresamente distanciado del mantenimiento de la integridad territorial del Estado. En todo lo demás, sigue las pautas habituales en el campo marxista centro-europeo; aunque es obligado señalar que las elaboraciones de autores, como Rosa Luxemburgo o Bauer, que respaldan otros programas, en particular sobre los contenidos lingüístico-culturales, tienen más vigor, más precisión, y resultan superiores en esta época. El hecho de que se dé esa peculiaridad, sin embargo, y que coincida además con la defensa de la autodeterminación por parte también de los social-revolucionarios rusos, ambas cosas resaltadas por Rosa Luxemburgo en su escrito sobre la autonomía, puede ser una pista de que en Lenin y en el POSDR se yuxtaponen dos influencias diferentes en lo que hace a los problemas nacionales: la marxista y la que hereda de la tradición revolucionaria populista. En cualquier caso, sea cual fuere la explicación de ello, viene a ser un anticipo de la posición nacional propia que Lenin desarrollará en las décadas siguientes.

Conviene decir, finalmente, que los debates sobre estos cuatro artículos del programa fueron de tono menor. El único asunto nacional verdaderamente discutido con pasión fue la doble propuesta del BUND: a) que se reconociera su carácter de «único representante del proletariado judío», y b) que el POSDR adoptara una estructura orgánica federativa, de manera que en esa federación de partidos socialdemócratas de las nacionalidades el BUND pudiera mantener una independencia para abordar los problemas específicos del proletariado judío. Esta propuesta se discutió durante ocho sesiones consecutivas como primer punto del congreso y fue rechazada; el congreso aprobó el punto de vista de Lenin (y Ple-

janov) de hacer un partido unido y centralizado para todo el territorio de la Rusia Imperial. Así lo argumentó Lenin en su «Intervención sobre el lugar que debe ocupar el BUND en el POSDR»:

«La federación es nociva porque legitima la segregación y el aislamiento, los eleva a la categoría de principio, los convierte en ley. Es verdad que existe entre nosotros un aislamiento total, pero lo que hace falta no es legitimarlo, cubrirlo con hojas de parra, sino luchar contra él, reconocer y declarar con decisión la necesidad de marchar firmemente y sin flaquear hacia la más estrecha unidad. Por eso rechazamos por principio (...) la federación, por eso rechazamos cualquier barrera obligatoria que sirva para dividirnos» ²⁶.

El congreso también rechazó la propuesta del BUND de añadir un nuevo punto al programa, bien en la variante de enunciar «el derecho de las naciones a la libertad de su desarrollo cultural», bien en otra versión de contenido similar exigiendo la «creación de instituciones que garanticen a las naciones la completa libertad de su desarrollo cultural», sin que conste la argumentación que sostuvo la mayoría en contra de ambas redacciones. En cualquier caso, esta sentencia del congreso servirá doctrinalmente, una década más tarde, para condenar los intentos de introducir en el programa del partido la política austríaca de la autonomía nacional cultural.

La política nacional: una tarea «negativa»

La preocupación central del Lenin de estos años gira en torno a tres cuestiones íntimamente relacionadas entre sí:

- a).—qué tipo de revolución corresponde a la sociedad rusa de su tiempo;
- b).—en qué fuerzas reales se ha de sustentar dicha re-

²⁶ Idem, pág. 527.

volución y, dentro de ello, cuál debe ser su fuerza motriz;

c).—qué papel han de desempeñar los socialistas en la organización de la revolución y qué estructura organizativa han de adoptar en consecuencia.

Su pensamiento respecto a las cuestiones nacionales en el imperio no es mas que una pieza que se deriva de ese cuadro de preocupaciones centrales y encaja coherentemente en él.

La revolución, no como aspiración lejana, sino como una tarea inmediata que él mismo habría de ver cumplida, fue su obsesión permanente a lo largo de toda su vida y desde que quedara prendido en su juventud de un clima ambiental (antizarista) que legitimaba las actitudes revolucionarias y le daba un aire de normalidad. Dentro de este ambiente generalizado, Lenin destacará siempre, no obstante, por poner mayor pasión que nadie de su tiempo en la entrega a la causa revolucionaria, como señala Cole, y así lo reconocen indiscutiblemente hasta sus propios opositores políticos ²⁷.

Lenin está convencido de que en Rusia han madurado de sobra las condiciones para que se produzca un cambio político, dando fin al régimen autocrático, pues lo más representativo de la sociedad: el campesinado, que constituye la inmensa mayoría de la población, y las nuevas clases emergentes con el desarrollo capitalista, la burguesía y el proletariado, lo necesitan objetivamente y de una u otra forma lo están exigiendo ya. Lenin es consciente asimismo de que la situación rusa, con un desarrollo capitalista más débil, un proletariado fabril muy minoritario, un campesinado todavía embrutecido

²⁷ G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, Fondo de cultura Económica. México (1974), tomo IV, pág. 382. Del reconocimiento por sus opositores, de la pasión revolucionaria de Lenin, puede ser representativa la siguiente semblanza hecha por el líder menchevique Dan en 1910: «No hay un sólo hombre en el mundo como él que se ocupe de la revolución durante las veinticuatro horas del día, que no tenga más pensamientos que los relativos a la revolución, que, hasta cuando duerme, no vea mas que la revolución en sus sueños», Citado por G. Walter en la biografía *Lenin*, Ediciones Grijalbo. Barcelona 1973. pág. 188.

bajo la losa inmovilista de la tradición... hace impensable que pueda darse de inmediato una transformación socialista. Es consciente, por tanto, de las limitaciones que la realidad impone a un planteamiento revolucionario socialista y comunista. En las condiciones de Rusia la revolución en primer término no puede pasar de un carácter democrático burgués.

Como la mayor parte de los revolucionarios rusos de su tiempo, incluidos en este caso los herederos de la tradición populista, los social-revolucionarios, defiende la idea de que la revolución rusa ha de tener un doble carácter: ha de ser, primero, una revolución política y democrática que dé paso, posteriormente, a una revolución socialista. Si bien prácticamente todos están de acuerdo en esta formulación general, reina una diversidad de opiniones en los asuntos más problemáticos de ese planteamiento, esto es, en cómo se concibe la relación entre la una y la otra y en la definición del papel de las fuerzas sociales en cada una de ellas ²⁸.

Siguiendo a Plejanov, de quien ha recibido el marxismo, Lenin defiende prácticamente desde sus inicios como revolucionario una idea más precisa acerca del doble carácter de la revolución rusa. Por un lado ha de ser una revolución democrática radical, que no se quede en medias tintas, que no se limite a sacar las castañas del fuego a la burguesía y a instaurar una democracia donde puedan reciclarse tranquilamente (y mantener su poder) los sustentadores del absolutismo zarista. Por otra parte, el que sucedan así las cosas, o dicho de otra forma, el que se dé un derrocamiento radical del zarismo, es la clave para abrir una nueva fase y facilitar la lucha de la clase obrera por una revolución comunista.

Básicamente, se trata de la misma posición que viene defendiendo Plejanov desde la década de los ochenta, pero Lenin introduce por su parte unos acentos propios. Tales son, en primer lugar, la insistencia en la *radicalidad* de la primera revolución, cuestión que es inseparable de su observación

²⁸ G.D.H. Cole. Obra citada, tomo IV, pág. 384 y ss. Y también el artículo mencionado de Walicki, *Socialismo ruso y populismo*.

acerca de la incapacidad de la burguesía rusa para llevar adelante una revolución democrática que no se quede a medias. Segundo, su planteamiento, frente a Plejanov y otros marxistas, de que el campesinado habría de ser la fuerza principal, la más numerosa, de la revolución democrática. De acuerdo con ello, una de las claves más importantes de la estrategia revolucionaria estribaba, por tanto, en la realización de la alianza obrero-campesina.

Esta concepción, que introduce por cierto en el esquema habitual del pensamiento político marxista occidental de la época una novedad: la alianza entre la clase obrera y el campesinado, ya está presente en los escritos de Lenin de los años 90. En vísperas de la revolución de 1905, es el tema central de su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Y adquiere una mayor precisión en los años siguientes tras haberla contrastado con la experiencia revolucionaria habida en 1905 y 1906. Así, la formula en el prólogo a la segunda edición de su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, escrito en 1907:

«Sobre la base económica dada, la revolución rusa tiene dos caminos fundamentales, objetivamente posibles, de desarrollo y desenlace.

O bien la antigua economía terrateniente, ligada por millares de lazos al derecho de servidumbre, se conserva, transformándose poco a poco en una economía puramente capitalista, de tipo ‘junker’. Y en ese caso (...) toda la estructura agraria del país, al convertirse en capitalista, conserva aún por mucho tiempo los rasgos de la servidumbre. O bien la revolución rompe la antigua economía terrateniente, destruyendo todas las supervivencias de la servidumbre, y ante todo, la gran propiedad terrateniente (...) En otras palabras, o bien se conservan la masa principal de la propiedad de los terratenientes y los principales pilares de la vieja ‘superestructura’; y de ahí el papel preponderante del burgués liberalmonárquico y del terrateniente (...) O bien son destruídos la propiedad de los terratenientes y todos los pilares principales de la vieja ‘superestructura’ correspondiente; y de ahí el papel predominante del proletariado y de la masa de campesinos, con la neutrali-

zación de la burguesía vacilante o contrarrevolucionaria; el desarrollo más rápido y libre de las fuerzas productivas, sobre la base capitalista, con la mejor situación posible —en la medida en que es posible en general dentro de la producción mercantil— de las masas obreras y campesinas. Y de ahí las condiciones más favorables para la posterior realización, por la clase obrera, de su verdadera misión fundamental, la de la transformación socialista». (O.C., III, 21).

Esta idea de la revolución supone una ruptura con las concepciones, hasta entonces dominantes en la tradición revolucionaria rusa, de las diversas organizaciones populistas (o herederos de esa tradición, como los social-revolucionarios) que, desde Bakunin, habían propugnado un socialismo campesino y querían obviar los males del capitalismo a la sociedad rusa. Pero, al mismo tiempo, convulsiona los esquemas marxistas habituales, dado que estos estaban concebidos para otro tipo de sociedades más avanzadas en su desarrollo económico y social.

Lenin dedica los primeros años de su vida militante a demostrar que el capitalismo ya había penetrado en todos los rincones del imperio y ya estaba transformando profundamente la vieja sociedad rusa, si bien sus ritmos de avance eran más lentos que los del occidente europeo debido al freno que le imponía la permanencia del régimen burocrático y autocrático zarista. Culmina esta investigación en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, en la cual presenta un estudio prolijo, minuciosamente cuantificado y valorado, de todos los nuevos fenómenos sociales que estaban aconteciendo: las transformaciones del campo (su mecanización, el incremento de la diferenciación social entre el campesinado, la formación de una gruesa capa de obreros asalariados agrícolas, el aumento de la especialización de la producción, etc.), el trasvase del campo a la ciudad, el aumento de la población urbana, el desarrollo de la gran industria mecanizada y de las comunicaciones...

Del estudio de Lenin se deduce que toda la sociedad rusa

vive ya esencialmente bajo la economía mercantil capitalista. Y en segundo lugar, que el desarrollo capitalista ya está generando una fuerza social, *la clase obrera fabril*, que puede constituirse, pese a ser aún muy minoritaria, en la fuerza motriz revolucionaria de toda la población trabajadora y explotada del imperio. En un país mayoritariamente agrícola, pues según el censo de 1897 unos 90 millones de personas vivían en el campo y del campo, la cuestión agraria jugaría forzosamente un papel clave en la revolución. Los campesinos habrían de ser la fuerza social revolucionaria más numerosa como era obvio; pero el mujik ya no representaba para Lenin «al hombre del futuro». Ese papel, en la sociedad rusa presente, correspondía enteramente ya al obrero, en quien ve Lenin —recogiendo la idea acuñada por Marx— al representante único y natural de toda la inmensa población de oprimidos y explotados.

Constituir al proletariado industrial como una fuerza revolucionaria, por consiguiente, será la tarea central que se propone Lenin. Y la razón de ser, asimismo, de su obsesión por construir una organización, un partido socialista obrero, que se dedique a ello por entero. La misión del partido será conocer las leyes sociales para interpretar los caminos de la revolución y poder garantizar la estabilidad de la orientación que haya trazado.

Durante casi dos décadas, numerosos escritos testifican la intensidad con que defendió Lenin estas ideas frente a populistas, marxistas «legales», economicistas, mencheviques, trudeviques... Y es en ese contexto de polémicas donde hay que situar los breves artículos de 1903 en los cuales explicitó más su pensamiento sobre las cuestiones nacionales. Son los momentos constituyentes de la clase obrera como fuerza revolucionaria y del partido obrero revolucionario... y Lenin defiende celosamente sus concepciones, resaltando el blanco y el negro mediante la contraposición de sus argumentos y los que trata de combatir, recalcando unilateralmente los acentos prioritarios, etc., como suele ser frecuente en este tipo de situaciones.

Lenin subraya en primer lugar que la dimensión esencial de la clase obrera reside en su explotación por la burguesía; que lo sustantivo del obrero es su condición de explotado. La dimensión nacional, su pertenencia a uno u otro pueblo, es para Lenin, en consecuencia, algo circunstancial, accesorio, y no define lo realmente importante de la condición obrera. Polemizando con los socialistas polacos lo plantea de una forma que no deja resquicio:

«El PPS considera que la cuestión nacional se reduce a la siguiente contraposición: ‘nosotros’ (los polacos) y ‘ellos’ (los rusos, alemanes, etc.); los socialdemócratas en cambio destacan en primer plano esta otra contraposición: ‘nosotros’ —los proletarios— y ‘ellos’ —la burguesía—» ²⁹.

De esta concepción sobre lo que es sustancial en la condición obrera se derivan, directamente, las *dos tareas* fundamentales, *positivas*, de la clase obrera y del partido obrero revolucionario. Si ha de constituirse en una clase revolucionaria, debe poner el acento en la contraposición social, es decir, **en su diferenciación como tal clase frente a la burguesía**. Y esa será su tarea positiva prioritaria:

«La socialdemocracia como partido del proletariado se plantea como tarea positiva y fundamental cooperar a la autodeterminación del proletariado de cada nacionalidad y no a la de pueblos y naciones» ³⁰.

Lo prioritario para los socialistas es dedicarse a desarrollar y organizar el movimiento obrero, de manera que pueda pasar de la lucha espontánea y dispersa contra el patrón ca-

²⁹ Lenin O.C., VI, 490. Bauer, en cambio, afirma que el error del PPS y de la socialdemocracia polaca es expresar de modo unilateral sólo una parte de la naturaleza de las clases trabajadoras; unos sólo su naturaleza nacional, los otros sólo su naturaleza de clase, pero disociando los dos ambos aspectos. En «*La cuestión de las nacionalidades...*», obra citada, pág. 446.

³⁰ Lenin. O.C., VI, 482.

pitalista... a la lucha organizada como clase contra el régimen burgués. Ese es su terreno propio. Y la clave, además, para poder afrontar con sus propios objetivos, con sus propios intereses, las complejidades de la lucha política democrática, de las alianzas con otras clases sociales, etc., dado el carácter *interclasista* de la lucha por la democracia. Para Lenin es preciso afrontar la lucha democrática con una política que preserve la independencia de clase del proletariado, pues sólo en la medida en que la clase obrera se diferencia como una fuerza social con su propia perspectiva, sólo en esa medida podrá enfocar con éxito su participación en la lucha democrática. Desde esa perspectiva, los aliados democráticos son completamente necesarios frente al absolutismo, pero tienen un carácter temporal.

La segunda idea que se deriva del planteamiento de Lenin es la exigencia de la **unidad** de los obreros de todo el imperio ruso. Lenin formula esta otra tarea «positiva» en términos absolutos e incondicionales, sin admitir ambigüedad alguna en su realización. O se construye la unidad obrera o quedará disuelta y desarticulada la única fuerza social capaz de derrocar al zarismo de una manera revolucionaria:

«El objetivo del proletariado es agrupar lo más *estrechamente* posible a las amplias masas obreras de todas y de cada una de las nacionalidades, fundirlas para que luchen en la *palestra más amplia posible* por la república democrática y por el socialismo. Y como la palestra estatal que tenemos ante nosotros en los momentos actuales ha sido creada y se mantiene y ensancha por medio de una serie de indignantes actos de violencia, lo que debemos hacer para poder luchar con éxito contra todas las formas de la explotación y la opresión, no es dispersar, sino, por el contrario, unir a las fuerzas de la clase obrera, la más oprimida y la más capaz de luchar»³¹.

Las razones de Lenin en favor de la unidad son netamente políticas y prácticas, sin fijaciones chovinistas o estatistas

³¹ Idem, 353.

o doctrinarias. Se trata de un planteamiento inseparablemente vinculado a su convicción de la viabilidad de una revolución *inmediata* cuya fuerza motriz ha de ser la clase obrera a condición de que actúe como un ejército único. Descansa por tanto, estrictamente, en un razonamiento sobre la eficacia revolucionaria. Y se apoya además en la propia realidad que percibe. El proceso de industrialización del imperio, amén de generar un rápido crecimiento cuantitativo de la clase obrera industrial, está creando un proletariado con unas características peculiares, cuyo retrato —entresacado en buena medida de las páginas de su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*— puede ser el siguiente:

— se trata de un proletariado fabril con una elevada *movilidad* física, sin ataduras, que va de aquí para allá en busca de trabajo o de mejor sueldo; un «proletariado andariego» como gusta en decir Lenin

— está *concentrado* a su vez en los focos industriales que han ido creándose en todo el imperio, desde los países bálticos o los Urales hasta las riberas del Mar Negro y del Mar Caspio. Además, el capitalismo ruso ha concentrado a los obreros en fábricas grandes. Si ya en 1901 el 46% del proletariado industrial trabajaba en fábricas de más de 500 empleados, con un índice de concentración superior a la media de los países europeos occidentales, en 1910 ese porcentaje sube al 64% y sólo trabaja en fábricas de menos de cien empleados el 19% ³²

— por su composición *plurinacional*, está muy mezclado en cada centro industrial, tiene unos problemas comunes desde que ingresa en la fábrica y se ubica en las nuevas barriadas, el medio general favorece su rusificación... y todo ello tiende a producir una integración pese a la diversidad de origen y de cultura.

— recién emigrado del campo, es un proletariado *joven*, presto a romper los lazos con las bases tradicionales de la

³² Lenin. O.C., XVIII, 331.

sociedad agraria patriarcal y estamental vigentes en la aldea campesina

— desde la oleada de huelgas del 85 y 86 manifiesta una notable receptividad para la lucha sindical y a la penetración de la cultura socialista, de manera que pronto se va diferenciando como la fuerza social más *dinámica* de la sociedad rusa. Y, por ello mismo, en el sector de la población más representado. Desde 1901 a 1908, de cada 100 acusados de delitos contra el Estado, 47 serán obreros ³³

— puede añadirse, por último, un rasgo que Lenin no registra expresamente aunque está implícito en sus consideraciones. A pesar de llevar consigo la lengua y la cultura de su lugar de procedencia, es una clase obrera *sin definir nacionalmente*, pues —excepto en Polonia y Finlandia— no se ha visto sacudida por los fenómenos de movilización nacionalitarios (debido a la fuerte rusificación de las clases dominantes y al escaso o nulo desarrollo de los movimientos nacionales en sus respectivos países de origen, como se verá más adelante).

En un imperio tan inmenso, con distancias geográficas de miles de kilómetros y con tal diversidad de lenguas y culturas nacionales, Lenin percibe que el propio desarrollo capitalista es quien está propiciando el surgimiento de una fuerza social capaz de actuar al unísono. La viabilidad de la revolución dependía enteramente, por consiguiente, de que esa tendencia a la unificación de la clase obrera que estaba produciendo el movimiento real del desarrollo capitalista no se torciera por mor de una orientación política equivocada. Por ello enfatizará de manera tan insistente la tarea fundamental, positiva, de forjar la unidad del proletariado:

«La maldita historia de la autocracia zarista nos ha dejado como herencia el enorme *distanciamiento* entre los obreros de diferentes nacionalidades, oprimidos por esta autocracia. Este distanciamiento constituye un mal grandísimo, un enorme obstáculo en la lucha contra la autocracia, y no debemos tra-

³³ Lenin. O.C., XX, 80.

tar de justificar este mal, de santificar esta anomalía con ningún tipo de 'principios' acerca de la singularidad o el carácter 'federativo' de los partidos. Lo más simple y lo más fácil, por supuesto, es seguir la línea de menor resistencia, meterse cada cual en su rincón, de acuerdo con la regla de 'eso no me incumbe a mí', como trata de hacer ahora el Bund. Cuanto más clara conciencia tengamos de la necesidad de unirnos, cuanto mayor sea nuestra convicción de la imposibilidad de lanzarnos a la ofensiva general contra la autocracia sin estar completamente unidos, cuanto más fuertemente se imponga la obligación de contar con una organización centralizada de lucha, en las condiciones políticas en que nos encontramos, menos inclinados nos sentiremos a conformarnos con una solución 'simple' pero puramente aparente, y en esencia profundamente falsa, del problema»³⁴.

La discusión de 1903 con los socialdemócratas armenios permite comprender qué lugar ocupan las tareas nacionales dentro de su concepción. Lenin considera que no es propio del proletariado ahondar las diferencias nacionales que ya existen de por sí, que no le corresponde la labor de generar conciencia nacional, ni ha de insistir por tanto en aquellas reivindicaciones políticas que consolidan las diferencias nacionales. Ese no es su terreno:

«No compete al proletariado predicar el federalismo y la autonomía nacional: no es de su incumbencia formular semejantes reivindicaciones, que se traducen inevitablemente en la exigencia de crear un Estado autónomo de clase». (O.C., VI,331)

El proletariado, los socialistas, deben limitarse a *un deber negativo*, a estar siempre e incondicionalmente en contra de todo intento de violencia e injusticia nacional; de modo que en cuanto se traspasa el umbral de esa tarea negativa, se abandona la política socialista obrera, se desvía de su propio camino, se adopta un planteamiento (nacionalista) ajeno a su

³⁴ Lenin. O.C., VI, 490.

perspectiva e intereses. Cerrando el círculo de argumentación, insistirá a los armenios en la prioridad del horizonte socialista:

«...a la vez que cumplimos siempre y en todas partes con este deber negativo (se refiere al deber de luchar y protestar contra la violencia nacional) nos preocupamos por la autodeterminación, no de los pueblos y las naciones, sino del proletariado, dentro de cada nacionalidad».

Según esta concepción, el partido (y la clase obrera) sólo tiene una obligación en cuanto a su política nacional (en el sentido estricto —de hacer naciones de una u otra forma— que tiene para Lenin esa palabra entonces): exigir al gobierno que surja tras el derrocamiento del zarismo el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de todas las naciones que en ese momento sean miembros del Estado. Y ahí se acaba la política nacional del POSDR. Todas las demás medidas, la autonomía regional, las lingüísticas... no se entendían propiamente como «nacionales», sino simplemente como exigencias de una organización democrática del Estado. Lo expone mejor quizás por esas fechas Stalin, cuando traza una distinción tajante entre la autodeterminación y los otros tres artículos del programa de 1903, calificando a estos últimos como medidas del «centralismo político»³⁵.

Tanto en Lenin como en sus compañeros del POSDR predominaba entonces la opinión de que las diferencias nacionales tendían a borrarse con el desarrollo capitalista y de que no les correspondía poner obstáculos a esa tendencia general (vista, además de inevitable, como progresista y positiva); e incluso algunos entendían que debía formularse expresamente la obligación de favorecer esa tendencia (como Stalin, cuando estimulaba a «enarbolar con audacia la bandera de la destrucción de las barreras nacionales»). De ahí que el programa de 1903 no contuviese una posición general en favor de la

³⁵ Stalin. «*Cómo entiende...*», obra citada. Lenin se expresa en el mismo sentido que Stalin, diez años más tarde, en 1913, en una de sus cartas al dirigente bolchevique armenio Shaumian.

«conservación y desarrollo de las peculiaridades nacionales de los pueblos», como el programa de Brno de la socialdemocracia austríaca. Es más, una posición como la austríaca, tendía a verse en los medios marxistas rusos de aquel entonces como un ir más lejos de lo debido. Aunque referido a una polémica posterior, vale en este sentido la perplejidad de Trostky ante la posición austríaca:

«Uno de los objetivos del programa austríaco de 'autonomía cultural' era la 'preservación y desarrollo de las idiosincrasias nacionales de los pueblos'. ¿Por qué y para qué?, se preguntaba el bolchevismo asombrado. Segregar las diversas porciones nacionalistas de la humanidad nunca fue misión nuestra. Es cierto que el bolchevismo insistía en que cada nación debe tener derecho a separarse (derecho, que no deber) como garantía última y más eficaz contra la opresión. Pero la idea de conservar artificialmente los modos de ser nacionales era profundamente extraña al bolchevismo» ³⁶.

Los planteamientos sobre el partido, sobre si hacer un sólo partido para todo el territorio del imperio o construir diversas organizaciones nacionales con ciertas formas de unidad entre sí, siguen un razonamiento similar. Para Lenin se trata de hacer un partido de la clase obrera y para hacer la revolución. Todo lo demás, su concepción sobre la necesidad de un partido unido y centralizado, su oposición a cualquier tipo de fórmulas federativas, vienen por añadidura. Pero éste es un problema eminentemente práctico, además, pues antes de la formación del POSDR se habían constituido ya varios partidos socialistas nacionales ³⁷, dadas las condiciones de dispersión y clandestinidad en que fue germinando la corriente marxista en el inmenso territorio del imperio.

Lenin se opondrá de manera intransigente e inflexible a

³⁶ Trostky. *Stalin*. Obra mencionada, pág. 235.

³⁷ Aparte de los casos judío y polaco, ya mencionados, se constituyen así mismo en Armenia y Finlandia sendos partidos socialistas antes de formarse el POSDR.

las propuestas de hacer un partido federado acorde con la plurinacionalidad del imperio. Según su lógica, ese dato de la realidad, la plurinacionalidad, lleva precisamente a la conclusión contraria. Parte de la constatación de que bastante trabajosa es ya la realidad, dadas las diferencias nacionales y culturales de la clase obrera, como para alentarlas y consolidarlas; rechaza el federalismo del partido, en suma, porque no está de acuerdo en añadir más barreras de las que ya existen de por sí. Por otro lado, su intransigencia antifederativa quedará reafirmada al analizar la experiencia de esos años y comprobar que las fórmulas federativas funcionan en la práctica desastrosamente, que no sirven para atender las tareas que requiere la lucha obrera y la lucha política en general, que dividen a los obreros de una misma localidad y hasta dentro de una misma fábrica al organizarlos por separado (recuérdese la aglomeración de obreros de diferentes nacionalidades en los centros industriales), multiplican los centros de decisión, entorpecen las iniciativas, dispersan las fuerzas ³⁸...

La existencia de diversos partidos nacionales prácticamente durante todo el proceso revolucionario, hasta 1917, será una cruz para Lenin. No abandonará nunca el objetivo de integrarlos en el POSDR y se preocupará insistentemente por establecer fórmulas de colaboración lo más estrechas posibles, propugnando principalmente que todos los partidos socialistas debían formar al menos un comité conjunto en cada localidad ³⁹, aunque está convencido de que el movimiento real opera en favor de sus posiciones y acabará por confirmar la exigencia indispensable de la centralización para el éxito de la lucha proletaria contra la autocracia y la burguesía.

Pese a esta concepción centralizadora, Lenin mantuvo siempre una clara conciencia sobre la necesidad de una amplia autonomía para ajustar la acción socialista a las particularidades nacionales, culturales y lingüísticas. Lo plantea expresamente con motivo de las discusiones con el BUND en

³⁸ Lenin. O.C., XVIII, 490.

³⁹ Lenin. O.C., X, 161.

1903, cuando expone cómo concibe la integración y el funcionamiento de la sección judía del partido:

«—que la total fusión de las organizaciones socialdemócratas del proletariado judío y no judío no puede restringir en modo alguno, ni lo más mínimo, la independencia de nuestros camaradas judíos para desarrollar su propaganda y su agitación en uno u otro idioma, para editar la literatura que corresponda a las exigencias del movimiento local o nacional dado, así como para formular las consignas de agitación y de lucha política directa que entrañen la aplicación y el desarrollo de las tesis generales y fundamentales del programa socialdemócrata sobre la plena igualdad de derechos y la total libertad de idioma, cultura nacional, etc.» ⁴⁰.

La defensa de la autonomía dentro del partido va unida a la intención de tender puentes con los demás partidos nacionales socialdemócratas y darles garantías de su cabida en el POSDR. Viene derivada de una reflexión eminentemente pragmática de buscar la mayor eficacia de la acción revolucionaria. Así es como la formula en general, más allá del caso judío, en vísperas del congreso de Estocolmo, en 1906:

«El partido debe asegurar en la práctica la satisfacción de todos los intereses y necesidades del proletariado socialdemócrata de cada nacionalidad, teniendo en cuenta también sus peculiaridades culturales y de vida; los medios para asegurarlo pueden ser: organizar conferencias especiales de socialdemócratas de la nacionalidad correspondiente, crear una representación de la minoría nacional en los organismos locales, regionales y centrales del partido, constituir grupos especiales dedicados a la literatura, las ediciones, la agitación, etc.» ⁴¹.

⁴⁰ Lenin. O.C., VI, 505.

⁴¹ Lenin. O.C., X, 161.

La valoración de los movimientos y las luchas nacionales

A tenor de lo expuesto hasta aquí puede concluirse que Lenin, si bien reconoce los problemas nacionales del imperio y considera obligada su resolución democrática, les concede una escasa relevancia dentro de la estrategia revolucionaria en esta primera época de su vida. Es más, en algún caso llega a afirmar que el desarrollo del capitalismo está relegando a segundo plano los problemas nacionales, cada vez más desplazados por los antagonismos de clase ⁴².

Queda la duda, pese a ello, de si lo que Lenin formula, no es tanto una constatación de la realidad, sino el deseo de que el movimiento real vaya en esa dirección, esto es, el deseo de que las luchas nacionales no «estorben» el desarrollo de la lucha de clases. Su insistencia en el enfoque *negativo* de la cuestión nacional y la ausencia de análisis sobre los problemas y movimientos nacionales de esta época así parecen confirmarlo. Pero, en cualquier caso, resulta muy sorprendente que Lenin no mencione el ascenso de los movimientos nacionales que se produce en la revolución de 1905.

Algún autor actual ⁴³, ha afirmado que los movimientos y partidos nacionales tuvieron más importancia que las fuerzas revolucionarias en el desencadenamiento inicial de la crisis de 1905, afirmación que parece un poco exagerada. Pero, más allá de las comparaciones, lo cierto es que se produce en esa coyuntura un despertar de movimientos nacionales en todos los países occidentales del imperio, desde Finlandia a Georgia o Armenia, y también entre los pueblos musulmanes del Este, que es registrado como un acontecimiento político nuevo y trascendente.

Fue en Finlandia donde las revueltas de 1905 alcanzaron un carácter nacional más inequívoco. En efecto, en dicho país se produjo una huelga general en octubre de 1905, simultá-

⁴² Lenin, O.C., VI, 487 y XIX, 263. Aunque en ambos casos se refiere al caso polaco, su reflexión tiene en buena medida un alcance más general.

⁴³ Scheibert, P., obra citada, pág. 238.

nea por tanto al movimiento revolucionario ruso, que consiguió imponer la derogación de todos los recortes a su constitución autónoma que el poder zarista había llevado a cabo en los años anteriores. El carácter auténticamente nacional de ese movimiento queda reflejado en su propio alcance, lo sostuvo todo el país, y en la unanimidad de propósitos de todas las fuerzas políticas y sociales en reivindicar el restablecimiento íntegro de la constitución finesa. Pero las cosas no quedaron ahí, pues el frente nacional finés que se había formado entonces decidió emprender la elaboración de una nueva y más avanzada Constitución, que incluía la consagración del sufragio universal para hombres y mujeres y la representación proporcional en el Parlamento. La consumación de estos propósitos en las elecciones de marzo de 1907, ganadas por los socialistas y con 19 mujeres elegidas entre los 200 diputados, hizo de Finlandia, no ya sólo una excepción particularísima dentro del imperio ruso, sino de todo el occidente europeo. Era sin duda en ese momento el régimen más avanzado de la época, y ello mismo contribuía a acentuar su cohesión nacional frente al imperio ruso ⁴⁴.

En los demás pueblos de la periferia occidental, los movimientos nacionales no llegaron tan lejos. Debido a su carácter incipiente aún, apenas pudieron ir más allá de su propia presentación, pública y política, en la sociedad; pero ello significó un salto notable respecto a sus manifestaciones anteriores.

Impulsados por las burguesías locales, estos movimientos nacionales tuvieron entonces un comportamiento político *moderado*, limitándose a propugnar, por lo general, una cierta autonomía para sus países respectivos, la creación de una Asamblea nacional propia (además de la Asamblea legislativa que representara a todo el territorio imperial) y algunas reivindicaciones culturales lingüísticas.

Ha de señalarse por otra parte, el alcance *reducido* de las

⁴⁴ Rovira i Virgili. Obra citada, pág. 24 y ss. También puede consultarse G.H.D. Cole. Obra citada, tomo IV, pág. 171 y ss.

manifestaciones de apoyo popular que recibiera expresamente ese movimiento reivindicativo nacional, sin que pueda equipararse ni remotamente a la envergadura alcanzada en esos años por algunos otros movimientos centroeuropeos, como el checo por ejemplo. En todos estos países de la periferia occidental, los movimientos nacionales tuvieron entonces una influencia más indirecta y la protesta popular se manifestó generalmente a través de unas luchas obreras o campesinas ⁴⁵ que no ponían en primer plano las reivindicaciones nacionalitarias.

Fueron unos movimientos *de corta duración*, por último. Surgieron con el aliento liberal de la revolución y desaparecieron prácticamente tras su derrota, dos años después, cuando se instauró la reacción y se desató la represión del Gobierno de Stolypin. A diferencia de la rebelión nacional finlandesa, sostenida contra la marea rusificadora hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial por la inmensa mayoría de la población, los movimientos nacionales de esta zona del imperio no se dejaron sentir durante los años de reflujo y no volverían a resurgir con cierta fuerza hasta 1912. De cualquier forma, quedó como fruto dudoso de aquella sacudida la presencia en el parlamento de entonces de algunos partidos nacionales burgueses que colaboraron con el gobierno de Stolypin ⁴⁶.

En los países orientales, el elemento autóctono apenas par-

⁴⁵ Un caso mixto es el polaco donde también se dieron entonces claras manifestaciones de resistencia nacional por parte del pueblo. Rovira cita a ese respecto, por ejemplo, la fundación de la asociación escolar *Mazierz Szkolna* (la madre de las escuelas), sostenida popularmente, que llegó a reunir 80.000 alumnos en sus propias aulas en poco más de un año, entre 1905 y 1906.

⁴⁶ El grado de colaboración más acusado se dio en el grupo de diputados polacos, en su mayoría miembros del Partido Democrático nacional que casi monopolizaba la representación parlamentaria de polacos, lituanos y ucranianos. En la III Duma, la de Stolypin, había 18 diputados polacos, 11 por Polonia y 7 por las provincias lituanas y ucranianas; mientras que en la I y en la II, su número había sido de 54 y 46 respectivamente. Datos recogidos de Rovira i Virgili, obra citada.

ticipó en la revolución de 1905, la cual se restringió de hecho a la población rusa allí instalada. A pesar de ello, se registran en ese momento los primeros ensayos de organización política de los pueblos musulmanes.

El acontecimiento más relevante en ese sentido fue la realización del Primer Congreso Musulmán en agosto de 1905, celebrado aún clandestinamente, con asistencia de más de 100 delegados de diversos pueblos musulmanes: tártaros del Volga y de Crimea, azerbaijanos y otros pueblos caucásicos, kazakos, etc. Ese congreso fue el primer embrión de organización política musulmana, organización que se fue afianzando durante los meses siguientes mediante la celebración de un segundo y un tercer congreso, en enero y agosto de 1906 respectivamente ⁴⁷.

Convocado por iniciativa de los tártaros del Volga, el pueblo más desarrollado de todos ellos entonces, el Congreso Musulmán se mantuvo bajo su hegemonía numérica y política en todo momento, siendo ésta una de sus características distintivas. Otro rasgo peculiar fue su carácter elitista; la mayor parte de los delegados pertenecían a las clases dominantes musulmanas, a la alta y media burguesía, a la aristocracia terrateniente y al clero islámico. Pero como integraba al mismo tiempo a las corrientes socialistas autóctonas, tenía un significado indiscutible de un frente nacional musulmán. Por otro lado, venía a reflejar el sistema de partidos rusos a través de los delegados militantes o simpatizantes de los kadetes, trudoviques, social-revolucionarios, socialdemócratas, pero en muy buena medida de un modo superficial aún. Las opiniones políticas no estaban todavía demasiado asentadas en ellos y eran en el fondo bastante volubles, salvo en lo que atañe a la única lucha de líneas realmente experimentada en su caso, en tanto que reformadores o gadids, frente a la tendencia qa-

⁴⁷ Para todo lo referente a los pueblos musulmanes me he basado en las dos obras de A. Bennigsen y Ch. Quelquejay, «*La presse...*», ya citada, y *Les mouvements nationaux chez les musulmans de Russie*. Mouton & Co. París 1960.

dimista o conservadora. Todos ellos sin excepción representaban el dinamismo reformador musulmán descrito en el capítulo segundo.

El fruto principal de estos congresos fue la constitución de un partido político unitario de todos los musulmanes del imperio *Russija Musulmanlarynyñ Ittifaky*, también llamado *Ittifak al-Muslimin*, con sus estatutos, programa, táctica electoral, un sistema de organización adecuado a la gran diversidad de las zonas musulmanas, etc. El contenido reformista moderado de su programa revelaba la gran afinidad de sus dirigentes principales con la corriente reformista-liberal de los kadetes rusos ⁴⁸, siendo sus reivindicaciones más destacadas: la igualdad de derechos entre los rusos y los musulmanes, la organización de una enseñanza nacional, la independencia de la administración religiosa y una cierta reforma agraria. En las elecciones de 1906 a la primera Duma, el *Ittifak* obtuvo 25 diputados, aumentando su representación hasta 35 en las de la II Duma; en la cual formaron una fracción musulmana aliada a los kadetes.

Pese a su menor relevancia, hay que consignar también el comienzo de la diferenciación de unas corrientes musulmanas más de izquierda, fenómeno en el cual convergen, por un lado, la afinidad con otras corrientes rusas más a la izquierda en el terreno político y social, social-revolucionarios y bolcheviques, y, por otro, la mayor radicalización nacional. Es el caso de la corriente de los *jóvenes tártaros* de Crimea, o de los diversos embriones de agrupamientos entre los tártaros del Volga que cuajan en la escisión del *Ittifak*, consiguiendo arrastrar a seis de sus diputados en la II Duma, y en la formación de un partido de los trabajadores musulmanes que pretende superar la dinámica inter-clasista del *Ittifak*. En este tiempo la influencia bolchevique es muy escasa ⁴⁹, pese a esforzarse

⁴⁸ Sobre los kadetes rusos, ver el capítulo siguiente.

⁴⁹ Bennigsen menciona el hecho de que la organización socialdemócrata de Kazán, sólo contaba con 10 tártaros en 1905, esto es el 4% de sus miembros.

en penetrar en los medios musulmanes, y sólo se da de modo más apreciable en Azerbaiján, donde se constituye en 1904 (siete años antes, por cierto, de la formación del primer partido nacional burgués, el Mussavat) el Partido Social-Demócrata Musulmán, *Hümmett*, vinculado a los bolcheviques, que tiene una activa participación en la revolución de 1905 (En el *Hümmett* se forjarán los principales dirigentes de la República socialista soviética del Azerbaiján constituida en 1920).

En otro orden de cosas, ha de señalarse que esta eclosión nacional ya había tenido en cierta medida unos precedentes dentro del campo socialista, mediante la formación de unos cuantos partidos nacionales. Bastante desarrollados en algunos casos, como el PPS polaco y el BUND judío, ambos con nutrida militancia y notable influencia social, más incipientes otros (ucranianos, lituanos, georgianos, bielorrusos, armenios, letones), los planteamientos de estos partidos nacionales no pasan del federalismo (a tono con la situación de moderación antes descrita), lo que se combina en ocasiones con una concepción muy exclusivista de su actividad política. Este era el caso, por ejemplo, del PPS, que llega al extremo de no apoyar las insurrecciones que se producen en Polonia en 1905 al tiempo que abandona la opción independentista y la cambia por la reivindicación de una federación polaco-rusa⁵⁰; y también es el caso del BUND, cuyo programa se limita, en 1905, a exigir la derogación de todas las discriminaciones civiles antijudías y la autonomía nacional-cultural para todas las minorías nacionales, incluida la judía⁵¹.

El auge del federalismo es quizás el exponente más claro en ese momento de la mayor incidencia de las cuestiones nacionales entre las diversas corrientes socialistas; pero tuvo tres excepciones notables: los bolcheviques, los seguidores de Rosa Luxemburgo y los de Plejanov, todos ellos manifiestamente opuestos entonces a esa tendencia.

En 1905 tuvo lugar una conferencia de organizaciones so-

⁵⁰ Rosa Luxemburgo. «*La cuestión nacional...*», obra citada, pág. 82.

⁵¹ Ber Borójev. *Nuestra plataforma*. Obra citada, pág. 108.

cialistas en el exilio, promovida por Gapon ⁵², en la cual se aprobó una resolución exigiendo la aplicación del principio federalista a las relaciones de las minorías nacionales con el Estado. Y en 1907 se celebró otra conferencia, auspiciada en esta ocasión por los social-revolucionarios, con participación de siete organizaciones del interior, la cual concluyó con más discrepancias que acuerdos, según cuenta Rosa Luxemburgo, poniendo de relieve la división existente entre los representantes caucásicos (georgianos y armenios), así como entre la delegación judía y todos los demás ⁵³.

De otro lado, en esos años, según testimonia Ber Borojov, cobran un auge notable entre los judíos las propuestas de Renner para el imperio austríaco (basadas en el principio de personalidad y primando el carácter extraterritorial y cultural de la autonomía), siendo muy encendidas las polémicas entre los partidarios de esa concepción y los que defienden el principio de territorialidad de la autonomía nacional ⁵⁴. Se produce asimismo una literatura política socialista sobre cómo resolver el problema de la plurinacionalidad del imperio, de la que es una muestra la propia obra de Rosa Luxemburgo, *La cuestión nacional y la autonomía*, publicada en 1908. La traducción al ruso de la obra de Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, ya para 1909, confirma el interés con que se siguen las elaboraciones más avanzadas sobre los fenómenos nacionales, aparte de reforzar la influencia en el imperio ruso de las propuestas austro-marxistas (tal y como constataba Ber Borojov).

El Lenin de estos años apenas menciona los acontecimientos registrados hasta aquí. O lo hace de pasada, sin entrar a fondo. Se limita a destacar la importancia de la revuelta obrera y campesina entre los letones en 1905, para apuntar some-

⁵² G. Walter. *Lenin*. Obra citada, pág. 141.

⁵³ Rosa Luxemburgo. «*La cuestión nacional...*», obra citada, pág. 97 y ss. Lenin se referirá a esta conferencia, años más tarde, en 1913 y 1914. O.C., XX, págs. 322, 455 y 478.

⁵⁴ Ber Borojov. *Nuestra plataforma*. Obra citada, pág. 150.

ramente en ese caso que las contradicciones de clase, se daban allí en un grado más agudizado por la opresión nacional. Sigue de cerca asimismo los acontecimientos de Finlandia, destacando ahora la idea de que las ventajas de su situación solo se explican como fruto de la revolución rusa de 1905 ⁵⁵. Y nada más, salvo el silencio. Un silencio roto de vez en cuando, para condenar las propuestas de darle una estructura orgaizativa federal al partido.

Para este Lenin, por el contrario, la revolución de 1905 confirma sus posiciones políticas fundamentales, no sólo en Rusia, sino también en Finlandia, Ucrania, Letonia,... en el conjunto del imperio. Aquellos estallidos revolucionarios corroboran en su opinión, efectivamente, la estrategia trazada años antes y en la que no desempeñan más que un papel subalterno los problemas nacionales. Para Lenin, como había previsto, el protagonismo revolucionario está en la clase obrera y en el campesinado. Y si poco antes de producirse la gran oleada de huelgas de octubre, había preconizado la idea de la alianza revolucionaria de obreros y campesinos, en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, la reiterará de manera más insistente todavía conforme comprueba que los acontecimientos revolucionarios la están confirmando a su juicio ⁵⁶.

El por qué del silencio de Lenin sobre los fenómenos nacionales que entonces se manifiestan en el imperio no está, creo, en que en esta época haga abstracción de los problemas nacionales, una crítica que Ber Borojov hace extensiva a toda

⁵⁵ Lenin. O.C., XVI, 256 y ss., para el caso letón y pág. 170 y ss., para el finlandés.

⁵⁶ Sobre la revolución de 1905 hay una abundantísima bibliografía. Aparte de los escritos de Lenin, Trotsky o Rosa Luxemburgo, relativos a ese acontecimiento, son bastante accesibles, entre otros, los comentarios de G.D.H. Cole, obra citada, tomo III, págs. 410-447, los de E.H. Carr en el tomo I de su obra sobre la Revolución Bolchevique (Alianza Universidad), o la contribución de Vittorio Strada, «La polémica entre bolcheviques y mencheviques sobre la revolución de 1905» en el tomo III de la *Historia del Marxismo* publicada por Editorial Bruguera.

la política del POSDR ⁵⁷; pues, a pesar de la brevedad de sus referencias escritas, reconoce en todo momento la existencia de los problemas de opresión nacional, «esa maldita herencia del zarismo», y nunca ocultó su convicción sobre la necesaria resolución democrática de esas situaciones. Tampoco puede atribuirse a que cometiera los excesos doctrinarios en materia nacional propios de otros autores marxistas coetáneos. Lenin se mueve muy prudentemente en este terreno y nunca llega a aventurar los juicios taxativos de Rosa Luxemburgo, por ejemplo, sobre la extinción de las nacionalidades lituana o ucraniana, ni explicita una visión de la historia que ensalce la expansión imperial por Ucrania en tiempos de Pedro I el Grande como hace Plejanov ⁵⁸.

La explicación más plausible de su silencio está en la propia debilidad y retraso de los movimientos nacionales en el imperio ruso y, en último término, en el análisis que hace de la revolución de 1905.

La evolución de los acontecimientos no le ofrece motivos suficientes para replantearse el esquema general revolucionario que ha trazado o para enriquecerlo con nuevas reflexiones que integren en dicho esquema un papel más relevante de los fenómenos nacionales. Siendo éstos tan débiles aún en Rusia, limitados como están los movimientos nacionales a pequeños núcleos de las burguesías locales y de la intelectualidad, viendo tan escasamente «nacionalizado» al campesinado, observando que el grueso del proletariado urbano es ruso o está muy rusificado, valorando el federalismo como un entretenimiento de intelectuales que carecen del menor sentido práctico... lo más plausible es pensar que predomina entonces el Lenin pragmático y revolucionario, que ve la eficacia real de su planteamiento y no quiere dar ventaja alguna a posiciones de dudoso resultado.

⁵⁷ «La socialdemocracia rusa determinaba las tareas de su lucha económica y política, abstrayéndose por completo del problema nacional». Ber Borjov, *Nuestra Plataforma*, obra citada, pág. 127.

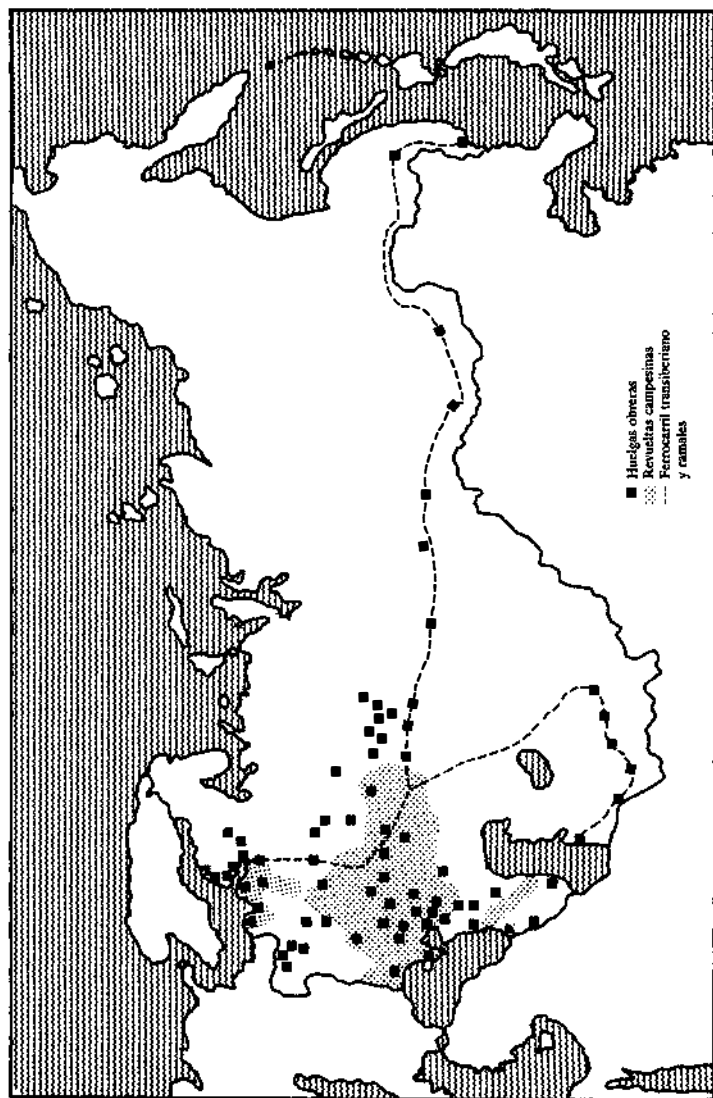
⁵⁸ R. Rosdolsky. «*El problema...*», obra citada, págs. 121, 126 (nota 18) y 168 (nota 22).

Si entre 1905 y 1907 se ha dado en Rusia un gran movimiento huelguístico, con la participación de millones de obreros y campesinos. Si se ha demostrado que la revolución obrera y campesina antizarista es posible. Si el partido bolchevique ha ido ganando iniciativa al calor de ese movimiento y ha crecido espectacularmente ⁵⁹... Si todo es así, ¿para qué cambiar de planteamiento? Tal es como piensa Lenin y lo que explica su silencio en mi opinión.

Con todo, es preciso tener en cuenta asimismo su condición de miembro de la nacionalidad dominante. No tanto para justificarlo, ni para extrapolar su importancia, sino como un dato más a considerar; tampoco era campesino, por ejemplo, y sin embargo la cuestión agraria fue uno de los asuntos dominantes de su preocupación teórica y política. Pero sí puede decirse que en esa época otros socialistas de pueblos avasallados manifiestan una insatisfacción mayor por el insuficiente tratamiento de los problemas nacionales ⁶⁰.

⁵⁹ Siguiendo la contabilidad aportada por Trotsky, la corriente bolchevique crece notablemente en esos años. Si en el congreso de Estocolmo de 1906 todavía eran minoría, guardando una relación de 42 a 62 respecto a los mencheviques, en el congreso de Londres celebrado un año después pasarán a ser la mayoría tras haber duplicado su número total, con una relación de 90 a 85 a su favor. *Stalin*, obra citada, págs. 117 y 139.

⁶⁰ Esa insatisfacción la refleja claramente el judío Medem, líder bundista, cuando escribe en 1906: «en el terreno de la cuestión nacional, la socialdemocracia ha producido mucho menos que en las demás cuestiones políticas importantes. Mientras en la elaboración de los sabios, de los políticos y de los periodistas burgueses el problema nacional daba lugar a un considerable número de escritos que desarrollaban, profundizaban y propagaban el punto de vista burgués, con una aplicación constante, la prensa socialdemócrata, por su parte, se ocupó y se sigue ocupando de ella en un grado incomparablemente menor, y no cuenta más que con un número restringido de escritos que traten de desentrañarla de forma básica y seria; además esos pocos escritos están lejos de haber agotado esa cuestión difícil y complicada. Muy a menudo, no sólo quedan sin elaborar, desde un punto de vista puramente socialdemócrata, los detalles de la política concreta, sino que lo mismo ocurre con algunos conceptos generales, con las premisas que constituyen el fundamento del planteamiento de la cuestión...» Recogido de G. Haupt. «*Los marxistas...*», obra citada, pág. 35.



15. Principales focos de la revolución de 1905.

A modo de conclusión, creo que es obligado referirse a estas reflexiones si se quiere situar debidamente el por qué, no ya sólo de su silencio acerca de las manifestaciones nacionales en la coyuntura de 1905, sino incluso de la propia concepción nacional de que hace gala en esta primera época de su vida, esto es, los matices de recelo hacia los movimientos y luchas nacionales que se perciben en Lenin, así como los apuntes bastante esquemáticos sobre la condición social obrera y el carácter accesorio, accidental, de los fenómenos nacionales, como si fueran meramente asuntos que la burguesía manipula para velar la lucha de clases, distorsionarla, desviar a los obreros y campesinos del camino revolucionario. En cualquier caso, y aparte de la deuda que tales cosas tienen con el esquematismo y las dinámicas de diferenciación que suelen conllevar tan frecuentemente los momentos iniciales constituyentes de una línea política, es obligado insistir en que las opiniones del Lenin de este período no se fundamentan en un estudio serio de los problemas nacionales concretos existentes en el imperio. Los fenómenos nacionales todavía no han reclamado su atención.

El error de Lenin, si es que puede llamarse así, es que no ha reflexionado *aún* sobre las razones de ser de los movimientos nacionales y carece por tanto de la capacidad de escudriñar su posible desarrollo. Lenin se atiene a lo que ve, sin percibir que los movimientos nacionales del imperio ruso están atravesando un momento de incubación y sin analizar en concreto las diversas circunstancias externas que favorecen y favorecerán su maduración. Su sorpresa será notable cuando constate en la siguiente coyuntura, entre 1912 y 1914, que la potencialidad de los movimientos nacionales y la importancia política de los problemas nacionales del imperio son mayores de lo que pensaba.

CAPITULO IV

Entre la rigidez doctrinal y el dinamismo ideologico - político (1912-1914)

La coyuntura interior rusa de 1912 a 1914. O tempestad o reforma

En verano de 1912, Lenin traslada su cuartel general desde París a la aldea de Poronin, en la parte de Cracovia bajo administración austríaca. Desde allí, al lado de la frontera con el imperio ruso y con mayores facilidades por tanto para establecer un buen sistema de comunicaciones con el interior, tratará de seguir al día los acontecimientos y podrá dirigir de cerca la actividad del partido bolchevique. Después de los durísimos años de reflujo que han sucedido a la derrota de la revolución de 1905, años de dispersión, repletos de disensiones en todas las corrientes de oposición, incluída la bolchevique, Lenin presiente que se está produciendo un cambio muy importante en la situación política y vuelve a confiar en la viabilidad inmediata de la revolución, con tal de que el partido sepa orientarse en la nueva coyuntura.

Dos tareas inmediatas reclaman su atención: la colabora-

ción con el periódico legal de la organización bolchevique de San Petersburgo, el Pravda, y la preparación cuidadosa de las elecciones a la IV Duma; pero como telón de fondo de ambas está la reanimación del movimiento obrero.

En efecto, si ya en 1910 y 1911 se había registrado una leve recuperación del movimiento obrero, con 50.000 y 100.000 huelguistas respectivamente —volviendo a los índices anteriores al estallido de 1905—, el primer semestre de 1912 ofrece un aumento espectacular del número de huelguistas: sólo las dos huelgas políticas de la primavera, la primera de protesta por la matanza de obreros en Lena ¹ y la segunda con ocasión del Primero de mayo, superan ya el número de huelguistas por motivos económicos o políticos del tercer y último año de la revolución (1907) y aun el de las huelgas políticas de 1906. Posteriormente estas cifras irán en aumento hasta el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, alcanzando cotas similares a las de 1905, en una sucesión constante de huelgas políticas y económicas. Lenin constata con satisfacción que el movimiento obrero ruso está «a la cabeza de todos los países del mundo, aun de los más desarrollados», y percibe que Rusia ha entrado ya, otra vez, en la fase de crecimiento de una nueva revolución ².

El periódico Pravda es una pieza importante en la orientación radical del movimiento obrero. Aparece en abril de 1912, en medio de la oleada huelguística que suscitó la matanza de Lena, y seguirá editándose hasta julio de 1914, días antes de entrar Rusia en la Primera Guerra Mundial, pese a la constante persecución a que le sometieron las autoridades za-

¹ Después de un mes de huelga motivada por diversas reivindicaciones económicas y de soportar numerosas represalias patronales y policiales, el 17 de abril la policía abrió fuego contra una manifestación pacífica de los obreros de las minas de oro de Lena (en Siberia), causando 270 muertos y unos 250 heridos. La noticia de esta matanza desencadenó huelgas de protesta en los centros industriales rusos que se prolongaron hasta el primero de mayo.

² Lenin. O.C., XIX, 36. Rosa Luxemburgo hace una valoración similar en su folleto *La crisis de la socialdemocracia*, de 1916, firmado con el seudónimo Junius. Y otro tanto G.D.H. Cole. Obra citada, tomo V, pág. 68.

ristas ³. Su temprana aparición, varios meses antes que los periódicos legales de otras corrientes socialistas, el alcance de su tirada (en 1914 tirará un promedio diario de unos 40.000 ejemplares, llegando a ediciones de 60.000), eran un claro síntoma de la ventaja que estaban adquiriendo los bolcheviques sobre las corrientes competidoras (mencheviques, bundistas y socialrevolucionarios), gracias a su mayor vinculación de base con el movimiento obrero, y reforzaba a su vez esa tendencia. Pravda contribuía decisivamente a organizar mejor a los propios bolcheviques y a orientarlos en el quehacer cotidiano, amplificaba la difusión de sus ideas, facilitaba la identificación con su línea a miles de obreros...

El aumento de la influencia bolchevique pudo cuantificarse en las elecciones a la IV Duma, celebrada en septiembre de 1912, en las cuales obtuvieron el 67% de los votos totales de la curia obrera y sacaron seis diputados, frente al 50% conseguido en 1907 ⁴. Desde entonces, y hasta la guerra, todos los indicadores —seguidos puntualmente y al detalle por Lenin— fueron confirmando el ascenso bolchevique en los medios obreros. La tirada del Pravda duplica la suma total de la prensa editada por mencheviques, bundistas y eseristas y eso que el Pravda no es sino la punta más visible del ingente esfuerzo agitativo y propangandístico, legal e ilegal, que llevan a cabo los bolcheviques en todo el imperio. Cuando se hacen públicos los balances de las ayudas económicas recibidas por la prensa legal, en mayo de 1914, se constata que los 4/5 de las colectas realizadas van para los periódicos bolcheviques y que el grueso de estas aportaciones, el 83%, proceden de obreros, mientras que la prensa menchevique y bundista sólo resulta financiada en un 44% por la clase obrera y está sostenida principalmente, en palabras de Lenin, «por el dinero

³ Un resumen de las vicisitudes de este periódico y otros rasgos de interés en la nota editorial 12, del tomo XVIII, págs. 523-525, de las Obras Completas de Lenin.

⁴ En esa época regía un sistema electoral complejo que, aparte de discriminar la representación territorial, reflejaba la jerarquización estamental de la sociedad rusa.

que le proporcionan amigos ricos de la burguesía». Aun así el dinero recaudado por la corriente bolchevique duplica el obtenido por sus competidores. El estallido de la guerra impedirá la realización de un ambicioso proyecto de Lenin consistente en triplicar por lo menos, según dice, la tirada diaria de Pravda, además de sacar otra edición diferente por la tarde que resultara más barata y de más amplia difusión (de 200.000 a 300.000 ejemplares), editar un suplemento sindical del Pravda y otros suplementos para algunas nacionalidades, donde se refleja el interés de Lenin por la difusión de las ideas y actitudes revolucionarias en esos momentos.

Junto al ascenso del movimiento obrero, la coyuntura entre el 12 y el 14 presenta otra cara: la lenta transformación del régimen autocrático en una monarquía burguesa. Aunque este proceso tropieza frecuentemente con la inercia del aparato burocrático zarista, tendente a mantener la autocracia de siempre, crecen las corrientes de la gran burguesía y de los terratenientes que tratan de prevenir un nuevo estallido como el de 1905. Ya incluso en los negros años de la reacción posteriores a la derrota revolucionaria, el Gobierno de Stolypin (1907-1911) combina la más dura represión con una política encaminada a favorecer una cierta transformación (burguesa) de la autocracia. Tal política se cifraba fundamentalmente en dos medidas: la reforma electoral del 3 de junio de 1907 —un auténtico golpe de estado para privilegiar la representación de las clases propietarias y sobre todo de los terratenientes— y una reforma agraria ⁵. Pero si bien la reforma agraria fracasó en tanto que no logró desactivar el problema campesino, el sistema político del 3 de junio pudo conseguir unos resultados apreciables. Durante la III Duma (1907-1911), se consolida la organización política de las clases dominantes, los terratenientes y la burguesía, aunque no consiguieran superar su atomización en más de media docena de partidos diferentes. Y sobre todo se consolidan las tendencias más modernas. Por parte de la derecha gubernamental se asienta su corriente

⁵ Sheibert. Obra citada, págs. 246-248.

más moderada, los octubristas, que serán la fuerza hegemónica desde 1907 a 1914 en el Gobierno y en el Parlamento. Los octubristas recogían, según Lenin, la alianza de un sector de los terratenientes (el más vinculado a una explotación capitalista de la tierra) con la gran burguesía industrial y comercial. Fueron los principales impulsores de la transición suave y desde arriba hacia la transformación del régimen en una monarquía burguesa; «constitucionalistas» a su manera, pretendían reformar los rasgos más toscos de la autocracia, a diferencia de otros partidos gubernamentales más inmovilistas, comprendiendo que era muy problemático mantener el imperio con la política del «garrote» solamente.

Por parte de la oposición liberal burguesa, se consolida el partido de los kadetes, un partido de gran predicamento en la sociedad culta rusa y ante la opinión pública en general. Debido a la reforma electoral había pasado de ser la fuerza mayoritaria en las dos primeras Dumas a tener sólo una cincuenta de diputados en 1907, pero mantenía un cierto radicalismo (verbal) y la imagen de ser el partido de la oposición democrática y constitucionalista frente a la autocracia. En opinión de Lenin, los kadetes estaban siendo absorbidos, en el fondo, por la política «reformista» de los octubristas, aunque en las formas se presentaban como sus competidores. En frase gráfica los definirá, de acuerdo con la política que han sostenido realmente durante toda la III Duma, como la oposición «responsable» (y consentida) *del régimen* del 3 de junio y no como oposición *a ese régimen* ⁶. En la campaña electoral a la IV Duma los kadetes abandonan las viejas consignas de 1905 (la república, la asamblea constituyente...) y las sustituyen por vagas alusiones pro-constitucionalistas, sin determinar en concreto qué tipo de Constitución exigen, terreno donde podían encontrarse con los octubristas (y de hecho así sucedió, pues apoyaron la candidatura «constitucionalista» de

⁶ Lenin. O.C., XVIII, 97. La denominación «kadetes» proviene de las iniciales rusas de dicho partido, cuyo nombre completo era Konstitucionnye Demokracy (Demócratas Constitucionales).

aquellos para la presidencia de la Duma). La moderación de la burguesía liberal fue uno de los logros más importantes del sistema del 3 de junio y se acentuará posteriormente, conforme va creciendo el movimiento huelguístico obrero en los años 13 y 14.

En las crónicas sobre los partidos políticos de la Duma, Lenin incluye dentro de la burguesía liberal a los representantes de tres grupos nacionales no-rusos que siguen manteniendo una pequeña presencia parlamentaria (en la III Duma, polacos, bielorrusos y musulmanes habían obtenido 27 diputados, en su mayor parte polacos). Pese a resultar muy perjudicados por las modificaciones del régimen electoral —con la ley del 3 de junio perdieron 2/3 de la representación obtenida en las dos primeras Dumas—, estos grupos nacionales se comportaban como una oposición (nacional) dentro del sistema, igual que los kadetes. Apoyaban un Régimen que oprimía y reprimía especialmente a cuantos no pertenecían a la nacionalidad dominante a cambio de pequeñas concesiones y, sobre todo, a cambio de poder ir asentando su influencia hegemónica en sus respectivos países. En la IV Duma se reducirían a 21 diputados.

La aparición de una corriente partidaria también de la moderación entre los socialistas, impulsada principalmente por los mencheviques, aunque incluye asimismo a los bundistas y a sectores de otros partidos socialdemócratas nacionales, es otro de los logros importantes del sistema del 3 de junio. Lenin los denominará «liquidadores», pues a su juicio la política que propugnaban vaciaba de sus componentes revolucionarios al movimiento democrático ruso. Prácticamente desde el comienzo del reflujo, desde 1908, defienden las formas abiertas (legales) de organización y el abandono de hecho del trabajo por restablecer la organización ilegal socialdemócrata; adoptan asimismo un tono crítico y distante respecto a las formas superiores de lucha, respecto a la violencia revolucionaria, y manifiestan una tendencia a «adecuarse» a la legalidad existente. En 1912, Lenin criticará la orientación de su campaña electoral a la IV Duma, destacando que han sustituido las con-

signas de la democracia revolucionaria (república, confiscación de las tierras de los terratenientes, jornada de ocho horas...) por la reivindicación de unas reformas constitucionales y que están subordinando su política a la de la burguesía liberal ⁷.

Frente a los intentos de la burguesía liberal de reducir la contienda electoral a una batalla para desalojar del gobierno a la derecha reaccionaria, secundados asimismo por la corriente de los «liquidacionistas», Lenin pondrá el acento en que es una batalla a tres bandas, con un tercer contendiente: *la democracia revolucionaria*, cuya alternativa es impulsar de nuevo «la tempestad» en Rusia.

«*O reformas o tempestad*» es la idea central que resume su análisis sobre aquella coyuntura. Y no tanto porque esté en contra de las reformas, pues los bolcheviques tienen en ese momento una orientación política precisa de no hacer ascos a todas aquellas reformas que posibiliten la extensión de su influencia en la opinión pública y dan un ejemplo práctico de utilización inteligente de cuantos resquicios ofrece el sistema del 3 de junio (campana electoral, grupo parlamentario, prensa legal, sindicatos, cajas de seguros, recogidas de firmas...). Lo que Lenin rechaza es la orientación, el reformismo, la subordinación del movimiento democrático radical a la gestión de una oposición «responsable» por parte de la burguesía liberal, o lo que es lo mismo, el abandono o liquidación de la tradición democrático-revolucionaria que prendió en los pueblos de Rusia en 1905. Tanto más cuanto en ese momento, 1912, el resurgir del movimiento obrero, sus huelgas y manifestaciones, la recuperación de la agitación estudiantil en las universidades, los motines que se han producido durante el verano en el ejército y en la marina ⁸, son otros tantos signos para Lenin de que el espíritu revolucionario del 5 sigue vivo.

El problema de la orientación del movimiento democrático ya se había planteado en muy buena medida durante el

⁷ Lenin. O.C., XVIII, 97.

⁸ Idem, 291.

transcurso de la primera revolución en términos parecidos. Pero ahora, ante las elecciones a la IV Duma, tras cinco años de rodaje de los mecanismos partidistas de formación de la opinión pública y en un sistema político (el del 3 de junio) que favorece descaradamente a los partidos de las clases dominantes rusas, cobra una dimensión nueva. La novedad consiste en que ahora una parte de esas clases, la más perspicaz, está mejor organizada y tiene la decisión política de presentar un mensaje reformista. Su mensaje electoral es que la revolución de 1905 ya no tiene sentido ahora, ya no hace falta, pues la rigidez autocrática que la motivó está cambiando o puede cambiarse (mientras los «desórdenes» no pongan en peligro su plan de reformar lentamente y desde dentro el propio régimen).

Lenin es consciente del peligro que entraña la nueva situación y quizás por ello insiste tanto en la idea de que Rusia no es Europa y que es imposible ese camino de reformas constitucionales. Pero tal argumento es más dialéctico que consistente. Las constantes obstrucciones con que el aparato burocrático zarista bloquea decisiones parlamentarias de la Duma demuestran lo problemático de ese proceso, su lentitud, su fragilidad, algunos límites importantes incluso, pero no tanto su inviabilidad. Lo que sí trasluce en cambio es la voluntad de Lenin de obviar la vía política lenta y recortada del reformismo. Para él no basta con definirse pro-constitucionalista, pues toda constitución —dice— no es sino una «transacción» entre las fuerzas sociales, cuya resultante vendrá dada por la correlación de fuerzas que se haya podido establecer. En su opinión, la clave está en decir *qué* constitución se quiere conseguir y, sobre todo, en definir —más allá de los deseos y las declaraciones— «cuáles son los *medios* con que se piensa alcanzar los objetivos deseados» ⁹. Valorando que el fracaso de la revolución de 1905 obedeció a que la democracia revolucionaria no fue tan lejos como debía en sus planteamientos, su conclusión es que en la nueva revolución que se está fra-

⁹ Lenin. O.C., XIX, 96.

guando no debe suceder otro tanto. El eje central de su táctica ante la nueva coyuntura descansa en consecuencia en la idea de que el alcance de la democracia dependerá de quién adquiera la hegemonía dentro del movimiento democrático: será muy recortada si es un apéndice de la burguesía liberal, pero podrá ir mucho más lejos en cambio si gana la hegemonía una orientación basada en el desarrollo de la tempestad mediante la movilización masiva de obreros y campesinos con las viejas consignas de 1905.

Más allá de las elecciones a la IV Duma, esa batalla entre la tempestad y las reformas, entre la transición desde arriba o la democratización de la sociedad desde abajo, dominará todo el panorama político ruso hasta la entrada del imperio en la I Guerra Mundial y es asimismo la preocupación dominante de Lenin durante este período, siendo por consiguiente un punto de referencia obligado para situar sus posiciones en lo relativo a los problemas nacionales.

El cambio de actitud ante los problemas nacionales

En enero de 1912 la corriente bolchevique convoca por su cuenta una conferencia del POSDR en la ciudad de Praga con objeto de determinar la línea política ante la nueva coyuntura y restablecer la organización del partido, muy deteriorada en los cinco últimos años. La medida más importante de la conferencia, a la cual tampoco asistieron las organizaciones socialdemócratas nacionales que se habían unido al POSDR en el congreso de 1906 (polaca, letona y bundista), fue la expulsión de los mencheviques y la condena de su política liquidadora. En su informe sobre la situación política Lenin destaca entre los acontecimientos más importantes el ascenso del nacionalismo gran-ruso, la intensificación de la agresión a las nacionalidades del imperio y los intentos de conquistar nuevos territorios coloniales. Pero tanto esa denuncia, como la resolución aprobada sobre Finlandia, o la reafirmación de las posiciones antifederalistas frente a los partidos nacionales, no

comportan novedad alguna respecto al esquema político definido en la década anterior.

El primer síntoma de una preocupación mayor sobre los problemas nacionales se registra en el otoño de 1912, cuando llegan hasta Lenin los ecos de una reunión de los que considera «liquidadores» (seguidores de Trostki, mencheviques, antiguos bolcheviques...), celebrada en Viena durante el mes de agosto, en la cual se ha aprobado, entre otras cosas, una resolución favorable a la reivindicación de la autonomía nacional cultural. Es entonces cuando escribe un artículo con un título muy gráfico: *Los problemas espinosos de nuestro partido. Los problemas liquidacionista y nacional*, pero significativamente reduce su exposición del problema nacional a combatir una vez más a quienes exigen modificar la estructura organizativa del partido y sustituirla por una federación de partidos nacionales, al estilo austríaco.

La primera toma de una posición contraria a la autonomía nacional cultural se adopta poco después, en una reunión celebrada en Cracovia durante los últimos días de diciembre, a la cual asisten, además del comité central bolchevique, el grupo parlamentario de la IV Duma y destacados militantes como Stalin. La condena a la reivindicación de la autonomía nacional cultural se fundamenta en la vigencia de la política nacional establecida en el Congreso de 1903, cuya validez queda expresamente ratificada en el transcurso de la reunión. Dice así:

«5. La defensa hecha por el camarada (...) de la autonomía nacional cultural, presentada como ‘establecimiento de las instituciones necesarias para el libre desarrollo de cada nacionalidad’, es una violación directa del programa del partido. El II congreso del partido, que aprobó el programa, rechazó en una votación especial, una formulación idéntica. Las concesiones al sentimiento nacionalista, aun en esta fórmula disimulada, son intolerables para un partido proletario» (O.C., XIX, pág.47).

Al terminar la reunión de Cracovia, Lenin decide enviar a Stalin a Viena para que estudie las teorías nacionales del par-

tido socialdemócrata austríaco y pueda escribir un folleto sobre la posición marxista acerca de las nacionalidades. En la carta que escribe a Kamenev algo después, a finales de febrero de 1913, da la impresión de que vive ese problema (el auge de las posiciones favorables a la autonomía nacional cultural) como una moda pasajera, aunque peligrosa: «...Se trata de un problema candente y no cederemos ni un ápice en nuestra posición de principios (...). Es posible que se disipe, pero... tenez vous pour averti» (O.C., XXXIX, pág.47). Y en la carta que escribe a Gorki, por esas mismas fechas, se percibe su preocupación por la extensión de las ideas austríacas en los medios socialistas rusos, así como el interés por estar al día de la producción teórica marxista sobre los problemas nacionales estudiando los folletos de Strasser y Pannekoek que acaban de editarse. Pero se trata de una preocupación coyuntural ante la irrupción de unas teorías que le cogen por sorpresa. La necesidad de estudiar es sólo «ad probandum», para condenar más eficazmente esas teorías. La política nacional del partido es correcta y suficiente, en su opinión, como lo demuestra la práctica unitaria en el Cáucaso y en los países bálticos:

«En cuanto al nacionalismo, coincido plenamente con usted: habría que preocuparse de esto más seriamente. Tenemos a un portentoso georgiano, que se puso a escribir para Prosveschenie un extenso artículo, para el cual ha reunido *todos* los materiales austríacos y otros. Nos empeñaremos en esto. Pero que nuestras resoluciones (se las envío impresas) 'son formalidades, burocracia', en eso, su injuria erra el blanco. No. No es una formalidad. En Rusia y en el Cáucaso han trabajado juntos los socialdemócratas georgianos † los armenios † los tártaros † los rusos, en una organización socialdemócrata *única, más de diez años*. Esto no es una frase, sino la solución proletaria del problema nacional. La única solución. Así fue también en Riga: los rusos † los letones † los lituanos; *sólo* los *separatistas* —el Bund— solían mantenerse apartados. Lo mismo en Vilna.

Hay dos buenos folletos socialdemócratas sobre el proble-

ma nacional, el de Strasser y el de Pannekoek. ¿Quiere que se los envíe? ¿Encontrará alguien que se los traduzca del alemán?

No; la ignominia que existe en Austria *no se dará* aquí. ¡No lo toleraremos! Además, tenemos más gran rusos aquí. Con los obreros de nuestro lado no permitiremos que penetre el 'espíritu austríaco'...» (O.C., XXXIX, pág.39).

Una reseña de prensa acerca de la conferencia que Lenin da en Cracovia en abril de 1913 permite sistematizar su pensamiento en ese momento ¹⁰:

a.—los problemas nacionales deben resolverse en un régimen democrático y dependen por tanto de la conquista de la democracia; sin democracia no hay posibilidad de ejercer la autodeterminación;

b.—los problemas nacionales ocupan un lugar secundario, subalterno. En Rusia no pueden compararse con la importancia del problema agrario, que es decisivo en la democratización del país. Y en el resto de Europa, según escribe en otro texto de las mismas fechas, ocurre otro tanto: «...en realidad, entre los problemas de la vida europea, el socialismo ocupa el primer puesto y la lucha nacional el noveno y, además, mientras más consecuente es la democracia, más débil e inofensiva se vuelve la lucha» ¹¹;

c.—la conquista de la democracia depende, entre otras cosas, de la unidad del movimiento popular y especialmente de la unidad del movimiento obrero de todo el imperio. Ese es el aspecto principal para Lenin, ahora como en la década anterior, de la política nacional proletaria, tanto más, cuando se está produciendo entonces una recuperación importante del movimiento obrero y se otea el horizonte de una nueva revolución. De ahí su insistencia en el ejemplo del Cáucaso que repite continuamente: «...el modelo para nosotros deben ser los socialdemócratas del Cáucaso que han realizado simultá-

¹⁰ Idem, 235.

¹¹ Idem, 263.

neamente su propaganda en georgiano, tártaro y ruso». Aquí, como en la carta citada a Gorki, esa experiencia del Cáucaso es la prueba definitiva para Lenin de la viabilidad y corrección de la política nacional bolchevique.

Si Lenin concede entonces tanta importancia a combatir la «herejía austríaca» es porque entiende que la consigna de la autonomía nacional cultural atenta muy básicamente contra esos criterios.

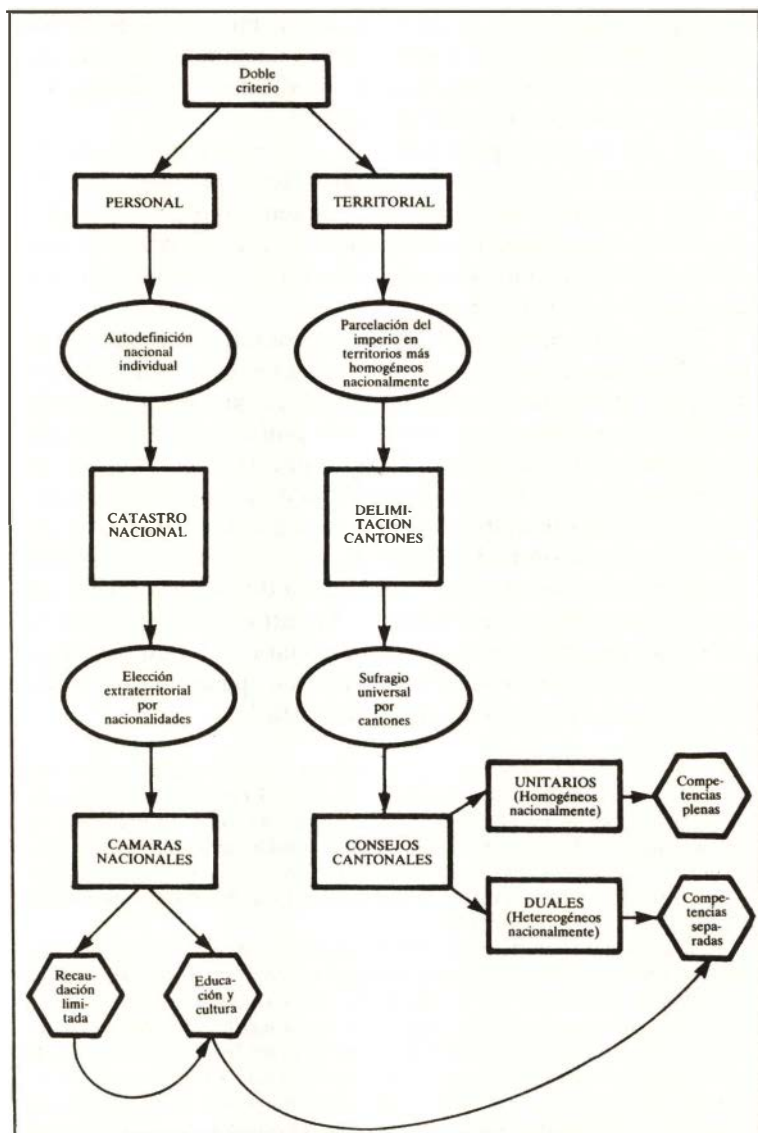
La reivindicación de la *autonomía cultural nacional* tenía su primer precedente en las propuestas de autonomía nacional que defendió en el congreso de Brno (1899) el partido sueslav de la socialdemocracia austríaca y que posteriormente desarrollaron Otto Bauer y sobre todo Karl Renner (cuyas obras tuvieron un amplio eco en Rusia dentro de la comunidad judía y después en los medios socialistas en general entre 1906 y 1912). Estas propuestas partían de la consideración de que los problemas nacionales austríacos tenían un carácter predominantemente cultural y de que era posible (y necesario) resolverlos mediante una reforma del Estado, «a paso lento», manteniendo la integridad territorial del imperio, si bien al final del proceso quedaría transformado en un régimen federativo, democrático y pluralista. La clave de esta «política nacional evolutiva», como dirá Bauer, radicaba en una combinación de dos principios: un principio nacional, el principio de personalidad, y un principio democrático, la descentralización democrática de la administración pública.

En virtud del principio de personalidad se constituían las naciones como «asociaciones de personas» de la siguiente manera: primero habría de hacerse un catastro nacional (un censo) mediante la declaración rigurosamente voluntaria de la nacionalidad a la que deseaba adscribirse cada persona; a partir del catastro se organizaba cada nacionalidad en un cuerpo público jurídico y disponía de una cámara nacional elegida por sufragio universal para todos los adscritos a ella en el territorio imperial; cada nación, así organizada, tendría competencia exclusiva para ordenar y organizar todos los asuntos educativos y culturales y dispondría asimismo de la capacidad para

recaudar impuestos de sus connacionales a fin de financiar todas sus actividades.

En virtud de la descentralización democrática, por otra parte, todo el territorio imperial se dividía en cantones autónomamente administrados y delimitados nacionalmente en la medida en que ello pudiera ser posible. Si el cantón era nacionalmente *unitario*, en el consejo cantonal (elegido por sufragio universal) confluían dos tipos de competencias: las nacionales antes mencionadas, las educativas y culturales, y las competencias generales de la administración pública autónoma que correspondiera a cada cantón; de otro lado, dentro de cada cantón se formarían a su vez los consejos comunitarios —municipales— y distritales con las competencias asimismo dobles adecuadas a su nivel. Si el cantón era *dual*, el consejo cantonal disponía de una línea de competencias (la derivada de la administración pública que le correspondiese) y carecía de las competencias nacionales, las cuales serían gestionadas de manera independiente por dos cuerpos administrativos autónomos nacionales (de modo que cada uno de esos cuerpos se haría cargo de los asuntos educativos y culturales de sus connacionales, amén de aplicar los consiguientes impuestos).

El caso de las minorías nacionales sin dimensión suficiente para justificar una administración cantonal nacional independiente, se podría resolver tan pronto como decidieran formar una corporación nacional (y las correspondientes asociaciones locales, distritales y cantonales) ateniéndose al principio de personalidad, pero en ese caso tendrían sólo la competencia para organizar por sus propios medios la enseñanza primaria (aplicando su capacidad impositiva) y de otorgar ayuda jurídica a sus miembros. Desde el momento en que decidiesen adquirir un nivel superior, llevar por ejemplo la enseñanza media y crear entidades humanitarias asistenciales de su comunidad, la minoría nacional dejaba de serlo y modificaba su status, adecuándose al plan general (bien constituyéndose en un cantón unitario, bien integrándose en el sistema dual de representación cantonal). En los cantones unitarios,



16. La autonomía nacional cultural, según Otto Bauer.

la lengua oficial sería la de la mayoría; mientras que en los duales, cada una de las corporaciones nacionales llevaría sus asuntos en su lengua respectiva, aplicándose el bilingüismo para las cuestiones de todo el cantón ¹².

Lo que le preocupa a Lenin en este asunto no es tanto la viabilidad de la autonomía nacional cultural en la Rusia de entonces, en la que resultaba absolutamente implanteable, sino los efectos que podría producir entre las filas socialistas y, por consiguiente, en el movimiento obrero bajo su influencia. Por dos motivos principalmente.

Desde un punto de vista político general, temía que las tesis austríacas reforzasen el caldo reformista (y liquidacionista), pues resultaban muy apropiadas para quienes trataban de rebajar las consignas y presentar una política más acomodada al régimen del 3 de junio. Al igual que la reivindicación de reformas constitucionales, la consigna de la autonomía nacional cultural desdibujaba o liquidaba, según Lenin, la perspectiva de la lucha (inmediata) por el derrocamiento del zarismo (de lo que hacía depender, como se ha dicho, la solución cabal de los problemas nacionales). Mientras que Lenin pensaba en un proceso rápido y revolucionario, el plan austríaco suponía «un proceso evolutivo lento», «paso a paso», al decir de Bauer, y expresamente reformista ¹³.

¹² Bauer. «*La cuestión de las nacionalidades...*», obra citada, capítulo IV. He resumido en especial el apartado 22, titulado «El principio de personalidad», pág. 344-356. En el prólogo a la segunda edición de su obra más conocida, Bauer se desentiende de esta política, considerando que su error principal fue el de haber confiado en poder hacer una revolución «desde arriba» y en postular el mantenimiento de la integridad territorial del imperio austríaco. Obra citada, págs. 5 y 6.

¹³ Bauer. Obra citada, pág. 339. Textualmente dice así: «Lógicamente, es poco probable que la autonomía nacional llegue a ser el resultado de una gran determinación, de una hazaña audaz. Es un proceso evolutivo lento, con duras luchas que paralizan una y otra vez la legislación y mantienen rígida la administración existente al no poder imprimírle vitalidad; a pesar de todo, Austria se desarrollará paso a paso en dirección a la autonomía nacional. No será un gran acto legislativo, sino un sinnúmero de leyes individuales para países individuales, para comunidades individuales, las que generarán la nueva organización».

Por otra parte, y desde el punto de vista de la política nacional, estaba presente el temor a que la reivindicación de la autonomía nacional cultural reprodujese la disgregación del partido socialdemócrata austríaco (la organización por separado en cada localidad según las nacionalidades, la constitución de diversos partidos nacionales, el federalismo del partido...), lo cual atentaba contra un pilar básico de su concepción: la unidad del movimiento obrero y del partido en todo el Estado.

En las circunstancias concretas de aquel momento, se comprende que viva esa batalla ideológica como una cruzada contra ideas y actitudes que pueden distorsionar peligrosamente la estrategia (revolucionaria y unitaria) trazada en la década anterior. Lenin se plantea esta batalla ideológica con una intención eminentemente *preventiva*: se trata de evitar que el partido y los núcleos proletarios bajo su influencia se contaminen de las ideas austríacas ¹⁴.

En mayo de 1913 se advierte un punto de inflexión en sus inquietudes sobre el problema nacional. Descubre entonces que los bolcheviques están desarmados ante los problemas nacionales, o al menos es la primera vez que se constata por escrito esta preocupación: «...el problema nacional requiere ser discutido y resuelto con urgencia por todas las organizaciones socialdemócratas, tanto en su aspecto teórico, socialista general, como desde el punto de vista práctico de la organización...» (O.C., XIX, pág.331). Esta declaración de urgencia es una confesión de que no es suficiente lo dicho hasta entonces por el partido, sino que es preciso fundamentar y desarrollar más la política nacional. Es en esas fechas, además, cuando se percibe, también por vez primera, un tratamiento diferente de la importancia que tienen los problemas nacionales en Rusia. Dice así en su artículo *La clase obrera y el problema nacional*:

¹⁴ Lenin. O.C., XXXIX, 40 y 51. Se trata de las cartas a Gorki y Kamev, ya mencionadas.

«Rusia es un país heterogéneo en lo que a sus nacionalidades se refiere. La política gubernamental, que es la política de los terratenientes apoyados por la burguesía, está impregnada de nacionalismo centurionegrista.

Esta política está dirigida contra la *mayoría* de los pueblos de Rusia, que constituyen la *mayoría* de su población. Y junto a esto tenemos el nacionalismo burgués de otras naciones (polaca, judía, ucraniana, georgiana, etc.), que está levantando cabeza y pretende *desviar* a la clase obrera de sus grandes tareas de alcance mundial, orientándola hacia una lucha nacional o una lucha por la cultura nacional.

El problema nacional debe ser considerado y resuelto con claridad por todos los obreros con conciencia de clase...» (O.C., XIX, pág.293)

A partir de entonces, desde el verano de 1913 hasta el estallido de la primera guerra mundial, es cuando Lenin escribe algunas de sus obras más divulgadas sobre la cuestión nacional (*Las tesis sobre el problema nacional*, *Notas críticas sobre el problema nacional*, *El derecho de las naciones a la autodeterminación*) y un largo número de artículos y conferencias. El hecho de que estas obras vayan ahora acompañadas de citas de otros autores, referencias a hechos nacionales concretos, etc., prueba que se ha tomado en serio el estudio de los fenómenos nacionales, pese a lo cual seguirá sintiéndose inseguro en un asunto como éste que ha empezado a estudiar «hace poco» y reclamará la ayuda de quienes lo conocen mejor.

En los escritos de estos meses se advierten nuevas preocupaciones en Lenin, y ya no sólo la de defender a palo seco la estrategia revolucionaria (y nacional) trazada en el Congreso de 1903. Ahora cobra un relieve particular la inquietud por desarrollar doctrinalmente las posiciones nacionales del partido, por su fundamentación teórica, por su concreción política. Y junto a ello la preocupación por apreciar de manera concreta los cambios que se están produciendo entonces en cuanto a los fenómenos nacionales en el imperio. Es en esa época además cuando conoce los escritos de Marx sobre Ir-

landa, que le producirán una honda impresión. Y también cuando reconoce por primera vez, expresamente, el impacto de la revolución de 1905 en las nacionalidades oprimidas.

Sucintamente expuestos, aparte de lo dicho hasta aquí, los cambios de la realidad que percibe Lenin y operan sobre él de manera *correctora* son los siguientes:

a. —La acentuación del nacionalismo ruso agresivo y expansionista que se viene dando desde 1907 y se agudiza en este período. En él se funden los rasgos tradicionales del expansionismo ruso (conquista de nuevas tierras y mantenimiento del «garrote» en el imperio, blandiendo el viejo lema «esencia nacional, religión ortodoxa y autocracia») con el lenguaje modernizado de una burguesía que aspira a conquistar nuevos mercados para sus industrias y no quiere quedarse atrás en la carrera de la competencia con otras potencias extranjeras. Este nacionalismo, al tiempo que jalea la intervención en los Balcanes, Persia o China, también se manifiesta de modo más agresivo dentro de las fronteras del imperio, particularmente en las naciones occidentales del imperio, desde Finlandia a Ucrania, donde se incrementa la represión contra los movimientos nacionales y el «separatismo». Lenin observa que el incremento de este nacionalismo es un producto de la revolución de 1905, en la cual todas las clases dominantes, incluida la burguesía liberal, han sentido también la amenaza de la disgregación territorial de su imperio y refleja el temor a la pérdida de sus privilegios nacionales ¹⁵.

Otro rasgo característico del nacionalismo gran ruso, proveniente en este caso de su ala más reaccionaria (los centurionegristas), es la manipulación de la opinión pública para promover movilizaciones y disturbios antijudíos. Entre los años 12 y 14 se suceden los progroms y se produce el caso «Beylis», de connotaciones similares, según Lenin, al asunto «Dreyffus» en Francia ¹⁶.

¹⁵ Lenin. O.C., XXI, 341.

¹⁶ Idem, 119. Beylis fue un judío ucraniano a quien se acusó de haber asesinado a un niño con fines rituales. Después de dos años de un proceso ma-

La constatación por su parte de este fenómeno, hacia el que desde su juventud había manifestado una acusada sensibilidad, la valoración de su importancia— el nacionalismo ruso es «el que dirige la política», «toda la contrarrevolución está teñida de nacionalismo»—, la preocupación por el efecto corruptor que producía en el pueblo ruso y sobre todo en el campesinado —«el núcleo del asunto está en el mujik ruso»— y en la población de las nacionalidades oprimidas... dinamizan sin duda el desarrollo de su pensamiento en el terreno de los fenómenos nacionales.

b.—La acumulación de acontecimientos con una fuerte significación en las fronteras vecinas del imperio: la nueva crisis balcánica, la efervescencia de los movimientos nacionales del imperio austríaco tras la reforma electoral de 1907, la revolución de los jóvenes turcos, el auge de los movimientos nacionales en viejos países como China y Persia... Todo ello le lleva a comprender que los asuntos nacionales tienen un alcance más amplio de lo que pensaba y que se trata de un fenómeno mundial vinculado a las transformaciones capitalistas de la vieja sociedad. Este planteamiento carece aún del alcance que adquirirá años después dentro de su teorización del imperialismo, pero ya está presente en los escritos de este período. En cualquier caso Lenin percibe que la particular ubicación geopolítica de Rusia desde el punto de vista nacional, situada entre el mayor desarrollo de los movimientos nacionales de los países lindantes con su límite occidental y el despertar de Asia por el oriente, presiona en favor del desarrollo de los movimientos nacionales dentro del imperio ruso.

c.—El auge del nacionalismo y de los movimientos populares (nacionales) en las nacionalidades oprimidas del imperio. Lenin lo detecta ahora, mirando hacia atrás, como un fenómeno derivado de la revolución de 1905, que viene incubándose a lo largo de la III Duma y ha adquirido mayor presencia política entre los años 12 y 14, superando el carácter restringido a las capas cultas que antes tenía. Quizás sea exagerada la valoración que hace Stalin del ascenso de este nacionalismo en su obra *El marxismo y la cuestión nacional*, don-

de lo describe como una «epidemia general» que amenaza envolver a las masas obreras, pero en cualquier caso pone de relieve el cambio producido en 1912, tras la muerte de Stolypin y la expectativa de las elecciones a la IV Duma.

En este período los movimientos nacionales adquieren una base popular más amplia, particularmente allí donde pueden recoger el beneficio de la persecución que les inflige el gobierno zarista, cosa que sucede en los casos polaco y ucraniano, aparte del finés ya mencionado anteriormente. Polonia se agita tras la separación arbitraria de una parte de su territorio (la región de Holm que el gobierno zarista ha decidido considerar «rusa» de repente) y tras la negativa a admitir la oficialidad del polaco (todo ello, pese a la colaboración de la representación nacionalista polaca en la III Duma con la política reaccionaria de Stolypin). Pero es en la Ucrania rusa, donde se advierte un cambio mayor en muy poco tiempo, a pesar de carecer de una representación nacional parlamentaria y del menor reconocimiento nacional (en 1912, el gobierno cierra por ejemplo el centro ucraniano de Kiev); en ello influye quizás, su particular situación, pues amén de represaliada, es también una nación dividida y la parte austríaca goza de una mejor situación nacional, tiene grupo parlamentario, etc. Así cuenta Lenin el eco que alcanzó la suspensión de los actos de homenaje al poeta nacional ucraniano, Shevchenko, en abril de 1914:

«...La prohibición de los festejos en honor de Shevchenko, fue una medida tan excelente, magnífica, afortunada y feliz, por lo que de agitación contra el gobierno se refiere, que no podría concebirse mejor agitación. Creo que ninguno de nuestros mejores agitadores socialdemócratas contra el gobierno podría nunca haber logrado en tan poco tiempo éxito tan sensacional contra el gobierno como el que se logró con esa me-

nipulado para exacerbar el sentimiento antijudío, resultó absuelto en 1913. Sobre esto puede consultarse la historia del antisemitismo de León Poliakov, *La Europa suicida. 1870-1933*, Muchnik editores, Barcelona (1986), págs. 86 a 162.

dida. Después que se tomó dicha medida millones y millones de personas corrientes comenzaron a adquirir conciencia cívica de la verdad de lo dicho de que Rusia «es una cárcel de pueblos»...»¹⁷.

Respecto a los países orientales, se limita a constatar «el ascenso del movimiento musulmán»¹⁸, sin entrar en mayores detalles. Tal vez esa parquedad se deba a la falta de una buena información sobre lo que acontece en diversas tierras tan alejadas de la frontera occidental del imperio donde él se encuentra entonces.

Lenin registra más tarde el auge de los movimientos nacionales en comparación con otros autores incluso de su propio partido, como Stalin, pero va más lejos en la reflexión sobre cual ha de ser la política nacional socialista para resolver los problemas nacionales. Como se verá más adelante, en este período anterior a la guerra no llega a definir como una categoría diferente al nacionalismo de las naciones oprimidas; aunque se queda en el umbral de esa distinción cuando se plantea el interés de profundizar en el proceso de transformación del nacionalismo nobiliario polaco en nacionalismo burgués y después en nacionalismo campesino «que lucha por la nacionalidad, la religión y la tierra polaca», subrayando que por ese camino «van las cosas en Rusia» (O.C., XXI, 374).

La observación de estos nuevos fenómenos, (al menos para

¹⁷ Idem, 121.

¹⁸ Idem, 374. Al margen de la parquedad de Lenin, hay que decir que en estos años se da un auge importante del movimiento musulmán, cuyas capas dirigentes han quedado impactadas por las revoluciones nacionales que acaban de fraguarse en dos países islámicos vecinos: Turquía y Persia. Indicadores de ese auge son la constitución de nuevos partidos nacionales como el MUSAVAT de Azerbaiján, impulsado por su burguesía, o de otros con un carácter algo más embrionario (es el caso de los kazakos, bújaros y jívaros) y, sobre todo, el aumento de su prensa escrita, buena parte de ella tan ilustrada como combativa en la denuncia política, y de amplia difusión, especialmente en Azerbaiján, tártaros del Volga y entre los kazakos. Un ejemplo de su difusión, son los 8.000 ejemplares del periódico quincenal Qazaq, en 1914, según dice Bennigsen.

él así resultan), explica sin duda el giro de su actitud y su inquietud ante los problemas nacionales. Ahora suponen para Lenin «uno de los problemas más importantes» de la vida política rusa. Y, de otro lado, le exigen replantearse el lugar que ocupan las cuestiones nacionales en la política revolucionaria rusa. Con un resultado variado, como se verá a continuación. En parte reafirmará las líneas trazadas en la década anterior, en parte las corregirá o desarrollará, pero también introducirá elementos nuevos y contradictorios con los puntos de vista sostenidos hasta entonces.

La fundamentación teórico-doctrinal

Entre el verano de 1913 y el de 1914, Lenin insiste en la necesidad de dar una fundamentación teórica a la posición del POSDR sobre los problemas nacionales. Como esta preocupación es novedosa en su obra y enfatiza la importancia de tal empresa, es conveniente tratar de separar las conclusiones a las que llega en ese campo (teórico). El problema radica, sin embargo, en que esta labor es un tanto arbitraria por las peculiaridades de la obra de Lenin: una obra en la que se funden de manera *inseparable* el pensamiento más teórico y la acción más política y donde ambas cosas se vierten además en escritos especialmente polémicos. Pese a esta reserva, puede resultar de interés aislar y reunir todas aquellas reflexiones, observaciones, argumentaciones... que Lenin formula con un carácter más general —cuando trata de desentrañar el sentido de los fenómenos nacionales desde la visión de la doctrina marxista sobre el desarrollo de las sociedades— y separarlos de aquellos otros donde aborda en concreto, y desde una preocupación exclusivamente política, los problemas nacionales del imperio ruso.

Hecha esta aclaración, conviene tener en cuenta otras consideraciones previas, además, antes de exponer sus puntos de vista más «teóricos». La primera es que Lenin no elabora una teoría propia, singular, sobre las cuestiones nacionales en este

momento, sino que se limita a recoger aquellos desarrollos teóricos de otros marxistas de la época que más le satisfacen. Y puesto que el campo marxista no se manifiesta de una manera unívoca al respecto, sino que se han desarrollado, según Lenin, dos escuelas distintas en el tratamiento de los asuntos nacionales, el nudo de los problemas teóricos está en la elección entre Bauer o Kautsky, entre la teoría «básicamente psicologista» de Otto Bauer o la teoría «histórico-económica» de Karl Kautsky ¹⁹.

Su opción es terminante. Lenin rechaza la obra teórica de Bauer de manera tan tajante e inequívoca como la adoptada con el planteamiento de dicho autor sobre la autonomía nacional. Pero así como la crítica al plan reformista de Bauer era certera y planteaba los problemas pertinentes, coherentemente con la perspectiva revolucionaria que manejaba, el rechazo de las aportaciones teóricas de Bauer resulta excesivamente sumario y suscita la duda de si Lenin ha leído cabalmente su obra principal, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*. Las referencias de Lenin a este respecto, contenidas sobre todo en sus apuntes para las conferencias que dió en diversas ciudades europeas a primeros de 1914, dejan la impresión de que trabaja meramente sobre citas extraídas de dicha obra y que se limita a repetir las críticas expuestas anteriormente por Stalin, Strasser, Pannekoek o Kautsky al trabajo de Bauer.

Obsesionado acaso por descalificarle, debido a su orientación reformista, Lenin no aprecia el meritorio esfuerzo por abrir caminos para desentrañar la singularidad de los fenómenos nacionales que Bauer realizó, ni estima tampoco el interés de su aportación sustancial al contemplar la formación de la nación moderna como un proceso de integración comunitaria estrechamente relacionado con el desarrollo económico

¹⁹ Ver esquema de notas para conferencias que dió en enero y febrero de 1914, en diversas ciudades europeas. O.C., XX, 405. Reitera este planteamiento en el capítulo primero de la obra *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*.

y con las modificaciones de la estructura social y de la articulación de una sociedad ²⁰.

La segunda aclaración es que Lenin reduce el campo de su reflexión más general sobre los asuntos nacionales a un terreno más limitado, si se compara con los temas abordados por otros autores coetáneos marxistas (Kautsky, Bauer, Renner, Rosa Luxemburgo, Strasser y Pannekoek e incluso el propio Stalin...) Por de pronto, Lenin elude hacer una incursión de tipo general sobre la nación, su formación, etc., y se manifiesta en esos terrenos con extrema cautela; todo lo más que llega a apuntar, del modo más parco posible y recogiendo el punto de vista de Kautsky, es que las naciones son «lengua y territorio» ²¹.

El sujeto de su reflexión se concentra en los movimientos nacionales democrático burgueses. Y aun esto, tampoco de manera exhaustiva, como se propusiera investigar por ejemplo años antes el desarrollo del capitalismo en Rusia, sino escuetamente y condensando sus preocupaciones en clarificar dos aspectos. «El problema nacional debe ser planteado en el plano histórico y en el plano económico», apunta en sus notas para las conferencias europeas mencionadas (*Tesis para la disertación sobre el problema nacional*). Fiel a la tradición metodológica marxista de la época, Lenin destaca en esto, como en cualquier otro problema social, primero sus fundamentos económicos, los factores económicos que están detrás de los movimientos nacionales. Y por otra parte trata de encuadrarlos dentro de los límites del tiempo histórico.

El esquema general que elabora Lenin comprende las siguientes consideraciones:

—En los comienzos del desarrollo capitalista predomina una tendencia general en cuanto a la cuestión nacional. Lo propio de este período es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, el surgimiento de luchas nacionales contra la opresión y la creación de Estados naciona-

²⁰ Bauer. «La cuestión de las nacionalidades...», obra citada, pág. 19.

²¹ Lenin. O.C., XX, 407.

les, según lo describe en *Notas críticas sobre el problema nacional*. En su obra *El derecho de las naciones a la autodeterminación* se encuentra una formulación más acabada:

«(...) es necesario distinguir claramente los dos períodos del capitalismo, radicalmente distintos en lo que respecta a los movimientos nacionales. Por una parte, el período del hundimiento del feudalismo y del absolutismo, el período de la formación de la sociedad y el Estado democrático-burgueses, en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera carácter de masas, en que incorporan de uno u otro modo a *todas* las clases de la población por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc., (...) Lo típico del primer período es el despertar de los movimientos nacionales y la incorporación a ellos de los campesinos, el sector de la población más numeroso y más «difícil de mover», en relación con la lucha por la libertad política en general y por los derechos de la nación en particular» (O.C., XXI, pág.321).

—La base económica de los movimientos nacionales hay que situarla dentro de la batalla de la burguesía por la victoria de la producción mercantil que el Antiguo Régimen obstaculiza. Este encuadre explica los poderosos factores económicos que empujan hacia la creación de los Estados nacionales:

«La base económica de éstos consiste en que para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios cuya población habla un sólo idioma se unan en un Estado, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación por la literatura (...) Por ello todo movimiento nacional tiende a la formación de *Estados nacionales*, que son los que mejor responden a estas exigencias del capitalismo moderno. Impulsan hacia este fin los factores económicos más profundos, y por lo tanto, para toda Europa occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es lo *típico*, lo normal en el período capitalista» (O.C., XXI, pág.316).

—El sujeto histórico de los movimientos nacionales es la burguesía. La actividad nacional de la burguesía se fundamenta en la necesidad (y conveniencia) de dar a sus intereses de clase un marco de desarrollo más favorable. Aunque se recubre de una fraseología patriótica, sus consignas de libertad e igualdad nacional, como toda su producción ideológica en general, son en el fondo la expresión de su lucha de clases contra el Antiguo Régimen.

—Los movimientos nacionales impulsan el avance a un estadio histórico (nuevo) en la evolución de la humanidad y por ello adquieren una significación positiva democrática, y progresista en general, como toda reivindicación burguesa frente al Antiguo Régimen. «Es progresista el despertar de las masas de su letargo feudal, es progresista su lucha contra la opresión nacional, por la soberanía del pueblo, de la nación», escribe Lenin en sus *Notas críticas sobre el problema nacional*. La constitución de Estados nacionales permite además que las diversas sociedades puedan acometer un ritmo de desarrollo de la producción capitalista más rápido e intenso, lo que conlleva a su vez el inevitable desarrollo del proletariado y de la lucha de clases.

—El capitalismo avanzado genera la tendencia contraria, es decir, la tendencia al proceso de asimilación de las naciones, a la progresiva destrucción de los elementos nacionales, a la creación de la unidad internacional de la vida económica, de la política, de la ciencia, de la cultura...:

«(...) la tendencia histórica mundial del capitalismo a romper las barreras nacionales, a borrar las diferencias nacionales, a *asimilar* las naciones, tendencia que cada decenio se manifiesta con mayor pujanza y es una de las más poderosas fuerzas motrices de la transformación del capitalismo en socialismo» (O.C., XX, pág.356).

—La base económica de esta nueva tendencia está en que el desarrollo de la producción capitalista y del intercambio comercial opera en favor de una progresiva internacionalización

de la sociedad, multiplicando los vínculos de la humanidad en todos los órdenes de la vida (económicos, culturales, sociales...) por encima de las fronteras nacionales y a pesar de los intereses nacionales.

—El sujeto histórico del proceso de internacionalización de la vida social es el proletariado. La condición social del obrero de su época está ya definida internacionalmente según Lenin: a) su enemigo de clase es el capitalismo internacional, b) su situación económica depende de la división del trabajo que se establece a escala internacional, c) su marco de actividad política debe ser también internacional, d) su cultura, la cultura proletaria, es ya la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero que se está haciendo en todo el mundo.

—La internacionalización de la vida avanza hacia un estadio *superior* en la evolución de la humanidad. Es el futuro hacia el que se camina, el horizonte definitivo hacia el que se va, el porvenir con el cual se identifica plenamente el marxismo:

«(...) el marxismo propugna el internacionalismo, la fusión de todas las naciones en esa unidad superior que se desarrolla ante nuestros ojos con cada kilómetro de vía férrea que se construye, con cada trust internacional y con cada asociación obrera (...) El proletariado no puede apoyar consagración alguna del nacionalismo; por el contrario, apoya todo lo que ayuda a eliminar las diferencias nacionales y a derribar las barreras nacionales; apoya todo lo que torna más estrechos los vínculos entre las nacionalidades, todo lo que lleva a la fusión de las naciones...» (O.C., XX, págs.261 y 363)

—Aunque se trate de dos etapas sucesivas, cada una con su propio sujeto, subraya Lenin que no están separadas entre sí «por una muralla», pudiendo darse infinidad de variables en la transición entre ambas según las condiciones de cada país.

Este esquema lo recoge de Kautsky, quien viene postulando ideas similares desde finales de la década de los ochenta,

tal como he expuesto en el capítulo primero. Lenin, aparte de adaptarlo a su estilo y preocupaciones, se manifiesta más cauto que Kautsky en una serie de cuestiones.

Así, por ejemplo, no afirma que la diversidad lingüística constituya «un obstáculo para el progreso de la civilización», ni tampoco entrará a pronosticar la futura perspectiva de la formación de un «único cuerpo social» (internacional) con una lengua universal y una sólo nacionalidad ²². Tampoco seguirá los pasos de Pannekoek, quien niega la posibilidad de una voluntad nacional que responda a los intereses del proletariado y sostiene que lo nacional *sólo* es una ideología burguesa ²³.

Su referencia al sujeto burgués de los movimientos nacionales es más matizada; no implica tanto consideraciones esencialistas sobre la naturaleza burguesa de los asuntos nacionales, sino, sobre todo, una observación política certera sobre el papel hegemónico de la burguesía en los movimientos nacionales que entonces despiertan; se centra en constatar el protagonismo dirigente de la burguesía en dichos movimientos.

Por otra parte, Lenin acentúa, más que otros marxistas, el papel positivo de los movimientos nacionales pese a su carácter democrático-burgués. «En el nacionalismo burgués de *cualquier* nación oprimida hay un contenido democrático general *contra* la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo *incondicional*», escribe en *El Derecho de las naciones a la autodeterminación* (O.C., XXI, pág.332) (Aquí lo democrático burgués —tanto en lo nacional como en lo agrario— no tiene en Lenin un contenido despectivo, sino simplemente descriptivo, para destacar la limitación histórica de una fase que todavía no realiza el socialismo, si bien lo prepara; otra cosa diferente es cuando critica la ideología nacionalista burguesa o en general la política nacional burguesa)

Más allá de estas matizaciones, Lenin mantiene las ideas

²² Kautsky. *Nacionalidad e Internacionalidad*, obra citada, pág. 141.

²³ Pannekoek. *Lucha de clases y nación*, obra citada, pág. 275.

fundamentales de Kautsky (y también de Strasser y Pannekoek).

Por una parte, la *transitoriedad* en cuanto al papel histórico de los movimientos nacionales; históricamente son inevitables y legítimos llegado un momento de la evolución social, pero representan el pasado, son la herencia dejada a la sociedad actual por el particularismo medieval y el atraso de la producción y el intercambio. Aunque nunca llegará a afirmar públicamente que los fenómenos nacionales no son más que un episodio pasajero de la historia humana, al estilo de Pannekoek, lo cierto es que más bien comparte en el fondo ese punto de vista.

De otra parte, la *superioridad* del punto de vista internacionalista que representa el futuro de la sociedad, el avance hacia la constitución de una sociedad internacional que ya no estará condicionada por las diferencias nacionales derivadas del pasado.

Finalmente, la *subordinación* jerárquica entre el carácter circunstancial de la lucha nacional para la clase obrera y la dimensión más profunda y sustancial de la lucha de clases contra la explotación capitalista. Lenin sigue planteando que lo sustantivo de la condición obrera es la explotación que sufre el proletariado bajo el capitalismo:

«(...) Lo mismo le da al obrero asalariado que su principal explotador sea la burguesía gran rusa y no la burguesía no rusa, o la burguesía polaca y no la judía, etc. Al obrero asalariado que ha llegado a comprender sus intereses de clase le son indiferentes tanto los privilegios estatales de los capitalistas gran rusos, como las promesas de los capitalistas polacos o ucranianos de instaurar el paraíso sobre la tierra cuando ellos obtengan privilegios estatales. De cualquier modo el desarrollo del capitalismo prosigue y proseguirá, tanto en Estados integrados con población heterogénea como en Estados nacionales segregados. En todos los casos, el obrero asalariado seguirá siendo objeto de explotación» (O.C., XXI, pág.344)

Lo que Lenin presenta como fundamentación marxista

para explicar y comprender la naturaleza de los movimientos nacionales plantea quizás más problemas de los que intenta resolver. Coincidentes con los ya enunciados a propósito de la obra de Kautsky, tales problemas ejemplifican lo que he definido antes como la *transferencia negativa* que conlleva la recepción de la doctrina oficial marxista en otros lugares del mundo.

Desde un punto de vista general reproduce una visión lineal y eurocentrista del desarrollo social, sobrevalorando el carácter progresista del proceso industrializador capitalista y concibiendo el movimiento histórico como si caminase siempre en dirección hacia un mayor progreso, atravesando etapas sucesivas, hasta consumir un estadio de internacionalización donde podrá armonizarse la humanidad con la naturaleza y consigo misma. Aunque en muy buena medida son ideas que dominan el panorama cultural del tiempo y están presentes también en la obra de Marx, el marxismo codificado por Kautsky y Plejanov las ha constituido en núcleo casi fundamental de la concepción materialista de la historia.²⁴

Tal concepción del desarrollo social determina una valoración harto problemática de los fenómenos nacionales. Por de pronto conduce a una *subestimación* de los mismos. Como son herencia del pasado tienden a diluirse con los avances del progreso, de la democracia y de la internacionalización. Y la nueva situación derivada, más progresista, compensaría la pérdida de la nacionalidad.²⁵

Otro problema de entidad es que alimenta una tendencia a la *separación y contraposición* entre la lucha nacional y la

²⁴ Lenin nunca se escapará del todo de esta concepción, si bien la corrige sustancialmente al analizar, años más tarde, la transformación del capitalismo en imperialismo.

²⁵ Lenin recoge este concepto de Engels, quien a su vez lo acuñó en sus escritos periodísticos sobre la Asamblea Nacional de Francfort, en 1848, refiriéndose a la experiencia de los pueblos franco-meridionales que consiguieron la democracia «como indemnización por (la pérdida de) su nacionalidad» tras la revolución francesa. Marx y Engels, «*La cuestión nacional y la formación...*», obra citada, pág. 87.

lucha de clases; una tendencia a considerar que las luchas nacionales sólo pueden interesar circunstancialmente a la clase obrera, sólo en tanto en que «oscurecen y demoran la lucha de clases del proletariado», y a concebirla en el fondo como una cuestión burguesa y bastante ajena por consiguiente.

Por otra parte, el esquema de Lenin deja una zona de *ambigüedad* que resultó ser una fuente casi permanente de actitudes tan diversas como encontradas: desde la indiferencia o nihilismo ante las cuestiones nacionales... hasta su extremo contrario, la adaptación del socialismo al nacionalismo burgués. Tal ambigüedad se derivaba de la contradicción entre las dos etapas del capitalismo antes reseñadas y resultaba más problemática allí donde se entrelazaban ambas tendencias simultáneamente, como ocurría en Austria y Rusia, es decir, allí donde a la vez que se producía el despertar nacional hubiera ya un proletariado constituido como fuerza política autónoma. Esta contradicción planteaba unos problemas doctrinales y políticos similares a los derivados de la discusión socialista más general sobre el doble carácter de la revolución rusa —democrático burguesa en una primera fase y posteriormente socialista— pero en un terreno menos conocido e incómodo; por ello, será el nudo gordiano que Lenin tratará de resolver mediante la interpretación y desarrollo del programa nacional bolchevique.

Doctrinalmente, Lenin resuelve esta contradicción de manera diferente, en cierto sentido. Mientras que afronta y resuelve el problema general del doble carácter de la revolución rusa con bastante precisión en la táctica y en lo más estratégico, con ideas claras de qué hacer, con un tono positivo y ofensivo, tanto en lo doctrinal como en lo político... adopta en cambio un tono *preventivo* en lo doctrinal al abordar la actitud general del movimiento obrero socialista hacia los movimientos nacionales y al definir las tareas nacionales del proletariado.

En este período, y como reflejo seguramente de su inseguridad e incomodidad en los terrenos nacionales, predominan los acentos negativos, las reservas cautelosas, los argu-

mentos condicionados... En su opinión, lo propio del proletariado (y de los socialistas) no es hacer naciones, sino exigir «sólo» la libertad e igualdad nacional. Ha de luchar incondicionalmente contra toda forma de opresión nacional, pero «sin ir más allá», mostrándose «neutral» ante el futuro de la nación. Ha de estar indiscutiblemente contra toda violencia nacional, pero ha de saludar a la vez la asimilación nacional que no se asiente en la fuerza o en los privilegios... La acumulación de prevenciones no hace sencilla, ciertamente, la interpretación de la doctrina.

La proyección de estos acentos «negativos» en algunos aspectos concretos y muy cualificados de los problemas nacionales fuerza un tratamiento notablemente esquemático e insuficiente por parte de Lenin.

Así sucede, por ejemplo, en lo relativo a *las lenguas nacionales*. Lenin las reconoce, desde luego, y reconoce su valor fundamental en la configuración de las naciones —«son lengua y territorio»— si bien elude penetrar en los complejos problemas de la relación entre lengua y nacionalidad. Siempre fue lúcido, además, respecto a la conveniencia (y necesidad) de la utilización por el partido de la lengua de cada pueblo para hacer más eficaz la penetración de las ideas socialistas. Es un defensor intransigente de la libertad e igualdad lingüística, de la eliminación de cualquier privilegio legal de una lengua sobre otra, y así destaca como un modelo a imitar el caso suizo donde impera la igualdad lingüística pese a las acusadas diferencias entre los hablantes de sus cuatro lenguas oficiales.

Pero Lenin se identifica con la perspectiva de que el mundo camina inevitablemente hacia la imposición de unas pocas lenguas. Su preocupación no es en consecuencia alentar el libre desarrollo de las lenguas nacionales y tratar de contrarrestar la tendencia a su asimilación por otras lenguas, en nombre del «amamos nuestra lengua» que dirá más tarde en un conocido texto sobre el patriotismo ruso. Su preocupación es, por el contrario, que el proceso de asimilación previsto pueda llevarse a cabo de modo «natural» por el propio discurrir de

la vida, sin violencias. Lo expone así, crudamente, pero con franqueza, en su carta a Shaumian en diciembre de 1913:

«Está usted en favor de un idioma oficial en Rusia (...) Disiento categóricamente (...) Su argumentación no me convence de ningún modo, sino todo lo contrario. Es indudable que el idioma ruso ha tenido un alcance progresista para numerosas naciones pequeñas y atrasadas. ¿Pero es posible que no advierta usted que su alcance progresista habría sido mucho mayor si no hubiera habido coerción? ¿Acaso el 'idioma oficial' no es un garrote que aparta a la gente del idioma ruso? ¿Por qué no quiere comprender la sicología, tan importante en el problema nacional y que, en caso de que se aplique la menor coerción, ensucia, mancha y reduce a la nada el indudable alcance progresista de la centralización, de los grandes estados y del idioma único? Pero la economía es más importante aún que la sicología: en Rusia tenemos ya una economía capitalista, que torna indispensable el idioma ruso. ¿Y usted no cree en la fuerza de la economía y quiere 'apoyarla' en las muletas del hampa policíaco? ¿No ve que de este modo deforma la economía, frena su desarrollo?...» (O.C., XXXIX, pág.104).

Otro tanto puede decirse de las cuestiones vinculadas con la *cultura nacional*. Su obra *Notas críticas sobre el problema nacional* contiene algunas reflexiones indispensables, básicas, en un tratamiento marxista de la cultura nacional. En primer lugar, la consideración de que la cultura siempre está determinada en cuanto a su contenido por la correlación objetiva de fuerzas presentes en cada nación; como en cualquier producción cultural de una época y un país, es preciso en consecuencia establecer la relación entre la llamada cultura nacional y la cultura dominante que está marcando la pauta en esa nación. En segundo lugar, complementando lo anterior, la exigencia de encuadrar los contenidos culturales en el marco de los intereses y de la política de las clases, para subrayar las diferencias existentes entre «las dos naciones que hay en cada nación y las dos culturas que existen dentro de cada cultura nacional», la cultura de las clases que dominan y la cultura de las clases oprimidas dentro de cada nación.

Más allá de estas reflexiones se nos revela un Lenin particularmente sumario y esquemático. Contrapone la cultura internacional a la nacional. Reduce la cultura nacional a sus contenidos democráticos y socialistas, sólo a esos contenidos, aceptando íntegramente la escolástica distinción de que la cultura del proletariado es nacional por su forma y socialista por su contenido ²⁶. En las *Tesis sobre la cuestión nacional* subraya de forma muy marcada que el proletariado debe asumir expresamente una perspectiva de internacionalización que implica la asimilación y desaparición de las culturas nacionales:

«a) Desde el punto de vista de la socialdemocracia es inadmisibles lanzar directa o indirectamente la consigna de cultura nacional. Esta consigna es errónea, pues toda la vida económica, política y espiritual de la humanidad se internacionaliza cada vez más ya bajo el capitalismo. El socialismo la internacionalizará por completo. La cultura internacional, que el proletariado de todos los países está creando ya ahora de modo sistemático, no hará suya la 'cultura nacional' (cualquiera que sea la colectividad nacional) en su conjunto, sino tomará de cada cultura nacional exclusivamente sus elementos democráticos y socialistas consecuentes» (O.C., XIX, pág.495)

El corolario que se desprende de estas ideas es la consideración, en el fondo, de la bondad de *los fenómenos de asimilación nacional* siempre y cuando no se fundamenten en la violencia. En *Notas críticas sobre el problema nacional* trata despectivamente el problema de la asimilación (esto es, «la pérdida de las particularidades nacionales y la absorción por otra nación», según precisa el mismo Lenin) hasta el punto de titular el capítulo dedicado a esta cuestión con un calificativo harto elocuente: «El espantajo de la asimilación». En di-

²⁶ Esta distinción de contenido y forma la amplía Marx en el punto quinto de la *Crítica al programa de Gotha*. La utilizaron en el mismo sentido Kautsky, en *Nacionalidad e internacionalidad*, y Pannekoek, en *Lucha de clases y nación*.

cho capítulo plantea en primer lugar el carácter *inevitable* de la asimilación. Son las condiciones del capitalismo avanzado las que generan un proceso de asimilación de las naciones, de manera que cada ciudad industrial, en pequeña o gran escala, se asemeja a un molino «en el que se trituran las diferencias nacionales». En segundo lugar, destaca el carácter *progresista* de los fenómenos de asimilación nacional que no se fundamentan ni en la violencia ni en las desigualdades ni en la existencia de privilegios. Ilustra su pensamiento el ejemplo que él mismo pone del proceso de asimilación que entonces se estaba produciendo en Ucrania:

«...Hace ya varios decenios que se opera un definido proceso de acelerado desarrollo económico en el sur, es decir en Ucrania, que atrae a centenares de miles de campesinos y obreros de la Gran Rusia a las haciendas capitalistas, a las minas y a las ciudades. En este sentido, la ‘asimilación’ del proletariado gran ruso y ucraniano es un hecho indiscutible. Y *este* hecho es indudablemente progresista. El capitalismo sustituye al mujik ignorante, atrasado, arraigado, de las regiones apartadas gran rusas o ucranianas, por el andariego proletario, cuyas condiciones de vida rompen específicamente la estrechez nacional, lo mismo gran rusa que ucraniana...» (O.C., XX, pág.359).

La objeción que puede hacerse a ambas consideraciones es que Lenin plantea solamente una parte del problema y tal vez la menos significativa. Aparte de lo que haya de exageración en la cuantificación de los fenómenos de asimilación que se daban ciertamente entonces, aparte asimismo de silenciar las tendencias contrarias que también comienzan a manifestarse en esa misma época, Lenin hace abstracción de algo tan básico como es la investigación del contexto sociopolítico en que se producen los fenómenos de asimilación. Si Lenin hubiera abordado el problema de esa forma es probable que hubiese advertido la abstracción que supone su posición en favor de los procesos de asimilación «naturales» (no violentos), pues han sido y siguen siendo irrelevantes los casos de asimi-

lación que pueden desligarse totalmente de un contexto socio-político de imposición más o menos violenta. Partiendo del hecho de que la asimilación es un fenómeno que siempre ha acompañado a la humanidad, se da en la actualidad y proseguirá en el futuro, partiendo asimismo de que ha tenido y tiene sentidos concretos muy diversos en virtud de los procesos socio-políticos en que se produce, creo que es ahí, en lo concreto, donde ha de ponerse el acento.

Por otra parte, Lenin simplifica el complejo y delicado problema que el capitalismo ha generado al desarrollar en poco tiempo tantas ciudades y territorios y *minorizar* en ellas a sus habitantes y su cultura. La observación sobre la resultante progresista de la asimilación ucraniana con el proletariado ruso es atinada (y seguramente hacía bien en subrayar esa idea, dado a quienes iba destinada esa polémica), pero es una reflexión unilateral si no se equilibra con otros acentos y está excesivamente vinculada a aquella polémica con los ex-marxistas ucranianos. No está de más indicar que Lenin se queda en este asunto por detrás del Marx que estudia minuciosamente las causas de la emigración masiva de campesinos irlandeses a las ciudades inglesas y profundiza en los contenidos socio-económicos de la cuestión nacional irlandesa ²⁷.

Los asuntos relacionados con el *desarrollo nacional*, con la construcción nacional, los despacha asimismo de forma escueta y contundente. No es tarea del proletariado hacer naciones, no es su labor institucionalizar las naciones, ni ha de empeñarse en frenar las tendencias que conducen a la asimilación y desaparición de las diferencias nacionales. Sus tareas nacionales se han de limitar a combatir la opresión nacional y a preocuparse por instaurar un régimen democrático que es-

²⁷ Entre los muchos escritos de Marx sobre este asunto, pueden verse, a modo de resumen, su *Proyecto de un discurso no pronunciado, sobre el problema irlandés* y la *Conferencia dictada el 16 de diciembre de 1867*. Marx y Engels, *Escritos sobre Irlanda*, obra citada, págs. 145-151 y 154-170, respectivamente, así como las referencias a la despoblación y depauperización de Irlanda incluidas en el Volumen I (sección 5, cap. XXV) de *El Capital*).

tablezca la igualdad y la libertad nacional. Y nada más. Como en la década anterior, considera que en esos campos no cabe una actitud «positiva» de la clase obrera. No es su terreno. Y quien lo traspase quedará anatematizado por «adaptar el socialismo al nacionalismo», o por meterse a hacer lo que no es propio de los socialdemócratas sino de «curas, burgueses y pequeñoburgueses».

Llegados a este punto es obligado hacer varias puntualizaciones sobre estas posiciones de Lenin y más en general sobre el alcance que puede darse al esquema comentado en este apartado.

El hecho de que sean, prácticamente, las alusiones más expresas y acabadas de toda su obra sobre aspectos cualificados de los problemas nacionales, ha tendido a revalorizarlas, cual si se tratara de sus opiniones más profundas sobre la cuestión nacional, en detrimento del sentido concreto que tienen en realidad dado el contexto en que fueron formuladas.

No pueden desligarse, en primer lugar, del *contexto polémico* en el que se encuadran. En su mayor parte se trata de textos extraídos de su obra *Notas críticas sobre el problema nacional*, de la que el mismo Lenin dice que está escrita para «combatir las vacilaciones programáticas de los marxistas y de los seudomarxistas en cuanto al problema nacional».

La preocupación por desacalificar las ideas contrarias, por destacar sólo las cosas que interesa para poner fuera de combate al adversario... es lo que priva en estos textos indudablemente, mucho más que la inquietud por penetrar en los diversos problemas teóricos y políticos de las cuestiones abordadas.

En muy buena medida, el tipo de polémica y de adversario condicionan decisivamente no sólo los blancos de la reflexión sino su mismo resultado, bien limitándolo de partida o haciéndolo más pobre, como ocurre cuando polemiza con exmarxistas a los que tacha de seguidores del nacionalismo burgués, bien permitiendo un desarrollo con registros más sugerentes y equilibrados, cosa que se da, en cambio, en su polémica con Rosa Luxemburgo y hace más interesante su última

obra de este período: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*.

Ha de tenerse en cuenta, además, el *contexto político* general de este período, entre los años 12 y 14, y la preocupación predominante de Lenin por preservar y potenciar la tradición revolucionaria del movimiento democrático y obrero ruso. Sus inquietudes en este período son fundamentalmente políticas y no tanto teóricas. Y aun cuando aborda cuestiones desde un ángulo teórico, lo hace siempre desde una intencionalidad política concreta, de la que no pueden desligarse. Se plantea, por consiguiente, el interrogante de si las claves de los acentos «negativos» que impregnan el tratamiento doctrinal de los asuntos nacionales no se encuentran en realidad en la batalla política que viene librando contra el ascenso de las corrientes, en su opinión, reformistas y liquidadoras. Es decir, si más que preocupaciones teóricas sobre los fenómenos nacionales, se encuentra en realidad una inquietud antirreformista, un celo por vigilar la marcha de los obreros bajo influencia bolchevique y, especialmente, la obsesión por mantener unido al partido.

Por otra parte, es preciso volver a recoger ahora una reserva antes mencionada: la *artificialidad* de un método que separe el tratamiento doctrinal del proceder político de Lenin en ese mismo período. Cuando menos, sería obligado dejar el juicio en suspenso hasta contrastarlo con su actuación política y la definición concreta de los problemas nacionales en el imperio Ruso que hace entonces.

Todas estas consideraciones conducen, en suma, a la necesidad de tomar con mucha cautela las ideas de Lenin comentadas en este apartado. Deben ponerse de relieve sus deficiencias, su doctrinarismo... como se ha hecho, pero sin forzar las cosas. Esto es, cuestionando en primer lugar su propio alcance y no adjudicándoles un «status teórico» que no tienen en realidad. Pero aun hay más. Pues queda pendiente la prueba de qué influencia pudieron tener este tipo de ideas en el comportamiento político de Lenin en ese mismo período. Y, además, es una exigencia ineludible el contrastarlas con la

evolución posterior de Lenin, con las ideas que defenderá en la última década de su vida.

Lo que sí puede asegurarse acerca del esquema aquí comentado sobre los movimientos nacionales es que le resulta muy «cómodo» en ese momento a Lenin, en tanto que concuerda con la estrategia general trazada en la década anterior y con el doble carácter de la revolución rusa. Por consiguiente, le permite presentar lo relativo a los fenómenos nacionales, sin rupturas, confirmando la corrección en el fondo de las líneas maestras trazadas en 1903 y en todo caso desarrollándolas más en algunos terrenos para ajustarlas a la mayor importancia que han cobrado en este período. Pero aun esto mismo avala la presunción de que Lenin elige y utiliza tal fundamentación «teórica» con una funcionalidad eminentemente política.

El planteamiento político. La doble tarea

El planteamiento político de Lenin ante los problemas nacionales del imperio arranca de lo que él denomina una exigencia «categórica» de la metodología marxista (obligada en general para examinar cualquier problema social): hay que situarlos históricamente, en concreto, determinando en qué fase del desarrollo capitalista está Rusia, y hay que tener en cuenta los rasgos específicos que los particularizan. Su punto de partida es, por tanto, el análisis concreto de las realidades específicas rusas ²⁸.

Siguiendo el hilo de los escritos donde aborda con mayor detalle la particularidad de los problemas nacionales en Rusia, —*Tesis para la disertación sobre el problema nacional y El derecho de las naciones a la autodeterminación*—, pueden extraerse las siguientes conclusiones:

—Rusia está en un proceso de desarrollo capitalista que

²⁸ Lenin. O.C., XXI, 321 y ss.

avanza inexorablemente. Las transformaciones democrático-burguesas de la sociedad, aún sin concluir, proseguirán inevitablemente, sea cual fuere la fórmula que se imponga al final, controladas desde «arriba» o impulsadas desde «abajo».

—Rusia es un Estado plurinacional bajo la dominación de un centro nacional único: los gran rusos, quienes ocupan un vasto territorio ininterrumpido (la Rusia europea y el grueso de Siberia) y suponen el 43% de la población. La mayoría de la población es por tanto no rusa y ocupa las zonas fronterizas del imperio en su mayor parte.

—El zarismo que impera en Rusia es el régimen estatal más reaccionario de la época en general y también en lo que hace a la situación de las nacionalidades no rusas, las cuales se encuentran en condiciones de «máxima e increíble» opresión.

—Algunos elementos concretos singularizan (y agudizan) más los problemas nacionales. Unas cuantas naciones situadas en el límite occidental del imperio tienen un desarrollo económico y un nivel de cultura equiparable o más alto que el centro ruso; mientras que otras pertenecen al género de las naciones divididas entre varios Estados —polacos, lituanos, ucranianos, rumanos— con la peculiaridad de que la «otra parte» goza en ese momento de una situación nacional más benigna. En el límite oriental del imperio ocurre algo similar, aunque con intensidad menor. El despertar de los países asiáticos vecinos —Turquía, Persia, China— en los que ha comenzado una fase de revoluciones burguesas y de movimientos nacionales se extiende a las nacionalidades afines del imperio ruso, particularmente en el Cáucaso, en el Asia Central y entre el Volga y los Urales.

—La incidencia de la cuestión nacional en el plano político ha ido cobrando mayor importancia desde 1905 y va a más, en la medida en que colisionan dos nacionalismos (y se alimentan el uno del otro). Se exagera el nacionalismo expansionista gran ruso que se siente amenazado dentro de las fronteras de su imperio y teme perder sus privilegios nacionales.

Y, simultáneamente, el recrudecimiento de la opresión engendra o intensifica tendencias «separatistas» en las nacionalidades.

—La irrupción de los movimientos nacionales en Rusia se produce cuando hay un proletariado distribuido por todo el imperio y que ya ha manifestado, en 1905, ser una fuerza social capaz de llevar a toda la sociedad a una situación revolucionaria.

—El nudo de los problemas radica en que en Rusia se manifiestan simultáneamente y de la manera particular descrita las dos tendencias generales del capitalismo y los fenómenos que acompañan a una y otra: los movimientos nacionales y el movimiento obrero socialista. De ahí se deriva la necesidad de tener en cuenta ambas cosas, a la vez. Por un lado, la de definir las obligaciones nacionales del proletariado (y de los socialistas) Y, de otra parte, la de conjugarlas al mismo tiempo con aquellas tareas que tiendan a mantenerle como una clase independiente y con su propia perspectiva política socialista.

La respuesta de Lenin se sintetiza, básicamente, en el enunciado de una *doble tarea*.

Combatir de modo consecuente e incondicional toda manifestación de opresión nacional, actuar de manera intransigente contra todo tipo de privilegios de unas naciones sobre otras, es la primera tarea. Su complemento «positivo» es la exigencia de luchar por un régimen democrático que establezca la libertad e igualdad de derechos nacionales y, por tanto, la igualdad para que cada nación pueda constituir su propio Estado nacional.

Esta primera tarea deriva de lo que Lenin considera que debe recogerse, desde una perspectiva socialista, del «principio de nacionalidad»: el igualitarismo nacional («la democracia obrera lucha de un modo serio, sincero y consecuente por la igualdad de derechos de las naciones» (O.C., XXI, pág.355). Pero también la exige con razonamientos del más elemental sentido práctico de la vida, puesto que es lo

más sensato si se aspira a organizar un movimiento internacionalista entre trabajadores de diferentes naciones. De lo contrario, no tendría credibilidad ni viabilidad la consigna «proletarios de todos los países, uníos!».

En lo ideológico y en lo político Lenin la destaca como la *tarea práctica principal* para los trabajadores de todas las nacionalidades ²⁹; pero insiste especialmente en su obligatoriedad para los trabajadores gran rusos, debido a su preponderancia demográfica y a que comparten la nacionalidad del Estado presor. Lenin acaba de leer los escritos de Marx sobre Irlanda y ha recogido una idea clave para él de aquí en adelante: *un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*. La proyección de esta idea a la sociedad rusa la concreta en la necesidad de dedicar una atención singular a combatir los prejuicios nacionalistas gran rusos de la población trabajadora rusa y sobre todo de los campesinos.

La segunda tarea consiste en la exigencia de salvaguardar la unidad de clase de los trabajadores de todas las nacionalidades del imperio, tanto en la lucha económica cotidiana como en la lucha política antizarista y en la lucha por el socialismo. Lenin plantea esta tarea, igual que en la época anterior, como una exigencia incuestionable del «principio de internacionalidad» y también por pura lógica política, como condición para que la revolución democrática vaya lo más lejos posible. En los años 13 y 14 insiste más en este último razonamiento, remarcando que la solución de los problemas nacionales requiere conquistar una democracia avanzada que excluya las relaciones de fuerza entre las naciones y no un marco democrático cualquiera («la democracia en términos generales es compatible con el nacionalismo belicoso y opresor», O.C., XX pág. 324).

Por ello, pone de relieve ahora la dificultad política que entraña la realización de esta tarea, pues supone plantear la unidad entre los trabajadores de naciones oprimidas y los de la nación opresora. En las condiciones políticas del imperio

²⁹ Idem, pág. 334.

es «erróneo desentenderse de las tareas de liberación nacional», dice ahora refiriéndose a unos y a otros; pero *unos* han de poner el acento en demostrar sincera y consecuentemente su voluntad política de erradicar toda situación de opresión nacional y los *otros* no han de olvidar la necesidad de constituirse como una fuerza independiente de clase frente a su burguesía dentro de su propia nacionalidad. A partir de esta base, sigue planteando, con igual inflexibilidad que en la década anterior, el modo organizativo unitario: organizaciones únicas y centralizadas para la clase obrera y el partido; defendiendo, también como antes, la autonomía necesaria para hacer más eficaz la acción ³⁰.

Si se compara el hilo de estos razonamientos más políticos con las reflexiones de tipo doctrinal expuestas en el apartado anterior, saltan a la vista algunas diferencias. Lo que prevalece en el razonamiento más político es una combinación de acentos dialécticamente complementarios. No hay una jerarquización entre una y otra tarea. Ambas son inseparables. Por otro lado, tampoco se da de forma rígida la distinción entre obligaciones «circunstanciales» y otras más «sustantivas». Aquí, en lo político, prevalece la constatación de las realidades que existen realmente y que condicionan por tanto la acción política, de modo que es menester tenerlas en cuenta inexcusablemente para transformar la realidad en un sentido revolucionario.

De esta forma, la cuestión nacional queda integrada orgánicamente en la revolución democrática pendiente. Lenin sigue insistiendo, como antes, en que su solución depende de una amplia democracia y, en consecuencia, de los medios necesarios para conseguirla, de la unidad de la única fuerza social capaz de llevar tan lejos las conquistas democráticas: «Si los proletarios gran rusos y ucranianos están unidos, una Ucrania libre *es posible*; sin esa unidad no se puede hablar siquiera de tal cosa» (O.C., XX.358). Pero ahora, la cuestión na-

³⁰ Lenin. O.C., XIX, págs. 494 y 498.

cional adquiere un status *más relevante* y es una de las tareas principales que ha de llevar a cabo la nueva democracia: sin libertad e igualdad nacional no puede hablarse de democracia.

Con este planteamiento, si es que pudiera aislarse en forma pura de otras consideraciones del Lenin de la misma época, la acción política podría haberse librado entonces de la rigidez y el esquematismo que impregnan algunas de las posiciones doctrinales antes expuestas. Mas no sucedió esto, empero, en los años 13 y 14, puesto que unos y otros razonamientos están mezclados y revueltos en los mismos textos y resultan inseparables, como es inseparable el Lenin doctrinario del estratega político perspicaz y del revolucionario comunista consecuente.

Durante los años 13 y 14, la política nacional leninista mantiene la característica de la época anterior, enuncia un programa para una situación de democracia, tras el derrocamiento del zarismo, y tiene un valor sobre todo propagandístico-ideológico. Pero en este período, la conflictiva situación nacional del imperio presiona a favor de un desarrollo más amplio del programa y da a la defensa de las posiciones bolcheviques un mayor alcance inmediato, exigiéndoles adoptar además algunas iniciativas políticas por primera vez en el terreno nacional.

El registro de los temas abordados se amplía a su vez significativamente. Lenin sigue prestando atención a combatir la influencia del «espíritu austríaco», la autonomía nacional cultural, si bien se advierte conforme pasa el tiempo un punto de menor preocupación por ese asunto, quizás debido a la presencia creciente de otro tipo de inquietudes. Así, por ejemplo, cada vez lo ocupa y preocupa más el seguimiento y denuncia del nacionalismo gran ruso, tanto en su versión más reaccionaria como en la de la burguesía liberal rusa, dedicándole buena parte de sus artículos cortos en la prensa legal bolchevique. Frente al nacionalismo gran ruso, Lenin defiende la legitimidad de los «separatistas» que son objeto de persecución, (lo que no quita para que al mismo tiempo conspire con Inés Armand y Oxen Lola para organizar una tendencia

ucraniana que defienda la unidad con los trabajadores rusos) ³¹.

La polémica con Rosa Luxemburgo, más allá de su destinataria, va dirigida asimismo a prevenir y corregir las actitudes tendentes a restarle importancia a los problemas nacionales que se manifestaban dentro del propio partido bolchevique. Particularmente fecunda desde el punto de vista político e ideológico es su insistencia en no perder de vista cual es el nacionalismo que dirige la política real, esto es, cual es el nacionalismo dominante. Su llamamiento a superar la «estrechez mental» que suele producirse en la lucha necesaria contra la propia burguesía nacional, anticipa ya en cierto modo la distinción posterior entre la diferente naturaleza política del nacionalismo de un pueblo oprimido y el propio de una nación opresora:

«...En cuanto a las naciones oprimidas, la organización del proletariado en un partido independiente conduce a veces a una lucha tan encarnizada con el nacionalismo local que se deforma la perspectiva y se pierde de vista el nacionalismo de la nación opresora» ³².

En el último año antes de la guerra, Lenin desarrolla en todos sus puntos el programa de 1903, corrigiendo carencias anteriores. En lo referente a las *lenguas*, la novedad más importante es el rechazo del idioma oficial en la Rusia democrática, coherentemente con su posición de que ninguna lengua debía tener privilegio alguno. La igualdad de las lenguas quedaría garantizada con dos medidas complementarias: a) mediante las competencias autonómicas, por las cuales los órganos de autogobierno local y las Dietas (o parlamentos) autonómicos determinarían la lengua oficial de cada territorio y localidad, organizarían su propia red de enseñanza, etc., y b) mediante la exigencia de una ley fundamental que proclama-

³¹ Lenin. O.C., XXXIX, págs. 72 y 121.

³² Lenin. O.C., XXI, 372.

se el derecho inviolable a la enseñanza en la propia lengua materna, entre otras cosas ³³. Esta ley, que Lenin recoge del programa de Brno, tendría un alcance más general: habría de servir de garantía suprema de los derechos de todas las minorías nacionales y para criminalizar asimismo cualquier violación de esos derechos.

En la primavera de 1914 Lenin trata de reflejar el nuevo espíritu de la política bolchevique sobre los problemas nacionales en varias *iniciativas*, ninguna de las cuales pudo realizarse debido a la represalia que sufrieron los diputados bolcheviques (fueron sancionados a no poder asistir a las últimas sesiones de la Duma antes de la guerra) y, después, por el cambio de situación que originó el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La primera de estas iniciativas consistía en un Proyecto de Ley para abolir las discriminaciones que todavía vejaban a la comunidad judía (*Proyecto de Ley sobre la igualdad nacional*) ³⁴. La segunda fue la preparación de un discurso importante sobre la situación nacional en Rusia que debía pronunciar la representación bolchevique en la Duma, denunciando la política gubernamental y exponiendo los criterios del POSDR ³⁵. Finalmente, otro Proyecto de Ley para articular la igualdad de las naciones y garantizar la defensa de los derechos de las minorías nacionales, en el cual se detallaban en cierto modo las bases para una ordenación autonómica y democrática del Estado ³⁶.

Más allá de su objeto formal, estos trabajos tienen el interés de presentar otra imagen de Lenin, preocupado ahora por exponer de forma positiva, y no a la contra, las claves de

³³ Entre los diversos escritos de esta época sobre el problema lingüístico pueden consultarse: «Resoluciones de la reunión de verano de 1913...» (punto primero de la relativa al problema nacional), *La nacionalidad de los alumnos en las escuelas rusas* y *Contra el idioma oficial obligatorio*, todos ellos incluidos en el tomo XX de las Obras Completas.

³⁴ Lenin. O.C., XXI, págs. 73-75.

³⁵ Idem, págs. 119-127.

³⁶ Idem, págs. 192-194.

su política nacional. Por encima de cualquier otra consideración, late en estas iniciativas el igualitarista radical, convencido, en lo que hace al mundo de las naciones. Y, al mismo tiempo, el político que insiste incesantemente en el doble acento de la posición nacional bolchevique: conjugar la lucha contra la opresión nacional y la defensa de la unidad proletaria. Si bien se trata de acciones propagandísticas, dada la ínfima minoría del grupo parlamentario bolchevique en la Duma, Lenin les concede gran importancia, pues son gestos políticos que dan la imagen de una línea de actuación.

El breve artículo que publica en Pravda para destacar el interés del Proyecto de Ley contra las discriminaciones de los judíos y pedir que se recojan miles de firmas de apoyo entre los obreros, es un buen resumen de la actitud política presente en dichas iniciativas:

«...En medio de la zozobra y la agitación de la lucha por la existencia, por un pedazo de pan, los obreros rusos no pueden ni deben de olvidar el yugo de la opresión nacional bajo el cual gimen decenas y decenas de millones de ‘no rusos’ que habitan Rusia (...) Y las condiciones de vida de toda esa inmensa población son aún más inhumanas que las de los rusos».

La política de oprimir a las nacionalidades es la política de *dividir* a las naciones. Al mismo tiempo es una política de *corrupción* sistemática de la conciencia del pueblo (...) La opresión de los ‘no rusos’ es un arma de dos filos. Uno va dirigido contra los ‘no rusos’ y el otro contra el pueblo ruso. Es por ello que la clase obrera debe protestar con la mayor energía contra la opresión nacional, de cualquier forma o género.

(...) Es una cuestión de honor para los obreros *rusos*, lograr que este proyecto de ley del grupo del POSDR contra la opresión nacional sea respaldado por docenas de miles de firmas y declaraciones proletarias... Esta será la mejor manera de consolidar la unidad *completa*, de cohesionar a todos los obreros de Rusia sin distinción de nacionalidades» (O.C., XXI,139).

El derecho a la autodeterminación

La defensa de la autodeterminación es la contribución más importante de Lenin en este período, si bien tarda en cobrar relieve dentro de su obra, durante un tiempo bastante polarizada por la crítica de la autonomía cultural. Pero desde el verano de 1913 (cuando escribe las *Tesis sobre el problema nacional*) ocupa un lugar dominante en sus textos hasta el estallido de la guerra mundial. Ello refleja en muy buena medida los nuevos registros que está introduciendo en su reflexión sobre los problemas nacionales.

Cuando Lenin afronta esta tarea carece de referencias teóricas y políticas precisas en las que apoyarse. Las alusiones de Engels a la autodeterminación, amén de pertenecer a otra época histórica, no resultaban válidas para sus propósitos, en tanto que restringían su alcance a las naciones avanzadas de entonces (las naciones «históricas») ³⁷. El argumento de autoridad al que apela frecuentemente —que la autodeterminación era un principio general de la democracia europea desde 1848— tampoco servía de mucho, más allá de confirmar ciertamente la presencia de ese concepto en los medios políticos, filosóficos y literarios europeos. Pese a dicha presencia, la autodeterminación carecía de un contenido claro y en el mejor de los casos (por no olvidar a Napoleón III y su manipulación de la autodeterminación) venía a expresar una genérica toma de posición ante el presente y futuro de tantas nacionalidades que en ese momento histórico estaban siendo sometidas a una fuerte presión asimiladora por parte de los grandes Estados europeos.

Por otra parte, y como ya se ha indicado, ningún partido marxista había incorporado la autodeterminación en sus programas políticos, salvo el POSDR en 1903. Quizás para con-

³⁷ Una exposición de esta concepción restringida, en el segundo de sus artículos para *The Commonwealth*, de 1866, *Qué tiene que ver la clase obrera con Polonia*. Cfr. *La cuestión nacional y la formación...*, obra citada, pág. 245.

trarrear este hecho, Lenin invoca también, constantemente, la autoridad del congreso de Londres de la II Internacional (1896), que aprobó una resolución «a favor del derecho completo a la autodeterminación de todas las naciones». Pero la consistencia de este argumento es asimismo muy discutible. Parece más congruente la interpretación de esa resolución por parte de Rosa Luxemburgo, quien insiste en que la autodeterminación «no fue formulada por el congreso con intenciones de proporcionar al movimiento obrero internacional una solución al problema de las nacionalidades» y ofrece el testimonio de que aquella resolución se adoptó como una fórmula de compromiso, dándole expresamente un tono retórico, abstracto, difuso, sin alcance preciso en la política práctica ³⁸.

Al filo del cambio de siglo, la autodeterminación comienza a utilizarse frecuentemente en los medios del marxismo austriaco como sinónimo de autogobierno o autoadministración nacional. Pero ni siquiera en este caso alcanza un contenido más preciso, pues no pasa de ser una expresión literaria para denominar, de otra manera, una concepción de la autonomía nacional con un carácter eminentemente cultural ³⁹. Precisa-

³⁸ Rosa Luxemburgo. *La cuestión nacional y la autonomía*, obra citada, págs. 29-32. Por otro lado, Bernstein afirma que dicho congreso dispuso de escaso tiempo para los debates y, debido a ello, no se dió una discusión seria sobre la cuestión nacional, interpretando, en cualquier caso, que la resolución favorecía la orientación de Rosa Luxemburgo. «*La socialdemocracia y los disturbios...*», obra citada, pág. 49.

³⁹ Este contenido autonómico y cultural queda patente en la obra de Bauer «*La cuestión de las nacionalidades...*», págs. 391-397. Asimismo, en la exposición del ponente Seliger en el congreso de Brno de 1899, cuando afirma:

«Ante todo, la cuestión de las nacionalidades no debe ser concebida como una cuestión de poder, sino como una cuestión cultural. En la dirección propuesta por el ejecutivo en pleno, las naciones deben obtener su total derecho a la autodeterminación, de tal modo que Austria se divida en regiones nacionales autoadministradas que cuiden autónomamente de sus asuntos nacionales...»

En «*La Segunda Internacional y el problema nacional...*», obra citada, pág. 187.

mente por eso mismo. Rosa Luxemburgo, poco amiga de los términos retóricos, desechará la autodeterminación con la argumentación de que no le parece mas que un lugar común de la literatura nacionalista.

Teniendo como referencia las concepciones de los medios austro-marxistas, Lenin inaugura otra manera de entender la autodeterminación más radical, por así decirlo, en tanto en que conecta con una inquietud revolucionaria y no con la intención reformista que late en las propuestas de Bauer o Renner.

Define en primer lugar el *alcance universal* de la autodeterminación: es un derecho de todas las naciones. Aunque, a decir verdad, su aplicabilidad de hecho es algo más restringida. Atado en ese momento a la posición históricoeconómica antes expuesta, Lenin considera que en la Europa occidental ya no tiene sentido, pues se ha consumado globalmente allí el período nacional y ya se han realizado en lo fundamental las transformaciones democráticoburguesas. La aplicación del derecho a la autodeterminación tiene un valor político especial, en cambio, para todas aquellas partes del mundo que en ese momento están iniciando las transformaciones democráticoburguesas y asisten a su despertar nacional, es decir, para la Europa oriental y Asia. En países como Rusia, según dice, resulta absolutamente obligatoria ⁴⁰.

Frente a la confusión sobre su contenido concreto, Lenin precisa que el problema principal de las naciones radica en la carencia de un *poder político propio*, o dicho de otra forma, en la desigual situación de las naciones respecto a los poderes políticos constituídos, en el hecho de que unas tienen el privilegio de contar con un Estado y otras carecen de él. De ahí que concentre el contenido de la autodeterminación en el *derecho a la separación* y a la constitución de un Estado propio, independiente.

Lenin considera que la solución de los problemas de opresión nacional pasa irremediablemente por la necesidad de es-

⁴⁰ Lenin. O.C., XXI, pág. 328 y XX, pág. 409.

tablecer una igualdad real entre las naciones en cuanto a la posibilidad de edificar su propio Estado (nacional), tachando de mera palabrería toda declaración de igualdad que no llegue a ese extremo concreto. Desde su igualitarismo radical es inadmisble que la posibilidad de constituir un Estado nacional sea de hecho un privilegio de unas cuantas naciones (más poderosas).

En defensa de ese contenido, como derecho a la separación única y exclusivamente, polemiza sin cuartel en esta época contra las corrientes que a su juicio desdibujan de diversas maneras el contenido político de la autodeterminación, bien contra quienes defendían la autodeterminación «cultural» (además de los socialistas que se hacían eco de las ideas austríacas, también los kadetes se apuntaron a esta postura), bien contra los que la utilizaban de modo confuso, diluyéndola entre una gama de opciones (entre la federación, la autonomía y la separación) ⁴¹.

En esta época no hace muchas precisiones sobre *el sujeto* de la autodeterminación. Se limita a definir, en general, que la aplicación del derecho corresponde a las naciones o pueblos que cuentan ya con movimientos nacionales democrático-burgueses. Y tampoco avanza demasiado en lo que concierne al modo de ejercitarla, salvo indicar que ha de ser resuelta «exclusivamente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto de la población del territorio correspondiente». Aunque, eso sí, enfatiza en varias ocasiones que se trata de una decisión que corresponde sólo a la nación que desea separarse:

«... el señor Siemkevski no comprende siquiera *de qué se trata*. No se le ocurrió que el derecho a la separación presupone que el problema se resuelve no por el parlamento central, sino sólo por el parlamento (Dieta, referéndum, etc.), de la región que se separa...» (O.C., XXI,371) .

⁴¹ Lenin. O.C., XXI, págs. 341 y 362.

Establece, por otra parte, los criterios generales de la *posición socialista* en el momento de ejercitar la autodeterminación en un país. ¿Conviene o no propugnar la separación en un caso concreto hipotético? La respuesta de Lenin, si bien general, rehuye hacer conjeturas en vano sobre las circunstancias muy diversas o impredecibles que pueden darse en cada caso concreto. Alejándose de cualquier respuesta de tipo casuístico, pone el acento en la consideración concreta, cuando llegue, de cada caso. Pero advierte, a continuación, que lo sustancial es seguir marchando hacia el objetivo socialista a través de «todas las vías posibles» de desarrollo nacional.

Que la lucha de clases del proletariado resulte beneficiada en última instancia es el criterio general desde el que se contempla la separación nacional, al igual que cualquier otra reivindicación nacional. A título de ejemplo considera un caso claro donde conviene la separación todas aquellas situaciones en que la opresión nacional y los roces nacionales hagan la vida en común (dentro de un Estado) absolutamente insoportable y frenen las relaciones económicas de todo género ⁴².

Para Lenin, la autodeterminación condensa todas las claves de su preocupación por los problemas nacionales en este período:

—Implica la proyección de la democracia y del igualitarismo (entendidos de manera consecuente, radical) al campo de las naciones, sin lo cual es inconcebible el socialismo.

—Es la piedra de toque para denunciar el poder «que dirige realmente la política», esto es, el nacionalismo dominante gran ruso.

—Permite integrar en la revolución democrática los movimientos populares que se levantan contra la opresión nacional.

—Tiene la virtud de dejar al descubierto a las corrientes socialistas que no plantean con claridad el problema del poder político de las naciones.

—Concuerda con el optimismo de su visión general sobre

⁴² Idem, pág. 343.

un futuro de acercamiento libre y voluntario de las naciones. Está convencido de que el reconocimiento de la autodeterminación desactiva, paradójicamente, las tendencias a la separación que se nutren principalmente de la opresión nacional.

—Sintetiza, en una palabra, la doble tarea antes enunciada: es la mejor expresión de la libertad e igualdad nacional a la vez que contribuye a unir más sólidamente —en tanto que elimina la principal raíz de la opresión nacional— a las gentes de diferentes naciones.

Aunque posteriormente enriquecerá su concepción de la autodeterminación, corresponde al Lenin de este período el mérito de haber puesto de relieve el valor de este derecho. Pocos años más tarde, al final de la Primera Guerra Mundial, cuando se reúna la Sociedad de Naciones en Versalles, el concepto de la autodeterminación se convertirá en un punto de referencia obligado de la política mundial.

Federalismo y autonomía. Centralismo y democracia

La concepción autonómica de Lenin carece de la originalidad que caracteriza su posición sobre la autodeterminación. En este campo, por el contrario, puede apoyarse en autores de la época (marxistas o no, dado que la literatura sobre la autonomía comienza a ser abundante) y, en consecuencia, se limita a seleccionar a su manera, de aquí y de allá, las ideas que mejor se acomodan a sus concepciones. Pero antes de exponerlas conviene pasar revista brevemente a algunos aspectos de su planteamiento general sobre la estructuración del Estado a los cuales están estrechamente vinculadas.

Sus ideas sobre la *dimensión* del Estado son enteramente hijas de la época en que vive. Lenin, prisionero de una experiencia histórica limitada, mal puede advertir los innumerables problemas que el gigantismo estatal genera para el desarrollo de una sociedad socialista. Todavía no ha reflexionado seriamente sobre el Estado, como lo hará cuando se desencadene poco después la guerra imperialista, de modo que en es-

tos años al abordar el problema de su dimensión territorial destaca, unilateralmente, las ventajas de los grandes Estados.

Está por un gran Estado, todo lo mayor que sea posible en cuanto a su territorio, como lo está la opinión pública en general en aquel ambiente histórico; pues era un dogma del momento que un pequeño Estado no podía racionalizar la producción como el que contaba con un territorio más amplio, ni sacarle tanto partido a la circulación del capital, ni defender su comercio con buenos tratados, ni disponer de un ejército que asegurase sus intereses, etc.

A estas ideas, fruto del tiempo, Lenin añade de su cosecha otras consideraciones básicas: a) una preocupación por no desdeñar las ventajas de una cierta dimensión del Estado revolucionario (territorial, demográfica, etc.) para la realización del socialismo, b) una inquebrantable posición de que la amplitud del Estado no puede fundarse en la violencia sobre los pueblos, sino que ha de descansar en su libre consentimiento, en su voluntariedad, y c) una convicción racionalista y ultraoptimista de que las ventajas de un Estado grande democrático iban a parecer obvias a los pueblos pequeños, salvo en circunstancias muy especiales.

En cuanto a la organización interior del Estado, Lenin se nutre, como Marx y Engels, de la tradición revolucionaria jacobina. «Apoyamos a los jacobinos frente a los girondinos», dice en una de sus cartas a Shaumian (O.C., XXXIX, 105). Su modelo es el de un Estado unitario y centralizado, la república «una e indivisible» de los revolucionarios jacobinos que también propugnara Engels ⁴³. En estos años sólo admitirá la federación como una excepción coyuntural, como un remedio momentáneo para llegar al Estado único y centralizado; y aun ello para otros casos, como el de los países balcánicos, pero no para Rusia. Su razonamiento sobre la organi-

⁴³ Engels emplea esta expresión en sus artículos *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*. Dentro de la recopilación «*La cuestión nacional y la formación...*», obra citada, pág. 152.

zación del estado subraya el carácter progresista de la centralización:

«Los marxistas, como es natural, están en contra de la federación y de la descentralización, por el simple motivo de que el capitalismo exige para su desarrollo Estados lo más extensos y lo más centralizados que sea posible. *En igualdad de las demás condiciones*, el proletariado con conciencia de clase estará siempre por un Estado más grande. Luchará siempre contra el particularismo medieval, y saludará la más estrecha fusión económica de grandes territorios, en los que se pueda desarrollar sobre amplias bases la lucha del proletariado contra la burguesía (...) El gran Estado centralizado representa un enorme progreso histórico desde el fraccionamiento medieval hacia la futura unidad socialista de todo el mundo, y no puede haber más camino hacia el socialismo que el que pasa por *ese* Estado...»⁴⁴.

Esta posición de Lenin contra la federación está impregnada de doctrinarismo y resulta ya desfasada en buena medida para las realidades de su tiempo. Siguiendo los pasos de Marx y Engels, pero también de Kautsky y Rosa Luxemburgo⁴⁵, el núcleo de su argumentación está centrado en la idea de que la federación es un freno para el desarrollo capitalista y para el progreso democrático, como si la federación, única y exclusivamente pudiera ser una bandera de las viejas clases nobiliarias para encubrir su interés de mantener unas bases de poder mediante la continuidad de las divisiones territoriales del Antiguo Régimen.

No advierte, sin embargo, o no le interesa advertir, que el desarrollo capitalista en Estados plurinacionales como Rusia estaba alumbrando la aspiración de las burguesías nacionales a disfrutar de áreas de poder propias. Ni que esa aspi-

⁴⁴ Lenin. O.C., XX, 373.

⁴⁵ Sobre todo en el capítulo tercero (Federación, centralización, particularismo) de la obra de Rosa Luxemburgo *La cuestión nacional y la autonomía*.

ración se estaba formulando o podía formularse mediante propuestas federalistas y autonomistas con un interés de clase diferente, por tanto, que el de las viejas clases dominantes del Antiguo Régimen.

Lenin elude escrupulosamente en su argumentación cualquier referencia al moderno planteamiento del federalismo, hecho por la socialdemocracia austríaca, que está directamente vinculado a los problemas nacionales y expresa la voluntad política de establecer un sistema de garantías que permita la vida en común de pueblos nacionalmente diversos en el seno de un Estado común.

Pero, dado que Lenin conoce este planteamiento y que conoce asimismo la propuesta de Kautsky en 1905 recomendando la federación en Rusia, dado que ha registrado el ascenso «autonomista-federalista» de las burguesías nacionales no rusas...pienso que la razón decisiva de su silencio no puede ser sino el temor a abrir una brecha que pudiera extenderse luego por inercia a otros campos, a la autonomía nacional cultural, etc.

El caso es que Lenin se atiene al planteamiento de «o todo o nada», como señala acertadamente E. H. Carr ⁴⁶. Si una nación quiere separarse, que lo pueda hacer y allá ella, pero si no quiere separarse, no tiene ningún derecho a decir cómo ha

⁴⁶ Dice así, este autor: «Parece haberse aceptado en todos lados, a lo largo de la controversia, que la autonomía nacional dentro del partido y la cultural para las nacionalidades dentro del Estado, eran principios que se sostenían o se hundían juntos. Lenin, convencido de que el partido se debilitaría al dividirse con arreglo a delimitaciones nacionales, estaba igualmente seguro de que lo mismo ocurriría con el Estado y combatió la cuestión, tanto en términos estatales como en términos de partido (...) Lenin llegó así rápidamente a ocupar una posición intransigente, de «todo o nada», en la cuestión de la autodeterminación, lo cual era menos paradójico de lo que parece a primera vista. La nación tenía el derecho a separarse; si elegía no ejercitar ese derecho, entonces, como nación, no tenía otro, aunque sus miembros individuales gozasen, naturalmente, del derecho de igualdad en materia de lengua, educación y cultura». E.H. Carr. *La revolución bolchevique*, tomo I, pág. 441.

de estar en el Estado democrático, se ha de atener sin más a sus reglas, escribe a Shaumian en diciembre de 1913:

«...La federación significa unión de iguales, una unión que requiere el acuerdo *común*. ¿Cómo puede *una* parte tener el *derecho* de exigir que la otra parte *concuere* con ella? Eso es absurdo. Nos oponemos a la federación por principio, pues debilita los vínculos económicos y es inservible para un sólo Estado. ¿Quieres separarte? Muy bien, vete al diablo, si puedes romper los lazos económicos, o mejor dicho, si la opresión y las fricciones de la convivencia *estropean* y destruyen los lazos económicos. ¿No quieres separarte? Entonces, perdona, pero no decidas por mí, no pienses que tienes *derecho* a la federación...» (O.C., XXXIX, 105)

Junto a la centralización, Lenin destaca otra idea en cuanto a la estructuración interna del Estado: su carácter democrático. Se trata de una centralización democrática; radicalmente distinta, según Lenin, de la centralización zarista o de cualquier otra basada, por el contrario, en la arbitrariedad, la burocracia y en su carácter antidemocrático. La autonomía, bien en su dimensión local, bien a escala regional o nacional, es la pieza clave para Lenin en la organización de «su» Estado unitario. Ese Estado democrático aún paradójicamente, por consiguiente, la centralización y la autonomía, a la vez que desecha la federación y la descentralización.

Su defensa de la autonomía, a diferencia de la época anterior, es ahora tajante. Se trata de un principio general y universal para cualquier Estado democrático y especialmente para aquellos de composición nacional heterogénea: «*La autonomía es nuestro plan de construcción del Estado democrático*», le recuerda a Shaumian (O.C., XXXIX, 105).

Frecuentemente la argumentación general a favor de la autonomía rezuma un cierto aire libresco e ingenuo, pues adopta el papel de abogado de un capitalismo razonable y abstracto —similar al que sostienen hoy las burguesías defensoras de la descentralización administrativa del estado moderno capitalista por darle una mayor eficacia— y aunque se trate de

ideas propias de la época, que también abundan en Rosa Luxemburgo, Kautsky, Bauer, etc., sorprenden cuando menos en un revolucionario como Lenin ⁴⁷.

Pero junto a la argumentación doctrinal hay otra más política: la de aproximar las estructuras de gobierno lo más posible a las necesidades y deseos de la población, la de propugnar una ruptura con el esquema propio de la administración burocrática, razón que está presente asimismo en la mayoría de los autores marxistas de la época.

Su concepción de la autonomía es exclusivamente territorial, descansa en el territorio y en la democracia, al igual que la de Rosa Luxemburgo y la de Kautsky.

Implica en primer lugar la necesidad de proceder a una nueva y completa reordenación administrativa de todo el Estado, hecha de abajo-arriba. Esta nueva división territorial la efectuaría la propia población, mediante un sistema de comisiones elegidas por sufragio universal, desde cada localidad o aldea... hasta completar todo el territorio. Y, al final del proceso, el parlamento central tendría que aprobar formalmente las nuevas demarcaciones que hubieran decidido dichas comisiones ⁴⁸.

Los criterios que defiende Lenin sobre la determinación del territorio de la autonomía son flexibles y modernos: la geografía y la economía, las condiciones de vida, la composición nacional de la población... Entiende que ha de corresponder «lo más posible» a la composición nacional de la población y advierte la gran importancia de ese criterio «para acabar con

⁴⁷ Así, por ejemplo, la que esboza en el capítulo sexto de sus *Notas críticas sobre la cuestión nacional* (O.C., XX, 375) En especial el siguiente párrafo: «El principio del centralismo, indispensable para el desarrollo del capitalismo, lejos de ser violado por tal autonomía (local y regional), es por el contrario, puesto en práctica por ella de un modo *democrático* y no burocrático. Sin esa autonomía, que *facilita* la concentración del capital, el desarrollo de las fuerzas productivas, la cohesión de la burguesía y del proletariado en *todo el país*, sería imposible, o por lo menos se vería muy entorpecido, el amplio, rápido y libre desarrollo del capitalismo...»

⁴⁸ Lenin. O.C., XXI, 192.

toda opresión nacional», pero se resiste a adoptar el criterio nacional como única base para definir el ámbito territorial de la autonomía ⁴⁹. Pensando quizás en la compleja mezcla de no pocas ciudades y áreas del imperio, prefiere manejar unos criterios más amplios y flexibles. En su concepción cabe perfectamente una autonomía de composición nacional heterogénea y que garantice en su interior la igualdad nacional, amén de reportar ventajas de otro tipo para su población. En cualquier caso, son siempre razones especiales, particulares, nacionales o geográficoeconómicas, las que hacen necesaria una determinada autonomía territorial. El autogobierno local ha de establecerse, en cambio, en todo el país y no admite excepción alguna.

En cuanto al contenido o competencias de la autonomía, tanto de la local como de un territorio más amplio, Lenin apenas se explaya (a diferencia de otros autores como Renner o Rosa Luxemburgo, quienes han intentado penetrar en el detalle de los problemas de la distribución de competencias entre el Estado, las autonomías nacionales y el gobierno local) El único texto de Lenin en este período que de alguna forma entra a especificar los contenidos de la autonomía, el proyecto de ley mencionado sobre la igualdad de las naciones y la defensa de los derechos de las minorías nacionales, no puede tomarse como una exposición programática y completa de sus puntos de vista. Como su mismo título indica, se ocupa de dar cabida dentro de la autonomía a los problemas relacionados con la igualdad nacional y los derechos de las minorías nacionales y de ahí que atienda especialmente los asuntos lingüísticos y educativos.

Según confiesa el propio Lenin en una carta a Shaumian, la intención de ese proyecto de ley es «explicar de forma popular la tontería de la autonomía nacional cultural y dejar definitivamente fuera de combate a los partidarios de esa tonte-

⁴⁹ Lenin. Ver capítulo sexto de las *«Notas Críticas...»* y el punto cuarto del *Proyecto de Ley sobre la Igualdad de las naciones y sobre la defensa de los derechos de las minorías nacionales*.

ría» (O.C.,XXXIX, 130). Y es perfectamente congruente, por tanto, que Lenin elija el mismo campo de sus adversarios, el cultural, cuando quiere demostrar precisamente que esa esfera de los problemas nacionales (los problemas lingüísticos, educativos y culturales) puede resolverse *de otra manera* diferente, desde una concepción territorial y democrática de la autonomía, desde un Estado unitario organizado bajo el centralismo democrático. Pero no puede extraerse de ese hecho la conclusión de que Lenin conciba la autonomía, local y territorial, con un contenido meramente cultural. En la carta mencionada a Shaumian, en la que da cuenta de este proyecto y le pide ayuda para su elaboración, insistiendo en el interés de que participen en su redacción miembros del partido del mayor número posible de nacionalidades, expone de esta forma sus bases generales:

«—división del país en unidades territoriales autónomas que se autoadministran por sí mismas, de acuerdo, entre otras cosas, con la nacionalidad (la población local propone las fronteras y el Parlamento de todo el Estado las confirma)

—límites de la jurisdicción de las regiones autónomas y los distritos, así como de las unidades locales que se administren por sí mismas

—ilegalidad de cualquier infracción de la igualdad de las naciones en que puedan incurrir las decisiones de las regiones autónomas, de los zemstvos, etc; libertad e igualdad de idiomas; elección de idiomas por las instituciones municipales, etc.

—defensa de las minorías: derecho a una parte proporcional de los gastos, a locales escolares (gratuitos) para los alumnos de nacionalidades «no rusas», a maestros de nacionalidades «no rusas», a secciones de las nacionalidades «no rusas», en los museos y bibliotecas, teatros, etc.

—derecho de todo ciudadano a pedir la derogación (por los tribunales) de cualquier infracción a la igualdad de derechos, respectivamente, en su caso, de cualquier «violación de los derechos de las minorías nacionales (censos quinquenales de la población en las regiones multinacionales y censos decenales en todo el Estado), etc.» (O.C.,XXXIX, 130).

Este proyecto de ley tiene el interés de reflejar la evolución y las contradicciones del Lenin de esta época. En 1912 parte de una negativa muy acusada hacia todo lo que pueda suponer un apoyo expreso de los socialistas a la «institucionalización del libre desarrollo cultural de las naciones» porque no es tarea propia del proletariado, aunque defiende la libertad de que otros —los burgueses— puedan hacerlo ⁵⁰. Ahora, sin embargo, se le ve dejar de lado aquella prevención y es el propio partido quien elabora un plan que supone, de hecho, entrar en el terreno antes condenado.

En la medida en que se decide a concretar políticamente la lucha contra la opresión nacional y la defensa de la igualdad nacional, se advierte una contradicción con aquellas formulaciones del tipo de «no es propio del proletariado hacer naciones», así como con algunos argumentos esgrimidos en su momento en contra de la reivindicación de la autonomía nacional cultural. Si bien su idea de la autonomía es territorial y no está circunscrita necesaria y exclusivamente a un ámbito nacional, tiene que dar cabida en cierto sentido al criterio personal (de nacionalidad) cuando pretende garantizar los derechos de las minorías.

Por otra parte, queda patente que este plan de Lenin conduce, también de hecho, a una cierta institucionalización nacional, bien sea al hacer corresponder el ámbito autonómico con una población nacionalmente homogénea, bien por la vía de garantizar los derechos de las minorías nacionales y su situación de igualdad dentro de un territorio plural e incluso dentro de cualquier localidad.

Como ya se ha indicado, el estallido de la guerra mundial

⁵⁰ Lo ilustra Lenin con un célebre ejemplo sobre los numerosos colonos alemanes que se encontraban esparcidos por el Volga y otros territorios del imperio ruso. No era cosa de los socialdemócratas, decía Lenin, impulsar un proceso encaminado a dotarles de una organización nacional; pero tampoco podían negar la libertad de que otros se preocuparan en hacerlo. Reconociendo empero la legitimidad de tal tarea, Lenin la descalificaba desde el punto de vista socialista al definirla como cosa de «curas, burgueses y pequeño-burgueses» (O.C., XX, pág. 367)

trunca la posibilidad de observar qué más pasos hubiera podido dar Lenin por este camino. Pero aun así, las iniciativas mencionadas y, sobre todo, la defensa de la autodeterminación y este último proyecto de ley, permiten destacar dos cosas al menos. La primera, los criterios políticos de fondo que se van asentando en él en lo que respecta a los problemas nacionales. Estos criterios son: eliminar la opresión nacional, establecer la igualdad nacional, unir a los trabajadores para la lucha revolucionaria pese a sus diferencias nacionales y culturales, superar la dialéctica exclusivista y particularista del nacionalismo burgués. La segunda, la potencialidad que dichos criterios encierran. Más allá de los argumentos polémicos de ocasión y de las prevenciones doctrinales propias de esta época, se vislumbra un Lenin que, al tratar de defenderlos sinceramente, se ve obligado a pisar un terreno contradictorio con otras posiciones mantenidas por él mismo entonces. De momento, los frutos distan aún de ser espectaculares. Pero ahí están.

CAPITULO V

Replanteamiento de la política nacional y del internacionalismo durante la Primera Guerra Mundial

La reflexión nacional en el marco de la primera guerra mundial

Entre los últimos días de julio y primeros de agosto de 1914, estalló la guerra entre los imperios centrales (alemán y austro-húngaro) de un lado y la alianza de Francia-Inglaterra-Rusia por otro. Progresivamente la contienda se irá extendiendo a otros países: Japón, Turquía, países balcánicos, Italia... y EE.UU. (casi al final), mereciendo de sobra el calificativo de primera guerra mundial.

Más allá del motivo aparente que sirvió de pretexto para desencadenarla —la crisis nacional entre Serbia y el imperio austríaco tras la muerte en atentado del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono imperial—, la guerra fue el resultado irremediable de un entrelazamiento de motivaciones ideológico-políticas y de rivalidades económico-militares entre los principales Estados de la época. Por decirlo someramente, fue el desenlace lógico de un período anterior, de gran

expansión de la producción capitalista y de los monopolios, que había entronizado la política de fuerza como el medio por excelencia para garantizar o alcanzar la superioridad del Estado propio sobre los demás. El chovinismo nacionalista, el rearme desaforado, la competencia, la exigencia de unas fronteras «naturales» más «seguras», etc., fueron los peldaños que condujeron a la guerra. Pero, a su vez, aquella conflagración era el último recurso para lograr un nuevo reajuste en las ambiciones imperialistas de los contendientes. En pocos años se había consumado el reparto del mundo entre varios países y, tras la guerra, podría procederse a una nueva distribución de las áreas de influencia entre ellos ¹.

Aquella guerra no sólo fue novedosa por su carácter (de reparto imperialista) o por su extensión (mundial), sino que también resultó ser la primera guerra moderna de grandes magnitudes que recibiera el aval de los partidos socialistas, ya para entonces sólidamente implantados en la vida europea, especialmente en Francia y Alemania donde habían sido los partidos con mayor número de votos en las últimas elecciones.

El 4 de agosto de 1914, mientras los ejércitos del Kaiser invadían y ocupaban Bélgica, los 110 diputados socialistas alemanes votaban a favor de la concesión de los créditos de guerra solicitados por el gobierno y suscribían una declaración política que, aparte de apoyar uno por uno los argumentos de su gobierno (imperialista), le prestaban además una aparente cobertura de izquierda al legitimar la guerra contra la barbarie zarista ². Simultáneamente procedían de la misma forma

¹ Una relación pormenorizada de los objetivos de expansión de cada una de las potencias beligerantes puede verse en la obra de Mommsen, *La época del imperialismo*, ya citada, págs. 281 y ss.

² El texto de la declaración es el siguiente:

«Ahora nos encontramos ante la realidad brutal de la guerra. Los horrores de una invasión enemiga nos amenazan. Hoy no tenemos que discutir en pro o en contra de la guerra, sino sobre los medios necesarios para la defensa del país... La futura libertad de nuestro pueblo depende en mucho, si no por completo, de una victoria del des-

los diputados socialistas franceses, austríacos y belgas, justificando en cada caso con argumentos similares la participación «defensiva» de sus respectivos países en la guerra.

Tras el voto favorable a la financiación de la guerra vendrían a renglón seguido la aceptación de la unión sagrada de todas las clases para la defensa de la patria, la suspensión de la lucha de clases mientras durase la guerra, la participación de los ministros socialistas en los gabinetes de gobierno, la aceptación sin rechistar de la proclamación del estado de sitio que instauraba de hecho la dictadura militar... y, en suma, la militarización de millones de obreros para llevarlos al matadero. Todo ello, aparte de transgredir absolutamente los más sagrados principios socialistas enunciadados hasta entonces por la II Internacional en sus congresos, suponía dar el visto bueno, además, al propio suicidio material de la clase obrera, como señaló con razón Rosa Luxemburgo:

«...cientos de miles de proletarios cuya educación socialista en Inglaterra y en Francia, en Bélgica y en Rusia, eran el producto de un trabajo de agitación y de instrucción de una docena de años; otros cientos de miles que mañana podían ser ganados para el socialismo, caen y mueren miserablemente en los campos de batalla. El fruto de decenas de años de sacrificio y esfuerzos de varias generaciones es aniquilado en algu-

potismo ruso, que está cubierto de la sangre de los mejores hombres de su pueblo. Se trata de eliminar esta amenaza, de garantizar la civilización y la independencia de nuestro país. Aplicamos un principio sobre el cual siempre hemos insistido: a la hora del peligro, no abandonamos a nuestra propia patria. Nos sentimos por ello de acuerdo con la Internacional, que en todo momento ha reconocido el derecho de cada pueblo a la independencia nacional y a la autodefensa, del mismo modo que condenamos de acuerdo con ella toda guerra de conquista... Inspirados por estos principios, votamos en favor de los créditos de guerra solicitados.»

Citada por Rosa Luxemburgo en *La crisis de la socialdemocracia*. Editorial Anagrama, colección Debates. Barcelona (1976), pág. 51. Sobre la cobertura prestada al Gobierno alemán, véase G.D.H. Cole, obra citada, tomo V, págs. 106 y ss.

nas semanas, las mejores tropas del proletariado internacional son diezmadas»³.

En agosto de 1914 Lenin sigue en Poronin y tiene ocasión de observar directamente el paroxismo chovinista de la población. Después de pasar unos días en la cárcel, sospechoso de ser una agente ruso, consigue trasladarse a Suiza, donde permanecerá hasta abril de 1917.

La guerra ha truncado bruscamente el trabajo político de los años anteriores. Las plataformas legales de muy diverso tipo utilizadas en esos años, periódicos, sindicatos, etc., han desaparecido de golpe. Para el otoño, el grupo parlamentario bolchevique está ya condenado a deportación perpetua en Siberia. Entre las leyes de excepción y su militarización forzosa, los movimientos obrero y campesino han quedado prácticamente desarticulados. Desconectado de Rusia, Lenin se dedica febrilmente a recomponer las filas de la corriente revolucionaria internacionalista que ha sabido mantener una oposición clara a la guerra. Y esa será su preocupación prioritaria hasta su vuelta a Rusia, tras la revolución de febrero de 1917.

Las primeras noticias de que dispone no pueden ser más sombrías. Salvo los bolcheviques y algunos partidos balcánicos⁴, el socialismo en su conjunto ha fracasado estrepitosamente ante la prueba de la guerra; incluido el socialismo ruso, pues un sector tanto de los mencheviques como de los social-revolucionarios, con Plejanov a la cabeza, se ha convertido en aliadófilo y apoya la participación en la guerra. Pero hay pequeñas corrientes minoritarias de oposición en casi todos los países, que es preciso articular, con el dato relevante de que en Alemania también ha surgido un núcleo opositor desde que Karl Liebknecht ha roto la disciplina del partido so-

³ Rosa Luxemburgo. «*La crisis...*», obra citada, pág. 163.

⁴ Así, el partido socialista servio, el partido socialista rumano, y el partido socialista búlgaro. G.D.H. Cole. Obra citada, tomo V. Dicho tomo es muy útil para seguir la pista del comportamiento socialista en esos momentos.

cialdemócrata votando en contra de una nueva concesión de créditos de guerra en diciembre de 1914.

En ese contexto, Lenin inicia su reflexión sobre el socialismo y la guerra. El punto de partida es la consideración terminante de que el comportamiento de la mayoría socialista supone una traición a los principios de la II Internacional. Tal traición era tanto más flagrante, en su opinión, por cuanto aquella era una guerra pura y simplemente imperialista y no cabía justificarla en nombre de la defensa de la patria en ningún caso. Cualquier alusión en ese sentido, según Lenin, embellecía el verdadero carácter de una contienda nacida de la competencia entre Estados capitalistas, desnaturalizaba la política socialista y la acomodaba al chovinismo de sus respectivos gobiernos.

Partiendo de estas consideraciones, Lenin trata de definir una política de acción, en principio destinada a clarificar las tareas de la corriente minoritaria internacionalista.

Inicialmente subraya un par de ideas. Mediante la primera traza una nueva perspectiva: la creación de la III Internacional y la necesidad de una ruptura con la corriente oportunista y socialista que apoya la guerra. Este era un punto extremadamente delicado entonces, pues suponía adoptar una posición escisionista frente a la poderosa inercia unitaria predominante en los partidos socialdemócratas del momento ⁵. Para Lenin, sin embargo, se trata de una cuestión fundamental. La degeneración chovinista del socialismo requería una explicación cabal, profundizando en las bases económicas e ideológicas que habían ido segregando una corriente oportunista dentro del socialismo europeo desde varias décadas an-

⁵ Así lo testimonia Clara Zetkin cuando prologa la segunda edición del folleto de Junius, unos meses después de haber sido asesinada Rosa Luxemburgo:

«Sólo Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y yo misma, nos atrevimos a enfrentarnos al ídolo devorador de la disciplina del partido, que hacía perder cualquier carácter y toda convicción personal, y dirigimos violentas críticas a la mayoría del partido». En *«La crisis...»*, obra citada, pág. 24.

teriores, caracterizada por propugnar un ablandamiento del marxismo y la adaptación de la acción política a la legalidad del Estado burgués. De manera que la depuración de esa corriente y la ruptura con ella son para Lenin unos pasos obligados para poder reconstruir una nueva Internacional, revolucionaria e internacionalista realmente, sobre la experiencia fracasada de la II ⁶.

No menos a contracorriente, en medio de un ambiente de exaltación patrioter que inunda a toda Europa, señala en segundo lugar la dirección en que deben trabajar los socialistas: transformar la guerra imperialista en guerra civil, convertirse en predicadores de la guerra revolucionaria contra sus propios gobiernos, empezar a defender unas consignas de acción que puedan encuadrarse en esa perspectiva de trabajo ⁷. Aunque no se hace falsas ilusiones sobre el alcance práctico e inmediato de esta orientación, preve sin embargo que el tiempo y los horrores de la guerra, los miles de muertos, el hambre, etc., irán atenuando los ardores patrióticos y generarán situaciones de profundo descontento en la opinión pública, y especialmente entre las clases trabajadoras, como de hecho sucedió.

Hasta el verano de 1915, Lenin repite estas ideas una y otra vez. La reflexión nacional se concreta hasta entonces, por tanto, en la reiteración de un concepto, el *socialchovinismo*, definido acertadamente en cierto sentido y de manera un tanto abstracta en otro. Pese a que era correcto referirlo al problema de la participación en la guerra en nombre de la defensa de la patria y para desmontar el supuesto carácter nacional de la guerra, por otra parte, lo presenta como la negación del internacionalismo pero sin reparar aún en las realidades na-

⁶ «La II Internacional ha muerto vencida por el oportunismo. Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, depurada, no sólo de los 'tránsfugas' (...) sino también del oportunismo». Lenin. O.C., XXII, 130. El escrito de Lenin que mejor condensa las preocupaciones de ese momento es *La bancarrota de la II Internacional*.

⁷ Idem, págs. 254 y 255.

cionales que le podrían dar un fundamento más concreto. En su primera respuesta de choque frente al chovinismo imperante, Lenin se queda anclado en la exégesis de la célebre frase del Manifiesto Comunista: «los obreros no tienen patria»⁸.

Durante el verano de 1915, se registra un cambio significativo al introducir en su reflexión sobre la guerra un par de consideraciones a las que concede desde entonces una importancia prioritaria:

a) la definición del carácter *antinacional* de la guerra:

«...pues la guerra actual es la guerra de las naciones que son grandes potencias (que oprimen a numerosas otras naciones) hecho con el propósito de oprimir a nuevas naciones» (O.C., XXII, 371);

b) la concreción de los *contenidos nacionales* del internacionalismo socialista:

«...el socialista de una nación opresora (Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Rusia, EE.UU, et.,) que no reconoce ni defiende el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación (es decir, a la libre separación), en realidad no es socialista, sino chovinista» (O.C., XXII, 395).

En un primer momento el punto de mira desde el que contempla ambas cuestiones es el del socialismo occidental europeo, pero luego lo irá integrando progresivamente en una reflexión más amplia, abarcando todo el mundo, en la medida en que va profundizando sobre las particularidades de una política revolucionaria mundial para la época imperialista. Con su habitual estilo reiterativo, machacón, irá concretando y desarrollando esa política hasta que vuelva a Rusia en abril de 1917 y comience a preparar la conquista del poder.

En su origen, este giro está relacionado con un cambio de situación. La guerra está estancada y comienzan a advertirse

⁸ Idem, págs. 125 a 131. (*La situación y las tareas de la Internacional socialista*, de noviembre de 1914).

algunos amagos de sondear las posibilidades de una paz por separado entre algunas potencias beligerantes. En la opinión pública cuentan ya más los aspectos negativos de la guerra, el cansancio, etc., y están en auge las propuestas pacifistas. Se están gestando, por otro lado, los preparativos para una conferencia internacional en Zimmerwald (realizada a primeros de septiembre de 1915) de las corrientes socialistas opositoras a la guerra entre las cuales tienen un peso mayoritario las posiciones de Kautsky. Antiguos entusiastas de la guerra como Plejanov, han variado asimismo y son partidarios ya de «detener la guerra» y conseguir la paz. Reina en consecuencia un ambiente de reagrupamiento socialista y de «amnistiar» generosamente a los que antaño se habían desviado de los principios socialistas.

Lenin apoya el manifiesto final de Zimmerwald, pese a su «inconsecuencia y timidez»⁹; pero, ello no obstante, no se priva de señalar públicamente el talón de aquiles de la corriente kautskiana. Desde un punto de vista general encuentra sumamente ilusorio inflar el globo de las posibilidades de una paz democrática si no viene de la mano del desarrollo de la lucha revolucionaria del movimiento socialista contra cada uno de sus respectivos gobiernos. Su idea a este respecto es que no hay ni puede haber paz verdadera sin revolución. (O.C., XXII, 257). Y desde lo más concreto, se muestra contrario a la literatura retórica y abstracta que encubre una conciliación oportunista con la política de agresión imperialista de sus propios gobiernos. Para Lenin, no basta con proclamar la libertad nacional y la paz sin anexiones, sino que cada movimiento socialista ha de poner por delante la referencia concreta a los países oprimidos *por su propia nación*, cosa que elude la corriente kautskiana:

«...Si los socialistas ingleses no reconocen ni defienden el derecho de Irlanda a la separación; los franceses el de la Niza

⁹ Lenin. O.C., XXIII, pág. 15 y ss. Ver también G.D.H. Cole. Obra citada.

italiana; los alemanes, el de Alsacia y Lorena, del Schleswig danés y de Polonia; los rusos el de Polonia, Finlandia, Ucrania, etc.; los polacos el de Ucrania; si todos los socialistas de las «grandes» potencias, es decir, de las potencias que realizan grandes saqueos, no defienden este mismo derecho para las colonias, es única y exclusivamente porque en la práctica son imperialistas y no socialistas. Y es ridículo hacerse la ilusión de que la gente que *no* defiende «el derecho a la autodeterminación» de las naciones oprimidas y que pertenece ella misma a las naciones opresoras, es capaz de una política socialista» (O.C., XXII, 396)

Conforme transcurre el tiempo, todos esos factores cobran mayor relieve y Lenin se va centrando cada vez más en profundizar acerca de los aspectos y contenidos nacionales de la política socialista. La evolución de los acontecimientos le obliga a retomar viejos temas, ya presentes desde siempre en su obra, como son la relación entre la democracia, el socialismo y los problemas nacionales; pero ahora precisa replantearlos para lo que ha definido como una nueva época del capitalismo: el imperialismo, una nueva época que exige revisar y redefinir las bases concretas del internacionalismo socialista.

Siguiendo su estilo habitual, Lenin va contrastando sus ideas mediante polémicas con la derecha socialista mayoritaria y con el «centro» kautskiano especialmente, pero también polemiza con la corriente internacionalista intransigente que desconsidera los contenidos nacionales de la política socialista desde otros presupuestos claro está. Debido al amplio espectro de estas discusiones, los registros de sus escritos en estos años resultan bastante equilibrados y permiten ponderar mejor su pensamiento.

Tomada en su conjunto la obra de Lenin en este período, desde el verano de 1915 hasta su vuelta a Rusia en abril de 1917, contiene unas cuantas claves fundamentales para evaluar la evolución de su pensamiento sobre los problemas nacionales. No sólo por el interés de los temas que aborda y la mayor amplitud de registros de sus polémicas, sino por los resultados alcanzados sobre todo. No es extraño, por otro lado,

que su reflexión nacional progrese notablemente en estos años, pues se trata de uno de los momentos más estudiosos de su vida, amén de más fecundos intelectualmente. Y cuando su estudio persigue un objetivo tan trascendente para la teoría revolucionaria como es el de indagar las raíces más profundas de los problemas del movimiento socialista que ha puesto de relieve la guerra. En el marco privilegiado de una guerra de aquellas magnitudes, su reflexión sobre la política nacional, al igual que la que lleva a cabo sobre el imperialismo o sobre el Estado, forman parte inseparable del replanteamiento de la estrategia revolucionaria que Lenin postula tras el fracaso de la II Internacional.

Si se compara el tratamiento que da a los problemas nacionales en este período con el de los años anteriores a la guerra se observa un cambio significativo. Lenin relega de hecho las tesis más «teóricas» que formulara entonces, hasta el punto de que prácticamente desaparecen de sus argumentaciones, desarrollando por el contrario una forma más política, más concreta y desprejuiciada, de abordar los problemas nacionales, en lo cual desempeña un papel clave su teorización del imperialismo.

La sustitución, por ejemplo, del esquema de las dos tendencias del capitalismo por la clasificación de los diferentes tipos de países que se dan en la época de acuerdo con su situación nacional particular, es una ilustración de ello. En la tesis sexta de su obra *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación* exige distinguir «al menos», —dada la imposibilidad de poder discutir en unas tesis generales la situación particularísima de cada país—, según recalca, tres tipos de países: a) las naciones capitalistas avanzadas, b) los del Este de Europa, incluyendo ahí a Rusia y c) el resto del mundo en situación colonial o semicolonial. Correlativamente señala asimismo las tareas propias de cada caso. Para el primero, dice, la cuestión nacional consiste pura y simplemente en defender el derecho a la separación tanto de las pequeñas naciones oprimidas en su territorio estatal como de las colonias que están bajo su dominio. Para el segundo, Lenin

mantiene el doble acento político definido en los años 13 y 14, resaltando a un tiempo tanto la necesidad de la libertad nacional como la especial dificultad que entraña establecer la unidad entre los trabajadores de la nación opresora y de las naciones oprimidas. Para el tercero, la mayoría del planeta, donde la cuestión nacional acaba de plantearse, las tareas se centran no ya sólo en reivindicar su libertad sino sobre todo en «apoyar con la mayor decisión» lo más revolucionario de los movimientos de liberación nacional y en favorecer su insurrección contra el imperialismo.

Este planteamiento revela un cambio de enfoque sustancial. Dentro de la generalidad en que se mueve, la preocupación por lo concreto desplaza sin embargo la abstracción del esquema anterior. Y trasluce por otro lado una actitud distinta. En lugar de las prevenciones doctrinales defensivas, queda patente un talante de poner el dedo en la llaga, ideológica y políticamente a la ofensiva, que se traduce en un par de logros concretos: a) su interés por indagar los contenidos nacionales de los objetivos socialistas y b) su preocupación por precisar las obligaciones socialistas derivadas de la situación particular de cada país.

Pero más allá de este ejemplo, el conjunto de sus escritos de estos años sigue por un derrotero de definir de manera más concreta y política los problemas nacionales de su época, así como las posiciones socialistas en relación con los mismos. De modo que el Lenin receloso del papel «perturbador» de las luchas nacionales deja paso a un Lenin con una visión más madura, más compleja e integradora de la lucha de clases y de la revolución.

Esta evolución es fruto, principalmente, del estudio y de la reflexión sobre el mundo real de la época imperialista que lleva a cabo en estos años; un estudio cuya intensidad atestiguan sus cuadernos de notas sobre el imperialismo que llenan dos tomos de sus Obras Completas (tomos XLIII y XLIV). Es el fruto, por tanto, de un gran esfuerzo por ampliar sus conocimientos de la realidad, patente en dichos cuadernos, por ejemplo, donde se ofrece una muestra abundante del interés

de Lenin por seguir la pista de los movimientos nacionales dentro del imperio ruso y del resto del mundo y por documentarse acerca de la situación de sus países respectivos, de su historia, situación económica, estructura social, religión, problemas culturales, etc. Y es el fruto de una reflexión que le lleva a integrar el resultado de esas lecturas en el análisis político, como se aprecia por ejemplo en el *Informe sobre la revolución de 1905* que expone ante jóvenes obreros suizos en enero de 1917, en el cual presenta una visión más ajustada del aspecto nacional de aquel acontecimiento (constatando no ya sólo su repercusión en el imperio ruso —O.C., XXIV, 270— sino también su influencia en el desarrollo de los movimientos nacionales de otras partes del mundo).

Pero tal vez la ilustración más significativa de ambas cosas, aunque inacabada, sea el intento ambicioso de abordar una exposición sistematizada sobre los movimientos nacionales que comienza en enero de 1917, bajo el título previsto de *Estadística y Sociología*. Aunque el desarrollo posterior de los acontecimientos le impedirá retomarlo, los breves apuntes de un guión para dicho escrito y la redacción de unas pocas páginas ponen de relieve una actitud más prudente de Lenin ante los problemas nacionales —un problema según dice entonces «complicado, difícil y a menudo deliberadamente enredado» (O.C., XXIV, 303)—, así como la voluntad a la vez de clarificar los grandes conceptos generales que suelen barajarse en relación con ellos —como «el internacionalismo, cosmopolitismo, nacionalismo, patriotismo, etc.»— a la luz del mundo real en que vive.

La autodeterminación y Europa Occidental

En estos años Lenin concede una gran importancia a que los socialistas de los países europeos más avanzados introduzcan en sus programas la exigencia del derecho a la autodeterminación. «Hemos de serlo más que nunca» (partidarios de la autodeterminación), escribe al holandés Wijnoop; y en otras

cartas lo califica como un problema «vital», de gran actualidad y de la mayor importancia ¹⁰. Al incluirlo entre los fundamentos de la política socialista europea, corrige una laguna pendiente de la época anterior, cuando consideraba que ese derecho ya no tenía sentido en los países capitalistas desarrollados.

La razón de este cambio se deriva directamente de su reflexión sobre el carácter de la guerra (imperialista y antinacional), sobre las causas de la bancarrota del socialismo europeo, sobre la necesidad de renovar las bases de una política internacionalista, etc. Y es bastante lógica su obsesión por la Europa occidental. Amén de ser europeos los países más responsables de la guerra y los que van a ventilar por tanto las condiciones de su desenlace, esa zona del mundo es donde se da la mayor concentración de obreros organizados bajo el socialismo y donde se está produciendo un fenómeno de corrupción del proletariado de gran escala debido a la existencia de unos partidos socialistas que apoyan a sus gobiernos burgueses e imperialistas. Si Europa es, según Lenin, donde están más maduras las condiciones para el tránsito al socialismo, por esa misma razón es donde tiene mayor trascendencia inmediata la manera en que se resuelvan los problemas de orientación de la política socialista.

En el marco de aquella guerra Lenin entiende que el internacionalismo se vacía de contenido si se hace abstracción de la especificidad nacional de los países europeos:

a) de su condición de *naciones opresoras*

b) de la *diferente situación* material de su clase obrera en relación con los trabajadores de las naciones oprimidas; diferencia que afecta al plano económico, en tanto que disfruta de las superganancias obtenidas por su propia burguesía mediante la explotación de terceros países; al político, pues debido a ello, los europeos gozan de una vida política privile-

¹⁰ Cartas a A. Kollontai, el 19 de marzo de 1916, a A.D. Wijnkoop, el 24 de julio de 1915, y a A.G. Shliapnikov, el 11 de marzo de 1916. Todas ellas en el tomo XXXIX de las Obras Completas.

giada que recuerda a los privilegios políticos de los ciudadanos romanos en la Roma esclavista; y también al cultural, pues ha asimilado los prejuicios de una cultura despectiva respecto a los pueblos situados bajo su dominio ¹¹.

Lenin hace el diagnóstico de que son esas circunstancias específicas las que explican el oportunismo socialista en materia nacional, esto es, el socialchovinismo. Bien sea en su variante más descarada, la de quienes defienden el carácter «progresista» de las anexiones nacionales, bien bajo la forma más sutil de eludir el problema del mantenimiento coercitivo dentro de las fronteras de su Estado de pequeñas naciones a las cuales se les priva el derecho a disponer de ellos mismos (tesis séptima de «*La revolución socialista y el derecho...*»).

De acuerdo con estas consideraciones postula la absoluta obligatoriedad de la autodeterminación para un Occidente europeo que es dueño de la mayor parte del mundo, exigiendo a los socialistas europeos «claridad y sinceridad» en la defensa de ese derecho de los pueblos. Para Lenin la prueba clave de ello reside en que los socialistas de cada país opresor exijan la libertad de separación para las naciones oprimidas por su propia patria, pues ese es el punto donde suelen manifestarse demasiadas cobardías e hipocresías:

«El proletariado de las naciones opresoras no puede limitarse a pronunciar frases generales y estereotipadas contra las anexiones y por la igualdad de las naciones en general, como las que repetiría cualquier burgués. El proletariado no puede silenciar el problema de *las fronteras* de un Estado basado en la opresión nacional, problema tan ‘desagradable’ para la burguesía imperialista. El proletariado debe luchar contra el mantenimiento coercitivo de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un Estado dado, lo que equivale justamente a luchar por el derecho a la autodeterminación. El proletariado debe exigir la libertad de separación política para las colonias y naciones oprimidas por ‘su propia’ nación. En caso contrario, el internacionalismo del proletariado no sería más que pa-

¹¹ Lenin. O.C., XXIV, págs. 57 y 58.

labras huecas; ni la confianza, ni la solidaridad de clase entre los obreros de la nacionalidad oprimida y de la opresora serían posibles; quedaría sin desenmascarar la hipocresía de los reformistas y kautskistas, que defienden la autodeterminación, pero nada dicen de las naciones oprimidas por «su propia» nación y retenidas por la fuerza en 'su propio' Estado». (O.C., XXIII, 246).

La *coherencia* con el carácter radicalmente emancipador que debe tener el socialismo es su argumento central al defender la obligatoriedad de la autodeterminación en Europa. La autodeterminación no es más que una expresión consecuente de la lucha contra la opresión nacional para un Lenin al que resulta abominable, inconcebible, incomprensible, un socialismo opresor de otras naciones, hasta el punto de afirmar de modo terminante que «los socialistas no pueden alcanzar su elevado objetivo si no luchan contra cualquier tipo de opresión de las naciones» (O.C., XXII, 421).

Tanto más desde que ha comprendido la particular importancia del oportunismo nacional (conciliador con las políticas chovinistas de sus respectivos gobiernos) en la degeneración de la II Internacional y desde que ha reparado en la existencia de una base material objetiva para el desarrollo de las tendencias socialchovinistas:

«...lo importante es que el proletariado en la época imperialista, en razón de causas objetivas se ha dividido en dos campos internacionales, uno de los cuales está corrompido por las migajas que caen de la mesa de la burguesía de las grandes naciones —obtenidas, entre otras cosas, con la doble, triple explotación de las pequeñas naciones—, y el otro no puede liberarse sin liberar a las pequeñas naciones, sin educar a las masas en el espíritu antichovinista, o sea, antianexionista, o sea autodeterminista» (O.C., XXXIII, 464).

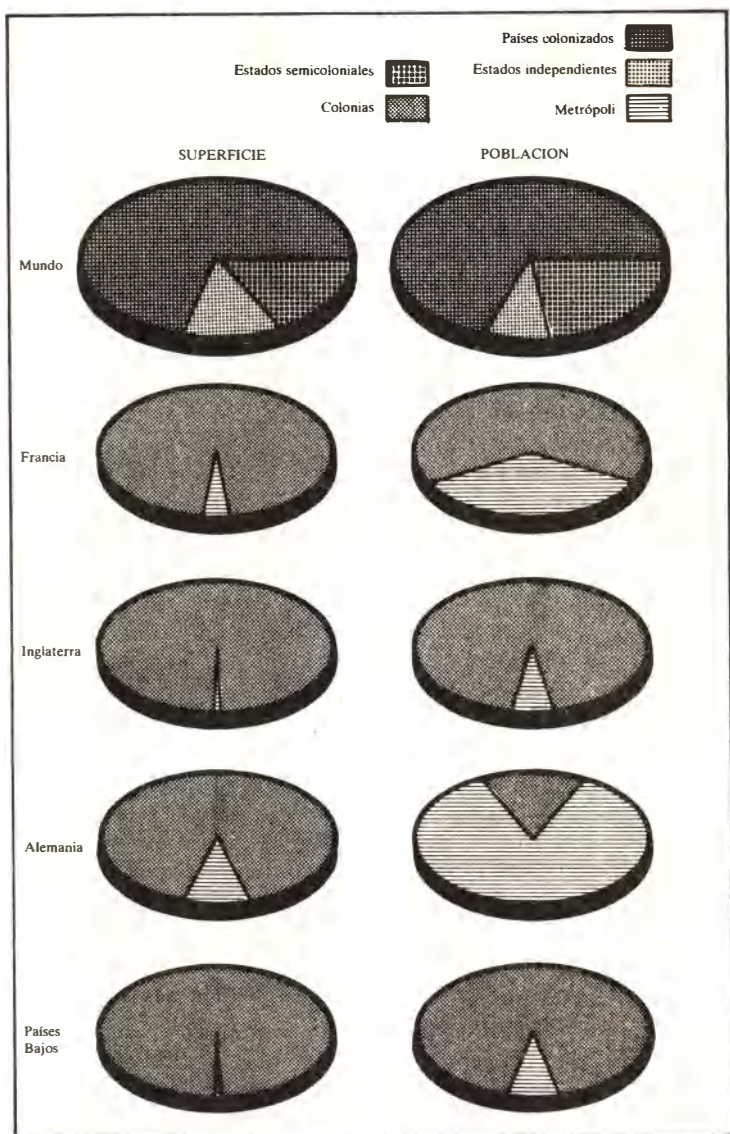
Partiendo pues de la constatación de estos dos campos en el proletariado internacional y mirando hacia las obligaciones de los trabajadores de las naciones opresoras, Lenin capta la

hondura de las ideas expuestas por Marx a propósito de la opresión de Irlanda por Inglaterra. La actitud de Marx en ese caso le parece la pauta de conducta a seguir en los países europeos dominadores.

Interpreta la idea central de Marx, «no puede ser libre un pueblo que oprime a otro», en un doble sentido. De una parte, como expresión coherente y consecuente con los principios emancipadores socialistas. «Es el principio fundamental del internacionalismo proletario», repite una y otra vez, que las trabajadoras de las naciones opresoras no avalen el mantenimiento por la fuerza de naciones oprimidas en el territorio estatal. Y en segundo lugar, por sus repercusiones. Defenderlo, como Marx, es una condición indispensable para favorecer el acercamiento y la unidad de lucha entre trabajadores que se encuentran en tan distinta situación. Mientras que abandonarlo, aparte de suponer una traición al socialismo, acarrea la corrupción socialchovinista de partidos y trabajadores.

En el mundo en que vive es consciente de la repercusión mundial que podría alcanzar una política internacionalista, tal como él la entiende, de los partidos socialistas europeos, cuya conducta —habida cuenta su fuerte influencia— era «clave» para el establecimiento de una paz que desbordara las condiciones imperialistas. Pero sus preocupaciones van más allá del desenlace de la guerra. De manera que plantea expresamente la vigencia de la autodeterminación tanto en la perspectiva de una revolución europea inminente como en la hipótesis de que aquella se posponga por largo tiempo. En cualquier caso lo que le inquieta es asegurar que el proletariado europeo no se corrompa como en las décadas que precedieron al estallido de la guerra.

Contribuye a reforzar este punto de vista la polémica de Lenin con diversos portavoces de la corriente internacionalista intransigente (los rusos Bujarin y Piatakov, los polacos Rosa Luxemburgo y Radek, los holandeses Pannekoek y Gorter, entre otros), que forman junto con los bolcheviques el ala izquierda de la conferencia de Zimmerwald. La vigencia o no



17. La participación de algunos países europeos occidentales en el dominio imperialista del mundo, a comienzos del siglo XX.

de la autodeterminación en la época del imperialismo es un tema central de esa polémica.

Los «intransigentes» reconocían el valor positivo de la autodeterminación como la expresión de «una oposición contra las tendencias opresoras imperialistas», pero a su vez consideraban que no era una consigna correcta para la época imperialista (Radek). En esta época, arguían, las cuestiones nacionales habían cambiado ya de signo, —«si el término nacional permaneció, su contenido real y su función se convirtieron en su contrario» (Rosa Luxemburgo)—, de manera que la autodeterminación aparte de ser una consigna irrealizable, ya no servía sino para encubrir conflictos de carácter imperialista¹². Además, en tanto que mera consigna democrático-burguesa, la autodeterminación ya no venía a cuento ni resultaba adecuada para una época que había unificado a todo el mundo bajo el sistema imperialista y planteaba por consiguiente la vigencia inmediata de la revolución socialista en todo el mundo. En su opinión, al imperialismo ya sólo se le debía contraponer el socialismo internacional, las reivindicaciones estrictamente socialistas por su contenido económico, el «abajo las fronteras» que pedía Radek (en sus tesis de 1916 contra la autodeterminación), o la guerra civil de clases como apuntaba Bujarin:

«Por ende, se concluye que en ningún caso y bajo ninguna circunstancia apoyaremos al gobierno de una gran potencia que sofoque la sublevación y revuelta de una nación oprimida. Tampoco movilizaremos las fuerzas proletarias bajo la consigna del 'derecho de las naciones a la autodeterminación'. En ese caso, nuestra tarea es movilizar las fuerzas del proletariado de ambas naciones —en común con otros— bajo la consigna de una guerra civil de clases por el socialismo y hacer

¹² Rosa Luxemburgo expone estas ideas en «*La crisis...*», obra conocida normalmente como folleto de Junius. Obra citada. págs. 131 a 140. En cuanto a Radek, ver sus *Tesis sobre el imperialismo y la cuestión nacional*, citadas por L. Mármora en el prólogo al nº 73 de la colección de Pasado y Presente.

propaganda contra la movilización de fuerzas bajo la consigna del 'derecho de las naciones a la autodeterminación'¹³.

Aunque le parece una polémica «estúpida», Lenin formula frente a esta corriente un par de observaciones, fundamentales para seguir y entender la evolución de su pensamiento. Y las hace en el primer apartado de su obra *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, titulado gráficamente «El socialismo y el derecho de las naciones a la autodeterminación».

La primera va destinada a depurar la estrechez y el esquematismo de aquellos planteamientos que establecían una rígida separación entre las tareas de la fase democrática y el socialismo. Les recuerda a ese respecto, casi como si estuviera dando una clase, que el socialismo es *también* una forma de Estado de clase y que por lo tanto: a) tendrá también fronteras, b) se le planteará el problema de cómo determinarlas, c) habrá de hacerlo democráticamente si es un régimen verdaderamente socialista y d) luego deberá determinarlas de acuerdo con «la voluntad y las simpatías» de las poblaciones afectadas. Dicho de otra forma, como no deberá mantener coercitivamente a ninguna nación dentro de su territorio, si es socialista, tendrá que proclamar y hacer efectivo el derecho a la autodeterminación a la hora de fijar sus fronteras. En conclusión, pone de relieve, por consiguiente, la vigencia de la autodeterminación para el socialismo, para cualquier régimen socialista, en tanto que haya Estados y fronteras.

La segunda apunta expresamente contra la tradición marxista acostumbrada a identificar la realización del socialismo con la superación *automática*, per se, de los problemas nacionales; una tradición cuyo origen arrancaba del propio Manifiesto Comunista. Para Lenin no basta con proclamar que el socialismo instaaura la igualdad real o que supone la libertad plena en todos los órdenes y la superación de los problemas nacionales. Para él, la transformación del capitalismo al so-

¹³ Recogido de L. Mármora. Obra citada, pág. 28.

cialismo *sólo crea la posibilidad* de resolver los problemas nacionales que la burguesía es incapaz en el fondo de arreglar. Pero esa posibilidad *ha de convertirse en realidad* con la actuación del Estado socialista y *sólo* en la medida en que dicho Estado lleve a cabo una aplicación integral de la democracia en el terreno nacional, incluyendo por supuesto el derecho a la separación tanto de las colonias como de las pequeñas naciones disconformes con su pertenencia al Estado.

El sujeto de la autodeterminación

Propio de estos años es también la preocupación de Lenin por precisar el sujeto de la autodeterminación, un asunto crucial entonces, en vísperas del desenlace de la primera guerra mundial.

Previendo que la paz iba a significar un nuevo «reparto del botín» entre las potencias vencedoras, como así fue, Lenin concede gran importancia a la elaboración de un plan de paz socialista que pudiera contraponerse a la paz imperialista. Por ello, en numerosos escritos de esta época aborda la cuestión de las anexionaciones, preocupado por definir ese concepto con precisión desde el ideario democrático y socialista. Le dedica una atención particular en *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, donde se centra en clarificar su contenido: la anexión es para Lenin «una violación de la autodeterminación, es la determinación de las fronteras de un Estado en contra de la voluntad de su población». Pero es quizás en diversos escritos sobre el programa proletario de paz, ya en 1917, donde se encuentran las aportaciones más valiosas tanto sobre el *sujeto* de la autodeterminación como sobre las condiciones que garanticen su ejercicio libre y democrático.

Sobre el sujeto de la autodeterminación, lo más interesante es que se sirve de un criterio dinámico y concreto: *la voluntad popular ya manifestada* de una forma u otra.

Lenin no se basa en una definición general de la nación

de la que puedan deducirse las exigencias requeribles a cualquier posible sujeto de la autodeterminación, al estilo de los rasgos que Stalin exige en su obra a toda nación (comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología). Al contrario, puede afirmarse que la descarta *de hecho*, tal vez porque intuye lo problemático de intentar encerrar las realidades nacionales en una definición general.

Lenin rechaza también, de manera expresa en este caso, las argumentaciones historicistas, siempre enflonadas, y considera el fenómeno de las anexiones con independencia de la época en que se hubiesen producido e, incluso, del hecho de que en su momento no hubieran resultado especialmente conflictivas. Desmonta, asimismo, las argucias propias del colonialismo «progresista», tales como la consideración de que las anexiones sólo se dan en los países de ultramar y no en Europa, o la justificación de algunas colonias por su situación especialmente atrasada.

Para Lenin, el criterio fundamental es la existencia, en cualquier parte del planeta, de un movimiento nacional popular que manifieste su disconformidad por su situación dentro del Estado, «sin que importe si tiene o no un idioma propio». Donde lo hay, donde se da un movimiento popular «que siente ser otra nación»¹⁴, ya está definido el sujeto de la autodeterminación. A diferencia pues de los autores que van sumando supuestos rasgos diferenciados a fin de cualificar su especificidad nacional, Lenin pone el acento en dar una descripción amplia de las modalidades de protesta, dando a entender que ello es el mejor indicador de la existencia de un movimiento nacional popular de resistencia:

«Se considerará anexo cualquier territorio, cuya población, en el transcurso de las últimas décadas (desde la segun-

¹⁴ Tal vez su definición más acabada de anexión es la siguiente: «*Pues anexión es la incorporación de cualquier país que tenga particularidades nacionales, es cualquier incorporación de una nación contra su voluntad, sin que importe si tiene o no idioma propio, desde el momento en que siente ser otra nación*». Lenin. O.C., XXIV, 428.

da mitad del siglo XIX), haya expresado su disconformidad con la incorporación de su territorio a otro Estado, o con su situación dentro del Estado; ya sea que esa disconformidad haya sido expresada en escritos, en resoluciones de parlamentos, asambleas, concejos municipales u otros organismos similares, en documentos estatales y diplomáticos, surgidos del movimiento nacional en otros territorios, en conflictos nacionales, choques, disturbios, etc.» (O.C., XXVII, 460) ¹⁵

En cuanto al asunto de las condiciones del ejercicio de la autodeterminación, en este tiempo se interesa especialmente por los aspectos más prácticos y a menudo más delicados o problemáticos, esto es, por las *condiciones previas* al momento formal de la autodeterminación. Las referencias acerca de esto son breves, pero permiten ver, entrelíneas, que ha reflexionado sobre algunos ángulos espinosos, como por ejemplo, las modificaciones demográficas y territoriales que los pueblos suelen sufrir tras su anexión por un Estado. Entre otras cosas significativas, Lenin propone un procedimiento para delimitar las fronteras del territorio y la población del país que se vaya a autodeterminar, exige la retirada total de las tropas de ocupación, plantea la repatriación de los habitantes expulsados o exiliados o emigrados, y reivindica la instauración inmediata de un gobierno provisional, representativo de ese pueblo, como garante de todo el proceso previo al ejercicio de la autodeterminación ¹⁶.

¹⁵ He elegido este texto, pese a ser de diciembre de 1917, por ser el más preciso a este respecto. De todas formas se trata sólo de una cuestión de redacción y de oportunidad del momento en que vive, porque la preocupación por el asunto del sujeto y cuando madura sus ideas acerca de ello es durante la guerra, a lo largo de 1916. Entre los comentaristas de Lenin, brilla por su ausencia la menor referencia a este aspecto singular de su pensamiento: la concepción dinámica del sujeto de la autodeterminación, siendo el norteamericano H.B. Davis uno de los pocos que han reparado en ello y lo destacan. Obra citada, págs. 244 y 254.

¹⁶ Lenin. O.C., XXVII, págs. 460 y 461. En la redacción de estas condiciones previas participó, asimismo Stalin.

El imperialismo y la cuestión nacional

La discusión de la corriente internacionalista «intransigente» iba más lejos de la vigencia o no de la autodeterminación por cuanto ponía sobre el tapete un tema general que afectaba de arriba-abajo a la misma concepción de la revolución, al papel que debían jugar las reivindicaciones de la democracia política en la etapa del imperialismo y, en particular, al valor de las cuestiones nacionales en la época del imperialismo.

Los «intransigentes», razonando con la misma lógica antes expuesta, consideraban que ya no era hora de preocuparse de la democracia política, sino que era la hora del socialismo. Y en lo que hace a los asuntos nacionales, ponían el acento, desde Rosa a Bujarin, en la imposibilidad de que, bajo el imperialismo, pudieran desencadenarse luchas de liberación nacional, dada la capacidad de las potencias imperialistas para absorber cualquier posible conflicto nacional, para degradarlo y transformarlo en un conflicto de carácter inter-imperialista ¹⁷.

Lenin defiende lo contrario, considerando particularmente «absurdas» tanto la contraposición en general de la democracia política y el socialismo en la época imperialista como la previsión de que los problemas nacionales se han consumado ya en dicha época. Si ya desde siempre, como se ha visto en los capítulos anteriores, había tendido un puente entre la democracia y el socialismo y había definido el socialismo en lo político —y en lo nacional por lo tanto— como la «democracia consecuente», ahora lo acentúa aun más debido a la comprensión de los fenómenos que caracterizan la época imperialista.

En su definición del imperialismo, Lenin establece una íntima unidad entre sus rasgos económicos y políticos. Si en lo

¹⁷ En *La crisis de la socialdemocracia*, Rosa Luxemburgo cita a este respecto los casos, entonces recientes, de Serbia y países balcánicos. Obra citada, págs. 135 y 140. Lenin los rebate en su célebre réplica *El folleto de Julius*. O.C., XXIII, 426-440.

económico supone el paso de la competencia al monopolio, la concentración del capital, la hegemonía del capital financiero, la exportación de capitales, el parasitismo del capital, etc., en lo político implica siempre una tendencia a la negación de la democracia en general, a aumentar la dominación, a reducir las libertades. Y tanto su política exterior —de expansión y de conquista de otros países en cualquiera de las formas posibles: económica, política o militar—, como su política interior —debilitamiento de la democracia, ampliación de los poderes del gobierno, auge del militarismo, encarecimiento del coste de vida, aumento de los impuestos, etc—, responden a una misma lógica: la tendencia de los monopolios a aumentar su dominio. De ahí se deriva, según Lenin, la conclusión contraria a la desconsideración de la importancia para la revolución de las cuestiones político-democráticas en general y de las nacionales en particular. Bajo el imperialismo tienen sin duda más valor aún para Lenin tanto unas como otras, porque en esa época se produce por fuerza una tendencia al agravamiento de las contradicciones siempre presentes entre el capitalismo y la democracia (debido a que se acentúa, según dice, «el antagonismo entre las aspiraciones democráticas de las masas y la tendencia antidemocrática de los trust») y entre el capitalismo y las libertades nacionales.

La reflexión sobre el imperialismo ¹⁸, tiene gran trascendencia en la evolución de las posiciones de Lenin sobre los problemas nacionales. Por propia definición, el imperialismo es la negación nacional para la mayor parte del mundo. Pero no ya sólo porque haya supuesto en el proceso de su forma-

¹⁸ Durante 1916, Lenin desparrama sus reflexiones sobre el imperialismo en numerosos artículos. Aparte del trabajo más conocido, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, merecen mencionarse asimismo debido a su relación con el tema que nos ocupa: *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación. (Tesis)*, *El folleto de Junius*, *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, *La nueva tendencia del economismo imperialista*, *Respuesta a P. Kietvski (I. Piatakov)*, *Una caricatura del marxismo y el economismo imperialista*, *El imperialismo y la división del socialismo*.

ción el reparto de casi todo el mundo entre unas pocas potencias. El propio desarrollo del imperialismo significa una agudización extrema de la opresión nacional. Todos los fenómenos que lo acompañan van en la dirección de violar la independencia política y económica de los pueblos más débiles por las potencias imperialistas: la ocupación por la fuerza, la explotación de los recursos y la superexplotación de la gente, la ruptura violenta de la estructura social tradicional, el desprecio de la cultura autóctona, la ingerencia en la soberanía, el chantaje económico y militar... Y ello se manifiesta, según Lenin, en todo el mundo, no sólo en las colonias, sino también en los pequeños pueblos europeos.

La reflexión de Lenin sobre el imperialismo es tardía, en comparación con otros autores de la época. Antes que él, un buen número de escritores, marxistas y no-marxistas, lo habían analizado ya, aportando gran parte de los conceptos que Lenin emplea en su folleto *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Lenin por consiguiente, se beneficia de un trabajo ya hecho, como en tantos otros campos de su obra. Pero no se limita a repetir lo dicho por otros. Dejando de lado el asunto controvertido de cuáles son sus aportaciones específicas a la definición del imperialismo, ha de reconocerse que él añade algo nuevo y distinto cuando menos: fundamentar una nueva perspectiva política para el campo socialista a partir de la consideración global de cuanto implica el imperialismo. En palabras de un autor actual, la novedad que aporta Lenin es la de haber ofrecido «al movimiento obrero las armas para la lucha política (separación de los «oportunistas», alianza con las nacionalidades oprimidas) fundada en un análisis rico de la guerra y de su época contemporánea»¹⁹.

En lo que atañe más directamente a las cuestiones nacionales, los aspectos más sobresalientes de esa nueva perspectiva política son los siguientes:

1. La previsión de una (larga) época de intensificación de los movimientos nacionales de resistencia que tenderán a pro-

¹⁹ Andreucci. Obra citada, pág. 284.

ducir una oleada continúa de insurrecciones nacionales antiimperialistas. En lo que hace a su extensión lo concibe con un alcance universal, mundial, si bien entiende que se gestarán especialmente en los países coloniales. Junto a ello, Lenin preve la inevitabilidad de una dialéctica: resistencia —represión— resistencia, que se irá acentuando hasta desembocar en guerras nacionales de liberación:

«Las guerras nacionales libradas por las colonias y semicolonias, no sólo son probables, sino *inevitables* en la época del imperialismo (...) Los movimientos de liberación nacional son allí muy fuertes, o están creciendo y madurando. Toda guerra es la continuación de la política por otros medios. La continuación de la política de liberación nacional en las colonias tomará *inevitablemente* la forma de guerras nacionales *contra* el imperialismo» (O.C., XXIII, 431)

2. La valoración del carácter progresista y revolucionario de las luchas nacionales, dada su obligada proyección antiimperialista.

Lenin define su contenido para la época contemporánea de manera desprejuiciada, sin las muletillas doctrinales de otros momentos, ateniéndose escrupulosamente a los hechos: las luchas nacionales suponen la defensa de sí mismos por parte de los pueblos oprimidos, la defensa de su idioma y literatura, de su territorio, de su desarrollo nacional... frente a las potencias imperialistas (O.C., XXIV, 40 y 63). No desconoce la eventualidad de que las burguesías nacionales puedan enturbiar o degradar esos contenidos con su manera mezquina de formular los problemas nacionales. Ni menosprecia tampoco el interés de las potencias imperialistas por ingerirse en cualquier lucha nacional a fin de utilizarla en su provecho. Pese a todo ello, Lenin advierte en particular sobre la necesidad de saber captar los contenidos de fondo de los problemas nacionales, sus causas y su verdadero alcance, por encima de cualquier mistificación posible ²⁰.

²⁰ Lenin. O.C., XXIV, 63 y también XXIII, 247.

3. Los pequeños pueblos de la Europa occidental nacionalmente oprimidos, disconformes con su sometimiento a un Estado en el que se encuentran a disgusto, etc., también quedan incluidos dentro de la perspectiva de intensificación de las luchas nacionales contra las potencias imperialistas. Lenin entiende que las luchas nacionales pueden alcanzar grados elevados de resistencia en estos casos, debido a sus propias circunstancias materiales y espirituales, pues se trata —según observa— de pueblos cultos, exigentes en lo político, con un sentimiento altamente desarrollado de autoestimación, muy sensibles a las situaciones de desigualdad nacional... Por otra parte, pronostica que pueden transformarse, por su especialísima ubicación geopolítica: en el corazón del imperio, en sublevaciones con una transcendencia política superior (para Europa) que la derivada de insurrecciones coloniales ²¹. Esta observación sobre la posibilidad de que la lucha de estos pequeños pueblos pueda «fermentar» crisis políticas más amplias en el área europea más desarrollada, motiva a Lenin a insistir en el rechazo de la separación entre Europa y las colonias, habitual en su tiempo. Aparte de otras consideraciones antes expuestas sobre el valor estratégico de la autodeterminación para el socialismo europeo, la insurrección irlandesa de 1916 le posibilita llevar a cabo una reflexión más concreta sobre la importancia que pueden tener las luchas de liberación nacional en el desencadenamiento de crisis hondas en Europa.

4. La exigencia de integrar las luchas nacionales en la estrategia del movimiento socialista internacional. Esta exigencia, siempre presente en su concepción revolucionaria, es ahora más imperativa a tenor de lo planteado en los puntos anteriores. Y aun tanto más desde que vislumbra que el avance revolucionario mundial va a estar íntimamente relacionado a la *concatenación* entre las luchas del proletariado de los países occidentales y «toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, incluido el movimiento de liberación

²¹ Lenin. O.C., XXIII, 477.

nacional, en las naciones no desarrolladas, atrasadas y oprimidas» (O.C., XXIV, 62).

Dicha exigencia conecta, además, con la maduración de sus ideas sobre la revolución. Lenin se resiste en este momento a las simplificaciones, a los análisis reduccionistas, y va perfilando una concepción general sobre las revoluciones posibles en su tiempo que resulta más política, más compleja, más vinculada a la realidad real. Descarta las revoluciones puras: «quien espera una revolución social *'pura'*, no llegará a verla jamás» (O.C., XXIII, 476). Intuye, por el contrario, pensando en el occidente desarrollado, que la revolución vendrá precedida (y producida) por una larga y complicada serie de estallidos «de los descontentos y oprimidos» de la sociedad, con motivaciones muy variadas (y a veces poco *puras* incluso). Para Lenin, las motivaciones nacionales son un componente obligado de esa concepción revolucionaria para la época imperialista, allí donde haya un problema nacional pendiente:

«En la guerra actual, los estados mayores procuran diligentemente utilizar todo movimiento nacional y revolucionario en el campo enemigo; los alemanes, la sublevación irlandesa; los franceses, el movimiento checo, etc. Y desde su punto de vista actúan muy acertadamente. No se toma en serio una guerra seria, si no se aprovecha la menor debilidad del enemigo, si no se aprovecha cualquier ventaja, tanto más, cuando no se puede saber con anticipación en qué momento, dónde y con cuánta fuerza 'estallará' algún polvorín. Seríamos muy malos revolucionarios si en la gran guerra emancipadora del proletariado por el socialismo no supiéramos aprovechar *todo* movimiento popular contra *cada una* de las calamidades del imperialismo, para agudizar y ampliar la crisis» (O.C., XXII, 478)

5. La revisión de la política socialista para adecuarla a la época contemporánea. En lo que hace a los asuntos nacionales, lo específico de la nueva época es un par de exigencias metodológicas: a) la división de las naciones en opresoras y

oprimidas y b) la necesidad de diferenciar las tareas que corresponden a una u otra situación.

Al formular las obligaciones socialistas, Lenin mantiene la idea del «doble acento» de los años 14, aunque ahora prefiere utilizar otro término similar: el «dualismo» de la política nacional de los socialistas.

En las naciones opresoras ha de basarse en una posición intransigente en contra del mantenimiento coercitivo por parte de *su* Estado de naciones oprimidas y colonias. Y en la adopción, al mismo tiempo, de una actitud de indiferencia sobre las fronteras del Estado («A quien pertenece a una nación opresora debe serle 'indiferente' el problema de si las naciones pequeñas pertenecen a *su* Estado, al *vecino*, o a sí mismas, de acuerdo con sus simpatías; sin esta 'indiferencia' no es un socialdemócrata», O.C., XXII, 467). Su política se concreta, desde luego, en la obligatoriedad de defender la autodeterminación; pero, junto a ello, en la necesidad de apoyar «con particular energía» todos los movimientos insurreccionales anti-imperialistas, incluso el de aquellos países donde el proletariado no esté mínimamente constituido siquiera ²².

El de las naciones oprimidas ha de enfatizar, en cambio, la unidad entre su lucha y la de los trabajadores de la nación opresora, así como la perspectiva de la «voluntaria unión» de las naciones. Lenin admite una amplia variedad de opciones sobre el futuro nacional que más convenga defender en cada caso, señalando a este respecto que «...puede sin infringir sus obligaciones de internacionalista, estar *tanto* por la independencia política de su nación *como* por su incorporación al vecino país X, Y, o Z, etc.» (O.C., XXIII, 467). Pero a la vez exige incuestionablemente una tensión de lucha contra la mezquindad nacional.

La política socialista en los pueblos oprimidos, según Lenin, debe basarse en la combinación de dos dinámicas contradictorias: de un lado, en estar junto con la burguesía nacional

²² Lenin. O.C., XXIV, 67.

anti-imperialista en contra de la nación opresora; de otra parte, en luchar contra su propia burguesía nacional ²³.

En cualquier caso, un rasgo fundamental de la política socialista que defiende es la exigencia, por vía negativa, de una clara diferenciación con la política nacional de su propia burguesía. Por ello, en la situación de las naciones opresoras, su punto de referencia negativo, al que ha de contraponerse, es el socialchovinismo. Mientras que en las naciones oprimidas, el blanco negativo de referencia es que su perspectiva de lucha no se diluya en un estrecho particularismo nacionalista.

6. Mediante lo expuesto hasta aquí, Lenin sienta las bases de una profunda renovación del internacionalismo socialista; una renovación necesaria, como ya se ha dicho, por cuanto el internacionalismo, pese a ser un concepto clave del marxismo desde sus inicios, había derivado en una retórica vacía de contenido bajo la II Internacional. Corresponde a Lenin el mérito de rescatar el internacionalismo del campo de la retórica y la abstracción, para situarlo en el mundo de la realidad real y cambiante de la época contemporánea.

En un mundo real caracterizado en su mayor parte por la existencia de la opresión nacional, la preocupación central del internacionalismo ha de ser la de dar una respuesta satisfactoria al problema de base, esto es, a «cómo eliminar la opresión nacional». Para Lenin, la respuesta a ese interrogante es la de exigir que el internacionalismo sea una política que conduzca efectivamente a establecer la igualdad nacional; según dice textualmente: «Debemos realizar la *igualdad* nacional; proclamar, formular y poner en práctica la igualdad de 'derechos' para todas las naciones» (O.C., XXIV, 78). O dicho en negativo, es la advertencia expresa sobre la falsedad de un internacionalismo que excluye de ese programa de igualdad su punto más conflictivo: el derecho de cada pueblo a crear su propio Estado nacional.

²³ Idem, pág. 64.

La patria y el patriotismo

El concepto de patria ejemplifica de modo notable la evolución del pensamiento de Lenin sobre los problemas nacionales, o, si se quiere, las contradicciones entre los planteamientos de los años 13 y los que defiende en estos años, en medio del conflicto bélico mundial. La propia Inés Armand le pide explicación a Lenin, durante el otoño de 1916, sobre las contradicciones que ella encuentra entre la idea de la patria expuesta en su artículo escrito en memoria de Marx y las que está defendiendo en otros. Y tiene razón, al menos aparentemente. El texto sobre Marx, aunque ve la luz entonces, estaba escrito en realidad en 1913, como confiesa él mismo en el prólogo, y para cuando se publica Lenin ya había modificado sensiblemente sus opiniones sobre los asuntos relativos a la patria, el patriotismo, etc.²⁴.

Lenin aborda el tema de la patria nada más estallar la guerra y en el contexto de las primeras inquietudes que le embargan sobre el descalabro de la II Internacional. Su punto de mira está orientado, en principio, a combatir las posiciones de la mayoría socialista que ha dado su aval a la guerra esgrimiendo la «defensa de la patria», «el derecho de cada pueblo a la independencia nacional» y a «la autodefensa», etc. Lo que le preocupa es demontar tales argumentos, mediante la demostración del carácter imperialista de la guerra y de lo

²⁴ Para las cartas a Inés Armand, Lenin. O.C., XXXIX, 379 y 381. El texto al que se refiere Inés Armand es el siguiente: «Las naciones son producto inevitable y forma inevitable de la época burguesa de desarrollo de la sociedad. Y la clase obrera no podía fortalecerse, alcanzar su madurez y formarse sin 'organizarse dentro de la nación', sin ser 'nacional' ('aunque de ningún modo en el sentido burgués'). Pero el desarrollo del capitalismo derriba de más en más las barreras nacionales, acaba con el aislamiento nacional y en lugar de los antagonismos nacionales plantea los de clase. Por eso es una verdad innegable que en los países capitalistas desarrollados 'los obreros no tienen patria' y que la 'acción común' de los obreros, al menos en los países civilizados, 'es una de las primeras condiciones de la emancipación del proletariado' (Manifiesto Comunista)». Lenin. O.C., XXII, 165. y 166.

aberrante que resulta utilizar la idea del patriotismo defensivo en *esa* guerra.

En esta batalla, Lenin toma como punto principal de referencia y de apoyo las ideas de la patria expuestas por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista. O, mejor dicho, Lenin las interpreta de manera que encajen con una periodización del desarrollo del capitalismo (y de las naciones) muy similar a la comentada en el capítulo anterior. De acuerdo con dicha periodización, la patria y las luchas nacionales tienen un sentido en la fase del desarrollo del capitalismo dominada por la lucha contra el feudalismo, mientras que ya no tienen sentido en cambio en la fase imperialista, cuando el capitalismo ha madurado y ha entrado a competir necesariamente con otros países para realizar mejor sus beneficios, cuando se lanza a la conquista de colonias y nuevos mercados, etc. Así lo define, por ejemplo, en un escrito de noviembre de 1914,:

«El problema de la patria, contestaremos a los oportunistas, no puede plantearse pasando por alto el carácter histórico concreto de la presente guerra. Esta es una guerra imperialista, es decir, una guerra de la época del capitalismo más desarrollado, de la época *final* del capitalismo. La clase obrera debe primero ‘constituirse en nación’, dice el *Manifiesto comunista*, poniendo de relieve los *límites y las condiciones* de nuestro reconocimiento de la nacionalidad y de la patria, como formas esenciales del régimen burgués y, por consiguiente, también de la patria burguesa. Los oportunistas desfiguran esta verdad al extender a la época final del capitalismo aquello que es verdad para la época de su surgimiento. Ahora bien, con relación a la última época y a las tareas del proletariado en la lucha para destruir, no ya el feudalismo, sino el capitalismo, el *Manifiesto comunista* dice de manera clara y precisa que ‘los obreros no tienen patria’. Se comprende por qué los oportunistas temen aceptar esta proposición del socialismo, temen inclusive, en la mayoría de los casos, tenerla en cuenta abiertamente. El movimiento socialista no puede triunfar dentro de los viejos marcos de la patria; crea nuevas y superiores formas de sociedad humana, en las que las legítimas necesidades y las progresistas aspiraciones de las masas trabajado-

ras de *cualquier* nacionalidad serán por primera vez satisfechas en la unidad internacional, a condición de que las barreras nacionales actuales sean derribadas. A los intentos de la burguesía contemporánea de dividir y desunir a los obreros con hipócritas llamados a la 'defensa de la patria', los obreros políticamente conscientes responderán con nuevos y reiterados esfuerzos para unir a los obreros de las diversas naciones en la lucha por derrocar el dominio de la burguesía de todas las naciones» (O.C., XXII, 128 y 129)

Aunque sirve para ilustrar perfectamente la línea de argumentación de Lenin en esos momentos iniciales, el inconveniente de este texto ²⁵, no está tanto en lo que dice, dejando de lado su elevado nivel de generalización, sino en lo que omite. Perteneció a una época en que está angustiado por los problemas del socialismo europeo y de ahí su aire eurocentrista, como si el mundo empezara y acabara en la Europa occidental más desarrollada. Pese a ello, no se puede obviar una mención crítica a la contraposición tajante entre las guerras nacionales y las imperialistas, a la separación abstracta entre el patriotismo y el internacionalismo, que rezuma toda la línea de argumentación.

A partir del verano del 1915 hay un punto de inflexión en el tratamiento de la patria. Se inicia cuando Lenin formula por vez primera la idea del *carácter anti-nacional* de la guerra imperialista, al comentar un escrito de David ²⁶, uno de los líderes más destacados de la derecha socialista alemana. Esa idea, fruto de una comprensión más global y atinada de la naturaleza de aquella guerra, marca el comienzo de una reflexión que Lenin va desgranando en numerosos artículos, conforme madura y sistematiza su análisis de los rasgos fundamentales de la época imperialista. En este caso puede esta-

²⁵ Y de otros muchos más, similares, de la misma época. Así p. ejemplo. XXII, 89, 95-96, 254 y 318.

²⁶ Se refiere al libro de David, *La socialdemocracia en la guerra mundial*, en cuyo comentario aparece por vez primera la formulación del carácter antinacional de la guerra. Lenin. O.C., XXII, 368 a 372.

blecerse además una estrecha relación entre el desarrollo de sus opiniones y la discusión con los internacionalistas «intransigentes», pues la mayor parte de los textos sobre la patria se encuentran en las polémicas mantenidas con dicha corriente. El propio Lenin le comenta a Inés Armand que en su artículo contra Piatakov, *Una caricatura del marxismo*, explica «totalmente» su concepción marxista sobre el problema de la patria en la época imperialista ²⁷.

«En el ambiente imperialista actual no pueden darse guerras defensivas ni guerras nacionales, y los socialistas que no tengan en cuenta este determinado marco histórico, quienes en medio del tumulto mundial quieran situarse en un punto de vista particular, en el punto de vista de un país, desde el comienzo sustentarán su política en la arena», escribía Rosa Luxemburgo en su obra *La crisis de la socialdemocracia* (firmada con el seudónimo Junius). Esa posición, compartida por los «intransigentes», que negaba por consiguiente cualquier posibilidad de guerra nacional —y por tanto de lucha patriótica— en la época imperialista, le parece a Lenin un disparate «histórico, político y lógico».

En su respuesta a los «intransigentes», Lenin exige adoptar un punto de vista rigurosamente histórico y concreto ante las cuestiones de la guerra y de la patria. Siguiendo a Clausewitz, parte de que toda guerra no es más que la continuación de la política por medios bélicos, lo cual obliga a analizar cual era el juego político inmediatamente anterior a la guerra, qué clases la libraban, con qué objetivos políticos, etc., pues es todo ello lo que define el carácter concreto de la guerra. Si es continuación de la política de expansión y competencia de los monopolios, será una guerra imperialista. Si es

²⁷ Lenin. O.C., XXXIX, 383. Más comentarios sobre esa polémica en otras cartas a Inés Armand (XXXIX, 399 y 402, XL, 17-18 y 41), a Zinoviev (XXXIX 359-60), a N.D. Kiknadze (XXXIX, 374 y ss.), a Shliapnikov (XXXIX, 342), etc.; y también en los artículos *El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, *«El folleto de Junius»* y *«Una Caricatura del marxismo...»*, entre otros, en los tomos XXIII y XXIV de las Obras Completas.

continuación de los conflictos que hay en un país a causa de su agresión nacional, si continúa la lucha de liberación nacional, etc., será una guerra nacional en cambio. Por consiguiente, no sólo defiende la posibilidad de que se den guerras nacionales en la época imperialista, sino que prevé su intensificación lógica dada la situación de opresión en que se encuentra la mayor parte de los pueblos del mundo. El hecho de que haya unas potencias agresivas que pretenden dominar todo el mundo, recuerda Lenin a los «intransigentes», añade dificultades a la resolución victoriosa de las guerras nacionales, puede significar también intentos de manipulación y degradación por parte de unas u otras potencias, pero no elimina en cualquier caso el problema de fondo, ni elimina la perspectiva de un incremento de las luchas de liberación nacional. Remedando la cita anterior de Rosa Luxemburgo podría decirse, por el contrario, que cualquier socialista que no tuviera en cuenta esta perspectiva histórica y concreta sustentaba su política sobre la arena.

Su reflexión central sobre la patria se condensa, en este tiempo, en una distinción entre dos situaciones netamente diferenciadas (en principio referidas sólo a Europa por cautela, pero que pueden interpretarse de manera más amplia en mi opinión sin forzar las cosas) Una, donde la patria ya está agotada y carece de contenido alguno liberador. Otra, donde la patria *aún* no es letra muerta y supone la defensa de la democracia, del idioma nacional, de la libertad política, etc.,:

«En los países occidentales el movimiento nacional es algo del pasado lejano. En Inglaterra, Francia, Alemania, etc., etc., 'la patria' es letra muerta, ya cumplió su función histórica, *es decir*, que allí el movimiento nacional no puede reditu-
tuar nada progresista, nada que eleve hacia una nueva vida económica y política a nuevas masas. El próximo paso histórico no es, en dichos países, el paso del feudalismo o del salvajismo patriarcal al progreso nacional a una patria civilizada y políticamente libre, sino el paso de una 'patria' que ya vivió su tiempo, que ha pasado la etapa de la madurez capitalista, hacia el socialismo.

En Europa oriental la situación es diferente. Sólo quien viva soñando con Marte puede negar que para los ucranios y bielorrusos, por ejemplo, el movimiento nacional no se ha llevado a cabo todavía, que el despertar de las masas para lograr el uso pleno de su lengua materna y de su literatura (y ésta es condición indispensable e inseparable para el pleno desarrollo del capitalismo, para la penetración plena del intercambio hasta la última familia campesina) *todavía* está en vías de realización. La 'patria' no es *aún* allí, históricamente, letra muerta. Aquí, 'la defensa de la patria' *todavía* puede ser la defensa de la democracia, del idioma nacional, de la libertad política contra las naciones opresoras, contra el medioevo, en tanto que los ingleses, franceses, alemanes e italianos mienten cuando hablan de la defensa de su patria en la guerra actual, porque en realidad, lo que defienden *no* es su lengua materna, *ni* su derecho al desarrollo nacional, sino sus derechos de esclavistas, sus colonias, las 'esferas de influencia' de su capital financiero, etc.». (O.C., XXIV, 40).

Para Lenin, por tanto, hay patria donde la lucha de clases tiene o debe tener un contenido de liberación nacional y es el reflejo de ese contenido de lucha en las clases populares; no la hay, en cambio, en los países con un desarrollo capitalista consolidado y nacionalmente independientes, pues en ellos la defensa de la patria adquiere un contenido chovinista y reaccionario: la colaboración con su burguesía en la búsqueda de la grandeza de su nación.

Esta concepción de la patria resuelve el problema de darle un sentido político concreto para su época que resultara válido para la mayor parte del mundo. Y es un aviso negativo, por otra parte, sobre la tendencia principal —a maximizar sus beneficios a costa de otros pueblos más débiles— que se manifiesta en los países ya realizados nacionalmente. Pero plantea asimismo algunos interrogantes que conviene tener en cuenta.

Así por ejemplo, el referido a aquellos países donde, según su planteamiento, la patria ya es letra muerta. ¿No cabe formular en esos casos un contenido nacional positivo, un pa-

triotismo positivo, desde una óptica socialista coherente con sus principios emancipadores? Lenin lo descarta terminantemente, fiel a su manera de enfocar las cuestiones nacionales, las cuales sólo le interesan en la medida en que corresponden a situaciones de opresión de un país por otro país. Pero hay un caso notable, como es su famoso artículo *El orgullo nacional de los gran rusos*, escrito en medio de la guerra, que contradice ese planteamiento.

Aunque en ocasiones se ha adjudicado a dicho artículo una intención meramente coyuntural, de intentar compensar la acusación de traición a la patria o de anti-ruso que se le ha hecho ²⁸ (dicho sea de paso, no consta ninguna preocupación especial de Lenin por sacudirse ese sambenito, ya que la base de tal acusación, su opinión de que la derrota de los ejércitos zaristas en aquella guerra era lo menos malo o lo que más favorecía entre otras posibilidades las perspectivas revolucionarias en Rusia, es uno de los argumentos que Lenin esgrime precisamente en ese mismo artículo y permanece mientras dura la guerra como uno de los temas destacados de su línea de agitación) creo que puede interpretarse en cierto sentido como una respuesta positiva a la pregunta antes expuesta.

Escrito en el contexto de la exaltación nacionalista-chovinista que ha producido la guerra en sus primeros momentos, ese artículo trata de contraponerle *otra* idea del patriotismo. Un patriotismo enraizado en su propio país, «amamos nuestro idioma y nuestra patria». Orgulloso de las tradiciones de rebeldía del pueblo ruso contra el poder, «el sentimiento de orgullo nacional que nos invade se debe a que la nación gran rusa (...) ha demostrado también que es capaz de dar a la humanidad grandes ejemplos de lucha». Incompatible con la opresión de otros pueblos, «sentimos un odio particular por nuestro pasado (...) y nuestro presente de esclavos cuando (...) nos llevan a la guerra para estrangular a Polonia y Ucrania...». Un patriotismo, en suma, cuyo punto de mira es la guerra civil revolucionaria, «contra la monarquía, los terrate-

²⁸ L. Kolakowsky. Obra citada, págs. 397 y 398.

nientes y los capitalistas de la propia patria, es decir, contra los peores enemigos de nuestra patria».

Creo, pues, que ese escrito refleja la conveniencia de la utilización política del sentimiento patriótico en *ciertas circunstancias*, cuando el ambiente general aconseja el uso de la vieja táctica de «entrar con la suya para salirse con la tuya»²⁹. Aunque en ese caso tiene, como es obvio, un contenido diferente al más usual. Si normalmente el patriotismo se refiere a la defensa de lo propio de un pueblo frente a agresiones *externas*, en el caso utilizado por Lenin se refiere en cambio a un conflicto *interno* al propio país. Y lejos de aportar un contenido específico desde el punto de vista nacional, viene a ser otra manera de denominar el conflicto existente entre las dos comunidades que hay en toda nación: la de los dominadores y la de los dominados.

Dicho esto, conviene reiterar que Lenin no avala, más allá de la circunstancia particular mencionada, otra utilización positiva de la idea del patriotismo para aquellos países donde no se plantea una situación de opresión nacional; más aún, expresamente la descarta, apelando a la perspectiva internacionalista del proletariado. De esta forma, Lenin renuncia en cierto modo a una definición más amplia de la patria que había hecho en 1908, cuando concibe lo nacional —como exigía Marx en una frase algo oscura del Manifiesto Comunista— «en otro sentido» que el burgués. Esta definición de la patria, válida *tanto* para referirse al conflicto interno de las comunidades nacionales y fundamentar un patriotismo progresista y socialista, *como* a la situación de opresión nacional por un orden externo a la comunidad nacional, era la siguiente:

«Es cierto que en el *Manifiesto Comunista* se dice que ‘los obreros no tienen patria’ (...) Pero de esto no se desprende (...) que al proletariado no le interesa en qué patria vive: en

²⁹ Bauer hizo alarde de ese viejo principio con el objeto de intentar batir «al nacionalismo en su más propio suelo». En «*Observaciones...*», obra citada, pág. 184.

la Alemania monárquica, en la Francia republicana o en la Turquía despótica. *La patria, es decir, el medio político, cultural y social, es el factor más poderoso en la lucha de clases del proletariado (...) El proletariado no puede permanecer indiferente e insensible ante las condiciones políticas, culturales y sociales de su lucha; por lo tanto, tampoco pueden serle indiferentes los destinos de su país.* Pero los destinos del país le interesan únicamente *en cuanto* afectan a su lucha de clase y no en virtud de un 'patriotismo' burgués, indecente en absoluto en labios de cualquier socialdemócrata». O.C., XX, 198-9. (Los subrayados son míos)

Otro interrogante derivado del planteamiento de Lenin es el sentido de las cautelas con que aborda lo relativo a la patria en los pueblos oprimidos. ¿Qué significado tienen esas expresiones limitativas: donde *aún* la patria no es letra muerta, donde *todavía* está en vías de realización? El asunto es confuso. Plantea problemas semánticos y también doctrinales difíciles de interpretar. Está en relación con la perspectiva internacionalista, que se verá en el siguiente apartado. Pero también con la propia acepción del término «patria» por parte de Lenin. Si se tiene en cuenta la distinción que establece en un momento dado (otoño de 1914) entre dos sentidos de la patria: a) «como Estado burgués y sus fronteras» y b) «como idioma, territorio, etc.,»³⁰, ¿piensa que la patria se consume en ambos sentidos?, ¿a qué plazo?. Dicho de otra forma, cuando Lenin plantea la historicidad de la patria, ¿se está refiriendo a ambas cosas a la vez, o, preferentemente, a las formas estatales que adquieren los pueblos en su momento en la historia?. ¿Piensa Lenin que han de consumirse igualmente lo mismo las formas más contingentes de la patria que esos otros factores —el idioma, etc.— más perdurables?

Aunque no responde a estos problemas claramente en ningún texto, debe examinarse la perspectiva nacional que maneja, a más largo plazo, pues es ahí donde puede encontrarse una respuesta indirecta en todo caso.

³⁰ Lenin. O.C., XXII, 96.

El futuro de las naciones

En lo que atañe al futuro de las naciones, Lenin se acoge a la interpretación ortodoxa del marxismo, sensiblemente marcada por el pensamiento evolucionista de Kautsky.

Someramente expuesta esta interpretación destacaba un par de ideas: a) el desarrollo del capitalismo implicaba una tendencia cada vez más amplia y profunda a la internacionalización de toda la vida en general, desbordando los estrechos marcos de los Estados nacionales existentes, y b) el socialismo debía favorecer esa tendencia y se identificaba con un futuro superador de las fronteras y diferencias nacionales. Las naciones y los nacionalismos eran por consiguiente un episodio histórico pasajero; se iban consumiendo en la medida en que se desarrollaba la producción capitalista... y se consumirían del todo con el acceso del socialismo al poder político. Aunque en el proceso de transición las divisiones nacionales pudieran servir para organizar la producción socialista en un primer momento, se entendía que el propio desarrollo de la intercomunicación —tanto más si se eliminaban los frenos que le imponía el capitalismo, constituido al fin y al cabo en Estados nacionales— conducía inevitablemente a la reducción progresiva de las diferencias nacionales y a la formación a largo plazo de una comunidad estrechamente vinculada en todos los órdenes.

De ahí no se derivaba necesariamente una posición contraria a la diversidad lingüística. Había quienes aventuraban, como Kautsky o Strasser, la sustitución de las lenguas nacionales por una única lengua universal, en nombre de que la diversidad lingüística podría dificultar en última instancia el avance de la internacionalización. Pero junto a ello, también había quienes consideraban superflua esa previsión, como Pannekoek, entendiéndolo que el mantenimiento de la diversidad lingüística era compatible con el uso práctico de una lengua común ³¹. O quienes, como Lenin, se negaban cautamen-

³¹ Obras mencionadas en el primer capítulo, *Nacionalidad e internacio-*

te, a entrar en ese tipo de discusiones y centraban su interés en los aspectos más políticos del problema lingüístico (en la necesidad de eliminar cualquier situación de privilegios lingüísticos, de oponerse a la oficialidad de una lengua en países multilingües, etc.)

Independientemente de las definiciones al detalle, lo que caracterizaba esta interpretación «ortodoxa» era la identificación con una perspectiva de internacionalización que no se limitaba a buscar la armonización de las diferentes naciones mediante una estrecha colaboración en todos los órdenes, su confraternización, etc., sino que entrañaba la progresiva sustitución y superación de un mundo de naciones por un mundo nuevo. Lo propio de este mundo nuevo era la constitución de la humanidad en una comunidad internacional única, en un «único cuerpo social» como decía Kautsky, en lo económico, en lo político y en lo cultural ³².

En la época de Lenin, esa interpretación era, por otra parte, la más común, la más extendida, entre las corrientes del socialismo marxista (Si bien en la práctica se estaba fraguando simultáneamente *de hecho* el fenómeno contrario como ya he señalado: la tendencia a lo que podría llamarse una *nacionalización* cada vez mayor del movimiento socialista —cuyo exponente más significativo fue el comportamiento de la mayoría de los partidos socialistas en la guerra mundial del 14— y a que la perspectiva de internacionalización se fuera convirtiendo en un tic ideológico-doctrinal bastante separado y contradictorio con la política real)

Iban a contracorriente, sin gozar del favor de la ortodoxia marxista, quienes entonces propugnaban expresamente la permanencia de la nacionalidad en el nuevo mundo internacional que habría de organizar el socialismo. La expresión más acabada de esta posición la postula Bauer con su defensa del

nalidad de Kautsky (pág. 141), *El obrero y la nación* de Strasser (pág. 241) y *Lucha de clases y nación* de Pannekoek (pág. 286).

³² Kautsky, obra citada, pág. 142.

«principio socialista de nacionalidad». Lo define de la siguiente forma:

«No pretendemos trazar un panorama imaginario de la sociedad futura. Lo que decimos sobre ella se desprende de una apreciación objetiva de su carácter. La transformación del hombre por el modo de producción socialista lleva necesariamente a la distribución de la humanidad en colectividades nacionales. La división del trabajo a escala internacional conduce necesariamente a la unificación de las colectividades nacionales en una estructura social de tipo superior. Todas las naciones unidas para la dominación común de la naturaleza, pero también colectividades nacionales para impulsar su desarrollo independiente y la libre posesión de su cultura nacional. Esto es el principio de la nacionalidad del socialismo»³³.

Durante la guerra, Lenin introduce algunas novedades en la lógica de su razonamiento a este respecto, en comparación con los enunciados habituales de los años 13 y 14. Si en esos años subrayaba la idea de la inevitabilidad del proceso de fusión, asimilación y desaparición de las naciones, hasta el punto de que a veces utilizaba esa perspectiva como un argumento de choque para fundamentar una posición próxima a los planteamientos anacionales, durante la guerra se centra en cambio en el problema de *las condiciones políticas* necesarias para poder avanzar en esa dirección.

No abandona el apego a la idea de un horizonte final superador de las divisiones nacionales, pero pone el acento en el proceder político necesario, en cualquier caso, para alumbrar esa perspectiva. Sigue siendo partidario de la concentración de las naciones en grandes Estados, pero ahora destaca sobre todo una condición previa para su viabilidad: la libre voluntariedad, insistiendo en el carácter concreto de la concentración («es progresista *sólo* cuando no es imperialista») y en que debe sustentarse al margen por completo de cualquier forma de coerción («en nuestra guerra civil contra la burguesía,

³³ Bauer. «*La cuestión de las nacionalidades...*», obra citada, pág. 506.

uniremos y fusionaremos a las naciones *no* con la fuerza del rublo, *no* con el poder del garrote, *no* con la violencia, sino con el consentimiento voluntario». O.C., XXIV, 24). Otro tanto ocurre con la cuestión de la unidad de lucha entre los trabajadores de naciones oprimidas y opresoras; sigue propugnándola, pero pone de relieve sobre todo las claves políticas que pueden hacerla posible.

Lenin resume todas estas reflexiones en la exigencia de un *período de transición* entre el presente (nacional) y el futuro (internacional). La característica clave de este período intermedio es que debe presidirlo tal grado de libertad nacional, tal respeto a la voluntariedad nacional, que permita con el tiempo la eliminación de las desconfianzas entre las naciones y vaya favoreciendo su acercamiento mutuo. Para llamar la atención sobre la importancia de ese período, como la perspectiva concreta en la que se ha de trabajar, no duda en compararlo al período de transición que es preciso para superar la existencia misma de las clases sociales:

«Existe cierta similitud entre la forma en que la humanidad debe llegar a la supresión de las clases y la forma en que debe llegar a la posterior unión de las naciones. A saber: a la supresión de las clases sólo se llega a través de la etapa de transición de dictadura de la clase oprimida. A la unión de las naciones sólo se llega a través de la liberación de las naciones oprimidas, de la auténtica extirpación de la opresión nacional, y el enfoque de esta realidad con un criterio político consiste precisamente en la libertad de separación. La libertad de separación es el mejor y el único medio *político* contra el estúpido sistema de pequeños Estados y el aislamiento nacional que, para suerte de la humanidad, es inevitablemente destruído por el desarrollo del capitalismo» (O.C., XXIII, 256)

¿Cuánto tiempo durará ese proceso de transición? Lenin se manifiesta extremadamente reservado a ese respecto, aunque intuye que puede ser necesario un período bastante prolongado y desigual según los casos. En la base de esa cautela está presente una observación, novedosa en él, sobre la pro-

fundidad y durabilidad de los fenómenos nacionales, pues se refieren a una larga historia comunitaria y frecuentemente se condensan en unos sentimientos «anti» o de desconfianza hacia otros pueblos que tardarán mucho tiempo en «evaporarse». Por ello, vincula su duración a la victoria del socialismo en todo el mundo y, además, al establecimiento de unas relaciones «definitivamente» democráticas entre las naciones.

Partiendo de dichas condiciones, piensa que podrían acelerarse los ritmos entre las naciones que cuentan con un nivel de cultura más elevado (como es el caso, según indica, de las pequeñas naciones europeas); pero vislumbra en cambio un proceso más lento con respecto a las naciones más atrasadas. En cualquier caso, y más allá de estas presunciones de tipo general, Lenin insiste en que la clave de la duración está en el comportamiento político de las naciones antes opresoras y más desarrolladas. Si esos países prestan a los demás una «ayuda cultural desinteresada» está fuera de toda duda para el optimista impenitente que es Lenin su resultado: las desconfianzas nacionales se irán disipando y avanzarán las fórmulas de colaboración y unión entre las naciones ³⁴.

Aparte de lo dicho sobre su duración, Lenin destaca la *multiplicidad y diversidad* de experiencias nacionales que debe caracterizar el proceso de transición. Y ésta es, quizás, su reflexión más sugerente (e innovadora para sus planteamientos anteriores) respecto a las perspectivas nacionales. Citando a Bauer y coincidiendo en esto con él (del que, por cierto, dice ahora que «aparte de sus manías razona con sumo acierto sobre una serie de problemas muy importantes») ³⁵. Lenin afirma que sólo el socialismo puede posibilitar una situación de respeto a la diversidad nacional, a la libertad de separación, a la multiplicidad de formas políticas, a las distintas experiencias en cuanto a la estructuración del Estado, a la variedad de aportaciones culturales... y que sólo el socialismo puede convertir en realidad esas posibilidades. Bien lejos de las reticen-

³⁴ Lenin. O.C., XXIII, 473 y XXIV, 72-73.

³⁵ Lenin. O.C., XXIII, 445.

cias que mostrara en otro tiempo ante estas cuestiones, debido al recelo por cuanto supusiera una mayor institucionalización (y diferenciación nacional), no duda en hacer un canto a la pluralidad en el camino al socialismo y aun bajo el socialismo:

«La misma diversidad se manifestará también en el camino que recorrerá la humanidad desde el imperialismo de hoy hasta la revolución socialista de mañana. Todas las naciones llegarán al socialismo, esto es inevitable, pero no todas lo harán exactamente de la misma manera, cada una contribuirá con algo propio, a tal o cual forma de democracia, a tal o cual variedad de la dictadura del proletariado, a tal o cual variación en el ritmo de las transformaciones socialistas en los diferentes aspectos de la vida social. No hay nada más primitivo desde el punto de vista de la teoría, o más ridículo desde el de la práctica, que pintar, 'en nombre del materialismo histórico, *este* aspecto del futuro de un gris monótono' (...) Pues el hecho es que nosotros no sabemos, ni podemos saber, qué número de naciones oprimidas necesitará en la práctica la separación para contribuir con algo propio a las diferentes *formas* de la democracia, a las diferentes *formas* de transición al socialismo» (O.C., XXIV, 72 y 73)

En su concepción siempre queda patente, sin embargo, que el proceso de transición desemboca en otra realidad. ¿Se trata de una realidad internacional superadora de lo nacional en el sentido del «único cuerpo social» del que hablaba Kautsky? ¿Desaparecen los hechos nacionales comunitarios en ese horizonte?. ¿Se acomodan y se transforman, por el contrario, en correspondencia con un mundo más abierto y estrechamente interrelacionado?.

La definición de ese horizonte por parte de Lenin es oscura, como no puede ser de otra forma en asuntos tan lejanos en el tiempo y tan distantes de las realidades del presente que la vista se nubla sólo con pensarlo. Tanto más cuando lo hace coincidir con el proceso de extinción del Estado y de las clases. Lenin se limita por ello a invocar su creencia racionalista en la aceleración de los factores económicos internacionaliza-

dores, si se dan las circunstancias políticas antes mencionadas; pero a diferencia de los años anteriores, no añade nada más y no reitera aquella preocupación porque avanzase la asimilación nacional «positiva». Junto a esto, y en la medida en que se vayan curando las heridas nacionales derivadas del pasado, expresa la convicción de que se irán imponiendo fórmulas cada vez más estrechas de colaboración y unión entre las naciones.... Y así sucesivamente, llegará el día, dice, en que la humanidad podrá superar el «estúpido troceamiento en Estados nacionales».

Lenin, de acuerdo con su ideario comunista, aspira a un mundo sin clases, sin Estados ni fronteras. Desde ese punto de vista es coherente su posición de acabar *también* con las formas políticas que ha adoptado históricamente la nación, esto es, con los Estados nacionales. Pero más allá de ese aspecto, ¿pretende acabar asimismo con los fenómenos nacionales en tanto que hechos comunitarios (de idioma, territorio, etc.)?.

A pesar de la equívoca equiparación que establece con la extinción de las clases y de los Estados, no responde a esa cuestión. En su concepción no entra, desde luego, una perspectiva de afirmación de la diversidad nacional existente, de manera que lo nacional sea la *norma* de las agrupaciones comunitarias del futuro más lejano, como hace Bauer. Ni tampoco niega expresamente que puede darse una cierta continuidad de los fenómenos comunitarios nacionales del presente. Lenin, prudentemente, deja abierta la respuesta. De cualquier manera, ese mundo sin barreras del futuro más lejano no lo piensa con un patrón uniforme. Todo lo contrario, lo concibe muchísimo más *diferenciado* que el actual, según indica, «en lo que hace a riqueza y variedad de la vida espiritual y de las tendencias, aspiraciones y matices ideológicos»³⁶.

Ahora bien, aquí aparece un matiz que le separa de Bauer. Esas diferenciaciones del futuro no tienen que responder *ne-*

³⁶ Lenin. O.C., XXII, 372.

cesariamente al pasado histórico que ha configurado las naciones y los sentimientos nacionales, sino que pueden ser producto de otras circunstancias derivadas del desarrollo futuro de la humanidad y, por tanto, impredecibles de anticipar. Por decirlo de otra forma, en la perspectiva de Lenin hay un respeto por la multiplicidad nacional o, mejor tal vez, una permisibilidad, una constatación de la perdurabilidad de ese fenómeno, que se traduce en una exigencia política: **admitir que las naciones han de pervivir cuanto quieran ellas mismas**. Pero de ahí no se deriva una consideración en firme sobre la condición permanente de los hechos nacionales.

A modo de resumen, puede decirse, por tanto, que Lenin enuncia dos perspectivas sucesivas para el mundo de las naciones.

1. En primer lugar, una perspectiva política que arranca de la realidad inmediata, es decir, del desarrollo desigual, de la diversidad de la condición humana, de la historia secular de opresiones nacionales... y que se proyecta hasta un futuro bastante lejano en el tiempo. Lo propio de ese proceso de transición es el afianzamiento de los hechos nacionales, sea bajo el capitalismo, sea bajo el socialismo. Y lo que preocupa a Lenin es que se afiance, asimismo, durante ese período prolongado la tendencia a establecer la colaboración más estrecha posible entre las naciones. Ambas cosas quedan fundidas de tal modo en Lenin que no concibe otro camino para acceder al acercamiento voluntario de las naciones, según afirma expresamente, que el de realizar en la práctica la igualdad nacional (O.C., XXIV, 78)

2. La patria desaparece en la segunda y última perspectiva trazada por Lenin. O quizás sea mejor decir, no que desaparece, sino que se transforma en otra cosa —imposible de perfilar desde las realidades del presente— de acuerdo con las profundas modificaciones de los fenómenos comunitarios en una realidad mundial estrechamente interrelacionada bajo el socialismo.

Dicho esto, podemos volver a recoger los interrogantes sobre la patria antes planteados.

¿Tiene sentido la patria mientras dura el período de transición y no ya sólo como expresión de la liberación nacional, sino también como aspiración de la nación trabajadora a disponer de una patria socialista o incluso como expresión de las aportaciones de esa patria socialista, de su «ayuda cultural desinterada», al resto de la humanidad?

Aunque Lenin no lo dice, aunque su apego a la ortodoxia doctrinal le impide penetrar en esos terrenos, aunque a veces incluso parece negarlo formalmente en los textos de esta época, pienso que de lo expuesto hasta aquí se deriva sin embargo una posición muy próxima de hecho a los planteamientos de Bauer, al menos mientras la humanidad no haya logrado superar los viejos traumas nacionales, esto es, por un tiempo muy prolongado.

Lo que ocurre es que Lenin, con una preocupación política por cuanto acontece en su tiempo, o bien no se plantea siquiera unos interrogantes cuya significación era inevitablemente ambigua en las coordenadas de entonces o bien le parece más pertinente no hacerlo así. Por eso, y para aquellos casos donde ya se había agotado el contenido nacional-liberador, prefiere plantear directa y expresamente el problema de hacer la revolución socialista o el de su proyección solidaria internacionalista. Para las necesidades políticas e ideológicas de su tiempo, eso se le antoja más clarificador. Y no parece que fuese descaminado, a tenor del confusionismo que invadió entonces las filas de la II Internacional. No ha de olvidarse que los diputados socialistas alemanes votaron la participación en la guerra en nombre de la defensa de su patria y de garantizar su civilización (alemana). Ni que otro tanto hicieron las mayorías socialistas de otros países occidentales. O que, un año más tarde, al calor de la victoria de sus ejércitos, la mayoría socialista alemana llegó al extremo de plantear las excelentes expectativas del socialismo europeo bajo la hegemonía alemana ³⁷.

³⁷ G.D.H. Cole. Obra citada, tomo V, pág. 111.

Queda, por último, despejar el interrogante del valor que Lenin asigna a la perspectiva *final* internacional. Aquí se plantea un problema irresoluble, por cuanto Lenin no define suficientemente lo que entiende por ese mundo nuevo *internacional*.

Cuando afirma que la posición proletaria no es nacional ni anacional, sino internacional, Lenin no avanza más sobre lo ya dicho hasta aquí. Puede interpretarse en favor de un punto de vista equidistante entre el de Bauer y el de Kautsky, esto es, entre afirmar lo nacional como un factor permanente de la humanidad o afirmar la futura uniformización mundial. Lenin parece distanciarse de ambos, pero no añade por su parte algo más preciso.

Con todo, y comoquiera que esa perspectiva final queda tan lejana, diríase que su virtualidad real se plantea en un terreno negativo, y no positivo, para Lenin. Que lo afirma no tanto para enunciar el propósito positivo de alcanzar efectivamente un objetivo final ya definido de antemano, sino a fin de presionar en una dirección acorde con el ideario comunista, señalando los límites negativos del presente que es preciso superar. Esto es, una presión en favor de no considerar inmutable la división de la humanidad en Estados nacionales, sino al contrario, en aspirar a superarla; aspirar a romper las tendencias al egoísmo y al aislamiento que los Estados nacionales generan; aspirar a que los pueblos colaboren y se unan en la búsqueda de su progreso; aspirar a que superen sus mutuas desconfianzas...

En mi opinión, tal es el sentido de fondo de las posiciones leninistas acerca de la perspectiva internacional, más allá del caparazón doctrinal y en contra a veces incluso, de la propia letra (polemista) que las envuelven.

CAPITULO VI

La vuelta a Rusia: entre las dos revoluciones

La dispersión del poder

La revolución de febrero de 1917 ha sido caracterizada como una de las revoluciones más espontáneas de todos los tiempos. Como dice Cole, no se planeó, ni se dirigió, simplemente se produjo ¹. En apenas ocho días, entre el 8 y el 16 de marzo siguiendo el calendario occidental, el imponente edificio de la autocracia zarista se desmoronó como un castillo de naipes y de manera prácticamente incruenta.

Ello fue posible gracias a una acumulación y combinación de circunstancias extremadamente «originales», como dice Lenin en la primera de sus *Cartas desde lejos*, entre las cuales cabe destacar el propio descrédito del zar y de su corte —ganado a fuerza de un alarde continuado de corrupción, escándalos e incompetencia—, el clima de exasperación de la mayoría de la población y especialmente de los soldados ante las

¹ G.D.H. Cole. Obra citada, tomo V, pág. 70.

calamidades de la guerra, así como la conspiración burguesa urdida para forzar la abdicación del zar e instaurar un recambio institucional con otro Romanov al frente de la monarquía (y de modo que el nuevo gobierno pudiera conducir los asuntos militares y toda la administración del imperio con la eficacia requerida por una situación de guerra).

La originalidad de aquella revolución radicó especialmente en su propio resultado, pues al mismo tiempo que se ponía en marcha una alternativa institucional de poder, siguiendo los usos europeos occidentales, se formaba otro poder paralelo, primero en Petrogrado ², después en Moscú, y a lo largo de los meses siguientes en todo el imperio: *los Soviets* de diputados obreros, soldados y campesinos.

Los soviets fueron la forma original de autoorganización, recogiendo las tradiciones revolucionarias de 1905, en que se expresó el estallido de las mayorías de aquella sociedad; de un movimiento obrero de larga tradición de lucha y de millones de campesinos que ansiaban la posesión de un trozo de tierra, del amotinamiento y la desertión de millones de soldados que, cansados de la guerra, regresaban a la aldea para participar en el reparto de la tierra.

Pero los soviets fueron, asimismo, desde el primer momento, un poder efectivo. Los obreros controlaron palancas decisivas de la producción, de las comunicaciones, abastecimientos, etc., y decretaban por su cuenta la jornada de ocho horas así como otras medidas que afectaban al sistema de trabajo. Los campesinos ocupaban las tierras de los terratenientes y procedían a su reparto entre los miembros de la aldea. Los soldados controlaban las guarniciones y las armas, y decretaban sus propias ordenanzas militares, aboliendo por ejemplo el saludo a los oficiales o imponiendo el que cualquier orden hubiera de necesitar la ratificación del soviet correspondiente (de soldados) para ser efectiva. Eran por consiguiente un po-

² Durante la guerra, al calor del ambiente anti-alemán, se cambió de nombre a la ciudad de San Petersburgo, de resonancia alemana, por su correspondiente en lengua eslava, Petrogrado.

der superpuesto al legal, y celoso de mantener las atribuciones auto-asignadas frente a los órganos delegados del Gobierno Provisional, hasta el punto de que, en amplias áreas del interior y de la periferia del imperio, se fueron convirtiendo en el único poder realmente existente ya antes de la revolución de octubre ³.

Con una estructura radicalmente descentralizada, sin guardar una dependencia formal entre unos y otros, cada soviets era en cierto modo un mundo aparte. Si bien tendían a adoptar comportamientos similares, debido al liderazgo político de las corrientes que hegemonizaban los más potentes de Petrogrado y Moscú, la estructura descentralizada de los soviets reproducía a escala más amplia *la dispersión de la autoridad* ⁴ que se produjo en el imperio ruso tras la revolución de Febrero. De manera que al desmoronamiento de la autoridad zarista y del ejército, al descontrol de la situación por parte del nuevo gobierno provisional, se añadía de esta forma la dispersión del propio poder de los soviets.

Es obligado reseñar por último, a fin de completar esta resumida descripción de algunos de los rasgos más relevantes de los soviets, un dato trascendente para las naciones periféricas. Los soviets fueron un hecho ruso, básicamente, obedeciendo su extensión por todo el imperio a la iniciativa de los núcleos de población rusa (obreros, colonos, guarniciones de soldados, etc.), que estaban desperdigados por todo el terri-

³ Sirve de ejemplo, a ese respecto lo que cuenta el propio Lenin acerca del soviets de Ienisei, en Siberia, que le mandó un telegrama con el siguiente contenido, frente a unas órdenes recibidas del Gobierno Provisional: «Protestamos contra intención restaurar burocracia. Declaramos: primero, no permitiremos nos dirijan funcionarios designados; segundo, no permitiremos volver autoridades expulsadas por los campesinos; tercero, reconocemos solamente órganos locales creados por propio pueblo distrito Ienisei; cuarto, funcionarios designados sólo podrán gobernar aquí pasando sobre nuestros cadáveres. Soviet diputados Ienisei» (O.C. XXV, 287). Ese clima, de tomarse la justicia y la autoridad por su mano, fue de lo más frecuente en estos meses a lo largo y ancho de todo el territorio.

⁴ El concepto es de E.H. Carr. *La revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1919*. Alianza Editorial, Madrid (1981), pág. 14.

torio. Debido a este carácter ruso, los soviets nacieron débiles en los países de la periferia. Y tanto más, claro está, allí donde era muy pequeña la población rusa y se excluyó a los elementos autóctonos de sus órganos representativos ⁵.

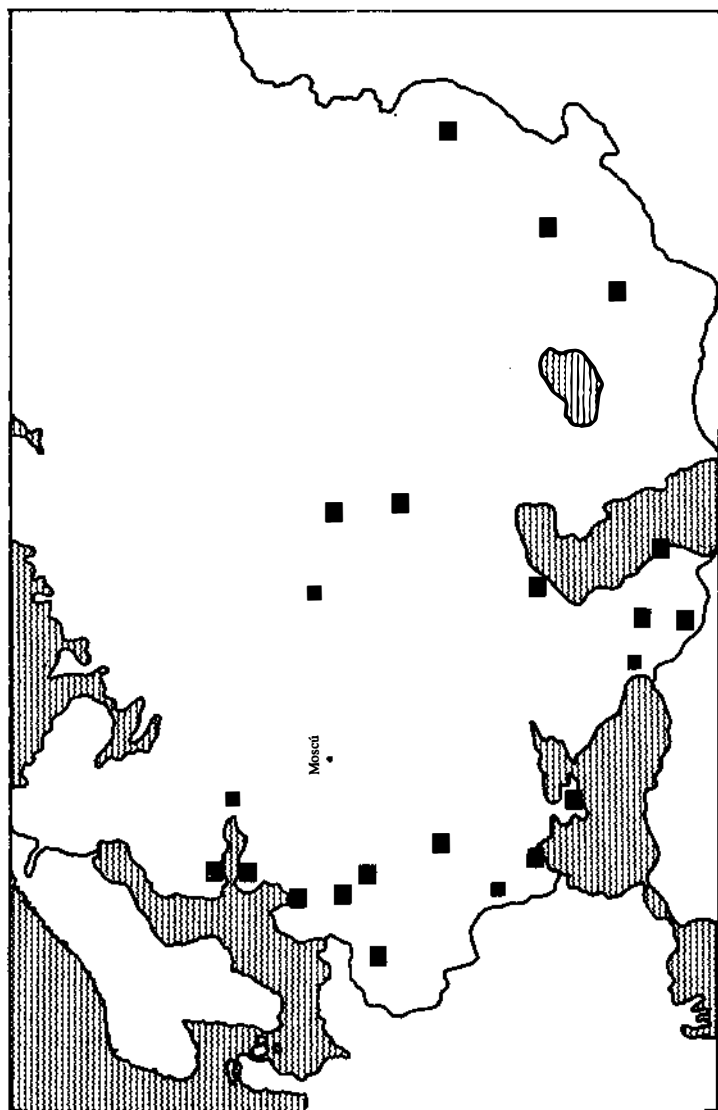
Pese a ser también la de febrero, como la de 1905, una revolución rusa, el aire de libertad que trajo consigo la caída del zarismo y las expectativas levantadas por el nuevo régimen democrático desencadenaron una reactivación general de los movimientos nacionales. Su expresión más evidente fue la rápida formación en los meses de marzo, abril y mayo de numerosos Consejos, Asambleas o Congresos Nacionales con la pretensión de representar a sus respectivos pueblos ante el Gobierno Provisional.

Este movimiento de auto-organización nacional no puede equipararse, empero, al movimiento soviético. Carecía de la intensidad de apoyos sociales de éste, y también, de su prontitud para dotarse de una estructura que le permitiera llegar a todos los rincones. Pero representaba el nacimiento de una nueva fuente de autoridad e incrementaba con su aparición la dispersión del poder.

Su importancia en aquellos primeros meses es difícil de determinar en detalle, dada la diversidad de su representatividad real y del papel que desempeñaron. Puede ser ilustrativo a este respecto el dato de que sólo en dos casos llegó a plantearse una dinámica *nacional* de negociación con el gobierno provisional sobre la autonomía de sus respectivos países: en Finlandia y Ucrania. En los demás casos, puede decirse de modo general que la significación de los Consejos Nacionales fue la de poner en marcha una fuerza social más —añadida a las antes mencionadas (de obreros, soldados y campesinos)— cuya peculiaridad era la de acentuar, preferentemente, las reivindicaciones nacionales.

Ahora bien, en esa medida y habida cuenta su constitución en las principales comunidades periféricas, este movi-

⁵ Esto sucedió, por ejemplo, en el Turquestán, Crimea, Bujará, Azerbaiján, etc.



18. Principales centros de difusión y organización de los movimientos nacionales (Helsinki, Tallin, Leningrado, Riga, Vilna, Minsk, Kiev, Sinferopol, Tiflis, Erevan, Bakú, Astraján, Orenburg, Ufa, Kazán, Bujará, Tashkent...).

miento de Consejos Nacionales tendría una incidencia notable en el desarrollo de los acontecimientos entre febrero y octubre de 1917. Primero, porque su presencia como tal supuso una presión concreta en cuanto a los contenidos nacionales del proceso revolucionario abierto en febrero. Segundo, y sobre todo, porque adquirieron una importancia particular en tanto que dinamizadores de la conciencia nacional en sus respectivos pueblos, como creadores y organizadores de unos movimientos nacionales más amplios que los conocidos hasta entonces en el imperio.

En lo que hace al alcance de sus exigencias, giraba por lo general en torno a la reivindicación de la lengua y la cultura autóctona, la resolución de los problemas específicos de la tierra y de la religión y su participación en los órganos de gobierno, mientras que en los casos más desarrollados incluía la reivindicación de una autonomía nacional dentro de un régimen federativo. Su contenido, pues, no era especialmente radical de entrada, pero con el paso del tiempo el propio comportamiento cicatero del gobierno provisional fue generando progresivamente una mayor radicalización de las posiciones.

Más alejados de la frontera bélica, no ha de olvidarse que sigue la guerra mundial, pero asimismo de los órganos soviéticos por haber quedado excluidos de ellos, la dinamización nacional se dejó sentir especialmente en los países musulmanes ⁶. Ya en marzo, se organizó un Congreso musulmán del Turquestán, una Conferencia de los Tártaros de Crimea y se constituyó el Comité Provisional Musulmán de Azerbaijan; mientras los tártaros del Volga comenzaron los preparativos para la convocatoria de un Congreso Pan-musulmán de todo el imperio que se celebró en mayo con asistencia de 900 delegados. Y para el verano, aparte de haber tenido lugar un II Congreso Pan-musulmán, se habían constituido dos nuevos partidos nacionales, el *Alas Orda* de los kazakos y el *Milli Far-ka* de los tártaros de Crimea, que tendrán un fuerte protago-

⁶ Todos los datos que siguen, referidos a los países musulmanes los he recogido de Bennigsen-Quekjay, «*Les mouvements nationaux...*», obra citada, capítulos II y III.

nismo en los años siguientes; mientras que los baskires, turquestanos y tártaros habían dado un gran salto en su organización nacional.

Comparado con lo sucedido en 1905, este proceso presenta algunas innovaciones importantes.

La primera es la pérdida de la hegemonía tártara. Aunque los tártaros del Volga siguen siendo el pueblo musulmán más desarrollado, ya no se da una hegemonía tan clara por su parte. Es más, se produce en cierto modo un declive del carácter pan-musulmán que pretenden darle al movimiento. Con todo, los tártaros del Volga ponen en marcha un sistema de organización nacional más complejo —distinguiendo las esferas políticas, militares, religiosas y culturales— que será imitado rápidamente por otros pueblos. La organización de los diversos pueblos musulmanes por separado, de acuerdo con sus particularidades, en tanto que kazakos, baskires, azerbaijanos, tártaros de Crimea, turquestanos, etc., marca el contrapunto de la menor influencia tártara. En lo político se manifiesta esta nueva tendencia en una polarización entre los partidarios de las fórmulas federalistas (y de dotarse de una organización autónoma territorial) y los defensores de llevar a la práctica la propuesta austromarxista de la «autonomía nacional cultural», propugnada sobre todo por los tártaros, que se saldó con la victoria de los primeros en el I Congreso Panmusulmán.

La segunda es la formación de un movimiento musulmán de una mayor radicalización nacional y social, lo que se manifiesta, entre otras cosas, mediante una separación expresa del partido de los kadetes. Un síntoma claro de esto, es la aprobación de un programa político-social de corte similar al propugnado por el Partido Social-revolucionario por el I Congreso Panmusulmán, así como de una condena pública muy severa de la política nacional del Gobierno Provisional de Kerensky. En esta orientación radical y pro-socialista tienen una influencia destacada, según Benningsen ⁷, los Comités Socia-

⁷ Idem, pág. 78. Ilustrativo del carácter progresista del I Congreso pan-

listas Musulmanes, una organización tártara constituida en abril, con vocación de ser el polo más a la izquierda y más radicalmente nacionalista del movimiento musulmán, de la cual surgirán los líderes pro-bolcheviques más destacados luego, como Vahitov y Sultan Galiev.

La tercera es la mayor diferenciación de los planteamientos políticos. El exponente más claro es el fenómeno de una diferenciación por la izquierda que se da entre los tártaros y que también se advierte ya en otros pueblos (en Crimea, Bujará, en los kazakos...) Pero en otro sentido, es un síntoma de ello la mayor precisión de los programas políticos, pues se ponen al día las reivindicaciones nacionales en todos los campos afectados, y la separación de posturas entre los que propugnan criterios territoriales o personales para la institucionalización del autogobierno nacional.

Todo esto, si bien se da de modo desigual, con notables diferencias entre unos pueblos u otros, marca las tendencias predominantes por lo general en la reactivación de los movimientos del área musulmana a partir de la revolución de febrero.

Los problemas nacionales y la acumulación de fuerzas

Lenin se entera del triunfo de la revolución el día 15 de marzo a través de la prensa suiza, la cual incluye ese día unas breves noticias sobre la abdicación del Zar, la instauración de un Gobierno Provisional y la formación del Soviet de Petrogrado. Su carta a Inés Armand, de ese mismo día, refleja la conmoción de la colonia rusa de exiliados —incluyendo un punto de incertidumbre por la veracidad de tales noticias— y su ansiedad por encontrarse tan lejos de Rusia.

musulmán es la aprobación de una resolución proclamando la igualdad de derechos políticos entre el hombre y la mujer, y condenando la poligamia, el enclaustramiento de las mujeres, el matrimonio de las niñas, etc., que mencionan Bennigsen-Quelquejay.

Pero la sorpresa dura escasas horas. Una vez confirmados los hechos, Lenin se pone a trabajar frenéticamente. Tiene que resolver inmediatamente la manera de regresar a Rusia, cosa complicada por la notoriedad de sus posiciones contra la guerra ⁸, y ha de hacer llegar a los bolcheviques sus ideas sobre la revolución, ideas maduradas recientemente al calor de sus reflexiones sobre el fracaso de la II Internacional y de sus últimos estudios acerca del Estado ⁹.

Durante los días que tarda en arreglar el asunto de la vuelta, Lenin va desgranando su posición ante la nueva situación de muy diversas formas, a través de telegramas, cartas a amigos y bolcheviques que regresan ya, escritos para su publicación en la prensa rusa, etc. Las ideas fundamentales son tres: a) someter al Gobierno Provisional a una oposición implacable, concentrándose en su incapacidad para resolver las cuestiones más decisivas para la mayoría de la población (el pan, la paz y la tierra); b) ponerse de inmediato en la perspectiva de hacer una segunda revolución, a corto plazo, que diese todo el poder a los soviets; c) proponerse el avance hacia el socialismo, desde una República de los Soviets, siguiendo y desarrollando los pasos de la Comuna de París.

En su mayor parte, estas ideas apenas trascendieron entonces a la opinión pública y ni siquiera fueron conocidas por la gran mayoría de los bolcheviques ¹⁰. De ahí la sorpresa ge-

⁸ Señalado como el principal exponente de la posición contraria a la guerra y de su conversión en una guerra civil revolucionaria, Lenin tuvo muchos problemas para volver a Rusia. Al final lo logró, pasando en un vagón sellado por las líneas alemanas y con la aprobación tácita, por tanto, del gobierno alemán, quien buscaba con ello introducir en la nueva Rusia democrática una cuña contraria a la continuación de la guerra para poder concentrar sus tropas en el frente occidental. Debido a esto, Lenin hubo de soportar una campaña intensísima en su contra, acusándosele de ser un agente alemán, a lo que se refiere en numerosos escritos de la época.

⁹ En la carta a Inés Armand, del 19 de febrero, le dice: «Ultimamente estoy ocupándome a fondo del problema de la actitud del marxismo hacia el Estado; he reunido bastante material y llegado a conclusiones que a mí me parecen muy interesantes e importantes» (O.C., XL, 37).

¹⁰ El grueso de estos escritos no se publicarían hasta 1924, a partir de su

neral que produjeron cuando las expuso el 16 de abril, el mismo día de su vuelta, en una reunión conjunta de todos los socialdemócratas en el Soviet de Petrogrado. Además de echar un jarro de agua fría en el ambiente político existente (un ambiente de satisfacción por la caída del zarismo, de conciliación con el Gobierno Provisional, de espera a que la Asamblea Constituyente decidiese las cuestiones fundamentales), la línea de Lenin implicaba una ruptura con la concepción —preestablecida como un dogma del marxismo— de que el avance al socialismo requería la consolidación de un régimen democrático burgués que impulsara un mayor desarrollo del capitalismo en Rusia. Por ello, los líderes mencheviques recibieron «las tesis de abril» expuestas por Lenin entre insultos e improperios, considerando esa línea como el delirio de un loco, como la peor de las herejías anarquistas ¹¹. Tanto más, cuando provenían de una persona «intransigente», que había alardeado ante ellos de preferir quedarse sólo que renunciar a sus puntos de vista.

La historia de los meses siguientes muestra, sin embargo, que esa línea dió a los bolcheviques una capacidad de iniciativa muy superior a la de las demás formaciones políticas, pues sabían qué hacer en esos meses, y les permitió aprovechar en su favor cada una de las crisis sucesivas que se fueron produciendo. Todavía en junio, los bolcheviques representaban una fuerza minoritaria, 105 delegados de unos 800, cuando se reunió el primer congreso panruso de todos los soviets; en julio son perseguidos por el Gobierno y sus publicaciones quedan prohibidas; pero en septiembre podrán atribuirse el mérito de haber hecho fracasar el golpe de estado del general Kornilov, ganan la mayoría de los soviets de Moscú y Petrogrado, Trotsky —ya entonces bolchevique— vuelve a ser elegido pre-

muerte. Así, por ejemplo, sólo se publicó entonces la primera de las cinco (y extraordinarias por su planteamiento y contenido) *Cartas desde Lejos* escritas todavía desde el exilio; y aún esa única publicada, fue censurada por la redacción del Pravda en una quinta parte, por parecerle demasiado fuerte para el ambiente reinante entonces.

¹¹ E.H. Carr. Obra citada, Tomo I, pág. 96.

sidente del Soviet de Petrogrado, como en 1905, y la propuesta bolchevique de condenar la coalición socialista-burguesa que apoyaba al gobierno de Kerensky es asumida asimismo por el grueso de las nacionalidades que estaban representadas en la Conferencia de todas las fuerzas democráticas. Es entonces cuando Lenin considera que ya se han acumulado las fuerzas suficientes y se propone preparar a fecha fija la insurrección y la toma del poder.

La razón principal de un cambio tan profundo de la correlación de fuerzas y de la rapidez en que se efectúa se encuentra en el desgaste del Gobierno Provisional y sobre todo de las corrientes socialistas que lo apoyaban, mencheviques y social-revolucionarias, en un principio abrumadoramente mayoritarias; un desgaste derivado de su incapacidad para resolver el problema de la terminación de la guerra y el de la tierra ¹². En lugar de buscar la paz, continuaron la guerra, llevando a cabo nuevas ofensivas militares, que fracasaron, y sumieron a la población en una exasperación mayor. En lugar de proceder al reparto de la tierra que pedía el campesino, decidieron que esa cuestión habría de resolverla la futura Asamblea Constituyente, pero ésta quedaba de hecho pospuesta una y otra vez para momentos menos conflictivos, de manera que el campesino no tenía otra vía que la de tomar la tierra por su cuenta. Los bolcheviques por el contrario, con un programa sencillo y breve, pero ajustado a la situación, *paz, pan, tierra y hacer desde abajo la nueva democracia*, sin esperar a la Asamblea Consituyente, pudieron canalizar la frustración social que fueron generando, mes tras mes, la pasividad política y los errores de la coalición socialista-burguesa.

Los problemas nacionales, si no de forma tan intensa como el de la tierra o el de la paz, también jugaron un papel destacado en el desgaste del gobierno provisional y en el afianzamiento bolchevique. Y si bien los movimientos nacionales constituídos no fueron, en general, una fuerza activa de la re-

¹² Sobre el desgaste del Gobierno Provisional y de las fuerzas que lo sostenían puede consultarse G.D.H. Cole. Obra citada, tomo V, págs. 160 y ss.

volución de octubre, su distanciamiento progresivo respecto al Gobierno Provisional y su condena del mismo favorecieron sin duda alguna el éxito de la segunda revolución propugnada por Lenin. Pero, independientemente de ello, debe consignarse el tratamiento que dió Lenin a los problemas nacionales en este período.

En primer término los vinculó al problema de la paz. Tras la revolución de febrero había ganado mucho terreno la posición del «defensismo revolucionario» entre las corrientes socialistas mayoritarias, una fórmula que justificaba la continuación de la guerra con el pretexto de defender la nueva república democrática frente a los alemanes. Pero, coartadas ideológicas aparte, lo cierto es que la guerra significaba la disputa con alemanes, austríacos o turcos de unos territorios fronterizos que en ningún caso eran rusos sino estonios, letonios, armenios, etc. Lenin puso de relieve, pues, desde el primer momento, en las *Cartas desde lejos* y en las *Tesis de abril*, que la continuación de la guerra implicaba continuar también su carácter imperialista. La nueva república rusa, según Lenin, no debía embarcarse en la guerra para «reconquistar» antiguos territorios perdidos, como era el caso de Estonia y de Polonia, y debía abandonar los nuevos territorios ocupados durante la contienda, pues uno y otro caso suponían de hecho, de lo contrario, la realización de una política anexionista. Frente a cualquier clase de anexionismo, Lenin reafirma, por tanto, el derecho de cada pueblo a su libre decisión acerca de cómo quería vivir.

Por otra parte, Lenin plantea, también desde el primer momento, lo que ha definido en años anteriores como el meollo de los problemas nacionales desde el punto de vista de la nacionalidad gran rusa: el prejuicio *propietarista* de considerar como propio el territorio amasado por el imperio zarista y el *comportamiento prepotente* del ruso en las relaciones con todos los pueblos «alógenos» del Estado.

Muy pronto, el desarrollo de los acontecimientos realza el valor de este problema enunciado y denunciado por Lenin. En efecto, ya desde sus primeros días, el nuevo Gobierno Pro-

visional da muestras de ambas cosas, de ideología propietarista y de prepotencia, cuando declara la igualdad de los ciudadanos individuales, pero silencia la de las comunidades nacionales, y al anunciar una política nacional con un contenido meramente cultural (que Lenin tachará de «miserable»); pero, especialmente, al iniciar un nuevo conflicto con Finlandia, posponiendo su autodeterminación a la celebración de la Asamblea Constituyente e imponiéndole diversas condiciones para el restablecimiento de su autonomía.

A lo largo de los meses siguientes, el Gobierno Provisional no variará esa política, en una carrera ininterrumpida de torpezas. Así, en Finlandia, tras la autoproclamación por parte del Parlamento finés de una autonomía tan amplia que sólo dejaba en manos de los rusos los asuntos militares y la política exterior, el Gobierno Provisional reacciona violentamente, disuelve el Parlamento con tropas rusas y presiona para que se contenten los fineses con una autonomía más recortada, lo cual agudiza el conflicto nacional y alimenta el surgimiento de una corriente favorable a la separación total que antes no se daba. Otro tanto ocurre en Ucrania, donde el Gobierno se niega a negociar primero con la Rada central (el organismo nacional constituido por todas las fuerzas políticas ucranianas), cuando aquella plantea unas reivindicaciones moderadas según Lenin ¹³, intenta prohibir después la celebración de un congreso de soldados de todas las unidades militares allí establecidas, y, al final, no tiene más remedio que admitir, a hechos consumados, la proclamación unilateral de la autonomía ucraniana por parte de la Rada.

Todos estos gestos negativos y la continua posposición a lo que pudiera resolver en el futuro la Asamblea Constituyente, van acumulando la desconfianza de los movimientos nacionales hacia el Gobierno Provisional. De tal manera que, cuando pretende corregir esa política y mostrarse más conciliador, al comienzo del otoño, será ya tarde y sus promesas

¹³ Lenin. O.C., XXVI. 169.

carecerán de credibilidad ¹⁴. Para entonces no ya sólo los fineses y ucranianos, sino también algunos pueblos musulmanes; habían seguido el camino de autoproclamar su autonomía nacional en un gesto de reto al Gobierno Provisional.

En el contexto de estos conflictos, Lenin concede una importancia destacada a denunciar la política nacional del Gobierno Provisional. Mas su preocupación dominante no es tanto subrayar los errores ajenos, cuanto servirse de ellos como contrapunto para explicar una y otra vez cual es la política nacional que él defiende. La idea clave que elige en ese momento es la de **la ruptura** con el pasado zarista en el tratamiento de los problemas nacionales, una idea muy atinada, creo, para las circunstancias que atravesaba entonces el imperio.

Tal como la entiende y concreta, esa política de ruptura comprende las siguientes implicaciones:

a) la mayor parte del territorio del Estado procede de las conquistas hechas por los zares y todos los pueblos no gran rusos son territorios conquistados («Nosotros consideramos como conquistas de los zares y de los capitalistas rusos, Polonia, Finlandia, Ucrania y los demás países no gran rusos». O.C., XXVI, 123);

b) el proletariado y la democracia no deben albergar actitudes temerosas ante las tendencias a la separación de los pueblos no rusos («Nuestra actitud ante el movimiento separatista es una actitud indiferente, neutral. Si Finlandia, Polonia o Ucrania se separan de Rusia, no hay ningún mal en ello. ¿Qué mal puede haber?. Quien lo afirme es un chovinista. Uno debe de estar loco para continuar la política del zar Nicolás (...) ¿Es que nosotros vamos a continuar esa política de los zares?». O.C., XXV, 259);

c) el reconocimiento del derecho a la separación de todos

¹⁴ De entre los líderes bolcheviques, Trotsky, es quien hace una descripción más detallada de estos conflictos con Finlandia, Ucrania, etc., en su *Historia de la Revolución Rusa*, escrita en 1932. Por mi parte he utilizado la reciente edición publicada por Sarpe. Madrid, 1985, en dos tomos (Ver el capítulo XXXIX, dedicado a la cuestión nacional, págs. 267 a 285 del II tomo)

los pueblos no gran rusos del Estado; en este asunto y para que no quepa duda alguna, Lenin utiliza la fórmula de mencionar expresamente unos cuantos ejemplos que están más presentes en la opinión pública, de modo indicativo (así, alude a Finlandia, Ucrania, Bielorrusia, el Turquestán, los demás pueblos musulmanes), pero siempre añade a continuación la coletilla de «y para todos los pueblos no-rusos»; y, por otra parte, es cuando más insiste en la reflexión, ya mencionada en el capítulo anterior, sobre el sujeto de la autodeterminación;

d) la renuncia a la fuerza, de cualquier clase, directa o indirecta, en la relación de los rusos con las demás naciones del Estado («...cuando tenemos a Miliukov ¹⁵, que manda aquí y envía a Rodichev a Finlandia a regatear desvergonzadamente con el pueblo finlandés, nosotros decimos al pueblo ruso: no te atrevas a avasallar a Finlandia, ningún pueblo que oprime a otro puede ser libre». O.C., XXV, 260);

e) la aspiración a que el Estado revolucionario, siguiendo esa política, pueda atraer de manera libre y voluntaria a las naciones no gran rusas, bien a unas relaciones más solidarias bien a fórmulas superiores de unidad en un proyecto común, reiteradamente mencionado en casi todos sus escritos.

El hecho de que en la Conferencia de Abril de los bolcheviques esta política tropiece una vez más con una oposición interna, repitiendo protagonistas y discusiones habidas en los años anteriores ¹⁶, suscita en Lenin una gran desazón, un cansancio, por tener que volver a reiterar los mismos conceptos, por tener que subrayar la importancia básica de la política nacional en una concepción revolucionaria del marxismo. Me-

¹⁵ Miliukov fue uno de los más destacados líderes liberales del Primer Gobierno Provisional y, tal vez, el arquetipo de las intenciones burguesas presentes en la revolución de febrero. Un breve apunte sobre su personalidad, ideario, etc., se encuentra en E.H. Carr. *De Napoleón a Stalin*. Editorial Crítica (del grupo Grijalbo), Barcelona, (1983), págs. 157 a 166.

¹⁶ Me refiero a la disputa con los «intransigentes» mencionada en el capítulo anterior. El polaco Dzerzhinski y Piatakov son los que exponen la línea más reticente en dicha conferencia.

rece la pena reproducir íntegramente el párrafo más significativo de su intervención:

«Tanto hemos discutido ya acerca de todo esto desde 1903, que se le hace a uno difícil hablar de ello. Hagan como quieran... Quien no acepte este punto de vista es un anexionista y un chovinista. Nosotros defendemos una alianza fraternal de todos los pueblos. Cuando haya una república ucraniana y una república rusa, habrá entre ellas un contacto más estrecho y una mayor confianza. Cuando los ucranianos vean que tenemos una república soviética, no se separarán; pero si tenemos una república de Miliukov, se separarán. Cuando el camarada Piatakov, dijo, contradiciéndose, que él estaba contra la retención de las naciones por la fuerza dentro de las fronteras, reconocía, en realidad, el derecho de las naciones a la autodeterminación. Nosotros no queremos, sin duda, que el campesino de Jiva viva bajo el jan de Jiva. Con el desarrollo de nuestra revolución influiremos en los pueblos oprimidos. La propaganda entre las masas debe seguir sólo esta orientación.

Pero el socialista ruso que no reconozca el derecho a la libertad de Finlandia y de Ucrania caerá en el chovinismo y no habrá sofismas ni invocaciones a su 'método' que lo ayuden de modo alguno a justificarse» (O.C., XXV, 260).

Durante los meses de septiembre y octubre, dominado ya por la preocupación concreta del asalto al poder, se encuentra en la mayor parte de sus textos una insistencia particular sobre la importancia estratégica de la resolución más satisfactoria de los problemas nacionales del Estado. Partiendo de la constatación de que la revolución de febrero ha desencadenado un movimiento de lucha por su liberación en las naciones oprimidas y de que ha ido madurando también con el tiempo una crisis *nacional* del Estado ruso, Lenin equipara y une los problemas nacionales y el problema agrario. Ambos, señala, son los problemas indiscutiblemente «cardinales» para la gran mayoría de la población del Estado ¹⁷, al tiempo que utiliza ese argumento para llamar la atención sobre la trascendencia

¹⁷ Lenin. O.C., XXVII, 237.

de su resolución dentro de las tareas que ha de llevar a cabo la nueva democracia soviética revolucionaria.

Que «por primera vez» un gobierno revolucionario ruso no trate «despiadadamente» a los pueblos «alógenos» del imperio, sino que reconozca su plena libertad «con hechos y medidas inmediatas», que por primera vez renuncie a cualquier clase de imposición, tiene para Lenin una importancia histórica excepcional, tanto para la consolidación de la propia revolución como para la eficacia de su proyección exterior hacia el resto del mundo. Por ello, y a fin de no dejar cabos sueltos, propone que el programa bolchevique deje de utilizar el término de *autodeterminación* —«que ha dado lugar a numerosas falsas interpretaciones», según apunta— y lo sustituya por otro más claro y concreto, aunque de contenido equivalente: el reconocimiento del **derecho a la libre separación** de todos los pueblos no-rusos del Estado ¹⁸. Lenin entiende que ese cambio es imprescindible para ilustrar la necesidad de que el nuevo Estado revolucionario afronte los problemas nacionales con una política de hechos y deje de lado la retórica verbal. Lo justifica asimismo para prevenir la inercia rusificadora que según piensa va a tener el nuevo Estado soviético, dado que la revolución de febrero ha tenido un carácter ruso fundamentalmente y la preparación activa de la nueva revolución también es un hecho preponderantemente ruso.

Junto a este cambio de términos, propone además que el programa contenga, de modo excepcional una declaración de intenciones en materia de política nacional a fin de enfatizar la actitud y la política del nuevo poder soviético con respecto a los pueblos no rusos. Dice así:

¹⁸ La revisión del programa de 1903 era un viejo proyecto de Lenin. En la Conferencia de abril de 1917 se aprobó una resolución sobre la necesidad y la orientación en que debía hacerse dicha revisión. Lenin preparó un proyecto concreto en mayo de ese mismo año y vuelve a trabajarlo a primeros de octubre, dado que debía resolverse en un Congreso extraordinario del partido bolchevique convocado para el día 30 de ese mismo mes. Este congreso, el VII, no pudo hacerse entonces, pospuesto por los acontecimientos revolucionarios, y se celebró en marzo de 1918.

«La república del pueblo ruso no debe atraer a otros pueblos o nacionalidades por la violencia, sino exclusivamente por acuerdos voluntarios en la cuestión de constituir un Estado común. La unión y la alianza fraternal de los trabajadores de todos los países son incompatibles con la violencia, directa o indirecta, contra otras nacionalidades» (O.C., XXV, 457).

Al explicar el contenido de esta declaración, sólo unos pocos días antes del asalto del palacio de invierno, Lenin no deja resquicio posible a los tics estatistas y propietarios gran rusos; el espacio territorial que pueda abarcar con el tiempo el nuevo Estado ha de ser la expresión de una *unión revolucionaria, libre y voluntaria* de los pueblos que quieran vivir en común. Pero, de otro lado, tampoco hace un canto gratuito a la división y disgregación («nosotros queremos la unión y eso hay que decirlo», O.C., XXVII, 288) Parte de que la separación va a ser inevitable en muchos casos, por la hondura de los sentimientos nacionales anti-rusos, mas confía en la capacidad de atracción del poder soviético, siempre y cuando éste sea consecuente con la política nacional enunciada en el programa bolchevique.

Refiriéndose al proceso de estos meses entre febrero y octubre, Trotsky señala, con su estilo brillante, que «el torrente nacional, al igual que el torrente agrario, se vertía en el lecho de la revolución de octubre»¹⁹. Así sucedió de hecho, debido sobre todo a los errores del Gobierno Provisional, a su desgaste ante las élites nacionales y a la propia actividad de los movimientos nacionales. Pero junto con ello ha de destacarse, a modo de conclusión, que este aspecto del movimiento real no le pilló de sorpresa a Lenin en esta ocasión, a diferencia de 1905 o de 1912, sino que lo previó de antemano y lo integró plenamente en sus consideraciones tácticas y más estratégicas sobre la revolución soviética, tal y como se ha visto.

¹⁹ Trotsky, *La revolución rusa*, obra citada, tomo II, pág. 280.

La inercia de la doctrina

Para terminar el análisis de este período, es preciso referirse a un par de manifestaciones pro centralistas muy tajantes de Lenin, aparentemente en contradicción con lo expuesto hasta aquí.

La primera de ellas se encuentra en *El Estado y la revolución*, que Lenin escribe durante el verano de 1917. En esta obra, comentando unos textos de Marx y Engels ²⁰, Lenin vuelve a romper una lanza en favor del carácter republicano y **centralista** del Estado proletario, en lo que hace a su forma, con una línea de argumentación sorprendente por su inconsistencia. En efecto, en esas páginas de *El Estado y la revolución*, amén de reproducir los argumentos anti-federalistas de los años 12 y 13 ya criticados en otro momento ²¹, abunda en afirmaciones muy sumarias —como cuando descalifica el federalismo como una desviación lógica de las concepciones pequeño-burguesas del anarquismo o cuando ensalza el centralismo democrático de los primeros años de la revolución francesa ²²— y concluye con una aceptación condicionada del federalismo: *sólo* en la medida en que pueda ser un paso adelante en la transición hacia la república unitaria centralizada,

²⁰ En el apartado cuarto de los capítulos tercero y cuarto de *El Estado y la revolución*. O.C., XXVII, págs. 63 y 80 respectivamente.

²¹ Ver en el capítulo cuarto, referido a esos años, la parte correspondiente a las concepciones de Lenin sobre la centralización, el federalismo y la autonomía. En este caso Lenin se limita a redondear sus antiguas concepciones con nuevas citas de Marx y Engels. Y en el caso de la cita de Marx, mediante una interpretación muy forzada, creo, pues parece más pertinente el comentario de Bernstein —a propósito de la proximidad entre el planteamiento de Marx sobre la unión de las comunas francesas y los (federalistas) de Proudhon— que el de Lenin (O.C., XXVII, págs. 63 y ss.).

²² Sobre esta cuestión es muy sugerente el comentario de E.H. Carr, distinguiendo que el centralismo jacobino no se debió a un plan deliberado de antemano, sino que sus promotores llegaron a él forzados por las circunstancias concretas militares y económicas que rodearon los primeros tiempos de la revolución francesa; esto es, que fueron centralistas por la necesidad, y no por vocación de serlo. E.H. Carr, obra citada, tomo I, pág. 152.

sólo tras considerar su necesidad en un momento dado y siempre que se den unas circunstancias especiales (entre las cuales destaca, sobre todo, la existencia de un problema nacional). El por qué de este punto de llegada, o dicho de otra forma, la razón de la superioridad final del régimen democrático centralizado, no queda desde luego mínimamente fundamentada. Salvo que se considere un argumento de peso el hecho de que Marx y Engels se mostraran proclives a manifestar ese tipo de afirmaciones en lo relativo a la forma del Estado, argumento bien poco convincente en sí mismo.

Dejando de lado el ejercicio escolástico de intentar una comparación entre lo que él entiende por el centralismo voluntario, al que también denomina centralismo democrático o centralismo proletario, y lo que podría bautizarse con parecida legitimidad como federalismo democrático o federalismo proletario, permanece la duda de si esa fijación «centralista» de Lenin arroja algunas sombras sobre los contenidos nacionales de su proyecto político. Pues bien, creo que la mejor respuesta a ese interrogante se encuentra en los propios contenidos fundamentales de la obra *El Estado y la revolución*, donde Lenin recalca la importancia de una perspectiva de extinción del Estado para el marxismo revolucionario y donde reflexiona sobre las características que debe tener un Estado revolucionario, aun en sus pasos iniciales, de acuerdo con esa perspectiva.

Llámele Lenin como quiera, lo cierto es que el hilo de sus preocupaciones predominantes sobre el Estado de la transición del capitalismo al comunismo van precisamente en la dirección contraria a lo que suele entenderse normalmente por centralismo estatal, pues plantea un Estado que tenga lo menos posible de tal, que sus funciones tiendan a simplificarse progresivamente, que descansen en una tensión permanente por profundizar y extender la autoorganización del pueblo trabajador, etc. Por consiguiente, lejos de ensombrecer la política nacional enunciada, se esboza en ese texto una concepción del Estado netamente opuesta a las tendencias centralizadoras, absorbentes, uniformizadoras, desarrolladas por el

Estado capitalista, tendencias todas ellas que están en la base más profunda de los modernos problemas nacionales. O por decirlo en positivo, lo cierto es que plantea una perspectiva política, en ese texto, muy favorable en el fondo para la resolución efectiva de los problemas nacionales.

La segunda referencia pro-centralista se encuentra en otro texto político importante de este período, *¿Podrán los bolcheviques retener el poder?*, escrito a mediados del mes de octubre. En dicho texto, Lenin vuelve a repetir que los bolcheviques «son centralistas por convicción» y serán «partidarios, íntegra e incondicionalmente, de un poder fuerte y del centralismo» (O.C., XXVII, 226 y 227) Pero estas afirmaciones se dan en un contexto muy concreto, en un momento en que Lenin aborda el problema del carácter de clase del Estado, en tanto que es instrumento de violencia de la mayoría, y con la preocupación de cómo asegurar la continuidad del proceso revolucionario frente a la reacción. Creo pues que ese texto, debidamente contextualizado, pone de relieve sólo unos ángulos de la cuestión del Estado, de qué clases es el instrumento coercitivo, mientras que no entra en consideraciones sobre otros aspectos como el tipo de Estado en lo relativo a la organización popular o en lo referente a su condición nacional. Y creo, por tanto, que estas cuestiones no consideradas entonces deben interpretarse a la luz de otros textos del Lenin de esta época donde sí las aborda expresamente (y de modo más satisfactorio, por cierto, como se ha visto).

Con todo, este tipo de afirmaciones pro-centralistas, a la altura del momento en que las hace, ponen de relieve algunas cosas que no han de menospreciarse. Son un exponente claro de una inercia doctrinal que aprisiona a Lenin hasta el fin de sus días. En esa medida, y comoquiera que él las formula con su estilo terminante de siempre, son ideas que se graban en su destinatario principal, el partido bolchevique, con una repercusión difícil de evaluar, pero confusa y contradictoria con otros planteamientos cuando menos. Y son una prueba bastante concluyente, por último, de que, a pesar de todo lo dicho hasta aquí, Lenin aún no tiene una fórmula política clara

y precisa para institucionalizar el encuentro, sobre bases democráticas, del pueblo ruso y los pueblos periféricos en el nuevo Estado. Tiene la voluntad sincera de acometerlo, tiene una ideología sólida sobre sus fundamentos de fondo, pero carece todavía de una propuesta política más concreta.

CAPITULO VII

Los primeros pasos del poder soviético. (Desde la revolución de octubre hasta el comienzo de la guerra civil)

Paz y soviets

En el medio año que transcurre después de la revolución de octubre se prolongan algunas de las características de los meses anteriores. Por de pronto sigue pendiente el problema de la terminación de la guerra. Pese a la voluntad bolchevique de darla por zanjada, es un asunto que concierne también a la parte alemana, cuyos ejércitos siguen desplegados por toda la frontera occidental. De otro lado, se mantiene el desbarajuste de la producción, de las comunicaciones, abastecimientos, servicios, etc., todo ello acentuado por la marea revolucionaria de octubre. Sigue presente, asimismo, el problema de la dispersión del poder. Los bolcheviques y sus aliados controlan los soviets de las principales ciudades y el congreso general de los soviets de todo el territorio estatal, pero ello no conlleva automáticamente el control efectivo de las múltiples expresiones de autoorganización popular existentes,

como los soviets locales, los comités gremiales, etc.¹; y mucho menos el control del aparato administrativo del Estado en toda su extensión o de los gobiernos nacionales surgidos en no pocas áreas periféricas.

En esas circunstancias, el gobierno bolchevique se centra de hecho en un par de tareas prioritarias. La primera es la propia terminación de la guerra. La segunda, el asentamiento del poder soviético. Y, en relación con esta última, la resolución del espinoso problema político de qué hacer con la Asamblea Constituyente.

Heredada del zarismo y sostenida por los diversos gobiernos provisionales entre febrero y octubre, la terminación de la guerra imperialista es el problema más peliagudo y controvertido de estos meses. Dada la situación, los bolcheviques se plantean firmar una paz por separado con Alemania y con ese fin se inician a primeros de diciembre en Brest Litovsk unas conversaciones tripartitas: de un lado el gobierno alemán, de otro el gobierno bolchevique y la Rada ucraniana. Si bien la firma de un tratado de paz es el objetivo último de todos ellos, ya desde sus inicios se pone de relieve que Alemania pretende sacar provecho de la extrema desigualdad existente mediante la imposición de una paz leonina². En la mesa de la negociación no podía ocultarse, frente a la potencia económica y militar alemana, la debilidad de un gobierno bolchevique sin asentar todavía su poder, sin un ejército propio y con el anterior prácticamente desmovilizado, con el país profunda-

¹ Un ejemplo ilustrativo de esto es el conflicto entre el recién estrenado gobierno soviético y el comité que controla los ferrocarriles, de mayoría menchevique. E.H. Carr. «La revolución bolchevique (1917-1923)». Alianza Universidad, Madrid (1973), volumen 2º, págs. 411 a 414.

² Inicialmente, Alemania pretendía segregar de Rusia una serie de nuevos estados nacionales (Letonia, Lituania, Polonia y Ucrania) con vistas a retenerlos bajo su esfera de influencia política económica y militar. Luego las negociaciones se endurecieron y Alemania exigió finalmente «la cesión definitiva de Polonia, Lituania y Curlandia, así como de los distritos de Kars y Ardahan». En virtud del acuerdo de Brest, Ucrania, Livonia, Estonia, Finlandia y Armenia «dejaban de formar parte de la federación de los Estados rusos». Cfr. W.J. Mommsen. Obra citada, págs. 329-331.

mente desorganizado en general... Y aún de modo más patente para el caso ucraniano, puesto que la Rada no pasaba de ser un proyecto de gobierno y carecía de todo, hasta de un arraigo popular claro.

Durante varios meses contendieron dos opciones opuestas dentro del partido bolchevique: continuar la guerra, si bien dándole un contenido revolucionario, o aceptar la paz por desventajosa que fuera, cada una de las cuales reflejaba una valoración distinta de la situación interna, de la coyuntura internacional y del significado de las concesiones políticas y territoriales. Una tercera opción defendida por Trotsky, ni paz ni guerra, negociar el fin de la guerra pero no firmar ningún tratado desventajoso, que en un momento llegó a representar la posición oficial en las negociaciones, quedó descartada —como una opción ficticia— en cuanto los alemanes iniciaron una ofensiva militar para forzar la firma del tratado de paz y la aceptación de sus condiciones. La discusión no se solventó hasta que el avance alemán confirmó la debilidad del régimen soviético para hacerle frente y la amenaza que representaba para su propia subsistencia. Sólo en esas circunstancias prevalecieron las tesis de Lenin, hasta ese momento en minoría, y aun entonces con sólo un margen escaso: 116 votos a favor, 86 en contra, 26 abstenciones, y la ausencia significativa de la corriente bolchevique de oposición, los comunistas de izquierda, quienes ni siquiera acudieron a la reunión decisoria del Comité Ejecutivo Central de los Soviets.

En el transcurso de esas discusiones Lenin vuelve a adoptar en varias ocasiones ³ un planteamiento abandonado en los años de la guerra imperialista: la *subordinación* al socialismo del derecho de las naciones a la autodeterminación. Frente a la insistencia por parte de sus adversarios —en principio la mayoría del comité central bolchevique y la totalidad casi de los dirigentes social-revolucionarios de izquierda— en la traición vergonzosa que supone el renunciar a una guerra de libera-

³ Lenin, O.C., XXVIII, 125 y 222.

ción de los territorios ocupados por los alemanes (como Polonia, Lituania, etc.), Lenin recalca la *superioridad* de los intereses socialistas que exigen el mantenimiento del poder soviético (y por tanto, la aceptación de la paz impuesta y la renuncia momentánea a combatir por la autodeterminación de los países que quedan bajo dominio alemán). Pero esta vuelta a los razonamientos doctrinales abstractos tiene un peso marginal en su argumentación, de manera que lo fundamental tanto de su posición como de su razonamiento descansa en un sabio sentido común político, esto es, en la apreciación concreta y atinada de la conveniencia para Alemania de cerrar un frente de guerra y, al mismo tiempo, de la necesidad del régimen soviético de obtener un respiro para consolidarse mientras no madurase más la crisis interior de los propios países imperialistas ⁴.

Lenin plantea de un modo más flexible, en cambio, cuanto atañe a la cuestión del patriotismo o de la defensa de la patria, un asunto presente asimismo en esas discusiones. Lenin constata que las condiciones humillantes de paz impuestas por el imperialismo alemán en Brest Litovsk están generando una reacción de patriotismo de un contenido anti-imperialista y liberador, expresamente reivindicada además por el sector de bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda partidario de hacer la guerra revolucionaria a Alemania. Pero, en su opinión, se trata de encauzar ese sentimiento hacia adentro y no hacia afuera, hacia la defensa de la patria socialista («nosotros, ahora, desde el 2 de octubre somos defensores, desde ese día estamos por la defensa de la patria». O.C., XXVIII, 265) dada la debilidad del régimen soviético. De tal suerte que, cuando se produce el avance alemán a mediados de febrero, Lenin no duda en apelar al sentimiento patriótico. En esa circunstancia, la defensa de la patria socialista se convierte en el argumento central de sus llamamientos. Y el contenido del patriotismo queda delimitado por la propia significación de la revolución para las mayorías obreras y campesinas.

⁴ E.H. Carr. Obra citada, volumen 3º, pág. 71.

El patriotismo es, entonces, defender las conquistas de la revolución, el poder soviético, las tierras, empresas y bancos expropiados a las clases poderosas, etc., e impedir el restablecimiento del antiguo régimen ⁵.

Por lo que respecta al asentamiento del poder soviético cabe indicar que el gobierno bolchevique se va haciendo con las riendas de la situación, durante estos primeros meses, siguiendo un proceso desigual: más rápido en las ciudades y en el «centro» ruso, más lento en el campo y en la «periferia» de nacionalidades no-rusas.

El avance de los soviets en unos pocos meses es impresionante en lo que hace a la extensión vertical, abarcando de hecho los más amplios sectores de la producción, los bancos, todas las ramas de la administración estatal, las comunicaciones, etc. Por regla general, ese avance no encuentra grandes resistencias directas, de tal manera que ya se ha puesto en pie un nuevo aparato de carácter soviético, aunque totalmente inexperto en las labores de gestión del Estado, para la primavera de 1918.

En cuanto a su extensión horizontal, se registra también una tendencia predominante a la sovietización de la periferia no-rusa. Ello significa el derrocamiento del grueso de los gobiernos nacionales autoproclamados, debido a que resultan de hecho más débiles que el movimiento prosoviético. Sin un aparato coercitivo, sin un apoyo popular claro todavía, sin un programa político que pudiera competir con el atractivo del bolchevique, tales gobiernos resultan presa fácil para un movimiento prosoviético que cuenta con todo ello en ese momento, aunque sea a pequeña escala.

Cuando se firma la paz de Brest, en marzo de 1918, ya han perdido el poder la Taryba bielorrusa y la Rada ucraniana; Estonia y Letonia tienen también sendos gobiernos soviéticos recién constituídos; han sido derrocados los gobiernos musulmanes de Crimea, Turquestán y de los tártaros del Volga. En ese momento sólo quedan seis casos de gobiernos cons-

⁵ Lenin. O.C., XXVIII, 229.

tituídos al margen del poder soviético: a) los gobiernos nacionales de kazakos y baskires erigidos a la sombra de las tropas cosacas de Dutov, con una orientación hostil a los bolcheviques, b) los emiratos de Jiva y Bujará, antes bajo protectorado ruso y un tanto atípicos por consiguiente, c) el gobierno burgués de Finlandia y d) el Directorio del Cáucaso, en el cual convergen todas las fuerzas políticas de la zona bajo la hegemonía de los mencheviques georgianos y de los partidos nacionales más implantados de Armenia y Azerbaidjan.

Lenin valora el proceso de soviétización de estos meses como un avance brillante e incontenible. Y lo fue sin duda, si se tiene en cuenta la minoría social de sus protagonistas, los bolcheviques, así como la enorme voluntad desplegada por ellos, en impulsar la revolución soviética. Pero ese avance no puede esconder su propia fragilidad. Desde la disolución de la Asamblea Constituyente ⁶ se va poniendo de relieve el aislamiento de los bolcheviques, quienes no cuentan con más aliados que los social-revolucionarios de izquierda; mientras, va incubándose paulatinamente un frente de oposición anti-bolchevique, integrado por todas las demás fuerzas políticas, y se acumulan los síntomas premonitorios de la guerra civil. Pues ya no se trata sólo de la formación de un frente político de oposición, sino de la presencia constante del sabotaje al poder bolchevique, de movimientos de tropas cosacas que comienzan a controlar territorios por el Don, el Volga y los Urales, etc. Por otra parte, durante la primavera de 1918 se pondrá en evidencia la provisionalidad del avance soviético. Tras la paz de Brest, toda la periferia occidental, desde los países bálticos hasta Ucrania, carece de fuerza para resistir la presión alemana y pierde su carácter soviético; simultáneamente, sucede un proceso similar en la periferia nacional, donde

⁶ La disolución de la Asamblea Constituyente se produjo el día 19 de enero de 1918, «un día pesado, aburrido y fastidioso...» según Lenin. Sus puntos de vista al respecto pueden verse en el tomo XXVIII, págs. 105 a 117. Un comentario excelente sobre su composición, significación y desenlace final es el de E.H. Carr. Obra citada, volumen 1º, págs. 126 a 140.

se están reorganizando los generales zaristas y vuelven a constituirse, bajo su protección, los gobiernos nacionales antes derrocados.

Política nacional y sovietización. La propuesta federativa

Durante los meses posteriores a la revolución de octubre la posición de Lenin acerca de los problemas nacionales revela una doble preocupación. Por una parte quiere *confirmar* las intenciones del nuevo gobierno soviético, esto es, su resolución de emprender una política nacional (de ruptura) que borre por completo el recuerdo opresivo y represivo del pasado zarista. Por otra parte, quiere *conjug*ar lo anterior con el avance de la sovietización en todos los pueblos del antiguo territorio imperial.

Habida cuenta la situación del momento —confusa e inestable y con un control exiguo e indeterminado del territorio por parte del gobierno bolchevique—, la confirmación de la política nacional viene a significar, más que hechos inmediatos, una renovación de las intenciones, un programa de intenciones. Ese es el sentido, por ejemplo, que tiene una de las primeras proclamas oficiales del gobierno, a una semana de la revolución, la *Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*, concebida para «demostrar al mundo los principios de la revolución», según Deutscher ⁷. Y también el del llamamiento, de unas semanas después a «todos los pueblos musulmanes de Rusia y del Este», en el cual se les anima a fomen-

⁷ Según dicho autor, la citada Declaración decía así: «El Consejo de Comisarios del Pueblo ha resuelto adoptar... los siguientes principios como base de su actividad: 1) la igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia; 2) el derecho de los pueblos de Rusia a la autodeterminación, aun hasta el punto de separarse y formar Estados independientes; 3) la abolición de cualesquiera y todos los privilegios y restricciones nacionales y nacional-religiosas; 4) el libre desarrollo de las minorías nacionales y los grupos etnográficos que habitan el territorio de Rusia». Isaac Deutscher. *Stalin. Biografía política*. Ediciones Era. México, 1965, pág. 180.

tar su propia vida nacional y a disponer de ella libremente. La proclamación oficial del derecho a la separación se recoge, asimismo, en uno de los documentos más representativos de esta época, la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*, con el que se clausura la Asamblea Constituyente ⁸.

Las intenciones soviéticas son avaladas por una política de gestos significativos como, entre otros, la devolución de un libro sagrado del Islam, el Santo Corán de Osman, símbolo cualificado de la esquilma cultural y de la represión religiosa llevadas a cabo por el zarismo. Y en la medida en que se tiene ocasión de ello quedan avaladas, asimismo, por una política de hechos. Tales han de considerarse, en efecto, el reconocimiento de la separación de Finlandia, la retirada de las tropas establecidas en Persia y Armenia a causa de la guerra imperialista, la aceptación de la independencia proclamada por la Rada ucraniana. Mediante estos hechos, todos ellos de primeros de enero, el gobierno soviético trata de confirmar las intenciones proclamadas, amén de poder ofrecer a través de ellos un nítido contraste con el comportamiento de los gobiernos anteriores a la revolución. La constitución del Comisariado de las Nacionalidades como uno de los ministerios del primer gobierno soviético, original para los gobiernos de la época, es, en fin, como se verá más adelante, un símbolo en sí mismo de la decisión política de convertir las intenciones en hechos de gobierno.

Por parte de Lenin cabe mencionar un interés insistente en reiterar lo que ha definido como el meollo del problema nacional: la tendencia de la población rusa a mantener sus privilegios de antaño. Por ello se le ve combatir repetidamente el prejuicio ruso anti-separatista durante los primeros meses, lo mismo en sus contactos directos con la gente que en sus discursos y escritos, consciente de que ese prejuicio estaba muy extendido también entre los propios bolcheviques. Un ejemplo excelente de la energía con que aborda esta preocupación

⁸ Lenin, O.C., XXVIII, págs. 99 y ss.

ideológica nos lo ofrece su discurso en el primer congreso de la marina de guerra (el 5 de diciembre de 1917):

«Nos dicen que Rusia se desintegrará, se dividirá en repúblicas, pero nosotros no tenemos por qué temerlo. No tenemos nada que temer, no importa cuantas repúblicas independientes haya. Lo que para nosotros tiene importancia no es la demarcación de las fronteras del Estado, sino que los trabajadores de todas las naciones continúen unidos en su lucha contra la burguesía, no importa de qué nación. Nosotros estamos ahora —emplearé una palabra mala— ‘conquistando’ a Finlandia, pero no como lo hacen las aves de rapiña capitalistas internacionales. Estamos conquistando a Finlandia otorgándole plena libertad de vivir en alianza con nosotros o con otros» (O.C., XXVII, 455)

Pero a Lenin no sólo le preocupa que los pueblos sean libres para decidir su vida nacional sino el que sigan asimismo el camino de la revolución soviética. Ello está íntimamente vinculado a una apreciación del momento revolucionario que ha desencadenado la guerra imperialista. Vive la revolución rusa como la primera manifestación de un proceso mucho más amplio de estallidos revolucionarios que están madurando en toda Europa y que se acelerarán, a su vez, cuanto más clara sea la significación revolucionaria de lo que acontezca en toda el área del antiguo imperio ruso.

En virtud de este análisis, Lenin plantea expresamente su aspiración a impulsar la soviétización de todos los pueblos del imperio ruso como un objetivo inmediato en las circunstancias favorables de aquella coyuntura. Y lo hace de tal manera que ambas cosas, la política de libertad nacional y la soviétización, son aspectos sustanciales e indisociables de su planteamiento político. O mejor de su intención política. Lejos de oponer lo uno a lo otro, ambos rasgos deben definir, según Lenin, las intenciones del nuevo régimen.

Desde el primer momento, se plantea, por consiguiente, el problema concreto de cómo se combinan en la práctica ambos principios y, en el fondo, de si era posible conjugarlos a

un tiempo incluso, de si no habría de imponerse irremediablemente o bien uno o bien el otro, dada la presencia de unos gobiernos nacionales constituidos al margen del poder soviético.

Los hechos de estos meses, aunque no ofrecen suficientes datos como para responder de manera firme, permiten una aproximación al desarrollo momentáneo de las contradicciones surgidas entre la política de libertad nacional y el impulso de la soviétización.

Ateniéndose a los hechos cabe destacar en primer lugar que el desenlace de este conflicto fue diverso, pero siguió una pauta clara. Aunque se tratase de gobiernos que no estuvieran dando muestras especiales de hostilidad hacia el poder soviético, resultaron derrocados en la medida en que ello fue factible y pervivieron allí donde los bolcheviques no pudieron reunir suficiente fuerza para conseguirlo entonces.

En segundo lugar ha de mencionarse un dato relevante respecto a la conciencia y al planteamiento político sobre la naturaleza de ese conflicto que manifiestan entonces los bolcheviques. Lejos de entenderlo como un conflicto nacional entre un poder ruso y los movimientos nacionales, y aunque en algunas ocasiones tuvo mucho de ello en la práctica (así los casos de Crimea y del Turquestán), los bolcheviques lo vivieron como *una confrontación entre distintos poderes de clase* y con el objetivo de dilucidar el triunfo del poder soviético y proletario. Para los bolcheviques es el momento de la extensión de los soviets por todo el territorio, lo que no se concibe mas que en términos de establecerlos como un poder único y excluyente.

Así lo recogen los textos más solemnes, como la Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado: «El poder debe pertenecer completa y exclusivamente a las masas trabajadoras y a sus representantes autorizados, los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos» (Lenin. O.C., XXVIII, 101). De manera que Stalin no hace mas que apoyarse en la doctrina bolchevique general cuando afirma que los conflictos surgidos entre el nuevo régimen revolucionario

y la periferia «no se han producido en torno a cuestiones de carácter nacional, sino, precisamente, en torno al problema del Poder»⁹.

A partir de ese planteamiento cabe señalar, en tercer lugar, que la iniciativa correspondió generalmente a las fuerzas soviéticas *locales*. Fueron los órganos soviéticos de Jarkov, Tashkent, Kazán, etc., quienes organizaron las ofensivas militares correspondientes para eliminar los gobiernos nacionales presentes en sus áreas respectivas¹⁰. En ese momento no existía aún, propiamente, el Ejército Rojo, la desmovilización de los soldados había alcanzado las cotas más bajas y el gobierno bolchevique, abrumado de tareas, no podía ayudarles demasiado. Por otro lado, aun en aquellos casos en que hubo una ayuda de unos pocos centenares de soldados, como en el caso del soviet de Kazán que recibió el apoyo de 300 marineros de Kronstadt, el hecho de que esa pequeña ayuda militar resultara determinante para inclinar la balanza a su favor es indicativo de la debilidad mutua de las fuerzas contendientes en ese momento.

Debido a ello puede decirse, aunque siempre en términos muy relativos dadas las circunstancias, que el avance de la soviétización en la periferia nacional en estos primeros meses vino generado, básicamente, por las propias fuerzas internas de cada sociedad, si bien de un modo más claro en el occidente que en el oriente.

Los casos más problemáticos se dieron en el oriente, entre los pueblos musulmanes, en Siberia, entre los pueblos nómadas... esto es, en pueblos sin apenas proletariado, con una gran distancia cultural, con una estructura social muy diferente, a la del pueblo ruso, donde se acumularon desde un principio diversos problemas.

⁹ Stalin. O.C., IV, pág. 33.

¹⁰ Aparte de la documentación aportada a ese respecto por especialistas historiadores como Bennigsen y Hélène Carrère d'Encausse, hay un testimonio directo y relevante de esa dinámica en el artículo escrito por Sultan Galiev, *Los tártaros y la revolución de octubre* (publicado en el n° 24 de «La vida de las nacionalidades», 5 de noviembre de 1921).

En su mayor parte quedaron al margen de la revolución de octubre, sin participar en su preparación y desarrollo, aunque a la espera de que les acarrease mejores resultados que el régimen anterior. Por otro lado, la soviétización, al penetrar de la mano de las colonias rusas allí establecidas, a veces muy pequeñas, corría el riesgo de aparecer como un fenómeno ruso y extraño a sus sociedades. Tal riesgo se confirmó en buena medida al formarse los primeros órganos soviéticos en sus respectivos territorios con una composición exclusivamente rusa e imponiéndose de hecho o de derecho la exclusión de los autóctonos ¹¹.

El poder soviético así constituído siguió manteniendo, por tanto, un carácter inequívocamente ruso ante la población indígena y se separó formalmente de las élites nacionales. Y éstas, a su vez, dieron lugar a situaciones de doble poder, inquietantes para los bolcheviques, en la medida en que mantuvieron los órganos (políticos, militares, religiosos, etc.,) creados en los meses anteriores a la revolución y, aún más, si en estos meses tendieron a proclamar unos gobiernos autónomos (como hicieron los tártaros de Crimea y del Volga, los kazakos y baskires, los pueblos del Turquestán...)

Ha de tenerse en cuenta por último que aun estos casos más problemáticos se dan en circunstancias complejas y confusas. Amén de concebirse entonces como una batalla por el poder, se producen en territorios donde tiene un peso notable la población trabajadora rusa, lo que sucede por ejemplo en Crimea, Kazán y algunas ciudades importantes del Turquestán. Por otro lado, tampoco responden a un alineamiento tajante en dos campos separados, rusos y nacionales no-rusos, pues por ese tiempo hay ya una colaboración entre los so-

¹¹ Así por ejemplo el Tercer congreso de los soviets del Turquestán, celebrado en noviembre de 1917, sancionaba la exclusión de los musulmanes apoyándose en dos argumentos centrales: 1) la actitud incierta de la población local hacia el poder soviético y 2) la inexistencia de una organización proletaria entre los indígenas. Cfr. Bennigsen-Quelquejey, *«Les mouvements nationaux...»*, obra citada, pág.86.

viets y el ala más radical de algunos movimientos nacionales buscada por ambas partes. A ello hay que añadir el dato de que las intervenciones pro-soviéticas no obedecen a un plan central, premeditado y programado, sino que se producen, bien al contrario, en medio de la confusión e inestabilidad del momento.

Si hay casos donde se pone de relieve que la soviétización implica la represión de las minorías nacionales —como ocurre en Crimea cuando los soviets derrocan al Directorio nacional tártaro en marzo de 1918—, también se evidencia que las decisiones de esas intervenciones se conocen en Moscú tras haberse consumado, planteándose por tanto problemas básicos de información y conocimiento que no han de menospreciarse. El hecho de que en abril de 1918 se adopte una política correctora para el Turquestán, tras haberse conocido una información alarmante del sesgo que estaban tomando allí las cosas, es una prueba concreta de que la dirección bolchevique reacciona con prontitud cuando conoce las desviaciones de la política nacional proclamada ¹². Y otro tanto revela la descalificación hecha por Stalin, desde las páginas del Pravda, de aquellos soviets locales que «han decidido rechazar por completo toda autonomía prefiriendo ‘solucionar’ el problema nacional mediante las armas» ¹³.

La intención de unir ambos aspectos, la política de liber-

¹² «En abril de 1918, Moscú envió a Tashkent un comisario general, Kobozev, para revisar completamente las relaciones de los bolcheviques con los indígenas. Kobozev convocó el 5 Congreso de los Soviets del Asia Central, que proclamó la Federación de la República autónoma del Turquestán con la República socialista soviética de Rusia y eligió un Comité ejecutivo central del Turquestán, entre cuyos 26 miembros 10 eran musulmanes (...) Kobozev tenía la misión de poner fin a la actitud chovinista de las autoridades rusas del Turquestán (...) y debía ofrecer a los indígenas la posibilidad de cooperar con el poder». Cfr. Hélène Carrère d'Encausse. *«Reforme et révolution...»*, obra Citada, pág. 238, (la traducción es mía).

¹³ Stalin. O.C., IV, pág. 79. En otro texto de unos días antes, Stalin menciona a Crimea entre los territorios que han de ser miembros de la federación soviética.

tad nacional y la soviétización, se condensa de un modo particular en la propuesta de unidad federativa que proclama, solememente, la «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado», uno de los textos fundacionales del nuevo régimen soviético ruso. En dicho texto, escrito por Lenin, se postula por vez primera por los bolcheviques la idea de instaurar un régimen federativo, del cual se definen entonces algunos rasgos generales:

a) ha de tener el carácter de una alianza *libre y voluntaria*; para resultar efectiva ha de descansar en la libre opción en favor de incorporarse a esa alianza y debe estar excluída cualquier imposición de fuerza;

b) se subraya su naturaleza *soviética*; pues se trata de una alianza sólo entre regímenes soviéticos que han derrocado a las clases explotadoras en sus respectivos países y valoran conscientemente las ventajas económicas, militares, etc., de su mutuo apoyo;

c) se concibe como una alianza *abierta*, tanto en la delimitación de su territorio, que puede modificarse y ampliarse sucesivamente, como en cuanto a la variedad de fórmulas y de contenidos concretos susceptibles de adoptarse para su funcionamiento, los cuales habrán de atenerse en cualquier caso a las necesidades e intereses expresados independientemente por los órganos soviéticos de cada pueblo incorporado a la federación.

La defensa de esta propuesta federativa implica una novedad importante en Lenin y en el partido bolchevique, pues conlleva el abandono de la posición anti-federativa sostenida invariablemente desde 1903 de manera resuelta y a contracorriente de la mayor parte de los partidos socialistas del área centroeuropea. Pero, paradójicamente, dicha innovación no lleva consigo una reconsideración doctrinal que le diera un fundamento más sólido. Ni la hace entonces Lenin, ni tampoco Stalin, que por esas fechas es ya el portavoz más cualificado de la interpretación de la política nacional.

En estos meses Lenin sigue manteniendo sus puntos de vista tradicionales, ya comentados, sobre las excelencias del cen-

tralismo democrático como sistema de organización del Estado, si bien ahora lo hace con una literatura tal vez más refinada ¹⁴. Una federación bien planteada, dice, no sólo es un paso de transición al centralismo democrático verdadero, como señalaba Engels, sino que en realidad puede asemejarse mucho al funcionamiento práctico del centralismo democrático tal como él lo concibe.

Su ideal sigue siendo pues el centralismo democrático estatal, al cual describe en unos términos no menos idílicos que los textos federativos proudhonianos o bakuninistas: un sistema donde se hacen compatibles la ventaja de disponer de una capacidad para tomar decisiones muy centralizadas (y siempre fundadas en una información solvente) y a la vez la ventaja de poder impulsar una democracia popular profundamente descentralizada, tanto en lo que hace a los regímenes nacionales como en los niveles más locales. Y hasta puede observarse un punto de cierto esencialismo (proletario) cuando contempla la transición a una unidad más estrecha que la federativa como producto de una elevación de la conciencia proletaria. Así cuando apunta en esquema, en el VII Congreso del partido bolchevique, : «federación de naciones, como una transición a una unidad *consciente* y más estrecha de los trabajadores cuando hayan aprendido a elevarse *voluntariamente* por encima de la enemistad nacional» (O.C., XXVIII, 357).

Ante la carencia de otros textos puede decirse que el Lenin de este tiempo ha intuído que resulta ya insostenible seguir oponiéndose a la federación, pero no se siente seguro en cómo defenderla. De ahí que, aparte de mantener la terminología anterior, no vaya más allá de esbozar una base ideológica en que fundamentarla, eso sí, mediante los sólidos principios antes enunciados, y que la defina como un proyecto abierto.

Ese tono prudente está en consonancia con la dificultad que entraña la tarea de avanzar más elementos del proyecto

¹⁴ Lenin. O.C., XXVIII, 430-431.

federativo por quien no es un experto en esa materia, cuando se viven unas circunstancias de inestabilidad revolucionaria y habida cuenta de la carencia de precedentes históricos similares experimentados en otros países en los cuales apoyarse. Está claro que no puede menospreciarse todo ello. Pero aún así, puede afirmarse que la indefinición del proyecto federativo está en relación también con la falta de una reflexión expresa sobre los problemas reales, las contradicciones, los diferentes intereses, que habría de armonizar y regular un sistema federativo en la situación, tan diversa y desigual, del antiguo territorio imperial ruso.

No deja de ser ilustrativo a este respecto el silencio de Lenin ante las tensiones entre el «centro» y la «periferia» que se manifiestan ya en estos primeros meses tras la revolución de octubre. Tal silencio plantea la duda de si, conforme avanzan las posibilidades de la soviétización del territorio, no se da un cierto divorcio entre las declaraciones de libertad nacional y la tendencia a que los soviets rusos se vayan afirmando en el papel del hermano mayor que decide de hecho, bienintencionadamente, los destinos de otros pueblos.

Por las consideraciones antes expuestas sobre la inseparabilidad de lo nacional y lo soviético en su concepción, debe excluirse en ello una posición oportunista por su parte. Pero pone de relieve cuando menos un desajuste entre su lucidez de siempre al plantear la actitud propietarista rusa como el meollo del problema nacional y la falta de una reflexión sobre las nuevas formas que podría adquirir esa misma actitud en el régimen soviético. En buena medida, esas nuevas formas ya estaban apuntando, dada la coincidencia de lo ruso y lo soviético, y habida cuenta su situación objetiva de «hermano mayor» para la mayor parte de los pueblos no-rusos. Pero Lenin no repara en ello de momento, tal vez porque ese problema está entonces solapado por el conflicto entre lo soviético y lo no-soviético.

Con todo, es preciso dejar constancia de un silencio por su parte aún más llamativo. Lenin no alude para nada a la afirmación de Stalin sobre la necesidad de una nueva interpreta-

ción del derecho a la autodeterminación: en favor de las masas trabajadores de la nación dada y no de su burguesía; una afirmación efectuada en un marco tan importante como el III Congreso ¹⁵ de todos los soviets, celebrado en enero de 1918, y luego varias veces repetida en los meses posteriores.

La invocación de una nueva doctrina de la autodeterminación se fundamenta en ese momento en varios hechos concretos, como por ejemplo, las relaciones conflictivas con la Rada ucraniana y el Directorio del Cáucaso ¹⁶ o el reconocimiento de la separación de Finlandia. Esto último, en particular, resulta traumático para no pocos bolcheviques, al suponer la instauración de un régimen burgués en la vecina Finlandia ¹⁷. Pero refleja, más en general, la inquietud por la suerte del antiguo territorio imperial; esto es, por si la política de autodeterminación no pudiera convertirse en un instrumento que favoreciese unos resultados contrarios: la reducción del territorio soviético al pueblo ruso y su aislamiento, el verse cercada por unos cuantos nuevos regímenes burgueses en la periferia. De ahí que se traduzca en una preocupación por matizar la aplicación de la autodeterminación con objeto de no incurrir en una política ingenua, quijotesca. Bien sea mediante la nueva definición de su sujeto o bien mediante una aplicación práctica distinta según unas u otras situaciones. Y, en cualquier

¹⁵ Según la referencia oficial de prensa publicada en el Pravda, Stalin dijo lo siguiente en lo que hace a la autodeterminación: «Todo esto indica la necesidad de interpretar el principio de la autodeterminación como derecho a la autodeterminación, no de la burguesía, sino de las masas trabajadoras de la nación dada. El principio de la autodeterminación debe ser un medio de lucha por el socialismo y ha de supeditarse a los principios del socialismo» (O.C., IV, págs. 33-34).

¹⁶ El motivo de ese conflicto es la política conciliadora de ambos gobiernos con los generales zaristas que están operando ya entonces en territorio ucraniano o caucásico. Tanto Lenin como Stalin se refieren a este conflicto en numerosas ocasiones y siempre con gran indignación.

¹⁷ Stalin, por ejemplo, pese a haber defendido con firmeza el reconocimiento de dicha separación, no puede ocultar su disgusto ante el hecho de que los obreros fineses no se hayan adueñado del Poder. O.C., IV, 25.

caso, poniéndose de relieve su carácter de *concesión* desde el poder soviético ruso ¹⁸.

Lo llamativo de este asunto es que, comportando implicaciones importantes para la política nacional soviética, no atraiga la atención de Lenin.

El Comisariado de las Nacionalidades

El 8 de noviembre se constituye el primer Gobierno soviético o Consejo de los Comisarios del Pueblo, Sovnarkom, compuesto por 13 comisariados o ministerios. Uno de ellos es el Comisariado para asuntos de las nacionalidades. *Narkommac*, cuyo primer presidente es Stalin.

Al principio, el Narkommac apenas puede ir más allá de poner en marcha una estructura básica del departamento, reunir las personas idóneas para abrir los comisariados respectivos de cada nacionalidad, formar un equipo de redacción que inicie la publicación de un órgano propio («La vida de las nacionalidades»), etc.

Su punto de partida es más impreciso que el de los demás comisariados, pero bien pronto irá perfilando su campo de acción. Siempre mirando hacia la periferia no-rusa, se erige en el centro especializado en la propaganda de la política nacional y es quien ha de concretarla, una vez lanzada la propuesta federativa, procediendo a la institucionalización de las relaciones entre los soviets del territorio ruso y los de la periferia. Es el órgano interlocutor con las fuerzas nacionales de la periferia y quien debe desplegar la iniciativa política para su atracción hacia una alianza con el régimen soviético. Y, asimismo, se convierte en el centro organizador de los sectores autóctonos prosoviéticos de la periferia, tal vez la función donde su contribución resulta más decisiva con el tiempo.

En diciembre se lleva a cabo un intento ambicioso de buscar la alianza con el Congreso pan-musulmán, mediante la

¹⁸ Stalin, O.C., IV, 38.

propuesta de poner al frente de la sección musulmana del Comisariado de las Nacionalidades a uno de sus dirigentes más cualificados: el menchevique ossetino Calikov, a la sazón presidente del *Milli Suro* de Petrogrado (el consejo nacional central de aquella organización pan-musulmana), respetando la independencia de ese organismo. Aunque ese intento fracasara ¹⁹, ilustra la rapidez del Comisariado de Stalin en tomar la iniciativa.

Tras madurar una alternativa de recambio, el 1 de febrero de 1918 se constituye el Comisariado Central Musulmán bajo la presidencia de Mulla Nur Vahitov, el líder de los Comités Socialistas Musulmanes (tártaros), que acababa de ingresar en el partido bolchevique. Dos vicepresidentes, el escritor tártaro G.Ibragimov, social-revolucionario de izquierda, y el baskir Manatov (que unos meses después se pasaría a la alianza contrarrevolucionaria), ambos miembros destacados del movimiento musulmán, completaban su cúpula dirigente inicial, a la cual se incorporará unos meses más tarde el tártaro Sultan Galiev, ya entonces militante del partido bolchevique.

El Comisariado Central Musulmán se organiza con una estructura dual de dirección. Por un lado, mediante distintos departamentos competentes sobre los asuntos comunes del mundo musulmán, tales como trabajo, agricultura, industria, educación, etc.; por otro, mediante delegaciones representativas de los diferentes países islámicos. Al mismo tiempo, tiene bajo su autoridad directa a las secciones musulmanas de los soviets locales y comienza a organizar una amplia red de comisariados cantonales y provinciales, *muskom*, en las zonas que concentran una población musulmana significativa. Esta red de organización autónoma, a la vez política y administrativa, junto con otra de batallones militares que se vienen creando desde octubre (principalmente entre los tártaros), quedan institucionalizadas formalmente en junio de 1918 mediante sendos decretos del *Sovnarkom*.

Debido a las circunstancias del momento, la puesta en pie

¹⁹ Bennigsen-Quelquejay, «*Les mouvements...*», obra citada, pág. 89.

del Comisariado Central Musulmán es la obra más relevante tal vez, hasta la guerra civil, del ministerio que dirige Stalin. Con toda la periferia occidental amenazada por Alemania y más tarde ocupada por sus tropas, el área musulmana reúne en ese momento unas circunstancias más favorables para la soviétización y la puesta en práctica de la política nacional bolchevique, pues hay fuertes núcleos rusos soviéticos en las principales ciudades (Kazán, Ufa, Oremburgo, Astrakan, Tashkent, etc.) y hay una corriente significativa pro-soviética asimismo dentro del movimiento autóctono musulmán ²⁰.

La convergencia de ambas fuerzas resulta determinante para la soviétización de un amplio territorio entre el Volga y los Urales. Por ello, dicha área es donde pueden realizarse mejor entonces los propósitos antes mencionados del Comisariado de las Nacionalidades y donde avanza más rápidamente la organización autónoma de los autóctonos. El mejor reflejo de esto último es el propio Comisariado Central Musulmán, el cual despliega una gran actividad organizadora en las líneas ya indicadas, celebra además diversos Congresos (de enseñantes, de obreros y de comunistas musulmanes) y va perfilándose como el embrión de una administración musulmana autónoma según han definido certeramente Bennigsen y Quelquejay.

En marzo de 1918, un decreto del Comisariado de las Nacionalidades, firmado por Stalin, proclama las bases fundamentales de la primera experiencia de institucionalización nacional de la periferia dentro de la República Soviética Federativa Socialista de Rusia (RSFSR): la república tártaro-basquir ²¹. Si bien este proyecto no pudo consumarse hasta dos años después debido al estallido de la guerra civil, en la in-

²⁰ Una amplia documentación de ello se encuentra en las dos obras mencionadas de Bennigsen-Quelquejay y también en la de Hélène Carrère d'Encausse.

²¹ El texto del decreto lo recogen Bennigsen-Quelquejay, obra citada, pág. 121. En cuanto al artículo de Stalin que acompaña a su publicación oficial, y sirve de presentación: O.C., IV, 51.

tención de la dirección bolchevique se le asignaba una gran importancia, pues era un primer eslabón experimental para extenderlo después a otros territorios, tal y como declara Stalin en Pravda por esas fechas (O.C., IV, 79-80). Pero es obligado decir que Lenin y Stalin hubieron de empeñarse con energía en la defensa de ese proyecto frente a una inercia anti-indígena predominante en los soviets rusos locales de aquellas zonas tártaro-baskires ²², inercia también presente incluso, paradójicamente, entre los miembros de dirección del Comisariado de las Nacionalidades.

Según cuenta Trotsky, una mayoría del Comisariado se opuso al proyecto, tachándolo de representar una concesión oportunista e innecesaria al nacionalismo islámico, y Stalin se vió obligado a invocar la autoridad del comité central bolchevique para sacarlo adelante ²³. Independientemente de que pudiera tratarse de un proyecto conflictivo, entre otras cosas porque pretendía agrupar a cuatro pueblos distintos, siendo dos de ellos, chuvashi y marís, no musulmanes, la existencia de tal oposición y lo que subyace en ella son un síntoma claro acerca de la extensión en las filas bolcheviques de unas ideas sobre la política nacional bien distantes de las contribuciones elaboradas por Lenin desde años atrás.

A lo largo de la primavera de 1918, Stalin explicita en varios artículos ²⁴ las primeras ideas sobre la federación que intenta poner en marcha el régimen soviético, a las cuales pue-

²² Bennigsen-Quelquejay. Idem., págs. 120-122. Son bien ilustrativas, entre otras, las razones aportadas por uno de los dirigentes locales de la organización bolchevique de Kazan en contra del principio de la autonomía: 1, económicamente la región del Volga-Ural interesa al conjunto de Rusia; 2, los musulmanes no representan la mayoría absoluta de esa área; 3, el proletariado autóctono es demasiado débil e inestable para confiarle el poder.

²³ Trotsky. *Stalin*, obra citada, pág. 377.

²⁴ *La organización de la República federativa de Rusia* (declaraciones a un colaborador de Pravda), *Una de las tareas inmediatas*, *Principios generales de la Constitución de la República Soviética Federativa Socialista de Rusia e Intervenciones en la Conferencia de convocatoria del Congreso Constituyente de la República Soviética Tártaro-Baskir*.

de atribuirse un carácter representativo de las opiniones de la dirección bolchevique en ese momento. Sus puntos más destacados son los siguientes:

1) Una intención política de arrebatar la bandera de la autonomía a las fuerzas nacionalistas de la periferia. Lo expresa de manera clara Stalin cuando afirma la obligatoriedad de la autonomía para que pueda hablarse de un poder de carácter popular en los países de la periferia. El poder popular es imposible, dice, «sin la autonomía de estas regiones periféricas, es decir, sin organizar la escuela local, la justicia local, la administración local, los órganos locales de Poder, las instituciones sociales, políticas y educativas locales con garantía de plenitud de derechos para la lengua vernácula (...) en todas las esferas del trabajo social y político» (Stalin, O.C., IV, 78).

2) En cuanto a su contenido, la autonomía no pasa de ser un complemento administrativo de un régimen fuertemente centralizado, de modo que en realidad no se está definiendo la creación de un poder federativo, en sentido estricto, sino sólo una cierta descentralización política y sobre todo administrativa de un único poder central. Según dice Stalin: «...es necesario dejar en manos del Poder central todas las funciones importantes para el país en su conjunto, conceder a los órganos regionales principalmente funciones administrativas, políticas y culturales de estricto carácter regional» (Stalin, O.C., IV, 92). Ese contenido queda razonado tanto por motivos coyunturales, la situación de transición y la inestabilidad aún del poder revolucionario, como por exigencias más de fondo del principio socialista («que niega de raíz el sistema bicameral» propio de los regímenes federales clásicos).

3) Para Stalin, *la autonomía no es mas que una forma*, que no dice apenas nada si se le separa de su contenido de clase. Insiste por ello en el concepto de **autonomía soviética**, a fin de poder distinguirla de la autonomía nacionalista burguesa. Lo propio de la autonomía soviética es su carácter de poder popular: «El Poder Soviético (...) es partidario de la autonomía, pero de una autonomía donde todo el Poder se halle en manos de los obreros y de los campesinos, donde los burgue-

ses de todas las nacionalidades sean eliminados no sólo del Poder, sino también de la participación en las elecciones a los órganos de gobierno» (Stalin, O.C., IV, 90). Para Stalin, esa forma soviética o socialista de autonomía condensa la exigencia de subordinar «total y definitivamente» la cuestión nacional a los intereses de las masas trabajadoras organizadas en los soviets.

4) La delimitación territorial de la Federación queda planteada de un modo contradictorio. Por un lado viene a exigir la presencia de tres requisitos, con una literatura similar a la de Lenin en sus escritos sobre este asunto de los años 13 y 14: las particularidades del modo de vida, peculiaridad de la composición nacional y cierta integridad mínima de territorio económico (Stalin, O.C., IV, 72). Pero, de otra parte, Stalin enuncia un criterio ambiguo cuando afirma que el deslindamiento de los habitantes no debe guiarse por un principio nacional, «sino por un principio clasista» (Stalin, O.C., IV, 91). Con todo, es preciso decir que las enumeraciones habituales de Stalin por esas fechas sobre las posibles zonas autónomas del futuro coinciden con las más conocidas áreas nacionales, mencionando a tártaros y baskires, kazakos, Crimea, el Turquestán, la Transcaucasia (de la que señala la posibilidad de que se divida en varias unidades territoriales nacionales «como la georgiana, la armenia, la azerbaijana y otras»), Ucrania, etc.

5) Con respecto a las lenguas, viene a recoger, textualmente, lo dicho en tantas ocasiones por Lenin: «ningún idioma oficial, plena igualdad lingüística y derecho de cada población a elegir y utilizar su propio idioma en todos los planos de su vida social» (Stalin, O.C., IV, 73).

6) Recoge también de Lenin la idea de la provisionalidad de la Federación, concebida como un paso transitorio «hacia el futuro unitarismo socialista» (Stalin, O.C., IV, 76).

CAPITULO VIII

Durante la guerra civil (1918-1920)

El contexto

Desde que se firma la paz de Brest Litovsk y hasta finales de 1920, la joven república soviética vive en una situación extrema. No ya sólo porque de nuevo vuelve la guerra, y otra vez muy cruenta, cuando se pretendía haber alcanzado un respiro para reponerse de las calamidades de la anterior y poder asentar la revolución, sino sobre todo por su entrelazamiento con otros varios factores adversos. Me limitaré a enumerar brevemente algunas de las circunstancias más relevantes.

1. La guerra civil agravó la desorganización general del país, de la producción, de la distribución, de las comunicaciones, etc., ya de por sí bastante trastocadas por una revolución como la soviética que había subvertido tan profundamente las estructuras anteriores. El territorio controlado por el gobierno soviético se redujo al área más estrictamente rusa y se rompió el circuito productivo establecido por el zarismo en todo el imperio, un circuito basado en muy buena medida en las

riquezas de la periferia nacional no rusa (el petroleo de Bakú, el carbón del Donetz, las minas de los Urales, los cereales de las tierras negras ucranianas y del Volga, el algodón del Turquestán, etc.); de manera que, al quebrarse, se resintió extraordinariamente todo el sistema económico y de comunicaciones del centro ruso, el hambre asoló las ciudades y éstas se despoblaron. Moscú y Petrogrado por ejemplo, con un racionamiento de pan de 50 gramos al día por persona en los peores momentos y con una grave crisis de empleo al paralizarse muchas fábricas, pierden en estos años entre el 45 y el 55% de su población ¹. Entre otras causas, la crisis de abastecimiento de las ciudades es una consecuencia de la propia revolución agraria, al haber supuesto ésta la supresión de hecho de las grandes fincas que abastecían los mercados urbanos y su división en pequeñas parcelas entre los campesinos (dedicadas al autoconsumo básicamente).

2. El aislamiento exterior e interior de los bolcheviques. En el plano exterior, el gobierno bolchevique cuenta con la hostilidad de todas las potencias y especialmente de las fuerzas aliadas con el zarismo en la guerra del 14, las cuales inician su intervención directa o indirecta en el territorio ruso ya desde la primavera de 1918. Amén de razones militares momentáneas a fin de mantener abierto el frente oriental de guerra con los alemanes, las potencias occidentales no pueden admitir un régimen soviético que confisca sus inversiones de capital, anuncia el impago de las deudas contraídas por el zarismo y tiene una significación revolucionaria contagiosa para sus pueblos respectivos.

En el plano interno, los eseristas de izquierda rompen la coalición con los bolcheviques tras la paz de Brest Litovsk, abandonan el gobierno y se suman a la oposición. Sólo en el gobierno, los bolcheviques tendrán que enfrentarse a la hostilidad de todas las fuerzas de la izquierda y de la derecha, desde los mencheviques, social-revolucionarios y pequeños grupos anarquistas...hasta la derecha partidaria del restableci-

¹ Lorenz, Richard. Obra citada pág. 274 y ss.

miento del zarismo. La actividad del frente de oposición atraviesa momentos de desigual intensidad a lo largo de la guerra civil, pero es constante e incluye una amplia diversidad de métodos, desde el sabotaje de la producción y los atentados, hasta la formación de gobiernos alternativos dentro del territorio ocupado por las tropas blancas ². A ello se suma otra fuente de oposición de notable envergadura, en parte relacionada con la anterior, pero también con los fenómenos de bandidaje, especulación, etc.: los pescadores de río revuelto que surgen generalmente en las situaciones de caos.

3. La propia dimensión militar de la guerra que el gobierno bolchevique debe afrontar, cuando está dando los primeros pasos para formar el Ejército Rojo, en un país que no funciona aún y ha dejado 3 millones de muertos y un sinnúmero de mutilados en la guerra anterior.

Después de haber desembarcado sus contingentes militares en numerosos puntos y de haber alentado y armado la insurrección de la legión checa en los Urales, las potencias aliadas renuncian a proseguir su intervención directa por el temor a las repercusiones negativas que se estaban manifestando bien entre los soldados desplazados bien en el interior de sus respectivos países ³; pero su retirada coincide con la formación de varios ejércitos «blancos» dirigidos por generales zaristas a los que seguirán equipando hasta producirse el desenlace final de la guerra civil.

Desde la primavera de 1918, el Ejército Rojo ha de batirse simultáneamente en múltiples frentes distintos, aparte de

² Una descripción detallada de las posiciones de los partidos de la oposición en G.D.H.Cole. Obra citada, tomo V, cap. VI.

³ Tras los acuerdos de Brest Litovsk, el Gobierno bolchevique emprendió la evacuación y repatriación de un contingente de unos 50.000 prisioneros de guerra checos a través de Siberia. Su sublevación, cuando se encontraban en los Urales, marca el comienzo de la guerra civil. En un sentido contrario hay que señalar los motines de soldados occidentales desplazados por sus gobiernos al territorio soviético y el boicot de los trabajadores en los puertos, fábricas, etc., de los países europeos en solidaridad con el régimen soviético.

tener que soportar el hostigamiento de numerosas partidas de guerrilleros, en unas condiciones penosas: mal armado, peor vestido y alimentado, y al tiempo que se está estructurando como un ejército regular. Y en 1920, cuando ha conseguido derrotar a las tropas de varios generales (Kolchak, Denikin y Yudenich), tendrá que correr a su flanco occidental para sortear la amenaza del ejército de Wrangel que ataca desde Crimea y del ejército polaco de Pilsuski que ha ocupado ya Bielorrusia y buena parte de Ucrania.

La guerra civil finaliza en noviembre de 1920, tras haber ocasionado unos 7 millones de muertos en total, junto con el hambre y las epidemias.

En este contexto adverso, el Gobierno bolchevique adopta la política que se ha denominado de «comunismo de guerra»⁴, un conjunto de prácticas nacidas de la necesidad, de la situación de emergencia, y no provenientes de la aplicación de una teoría previamente establecida. E.H. Carr lo ha caracterizado como una combinación de entusiasmo voluntarista y de coerción, pues así es, efectivamente, como se va formando el Ejército Rojo, se organizan la producción, la distribución, las comunicaciones, y se va recomponiendo todo el edificio administrativo. Sin el entusiasmo de la base social más directamente identificada con la revolución es impensable que todo ese gran esfuerzo pudiera haberse llevado a cabo con éxito; pero con el tiempo requirió, asimismo, cada vez más la coerción.

Junto a la voluntariedad de los sábados comunistas, se impuso un sistema de trabajo obligatorio; en 1919 se instauró el servicio militar obligatorio; la requisita de los excedentes de cereales para el avituallamiento del Ejército Rojo y de las ciudades, en principio atribuída a los comités de campesinos po-

⁴ Una valoración resumida del «comunismo de guerra» en E.H. Carr. «*La revolución rusa. De Lenin a Stalin...*», obra citada, capítulo 3, y del mismo autor, pero de manera más amplia, en «*La revolución bolchevique...*», obra citada, tomo 2, págs. 159 a 293. También en la obra de Ch. Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS. Primer período (1917-1923)*.

bres, hubo de encomendarse a destacamentos armados de obreros a fin de que se efectuara con mayor eficacia; el sistema productivo tuvo que organizarse bajo los principios de disciplina y jerarquización, igual que el Ejército Rojo; quedó suprimido y reprimido incluso el pequeño mercado libre de alimentos, de manera que el Estado dominaba y regulaba directamente la práctica totalidad de la vida social.

El «comunismo de guerra» fue, por consiguiente, un conjunto de prácticas excepcionales requeridas por una situación de emergencia. Pero dichas prácticas marcaron a su vez al nuevo régimen soviético y al partido bolchevique que lo sustentaba con el desarrollo de dos fenómenos no previstos por la teoría leninista (a tenor de las preocupaciones expuestas en «El Estado y la revolución»): la progresiva concentración del poder en el partido bolchevique y su progresiva «estatalización» de un lado y, por otro, el vaciamiento del poder real de los soviets. En 1920, un 70% de los bolcheviques estará ya dedicado a sostener las más diversas funciones administrativas en el aparato estatal, en el ejército y en el partido; y este último, amén de oficializarse por ser ya el partido del Gobierno, se va transformando de hecho en la maquinaria de ejecución de una política decidida, a su vez, por un pequeño núcleo de dirigentes.

Durante la guerra civil, la política nacional vuelve a ocupar un plano destacado en la propaganda y en la política soviética. Ello viene exigido por la propia naturaleza de aquella guerra, ya que las tropas «blancas» operan desde la periferia nacional mientras cuentan con el apoyo de las élites nacionales y el destino de la periferia queda así entrelazado con el desenlace de la guerra, con los agrupamientos políticos —antibolcheviques o probolcheviques— que se manifiestan en ella y con las necesidades económicas del sistema productivo heredado.

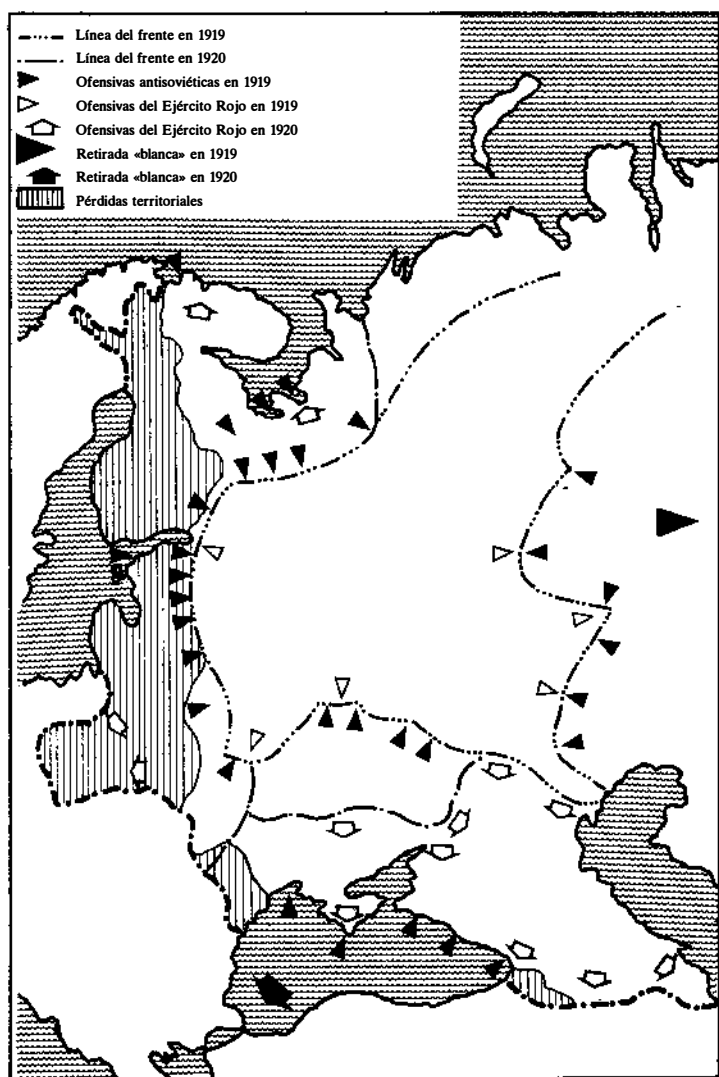
Siguiendo el curso del desarrollo de la guerra civil pueden distinguirse dos fases. Una primera en la cual predominan el aislamiento bolchevique, su repliegue al centro ruso y la conjunción de hecho de todo el bloque opositor. En todo el lí-

mite occidental y en el Caúcaso manda Alemania, mientras que en las zonas orientales y siberianas se ha afincado una alianza a cuatro bandas: entre las fuerzas sostenedoras del gobierno provisional (kadetes, mencheviques y social-revolucionarios de derecha), los generales «blancos», las potencias imperialistas y las élites nacionales de los pueblos musulmanes. De entre estos últimos, se mantienen en alianza con el poder bolchevique los casos antes señalados —los tártaros de Kazán, que siguen siendo el principal soporte del Comisariado Central Musulmán, y algunas corrientes minoritarias de kazakos y uzbekos—; pero, junto a ello, se produce algún retroceso significativo, como el abandono de uno de los principales dirigentes del Comisariado de las Nacionalidades, el baskir Manator, y su pase al gobierno nacional baskir que forma parte de la alianza antibolchevique.

En la situación adversa de esta primera fase es obligado señalar la labor desplegada por los tártaros probolcheviques entre los pueblos musulmanes. Nada más comenzar la guerra civil se forma un Colegio Militar Musulmán, dependiente a la vez del comisariado de la guerra y del de las nacionalidades, que impulsa la creación de unidades militares musulmanas. Por otra parte, en noviembre de 1918, se celebra el primer congreso de organizaciones comunistas musulmanas y en ese marco se acuerda crear un *Musburo*, dependiente del comisariado de las nacionalidades, para organizar y coordinar las actividades prosoviéticas entre los pueblos musulmanes. La propia dispersión tártara en toda el área musulmana y su ascendiente tradicional en ella favorecen y amplifican el eco de la propaganda prosoviética, de manera que su acción alcanza una gran eficacia tanto en lo político como en lo militar ⁵.

Al terminar la primera guerra mundial, a fines de 1918, comienza una segunda fase, caracterizada por la recuperación

⁵ Bennigsen-Quelquejay. «*Les mouvements nationaux...*», obra citada, pgs. 116 a 119. En esta misma obra se recoge el testimonio directo de Sultan Galiev, refiriéndose al papel de los tártaros en la acción militar y política del Comisariado Central Musulmán, pgs. 219-225.



19. *La guerra civil.*

bolchevique, que concluye con su triunfo en la guerra civil.

Las causas principales de ese cambio son de variada naturaleza. Está relacionado en primer lugar con la exclusión de uno de los contendientes, el ejército alemán, y su retirada de los territorios periféricos que había ocupado hasta entonces. Ello está vinculado también con las dificultades de los gobiernos occidentales para mantener una intervención directa contra el régimen soviético, dada la creciente oposición que surge en el interior de sus propios países. Pero guarda una estrecha relación, asimismo, con el asentamiento del Ejército Rojo y sus cada vez mayores éxitos militares. Y esto último es inseparable, por otra parte, del resquebrajamiento del frente opositor antibolchevique debido a las contradicciones que surgen entre las fuerzas moderadas del Gobierno provisional y los generales zaristas o entre éstos y las élites nacionales ⁶.

Las motivaciones nacionales están especialmente presentes en la descomposición del frente opositor en la periferia oriental. Su punto de partida se produce a causa del choque de los dirigentes baskires y kazakos con generales zaristas como Kolchak, nada respetuosos con sus reivindicaciones nacionales, esto es, cuando presienten sus intenciones de restablecer el viejo unitarismo imperial y comienzan a mirar con buenos ojos el avance militar bolchevique. A comienzos de 1919, se negocia la integración de las unidades militares baskires en el Ejército Rojo; y, poco más tarde, se consuma la alianza del partido nacional kazako, *Alas Orda*, con los bolcheviques, entrando sus principales dirigentes en el partido.

Este cambio refleja, por otro lado, la evolución a una actitud más favorable hacia los bolcheviques, o cuando menos no hostil, neutra, del campesinado periférico que ha debido soportar las requisas violentas de sus bienes por las tropas «blancas» y su enrolamiento forzoso en ellas.

⁶ Lenin, O.C., XXXI, 304-337. y Stalin, O.C., V, 121, comentan de modo similar este cambio. Una narración detallada de los hechos, en E.H.Carr. Obra citada, tomo 1, cap. 11.

En la medida en que se van liberando nuevos territorios, tal alianza se consolida mediante la creación de regímenes autonómicos —las repúblicas tártara, baskir, kazaka, bújara, del Dagestán, etc.— a cuyo frente se sitúan de una manera destacada las mismas élites nacionales antes opositoras, bien integrándose en el partido bolchevique o bien mediante su colaboración abierta con las instituciones soviéticas ⁷. A finales de 1920, esa alianza será un rasgo definitorio de la situación en toda el Asia Central, en Crimea, en el Cáucaso Norte y en los pueblos musulmanes entre el Volga y los Urales.

Lenin sigue intensamente este cambio de tendencia en los países periféricos, a favor de lo soviético, desde sus primeras manifestaciones. Reflexionando sobre sus causas de fondo, esto es, sobre los errores políticos y las fechorías de las tropas «blancas» (a las que llega a denominar «la verdadera fuente de la fuerza de los bolcheviques»), alimenta una confianza casi ilimitada en que era inevitable la descomposición de los ejércitos «blancos», condenados a perder sus bases populares de apoyo porque renuevan en los pueblos de la periferia la experiencia de siglos de opresión zarista (O.C.,XXXI,314). Y en la medida en que los hechos van confirmando dicha previsión, se hace más insistente su reflexión acerca de la necesidad y transcendencia de aplicar una política nacional coherente con los principios enunciados en el programa bolchevique. Presiente que es el momento de ejemplificar con hechos de gobierno la sinceridad de las intenciones proclamadas y que tal política es clave para confirmar la capacidad de atracción del régimen socialista sobre los pueblos de la periferia (O.C.,XXX,450).

Durante la guerra civil Lenin no introduce innovaciones doctrinales en lo relativo a los asuntos nacionales, pero defiende con calor los puntos de vista elaborados en los últimos años cada vez que se cuestionan dentro del partido bolchevique, como ocurre en el VIII congreso, por ejemplo. Pero en

⁷ Bennigsen-Quelquejay, en «*La Presse...*», obra citada, trazan unas reseñas biográficas de gran número de ellos.

este período la política nacional se complejiza de hecho al tener que aplicarla y desarrollarla para unas necesidades concretas. Dado el entrelazamiento de los problemas nacionales con la cuestión de la guerra, con la economía y con las alianzas, las cosas se presentan de manera más confusa y problemática, como es obvio, que en momentos anteriores en que bastaba con enunciar la orientación o los principios generales de acción.

Es el momento en que comienzan a plantearse líneas de actuación muy contradictorias con la doctrina establecida por Lenin, sin cuestionarla frontal o formalmente pero transgrediéndola de hecho, que resultan difíciles de atajar en aquellas circunstancias. Tanto más si se tiene en cuenta la extensión tan ingente del escenario, la enormidad de las distancias, la dificultad de las comunicaciones aún en época de guerra, la diversidad de situaciones, etc. Por ello es obligado seguir la pista del comportamiento de Lenin ante los conflictos nacionales más significativos de estos dos años.

El VIII Congreso del PCR(b). La discusión sobre la autodeterminación

En marzo de 1919 vuelve a replantearse dentro del partido bolchevique la cuestión de la autodeterminación. Pero en esta ocasión se introduce un ángulo a primera vista novedoso: el asunto de quién expresa la voluntad nacional, si toda la nación o sólo sus clases trabajadoras. Formular la autodeterminación como un derecho de los pueblos o bien como un derecho en realidad sólo de los trabajadores (de la nación), es el centro de esta discusión. Implica, pues, un debate de bastante envergadura sobre la política nacional y será la última ocasión por cierto, en vida de Lenin, en que se discuta de nuevo y abiertamente la doctrina.

Quedan en la oscuridad las razones de por qué Lenin demoró esta batalla durante algo más de un año, pues abundan los síntomas de que en el partido bolchevique se estaba plan-

teando una reconsideración de la autodeterminación desde el momento de la toma del poder. Como ya se ha dicho, las primeras manifestaciones se producen cuando el reconocimiento de la separación de Finlandia y, poco después, con ocasión del III Congreso de los soviets de soldados, obreros y campesinos.

Esta última, en particular, es especialmente relevante por la solemnidad del marco, por la significación de los oradores y por las circunstancias del momento, pues coincide con la expectativa del avance del poder soviético en Ucrania y en los cuatro países bálticos. En lo que hace al contenido, Preobrazhenski y Stalin distinguen en dicho congreso dos situaciones de desarrollo —del feudalismo a la democracia burguesa y de la democracia burguesa a los soviets— a las que corresponde un sujeto diferente de la autodeterminación en cada caso: bien la nación entera o bien solamente sus clases trabajadoras. De acuerdo con esta interpretación, la misión bolchevique desde el establecimiento del poder soviético sería la de impulsar la victoria de las clases trabajadoras, logrando su autodeterminación social por tanto y, en ningún caso, sería misión suya el conceder a las burguesías nacionales la posibilidad de edificar su propio estado de clase, cosa ya injustificable históricamente.

Dichas ideas van ganando terreno en el partido bolchevique, con el sorprendente silencio de Lenin, hasta que el estallido de la guerra civil las desplaza por otras preocupaciones relacionadas con la subsistencia del propio régimen soviético. Reaparecen no obstante y con mayor intensidad a comienzos de 1919 —tras la caída de Alemania, la retirada de sus tropas y la anulación del tratado de Brest Litovsk—, cuando de nuevo se produce el choque entre los soviets y los gobiernos nacionales burgueses en Ucrania y los países bálticos. La existencia ya para entonces de un ejército rojo curtido en el combate y capaz de intervenir para favorecer «procesos de autodeterminación de los trabajadores» en los países periféricos y, de otro lado, el desplazamiento hacia la izquierda de las vanguardias nacionales en los países musulmanes, dan una

dimensión política incuestionable a esta discusión sobre el contenido y el sujeto de la autodeterminación.

Pero, además de estos elementos de coyuntura, ese debate vuelve a poner sobre la mesa dos cuestiones ya planteadas en los años 13 y 14. Por un lado, la tendencia a reducir la cuestión nacional a un problema meramente burgués en el fondo y, por consiguiente, válido tan sólo en tanto no estuviese constituido el proletariado como una fuerza política autónoma. Y en segundo lugar, la tendencia a recuperar los viejos argumentos expuestos por Rosa Luxemburgo en contra de la autodeterminación en su obra *La cuestión nacional y la autonomía* (según la cual, sólo era viable en el socialismo y se confundía por tanto con el socialismo), argumentos ya combatidos por Lenin en 1914. Ambas cuestiones se ponen de manifiesto claramente en la intervención de Piatakov durante el VIII Congreso del partido bolchevique, cuando, amén de tachar la autodeterminación como una consigna burguesa y propia de todas las fuerzas contrarrevolucionarias, afirma una perspectiva que no deja contenido específico alguno para ella:

«...una vez que nos hayamos unificado en el plano económico, que hayamos constituido un sólo aparato, un único Consejo Supremo de Economía Nacional, una única administración de los ferrocarriles, una sólo banca, etc., toda esa famosa autodeterminación no valdrá un comino.»⁸

La intervención de Lenin en el VIII Congreso con relación a este problema⁹ no es novedosa doctrinalmente. Se limita a repetir, extremando la paciencia y la pedagogía, todas sus reflexiones elaboradas durante los años de la guerra imperialista. Pero, aun así, tiene el valor de ilustrar de modo muy significativo la multilateralidad de sus puntos de vista.

En su discurso hay una lección de sentido común político, de mera lógica: afirmar el derecho a la autodeterminación de

⁸ Recogido de Bettelheim, Obra citada, pág. 385.

⁹ Las intervenciones de Lenin sobre la cuestión nacional durante este congreso en O.C., XXXI, págs. 37 a 43 y 61 a 64.

los trabajadores supone reducir la aplicabilidad de ese concepto político al caso exclusivo de aquellos países que han alcanzado el socialismo, en ese momento histórico sólo Rusia lo ha conseguido, y negarlo por tanto al resto del mundo. Lenin se limita a constatar que la argumentación de sus contrarios conduce a una conclusión políticamente insostenible.

Está presente su atención a la realidad real cuando insiste en que las naciones comprenden un conglomerado de clases sociales con una determinada correlación entre ellas («son la burguesía junto con el proletariado»), que esa realidad no desaparece por ignorarla y que más vale afrontar las realidades nacionales tal cual son y allí donde se manifiestan («...si declaráramos que no reconocemos de ningún modo a la nación finlandesa, sino sólo a la masa trabajadora, diríamos una tontería. Es imposible no reconocer lo que realmente existe: se impondrá por sí mismo»).

Refleja una preocupación táctica sobre la proyección exterior de la política bolchevique y sus repercusiones mundiales, en particular en las naciones oprimidas y en las colonias, muy consciente de que cualquier paso en falso a ese respecto supone dar una ventaja política a las burguesías nacionales en la lucha de clases interior de sus respectivos países. Lo que hace la Rusia soviética en este campo se está mirando con lupa desde el exterior y puede beneficiar, o lo contrario, a la lucha de clases en la mayor parte del resto del mundo también atravesado por los problemas nacionales.

Pero la preocupación táctica está inseparablemente unida a la consideración más de fondo sobre la coherencia nacional que exige el socialismo de acuerdo con sus posiciones emancipadoras («si actuáramos de otra forma no podríamos construir la sociedad socialista»), sobre la incoherencia de imponer el comunismo por la fuerza a otros pueblos, así como sobre la peculiaridad, diversidad y desigualdad de los procesos de diferenciación de las clases en cada pueblo.

Lenin no renuncia a poder favorecer desde fuera el proceso de diferenciación social de otros pueblos. Es más, sería ilógico que lo hiciera, esto es, que renunciara a favorecer el

avance hacia la soviétización y el socialismo. Pero ahora, cuando ello tiene una proyección práctica evidente por la capacidad superior del régimen soviético ruso con respecto a los pequeños pueblos vecinos, pone el acento en la cautela y advierte sobre la posibilidad de que la ingerencia bolchevique pueda producir el efecto contrario al pretendido, entorpeciendo negativamente los procesos de diferenciación de otros pueblos. Para Lenin la clave del asunto sigue siendo el desarrollar una política «dualista», conjugando a un tiempo los dos acentos del planteamiento que debe caracterizar a los bolcheviques: a) la propaganda política en favor del socialismo, b) la afirmación del respeto a la peculiaridad nacional y el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos. Y sigue manteniendo la convicción de que esa política (dualista) es lo que mejor favorece el desarrollo del proceso de diferenciación de las clases trabajadoras de cualquier país respecto a sus burguesías nacionales.

En relación con esto último vuelve a referirse al problema del chovinismo ruso; pero en esta ocasión dirigiéndose especialmente a los propios bolcheviques («rásquese a ciertos comunistas y se encontrarán chovinistas gran rusos»), si bien en un tono relativamente moderado. Lo hace, sobre todo, para llamar la atención sobre algunos matices de la política nacional e intentar frenar la impaciencia de algunas corrientes del partido. Así, cuando define su posición sobre la aspiración a restablecer la unidad económica del antiguo territorio imperial; para Lenin esa aspiración es justa, pero no tiene un valor incondicional, no puede plantearse «a cualquier precio» y debe descansar en una alianza voluntaria con los pueblos no rusos en cualquier caso. Y otro tanto sobre la aspiración en general a la unidad, cuando recalca la necesidad de «no proceder según patrones fijos». Detrás de todo esto hay una gran preocupación de Lenin por elevar la sensibilidad de los bolcheviques ante el fenómeno de los sentimientos nacionales antirrusos que albergan los países periféricos, entre pueblos donde la palabra ruso equivale a «opresor», «grauja», «ladrón», etc., automáticamente:

«Ningún decreto puede restablecer la confianza. En estos asuntos tenemos que proceder con mucha cautela. Una cautela extraordinaria debe mostrar una nación como la de los gran rusos, que suscitó el odio enconado de todas las demás naciones, situación que apenas ahora hemos aprendido a corregir y no del todo. Por ejemplo, tenemos en el Comisariado de Instrucción Pública, o vinculados con él, comunistas que dicen: ¡escuela única, y por lo tanto no se atreven a enseñar otra lengua que la rusa!. A mi modo de ver, tales comunistas son chovinistas gran rusos. Estos sentimientos están enquistados en muchos de nosotros y hay que combatirlos» (O.C.,XXXI,63).

Aunque Lenin ganó formalmente la batalla del congreso, resulta más difícil establecer hasta qué punto fue real su victoria. Pocos meses después, aparecía un libro de gran difusión: el *ABC del comunismo*, escrito por Bujarin y Preobrazhenski, donde se volvía a las andadas. En su apartado 58 se afirmaba:

«...el proletariado debe estar dispuesto a conceder el derecho a la libre disposición nacional, es decir, dejar a la mayoría de los trabajadores de cualquier nación la posibilidad de continuar formando parte integrante del Estado al que pertenece o separarse de él completamente o constituir con él un Estado confederado».

Y en el apartado siguiente, dentro de un epígrafe cuyo título planteaba la pregunta «¿quién expresa la voluntad nacional?», volvía sobre lo mismo para no dejar lugar a dudas:

«El partido comunista reconoce a toda nación el derecho de libre disposición hasta la separación completa. Pero considera que la voluntad del pueblo no puede ser expresada más que por la mayoría de los trabajadores de la nación y no por la burguesía»¹⁰.

¹⁰ Bujarin-Preobrazhenski. *ABC del comunismo*. Ed. Maspero. París (1968), tomo II, págs. 37 y 39.

Lo más paradójico de este caso es que ambos autores podían apoyarse, en alguna medida, en un texto aprobado por el VIII Congreso que era obra del propio Lenin, pues reproduce íntegramente un párrafo presente en sus trabajos preparatorios del Congreso en el cual había tratado ese asunto de quién debía expresar la voluntad nacional:

«Con respecto al problema de quién ha de expresar la voluntad de la nación de separarse, el PCR(b) mantiene el punto de vista histórico de clase, teniendo en cuenta para ello en qué grado de desarrollo histórico se halla la nación de que se trate: si en el camino de la Edad Media a la democracia burguesa o en el de la democracia burguesa a la democracia soviética o proletaria, etc.» (O.C.,XXX,465).

El inconveniente de dicho texto es que, tras una apariencia de consistencia doctrinal marxista, no contenía mas que unas generalidades abstractas y sin apenas valor para el mundo de las complejas realidades políticas concretas. No será un obstáculo, tal como se ha visto, para que Lenin lo rellene con múltiples consideraciones políticas y estratégicas, todas ellas pertinentes. Pero abría el portillo al mismo tiempo a una interpretación esquemática, a una casuística escolástica, que podían dislocar profundamente el sentido leninista de la autodeterminación. Tanto más cuando ese párrafo evocaba cierta semejanza con las ideas expuestas por Stalin y Preobrazhenski en el III Congreso de los soviets. Pero una vez más, creo que el quid de la cuestión está, no tanto en las limitaciones del texto, evidentes por su alto nivel de abstracción o por su esquematismo, sino en las carencias de los intérpretes. Aunque también Lenin, como en esta ocasión, abusa de las recetas abstractas, en ningún caso sustituyen el análisis multilateral y concreto de las realidades presentes que es lo verdaderamente significativo de su acción política. Mientras que no se puede decir lo mismo de tantos de sus intérpretes.

Ucrania

Ucrania fue el país del antiguo territorio imperial ruso que más variaciones de poder experimentó durante la guerra civil. En poco más de dos años cambió 8 veces de régimen, si se tiene en cuenta las ocasiones en que su capital Kiev fue ocupada por fuerzas de distinto signo y en que éstas proclamaron su soberanía sobre todo el territorio ucraniano ¹¹.

Tal inestabilidad se explica fundamentalmente por la combinación de dos factores. En primer término, por la importancia estratégica y económica de Ucrania, ya que era la llave del acceso al Mar Negro y disponía de un territorio de grandes riquezas agrícolas y mineras. El granero ucraniano fue sin duda uno de los objetivos principales para los alemanes del acuerdo de Brest Litovsk. Pero también en los bolcheviques estaban presentes esas consideraciones estratégico-económicas, muy conscientes de la necesidad de ganarse una alianza económica y militar con Ucrania. En el proyecto federativo de los bolcheviques tenía un valor supletorio, además, por ser la segunda nacionalidad del imperio en importancia demográfica y pertenecer al mismo tronco eslavo que los rusos. El segundo factor a tener en cuenta es la debilidad relativa tanto del movimiento nacional ucraniano como del movimiento bolchevique y prosoviético.

Dejando de lado la influencia de factores más estructurales, relativos a su desmembración nacional, social y religiosa, a las acusadas diferencias entre la Ucrania Occidental (bajo el imperio austríaco) y la Oriental, la debilidad del movimiento nacional ucraniano radicaba, como señaló Lenin con razón, en que no llegó a echar raíces profundas en la mayoría de la población pese a tener en sus manos la Rada (y suministrarle los líderes más destacados: los Petluria, Vinnichenko, Jrushevski, etc).

La política de ucranización emprendida desde la Rada fue

¹¹ En febrero de 1918 fue derrocada la Rada y se proclamó una República Socialista Ucraniana que duró bien poco. Un mes después los alemanes ocupaban Ucrania y restauraban la Rada, la cual a su vez fue pronto susti-

muy mal vista en las ciudades y en el proletariado industrial, de composición no ucraniana en su mayor parte y habituado a menospreciar las reivindicaciones nacionales ucranianas. Mientras que su falta de política social, en un momento en que la revolución soviética vecina produce un gran impacto, le dejaba en inferioridad de condiciones frente a los bolcheviques locales y le imposibilitaba ganarse al campesinado, como lo reconocerán honestamente algunos de sus líderes ¹².

Por otra parte, su supuesto punto fuerte, el nacionalismo ucraniano, quedará en breve tiempo profundamente deteriorado. Primero por aliarse con las tropas alemanas y favorecer la ocupación del territorio ucraniano por aquellas. Lenin constata con alborozo en ese momento que la hostilidad de los campesinos ante las requisas de cereales efectuadas por los alemanes está convirtiendo a los bolcheviques, que son entonces una fuerza de resistencia anti-alemana, en un movimiento nacional ucraniano ante los ojos del campesinado (O.C.,XXIX,269). A lo largo de 1919, sufrirá un desprestigio mayor debido a la alianza de uno de sus líderes, Petluria, con las tropas «blancas» de Denikin. Pero el punto culminante de la caída nacionalista proviene de la alianza de Petluria con

tuída por un gobierno aun más germanófilo con el atamán cosaco Skoropadski al frente de él. Tras la caída de Alemania, volvió a restablecerse la Rada al mismo tiempo que renacía su competidor, un soviet ucraniano, el cual fue extendiéndose y con la ayuda de tropas bolcheviques volvió a ocupar Kiev en febrero de 1919 y constituyó, por segunda vez, la RSS ucraniana, si bien en ese momento tenía que compartir la soberanía real sobre el territorio, a título de ejemplo de la dispersión del poder, con otros varios ejércitos de signo contrario y con numerosas partidas autónomas de guerrilleros, entre las cuales la más conocida era la del anarquista Majno. Durante el verano siguiente, las tropas del ucraniano Petluria y del general zarista Denikin se asentaron otra vez en la capital, para ser desalojadas a lo largo del invierno. Este tercer intento de instaurar la RSS ucraniana también resultó efímero, pues Petluria, en esta ocasión al frente de tropas polacas, recuperó Kiev. La cuarta restauración de la RSS ucraniana, tras la derrota de Petluria en el verano de 1920, sería la definitiva.

¹² Son muy esclarecedores a este respecto los testimonios del líder de la Rada, Vinnichenko, recogidos por E.H. Carr, obra citada, tomo I, pág. 323 (nota 57).

Pilduski y la entrada de las tropas polacas en Kiev, durante la primavera de 1920, tras haber legitimado la incorporación de la Ucrania occidental a Polonia. Esa alianza con los polacos, el opresor tradicional en la mente del campesinado ucraniano, será la puntilla definitiva del movimiento nacionalista ucraniano.

En cuanto al movimiento bolchevique, su debilidad nacía de su carácter «exótico», como señala el también ucraniano Trotsky ¹³, circunscrito a las ciudades, aislado del campesinado, con una fuerte tendencia a olvidarse del factor nacional ucraniano y otra tendencia aún más fuerte a afirmarse como un movimiento ruso (y rusificador de hecho).

Entre 1917 y 1920 la cuestión ucraniana es tal vez el problema nacional al que dedica Lenin una atención mayor, siempre en su doble aspecto: nacional y soviético, inseparablemente vinculados por él en su planteamiento para Ucrania. Su reflexión ucraniana es más detallada, por otra parte, dadas las debilidades del movimiento bolchevique en los dos campos políticos más importantes en este caso: el nacional, por su alejamiento de las reivindicaciones ucranianistas, y el social, por su desconexión y desconocimiento del campesinado. Dejando de lado los problemas relativos a esto último, pese a ser una clave indiscutible de la cuestión ucraniana, la política nacional de Lenin para dicho país puede resumirse en cinco puntos significativos:

1.—El primero se refiere a la cuestión de la independencia y de la unidad y viene repitiéndolo, aunque con matices diferentes como es obvio, tanto ante los gobiernos burgueses de la Rada como con respecto al poder soviético. Prácticamente en todos sus escritos sobre Ucrania acentúa la idea de que el gobierno soviético ruso «persiste» en reconocer la independencia de Ucrania y el carácter indiscutible de sus derechos nacionales. Junto a ello, Lenin mantiene la oferta de la unidad federativa, cargando las tintas en que desde Rusia se quiere la unidad —cuya necesidad y conveniencia son evidentes

¹³ Trotsky. *Stalin*, obra citada, pág. 382.

desde el punto de vista soviético—, pero que les corresponde a los ucranianos elegir las fórmulas que haya de revestir.

En las circunstancias de aquel momento, ese enfoque tenía todo el peso de la lógica más elemental. Pero comoquiera que la vida empujaba de hecho en otra dirección, hacia el avasallamiento del factor ucraniano, requería continuos ajustes. Ya desde los primeros meses de 1918 menudean los conflictos, los hechos consumados poco cuidadosos con la soberanía ucraniana, la desatención en suma de los factores nacionales ucranianos. Y esa inercia se ve favorecida por la circunstancia de ser un teatro importante de operaciones militares, por su decisiva importancia económica (tanto mayor cuanto más apretaba el hambre o la escasez de combustibles), por los hábitos antes mencionados de los bolcheviques locales, por una mayor presencia de lo ruso (debido al envío de soldados, organizadores, funcionarios, etc.). Por ello, a través de la obra escrita de Lenin puede seguirse una línea ininterrumpida y coherente de preocupación por corregir esas inercias, por combinar el apoyo y la «no ingerencia», por reiterar el reconocimiento de la soberanía ucraniana «en todas las formas posibles», por exigir unas pautas de conducta a fin de «eliminar todo roce»¹⁴, todo lo cual constituye, cuando menos, una prueba de sus intenciones e inquietudes.

2.—En el Lenin de este período hay una defensa al mismo tiempo, del aumento de la centralización en algunas materias vitales para conducir más eficazmente la guerra, como el transporte, los abastecimientos y el mando militar. Con un razonamiento plenamente basado en necesidades coyunturales evidentes, se empeña en llevar a cabo un plan que aúne la forma federal y la simplificación de órganos y funciones a fin de evitar su duplicidad, descoordinación, lentitud de ejecución, etc. Ese plan se tradujo en un acuerdo suscrito a mediados de 1919 entre las repúblicas soviéticas existentes —Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia y Crimea—, por

¹⁴ Esa preocupación se aprecia sobre todo en sus telegramas a Antonov, O.C., XL, cartas núms. 43 y 44.

el cual delegaban todo lo referente a las materias antes mencionadas en los órganos correspondientes de la república rusa (O.C.,XXXI,272 y 273).

El hecho de que en su pensamiento pudieran armonizarse o complementarse coherentemente preocupaciones de signo tan diverso, como este plan y las expuestas en el punto anterior, no elimina su carácter contradictorio realmente, ni tampoco elimina que la fórmula de centralización, sin duda requerida por la necesidad, en que se concretó —concentrando los poderes en manos rusas y sancionando la subordinación de hecho de las demás naciones— se convirtiera en una fuente casi permanente de problemas en la aplicación práctica de la política nacional.

3.—Lenin plantea la necesidad de la ucranización del partido bolchevique y de los órganos soviéticos de la nueva república ucraniana. Con un lenguaje terminante, propone la obligatoriedad de combatir la política de rusificación, consistente en «relegar a segundo plano la lengua ucraniana». Los bolcheviques deben orillar, dice, todos los obstáculos que se oponen al libre desarrollo de la lengua y cultura ucraniana; deben poner en práctica efectivamente el derecho de la población a estudiar en ucraniano y a usarlo ante todas las instituciones soviéticas; deben hacer del ucraniano la lengua de educación comunista de los trabajadores; tienen que adoptar medidas inmediatas para dotar a todas las instituciones de funcionarios que sepan ucraniano, así como para que todos los empleados lo sepan hablar en el futuro... (O.C.,XXXII,148).

Esa política fue sancionada con la autoridad de la VIII Conferencia del PCR(b), en diciembre de 1919; pero el dato de que fuera rechazada a su vez por la IV Conferencia del partido bolchevique ucraniano y tuviera que ser impuesta por la autoridad del comité central, acompañada de medidas disciplinarias (la disolución del comité ucraniano elegido por esa conferencia y la vuelta a Rusia de funcionarios «adictos» al chovinismo ruso), según cuenta Trotsky ¹⁵, es ilustrativo tan-

¹⁵ Trotsky. *Stalin*, obra citada, pág. 391.

to de su necesidad como de su fragilidad, pues reposaba en unos destinatarios que frecuentemente confundían su predisposición favorable al centralismo democrático con la exigencia de rusificación.

Hay que registrar en este asunto la preocupación expresa de Lenin porque el ejército rojo adoptase asimismo esa política de ucranización, pese a su carácter multinacional, mediante la colocación de traductores en todas las instituciones, la obligatoriedad de aceptar toda clase de solicitudes en ucraniano, etc. ¹⁶.

4.—La exigencia de un tratamiento diferenciado para las manifestaciones de chovinismo ruso y las del particularismo local. A diferencia de la moderación de sus intervenciones en el VIII Congreso respecto a esta cuestión, Lenin modifica su tono ahora cada vez que se refiere al chovinismo ruso, en correspondencia con las noticias que van llegando a su mesa de trabajo sobre graves errores de los bolcheviques tanto en Ucrania como en otras partes liberadas.

En la carta pública ¹⁷ que escribe a los obreros y campesinos ucranianos a finales de 1919, tras la victoria sobre Denikin, emplea un lenguaje grave y muy riguroso, dejando patente una vez más, dicho sea de paso, que no se limita a advertir los efectos políticos perjudiciales a corto plazo, sino que descalifica el chovinismo ruso a partir de la propia coherencia de los fundamentos comunistas:

«...nosotros, los comunistas rusos, debemos reprimir con extremo rigor la menor manifestación de nacionalismo ruso que surja entre nosotros, pues esas manifestaciones son una traición al comunismo, nos perjudican enormemente, separándonos de los camaradas ucranianos, y con eso hacen el juego a Denikin y a su política». (O.C.,XXXII,287).

¹⁶ Lenin, O.C., XL, carta núm. 173 (telegrama a Stalin).

¹⁷ Lenin, O.C., XXXII, págs. 280-288.

Casi en la posición extrema contraria a ese rigor sitúa Lenin en cambio el tratamiento a las manifestaciones del particularismo local. A fin de que no se olvide, pone siempre por delante sus causas de fondo, la desconfianza nacional que ha producido la opresión («...A través de los siglos ha ido acumulándose la indignación y la desconfianza de las naciones sin plenos derechos y dependientes hacia las naciones imperialistas y opresoras, de naciones como la ucraniana hacia naciones como la rusa»); y dicho esto, exige a continuación prudencia, paciencia y tolerancia con las manifestaciones de desconfianza nacional. Es preciso señalar, por otro lado, que tampoco tal actitud puede reducirse a una inquietud meramente táctica, de impulsar una política adecuada para consolidar el poder soviético ucraniano a corto plazo. Eso está presente como es obvio, pero junto a ello se encuentra una reflexión de mayor alcance sobre la perspectiva de unión sólida, voluntaria y consciente de las naciones soviéticas y las exigencias que requiere el caminar hacia dicha perspectiva. Este es uno de los pensamientos más característicos de Lenin a lo largo de toda su vida, pero ahora —en el poder— cobra un relieve mayor en la medida en que no es ya una utopía sobre el futuro y está ante la posibilidad de realizarlo en la práctica.

5.—En el caso ucraniano este asunto está vinculado en concreto a un enconado debate entre los propios bolcheviques y con sus aliados más próximos, los borotvistas ¹⁸, sobre el futuro nacional: «la cuestión de si Ucrania debe ser una República Soviética Socialista separada e independiente, unida a la R.S.F.S. de Rusia por medio de una alianza (federación) o debe fundirse con Rusia en una República Soviética única», dicho en palabras del propio Lenin.

Su intervención en ese debate, a primera vista indefinida y salomónica, es sin embargo, creo, una de las exposiciones más acabadas y maduras de su filosofía política, de su preocupación por integrar lo nacional y lo soviético en un proyec-

¹⁸ Los borotvistas se integraron en el Partido bolchevique a mediados de 1920.

to revolucionario único e inseparable. Sin esconder en absoluto su inclinación personal por una alianza federativa, de entre las tres opciones posibles, centra su razonamiento en determinar cuál es el terreno en el que los comunistas y sus aliados han de trabajar juntos, sin fisuras, a fin de asegurar el contenido revolucionario y soviético del régimen ucraniano. Garantizar tal contenido, colaborando estrechamente, uniendo sus fuerzas, es el terreno **común** de trabajo que exige de manera absolutamente indiscutible, según Lenin, el planteamiento revolucionario.

Junto a ello señala el campo donde, por el contrario, caben las diferencias de opinión: la cuestión de la independencia estatal de Ucrania. A este respecto Lenin muestra una visión amplia, flexible, abierta. Asegurada la victoria de la revolución ucraniana, dice, se pueden experimentar las más diversas fórmulas:

«Sean cuales fuesen las fronteras de Ucrania y Rusia, sean cuales fuesen las formas de sus relaciones como Estados, no son cosas tan importantes; en esto se pueden y deben hacer concesiones, se puede ensayar esto, aquello y lo otro; la causa de los obreros y campesinos, lo causa de la victoria sobre el capitalismo no sucumbirá por ello.» (O.C.,XXXII,287).

La invasión de Polonia

Tras la caída de Alemania, en el otoño de 1918, Polonia se constituyó como un Estado soberano. Nacía con un territorio indefinido en tanto no se resolvieran las nuevas fronteras de Alemania y se clarificara la desintegración del imperio austríaco multinacional; pero en el ambiente polaco de la época, tanto en los medios de izquierda como en los de la derecha, predominaba la aspiración a restablecer por lo menos las fronteras de 1772 que incluían una parte considerable de Lituania, Bielorrusia y Ucrania. Pese a su indefinición territorial, Polonia contaba con todos los favores de las potencias

aliadas vencedoras que en ese momento pretendían formar unos Estados-tapón antialemanes y antibolcheviques.

La República soviética rusa se apresuró a reconocer la independencia de Polonia, haciendo gala ostensiblemente de su renuncia al patrimonio territorial zarista, devolvió las riquezas culturales polacas robadas por los zares y proclamó su deseo de establecer una política de buena vecindad ¹⁹. Esto último, empero, era un propósito bien difícil de estabilizar, dado el designio de las potencias occidentales de convertir a los nuevos Estados limítrofes con la República Soviética en plataformas de operaciones militares antibolcheviques.

A primeros de 1920, tras fracasar el intento de utilizar a los Estados bálticos con ese fin, abundan los presagios de que Polonia, alentada y armada por Francia, está buscando la guerra con un doble objetivo: a) modificar favorablemente sus fronteras territoriales a costa de Lituania, Bielorrusia y Ucrania, y b) sumar su fuerza militar a las tropas «blancas» anti-soviéticas, combinando su ataque con la ofensiva del general zarista Wrangel que avanza desde Crimea. Ese plan de guerra descansa en unos acuerdos a dos bandas, de Pilsudski con el ucraniano Petlura y de Pilsudski con Wrangel, con el imperialismo francés como instigador último de ambas operaciones.

La primera reacción de Lenin ante esta amenaza es la de hacer todo lo posible para evitar una nueva guerra, habida cuenta de que el país soviético está exhausto y arruinado tras haber concluido recientemente las campañas militares contra los principales ejércitos «blancos» (los de Kolchak, Denikin y Yudenich). Propone por ello una paz con fuertes ventajas territoriales para Polonia que no será aceptada por el régimen de Pilsudski ²⁰. Pero cuando al fin se impone la guerra unilateralmente y las tropas polacas invaden (a finales de abril) Lituania, Bielorrusia y avanzan hacia Kiev, todo el esfuerzo soviético se concentra en repeler el ataque. El signo de la gue-

¹⁹ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, págs. 305 y 306.

²⁰ Lenin. O.C., XXXIII, 262 y ss.

rra cambia muy rápidamente. A mediados de junio se recupera Kiev y se inicia una ofensiva del Ejército Rojo que en poco más de un mes libera todo el territorio ocupado, atraviesa las fronteras de Polonia y el 11 de agosto se sitúa ante las puertas de Varsovia. Pero a los pocos días, sin embargo, tendrá que retirarse a marchas forzadas, ante la contra-ofensiva polaca, hasta unas posiciones un poquito más favorables que al comienzo de las hostilidades.

La decisión de la invasión de Polonia, continuando la ofensiva más allá de las fronteras bielorrusas, lituanas y ucranianas, fue un asunto muy controvertido en la cúpula del partido bolchevique y se adoptó —en contra de la opinión de líderes tan cualificados como Trotsky ²¹, Stalin o el polaco Radek— por el enorme peso y autoridad de las posiciones de Lenin.

En opinión de Lenin, dicha intervención se justificaba en un triple plano. En primer lugar, por la legitimidad de una operación de castigo a gobiernos, como el polaco, que admitían servir de plataformas de agresión militar al régimen soviético. La guerra, por tanto, no era contra Polonia, sino contra el «instrumento» de las potencias imperialistas y ya había advertido, en sus discursos del VIII Congreso del PCR(b) un año antes, que las relaciones de buena vecindad y de alianza voluntaria entre las naciones no excluían la guerra para esos casos en absoluto.

En segundo lugar, Lenin planteaba la invasión como una guerra de liberación de Polonia y de apoyo al establecimiento de un régimen soviético polaco, fundándose en una apreciación equivocada sobre la correlación de fuerzas interior de la propia sociedad polaca. Así pues, en la declaración de guerra y en toda la propaganda se subrayaba una y otra vez el reconocimiento de la independencia polaca. Y junto a ello, que la intervención del Ejército Rojo no venía motivada por una guerra de conquista sino por la intención de ayudar a los obre-

²¹ Trotsky se refiere a este acontecimiento en *Stalin*, obra citada, pág. 483, y también en su autobiografía *Mi vida*.

ros y campesinos polacos a derrocar a las clases explotadoras de su país.

En tercer lugar, estaba presente una intencionalidad internacionalista, tan inequívoca como audaz, basada en la creencia de que las victorias del ejército rojo y la instauración de una república soviética polaca podrían acelerar los ritmos de la revolución europea, con lo que ponía de relieve, asimismo, una apreciación excesivamente optimista de la crisis del capitalismo occidental en ese momento posterior al desenlace de la guerra mundial.

En la medida en que no implicaba una invasión «conquistadora» del más fuerte, ni reflejaba tampoco un acceso de chovinismo ruso contra la nación polaca (O.C., XXXIII, 232), el planteamiento de Lenin no chocaba frontalmente con los criterios fundamentales de la política nacional bolchevique. Pero sí los ensombrecía de modo notable. Contradecía, por de pronto, anteriores declaraciones de Lenin y del gobierno soviético mediante las cuales habían afirmado y razonado persistentemente la voluntad de **no** implantar el comunismo en territorio polaco «con las bayonetas de los soldados del ejército rojo»²². Pero, trascendiendo al caso concreto de Polonia, restaba credibilidad a una línea de pensamiento de Lenin que hasta entonces había acentuado la cautela, la no ingerencia, la no imposición de la fuerza a otros pueblos, etc. Y dado que la intervención en Polonia correspondía a un momento en el que la república soviética rusa ya disponía de una seria fuerza militar, añadía por ello una nota inquietante a su política exterior. Como si ésta se guiara por motivos similares en el fondo a los de una potencia.

La valoración retrospectiva de Lenin sobre este asunto²³

²² Sobre las declaraciones de la diplomacia soviética, puede consultarse E.H. Carr, obra citada, tomo 3, págs. 172 y ss.

²³ La primera valoración es de junio de 1920. O.C., XXXIII, págs. 262 a 267. Más tarde volverá sobre ello en septiembre y octubre del mismo año (XXXIII, 405 a 409 y 441 a 453, respectivamente), repitiendo lo mismo en otras posteriores. Por otra parte, concuerda con todas ellas el testimonio de Clara Zetkin sobre su conversación con Lenin acerca de este asunto. Clara

resulta francamente insatisfactoria, en tanto en que no recoge ese tipo de problemas, ni reconsidera expresamente siquiera el error de sus apreciaciones sobre la situación interna polaca o sobre las expectativas revolucionarias en la Europa occidental.

Tal vez demasiado presionado por la coyuntura interna y externa de la revolución soviética —extremadamente delicada entonces y también durante los años siguientes de su vida—, o, dicho de otra forma, tal vez obligado por la conveniencia de hacer una lectura «positiva» de los acontecimientos, el caso es que Lenin subraya de modo unilateral las ventajas de aquella operación militar, pese a su aparente fracaso, y habla poco o nada de sus inconvenientes.

No le falta razón, por ejemplo, cuando resalta el valor **disuasorio** de la ofensiva del ejército rojo —su capacidad militar de devolver los golpes— para los países vecinos desde los que pueden operar las potencias occidentales y para que la misma Polonia no vuelva a embarcarse otra vez en una guerra antisoviética. Ni tampoco le falta razón cuando menciona la simpatía que levantó en los medios proletarios de la Europa occidental la ofensiva del ejército rojo. Pero, dejando de lado esos aspectos, está muy lejos de apurar una reflexión rigurosa sobre las causas de la retirada bolchevique tras su brillante ofensiva. Apunta, eso sí, «la ola de patriotismo polaco» como una de sus causas fundamentales, pero lo hace sólo de pasada, sin detenerse a reflexionar sobre el error de haber subestimado en ese caso el peso de los factores nacionales (máxime cuando una característica casi inherente al patriotismo polaco era el sentimiento nacional anti-ruso), sin extraer de ahí expresamente una lección más general a fin de reforzar las preocupaciones sobre la política nacional que venía afirmando desde 1914. Por consiguiente, este episodio debe considerarse, creo, como una laguna clara en su trayectoria política. Aunque no tanto por el hecho en sí de la interven-

Zetkin y otros, *Recuerdos de Lenin*. Editorial Fundamentos. Madrid 1977, págs. 17 a 22.

ción, discutible en cualquier caso dadas las circunstancias, sino por la insatisfactoria reconsideración que hace de ella y por los silencios sobre sus aspectos más problemáticos ²⁴.

Los países bálticos

Las cuatro naciones bálticas no plantean conflictos significativos a la república soviética rusa, si bien sus relaciones atraviesan diversas alternativas durante este tiempo.

Tras un período de tensas relaciones, el régimen finés victorioso de su propia guerra civil (y que ha llevado a cabo una escabechina de «rojos» ²⁵) evoluciona hacia una coexistencia pacífica con los bolcheviques, más tarde sancionada mediante un tratado de paz en 1920.

Estonia y Letonia tendrán un desenlace similar, aunque durante todo 1918 llegaron a mantener sendos regímenes soviéticos aliados con la R.S.F.S.R. que sucumbieron ante la amenaza de la flota naval inglesa en enero y junio de 1919 respectivamente. Bajo el patrocinio inglés se instalaron unos gobiernos burgueses en ambos países. Al negarse a convertir su territorio en una plataforma de guerra antisoviética, ambos gobiernos sentarán un precedente muy positivo para el régimen soviético ruso.

En enero de 1920 se firma un tratado de paz con Estonia, al cual Lenin concede una gran importancia. Ve en este tratado un modelo de relaciones de buena vecindad y de coexistencia pacífica entre un Estado grande y soviético como el ruso y los pequeños países bálticos de régimen democrático-burgués. Simboliza, además, gráficamente, la renuncia bolchevique a la propiedad territorial del zarismo. Destaca también su valor político-económico, pues permite romper el blo-

²⁴ Habría que añadir a todo ello el problema, más complejo de determinar, de las repercusiones negativas entre los bolcheviques de esos silencios.

²⁵ G.D.H. Cole, habla de unos 15.000 muertos a manos del terror «blanco» y de miles de personas encerradas en los campos de concentración. Obra citada, tomo VI, págs. 76 y ss.

queo diplomático y comercial que estaban imponiendo las potencias occidentales a la Rusia soviética ²⁶. Los tratados firmados ese mismo año con Finlandia y Letonia seguirán el modelo estoniano.

Lituania, por último, aunque atravesó unas vicisitudes algo diferentes (debido a los intentos del gobierno polaco de ocupar una parte de su territorio), también estabilizó un régimen democrático-burgués y firmó un tratado de paz, siguiendo ese modelo, en 1920.

Crimea

Tras la retirada alemana, las riberas del Mar Negro quedan bajo el dominio de las potencias occidentales aliadas, quienes llegan a concentrar allí unos 300.000 soldados. Bajo su protección se implanta en Crimea un gobierno exclusivamente ruso, sin presencia tártara alguna, formado por antiguos miembros del partido Kadete, cuya duración es breve. En marzo de 1919, dicho gobierno queda desamparado, tras el abandono de los ejércitos franceses de aquella área. Y dos meses después resulta derrocado por las fuerzas soviéticas. El gobierno soviético que le sucede aún es más efímero, pues el 29 de junio es a su vez derrocado por Denikin, cuyas tropas ocupan toda Crimea.

Pese a su corta duración este gobierno soviético trata de corregir los errores cometidos por el primer gobierno soviético crimeano en 1918. Por ello, se manifiesta cuidadoso de no herir la susceptibilidad musulmana, permite la reaparición de los periódicos tártaros de orientación nacionalista e integra en el equipo de gobierno a algunos tártaros de la fracción de izquierda del partido nacional *Milli Farka*. Su política queda revalorizada en los meses posteriores, cuando se contrasta inevitablemente con la de Denikin que prohíbe el *Milli Farka*, cierra todos los periódicos tártaros y requisa hasta la tipogra-

²⁶ Lenin, O.C., XXXII, 335.

fía de un periódico tan moderado como el *Terguman* de Gasprinski.

Desde enero de 1920 Crimea está ocupada por las tropas de Wrangel, quien intenta rectificar de algún modo los errores de su predecesor y trata de ganarse a los sectores tártaros mediante promesas de una autonomía religiosa y cultural.

En octubre del mismo año, tras la victoria del ejército rojo sobre Wrangel, se instaura de nuevo la República Soviética Socialista de Crimea. Ahora goza de un status autónomo dentro de la R.S.F.S.R., manteniéndose la alianza de una parte del Milli Farka y los bolcheviques e incorporándose en algunos casos al partido bolchevique. Con todo, las cifras que aportan Bennigsen-Quelquejay sobre el número de militantes tártaros en el partido bolchevique, 192 de un total de 5.875 en 1922, da una idea de la precariedad nacional (tártara) del poder soviético crimeano ²⁷.

El Cáucaso

En el comienzo de la guerra civil, verano de 1918, la mayor parte del Cáucaso quedó fuera del área soviética, bien bajo la ocupación directa de tropas «blancas», como sucedió en el Dagestán y el Cáucaso Norte, bien bajo regímenes propios hostiles a los bolcheviques a la sombra de Alemania (Georgia) y Turquía (Azerbaijan), con la sólo excepción de la Comuna de Bakú, cuyo régimen soviético sucumbió en septiembre de 1918 ante la amenaza de invasión turca ²⁸.

Al terminar la I guerra mundial con la derrota de Alemania y Turquía, la hegemonía en el área del Cáucaso quedó en manos de los británicos, quienes se convirtieron en «protectores» del gobierno nacional georgiano controlado por los

²⁷ A. Bennigsen y otros. *Asia Central*, obra citada, pág. 195.

²⁸ Los 26 comisarios soviéticos de aquella Comuna, entre los que se encontraba Shaumian, el colaborador de Lenin en los asuntos nacionales, fueron asesinados entonces con el beneplácito, según parece, de las autoridades militares británicas.

mencheviques. Por otra parte, se estableció un gobierno armenio, bajo la dirección del partido *dasnhako*; mientras que en la vecina Azerbaijan continuó en el poder el partido *Musavat*. Esa situación se mantuvo a lo largo de 1919, esto es, mientras no cambió el signo de la guerra civil y permaneció la presencia británica. Pero el panorama del área se modificó drásticamente a finales de ese mismo año al producirse la derrota de los ejércitos de Denikin y Kolchak y retirarse Gran Bretaña del Cáucaso.

Hasta ese momento se encuentran escasas referencias en los escritos de Lenin sobre el Cáucaso. Y las más de ellas para destacar sólo dos aspectos: por un lado confirmando el reconocimiento de la independencia de los tres países transcaucásicos por parte del régimen soviético y, en segundo lugar, descalificándolos por ser unos Estados ficticios, carentes de vida independiente real y mantenedores de unas relaciones de vasallaje respecto a las potencias imperialistas.

A comienzos de 1920 el ejército rojo inicia una operación de limpieza sobre las bolsas de tropas blancas del ejército de Denikin que permanecen en el Dagestán y el Cáucaso Norte. Dicha operación culmina con el restablecimiento de los soviets en esos territorios.

La correspondencia secreta de Lenin con el mando militar revela que Lenin sigue con atención los acontecimientos, extremando sus consejos para que se practique una política de buena voluntad con la población musulmana, pero asumiendo plenamente la necesidad de las operaciones de guerra en esas zonas ²⁹.

Poco después, en abril, tiene lugar asimismo un levantamiento comunista en Bakú (donde por cierto el partido co-

²⁹ Lenin. O.C., XL, carta núm. 179 (telegrama a Ordzhonikidze). Dice así: «Una vez más le pido que actúe con cautela y muestre la máxima buena voluntad hacia los musulmanes, sobre todo al entrar en Dagestán. Demuestre por todos los medios, y en la forma más enfática, simpatía hacia los musulmanes, hacia su autonomía, independencia, etc. Informe más exacta y frecuentemente sobre la marcha de las cosas».

Eslavos	3.183.870	34,26%
Turco-tártaros	1.879.908	20,22%
Georgianos	1.350.275	14,53%
Armenios	1.118.094	12,02%
Otros caucásicos.....	1.088.094	11,71%
Iranios	418.055	4,49%
Germanos.....	57.502	0,61%
Otros pueblos arios	123.891	1,32%
Judíos	46.739	0,49%
Mogoles	14.812	0,15%
Fineses.....	7.422	0,07%
Otros	408	
TOTAL	9.289.364	

20. *Distribución de la población del Cáucaso por nacionalidades, según el censo de 1897.*

munista azerbaijano acababa de ser legalizado), que logra derribar al *Musavat* del poder y apela a la ayuda rusa, la cual ya estaba preparada de antemano siguiendo las instrucciones de la dirección bolchevique para toda el área transcaucásica ³⁰.

Por diversos motivos, la necesidad de liquidar las bolsas «blancas», por la consideración ya mencionada de la posibilidad de hacer la guerra a los «instrumentos» de las potencias imperialistas, por la importancia vital de algunos recursos estratégicos de aquella zona (como el petróleo de Bakú), por la propia interrelación de esos países en materia de comunicaciones, etc., todo parece indicar que durante esa primavera

³⁰ Lenin. O.C., XL, carta núm. 178 (Telegrama a Smilga y Ordzhonikidze). «Es extraordinariamente necesario para nosotros tomar Bakú. Concentren todos sus esfuerzos para lograr ésto; deben ser particularmente diplomáticos y asegurar al máximo la preparación de un firme poder soviético local. Lo mismo en lo que respecta a Georgia, aunque allí aconsejo proceder con mayor prudencia aún...».

de 1920 los bolcheviques y el propio Lenin habían madurado ya la idea de implantar allí el régimen soviético. Así lo confirma el cruce de cartas y telegramas entre el mando militar del Cáucaso y Lenin por esas fechas. Pero los hechos ocurrirán sin embargo de una forma más confusa y nada lineal, cuestionando en cierto modo la idea de la existencia de un plan muy perfilado y descubriendo por el contrario algunas vacilaciones importantes acerca de dicho plan.

En mayo de 1920, nada más instaurada la República Soviética Socialista de Azerbaiján, se manifiesta por de pronto una contradicción o descoordinación notoria entre el mando militar del Cáucaso y la dirección bolchevique. Mientras que esta última ha iniciado conversaciones con el gobierno georgiano y está sondeando las posibilidades de acordar un tratado de paz, las tropas bolcheviques están prestas para penetrar en Georgia y ocupar su capital, Tiflis. El asunto se dirige con la retirada del ejército rojo, al que se prohíbe terminantemente «autodeterminar a Georgia» según especifica la nota del buró político del comité central bolchevique ³¹, y, poco después, con la firma de un Tratado de Paz.

El por qué de esa marcha atrás es una cuestión controvertida. Ha de tenerse en cuenta que entonces se desencadena la ofensiva polaca, la cual exigía por su alcance concentrar allí el mayor esfuerzo militar posible y desaconsejaba abrir nuevos frentes de guerra, tal como apunta E.H.Carr.

Pero pienso que también influye en ese parón la duda de si no podrían establecerse con Georgia y Armenia unas relaciones de buena vecindad como con los países bálticos. Esta duda persiste en Lenin, aún después de haberse resuelto la guerra con Polonia —como lo prueba su carta a Stalin, del 13 de noviembre de 1920, requiriéndole su opinión al respecto («¿Cree vd. posible un arreglo pacífico de las relaciones con Georgia y Armenia, y sobre qué base?»)—, ya que proviene de una preocupación más general y constante en el Lenin de

³¹ Lenin. O.C., XL, telegrama a Ordzhonikidze del 4 de mayo (carta núm. 183), así como las notas 43 y 44 de la Editorial (pág. 446).

1920: su deseo de no embarcar al poder soviético en nuevas guerras, mientras no fueran absolutamente necesarias, a fin de poder dedicar todas las fuerzas a la tarea de la recuperación económica. Y en este caso concreto está relacionada además con la incertidumbre de qué podría generar allí una intervención soviética, dada la debilidad manifiesta de las fuerzas probolcheviques y la relativa consolidación de los partidos gobernantes.

Llama la atención, por otra parte, la contradicción notoria entre los escritos de Lenin y el desarrollo real de los hechos. De los escritos de Lenin acerca de este asunto se deduce un pensamiento vacilante, una posición de prudente espera a ver cómo van evolucionando los acontecimientos; y, en cualquier caso, no se confirma la idea de un plan perfectamente definido e inevitable. Creo que influye en esa postura cautelosa, abierta, la falta de información suficiente sobre un área tan distante geográficamente, tan cargada de animosidades nacionales internas, así como la carencia de un diagnóstico claro de la situación ³². Mientras que los hechos reales, por el contrario, alientan la idea de que el mando militar está a la espera del momento **propicio** en que su intervención pueda ser más conveniente o menos problemática, pues eso es lo que sucedió en Armenia primero, a finales de 1920, y unos meses después, ya en 1921, en Georgia.

Una muestra palpable de esa contradicción se pone de relieve en el asunto de Armenia. El 21 de noviembre Lenin defendía la posición de «mantener la paz sobre la base actual» ante la conferencia del partido bolchevique de Moscú (una conferencia orientada fundamentalmente ya a los problemas de la recuperación económica), haciendo todo lo posible para no entrar en una nueva guerra, aunque sin descartarla de modo absoluto. Aún más. Una resolución política del 27 de noviembre, preparada por Lenin, decidía adoptar «una polí-

³² Esa carencia se pone de relieve en el discurso de Lenin, durante la conferencia del partido bolchevique de Moscú, el 21 de noviembre de 1920. Lenin, O.C., XXXIV, 119.

tica conciliadora al máximo» con Armenia y Georgia, «que tienda sobre todo a evitar la guerra», y excluía el plantearse como objetivo el emprender una campaña (militar) contra Armenia y Georgia... Tres días más tarde, sin embargo, se instauraba el poder soviético en Armenia.

La soviétización de Armenia fue un hecho derivado de la intervención del ejército rojo, una fuerza exterior a la propia sociedad armenia. Aunque tuvo su momento «**propicio**». Poco tiempo antes, toda Armenia había quedado de nuevo invadida por los ejércitos turcos y el gobierno nacional dasnhako (que reivindicaba la Gran Armenia y por tanto la reintegración nacional de la parte turca en un único país ³³) había sido derrocado. Ese será el momento «propicio». Cuando yacen bajo el yugo turco y se reaviva la memoria de una historia cargada de las horribles matanzas sufridas por el pueblo armenio a manos de los turcos, entonces es el momento elegido para la intervención y para que ésta adopte la forma de una respuesta solidaria a la petición de ayuda reclamada por los sectores prosoviéticos minoritarios de Armenia.

La soviétización de Armenia tenía por consiguiente un carácter ambivalente: en parte impuesta por una fuerza exterior, en parte aceptada como una fuerza protectora frente al enemigo nacional tradicional (los turcos). Pero, en cualquier caso, la república soviética allí instaurada no descansará, como en Bakú, sobre la base de un importante sector de la población que hubiera luchado por la conquista de un régimen soviético para su propio país ³⁴.

³³ La nota editorial carga las tintas, creo, en acentuar el carácter perturbador de las reivindicaciones del partido dasnhako y afirma que fueron los armenios quienes provocaron la guerra con Turquía. Lenin, O.C., XXXIV, nota 18, pág. 466.

³⁴ Tras el impacto de la instauración del régimen soviético en Bakú y Azerbaijan, hubo un levantamiento campesino y bolchevique en mayo de 1920, pero fue sofocado fácilmente por el Gobierno armenio dasnhako. Según E.H. Carr, los sectores pro-bolcheviques tenían escasa fuerza e implantación en la sociedad armenia, aunque había bastantes comunistas armenios fuera del territorio nacional. Obra citada, tomo 1, págs. 365 y 366.

Por paradójico que resulte, ese problema no parece angustiar demasiado al Lenin de ese momento. Diríase, por el contrario, que manifiesta una confianza ilimitada en la capacidad del poder soviético para «armenizarse», en la posibilidad de ganar rápidamente una sólida base de apoyo social entre la mayoría de trabajadores y campesinos pobres. Y tal vez condicionado por ese optimismo pone sordina a sus reflexiones de otros momentos sobre lo problemático de ese tipo de situaciones.

Mirando al oriente

Desde 1919 se observa una mejor atención de Lenin hacia los problemas prácticos y teóricos de la política nacional en las zonas orientales del antiguo imperio ruso; unas zonas que viven todavía en condiciones medievales, que apenas cuentan con una estructura de clases moderna, pues las más de ellas carecen de burguesía y proletariado propiamente dichos, y donde la revolución adquiere por tanto una especificidad innegable. En su mayor interés por dichas zonas influyen las propias vicisitudes de la guerra civil que está teniendo allí un desarrollo favorable y la percepción por su parte de la importancia de los factores nacionales en tal desenlace. Lenin es consciente de que una de las claves de la guerra está siendo el desplazamiento hacia la izquierda y hacia la alianza con el régimen soviético de los movimientos nacionales musulmanes (o de una parte importante de ellos al menos). Y reconoce asimismo la trascendencia de ese acontecimiento para el desarrollo de la revolución soviética, tanto en lo relativo a la consolidación interna de los regímenes soviéticos que van instaurándose en dichas áreas conforme quedan liberadas, como por su proyección exterior hacia los países asiáticos vecinos cuyas condiciones de vida, cultura, etc., son bastante similares.

El momento inicial de esta reflexión tiene lugar en el II congreso de organizaciones comunistas musulmanas de los pueblos de oriente, celebrado en Moscú en noviembre de

1919, donde Lenin trata de esbozar una línea de orientación general para las particularidades del movimiento revolucionario en dichos países ³⁵.

Ante los asistentes a ese encuentro traza un cuadro de las expectativas internacionales de la revolución subrayando la idea de la interpenetración de la revolución socialista en los países occidentales y más desarrollados con la lucha antiimperialista de los pueblos y colonias orientales (un punto de vista que ya había expuesto en sus escritos sobre el imperialismo de años anteriores). Su planteamiento a este respecto es en parte tradicional y en parte innovador. Defiende la preeminencia de las revoluciones socialistas occidentales para la victoria final del comunismo en todo el mundo y afirma, al mismo tiempo, la mutua dependencia entre el oriente y el occidente. De manera que el occidente consolidará las revoluciones rusa y orientales y, a su vez, las revoluciones occidentales no podrán triunfar sin las luchas de oriente.

Pero tal vez lo más significativo de ese cuadro es la consideración de que ambos aspectos confluyen de una manera particular en la propia experiencia que se está desarrollando en el territorio del antiguo imperio ruso. Y, junto a ello, el hecho relevante, nuevo en la historia moderna, de que unos pueblos atrasados en combinación con la ayuda soviética (rusa) estén obteniendo resonadas victorias militares sobre ejércitos equipados por las mayores potencias imperialistas.

Tales observaciones pretenden enmarcar el punto nodal de su reflexión: la complejidad y las dificultades de la revolución en el oriente. Su peculiaridad estriba en que se trata de países sin una estructuración ni siquiera mínimamente capitalista, con una mayoría de población campesina e incluso nómada que vive bajo sistemas muy arcaicos y donde en consecuencia, dice, «la tarea no es luchar contra el capitalismo, sino contra las supervivencias medievales».

Si bien Lenin no adelanta mayores cosas en ese momento

³⁵ El discurso completo de Lenin en O.C., XXXII, págs. 133 a 144.

acerca de las vías que había de seguir la revolución en tales países, enfatiza al menos la necesidad de adaptar a sus condiciones específicas la teoría y la práctica generales del comunismo, consciente de que están pensadas en principio desde y para otras situaciones más desarrolladas económica y socialmente. De acuerdo con ello, subraya el hecho de que ningún libro de teoría comunista contiene las soluciones a los problemas que deben afrontar los revolucionarios de dichos países y anima a los comunistas musulmanes a emprender un camino propio, a buscar la resolución de los problemas en el desarrollo de su propia experiencia.

Pese a no avanzar más elementos, establece un sólido punto de partida cuando plantea la posibilidad de traducir «la auténtica doctrina comunista» al idioma y las condiciones de cada pueblo independientemente del nivel atrasado en que se encuentren. Y también apunta un norte claro de orientación: la voluntad de hacer unas revoluciones nacionales que no se detengan en la liberación de los pueblos orientales de la dependencia exterior, pero manteniendo sus viejas clases dominantes o sustituyéndolas por otras nuevas, sino que les libere también de la existencia misma de clases dominantes. Aparte de formular cuál ha de ser el instrumento básico de esa orientación, dar el protagonismo mayor posible al pueblo pobre y trabajador, Lenin prevé que las revoluciones orientales por otro lado «tendrán que apoyarse en el nacionalismo burgués que está despertando y tiene que despertar en esos pueblos y que tiene una justificación histórica».

Lenin madura y desarrolla estas cuestiones con ocasión del II Congreso de la III Internacional ³⁶, donde, entre otros

³⁶ El II Congreso de la III Internacional se celebró en Moscú durante el verano de 1920, en medio de un ambiente eufórico debido al avance soviético sobre Polonia que se da por esas fechas. En realidad fue el congreso constituyente de la Internacional comunista. En él se aprobaron los estatutos, las condiciones de admisión a dicha Internacional, así como diversas resoluciones sobre la línea sindical, parlamentaria, agraria, nacional, etc. Sus documentos y resoluciones están recogidas por la Editorial Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 43, con el título «Los cuatro primeros congresos de la In-

asuntos, hace una reflexión más general sobre las bases fundamentales que habrían de caracterizar la política nacional y colonial de todos los partidos comunistas. Dentro de esa reflexión, la parte más significativa y nueva es precisamente la que se refiere a los países atrasados del oriente, enunciada en la undécima de sus *Tesis sobre la política nacional y colonial*.

El núcleo de su aportación a este respecto se concentra en la diferencia de una línea de acción que asegure unos procesos revolucionarios **a la vez nacionales y soviéticos**, aplicando por tanto la misma orientación que ha defendido para los países occidentales (y más avanzados) del antiguo imperio ruso. Dicho de otra forma, su preocupación predominante sigue siendo pues, también en el oriente, la de precaverse de impulsar unas revoluciones limitadas a un contenido nacional antiimperialista que pudieran consolidar unas burguesías nacionales y la perpetuación de un sistema de explotación. También para el oriente le resulta insatisfactorio cambiar meramente de aros y apunta hacia la desaparición de aquellos.

La insistencia en esta preocupación responde en ese momento, además, a una necesidad coyuntural, a la intención de liberada de corregir las primeras manifestaciones embrionarias de una desviación que acaba de despuntar en las organizaciones comunistas musulmanas ³⁷: la tendencia a acentuar **la solidaridad de todos los nativos** como una peculiaridad fundamental de la revolución en las colonias y pueblos atrasados.

Para Lenin, la clave del problema de la revolución en los pueblos orientales está en afirmar la posibilidad de que en cualquier país —por más atrasado que se encuentre— pueden

ternacional Comunista». Primera Parte, México (1977). Una amplia documentación sobre la actuación de Lenin en dicho congreso en sus Obras Completas, tomo XXXIII, págs. 291 a 399.

³⁷ En el III congreso de las organizaciones comunistas musulmanas, celebrado en enero 1920, alcanzan cierta notoriedad pública por primera vez esas ideas, que luego cogerán bastante vuelo en la obra de Sultán Galiev y otros líderes musulmanes. Este tema ha sido estudiado por Bennigsen-Quejquejay en «*Les mouvements nationaux...*», obra citada, segunda y tercera parte especialmente.

aplicarse los principios básicos del sistema soviético, si bien como es lógico el régimen soviético habrá de adaptarse a las condiciones precapitalistas de su estructura social. Dicho sea de paso, recupera así la vieja tesis de Marx, apuntada en la correspondencia de sus últimos años con los populistas rusos, sobre la posibilidad de que los países atrasados pudieran emprender el tránsito hacia el comunismo sin necesidad de pasar por la etapa de desarrollo capitalista (O.C.,XXXIII,366)

El complemento táctico de esa tesis es la defensa de una perspectiva de alianza «temporal» con el movimiento nacional democrático burgués. Aunque debe señalarse que el grueso de las orientaciones contenidas en su tesis 11 van en otra dirección, en la vía de afirmar una línea de trabajo entre los sectores más pobres y explotados de la sociedad para construir un movimiento popular revolucionario que luche contra sus clases dominantes y también contra el movimiento democrático-burgués dentro de sus propias naciones (O.C.,XXXIII,291 a 298). De esta forma Lenin anticipa en buena medida la línea de liberación nacional y social que desarrollarán posteriormente Mao Tsetung y Ho Chi Min.

Aparte de reflejar bien su pensamiento, cifrado en la integración de la lucha nacional en una estrategia efectivamente revolucionaria y emancipadora en todos los órdenes, esas orientaciones suponen además una advertencia correctora respecto a la desviación antes mencionada. De tal suerte que incluye, en uno de los apartados de su tesis 11, una denuncia política de las corrientes del movimiento popular de los países atrasados que adoptan un «ropaje» revolucionario y comunista cuando en realidad no van más allá de los contenidos democrático-burgueses de la liberación nacional. Para Lenin cada cosa debe estar en su sitio. Y si bien admite una colaboración con el movimiento democrático-burgués en la lucha nacional, sabiendo cada parte donde está la otra, no transige con la desnaturalización y confusión del sector más revolucionario del movimiento popular «aunque se halle en sus formas más embrionarias» (O.C., XXXIII,296)

El énfasis con que defiende esta línea responde, creo, a

una de las observaciones más arraigadas en el Lenin que reflexiona sobre los fenómenos nacionales y sobre su conexión con la perspectiva de una revolución emancipadora: la idea de las dos naciones que hay dentro de cada nación, la nación de los pudientes y la nación de los desposeídos; y cómo esa realidad lo impregna todo, incluidos los movimientos de liberación nacional, tanto en los países más avanzados como en los más atrasados. De ahí que predomine en su pensamiento, por encima de cualquier otra cosa, la preocupación por **concretar** los problemas nacionales de acuerdo con la especificidad de cada estructura social y por **distinguir** los intereses de las clases más explotadas dentro de cada nación. Con respecto a esto último Lenin exige distinguir esos intereses del «interés nacional», puesto que el concepto de intereses nacionales —según dice— incluye también y de manera preferente los intereses de las clases dominantes (O.C.,XXXIII,292)

Hay que señalar, por otra parte, el carácter todavía demasiado general de sus orientaciones para los países orientales, pues en realidad no define más que la voluntad de emprender el camino de su transformación revolucionaria, así como algunos criterios básicos para esa andadura. El mismo Lenin revela indirectamente una conciencia del alcance aún limitado de sus tesis cuando anota la observación de que la esencia del problema está en la necesidad de reflexionar y buscar respuestas concretas que permitan adaptar las instituciones soviéticas y el partido comunista a unas condiciones sociales precapitalistas (O.C.,XXXIII,388)

En el transcurso del congreso las posiciones de Lenin quedaron contrastadas con unas «tesis complementarias» presentadas por el comunista indio M.N. Roy ³⁸, cuyo texto ofrecía dos novedades. La primera, relativa al papel del oriente en la revolución internacional (tesis 2,3 y 4), subrayaba la idea de un desplazamiento de la revolución al oriente, basándose en

³⁸ Estas «tesis complementarias» de M.N. Roy, están recogidas en la recopilación *El marxismo y Asia* de S. Schram y Hélène Carrère d'Encausse. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires (1974), págs. 168 y ss.

el razonamiento de que las burguesías occidentales —mientras se mantuviera el sistema imperialista mundial— podían anular la revolución proletaria en sus respectivos países mediante la redistribución de las plusvalías arrancadas a las colonias; de ello deducía que la tarea fundamental de la Internacional Comunista debía ser la destrucción de los imperios coloniales en el oriente ³⁹. La segunda consistía en la exclusión de la alianza con el movimiento democrático burgués nacional.

Para Roy, era preciso distinguir dos movimientos incompatibles entre sí en las naciones y colonias del oriente: el movimiento que pretendía la independencia política bajo un orden burgués y el movimiento de los campesinos y desposeídos que luchaban por emanciparse de todo tipo de explotación; a este respecto la tarea más importante de la Internacional era, por consiguiente, según Roy, la organización y desarrollo de los explotados «para conducirlos hacia la revolución y el establecimiento de repúblicas soviéticas».

Aparte de estas novedades las tesis de Roy acentuaban tal vez más la especificidad del mundo colonial, los efectos sociales y económicos de la dominación imperialista (tesis 6), el despertar de sus movimientos revolucionarios (tesis 7), si bien no contradecían en el fondo a las de Lenin. En su proyección política práctica, la posibilidad de los soviets, la voluntad de **no** delegar la dirección en una primera fase al movimiento de-

³⁹ En su Informe general ante la Internacional, Lenin había ofrecido una visión cautelosa de las expectativas de la revolución internacional. Todavía mantenía una nota de optimismo, pues seguía pensando que el occidente capitalista estaba sumido en una crisis «abierta» y profunda tras la guerra, pero ponía ya el acento no obstante en el papel fundamental de las fuerzas revolucionarias y en el acierto de su habilidad política para aprovechar la crisis social. En lo relativo a la relación del Occidente y el Oriente, mantuvo una posición equilibrada, resaltando su dependencia mutua, pero acentuando tal vez más la importancia de los países occidentales más desarrollados para las expectativas de la revolución mundial. En buena medida sostuvo, pues, la tesis contraria a la expuesta por Roy. En cuanto a esta última, el papel prioritario del Oriente, fue abanderada sobre todo por Sultán Galiev.

mocrático-burgués, la previsión de un reparto de la tierra sin seguir principios puramente comunistas (tesis 9), coincidían por el contrario con las de Lenin y se basaban en la experiencia concreta que estaba acumulando en esos años la propia revolución soviética.

Apoyándose en esas coincidencias, el congreso aprobó ambas tesis, las de Lenin y «las complementarias» de Roy, tras introducirles unas cuantas modificaciones ⁴⁰. Con respecto a las de Lenin, el cambio más notable afectó a la formulación de la alianza con el movimiento democrático-burgués de liberación, la cual quedó algo más rebajada. Primero, para no dar la idea de una alianza estable y, en segundo lugar, para borrar la impresión de que se buscara la alianza con las alas más moderadas del movimiento de liberación y subrayar en cambio la orientación de apoyarse en sus corrientes más revolucionarias o radicales.

Otra modificación significativa por su intencionalidad fue la supresión de un párrafo de la tesis 12 en el que Lenin caracterizaba los prejuicios nacionales propios de los pueblos oprimidos ⁴¹. Suprimido ese párrafo, la tesis 12 ponía el acento en las obligaciones del movimiento comunista hacia los movimientos nacionales de los pueblos dependientes de manera más acorde incluso con sus propias ideas.

En cuanto a una valoración más global de la dedicación de este congreso a los problemas nacionales ha de reseñarse, además de la buena intención de adentrarse en la especificidad de las revoluciones coloniales cuyos resultados acaban de

⁴⁰ Una información minuciosa de todos los cambios introducidos la presentan y comentan los autores de *El marxismo y Asia*, obra citada, págs. 159 a 163, así como en la pág. 39 y ss. También puede consultarse los comentarios de E.H. Carr, a este respecto, obra citada, tomo 3, págs. 264 a 272.

⁴¹ Se trataba del párrafo siguiente: «Por otra parte, cuanto más atrasado es un país tanto más fuertes son la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento; lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeño burgueses más arraigados, a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional». Lenin. O.C., XXXIII, pág. 297.

exponerse, lo que tiene de aportación a la doctrina general de los partidos comunistas que se están constituyendo por ese tiempo en todo el mundo. Mediante las resoluciones del II Congreso quedan incorporados de forma resumida (en las condiciones de admisión de los partidos a la Internacional Comunista) los puntos de vista sobre el sentido de los problemas nacionales en la época imperialista y su conexión con la revolución socialista que Lenin había desarrollado en los últimos años frente a la II Internacional. Entre ellos destaca, por su trascendencia práctica innegable, la afirmación de la obligatoriedad del apoyo a los movimientos revolucionarios de liberación nacional por parte de todos los partidos comunistas ⁴².

En lo que hace a un balance de lo negativo, o mejor, de sus lagunas, llama la atención la ausencia de una discusión sobre la dimensión cultural o sobre los problemas de la religión en el oriente, cuestiones ambas de gran trascendencia entre los pueblos musulmanes y en países vecinos como la India, China, etc. Esta laguna revela las insuficiencias de una cultura marxista aún básicamente eurocentrista ⁴³.

⁴² El texto completo de la octava de las condiciones de admisión a la Internacional Comunista decía así: *«En el problema de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime a otras naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de sus imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales con respecto a la población trabajadora de las colonias y a las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales»*. «Los cuatro congresos...», obra citada, pág. 112.

⁴³ Hélène Carrère d'Encausse y E.H. Carr han sugerido esta ausencia; este último en el tomo 3, pág. 276, lo refiere al congreso de Bakú, pero es válida asimismo para el II congreso de la Internacional Comunista. No comparto sin embargo la interpretación de Hélène Carrère, cuando acusa a Lenin de sostener una concepción general concentrada exclusivamente en los problemas de estrategia y de táctica. Aunque acierta en mi opinión al carac-

Por otra parte, hay que mencionar la influencia de un estado de opinión generalizado entonces sobre la inminencia de una internacionalización de la revolución soviética en todo el mundo. Esa influencia se advierte especialmente en los términos con que se formula el internacionalismo proletario en la tesis 10 (aun por un Lenin que es muy consciente, no obstante, del carácter «abierto» de la crisis entonces existente, tanto para su éxito como para su fracaso): «...el internacionalismo exige la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha a escala mundial»; o cuando exige a cualquier nación que haya triunfado sobre la burguesía «que sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras de derrocamiento del capital internacional».

El arraigo de esa creencia (en la internacionalización de la revolución soviética) y el predominio del comunismo de los países occidentales impregnan las concepciones de la III Internacional en ese momento, dando a las resoluciones del Congreso sobre la lucha de las naciones y colonias orientales un carácter instrumental con relación a la revolución mundial, por su potencialidad para favorecerla y desencadenarla. Teniendo en cuenta ese ambiente de la época tal vez deba relativizarse algo la mención crítica antes expuesta sobre la desconsideración de los problemas específicos culturales, religiosos, e, incluso, económicos, de los países orientales. Pues pensando en la revolución inminente de algunos de los países occidentales más avanzados y en la ayuda que podrían prestar a los pueblos dependientes más atrasados («la ayuda cultural desinteresada» a la que se refirió Lenin en otras ocasiones), todos esos problemas tendían a verse de manera más optimista por los revolucionarios de la época, incluido Lenin.

Un resultado inmediato del viento favorable al tratamiento de las cuestiones orientales fue la realización del Primer

terizar la aportación tal vez más destacada del político revolucionario que fue Lenin, no comparto esa visión restrictiva y meramente politicista del marxismo de Lenin. *El marxismo y Asia*, obra citada. pág. 45.

Congreso de Pueblos del Este, convocado por la Internacional, que se celebró en Bakú a primeros de septiembre de 1920 con una asistencia impresionante de delegados, 1890 en total, en su mayor parte provenientes de pueblos musulmanes ⁴⁴. Si bien tuvo un carácter sobre todo propagandístico (Roy lo tachó en sus memorias como «el circo de Zinoviev») y resultó escasamente operativo por el número tan amplio de delegados y la multiplicidad de lenguas de los asistentes, ese congreso dió un impulso a la atención posterior de las cuestiones orientales y permitió expresar las preocupaciones de algunos delegados por las particularidades sociológicas, religiosas, económicas, sociales y culturales del mundo oriental.

Así lo hizo, por ejemplo, el comunista turquestanés Narbutabekov, quien no se olvidó del problema religioso al referirse a la necesidad de adaptar el comunismo a la realidad musulmana y formuló una dura acusación sobre su erróneo tratamiento («los musulmanes nos informan que nuestras creencias son pisoteadas, que se nos prohíbe orar, que se nos impide enterrar a nuestros muertos de acuerdo con los ritos de nuestra religión. Esto se llama sembrar la contrarrevolución entre las masas trabajadoras...»). Narbutabekov vapuleó a los dirigentes de la Internacional (Zinoviev, Radek...) por su desconocimiento del mundo oriental e hizo un vivo retrato del carácter chovinista ruso que habían adoptado las instituciones soviéticas y el propio partido bolchevique en el Turquestán, entre cuyos representantes había «contrarrevolucionarios», «provocadores y demagogos», «sembradores de la discordia nacional», «colonizadores que trabajan bajo el disfraz del comunismo», etc. ⁴⁵.

⁴⁴ Según E.H. Carr, hubo 235 turcos, 192 persas, 8 chinos, 8 kurdos, 3 árabes, 157 armenios, 100 georgianos y el resto de otros pueblos caucásicos y del Asia Central. Obra citada, tomo 3, pág. 273. Una valoración de este acontecimiento, de sus intenciones y resultados en la pág. 280 y ss. de la misma obra.

⁴⁵ Recogido de Schram y Carrère d'Encausse, *El marxismo y Asia*, obra citada, págs. 184 a 186.

Entre las conclusiones del Congreso de los Pueblos del Este, dejando de lado los diversos manifiestos y otras resoluciones propagandísticas, destaca la formación de un Consejo de propaganda y acción para los países orientales y la edición de una revista. Pero ambas iniciativas tuvieron muy corta vida. De la revista, titulada «Los pueblos del Este», sólo llegó a publicarse su primer número, mientras que ese Consejo quedó congelado y desapareció a lo largo de 1921. Más duradero resultó, en cambio, el interés por la investigación de las cuestiones orientales debido a la creación de algunas instituciones científicas y políticas, como la Escuela de propagandistas de Tashkent, el Instituto de Estudios orientales, la Universidad Comunista para los trabajadores del Este, la Sociedad de orientalistas rusos (editora además de una revista científica), todas las cuales funcionaron eficazmente durante los años posteriores. La Universidad comunista, por ejemplo, que fue fundada en abril de 1921, contaba ya a finales de año con más de 700 estudiantes de 55 nacionalidades diferentes, según E.H.Carr.

La corrección de la política nacional en el oriente. El Turquestán

La práctica de las instituciones soviéticas y del partido bolchevique es fuente de numerosos problemas en las naciones periféricas orientales. Y lo es especialmente allí donde la revolución ha tenido un carácter restringido a la población rusa minoritaria. Es lo que ocurre en el Turquestán, con el agravante en ese caso de su aislamiento respecto al poder soviético central durante los dos primeros años de la revolución.

Alarmado por la noticia de una grave desviación de los comunistas del Turquestán en lo relativo a la política nacional, en el verano de 1919 el comité central bolchevique les envía un telegrama con una doble amonestación: a) a impulsar la participación de la población indígena en las tareas guberna-

mentales, y b) a paralizar las requisas de propiedades musulmanas ⁴⁶.

En el otoño de 1919, una vez restablecidas las comunicaciones, se forma una comisión investigadora, por decisión conjunta del gobierno soviético y del partido, a la que se reviste de plenos poderes y se le da un mandato terminante:

«La autodeterminación de los pueblos del Turquestán y la liquidación de todo tipo de desigualdad nacional y de privilegios de un grupo nacional a costa de otro constituyen la base de toda política del gobierno soviético de Rusia y el principio en que se rige todo el trabajo de sus organismos, y que sólo con un trabajo semejante se puede superar definitivamente la desconfianza de las masas trabajadoras autóctonas del Turquestán hacia los obreros y campesinos de Rusia, causada por los muchos años de opresión del zarismo ruso» ⁴⁷.

El mismo Lenin avala la misión de dicha comisión mediante una carta personal a los comunistas del Turquestán, escrita «como miembro del partido» y no como autoridad del Gobierno, en la cual enuncia brevemente algunas de sus preocupaciones y motivaciones más familiares en lo que hace a la política nacional. Así, la exigencia de una coherencia absoluta con los principios nacionales afirmados por la revolución soviética, la necesidad de demostrar mediante los hechos la sinceridad de una política nacional bolchevique que pretende «borrar todo rastro de imperialismo gran ruso», la trascendencia interior y exterior que adquiere la política llevada a cabo en el Turquestán (O.C.,XXXII,118).

En enero de 1920 sale desde Moscú, según E.H.Carr, el primer «tren rojo» que lleva al Turquestán propagandistas soviéticos preparados por el Comisariado de las Nacionalidades

⁴⁶ E.H. Carr, comenta la consternación con que se recibió dicho telegrama, pues suponía un vuelco drástico de la orientación que seguían los comunistas del Turquestán. Obra citada, tomo 1, pág. 353.

⁴⁷ Lenin, O.C., XXXII, pág. 472.

para el trabajo entre los pueblos musulmanes, así como un cargamento de literatura en las lenguas nativas ⁴⁸.

El informe de la comisión, redactado por Safarov ⁴⁹, es muy tajante en cuanto a la gravedad de los errores de la política soviética en el Turquestán; entre los cuales destacan los que afectan a la orientación general. Según dicho informe el régimen soviético turquestano está reproduciendo la política colonialista del zarismo. Le acusa de apoyarse exclusivamente en la población rusa, incluidas las capas de funcionarios, policías, popes, kulaks... reproduciendo en su comportamiento frente a la comunidad indígena «la mentalidad de raza dominadora». De presentar algunos indicadores tan escandalosos para la revolución soviética, que ante todo fue una revolución campesina, como que los kulaks habían aumentado sus propiedades de tierras durante los tres primeros años del régimen soviético. De seguir alimentando el antagonismo nacional. De mantener un poder ruso separado, cuya constitución excluye expresamente a los musulmanes de toda participación dirigente en los órganos soviéticos. De perseguir su religión...

Por otro lado el informe mencionaba otro problema distinto que complicaba la situación: las tendencias panturcas que se estaban generando y desarrollando en los medios comunistas indígenas ⁵⁰.

⁴⁸ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, pág. 354.

⁴⁹ Miembro de la comisión que había formado parte, durante las discusiones sobre el acuerdo de Brest Litovsk, de la oposición de izquierda bolchevique. Entró a formar parte de la «Turkcommission» cuando ésta fue ampliada en 1920, a resultas de una petición de los comunistas turquestanos para que dicha comisión estuviese formada por una representación paritaria de comunistas indígenas y rusos. Según H. Carrère, esa petición fue desechada por Lenin y Stalin («*Reforme et revolution...*», obra citada, pág. 243), aunque ampliaron la comisión con nuevos miembros. Amplios extractos del informe de Safarov al X Congreso pueden encontrarse en la obra del disidente ucraniano Ivan Dzjuba, *Opresión de las nacionalidades en la URSS*, editorial Hacer, y también en los anexos de «El marxismo y Asia», obra citada, pág. 191-193.

⁵⁰ Véase a este respecto lo que dice Hélène Carrère d'Encausse: «La III conferencia de los comunistas musulmanes que se desarrolló en enero de 1920, decidió transformar el Turquestán en una 'República turca autónoma'»

En la resolución del buró político del comité central del partido bolchevique sobre los objetivos de su política en el Turquestán, propuesta por Lenin⁵¹, se advierte la firme intención de corregir esa situación anómala. Exige combinar dos directrices: por un lado una orientación más clasista y antiimperialista rusa («aplastar, expulsar y someter a los kulaks rusos del modo más enérgico»), por otro una prudente reorientación de los objetivos («plantear como objetivo general el derrocamiento del feudalismo, pero no el comunismo»). Y recalca al mismo tiempo su finalidad inmediata, la cual no es otra que la de asegurar la alianza del poder soviético con la mayoría campesina (o nómada) de la población autóctona.

En el orden nacional, dicha resolución pretende impulsar la manera «gradual pero inflexible» de organizar los soviets de la población local autóctona y de trasvasarles el poder. Se muestra muy cauta, por otra parte, respecto a la reorganización nacional del Turquestán, un problema espinoso entonces habida cuenta las tendencias panturcas presentes en el comunismo indígena. Su posición en ese momento de «no prede-terminar la división de la república en tres partes», es un freno a la corriente bolchevique partidaria de trocear aquella demarcación territorial heredada del zarismo que era el Turquestán en diferentes nacionalidades (uzbekos, turkmenos, kirguiz).

Pero el problema tal vez más escabroso, de incuestionable dimensión nacional y difícil de evaluar, fue la depuración del partido comunista turquestanés que exigió y puso en marcha

y la organización turquestana del P.C.R.(b) en un partido comunista turco. No contentos con regular los destinos del Turquestán, los gadids del partido comunista de Tashkent retomaron el viejo sueño panturquista y propusieron que todos los turcos de Rusia, renunciando a sus particularismos, se uniesen a la República soviética turca, esto es, el Turquestán. Ryskulov afirmaba que para los pueblos turcos la revolución no debía confundirse con la lucha de clases, sino con la lucha común de todos los pueblos oprimidos por una transformación de su destino». *«Réforme et revolution...»*, obra citada, pág. 242. (La traducción es mía).

⁵¹ Lenin, O.C., XXXIII, pág. 277.

aquella resolución. En este asunto se mezclaban dos necesidades de diferente naturaleza: a) la depuración de los arribistas rusos y b) la depuración de la corriente comunista indígena que no cumplía los requisitos elementales para ser miembro del partido ⁵².

Por esas fechas abundan los testimonios de la preocupación de Lenin por la baja calidad del partido bolchevique en general, así como de su intención de proceder a una operación profunda de selección de sus miembros (que será impulsada poco más tarde oficialmente, a raíz del X congreso del partido, como se verá luego). También hay constancia, recuérdese su intervención en el II congreso de la Internacional Comunista, de su preocupación por no transigir con la tendencia de antiguas élites autóctonas a vestir de comunista unas posiciones reformadoras que no iban más allá de perseguir la modernización de sus países respectivos.

Ahora bien, el hecho de que la depuración del partido respondiera a inquietudes coherentes y necesarias para enderezar la política bolchevique de acuerdo con sus fines no ha de confundirse con su aplicación práctica. Tal y como se llevó a cabo, la depuración se convirtió en no pocas ocasiones en una «purga», su aplicación práctica dependió en última instancia de la calidad y los criterios —a veces muy deficientes— de las comisiones encargadas de realizarla y resultó de hecho bastante incontrolable en sus efectos más concretos ⁵³.

⁵² Hélène Carrère d'Encausse hace una valoración sesgada de la purga al mencionar sólo el aspecto nacional y olvidar el otro. Según dicha autora el acta de acusación de los comunistas indígenas recogía dos motivos fundamentales: 1) ampararse en el poder para sustituir el comunismo por una propaganda nacional y panislámica y 2) haber creado una organización clandestina (Ittixod-va Taraqqi) para reunir a todos los musulmanes de Rusia. La conclusión de la autora, a partir de estos hechos, cuando afirma: «La hora de la cooperación había terminado», parece claramente excesiva. «Réforme et...», obra citada, pág. 243. Los hechos reales indican que la cooperación se mantuvo, con sus más y sus menos, a lo largo de toda la década de los veinte.

⁵³ E.H. Carr. *El interregno (1923-1929)*, núm. 75 de Alianza Universitaria. Madrid, (1977), pág. 353, apoyándose en los testimonios del propio Le-

Hay que referirse, por otra parte, a la contradicción en que basculaba el propio pensamiento de Lenin (y del partido bolchevique en su conjunto) entre la política de impulsar la alianza con las corrientes indígenas más avanzadas y la conveniencia, a su vez, de imponer los términos de la alianza para asegurarse la dirección del proceso político y no desnaturalizar sus fines revolucionarios. Comoquiera que factores de mucho peso empujaban inevitablemente en esa dirección «impositiva» (así, entre otros, y aparte de la desconfianza en las tendencias ideológicas panislámicas, el atraso de los países orientales en general, la escasez de cuadros y comunistas indígenas «fiables», etc.), se afianzaba con ello el carácter **exterior** del propio poder soviético.

En el Lenin de esta época no hay una reflexión expresa acerca de los poderosos condicionamientos de la realidad, presentes en las zonas más coloniales del antiguo imperio zarista, que tendían a asemejar el régimen soviético allí instaurado con un despotismo bienintencionado ⁵⁴. Se encuentra, eso sí, un voluntarismo casi ilimitado por llevar a la práctica una política revolucionaria a la vez soviética y de libertad e igualdad nacional. Aparte de lo ya dicho, esa actitud queda bien patente en el documento que escribe, poco después de celebrarse el congreso de Bakú, sobre las tareas de los bolcheviques en los pueblos del oriente. Las tareas enunciadas en esta ocasión son: 1) reforzar el Comisariado del pueblo de las Nacionalidades; 2) ordenar una severísima investigación sobre los abusos de la población rusa y castigar a los culpables; 3)

nin, quien se había quejado por la interferencia de «arreglos de cuentas y cuestiones personales» en la realización de las depuraciones del partido.

⁵⁴ Sí la inició, en cambio, el bolchevique Safarov, en el informe presentado al X Congreso del partido («En el Oriente atrasado, el derecho electoral generalizado y las 'libertades' formales no son aplicables a las masas trabajadoras que durante siglos fueron víctimas de la dictadura feudal y el oscurantismo espiritual y aún se hallan inmersas en las **tradiciones** feudalespatriarcales. La 'intervención despótica' dictatorial de la vanguardia avanzada de la revolución es indispensable para alejar el poder a todos los elementos opresores-explotadores...»). *El marxismo y Asia*, obra citada, pág. 193.

confirmar las bases de la política nacional y establecer un control más efectivo de su aplicación práctica; 4) extender la autonomía nacional a pueblos que aún no disfrutaban de ella como los kalmukos, buriato-mongoles, etc; 5) restituir a la población indígena las tierras que les fueron arrebatadas por el zarismo y 6) impulsar la organización de la población trabajadora autóctona (O.C.,XXXIV,13 y 14); todas las cuales ofrecen un claro testimonio de la orientación que trata de imprimir a la política bolchevique.

La obra del Comisariado de las Nacionalidades

El comisariado del pueblo para las nacionalidades adquiere un papel muy relevante en todo este período, tanto mientras dura la guerra y en el sentido antes indicado de organizar las corrientes autóctonas prosoviéticas, como en el momento de institucionalizar los nuevos regímenes soviéticos de la periferia. Conforme van liberándose nuevos territorios, sus labores se concentran en la reconstrucción política y cultural de los países periféricos, siendo en cierto modo como un superministerio que filtra todas las decisiones relativas a las nacionalidades, amén de participar de manera determinante en el diseño de su configuración institucional. Desde mayo de 1920, el Comisariado de las Nacionalidades se desdobra en dos órganos. Por un lado el Comisariado tal cual estaba ya organizado y, por otro, una especie de Consejo o Parlamento de las Nacionalidades formado por la representación directa de todas las nacionalidades y minorías nacionales que es elegida por sus respectivos congresos de soviets nacionales. Tras esta reforma, el Comisariado para asuntos nacionales adquiere un alcance político aún más amplio ⁵⁵.

La formación intensiva de los nuevos cuadros autóctonos preparados en organismos dependientes de este Comisariado

⁵⁵ Una información más amplia sobre su labor, incluyendo una valoración de la misma, en E.H. Carr, obra citada, tomo 1, págs. 293 a 304.

—como las ya mencionadas Escuela de Tashkent o la Universidad Comunista de trabajadores del Este, de Moscú—, junto con el impulso decidido de las literaturas y lenguas autóctonas —desde instituciones como la Sociedad de Estudios del Este y el Instituto de Lenguas orientales de Petrogrado—, son dos tareas donde tal vez se pone más de manifiesto la importancia de su contribución material a la regeneración de pueblos secularmente avasallados.

En lo que hace a la obra de institucionalización nacional de la periferia hay que señalar el pragmatismo con que se afrontó. Lejos de obedecer a un plan prefigurado de antemano, siguió de hecho criterios diversos según los casos, atendiendo al grado de consolidación y desarrollo nacional, a la solidez de la presencia bolchevique, etc.

Así, a finales de 1920 se están dando dos tipos diferentes de regímenes nacionales ⁵⁶. Uno es el modelo de Azerbaijan, donde se institucionaliza la formación de una república soviética socialista **independiente**; que suscribe un tratado de alianza federativa con la RSFSR en lo militar y en lo económico. Este modelo marca el nivel más alto de atribuciones y es el que se extiende luego a Ucrania, Bielorrusia, Armenia y Georgia. El otro tipo adopta la forma de la constitución de un régimen autónomo dentro de la RSFSR. Pero, a su vez, este último comprende diferentes grados o situaciones de autonomía nacional, distinguiéndose aquellos casos donde tiene un mayor alcance político nacional —como es el caso de las repúblicas tártara, baskir, kazaka o turkestaná— de otros cuyo contenido es más administrativo (caso de los chuvashi, carelianos, etc.).

Junto a estos dos modelos-tipo, aún podría distinguirse uno tercero: el de los antiguos emiratos de Jiva y Bujará, independientes del poder soviético hasta 1920. Si bien la intervención del ejército rojo fue enteramente decisiva para derrocar a sus emires respectivos, hubo una intención deliberada

⁵⁶ Este proceso se describe con detalle en E.H. Carr, obra citada, tomo 1, capítulo 13.

de no imponer allí una soviétización desde fuera. Por ello se instauraron sendas repúblicas populares independientes que mantuvieron formalmente su soberanía. Regidos por la propia élite autóctona reformadora, los antiguos *gadids*, una parte de la cual se había integrado ya en el partido bolchevique, y aunque bajo un cierto protectorado bolchevique, ambas repúblicas tenían la particularidad de seguir manteniendo su condición de Estados musulmanes; así, el artículo 26 de la nueva Constitución bújara afirmaba que «ninguna ley de la República puede contradecir los principios fundamentales del Islam»⁵⁷. Tal característica, aun siendo excepcional, era una buena prueba de la capacidad de adaptación del régimen soviético a la diversidad de realidades.

Cuando finaliza 1920, por consiguiente, el resultado de la obra de institucionalización de la periferia presenta un panorama bien variado y bastante diferente, dicho sea de paso, al que se concebía en los escritos de Stalin de la primavera de 1918. Tal diferencia no parece preocupar demasiado en ese momento, caracterizado por la euforia de haber ganado la guerra civil. Es más, tiende a ensalzarse entonces la «**elasticidad**» del proceder soviético, en frase de Stalin⁵⁸, haciendo de la necesidad virtud. Pero puede decirse que esa valoración tiene un matiz ya claramente coyuntural y táctico en Stalin, quien en un importante artículo publicado en el Pravda en los días anteriores al tercer aniversario de la revolución, *La política del poder soviético respecto a la cuestión nacional en Rusia*, se encarga de reafirmar que la diversidad y elasticidad institucionales no son más que un primer paso, obligado pero transitorio, para avanzar después y cuanto antes hacia el Estado único (Stalin, O.C., IV, 364-383).

⁵⁷ El caso de Bujará ha sido estudiado por Hélène Carrère d'Encausse en «*Reforme et revolution...*», págs. 249-283.

⁵⁸ Stalin, O.C., IV, 374.

CAPITULO IX

Al final de su vida (1921-1924)

Las preocupaciones de los últimos años

Al terminar la guerra civil, Lenin está muy lejos de echar las campanas al vuelo por la victoria militar. No es que minusvalore lo conseguido hasta entonces; pero el reconocimiento de haber logrado lo esencial —mantener la posibilidad de existencia del poder político y de la República soviética— queda condicionado a sus ojos por el carácter relativo e inestable de los éxitos obtenidos.

De las dos tareas que implica una obra revolucionaria, el derrocamiento de los explotadores y la construcción de las nuevas relaciones económicas, sólo se ha cumplido la primera, la obra destructiva, mientras que la segunda permanece aún prácticamente inédita, y de no realizarse —afirma en diciembre de 1920 ante la conferencia del PCR(b) de Moscú—, «será inevitable el retorno al viejo sistema».

Para Lenin, la realización de esa tarea «constructiva» supone, no ya sólo levantar un país devastado y arruinado tras

casi siete años de guerra, sino hacerlo además siguiendo unos criterios que preserven el carácter revolucionario del poder soviético y permitan la transición de la sociedad hacia el comunismo al ritmo que fuere. No pierde ocasión, por otra parte, para llamar la atención sobre la envergadura y las dificultades que tal empresa entraña dadas las condiciones reales, esto es, en un país atrasado y mayoritariamente campesino, con un partido inexperto en las tareas de la construcción, sin poder contar con el apoyo internacional de los países más avanzados, etc.

En un primer momento, cuando acaba 1920, Lenin no dispone aún de una línea política general para acometer la obra de la reconstrucción, aunque tampoco oculta esa carencia. Debido a ello, sus escritos rezuman un enfoque un tanto unilateral e insuficiente, como si la resolución del problema dependiera fundamentalmente de la voluntad de afrontarlo o bien de la elaboración técnica de un plan económico de largo plazo (es en este momento, por cierto, cuando acuña aquella célebre expresión de «el comunismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país», o cuando reitera una y otra vez la necesidad de reciclar al partido bolchevique para hacerlo más eficiente en las tareas de administración y de gobierno, para reconvertir el heroísmo militante de la época de guerra en un ánimo «constructor» de la sociedad soviética). Pero bien poco después, conforme percibe la magnitud de la crisis económica, social y política en que se encuentra el régimen soviético a la salida de la guerra, le van entrando las prisas por adelantar el congreso del partido a fin de hacer un balance de la situación y proponer una reorientación profunda de la política soviética.

Gracias a la labor de los historiadores poseemos hoy una cuantificación precisa de la dimensión que había alcanzado la crisis económica en el invierno de 1920 a 1921 ¹, cosa de la

¹ Sus principales manifestaciones están descritas en las obras ya mencionadas, repetidamente, de varios autores como E.H. Carr, Ch. Bettelheim y R. Lorenz. Por señalar su indicador extremo, baste decir que durante ese in-

que no pudo disponer Lenin ya que el poder soviético carecía entonces del más rudimentario aparato estadístico. Pese a ello se la ve captar, aparte del desastre general de una situación dominada por la devastación y la miseria, los elementos más determinantes de aquella crisis: a) la imposibilidad de proseguir el fuerte ritmo de colectivización de la economía que había caracterizado el período anterior del «comunismo de guerra», b) la querencia del campesinado a mantener su pequeña explotación agraria y su oposición hostil a la requisa forzada del excedente de su cosecha, c) la ruina de la gran industria, en su mayor parte o bien destruída o bien ya obsoleta, d) una situación general de extenuamiento de la población, de amplio descontento social ante el desabastecimiento de alimentos y de combustibles, por la subida galopante de los precios, etc., y los síntomas de una desestabilización social, con múltiples revueltas campesinas y la proliferación del bandolerismo entre los soldados desmovilizados del ejército rojo... que tiene su punto culminante en el amotinamiento de la guarnición de Kronstadt, hasta entonces idealizada por su lealtad soviética. Otro ingrediente que agrava esa crisis (y exaspera a Lenin) es la división del partido bolchevique en la discusión sobre el papel de los sindicatos nada más acabarse la guerra, y, luego, por la presentación de la plataforma de la oposición obrera durante el X congreso.

El X congreso del partido, celebrado en marzo de 1921, aprueba un giro de la política económica, limitado en principio a la adopción de varias medidas que afectan sustancialmente al campesinado: a) la sustitución de la requisa del excedente por un impuesto en especie, b) la permisibilidad de cierta libertad de comercio de modo que el campesino pudiera intercambiar su excedente por mercancías, y c) la opción de apoyar preferentemente la restauración de la pequeña in-

vierno murieron de hambre y de enfermedades derivadas unos 5 millones de personas, según dice H. Carrère, apoyándose en los historiadores soviéticos, en su obra *L'empire éclaté*, Edit. Flammarion. 1978. pág. 48.

dustria a fin de poder abastecer al campesino de las mercancías que precisa, una medida complementada con la decisión de acudir al mercado exterior —mediante tratados comerciales, concesiones al capital extranjero, empréstitos, etc.— para obtenerlas o bien poder producirlas en mayor cantidad.

Tanto en el folleto *El impuesto en especie* como en sus intervenciones durante el congreso defiende Lenin esta nueva política con una dimensión ambivalente. Por un lado, como una modificación táctica urgente de la política hacia el campesinado que persigue efectos a corto plazo tales como aliviar su situación, darle una seguridad sobre la tierra y el excedente de su producción, estimular la producción de alimentos, desactivar la posibilidad de una contrarrevolución campesina, etc. Pero al mismo tiempo la presenta, con una proyección a más largo plazo, como una política previsiblemente vigente durante largo tiempo —tal vez varias décadas, indica, mientras no se restaure la gran producción industrial— y que supone un primer atisbo de respuesta al problema de qué caminos debe seguir la transición socialista en una revolución que carece de la base económica necesaria para acometerla más directamente.

Lenin la define, en cualquier caso, como una «tregua económica», comparable a la paz de Brest Litovsk, cuya causa principal radica, igual que entonces, en la situación del campesinado. Y, también, como una **vuelta** a lo que se quería hacer en la primavera de 1918 y no se pudo llevar a la práctica por la necesidad de recurrir al «comunismo de guerra». Esto es, una vuelta a la consideración de que el paso del capitalismo al socialismo en un país de pequeños productores agrícolas no podía darse directamente y requería «especiales medidas de transición». Tanto más, mientras no concurriera en su apoyo alguna revolución de países occidentales más avanzados (condición que Lenin siempre había juzgado indispensable para el triunfo de la revolución socialista en el imperio ruso). En ausencia de dicha condición externa, Lenin subraya el carácter decisivo de la correlación interior de las clases para la permanencia de la revolución soviética en unas sociedades

donde el proletariado constituye sólo una minoría frente a «la enorme mayoría de campesinos».

La necesidad urgente de restablecer un **acuerdo** entre el poder soviético y el campesinado es, por consiguiente, el fundamento de la Nueva Política Económica (NEP). Tal acuerdo queda definido, más allá de las medidas iniciales adoptadas por el X congreso, como una decisión política de satisfacer las necesidades del campesinado medio, recogiendo sus principales reivindicaciones, y como una modificación de las relaciones entre las clases más importantes del régimen soviético, rectificando de esta forma la política del período de guerra:

«...el problema de la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto es principal y fundamentalmente un problema político, pues es esencialmente el problema de la actitud de la clase obrera hacia el campesinado. Lo planteamos porque debemos someter a un nuevo, o más bien yo diría, a un más cuidadoso y correcto examen y a cierta revisión, las relaciones de estas dos clases principales, cuya lucha o acuerdo determina la suerte de nuestra revolución en su conjunto» (O.C.,XXXV,57).

La crisis económica continuó y aun se agudizó con la catastrófica cosecha recogida en 1921, llevando el hambre a unos 27 millones de personas y una secuela de muertes y enfermedades como no se había conocido en muchas décadas. Pero la NEP tuvo un rápido efecto como amortiguador de las tensiones sociales y políticas, al menos entre los campesinos, gracias sin duda a la buena cosecha del año siguiente (1922), que alivió la situación, y a que la restauración de las fuerzas productivas en el campo siguió siendo la motivación preferente de los sucesivos desarrollos de la NEP. Mientras que otros aspectos de la crisis, como la situación de la industria pesada, del sistema monetario y financiero, la inflación, la relación de los precios agrícolas e industriales, etc, tardaron bastante más tiempo en enderezarse ².

² Información detallada de esta época en E.H. Carr, obra citada, tomo

Dejando de lado el detalle técnico, bastante complicado por otra parte, del conjunto de medidas económicas que supuso la NEP, interesa decir que la atención a los problemas económicos y a las necesidades materiales más apremiantes de la población absorbió el grueso de las peculiaridades, de los bolcheviques, y también de Lenin, mientras imperó la situación de emergencia. Aunque en el caso de Lenin debe señalarse que tales preocupaciones no pueden disociarse de una inquietud más profunda sobre las peculiaridades, problemas y perspectivas de la revolución soviética que va madurando en este tiempo. Por el contrario, esta inquietud va siendo con el tiempo la más absorbente, tal vez acuciado a poner en orden sus ideas por la enfermedad que lo aparta del seguimiento al detalle de la vida política ya desde diciembre de 1921.

A intervalos de su enfermedad, Lenin retoma una y otra vez la preocupación por ahondar en una vía apropiada a las condiciones particulares de la revolución soviética. Y esta inquietud late de manera obsesiva en cualquier asunto que aborda. Lo mismo cuando hace balance del pasado o cuando examina los problemas del presente de la revolución que al escudriñar los riesgos que la acechan en el futuro. Por ello, más allá de los elementos contradictorios aportados en ella, más allá incluso de sus propios resultados, esta reflexión de última hora tiene el enorme interés de ofrecernos un Lenin que intenta hacer avanzar la teoría y la práctica de la transición al comunismo en unas circunstancias tan adversas; un Lenin que es extraordinariamente lúcido en la definición del ingente cúmulo de condicionamientos que obstaculizan dicha transición, pero que sigue haciendo gala al mismo tiempo de una voluntad revolucionaria imponente y de una gran honestidad intelectual.

Tal vez sea esto último, su honestidad para encarar la realidad real del poder soviético, lo más atrayente de su discurso

2, págs. 281 a 373. Los efectos más graves de la crisis remitieron a partir de la buena cosecha de 1922. Pero otras manifestaciones, como la crisis financiera y de precios, la crisis de empleo, la industrial, etc, no se enderezaron hasta unos cuantos años después.

de última hora. Es un Lenin consciente de que los problemas concretos de la revolución soviética no están descritos en los libros de la teoría y tanto menos las vías para su resolución; que está inquieto por reflexionar sobre la realidad, por indagar cuales son los problemas, por encontrar el camino de resolverlos. «Creo que después de cinco años de la revolución rusa, lo más importante para todos nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, es sentarnos a estudiar», afirma ante los delegados del IV congreso de la Internacional comunista, en noviembre de 1922, en una de las últimas intervenciones públicas de su vida.

Comoquiera que el mero enunciado de todos los contenidos de esta reflexión última de Lenin desborda ampliamente el propósito de presentar una introducción general de sus preocupaciones en cada período, me limito a indicar brevemente algunos de los más relevantes.

Lenin desmonta la retórica de las grandes afirmaciones sobre el Estado proletario y la revolución soviética mediante una reflexión teórica y política descarnada sobre sus limitaciones y miserias. Para Lenin el nuevo régimen sólo puede ser calificado como socialista, en rigor, por la voluntad que le guía, pero apenas ha logrado avanzar algo en las nuevas relaciones sociales que deben sustituir al capitalismo. Es más, ni siquiera ha podido realizar a corto plazo la modesta aspiración de poner en marcha un capitalismo de Estado que pudiera servir a la consolidación de la revolución bajo el control de los órganos soviéticos y debe contentarse de momento, dice, con medidas estatales reguladoras del comercio y la moneda (O.C.XXXV, 541 y 560).

En cuanto al carácter proletario del Estado, aparte de reiterar la condición considerablemente minoritaria de la clase obrera frente al campesinado o de recordar el hecho de que en octubre del 17 se han producido dos revoluciones simultáneas y de diferente contenido, la obrera y la campesina, reflexiona en voz alta sobre lo que él observa en la realidad. De manera que en sus escritos queda consignado el fenómeno del **desclasamiento** del proletariado, su sensible reducción

numérica y su agotamiento como consecuencia de la guerra, de la ruina de la industria y de su propia dispersión por el campo; y extrae la conclusión derivada de todo ello: el debilitamiento de su posición en la sociedad.

Tampoco se hace falsas ilusiones sobre el carácter proletario del partido bolchevique. «Si no cerramos los ojos a la realidad, debemos admitir que en la actualidad la política proletaria del partido no está determinada por el carácter de sus componentes, sino por la enorme autoridad, sin reservas, de que goza ese pequeño grupo que podría ser llamado la vieja guardia del partido», escribe en una carta a Molotov, en marzo de 1922.

Respecto a la realidad soviética, Lenin llama la atención, a manera de contrapunto de los logros alcanzados, sobre su gran fragilidad. Es prisionera de un aparato de Estado que trabaja **para** la población, como si se tratara de un despotismo ilustrado y bienintencionado, pero no **a través** de ella. En su opinión, el aparato carece ya de un contenido soviético que pueda confirmar lo propio de esa denominación. Y eso en el mejor de los casos, pues Lenin no vacila en utilizar los más duros calificativos al referirse al carácter real del aparato del Estado, llegando a afirmar que no tiene de socialista más que el nombre ³. La lucha contra ese aparato, como puede verse en sus escritos sobre la reorganización de la Inspección Obrera y Campesina, es uno de los asuntos que más le obsesionan en el último tramo de su vida.

La necesidad de una profunda depuración del partido bolchevique es otra de sus preocupaciones predominantes. El carácter discutible de algunas de sus propuestas ⁴, pues descan-

³ Desde el X Congreso Lenin fue endureciendo progresivamente su juicio acerca de la calidad del aparato soviético hasta llegar a las formulaciones tajantes presentes en sus últimos escritos de 1922, donde abundan expresiones como: «es detestable y deplorable», «tardaremos muchos años en mejorarlo, pero pereceremos si no lo logramos», «no solamente nos es extraño y no lo controlamos, sino que a menudo trabaja contra nosotros», etc.

⁴ Las más destacadas consisten en una ampliación del comité central (O.C., XXXVI, 476-477) y en la reorganización de la Inspección obrera y campesina (O.C., XXXVI, 517-522).

san sobre todo en un método administrativo de arriba-abajo y reflejan no poca ingenuidad bienintencionada, o el hecho de que tal vez reflexione insuficientemente sobre el problema de la estatalización del partido (cada vez más absorbido por las funciones estatales), no empañan, creo, la sinceridad y el rigor con que examina las tendencias realmente existentes entre los bolcheviques, ni la voluntad de buscar los medios idóneos para su corrección. Desde que es un partido gubernamental percibe Lenin que se ha venido inflando con gentes propensas al soborno, de «bribones» que lo deshonoran entre los trabajadores, de burócratas que han perdido el contacto con el pueblo, de arribistas que utilizan su condición bolchevique para medrar personalmente, de modo que se está desnaturalizando respecto a sus funciones revolucionarias. También le inquieta el agotamiento del sector dirigente y su minorización dentro del partido.

El alcance experimental de sus propuestas, por otro lado, en cualquier caso concebidas como tanteos y siempre sometidas a la verificación práctica de sus resultados, relativiza sus posibles limitaciones. Estas quedan también compensadas en cierto modo por el interés de algunas intuiciones de última hora que no pudo desarrollar más a causa de su enfermedad y muerte. Entre ellas destacan: a) la preocupación por impulsar una revolución cultural en el campo, b) el énfasis que pone en la necesidad de reforzar las iniciativas locales soviéticas, c) el planteamiento del cooperativismo campesino y d) su insistencia en un trabajo prolongado entre las gentes apartidistas a fin de poder renovar el espíritu soviético y poder corregir desde fuera las desviaciones del propio partido bolchevique incluso (O.C.,XXXVI,523-537).

Por la amplitud de los problemas abordados, por su misma naturaleza de problemas «no resueltos» ni en la teoría ni en la práctica del marxismo, este es un período de gran inquietud intelectual de Lenin. Al igual que en los años de la guerra imperialista, la situación le exige ahora, no tanto defender una doctrina ya establecida, sino revisarla, renovarla, desarrollarla. Como es propio de toda su obra en general, esta

reflexión de última hora combina las consideraciones tácticas y las más estratégicas, el corto y el largo plazo, a veces de modo contradictorio, lo que hace controvertido el alcance de sus aportaciones. Pero, en cualquier caso, no se puede negar la inquietud de Lenin por alumbrar una vía original de transición al comunismo para la revolución soviética.

«El mejor modo de celebrar el aniversario de una gran revolución es concentrar la atención en sus problemas no resueltos», escribe en vísperas de sufrir el primer ataque. Y eso es efectivamente lo que hizo a última hora. Previendo que la revolución soviética puede quedar aislada por un largo espacio de tiempo, toda su inquietud intelectual se centra en reflexionar sobre los factores que puedan garantizar el mantenimiento **material** y **moral** de la revolución. O, dicho por vía negativa, en escudriñar los factores que en esas circunstancias pueden hacerla degenerar, desnaturalizando su carácter revolucionario (O.C.,XXXV,553-560).

La política nacional

A diferencia del ingente número de problemas que se acumulan sobre la revolución soviética en otros terrenos, este período se distingue por una tendencia a la disminución de la conflictividad nacional.

No es que desaparezcan del todo los conflictos nacionales. En absoluto. Estos se dan en Georgia, con su ocupación por el ejército rojo en febrero de 1921. También se registra un trasfondo nacional en la rebelión armenia de la primavera de 1921, aunque tal vez su motivación predominante esté más relacionada con la crisis general del régimen soviético que se produce en ese momento; y otro tanto puede decirse de la rebelión basmachi ⁵ en las zonas fronterizas con Afganistán que

⁵ Sobre el carácter confuso de esta rebelión y las motivaciones nacionales presentes en ella ha escrito Hélène Carrère d'Encausse en *«Reforme et...»*, obra citada, págs. 261 y ss.

perdurará hasta 1925. En 1922, un sector de los bolcheviques georgianos se opone intensamente a la formación de una república federal transcaucásica y se observan fuertes tensiones entre los bolcheviques de la periferia —sobre todo en los ucranianos y georgianos— a propósito del plan para la formación de la URSS que elabora Stalin. Y en 1923 hay que anotar dos hechos trascendentes; el primero, la expulsión del dirigente bolchevique tártaro Sultan Galiev, uno de los miembros más destacados de la cúpula del Comisariado de la Nacionalidades, y el segundo, el fin de la República Popular Bújara, donde se liquida la experiencia de colaboración con la corriente reformista musulmana.

Todos estos acontecimientos no modifican, sin embargo, un clima generalizado de relativa estabilidad nacional y de asentamiento de los regímenes soviéticos periféricos. En ello pueden influir varias cosas. Probablemente la propia situación de emergencia que concita otras preocupaciones más prioritarias. También el mantenimiento de la alianza con un sector importante de los distintos movimientos nacionales, en gran parte integrado ya además en el partido bolchevique. Y, asimismo, la puesta en práctica de la propia política nacional que anima el Comisariado de las Nacionalidades.

Desde que termina la guerra civil, el Comisariado de las Nacionalidades continúa la obra de institucionalización emprendida en el período anterior, siguiendo las pautas de pragmatismo y «elasticidad» ya mencionadas. Así, el status nacional más elevado, el modelo de Azerbaiján, se extiende a las Repúblicas de Ucrania, Bielorrusia, Armenia y Georgia, todas las cuales formalizan unas relaciones **contractuales** con la RSFSR; mientras que territorios como el Turquestán, Crimea y el de los buriato-mongoles se constituyen en repúblicas autónomas dentro de la federación rusa (RSFSR) y otros pueblos (komis, yakutos, cherkeses...) adquieren un rango nacional de menos competencias. En algunos casos se instituyen unas estructuras supranacionales. Así, la federación de los países transcaucásicos. En otros se da en cambio el fenómeno inverso, como es el caso de la República de Georgia, donde se

autonomizan a su vez varios territorios diferenciados dentro de ella (ossetinos, abjazos y adjaros).

Por otra parte, el Comisariado de las Nacionalidades sigue promoviendo la adaptación del poder soviético a las peculiaridades nacionales y concentra sus mejores esfuerzos en la política cultural y en fomentar la integración de los intelectuales nativos en el aparato soviético.

En mayo de 1921 se aprueba el primer estatuto formal del Comisariado de las Nacionalidades, oficializando las funciones que ya venía desempeñando de hecho —garantizar la coexistencia y colaboración de los pueblos soviéticos, promover su desarrollo material y espiritual, vigilar la política nacional soviética—, a los que se añade un año después la función de garantizar la promoción económica de los pueblos periféricos ⁶.

Debido a la situación de emergencia de todo el sistema económico soviético, el interés del Comisariado de las Nacionalidades se desplaza cada vez más hacia esa función económica, tendencia que alimenta el propio Stalin en sus artículos de prensa, discursos, etc. Ya con ocasión del X Congreso, en marzo de 1921, Stalin había afirmado categóricamente que el aspecto principal de la cuestión nacional estaba en la desigualdad de hecho de las naciones:

«La esencia de la cuestión nacional en la RSFSR consiste en eliminar el atraso (económico, político y cultural) existente de hecho y heredado del pasado por algunas naciones, a fin de dar a los pueblos atrasados la posibilidad de alcanzar a la Rusia central en los aspectos estatal, cultural y económico» (Stalin. O.C., V, pág. 41).

Y en un artículo publicado dos meses después en el Pravda insistía en que «la incorporación gradual y sin trastornos a las formas económicas superiores» de los pueblos más atrasa-

⁶ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, pág. 299.

dos es una de las tareas concretas indispensables de la lucha por «la igualación de hecho de las naciones»⁷.

Fruto de esa orientación es la preocupación por desarrollar la industrialización de los territorios que el zarismo concebía como colonias de su imperio, si bien durante los primeros años de la década de los 20, debido a la falta de recursos financieros del régimen soviético, sólo podrá concretarse en el traslado o instalación de unas pocas fábricas. Aparte de una voluntad política de no reproducir los esquemas económicos propios del zarismo o de los regímenes coloniales, la misma concepción de la revolución proletaria derivada de la doctrina marxista empujaba a los bolcheviques en la dirección de intentar crear un proletariado autóctono. De acuerdo con esa concepción, el nuevo proletariado habría de ser la garantía del mantenimiento del carácter de clase del régimen soviético.

En 1923, cuando ya ha quedado encarrilada básicamente la compleja articulación de las naciones soviéticas en varias repúblicas federadas, una docena de repúblicas autónomas y un número elevado de regímenes autónomos y de distritos nacionales, el Comisariado de las Nacionalidades deja de tener la operatividad de otros momentos y desaparece, siendo absorbidas algunas de sus funciones por una segunda cámara (o Cámara de las Nacionalidades) del Comité Ejecutivo de la recién constituida Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). Según especifica el decreto por el que se proclama su supresión, para entonces ya había «completado su función fundamental de preparación para la labor de formar las repúblicas y regiones nacionales y unir las en una Unión de Repúblicas»⁸.

En cuanto a la intervención de Lenin en los asuntos nacionales durante este período puede decirse que es poco relevante hasta el final del verano de 1922, momento en que coinciden la agudización del conflicto georgiano y su discusión con Stalin a propósito de la formación de la URSS.

⁷ Stalin, O.C., V, pág. 41 y págs. 60-62.

⁸ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, pág. 303.

Absorbido por las preocupaciones económicas y por la reorientación general de la política soviética, se le ve atender de vez en cuando algunos problemas de la política nacional y casi siempre de un modo subsidiario, como dejando entrever que la política nacional está en buenas manos y sólo precisa de pequeños retoques. En estas intervenciones esporádicas, Lenin reitera generalmente su inquietud por la adecuación del poder soviético a las peculiaridades nacionales y hace constantes llamamientos a desrusificar la política soviética. Para Lenin los pueblos más atrasados no deben seguir el modelo ruso, sino que deben explorar sus propios caminos de transición al socialismo (O.C.,XXXV,86-88).

En diciembre de 1921, ante el IX Congreso de los soviets, hace un balance de la política nacional que rezuma satisfacción por la obra realizada hasta entonces. En su discurso Lenin destaca la coherencia del poder soviético en cumplir sus promesas de realizar una política nacional de **ruptura** con el pasado «criminal y chovinista» de todos los gobiernos anteriores, enfatizando que la ha llevado más lejos que ningún otro gobierno del mundo. Al mismo tiempo, confirma la voluntad de paz «con las nacionalidades que formaban parte del imperio ruso, pero no quisieron quedar con nosotros». Aunque reitera una vez más los límites de esa política. Sólo habrá paz, dice, «mientras estas nacionalidades no participen en intrigas contra nosotros que les vinculen a la opresión imperialista, mientras no ayuden a ahogarnos». Pero la ocupación de Georgia unos meses antes, que por cierto no menciona en su discurso, es un caso que pone de relieve la elasticidad, ambigüedad y confusa interpretación de ese criterio.

Casi un año después, en octubre de 1922, vuelve a hacer un balance de la política nacional, aprovechando una entrevista con el periodista inglés M. Ferbman, cuyo contenido resulta más sugerente que el anterior. Reflexionando sobre las claves de la política nacional soviética, después de cinco años de experiencia, Lenin las condensa en unas ideas sencillas: a) satisfacer por completo las aspiraciones nacionales, b) crear condiciones que eliminan la causa de los conflictos naciona-

les, c)generar la confianza de unos pueblos con otros. En dicha entrevista confirma, por otro lado, que la política nacional no puede reducirse a unas consideraciones tácticas, del corto plazo, sino que forma parte de una visión más general, de largo plazo inter-nacionalista, esto es, del único sistema razonable de relaciones pacíficas y solidarias entre los pueblos. Por su interés merece la pena reproducir el párrafo más significativo a este respecto de la entrevista:

«Nuestra experiencia de cinco años en cuanto a la solución del problema nacional en un país poblado por un número enorme de naciones, lo que difícilmente ocurre en otro país, nos da la plena convicción de que en casos semejantes la única actitud justa hacia los intereses de las naciones es satisfacer por completo esos intereses y crear condiciones que excluyan toda posibilidad de conflictos por ese motivo. Nuestra experiencia nos ha infundido la firme convicción de que sólo la exclusiva atención por los intereses de las distintas naciones puede eliminar el temor de toda intriga y crear, en particular entre los obreros y campesinos que hablan lenguas diferentes, esa confianza sin la cual son absolutamente imposibles las relaciones pacíficas entre los pueblos y el desarrollo exitoso de todos los valores de la civilización actual» (O.C.,XXXV,379).

El hecho de que Lenin vuelva a retomar en el otoño de 1922 la importancia de la **actitud** con que se afrontan los problemas nacionales está íntimamente relacionado con el dato de que en esas fechas vuelve a inquietarse profundamente por los problemas de orientación de la política nacional a raíz del conflicto georgiano y de los planes de Stalin para la formación de la URSS. Desde ese momento, y hasta su retirada total y definitiva de la vida política tras el ataque que sufre en marzo de 1923, la cuestión nacional estará entre las cuestiones que Lenin reconsidera con toda la profundidad que le es posible, como si presintiera su muerte y le dominara la obsesión de dejar al menos enunciados sus pensamientos más íntimos.

El fruto más significativo de esta reflexión nacional de úl-

tima hora es su replanteamiento del internacionalismo **dentro** de los países soviéticos. Es más, él mismo pretende centrar la atención de los bolcheviques en ese punto y así lo recalca expresamente en su texto más acabado de este tiempo, las notas *Sobre el problema de las nacionalidades o de la autonomía*, cuando advierte que sus observaciones políticas concretas sobre los problemas del momento han de entenderse como una aplicación práctica de cual debe ser el planteamiento internacionalista entre los pueblos soviéticos.

Como es propio de toda su obra, Lenin parte primero de los datos concretos del problema, eligiendo en este caso los cuatro rasgos más significativos: a) la preponderancia rusa, b) la subordinación de los pueblos no-rusos, c) el chovinismo ruso y d) los particularismos nacionales de los no-rusos. A partir de una valoración de estos ingredientes, Lenin define el sistema de su relación interna en segundo lugar. Por último, trata de restablecer el punto de equilibrio del internacionalismo soviético a la luz de todo lo anterior. Pero véase más detenidamente.

1.—Retomando sus reflexiones del período de la guerra imperialista del 14, Lenin centra su atención en el análisis concreto de las naciones y los nacionalismos. Así como hay que distinguir naciones y naciones, dominantes y dominadas, grandes y pequeñas, consolidadas e incipientes, etc., de la misma manera, dice, han de diferenciarse unos nacionalismos de otros, pues es muy distinto el nacionalismo de las naciones grandes que el de las pequeñas, el de las naciones opresoras que el de las oprimidas, el de un pueblo desarrollado y consolidado que el de aquellos que apenas empiezan a balbucear. De aquí extrae una primera conclusión acerca de la improcedencia de utilizar el concepto de nacionalismo en un sentido unívoco. Según dice, «no tiene sentido formular en abstracto el problema del nacionalismo en general».

2.—El segundo paso consiste en hacer un diagnóstico sobre el carácter del nacionalismo preponderante en las circunstancias concretas de la URSS. Ese nacionalismo, propio de la nación grande, consolidada y dominadora, es el chovinismo

ruso, un nacionalismo omnipresente para Lenin, bien sea de forma consciente bien a través de prácticas inadvertidas. «Nosotros los nacionales de una nación grande, dice Lenin, nos hacemos casi siempre culpables, en la práctica histórica, de una infinidad de casos de violencia y de ultrajes, sin advertirlo» (O.C.,XXXV,487).

En su diagnóstico, Lenin traza un cuadro sombrío de la situación, pero realista. El chovinismo ruso, dice, está infectando de arriba-abajo todo el aparato político-administrativo soviético. Los pueblos no-rusos están indefensos ante la embestida de ese aparato («de ese canalla y ese opresor que es el típico burócrata ruso»). Los elementos soviéticos, solidarios, internacionalistas, de la revolución, pueden ahogarse «como una mosca en la leche en ese océano de la canalla gran rusa chovinista».

3.—El contrapunto de tal diagnóstico es una reflexión certera sobre los deberes internacionalistas de los miembros de la nación rusa:

«Por eso el internacionalismo por parte de las naciones opresoras, o así llamadas «grandes»,(...) debe consistir, no sólo en el respeto a la igualdad formal de las naciones, sino también en una desigualdad que compense, por parte de la nación opresora, de la gran nación, la desigualdad que prevalece en la práctica.

(...) Hay que compensar a los no rusos la falta de confianza, la sospecha y los insultos a que el gobierno de la 'Gran potencia' los sometió en el pasado» (O.C.,XXXVI,487 y 488).

La lucha contra la desigualdad de hecho de las naciones soviéticas era ya desde hace tiempo un objetivo preferente de la política nacional bolchevique (exactamente desde el X congreso del partido como se verá más adelante). En ese sentido, la reflexión de Lenin parecía repetir sin más unos enunciados ya integrados en la doctrina general. Pero Lenin no se queda ahora en reiterar la necesidad de ayuda a las naciones soviéticas periféricas a fin de promover su desarrollo económico, social y cultural, ni es ese el blanco principal de su re-

flexión en este momento, sino que centra su atención en **los problemas más políticos** relativos a esa tarea en las circunstancias presentes de la URSS.

Para Lenin, la lucha contra la desigualdad es, en primer término, una lucha política e ideológica «a muerte» contra el chovinismo ruso imperante en la propia sociedad soviética. Dicho de otra forma, es una lucha **contra el presente** de la URSS más que contra el pasado (producido por el zarismo). Y no tanto porque deban olvidarse los siglos de opresión que han producido la desigualdad nacional existente, sino porque el núcleo del problema estriba sobre todo, para Lenin, en la necesidad de poner el acento en los factores del presente que tienden a **reproducir la desigualdad**. Ya que se trata de luchar contra la desigualdad, lo primero es advertir cuáles son esos factores y, luego, combatirlos con firmeza. Para Lenin, el chovinismo ruso es el principal de los factores del presente que reproducen la actitud prepotente del grande con el pequeño, que restablecen los viejos hábitos de la potencia dominadora, que excitan la animosidad de las pequeñas naciones. Por todo ello, Lenin define la lucha ideológica y política contra el chovinismo ruso como el blanco principal de la política internacionalista soviética.

El otro rasgo distintivo del internacionalismo soviético debe ser, según Lenin, la exigencia de dar un tratamiento diferenciado a los nacionalismos locales. A este respecto, evita expresamente adoptar la actitud de quien denuncia o condena unas posibles desviaciones nacionalistas anti-soviéticas. No ya sólo la excluye, sino que pone el acento, como en otras ocasiones, en su explicación política, esto es, en las causas de fondo pasadas y presentes que definen la situación real de las pequeñas naciones soviéticas, sus reacciones, prejuicios, experiencias, y, después, en el tratamiento político que deben dar los bolcheviques rusos a las tendencias nacionalistas locales. La exigencia de una actitud general de prudencia e indulgencia con sus manifestaciones, la predisposición a exagerar las concesiones, la advertencia contra los acusadores habituales de supuestos desviacionismos nacionalistas, definen de un

modo general las pautas del tratamiento exigido por Lenin para las relaciones entre sí de las naciones soviéticas.

Este planteamiento político de Lenin iba **a contracorriente** de la mayoría bolchevique y, en particular, de su dirección máxima, dado que en ese momento predominan los aires autocomplacientes con los resultados alcanzados por la política nacional —calificados como óptimos—, no había una preocupación especial por el chovinismo ruso (es más, el aparato ruso tendía a concebirse como el garante de la consolidación soviética) y comenzaba, por el contrario, a tomar bastante cuerpo el ataque a los nacionalismos locales, en los cuales se veía el obstáculo político por excelencia que podía frenar el avance de la soviétización. Por resumirlo en una idea, Lenin **invierte** los términos de la política oficial de aquel momento. Reserva la condena para el chovinismo ruso y la magnanimidad para los nacionalismos locales. Justo al revés de lo que por entonces venían haciendo ya el aparato y sobre todo Stalin.

El X Congreso del partido bolchevique

El X Congreso se celebra en marzo de 1921, en el momento más álgido de la crisis del régimen soviético. Cuando se inician sus debates ya ha estallado la rebelión de Kronstadt y el congreso tendrá que acelerar sus sesiones para poder enviar varios centenares de delegados al frente de las tropas que sofocarán el amotinamiento. Ese contexto dramático da más relevancia a los asuntos relacionados con la crisis que allí se discuten, de manera que será conocido como el congreso de la NEP y de la unidad del partido (frente a la plataforma de la oposición obrera encabezada por Alejandra Kollontai y frente a la fracción de Trotsky y Bujarin sobre el papel de los sindicatos). Pese a su menor trascendencia en comparación con esos asuntos, se da también en este congreso una discusión importante sobre el desarrollo de la política nacional soviética de cara a la nueva situación abierta tras el fin de la guerra civil.

Como venía siendo ya tradicional en los últimos congresos, Stalin es el encargado de preparar las tesis del comité central sobre la política nacional y quien las defiende asimismo ante los delegados del congreso ⁹. El hilo conductor de las tesis elaboradas para esta ocasión es un canto a las realizaciones nacionales del régimen soviético, recogiendo el sentimiento generalizado entre los bolcheviques, y también en Lenin, de que se trataba de uno de los logros más patentes de la revolución. Frente al fracaso de las soluciones nacionales burguesas, Stalin constata el éxito de la solución soviética y destaca sus rasgos más sobresalientes.

Así pues, destaca por un lado su dimensión de ser una solución radicalmente diferente a las conocidas por los pueblos, en una época imperialista de agudización de la opresión nacional. Por su imagen de ser una política basada en la voluntariedad y en el llamamiento a la libre cooperación, se ha conseguido eliminar las desconfianzas nacionales entre los pueblos, dice Stalin, y, lo que es aún más importante, esa política ha sido una de las causas principales de la propia victoria soviética.

Alaba, por otra parte, la flexibilidad del sistema federativo soviético a la hora de acoger las diversas realidades nacionales con fórmulas variadas. Gracias a ello se ha podido poner en pie, según Stalin, una comunidad de fines militares y económicos entre los pueblos para apoyarse mutuamente en su desarrollo. Los pueblos del antiguo imperio ruso han comprendido que la necesidad les empujaba a unirse y que ninguno puede mantenerse libre, por separado, en la época del imperialismo.

En la parte práctica de las tesis, Stalin incluye la innovación de concentrar los objetivos de la política nacional soviética en la tarea de «ayudar a las masas trabajadoras de los pueblos no gran rusos a alcanzar a la Rusia Central más adelantada» en su desarrollo económico, político y cultural. Enfatiza esta tarea apoyándose en la afirmación de que la revolu-

⁹ Stalin. O.C., tomo V, págs. 16 a 31.

ción ya ha establecido la igualdad de derechos de los pueblos y queda pendiente, en cambio, la lucha por la igualación de hecho de unas naciones cuyo atraso es el resultado de la política zarista de opresión.

Una vez establecido dicho objetivo, las tesis no aportan excesivas indicaciones sobre su aplicación y desarrollo, aunque resumen, eso sí, lo que ya se viene haciendo en los campos cultural e institucional fundamentalmente. Sobre los aspectos político-económicos —y tras hacer una aparente clasificación de los pueblos no rusos atrasados meramente descriptiva y escasamente sugerente— se limita a concretar la exigencia de la recuperación de las tierras fértiles, en aquellos pueblos que sufrieron la ocupación de colonos rusos bajo el zarismo, y a definir la necesidad de ayudarles (a los pueblos atrasados) «a liquidar las supervivencias de las relaciones patriarcal-feudales».

Sus tesis desaconsejan, asimismo, la inercia de querer transplantar «mecánicamente» las medidas económicas adoptadas en la Rusia central al plantearse la edificación soviética de los pueblos atrasados, exigiendo, por el contrario, un esfuerzo de adaptación a «todas las particularidades de la situación económica concreta, de la estructura de clase, de la cultura y del modo de vida de cada nacionalidad». Pero, dado que la práctica totalidad de los pueblos a que se refieren sus tesis son musulmanes, esas alusiones tan generales hacen más patente la ausencia de la menor alusión concreta a la especificidad religioso-cultural del mundo musulmán; igual que en el II congreso de la Internacional Comunista, da la impresión de que ese problema no se domina y es mejor no mencionarlo por tanto. De otro lado hay que decir que el punto fuerte de la argumentación de Stalin —cuando señala que las medidas económicas adoptadas en la Rusia central son «aplicables únicamente a otro grado de desarrollo económico»— rezuma una visión economicista del régimen soviético y no deja entrever ninguna reconsideración autocrítica de la política rusa en el período del «comunismo de guerra».

Llama la atención, por último, el lugar destacado que ocu-

pa en la parte práctica de las tesis **la condena** de la doble desviación chovinista-nacionalista presente en el partido: a) la del chovinismo gran ruso que disminuye la importancia de las particularidades nacionales o bien las menosprecia y b) la de los comunistas naturales del país que exageran la importancia de los factores nacionales mientras dejan en la penumbra los intereses de clase de los trabajadores y no se han liberado totalmente del fantasma del pasado (pues, indirectamente, así es como define Stalin la opresión nacional, a la altura de 1921, como «un fantasma del pasado»). Aunque en la letra de su texto dice formalmente que debe ponerse en primer término la condena del chovinismo colonizador, toda la estructura de esta parte de las tesis, el escaso énfasis puesto en indagar cual es la relación interna entre ambas tendencias, la ausencia de una valoración de una y otra tanto desde el punto de vista de la historia pasada como desde el de su significación política en el presente, permiten interpretar que Stalin coloca ambas desviaciones en un mismo plano, de forma salomónica.

Las intervenciones de algunos delegados tienen un sentido más autocrítico, insistiendo en los muchos e importantes errores cometidos por el partido bolchevique, desde la revolución, en la política nacional. Así, el ucraniano Zatonskij se refiere a un problema no mencionado por Stalin, de gran transcendencia ya en esos momentos posteriores a la guerra civil, cual es la amplitud alcanzada en el partido por la idea de que la revolución soviética debe restablecer la Rusia «una e indivisible», confundiendo de esta forma la unidad soviética, su original federación, con el concepto tradicional de la indivisibilidad territorial del imperio ruso. Por otra parte, Safarov recuerda con estas palabras que la desconfianza nacional sigue viva en los pueblos periféricos:

«Las poblaciones locales están tradicionalmente embebidas de desconfianza hacia la civilización rusa. Los kirguises llegan al punto de tener proverbios aún largamente difundidos como por ejemplo: ‘compensa con dinero a quien mate a un ruso’; ‘si tienes un amigo ruso, guárdate una piedra en la ca-

misa'. En los tiempos más lejanos, para el kirguis, el ruso era el funcionario, el policía, el opresor y el ladrón» ¹⁰.

Las palabras de Safarov tienen una particular significación, pues acaba de llegar del Turquestán y forman parte del informe colegial elaborado por la comisión plenipotenciaria enviada allí, desde finales de 1919, para supervisar y corregir la política soviética. En ese informe hay una cruda descripción del carácter colonialista que tienen el partido comunista y el régimen soviético del Turquestán. Ambos aparecen como protectores, de hecho, del conjunto de la comunidad rusa frente a la autóctona; siendo lo más grave, la descripción de un partido bolchevique cuyas filas están casi vacías de comunistas nativos mientras abundan los representantes del viejo orden colonial entre sus miembros ¹¹.

Pero, aparte de mostrar de manera tan gráfica que la opresión nacional **no es un fantasma del pasado**, sino una realidad bien tangible del presente, el informe de dicha Comisión tiene la virtud de apuntar nítidamente hacia sus bases materiales en el presente. Estas radican en «la continuación automática de las relaciones coloniales de viejo corte tras la fachada soviética», esto es, en la reproducción tras la revolución de una realidad colonial por la cual se convertía de hecho en un ser privilegiado el ruso habitante de no pocos territorios periféricos, aunque se tratara de un ruso proletario ¹².

¹⁰ Recogido de Iván Dzjuba, «*Opresión de las nacionalidades...*», obra citada, pág. 118.

¹¹ Idem, pág. 119. «Bien, ¿quién ha conseguido penetrar en el partido en aquella región?... El antiguo funcionario ruso. Anteriormente se había apoyado en los imperialistas, pero cuando se hundió éste, su elemento de sostén (...) el antiguo funcionario ruso comprendió que frente a la enemistad nacional del Turquestán había que instaurar no importa cual autoridad, a condición de que esta autoridad fuese rusa. Así es como el partido se contaminó porque no hemos conseguido atraer directamente al partido elementos del proletariado y del semiproletariado local (...) Quien realmente penetró en nuestras filas es el párroco de la comunidad, el policía ruso, el Kulak de Semirechie...».

¹² Safarov manejó en su informe el dato significativo a este respecto de

Las intervenciones críticas no encuentran demasiado eco en el X congreso, posiblemente por la existencia de un sentimiento generalizado de que las cosas iban bien al menos en el terreno nacional, sentimiento que se percibe desde luego en las propias tesis de Stalin. El caso es que el congreso aprueba las tesis, tras haber recogido algunas enmiendas de Safarov que el mismo Stalin aconseja incluir, aunque reduciendo su validez a un pequeño número de pueblos, pero sin que se suscitara una discusión más amplia sobre algunas cuestiones inquietantes que allí se habían planteado. Es más, Stalin se permite decir, con un tono distendido, que «esperaba más» de los delegados intervinientes y no se siente obligado a replicar las críticas vertidas sobre la política nacional soviética. Dado el ambiente existente, le basta con reafirmar el acierto de las tesis y descalificar de paso, con cierta habilidad, a los críticos.

Hay que señalar, finalmente, que durante las sesiones del X congreso no se registra ninguna intervención de Lenin sobre la política nacional, bien porque otros asuntos de mayor entidad en su escala de preocupaciones requieren toda su atención, bien porque esté de acuerdo en el fondo con las orientaciones prácticas que pretende impulsar el congreso en cuanto a la política nacional, o bien por ambas cosas a la vez. Pero debe reseñarse, en cualquier caso, que las tesis presentadas al congreso habían sido aprobadas previamente por el comité central del partido, con el voto favorable de Lenin. (Dicho sea de paso, una nota editorial de las Obras Completas afirma que las tesis fueron elaboradas por una comisión «bajo la dirección de Lenin», lo que suena a una fórmula protocolaria sin más, ya que tienen el sello inconfundible de la literatura de Stalin)

Dada la manera de ser de Lenin, la ausencia de indicios o de motivos concretos de inquietud en ese momento acerca de la política nacional puede interpretarse como una prueba en

que los kulaks rusos de la región de Semirechie habían aumentado su propiedad en los años de la revolución. Idem, págs. 120.

favor de que la considera en buenas manos y de que aprueba su orientación práctica. Pero, de cualquier manera, su silencio no confirma la inexistencia de motivos de preocupación. Independientemente de que Lenin no los percibiera entonces, los había y bien notorios, como los denunciados por Safarov y Zatonskij en el propio marco del congreso o como el caso de Georgia casi simultáneo a su celebración.

Puede comprenderse el hecho de que los problemas de la política nacional quedaran relegados en la crítica situación que atravesaba entonces el régimen soviético. En términos estrictamente comparativos, está claro que había otros asuntos más graves o que producían mayores quebraderos de cabeza al menos. Mas esto es una explicación incompleta del silencio de Lenin en el X congreso.

Cuando un año y medio después se inquieta profundamente por la orientación de la política nacional, el que cambia es Lenin y no tanto la realidad, pues los fenómenos que entonces le producen un gran desasosiego venían ya manifestándose en mayor o menor grado desde los inicios de la revolución y son muy similares a los mencionados por los críticos de Stalin en el X congreso.

La diferencia entre ambas situaciones radica en que el Lenin del X congreso es una persona abrumada por los problemas **inmediatos** de la revolución y que apenas inicia entonces la reflexión sobre sus problemas más de fondo no resueltos en una perspectiva prolongada de aislamiento; mientras que en los últimos meses de su vida política —favorecido tal vez por una situación de retiro forzoso, debido a su enfermedad, que le aligera de las ocupaciones inmediatas y pragmáticas del gobierno— toda su atención está volcada en esa reflexión y se ve a un Lenin hipersensible en registrar cualquier dato que pueda venir a cuento de los problemas de orientación general de la política soviética.

Como contrapunto de lo dicho hasta aquí, hay que apuntar que el X congreso es interpretado entre los bolcheviques como un congreso que ha decidido la obligación de impulsar una política muy resuelta de ayuda a los pueblos periféricos.

Así lo confirma, por ejemplo, la carta a Lenin ¹³ de uno de los dirigentes del movimiento tártaro, Said Galiev, en la que éste la resume de la siguiente forma:

«¿Estoy en lo cierto si me atengo a la opinión de que, si se interpreta correctamente la resolución del X Congreso del partido sobre el problema nacional, en el proceso de su aplicación los comunistas de la nación antes dominante, que están en un nivel superior en todos los aspectos, deben desempeñar el papel de pedagogos y niñeras con respecto a los comunistas y a todos los trabajadores de las nacionalidades antes oprimidas, cuyo nombre ha sido dado a cada república autónoma (región o comuna), y en la medida en que estos últimos crezcan los primeros deben cederles su lugar?...»

La invasión de Georgia y el conflicto sobre la Federación Transcaucásica

En estos años Georgia es el punto donde se registra una mayor conflictividad nacional. Esta se manifiesta, en primer lugar, en la ocupación de su territorio por el ejército rojo y en el derrocamiento del gobierno menchevique, tras tres años de mantener un Estado propio y cuando acababa de ser reconocido como tal por el Consejo Supremo de los aliados. Con la ocupación vendrán luego los problemas derivados de una soviétización forzosa, problemas que según E.H. Carr ¹⁴ se prolongan casi hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial y cuya expresión más álgida se produce, ya muerto Lenin, en la insurrección de septiembre de 1924. A lo

¹³ Lenin, O.C., XL, 354. Bien es verdad que el motivo central de la carta es interrogarle a Lenin sobre la existencia de dos corrientes dentro del comunismo tártaro autóctono: la una, para simplificar, más comunista, y la otra, según dice, con «un matiz de nacionalismo pequeño-burgués claramente evidenciado».

¹⁴ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, pág. 368.

anterior se añade, desde mediados de 1922, el conflicto interno de los propios bolcheviques, una parte de los cuales se opone insistentemente a aceptar el plan de incorporar Georgia a la URSS mediante una fórmula interpuesta que no resulta de su agrado: la constitución de una Federación Transcaucásica junto con Armenia y Azerbaijan.

La invasión de Georgia por el ejército rojo se inicia el 11 de febrero de 1921, bajo la responsabilidad directa de Stalin y Ordzhonikidze, según dice Trotsky, y parece estar suficientemente probado. Tres días después, el politburó bolchevique sanciona la intervención, mientras Trotsky se encuentra en los Urales, pero esa decisión se oculta, no ya sólo al Comisario de Guerra, Trotsky, sino también al propio comandante en jefe del ejército rojo, Sergei Kamenev, presente entonces en Moscú. Una carta de éste último, fechada el 17 de febrero, se refiere al «hecho consumado» de la invasión de Georgia «por iniciativa del mando del II Ejército», a cuyo frente se encontraba entonces Ordzhonikidze. Y el propio Trotsky, nada más enterarse de los acontecimientos, el 21 de febrero, redacta un telegrama ordenando una investigación para esclarecer «cuándo comenzaron» las operaciones contra Georgia y «por orden de quién»¹⁵. Unos pocos días más tarde, el 25 de febrero, se constituía la República Soviética Socialista de Georgia.

El hecho de que la ocupación de Georgia siguiera el curso concreto que acaba de mencionarse no ha de oscurecer otro dato aún más relevante. Las discrepancias en la cúpula bolchevique afectaban al cuándo y al cómo llevar a cabo la incorporación de Georgia, pero de ningún modo a la decisión de realizarla. El mismo Trotsky así lo confirma con toda claridad en su biografía de Stalin:

¹⁵ Trotsky. *Stalin*, pág. 394. Más adelante, pág. 520, Trotsky afirma: «pero el 21 de febrero de 1921 destacamentos del Ejército Rojo habían invadido Georgia por órdenes de Stalin y nos habían puesto ante un hecho consumado».

«La Georgia menchevique no podía resistir. Eso lo comprendíamos todos. Sin embargo no había unidad en cuanto al movimiento y a los métodos de soviétización. Yo era partidario de un período preliminar de trabajo dentro de Georgia, a fin de desarrollar la sublevación y acudir después en su ayuda. Pensaba que después de la paz con Polonia y la derrota de Wrangel, no había peligro directo por lo que el desenlace podía aplazarse» ¹⁶.

Por otra parte, esas mismas condiciones, la garantía de éxito y que tuviera el carácter de ayuda a una sublevación interior, aparecen asimismo en una carta secreta de Lenin, reproducida íntegramente por Trotsky años después ¹⁷.

Parece claro que los verdaderos motivos de fondo de la decisión de incorporar Georgia al régimen soviético se encuentran en la propia importancia económica y estratégica de ese territorio, acrecentada tras la soviétización del Azerbaijan y Armenia. Dada su ubicación, Georgia era un nudo clave para las comunicaciones por ferrocarril de esos dos países con Rusia y para su abastecimiento mutuo; de otro lado, el oleoducto por el que se exportaba el petróleo de Bakú atravesaba toda Georgia hasta el puerto de Batum en el Mar Negro. Y, estando así las cosas, resultaba mucho más cómodo resolver esas necesidades con una Georgia soviética que mediante unas relaciones contractuales, de Estado a Estado, susceptibles de quebrarse en cualquier momento por la ingerencia de las potencias occidentales. Este motivo ya está presente en Lenin, si bien con las vacilaciones señaladas en el capítulo anterior. Y lo expresa con meridiana claridad Stalin, en unas declara-

¹⁶ Idem, pág. 395.

¹⁷ Dicha carta, sin fecha, pero probablemente del 14 de febrero, decía lo siguiente, bajo la advertencia de su carácter «absolutamente secreta».: «El Comité Central estaba inclinado a permitir que el II Ejército ayudase activamente la sublevación de Georgia y la ocupación de Tiflis, ajustándose a las normas internacionales y siempre que todos los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra II, después de examinar seriamente todos los testimonios, estén seguros del éxito(...)».

ciones efectuadas al Pravda el 30 de noviembre de 1920, cuando dice:

«La gran importancia del Cáucaso para la revolución se debe no sólo a que es una fuente de materias primas, de combustibles y víveres, sino también a que está situado entre Europa y Asia, en particular, entre Turquía y Rusia, y a que hay en él rutas de suma importancia económica y estratégica (Batum-Baku, Batum-Tabriz, Batum-Tabriz-Erzerum) (...) ¿Quién se afianzará, a fin de cuentas, en el Cáucaso?, ¿quién dispondrá del petróleo y de los importantísimos caminos que llevan al interior de Rusia?, ¿la revolución o la Entente?. En eso consiste toda la cuestión» (Stalin, O.C.,IV,429).

Otro motivo real, aunque referido en este caso a la oportunidad del momento, al cuándo de la intervención, es la percepción de la debilidad del gobierno menchevique georgiano frente a la mayor fortaleza soviética en lo militar, ya consagrada con la victoria en la guerra civil, y en lo económico. Desde la retirada británica, el Estado georgiano contaba con la simpatía ideológica de las potencias occidentales y sobre todo de la socialdemocracia europea, pero esa simpatía no se traducía ya en una ayuda efectiva y menos en una ayuda militar. El riesgo de una intervención militar de las potencias en su apoyo era escaso en aquella coyuntura, aún marcada por la crisis de la postguerra del 14, como se confirmó de hecho.

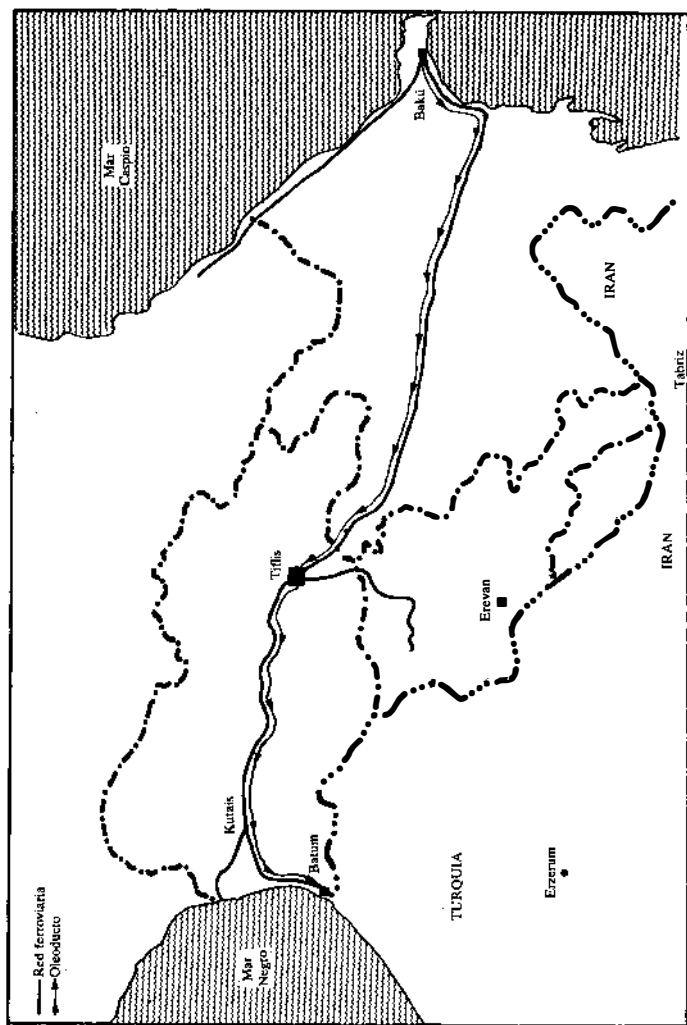
De otro lado, la debilidad del gobierno menchevique se había agudizado con la catástrofe económica que tiene lugar entonces en todos los países del antiguo imperio ruso. Sin ayuda militar del occidente y abandonado de hecho a sí mismo, el sistema económico georgiano atravesaba una crisis de subsistencia, de alimentos y de combustibles, y se encontraba estrangulado por los países soviéticos circundantes. En la misma entrevista de noviembre de 1920, Stalin hace un diagnóstico perspicaz de la debilidad georgiana: anuncia que Georgia —sin el petróleo de Bakú, sin los cereales rusos— «está viviendo sus últimos días» y se atreve a aventurar que las potencias abandonarán al régimen georgiano menchevique «en

un momento crítico». En consecuencia, sólo faltaba esperar el momento más propicio y éste llegó con ocasión de una disputa fronteriza del régimen georgiano con el gobierno soviético de Armenia.

Consignados los motivos más reales o de mayor peso en la decisión de incorporar Georgia, es difícil establecer si estuvieron presentes, además, otros que pudieran justificar el criterio señalado por Lenin de que el régimen soviético viviría en paz con las naciones vecinas siempre y cuando éstas no amenazasen «su propia existencia». El alcance de este interrogante afecta no ya sólo a la validez de ese criterio en sus aplicaciones prácticas, sino también a la necesidad de disentir las razones de una aplicación tan diferenciada para Georgia (o Armenia) de la que se lleva a cabo en los países bálticos en cambio.

La primera de las razones que conviene examinar a este respecto, si Georgia era una amenaza real para la existencia del poder soviético, la descartan los propios dirigentes bolcheviques de hecho tal y como ha quedado expuesto, tanto en lo que se refiere a la posibilidad de un peligro directo, pues la Georgia menchevique no estaba en condiciones de hacer la guerra por sí misma contra los países soviéticos, según apreciaban Stalin y Trotsky, como en lo relativo a la previsión de que las potencias no iban a acudir en su ayuda en aquella coyuntura y de que no se iba a organizar por tanto un conflicto internacional con motivo de una intervención soviética. Descartada la amenaza inmediata, quedaba pendiente sin embargo la posibilidad de que, en otras circunstancias, una Georgia independiente pudiera convertirse en una amenaza real ¹⁸. Y parece claro que, entendida en ese sentido, como una amenaza pospuesta, pero permanentemente **abierta**, para la esta-

¹⁸ «La Entente (...) no está dispuesta a dejar a un lado las armas y, por lo visto, piensa desplazar el teatro de las operaciones militares al sur, a la Transcaucasia, y es muy posible que Georgia, cumpliendo sus obligaciones de entretenida de la Entente, no se niegue a prestarle un servicio», había escrito en octubre de 1920. Stalin, O.C., IV, pág. 400.



21. Las repúblicas transcaucásicas.

bilidad soviética en el área del Cáucaso, ha de concedérsele una entidad real.

La segunda razón, la participación en intrigas internacionales contra el poder soviético, resulta más difícil de valorar debido a la ambigüedad intrínseca de ese criterio manejado por Lenin. Está claro que el régimen menchevique había traspasado los límites de la prudencia política, cegado por su especial animosidad antibolchevique. El mismo Lenin solía quejarse a menudo de que los mencheviques georgianos se habían convertido en el núcleo emisor más activo de las patrañas sobre el poder soviético que solía difundir la prensa burguesa occidental; y un historiador como E.H. Carr no duda en valorar de «poco prudente» su avidez por granjearse «el favor de los principales enemigos de la Rusia soviética»¹⁹. Pero, más allá de las repercusiones internacionales en la propaganda ideológica antibolchevique, tal hostilidad no había alcanzado extremos tan graves como en el caso de Finlandia, por ejemplo. En este último caso, pese a haberse traducido en un baño de sangre del amplio sector probolchevique, ello no había sido una razón suficiente sin embargo para desechar la búsqueda de una política de coexistencia pacífica y apurar al máximo las posibilidades de firmar un tratado de paz. De modo que una acusación como la esgrimida sutilmente por el periódico del Comisariado de las Nacionalidades para justificar la intervención soviética, la acusación de que en Georgia se arrestaba a los bolcheviques²⁰, no es sino una anécdota menor comparada con las matanzas de Finlandia o la reclusión en campos de concentración de muchos miles de socialistas fineses probolcheviques.

El análisis de los hechos, por otra parte, no confirma que se hubiera intentado apurar lo más posible una solución política como la aplicada en los países bálticos. Nueve meses después de la firma del tratado soviético-georgiano, y sin que se hubiera constatado un fracaso flagrante en la exploración de

¹⁹ E.H. Carr, obra citada, tomo 1, pág. 367.

²⁰ *idem*.

esa vía política, sobrevino la intervención y quedaron despedadas, manu militari, las dudas manifestadas por Lenin en ese tiempo sobre el futuro de las relaciones entre Georgia y la Rusia soviética. Durante esos meses, E.H.Carr ²¹ menciona una abundancia de noticias acerca del régimen georgiano en la prensa soviética, por lo general referidas al comportamiento chovinista del gobierno menchevique con los pueblos vecinos o bien con los pequeños pueblos diferenciados en su territorio (abjazos, ossetinos y adjaros). Pero tales acusaciones, independientemente de que fuesen ciertas, más bien parecían un pretexto que causas justificantes de una intervención. Y aun en el caso de una intervención justificada por tal motivo, bien hubiera podido limitarse a ejercer una presión correctora de esas situaciones, sin significar forzosamente la ocupación permanente y su soviétización, cosa que no sucedió de hecho.

Tras lo expuesto hasta aquí, puede concluirse que el caso georgiano no es un ejemplo edificante en la aplicación de la doctrina nacional soviética enunciada por Lenin, sino que es, por el contrario, un caso sobre el que se cierne la sospecha de que las razones del momento y de la oportunidad, de la coyuntura política y de la correlación de fuerzas, resultaron ser los factores determinantes de una aplicación bien diferente a la efectuada en los países bálticos.

Por consiguiente, es en la consideración de la importancia económica y estratégica de Georgia, en la anomalía que suponía su existencia independiente para el funcionamiento soviético normalizado de todo el área del Cáucaso, en su debilidad y relativo aislamiento, en su menor consolidación nacional y en la inexistencia de un movimiento nacional propiamente dicho ²², en su carácter de país «asiático» y tanto me-

²¹ idem.

²² «A decir verdad, el nacionalismo de los mencheviques no era muy genuino. Ni bajo el zar ni bajo Kerensky reclamaron jamás la independencia de su país: su máxima aspiración era cierto grado de gobierno propio dentro de la Rusia federal. Bajo Kerensky se opusieron enconadamente a la sepa-

nos conocido para el mundo occidental, en la previsión bolchevique de poder resolver el problema georgiano con relativa facilidad, donde han de buscarse las razones reales que inclinaron la posición final bolchevique.

Partiendo de una consideración pragmática, estaban en condiciones de realizar con éxito una intervención militar, el momento político era bueno y hasta podía presentarse como la solución menos problemática de hecho. Mientras que la animosidad antibolchevique del régimen georgiano, su servilismo a las potencias occidentales, su imprudencia política, prestaban cierta cobertura a la intervención desde el punto de vista doctrinal bolchevique incluso.

Es difícil establecer la responsabilidad directa de Lenin en todo este asunto. En diciembre de 1920 se le ve al tanto de las informaciones que definen la situación interior georgiana «al borde de una catástrofe», aunque por ese mismo tiempo hace alarde de pacifismo y se muestra extremadamente cauteloso sobre el futuro: «ni Alá lo sabe», responde, a la pregunta de qué ocurrirá más adelante en Georgia ²³. A partir de entonces hay un silencio sobre la cuestión georgiana, coincidiendo con el momento en que las disensiones del partido bolchevique, la discusión sobre los sindicatos, la preparación de la NEP y la crítica situación del régimen soviético, atraen toda su atención.

A primeros de febrero de 1921 es cuando Lenin se inclina al fin por la intervención, aunque condicionada a un informe unánime de todo el consejo revolucionario del ejército del Cáucaso sobre las garantías de su éxito, exigiéndoles ajustarse a las normas internacionales y, en todo caso, como elemento de apoyo a la sublevación interna. Según dice Deutscher ²⁴, la noticia de que la sublevación ha estallado ya en Georgia, mediante una información manipulada y deformada, es la cla-

ración de cualquier territorio fronterizo, fuera Finlandia o Georgia, de Rusia. Su patriotismo de nuevo cuño era tan sólo una forma de su oposición al bolchevismo» Isaac Deutscher, «*Stalin...*», obra citada, pág. 226.

²³ Lenin. O.C., XXXIV, 216.

²⁴ Deutscher. «*Stalin...*», obra citada, pág. 227.

ve de tal decisión. Por otra parte, ha de tenerse en cuenta el testimonio del mismo Lenin, quien en un discurso en fecha tan significativa como el 28 de febrero, es decir, tres días después de haberse constituido ya la RSS de Georgia, hace gala sin embargo de un notable desconocimiento de los acontecimientos, a la vez que da pábulo a la acusación hecha por Deutscher ²⁵.

De cualquier forma, lo más significativo de la posición de Lenin a este respecto es su despreocupación por las cuestiones del método y de forma; o, dicho de otro modo, su despreocupación por el hecho, en sí mismo, de la intervención y ocupación militar. En las circunstancias antes consideradas, la intervención y la ocupación militar sólo aparecen como problemas en tanto que se llevan a cabo mediante métodos inadecuados. Y aun ello de un modo relativo, porque pueden corregirse sus efectos más negativos desde el poder soviético una vez instalado éste.

Creo que en el caso georgiano vuelve a manifestarse el Lenin pragmático y bienintencionado, como en Armenia o en el momento de la intervención en Polonia, que cree en la bondad de sus fines, aunque sea preciso llegar hasta ellos en ocasiones a través de caminos poco puros. Esa convicción queda patente en ese mismo discurso del 28 de febrero cuando dice: «lo que demostramos en occidente, lo demostraremos en oriente: donde existe el poder soviético está excluida toda opresión nacional. De esto depende en definitiva el resultado

²⁵ La alusión de Lenin es la siguiente: «El tercer problema internacional es el de los acontecimientos en el Cáucaso. Allí se han producido recientemente acontecimientos de gran importancia, cuyos detalles desconecemos hasta ahora, pero implican que estamos al borde de una importante guerra. El choque entre Armenia y Georgia no pudo sino preocuparnos y aunque estos acontecimientos convirtieron la guerra armenio-georgiana en insurrección en la que también participó una parte de las tropas rusas. El resultado de todo esto fue que, por el momento, la suerte se volvió contra la burguesía armenia que había estado complotando contra nosotros, porque en Tiflis, según los últimos informes aún no confirmados, se estableció el poder soviético». O.C., XXXIV, 440. Las alusiones de ese discurso a lo que había acontecido ya en el Cáucaso no pueden ser más confusas ciertamente.

de la lucha; y en última instancia, la fuerza obrera y campesina será mayor y mejor que la de los capitalistas». Convencido de que el régimen menchevique no ha conseguido prender en la población, lo de menos es su derrocamiento por una fuerza exterior —se puede suponer que piense Lenin—, si el nuevo régimen soviético demuestra pronto su superioridad en todos los terrenos.

Con todo, es preciso señalar que Lenin en ningún momento adopta una posición terminante en favor de la intervención. Todas sus referencias escritas, incluso las más delicadas, como son sus telegramas secretos al mando militar, tienen un aire distanciado, vacilante, como si no se hiciera cargo del alcance real de las operaciones emprendidas por el ejército del Cáucaso o como si se encontrase ante un hecho inevitable. Pero, de otra parte, tampoco se le ve expresar el sentimiento de haber cometido un error; pues, en cualquier caso comparte la bondad de la intención final: sovietizar Georgia.

Debido a la diferencia de la fuerza militar entre ambas partes, pero también sin duda a la crítica situación social de Georgia, la intervención fue rápida y se realizó «con pleno éxito», según dice Trotsky ²⁶. Una parte del territorio georgiano, la zona de Batum, donde se había replegado el gobierno menchevique, quedó incorporada a la nueva república soviética georgiana a mediados de marzo, tras un acuerdo por el cual los mencheviques cedían pacíficamente ese territorio a cambio de que se les garantizase su inmunidad. Con motivo de ese acuerdo, Lenin lamentará públicamente la pérdida para la Georgia soviética de los numerosos mencheviques que prefirieron el exilio en vez de hacer uso de la inmunidad acordada ²⁷. En sus planes de sovietización, igual que un año antes, seguía habiendo un pensamiento de concordia y arreglo con los mencheviques.

Desde marzo de 1921 y hasta su retirada definitiva de la vida política, prácticamente la totalidad de la atención de Le-

²⁶ Trotsky. *Stalin*, obra citada, pág. 395.

²⁷ Lenin. O.C., XXXV, 176.

nin a la política nacional está motivada directa o indirectamente por los asuntos caucásicos y en particular por los de Georgia. El 2 de marzo escribe una carta a Ordzhonikidze que trasluce su avidez por contrastar la opinión de éste sobre tres cuestiones fundamentales a su juicio en la política soviética georgiana: 1) la creación de un ejército rojo **georgiano**, 2) una política de concesiones a la intelectualidad y a la pequeña burguesía locales, y 3) la búsqueda de un compromiso aceptable con el dirigente menchevique Jordana o «mencheviques georgianos de su mismo tipo» (O.C.,XXXIV,450).

Una semana después, el 10 de marzo, en medio de las sesiones del X congreso, se le ve hacer un hueco para trazar unas directrices sobre la política de soviетización en Georgia. Redactadas en términos de un mandato imperativo se ordena en ellas a las unidades militares soviéticas que se subordinen a las autoridades políticas georgianas en todas sus actuaciones, que respeten «los órganos soberanos» de Georgia y tengan una prudencia especial con la población georgiana, conminándoles a informar sobre cualquier violación de esas órdenes. «aunque sean los más pequeños roces o malentendidos con la población local» (O.C.,XXXV,122).

En abril de 1921 escribe una carta pública a los comunistas de las cinco repúblicas del Cáucaso ya constituídas (Azerbaijan, Armenia, Georgia, Dagestán y República de los montañeses) en la que expresa de un modo claro y sencillo todas sus inquietudes sobre la política nacional soviética en ese área (O.C.,XXXV,186-188). Haciendo una alusión indirecta al pasado tumultuoso y tan conflictivo de animosidades nacionales entre los diversos pueblos del Cáucaso, Lenin les expone la necesidad de edificar «un modelo de paz nacional» que entierre la historia anterior.

Pero el motivo central de esa carta es una exhortación a explorar y crear un camino propio de soviетización, sin copiar la táctica seguida en Rusia. Para Lenin, la clave de ello está en captar la peculiaridad del Cáucaso en todos los órdenes, en la estructura social, en las posibilidades económicas del área, en la composición nacional tan abigarrada de su pobla-

ción o hasta en la misma posibilidad —que no la tuvo Rusia— de consolidar sus regímenes soviéticos sin guerras de por medio. Apoyándose en esas peculiaridades, Lenin entiende que la transición al socialismo **puede y debe** seguir otros derroteros que los conocidos en Rusia.

En un sentido, dadas las singularidades de su estructura social y del momento político, por la necesidad de acometer una transición más lenta y más cautelosa, según les dice Lenin: «Ustedes tendrán que tener más moderación y tacto y demostrar mayor disposición a hacer concesiones a la pequeña burguesía, a la intelectualidad y, en especial, al campesinado». Pero en otro sentido les advierte de que pueden realizar una transición «más sistemática», «más metódica», incluso, a la experimentada en la Rusia soviética, habida cuenta de la riqueza de sus recursos mineros y energéticos, las posibilidades de lograr una agricultura próspera mediante la extensión de la irrigación y la electrificación, su buena situación para comerciar con los países extranjeros, etc.

También por esas fechas se le ve preocupado por la necesidad de encontrar fórmulas económicas que abarquen globalmente toda el área transcaucásica. En la grave situación social existente tras la guerra civil, Lenin insiste en este aspecto pensando en la necesidad acuciante de agilizar las comunicaciones y resolver los problemas de abastecimiento más urgentes, dada la particular interdependencia que el desarrollo del capitalismo bajo el zarismo había generado entre los territorios transcaucásicos.

Unos meses después, en noviembre de 1921, lleva más lejos esa preocupación y expresa públicamente la conveniencia de constituir una Federación entre las tres repúblicas soviéticas transcaucásicas: Azerbaijan, Armenia y Georgia. A Lenin le parece una idea absolutamente justa, necesaria y urgente, recalcando entonces que «tiene que constituirse sin falta». Cuando la enuncia por primera vez, empero, en octubre de 1921, no se centra tanto en razonar esa propuesta, cuya necesidad le parece obvia, sino que antepone sobre todo los problemas del método a seguir para su aprobación. «*Su inmedia-*

ta realización práctica debe ser considerada prematura, o sea, que se requiere cierto tiempo para la discusión, la propaganda y su adopción por los organismos soviéticos inferiores», dice Lenin en una carta a Stalin que tiene todo el aire de un correctivo político a las posiciones de aquél y de Ordzhonikidze (O.C.,XXXVI,32).

En esa carta Lenin exige que los órganos dirigentes del Cáucaso sometan la cuestión de la federación a un amplio debate «en el partido y en las masas obreras y campesinas», si bien no descuida exhortarles a que sepan defender la idea de la federación y consigan su aprobación por los soviets soberanos de las tres repúblicas. Además de esto, reitera la exigencia terminante de que se informe a la dirección central «exacta y oportunamente» en el caso de surgir una «oposición seria» a los planes de hacer una Federación Transcaucásica.

La evolución de este asunto, y su vinculación poco después con el problema de la formación de la URSS, desatan una grave crisis en el partido bolchevique georgiano. Pero, en realidad, las raíces de la crisis vienen de más atrás, del comienzo de la soviétización, y arrancan de la propia debilidad del sistema soviético en Georgia. Como lo reconoce Stalin implícitamente, cuando alude a que en noviembre de 1921, es decir, unos nueve meses después del derrocamiento del gobierno menchevique, estaban comenzando a organizarse los soviets y afirma que un mes antes «no existían en absoluto» (Stalin, O.C., V,243).

Refiriéndose a esto mismo, Trotsky recalca la importancia negativa del método seguido en Georgia y menciona el carácter «prematureo» de su soviétización; pero no aporta datos concretos sobre ello, más allá de indicar sus repercusiones negativas en las regiones más atrasadas, donde la población local tendía a considerar todas las privaciones de aquel momento de crisis como una consecuencia del régimen «impuesto desde fuera»²⁸. El hecho de que la soviétización descansase en buena medida en la acción directa de destacamentos del ejér-

²⁸ Trotsky. *Stalin*, obra citada, pág. 396.

cito rojo extraños a la población local daba pie, efectivamente, para que el campesinado autóctono pudiera hacer esa transferencia automática y para que se generase en él un cierto sentimiento nacional contra el invasor. Estos fenómenos se alimentaban además de las propias condiciones del país, pues no ha de olvidarse que Georgia había disfrutado de una existencia estatal independiente durante los tres años anteriores y se habían reavivado —como dice Deutscher, pero lo reconoce también implícitamente Stalin en todas sus invectivas contra el nacionalismo local, pues es la base central de sus acusaciones— las nostalgias del antiguo Estado georgiano.

Pero lo determinante de la crisis parece apuntar más directamente a que la política de soviétización sigue una orientación en la práctica que contraviene de modo bastante flagrante los consejos manifestados por Lenin. El responsable inmediato de la política georgiana es Ordzhonikidze y, en última instancia, Stalin, quien «se metió hasta las narices en las pasiones locales» de su tierra, como dice Deutscher, poniendo en evidencia por primera vez aquellos rasgos que señaló Lenin más tarde: su apresuramiento, su pasión por lo puramente administrativo y su encono contra el socialismo nacionalista ²⁹.

En efecto, la precipitación en los ritmos frente a la exhortación de Lenin de acometer una transición lenta y cautelosa, el abuso de los procedimientos administrativos y más expeditivos directamente impulsados por Stalin y Ordzhonikidze, quienes se ceban en la persecución de los mencheviques frente a la idea de Lenin de buscar un compromiso con ellos, la obsesión por emprender una cruzada contra las corrientes nacionalistas locales... son algunos de los elementos que dan el tono, ya desde sus inicios, a la política de soviétización. Y en esa medida, otros tantos elementos que van acumulando un malestar de fondo en una parte de los bolcheviques georgianos.

²⁹ Lenin, O.C., XXXIV, pág. 485.

Un testimonio claro de este tono se advierte en el discurso de Stalin a los comunistas de Tiflis, en julio de 1921, cuando efectúa su primera visita a la Georgia soviética; discurso en el cual afirma que una de las tareas más importantes es la liquidación de las corrientes nacionalistas georgianas (Stalin, O.C., V, 103-105). Para Stalin, el nacionalismo local es lo que está obstaculizando, ya entonces, la necesaria unión de esfuerzos económicos entre las repúblicas transcaucásicas. Y probablemente tenga una parte de razón, aunque no pueden dejarse de lado otras implicaciones más confusas, así por ejemplo, la reticencia georgiana ante la imposición de una planificación, el recelo a perder entidad estatal propia, etc. Pero toda su reflexión política acerca de estos problemas queda limitada a la necesidad de emprender, según él, una campaña **antinacionalista** y rezuma un inequívoco sabor represivo. «*Aplastar la hidra del nacionalismo*», «*destruir con hierro candente*» las supervivencias del nacionalismo, son las expresiones que utiliza en ese discurso, aunque todo él es en realidad, más allá de una frase u otra, un alegato contra el nacionalismo local.

Desde finales de 1921 la crisis estalla en el interior del partido bolchevique georgiano y perdura hasta la celebración del XII congreso, en abril de 1923. En una primera fase, el factor desencadenante de ella es el intento de poner en marcha la federación transcaucásica con objeto de posibilitar una mayor coordinación de los esfuerzos económicos y políticos de las tres repúblicas. Este plan tropieza con la resistencia de un cualificado sector de los bolcheviques georgianos, pero se impone al fin, y en marzo de 1922 se constituye dicha federación. Lenin, ya entonces enfermo y retirado de los organismos directivos, no interviene en este momento, ni tampoco puede llevar a cabo el seguimiento de la evolución de este problema que pretendía. Cuando puede hacerlo tras una mejora de su salud, en septiembre de 1922, ya se ha iniciado la segunda fase, y la más enconada del conflicto, al plantear Stalin su proyecto de «autonomización».

Comoquiera que expondré los pormenores de esta segun-

da fase en el apartado siguiente, baste indicar ahora la dificultad de poder deslindar las causas que motivan realmente este conflicto. Por un lado se planteaba una discrepancia acerca del status de Georgia, tanto en sus relaciones con las demás repúblicas transcaucásicas como en su incorporación, luego, a la URSS. Los georgianos disidentes admitían la necesidad de unificar los esfuerzos económicos y políticos, pero deseaban al mismo tiempo mantener el status de una república soviética independiente. De manera que su oposición se concentró contra unos proyectos **concretos** —como el de la federación y luego el de la República Federal Transcaucásica— que rebajaban en su opinión el status de Georgia. Más aún, su oposición se dirigió en particular contra el proyecto de que Georgia no fuese considerada como una de las partes contractuales que habían de constituir la URSS y contra el hecho de que se le impusiese un paso intermedio, la República federativa transcaucásica, que le impedía ingresar **directamente** en la URSS.

Era, por consiguiente, una oposición a la manera concreta de realizar la unificación, esto es, a la existencia de una «pared medianera» —por utilizar la definición con la que caracterizo Stalin a la República federativa transcaucásica durante el XII congreso— y no un rechazo a la idea de la unificación en sí misma. Frente a estas razones la argumentación de la otra parte reiteraba, por lo general, las múltiples consideraciones económicas y políticas, ya mencionadas, en favor de una solución urgente que permitiese unificar la región del Cáucaso.

Independientemente de lo discutibles que pudieran ser las fórmulas propuestas por la dirección central bolchevique, cabe plantear la duda de si había en realidad otras posibilidades de resolver aquel conflicto. Me refiero, claro está, a si eran pertinentes, en aquellas condiciones, otras fórmulas que las federativas. En cualquier caso, ha de resaltarse que no hubo opción a discutir otras fórmulas concretas. El paso de buscar una solución satisfactoria para ambas partes, mediante el estudio de propuestas algo más relajadas, no se dió de hecho y ni si-

quiera se pretendió, prevaleciendo la imposición unilateral del más fuerte.

Por lo que puede saberse, la discusión quedó enmarañada de arriba-abajo con el problema de los métodos practicados por el aparato bolchevique que dirigía Ordzhonikidze, originándose un círculo vicioso de desconfianzas mutuas, de oposición-imposición, que se fue auto-alimentando sucesivamente.

Al mero hecho de plantearse una oposición a los proyectos de la dirección central, respondió ésta última mediante el uso y abuso de métodos poco ortodoxos para arrinconar a los cuadros disidentes, ahogar sus protestas, etc, hasta conseguir una mayoría formal del partido de Georgia que la respaldara.

Pero esto, a su vez, nutrió a la oposición de un recelo mayor y encoraginó sus ánimos. Y tanto más cuando advirtió la escasa información que llegaba a la dirección central bolchevique y, en particular, a Lenin, de los términos reales de la controversia; o cuando se produjo la intervención de Lenin sobre el proyecto de formación de la URSS modificando sustancialmente el de Stalin. Pues ambas cosas tendían a socavar el principal argumento empleado en Georgia hasta entonces: la apelación a la autoridad y disciplina del partido y el acatamiento a las decisiones de su dirección central. Tal se evidencia en el relato de la crisis que hace Mdviani a sus seguidores, cuando les dice: «...en ausencia de Lenin, nos trataron como si fuéramos basura y se rieron de nosotros; después de verle a él y darle una información más detallada, las cosas tomaron un rumbo más razonable»³⁰.

La formación de la URSS

En el verano de 1922, la dirección bolchevique comienza a discutir un plan cuya finalidad es la de dotar de unos mecanismos más operativos a la institucionalización de las rela-

³⁰ Recogido de A.B. Ulam. *Stalin*, obra citada, pág. 260.

ciones entre los regímenes soviéticos instaurados con la revolución.

A decir verdad, la necesidad de tal plan proviene de la propia realidad soviética. Van a cumplirse en ese momento dos años ya del fin de la guerra civil. Hay un territorio soviético estabilizado, que no se modificará hasta la II Guerra Mundial. Todos los pueblos con régimen soviético mantienen de hecho unos lazos de unidad, económicos, militares y diplomáticos, pese a la variedad de fórmulas existentes en su institucionalización nacional. Esa misma variedad, si bien refleja el pragmatismo, la flexibilidad y la capacidad de adaptación de la política bolchevique a las diversas realidades nacionales, ha sido un resultado imprevisto y está en contradicción formal con la Constitución de 1918 al menos en tres cuestiones importantes: a) al ser una Constitución de la república federativa rusa, dejaba fuera por tanto a las repúblicas que habían establecido relaciones contractuales con ella, b) no definía su territorio de manera precisa y c) pese a su nombre, no respondía en rigor a una delimitación federal de las competencias³¹.

Por otra parte, todos los países soviéticos despliegan entonces una tremenda lucha por la recuperación económica y se precisan fórmulas más desarrolladas para reglamentar su colaboración. La suma de tales y tan complejas necesidades lo convierte en un problema nada fácil de resolver, como lo demuestra en última instancia el proceso tortuoso que caracteriza la elaboración de este plan hasta su resolución definitiva, cuando se aprueba la nueva Constitución de la URSS en 1923.

En agosto de 1922, una comisión encargada por el buró político elabora un primer proyecto de resolución, «Sobre las relaciones entre la RSFSR y las repúblicas independientes», y lo envía a los órganos dirigentes del partido bolchevique de cada una de las repúblicas soviéticas interesadas (Azerbaijan, Armenia. Georgia, Ucrania y Bielorrusia). Redactado por

³¹ Sobre la Constitución de 1918, E.H. Carr, obra citada, tomo 1, capítulo 6.

Stalin, la idea central de ese primer proyecto es la **incorporación de las repúblicas independientes a la RSFSR para formar un todo estatal único**, con lo cual dichas repúblicas perderían su carácter formalmente independiente y quedarían niveladas con otras como Crimea, Tartaria, el Turquestán, etc., ya institucionalizadas como repúblicas autónomas dentro de la federación rusa. Aparte de ello, este proyecto plantea la unificación de todo el aparato político administrativo en los órganos ya constituídos de la RSFSR, excepto en una serie de competencias en las cuales las repúblicas mantendrían un aparato autónomo ³².

En lo que atañe a su autor, Stalin, cabe señalar que ya había expuesto las ideas y propósitos básicos de este primer proyecto mucho antes, en un importante artículo de 1920, publicado en Pravda, *La política del poder soviético respecto a la cuestión nacional en Rusia*. En efecto, en dicho artículo, tras constatar la situación de mutua interdependencia entre la Rusia central y las regiones periféricas —ni unas ni otras pueden mantenerse por separado— y después de excluir de modo terminante —por su carácter «contrarrevolucionario»— la posibilidad de que los países periféricos se separasen de Rusia, Stalin concluye que la única fórmula conveniente de unión entre el centro y la periferia es la autonomía regional federativa «de las tierras periféricas que se distinguen por su modo de vida y por su composición nacional», tal y como se está dando de hecho en ese momento dentro de la RSFSR.

Pero no se queda ahí, sino que formula una perspectiva más acabada, muy arraigada en amplios sectores bolcheviques: la formación de un todo estatal único mediante la agrupación de las regiones periféricas «en torno al centro proletario» según los principios de la autonomía regional (Stalin, O.C., IV, 379). De manera que ese texto de 1920 contiene ya, si bien de forma embrionaria, tres elementos muy caracterís-

³² El texto completo, aunque ya con algunas modificaciones secundarias incorporadas por la comisión, en las Obras Completas de Lenin, tomo XXXVI, págs. 582 y 583 (dentro de la nota 67 de la Editorial).

ticos del pensamiento nacional de Stalin: a) la existencia de un centro proletario ruso que luego se convertirá en el «hermano mayor» o «el más igual entre los iguales», b) la necesidad de un poder soviético único y unificado que refleje el contenido del Estado y c) la consideración de lo nacional como un elemento perdurable de las formas que debe adoptar el régimen soviético.

En 1922, en el momento de concretar esa perspectiva ya anunciada, se observa no obstante la inclinación de Stalin a anteponer las necesidades económicas a cualquier otra consideración política y en concreto a las de la política nacional. Su razonamiento predominante en ese momento es que sin unidad no hay prosperidad económica para nadie, ni para el centro ruso ni para la periferia; como tampoco hay seguridad en definitiva de que pueda subsistir el propio régimen soviético mientras no resuelva los problemas de su desarrollo económico y social. De modo que las motivaciones económicas son, para este Stalin; el motor de la unión y determinar asimismo su objetivo central: crear una unidad económica y dotarle de un aparato permanente (Stalin, O.C., V, 148-149).

Ahora bien, como la evolución de los acontecimientos desde 1917 había conducido a la puesta en pie de una multiplicidad de aparatos, tantos como repúblicas independientes, que se entorpecían entre sí, Stalin propone su simplificación y unificación en el más consolidado de todos ellos, en el aparato del centro ruso. Aparte de lo económico, prevalece por tanto en su plan un criterio pragmático, el de la operatividad y la eficacia político administrativa, mientras que otras consideraciones políticas quedan de hecho relegadas frente a ambos criterios.

El proyecto de Stalin, aparte de contar con el beneplácito de los órganos centrales, obtuvo la aprobación de la dirección bolchevique de Azerbaijan y Armenia, pero fue rechazado en cambio por las de Georgia y Bielorrusia, mientras que el partido ucraniano ni siquiera llegó a discutirlo. En el caso georgiano, una resolución aprobada por la mayoría de su comité central, el 15 de septiembre de 1922, exponía su rechazo en

estos términos: «Se considera prematura la proposición, basada en las tesis del camarada Stalin, de la unión en forma de autonomización de las repúblicas independientes. Consideramos necesario la unificación de los esfuerzos económicos y una política común, pero conservando todos los atributos de la independencia»(O.C.XXXVI,581). La resolución bielorrusa coincidía, asimismo, en exponer la necesidad de mantener el status de relaciones entre repúblicas independientes.

Pese a esta oposición la mayoría de la comisión aprobó a finales de septiembre tomar el proyecto de Stalin como base de la discusión, corrigiéndolo sólo en detalles secundarios, y rechazó en cambio la propuesta ucraniana de someterlo a una discusión previa en órganos más amplios del partido en las diferentes repúblicas antes de que lo sancionara el comité central bolchevique ³³. En lugar de ello, la comisión se inclinó por imprimir un ritmo más rápido, por lo que envió a todos los miembros del comité central bolchevique una copia del proyecto base de Stalin, con la intención de que la discusión pudiera saldarse definitivamente en su próxima reunión del 5 de octubre. Al mismo tiempo, con fecha de 25 de septiembre, se le envía a Lenin una documentación completa de todo lo referente a esta discusión.

A pesar de encontrarse retirado en Gorki a causa de su enfermedad, Lenin reacciona con rapidez. Al día siguiente, 26 de septiembre, ya ha preparado una carta con una primera crítica al proyecto de Stalin, se ha entrevistado con éste y ha concertado una reunión inmediata con el georgiano Mdviani, hasta entonces el principal opositor al proyecto, así como con otros dirigentes bolcheviques. En esa carta, dirigida a todos los miembros del buró político, tras enfatizar la importancia del asunto y mencionar de paso la tendencia de Stalin a «apresurarse», Lenin corrige el defecto mayor del proyecto: el hecho de que haga abstracción del problema político nacional, o, si se quiere, que subordine la política a la eficacia admi-

³³ Idem, pág. 583. Según dicha nota editorial, esa propuesta contó con el voto a favor de los delegados azerbaijano, bielorruso y georgiano.

nistrativa. Para Lenin se trata de dejar claro que los ucranianos, bielorrusos, georgianos, etc., **no se incorporan** a la Rusia soviética como propone Stalin, sino que todos ellos, en igualdad de derechos, deciden formar «una nueva unión», una nueva realidad: la URSS, aunque ello pueda aparejar ciertas complicaciones administrativas. «Lo importante es que no demos motivos a los ‘independentistas’, que no destruyamos **su independencia**, sino que organicemos otro **nuevo piso**, la Federación de repúblicas **iguales en derechos**», dice Lenin para destacar la trascendencia de su contrapropuesta (O.C.,XXXVI,358).

En este primer momento no la lleva más lejos sin embargo y se limita a corregir el texto de Stalin en todo aquello que resulta incoherente con esa modificación central, aunque advierte la posibilidad de proponer más cambios tras sus conversaciones con Mdviani y otros. Por la nota que escribe a Kamenev el 6 de octubre, el mismo día en que va a discutir este asunto el comité central, se puede colegir que no ha avanzado gran cosa en esos días, aunque trasluce una inquietud ideológica de mayor grado el anunciar en ella una guerra a muerte contra el chovinismo ruso («*Camarada Kamenev: Declaro una guerra a muerte al chovinismo gran ruso. Lo comeré con todas mis muelas sanas en cuanto me libre de la maldita muela*»). Pero en esta nota propone solamente una nueva modificación que insiste en los aspectos formales de la política nacional: la exigencia **indispensable** de que el órgano ejecutivo máximo de la Federación sea presidido rotativamente por una persona de diferente nacionalidad (O.C.,XXXVI,360).

En una carta del 27 de septiembre a los demás miembros del politburó ³⁴, Stalin hace a sus colegas un duro comentario de las propuestas de Lenin, minimizando unas, afirmando el carácter superfluo de otras y dejando constancia en cualquier caso de que continúa anteponiendo en el fondo el criterio de la eficacia administrativa. En esa carta, aparte de devolverle

³⁴ Esta carta se menciona en la obra de A.B. Ulam, *Stalin*, pág. 252; y también en *El interregno*, pág. 263, de E.H. Carr.

la pelota a Lenin censurando su apresuramiento en criticar el proyecto, llega a emplear un tono sarcástico con Lenin, del todo inusual en él hasta entonces, cuando argumenta que esas propuestas (de Lenin) pueden empeorar la reputación de Lenin, ya resentida por la acusación de liberalismo en las cuestiones nacionales.

En los días siguientes Stalin reelabora sin embargo su proyecto a fin de recoger las indicaciones planteadas por Lenin y remite la nueva redacción a todos los miembros del comité central bolchevique. Las principales novedades del nuevo texto refundido son tres. La primera, el planteamiento de una unidad entre iguales a cuatro bandas (Ucrania, Bielorrusia, la Federación de Repúblicas Transcaucásicas y la RSFSR) para formar un nuevo ente: la URSS. La segunda, la mención expresa al derecho de cada una de ellas a retirarse libremente de la Unión. Y la tercera, la formación de un nuevo aparato federal, representativo de toda la Unión, cuya composición había de guardar una proporción con la población de cada una de las partes.

Por lo demás mantiene la division tripartita de competencias presente en el primer proyecto, aunque adecuándola a los nuevos términos federativos. En materias como relaciones exteriores, comercio exterior, guerra, transportes y telégrafos, sólo habría una administración federal de nuevo cuño. En finanzas, abastecimientos, economía, trabajo, inspección y lucha contra la contrarrevolución, se adoptaría una doble administración, federal y de cada república, pero estableciendo un criterio de subordinación por parte del aparato de cada república ante los Comisariados respectivos de toda la Unión. Y por último, una serie de materias —justicia, instrucción pública, interior, agricultura, salud pública y seguridad social— serían competencia autónoma de cada una de las repúblicas. Dejando de lado algunos añadidos introducidos posteriormente por el comité central bolchevique, esta propuesta será prácticamente la que resulte aprobada el 26 de diciembre por el X congreso de los soviets, el 30 de diciembre por las delegaciones de las cuatro repúblicas intervinientes reunidas en con-

ferencia extraordinaria y, ese mismo día, por el I congreso de los soviets de la URSS ³⁵.

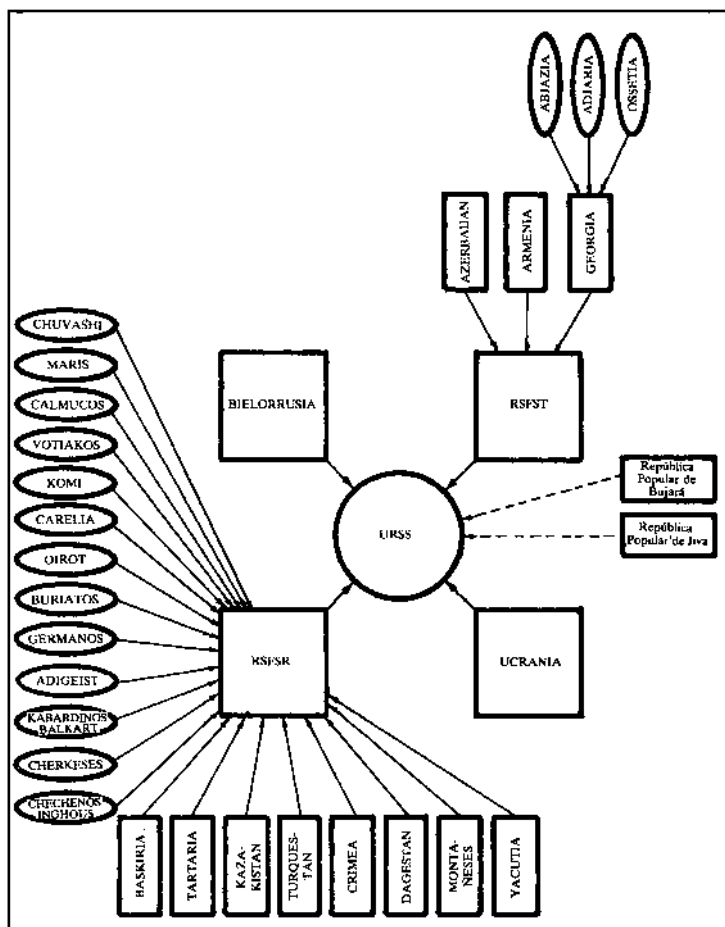
Volviendo a la disputa entre Stalin y Lenin, cabe reseñar un hecho significativo. A pesar de recoger las propuestas de Lenin, esa última redacción, que se envía a los miembros del comité central bolchevique (firmada por Stalin, Ordzhonikidze, Molotov y Miasnikov), contiene una introducción donde se silencia el por qué de las modificaciones hechas al primer proyecto, ocultando la intervención de Lenin a ese respecto. Además de no entrar en explicaciones sobre las diferencias básicas con el texto anterior, se minimizan los cambios y se afirma que el primer proyecto (de Stalin) «era correcto en lo fundamental e indiscutiblemente aceptable» ³⁶.

Tal racanería, propia de quien ha sido pillado en falta en lo que supuestamente constituye su capital principal, su solvencia en la política nacional, queda sin embargo sólo para «la petite histoire», pues el mismo Stalin asume públicamente el rechazo del planteamiento de rebajar la entidad estatal de las repúblicas como si ésta hubiera sido siempre su posición. Así lo hace, por ejemplo, en unas declaraciones a Pravda, poco después de estos incidentes, cuando afirma que: «...las repúblicas nacionales, constituídas sobre una base enteramente distinta, no pueden ser suprimidas, no pueden ser privadas de su Comité Ejecutivo Central, ni de su Consejo de Comisarios del Pueblo, de su base nacional, mientras existan la nacionalidades que las engendraron, mientras existan la lengua nacional, la cultura nacional, el modo de vida, las costumbres y los usos nacionales. Por eso, la unión de las repúblicas soviéticas nacionales en un sólo Estado federal no puede culminar en su integración, en su fusión con Rusia» (Stalin, O.C., V, 151).

Resuelto el asunto del carácter de la unión, hay que mencionar otros problemas que se manifestaron también durante

³⁵ La versión definitiva que se somete a aprobación, en Stalin, O.C., págs. 162 y 163 del tomo V.

³⁶ Lenin, XXXVI, 583 y 584.



22. La organización nacional de la URSS en 1923 (repúblicas federadas, repúblicas autónomas y regiones nacionales autónomas).

el proceso de discusión de las bases de formación de la URSS. La conveniencia de culminar las instituciones del nuevo Estado con una segunda cámara de representación directa y paritaria de las naciones, a fin de reflejar mejor la composición nacional plural de la Unión, fue uno de ellos. Aunque desechada en principio con argumentos un tanto despectivos incluso ³⁷, esta propuesta fue reconsiderada a primeros de 1923, quedando incorporada a las bases de la URSS, como una aportación de gran trascendencia política, en el XII congreso del partido bolchevique celebrado ese mismo año.

Otro tanto ocurrió, en cierto modo, con la discusión sobre si la RSFSR tendría que descomponerse previamente para que sus ocho repúblicas nacionales autónomas pudieran ser, directamente, partes constituyentes de la Unión. En ese momento se cierra a cal y canto esa posibilidad con la argumentación de que era un paso no adecuado ni razonable ya que suponía dar marcha atrás a un proceso revolucionario de unión (de la federación rusa) ya realizado, por los trastornos orgánico-administrativos que produciría, etc., cuyo principal expositor es Stalin. Pero este problema perdurará como tal, pese a ser desconsiderado entonces. En 1925, Uzbekistán y Turkmenia se desgajan de la RSFSR y pasan a adquirir el mismo rango de las cuatro repúblicas inicialmente constituyentes de la URSS. Años después sucederá lo mismo con las repúblicas tártara y kazaka, así como con el Tadjikistán. Mientras que las tres repúblicas transcaucásicas habrán de esperar para alcanzarlo hasta la segunda guerra mundial.

La discusión de estas propuestas permite distinguir dos tendencias contrarias. Por un lado, la que ponía el acento en la edificación de un Estado eficaz, considerando que las garantías de su operatividad como tal e incluso de su propio carácter soviético reposaban en definitiva en el centro ruso. Más

³⁷ Desde la primavera de 1918, en que criticó por primera vez el «caduco sistema bicameral» (O.C., IV, 74), Stalin hizo de este asunto de la segunda cámara una batalla particular, refiriéndose a él en bastantes ocasiones y siempre desautorizándolo.

allá de los cambios formales o de la nueva simbología estatal, había que garantizar en consecuencia que el verdadero esqueleto de la Unión, su fundamento político y administrativo, el grueso de su personal, etc, lo aportase la RSFSR, la cual ciertamente era la única capaz de hacer tal contribución en ese momento. Esta tendencia reflejaba la posición mayoritaria de los bolcheviques.

Por otro lado estaba la preocupación por impedir que la Unión federal fuera absorbida de hecho por el centro ruso, una amenaza que provenía de la propia realidad. La RSFSR, con un 95% del territorio total y un 72% de la población, con su mayor desarrollo social, su incomparablemente superior dotación de cuadros, capacidad política, legislativa y administrativa, etc., aparecía inevitablemente como el hermano mayor de la Unión. Más allá de las declaraciones de principios, tal desigualdad ensombrecía las posibilidades reales de instaurar una Unión entre iguales.

La preocupación por este problema es lo que subyace tanto en las propuestas de Lenin como en las antes mencionadas de descomponer la RSFSR o de exigir un sistema bicameral. Pero se manifiesta sobre todo en la tendencia de algunas minorías nacionales bolcheviques a afirmar la identidad diferenciada de sus respectivos países y en diversas actitudes reticentes ante la preponderancia rusa en los nuevos órganos de la Unión. Tal sucede en ese momento con Ucrania, que se resiste a disolver su Comisariado de Asuntos Exteriores, pues es un símbolo de su entidad estatal. Y otro tanto ocurre con la oposición georgiana a integrarse en una República Federal Transcaucásica que degrada su status anterior de república independiente.

A finales de 1922, el principal problema político con que tropieza el plan de formación de la URSS radica en Georgia, donde una mayoría del comité central del partido bolchevique (georgiano) sigue propugnando el ingreso directo en la URSS, siendo pues una de sus partes constituyentes, en contra de la inmensa mayoría de la dirección central bolchevique.

Brevemente expuesta la secuencia de los hechos es la si-

guiente. A finales de septiembre de 1922, Lenin se reúne con el dirigente georgiano Mdviani y, según confiesa, cree haberle convencido de la conveniencia de retirar su oposición a la federación transcaucásica (probablemente con el argumento de que la batalla más importante entonces no era esa, sino la del carácter de la Unión que él estaba planteando frente al proyecto de Stalin). Bajo la presión de la gran autoridad moral de Lenin, el problema parece haberse superado en la reunión del comité central bolchevique el día 6 de octubre, a la cual asiste Mdviani.

Pero unos pocos días más tarde el problema se reproduce, al parecer como reacción a un telegrama de Stalin, nada complaciente con el comité georgiano ³⁸, y a los abusos de Ordzhonikidze (el cual desde hace tiempo viene utilizando todo tipo de maniobras, apoyándose en la mayoría del comité territorial bolchevique de la Transcaucasia, para arrinconar a la oposición georgiana). A continuación hay que registrar un telegrama a Bujarin, conteniendo la protesta georgiana; el cual motiva a su vez una dura intervención de Lenin, criticando la intransigencia de los georgianos y reclamando su sometimiento a las decisiones del comité central bolchevique, si bien expresa también una enérgica condena de los abusos de Ordzhonikidze ³⁹. Tras este telegrama de Lenin, fechado el 21 de octubre, no está claro si se produce la dimisión de todo el comité central georgiano o bien éste es purgado; pero, en cualquier caso, lo cierto es que hay un relevo en la dirección bolchevique de Georgia, que la nueva dirección es más afín a Stalin y Ordzhonikidze, que los enconos se agudizan y que los dimisionarios o excluidos apelan a Lenin y a la dirección cen-

³⁸ Según Carr, dicho telegrama (de Stalin a Tiflis) del 15 de octubre, anunciaba la decisión del comité central de mantener «sin cambios de ninguna clase» la propuesta de que la república federal transcaucásica se uniera con la RSFSR y las repúblicas de Ucrania y Rusia Blanca en una «unión de repúblicas socialistas».

³⁹ El texto viene íntegro en el núm. 25 de los Cuadernos de Pasado y Presente, que contiene, amén de los últimos escritos de Lenin, el diario de sus secretarías. Buenos Aires (1974), pág. 105.

tral del partido. Como resultado de ello, el 24 de noviembre se envía a Georgia una comisión de investigación presidida por Dzerzhinski, el comisario del interior. Pero al no fiarse de la objetividad de esta comisión, Lenin encarga a su vez de forma privada a Rikov (vicepresidente del gobierno central soviético que entonces se encontraba descansando en Georgia) la realización de una información paralela.

A partir de aquí, las cosas evolucionan en una doble y divergente dirección. Una es la adoptada por la maquinaria del partido, la cual concede a la cuestión georgiana una trascendencia meramente local. Y lejos de paralizar sus planes, estos se aceleran de hecho. El 30 de noviembre se aprueba la redacción definitiva de las bases constitutivas de la URSS. A mediados de diciembre ya se ha instaurado formalmente la República Federativa de la Transcaucasia. El 30 de diciembre, como se ha dicho ya, se constituye la URSS. Y, el 25 de enero, cuando todo está resuelto, se examinan y aprueban en el buró político los resultados de la investigación de Dzerzhinski.

La otra es la adoptada por Lenin, quien está dispuesto a reconsiderar el problema georgiano tras la última apelación de la oposición, espera con avidez los informes de Rikov y de la comisión presidida por Dzerzhinski y, en cuanto los conoce, expresa sus graves preocupaciones por todo el asunto de la formación de la URSS.

A través del diario de sus secretarías puede reconstruirse una secuencia de los acontecimientos posteriores. Nada más volver Rikov y Dzerzhinski, entre el 12 y el 14 de diciembre de 1923, se entera del incidente entre Ordzhonikidze y uno de los partidarios de Mdivani, al que golpeó el dirigente bolchevique. Esa noticia le supone un duro golpe y comunica a sus secretarías el deseo de dictar una carta a Kamenev sobre la formación de la URSS, pero un ataque que agrava su enfermedad le impide hacerlo entonces. El 27 de diciembre, una vez repuesto de ese ataque, vuelve a manifestar su deseo de escribir «sobre el problema nacional y sobre el internacionalismo (a raíz del último conflicto del partido en Georgia)» y

es en esos días, entre el 30 y el 31 de diciembre, cuando dicta sus célebres notas *Sobre el problema de las nacionalidades o de la autonomización*.

Durante el mes siguiente, Lenin reclama insistentemente que se le envíe la documentación completa de la comisión Dzerzhinski, pero Stalin (era el encargado por el buró político de vigilar el cuidado de Lenin) arguye no poder hacerlo sin una aprobación expresa del buró político, la cual no se concede hasta el 1 de febrero, es decir seis días después de haberse estudiado y aprobado en dicho órgano.

En cuanto le llegan los informes Lenin organiza una comisión casera con sus secretarias y personal de confianza para que los examinen y ordenen de acuerdo con un guión de problemas que él mismo les indica ⁴⁰. Durante todo el mes de febrero sigue con gran atención la evolución de este trabajo, dejando entrever su desconfianza en la comisión Dzerzhinski y su convencimiento de que el partido ha cometido graves errores en la cuestión georgiana.

La secuencia se cierra el seis de marzo con una carta a los dirigentes georgianos, bien significativa de sus sentimientos de última hora: «*Queridos camaradas: Sigo con todo el corazón vuestro problema. Estoy indignado con la brutalidad de Ordzhonikidze y por la connivencia de Stalin y Dzerzhinski. Prepararé para vosotros unos apuntes y un discurso. Con estima. Lenin*» ⁴¹. Esta será su última intervención política. Tres

⁴⁰ El 1 de febrero, su secretaria L.A. Fotieva apuntó las siguientes indicaciones de Lenin, muy expresivas acerca de sus preocupaciones al respecto: «1) Por qué el viejo C.C. del P.C. georgiano ha sido acusado de desviacionismo. 2) Qué culpa le ha sido achacada, como violación de la disciplina del partido. 3) Por qué se acusa al Comité territorial transcaucásico de opresión frente al C.C. del P.C. de Georgia. 4) Los sistemas físicos de presión (la «biomecánica»). 5) La línea del C.C. del PCR(b) en ausencia de Wladimir Ilich y en su presencia. 6) La actitud de la Comisión. ¿Ha tomado ella en consideración solamente las acusaciones contra el C.C. del P.C. de Georgia o también las acusaciones contra el Comité Territorial de la Transcaucasia? ¿Ha tomado en consideración el caso de biomecánica?. 7) Situación actual (campana electoral, mencheviques, represión, infección nacionalista).» Obra citada, pág. 195 y 196.

⁴¹ Idem, pág. 106. También la recoge Trotsky, en *Stalin*, pág. 523.

días después sufre un ataque del cual ya no se recuperará y muere el 21 de enero de 1924.

Dado que en los tres últimos meses (de diciembre de 1922 a marzo de 1923) apenas puede trabajar unos pocos minutos al día y queda ya totalmente incapacitado antes de poder dictar ese discurso para la intervención de Mdiviani en el XII congreso del partido, su documento del 30 de diciembre, «*Sobre el problema de las nacionalidades...*», tiene un valor especial como expresión de sus inquietudes y angustias de última hora. Respecto a este documento es preciso advertir acerca de su carácter incompleto, pues las preocupaciones expuestas en él fueron creciendo en los meses posteriores. Por contra, le da un atractivo suplementario, por la libertad formal con que refleja sus pensamientos, el hecho de tratarse de un documento privado, dictado sin la finalidad de publicarse entonces ⁴².

En lo que atañe más directamente a la cuestión georgiana ese texto muestra las firmes conclusiones a las cuales ha llegado entonces Lenin. La primera es la necesidad de imponer un castigo ejemplar a Ordzhonikidze, juzgando su acción de arreglar a golpes unas divergencias políticas (en otro momento ironizará a este respecto sobre el uso de la «*biomecánica*» para dirimir cuestiones políticas) como una falta inexcusable en un dirigente bolchevique.

Lenin ve en ese comportamiento, más allá de un hecho aislado, un indicador del clima de presión que ha venido creando el comité territorial bolchevique de la Transcaucasia sobre la oposición georgiana. Expresa, por otra parte, una gran desconfianza en la comisión Dzerzhinski: «(hay que) terminar de investigar de nuevo todos los materiales de la comisión Dzerzhinski, a fin de corregir la enorme cantidad de injusticias y de juicios parciales que indudablemente contienen». Y, por último, encuadra todo el conflicto georgiano dentro de «una campaña nacionalista auténticamente gran rusa» cuya responsabi-

⁴² Su secretaria Volodicheva, anota en esas fechas, 24 de diciembre, el carácter absolutamente secreto de dichos escritos. Idem, págs. 173 y 195 (nota 49).

lidad «debe imputarse a Stalin y Ordzhonikidze», la cual es tal vez la conclusión de mayor alcance político. Con todo, y como ya se ha indicado, las preocupaciones de Lenin trascienden la dimensión local del conflicto georgiano para afectar de lleno al problema de la formación de la URSS.

Para Lenin sigue siendo necesario **mantener** el plan de la Unión de las repúblicas soviéticas, pero ya en este momento alberga muy serias dudas al respecto. Comenzando por un profundo desasosiego sobre su intervención en ese asunto. Ni su apartamiento del buró político, ni las vicisitudes de su enfermedad, durante el proceso de discusión de ese asunto en los órganos dirigentes, aminoran en él una sensación angustiosa de culpabilidad, de «no haber intervenido con suficiente energía y decisión» por su parte en contra del plan de «autonomización» de Stalin, sobre el cual manifiesta ahora un juicio mucho más duro por cierto al tacharlo de una empresa «radicalmente errónea e inoportuna».

Lenin extiende sus dudas, asimismo, hacia el punto que el conjunto de la dirección bolchevique había considerado más importante: la necesidad de unificar todos los aparatos soviéticos con el ruso. Y pese a conocer la urgencia de ello para el mejor funcionamiento soviético, se distancia expresamente de un aparato al que niega el carácter soviético y no duda en calificarlo como «una mezcla burguesa y zarista que no ha sido posible cambiar en el curso de cinco años».

La conciencia sobre el carácter real del aparato político administrativo le lleva a concluir que hubiera sido mejor **demostrar** todo el plan de formación de la URSS «hasta el día en que pudiésemos decir que respondemos de nuestro aparato como propio». Pero en la medida en que es un plan ya puesto en marcha, advierte sobre la conveniencia de restringir sus contenidos, limitando el alcance de la Unión «sólo para los asuntos militares y diplomáticos» y restableciendo la independencia de las repúblicas en las demás materias por consiguiente. Si se diera la circunstancia de optar por recortar su alcance, Lenin piensa que las estructuras del partido podrían compensar suficientemente las necesidades reales de coordinación

entre los distintos aparatos soviéticos, siempre y cuando se ejerciese la autoridad del partido «con bastante cautela e imparcialidad». Pero, en cualquier caso, lo que le preocupa verdaderamente, mucho más que los problemas de coordinación que pudieran plantearse, es el propio prestigio del poder soviético en lo que hace a la política nacional, un prestigio que sólo puede nacer, dice una vez más, de la sinceridad de sus actos y de su coherencia con los principios de la libertad e igualdad nacionales (O.C.,XXXVI,490) ⁴³.

Finalmente plantea de manera más concreta y certera (que en la crítica hecha al proyecto de Stalin) el problema de la igualdad entre las naciones soviéticas. La declaración de la igualdad formal entre ellas o de su libertad para separarse de la Unión como principios básicos de la URSS, introducidos entonces a instancia suya, ya no parecen satisfacerle tanto ahora, en el momento en que dirige su mirada a los factores políticos que reproducen la preponderancia rusa en el presente.

Dando por hecho que van a continuar produciéndose **inevitablemente** una infinidad de abusos «auténticamente rusos», lo que le inquieta es cómo garantizar a las naciones no-rusas su condición de iguales; o, por decirlo de otra forma, cómo dotarles de unas defensas propias que les permitan contener la omnipresencia y prepotencia del aparato (ruso).

En relación con esto propone dos medidas. La primera, más concreta, es la exigencia de introducir una regulación muy rigurosa del uso del idioma nacional de cada uno de los pueblos no rusos; la segunda es la sugerencia de que han de ser los propios autóctonos de cada nación quienes deban elabo-

⁴³ «El perjuicio que puede causar a nuestro Estado la falta de unificación entre los aparatos nacionales y el aparato ruso es infinitamente menor que el que causará, no sólo a nosotros, sino a toda la Internacional y a los centenares de millones de hombres de los pueblos de Asia(...) Sería un oportunismo imperdonable que, en vísperas de esa iniciación del Oriente, en su despertar, socavásemos nuestro prestigio ante sus pueblos con la menor dureza o injusticia hacia las nacionalidades no rusas que habitan nuestro país». O.C., XXXVI, 490.

rar un código minucioso de garantías frente a los abusos rusos.

Pero más allá de su valor concreto como tales propuestas, creo que ambas tienen una significación indicativa, ejemplar, de una tensión política igualitaria. Y él mismo las relativiza en cierto modo cuando advierte sobre «la inventiva especial» o «la especial sinceridad» que requiere la resolución de un problema de tal envergadura.

En las décadas posteriores a su muerte podrá comprobarse sobradamente cuán resistente (a la transformación que pretendía Lenin) resultó ser este problema de la desigualdad entre las naciones soviéticas de la URSS. Quizás Lenin pudo quedarse corto en vislumbrar las complejidades de todo tipo —incluidas las de tener que innovar unas fórmulas técnico-jurídicas no experimentadas antes en ningún otro país— con que tropezarían los intentos de resolverla. Pero ha de reconocerse al menos que fue certero en el enunciado de los términos más políticos del problema, aparte de ser el único en hacerlo de entre los miembros de la dirección central bolchevique.

La soledad de Lenin al plantear estos problemas puede ser una clave premonitoria de los acontecimientos posteriores. Pues, más allá de las múltiples complejidades que entrañaba su solución, requería las condiciones previas exigidas por él en cualquier caso, es decir, un diagnóstico preciso de los factores reproductores de la desigualdad, sobre todo de sus factores más políticos, y una voluntad sincera de atajarlos. Y eso es, precisamente, lo que se echaría más en falta tanto entonces como en los tiempos posteriores.

Ninguno de los máximos dirigentes bolcheviques ⁴⁴ dan muestras de hecho, entonces, ni de compartir las preocupaciones nacionales expresadas por Lenin a finales de 1922, ni menos aún se les ve sintonizar con su estado de ansiedad. Por

⁴⁴ Sólo intervino Bujarin, pero en buena medida estaba desautorizado para hacerlo por su propia historia anterior. Stalin se encargó de recordársela mordazmente mediante una alusión a si su defensa de los georgianos estaba motivada por un «sentimiento de contricción» respecto a su pasado (en las cuestiones nacionales). Stalin, O.C., V, pág. 281.

referirme a los dos bolcheviques más notables, cabe mencionar, primero, a un Trotsky que rehuye aceptar la insistente petición de Lenin ⁴⁵ para replantear, en su nombre, el asunto georgiano y transmitir al XII congreso del partido sus preocupaciones acerca de los problemas de orientación de la política nacional.

Pero aún es más ilustrativo el caso de Stalin, ya que aparecía en ese momento como el especialista de la dirección en los problemas nacionales. No puede ser más fuerte el contraste entre el Lenin angustiado que plantea sus reflexiones de última hora sobre el problema nacional o el internacionalismo soviético y un Stalin para el cual no existe el menor motivo de reflexión autocrítica. Mientras que Lenin plantea una reorientación para corregir la tensión igualitaria entre los bolcheviques, Stalin se manifiesta en el polo opuesto, tal vez porque esa sea la mejor forma de eludir las críticas directas a su persona hechas por Lenin. Todo va bien, dice Stalin, con muchos problemas, eso sí, pero que no cuestionan para nada la línea justa y correcta. No hay problemas de orientación general. Ni tampoco de revisión de la práctica, pues no se han cometido graves errores. Y en cuanto a los asuntos de Georgia, de cometer algún error, ha sido en todo caso, según Stalin, el de haberse excedido en paciencia y complacencia con la terquedad e indisciplina del grupo de Mdivani. Por lo demás, prosigue, ha sido un asunto bien llevado por la dirección central bolchevique y **toda** la razón está de su parte.

El XII congreso del partido bolchevique. Stalin frente a Lenin

El XII congreso del partido bolchevique se realiza entre los días 17 y 25 de abril de 1923 y es el primero, desde el de

⁴⁵ Trotsky no da ninguna explicación sobre su silencio, pese a dar publicidad, en su obra *Stalin*, a la carta de Lenin en la que se lo solicita. Dicha carta también viene recogida en el *Diario de los secretarios de Lenin*, obra citada, pág. 106.

1903, que se celebra sin que Lenin pueda seguir atentamente el desarrollo de sus sesiones. No ya sólo no puede asistir físicamente a él, sino que tampoco puede cumplir su deseo de preparar ese discurso sobre la política nacional que habría de ser «una bomba» en el congreso ⁴⁶, y ni siquiera está en condiciones de poder comunicar indicación alguna ni de palabra ni por escrito. Aunque su vida se alargue todavía unos pocos meses más, está ya totalmente incapacitado y no se repondrá del ataque sufrido en marzo.

Pese a su ausencia física, el congreso se efectúa sin embargo a la sombra de Lenin y, en particular, bajo la influencia de las preocupaciones expuestas en sus últimos artículos. Ello es bastante lógico, puesto que las inquietudes de Lenin sobre el aparato soviético, la necesidad de reorganizar la inspección obrera y campesina, el porvenir de la NEP, el monopolio del comercio exterior, el impulso del cooperativismo, etc., o bien han sido publicadas en los meses anteriores al congreso o bien son ampliamente conocidas; de modo que resultan, en la práctica, como otras tantas directrices para el congreso.

El hecho, por otra parte, de que un día antes del inicio de sus sesiones se conozcan las notas sobre la política nacional que Lenin había escrito a finales de 1922, cuya existencia era sólo conocida por Trotsky hasta entonces ⁴⁷, extrema aún más la dependencia hacia el dirigente ausente. La lectura de ese documento por las distintas delegaciones en el transcurso del mismo congreso contribuye a realzar la importancia del debate sobre la política nacional, que se convierte así en uno de los temas estrella.

Apoyándose en estas cosas y en la existencia de un clima subjetivo de buscar una conformidad entre el congreso y los últimos pensamientos de Lenin, clima ampliamente generalizado, la historiografía oficial ⁴⁸ presenta los resultados finales

⁴⁶ Trotsky. *Stalin*, pág. 525.

⁴⁷ *idem*.

⁴⁸ *Histoire du Parti Communiste Bolchevique, de L'URSS*. Editions Norman Béthune. París (1971). pág. 290.

del congreso como un triunfo en toda regla de Lenin, dando por sentado que sus resoluciones se ajustaron a los contenidos que aquel hubiera propugnado de poder participar en sus sesiones. Pero esta valoración, muy interesada para producir una impresión de continuidad, resulta sin embargo francamente discutible. Cuando menos en lo que atañe a los asuntos nacionales, como expondré a continuación con detalle; aunque puede ponerse en entredicho de un modo más general.

Pues si bien es cierto que las resoluciones recogían las indicaciones más concretas de Lenin sobre diversos asuntos, no lo es menos que el congreso se limitó a ello, aparte de ser dichas aportaciones concretas tal vez lo menos interesante de su contribución de última hora. Y no sólo no profundizó en las preocupaciones de fondo planteadas por Lenin o no se atrevió a desarrollar una línea ambiciosa para atajar los problemas, sino que muy sutilmente les restó importancia en realidad, bien sea al plantearse y aceptar un diagnóstico de la situación diferente al de Lenin o bien sea por la vía de eludir las discusiones más vidriosas.

El hecho de que el núcleo de la dirección bolchevique adoptase en bloque esta vía resultó a la postre decisivo; pues, amén de limitar el propio alcance del congreso, produjo el efecto de desactivar un clima de descontento extendido entre los delegados que podía haber forzado unas resoluciones más concluyentes en general. Como bien dice E.H.Carr, fue el congreso del interregno y estuvo marcado por la espera a que se clarificase la sucesión de Lenin ⁴⁹.

En lo que hace a la política nacional, conviene analizar en primer lugar las tesis elaboradas por el comité central bolchevique antes de conocerse el documento de Lenin. Dicho organismo aprobó las líneas básicas de la ponencia (nacional) a presentar al congreso en la reunión del 21 de febrero y el 29 de marzo, una vez ultimada la redacción por Stalin, se publicaron con su firma en Pravda con el sugerente título de *Los factores nacionales en la edificación del partido y del estado*.

⁴⁹ E.H. Carr. «El Interregno», obra citada, págs. 269-284.

Pero antes de entrar en su contenido cabe anticipar que esa circunstancia de ser anteriores al conocimiento del texto de Lenin, no pasa de ser una cuestión meramente anecdótica. Aunque Stalin no hubiese leído aún el texto de Lenin, estaba muy al tanto sin embargo —al igual que los demás dirigentes— de las posiciones de Lenin al respecto y se preocupó expresamente de tenerlas en cuenta al redactar sus tesis. La aprobación de éstas con pequeñas modificaciones por el XII congreso, a pesar del impacto que produjo el texto de Lenin entre los delegados y de las graves sombras que proyectaba sobre el proceder de Stalin, puede servir como prueba concluyente de ello.

Brevemente expuesto el contenido de las tesis de Stalin ⁵⁰ es el siguiente. De la 1 a la 6, vienen a repetir los argumentos ya formulados por él mismo en el X congreso, esto es, la idea de que la revolución ha eliminado ya la opresión nacional y ha aportado las claves para la unión libre, solidaria y fraterna de los pueblos soviéticos. Una vez lograda la agrupación de los pueblos en «una sola unión estatal», en un solo Estado federal, el núcleo del problema nacional (tesis 7) consiste en poder vencer los obstáculos que frenan esa unión estatal. Tales obstáculos, heredados «de la etapa ya pasada de opresión nacional», son las supervivencias del chovinismo ruso, la desigualdad de hecho entre las naciones soviéticas y las supervivencias nacionalistas entre los pueblos no rusos. La superación de estos obstáculos, dice Stalin, requerirá largo tiempo así como una acción prolongada.

La tesis 8 aporta una denuncia vigorosa, por «antiproletaria y reaccionaria», de la idea de restaurar la Rusia una e indivisible; aunque sin mencionar, por supuesto, que esa crítica ya había sido adelantada por la oposición, y con escasa fortuna, durante el X congreso.

Sin aludir para nada tampoco a que había sido pocos meses antes un asunto expresamente desechado por él mismo, la tesis 9 formula la necesidad de una segunda Cámara a fin de

⁵⁰ Stalin. O.C., V, 192 y ss.

que la Unión Soviética reflejara también en sus organismos máximos el carácter federal del Estado y su condición multi-nacional. Y esa preocupación está latente, asimismo, en la tesis 10, en la cual se enuncia la exigencia de medidas prácticas para asegurar tanto la atención de las nacionalidades por los comisariados federales como la propia composición nacional del poder soviético en las distintas repúblicas y regiones nacionales.

Por otra parte, dedica un breve capítulo a la situación del partido en las repúblicas nacionales. A este respecto, subraya la preocupación de preservar el carácter del partido comunista, dado que ha de trabajar en condiciones bastante desfavorables y que está amenazado simultáneamente por el contagio de dos desviaciones: la del chovinismo ruso y la del nacionalismo local, ambas condenadas «como nocivas y peligrosas para la causa del comunismo».

Un examen comparado de estas tesis con el texto de Lenin por un lado y, por otro, con los textos de Stalin de la misma época, pone de relieve la huella de las preocupaciones de Lenin. Tal se observa, desde luego, en el dato significativo de que Stalin destaque por primera vez ⁵¹ de una forma clara la importancia de la lucha contra el chovinismo ruso, formulada ahora en estas tesis de Stalin como la primera tarea inmediata de la política nacional, tanto en lo que atañe a la edificación del Estado (tesis 7) como en el interior del partido bolchevique y en las repúblicas nacionales (capítulo II). También queda patente en la condena de la Rusia «una e indivisible» y en el asunto de la segunda Cámara. Y aún es más visible, quizás, cuando se enuncia la posibilidad de replantear el esquema seguido en la formación de la URSS (tesis 8) si la ex-

⁵¹ Hasta entonces Stalin venía tratando de manera harto moderada el problema del chovinismo ruso, bien presentándolo como un sarampión pasajero y favorecido por la nueva política económica, bien reconociendo la existencia de «ciertas inclinaciones al chovinismo de gran potencia» (O.C., V, pág. 2), pero sin convertirlo nunca en un asunto preocupante ni motivo de atención preferente.

perencia de la unificación de los aparatos soviéticos «se orienta en la práctica hacia una política imperialista», esto es, de un modo muy similar al que Lenin utiliza en su texto.

La influencia de Lenin se advierte, asimismo, en el uso más moderado de la retórica y las definiciones tautológicas tan del gusto de Stalin en escritos anteriores. Merced a ello, reconoce la existencia de problemas nacionales dentro del régimen soviético y, aún más, la existencia de una base en el presente que tiende a reproducirlos, sin caer en la tentación por esta vez de afirmar que ello sea **imposible** en virtud del carácter proletario y revolucionario del régimen.

Hay que hacer notar, no obstante, que Stalin integra en sus tesis todas estas observaciones, posiciones, preocupaciones, etc, recogidas de Lenin, como si fueran ideas suyas, propias, de siempre, sin hacer alusión a la fuente de la que provienen, sin presentarlas como (relativas) innovaciones en su pensamiento, sin reconocer tampoco el carácter de corrección o reorientación de la política soviética que Lenin les otorga. Evitando entrar en procesos de intención, siempre delicados cuando no se explicitan las motivaciones, deben destacarse estos detalles en cualquier caso.

Junto a la huella de Lenin, el análisis de las tesis revela, además, la presencia de un diagnóstico de la situación, no ya sólo diferente al de Lenin, sino que desarbola indirectamente la lógica interna del célebre texto de Lenin. Para Stalin, los nacionalismos locales tienen un carácter en general defensivo y como tal exigen comprensión en principio, pues o bien implican una reacción de defensa frente al chovinismo ruso actuante o bien expresan una inercia del pasado en pueblos que todavía no han tenido tiempo de olvidar los agravios nacionales de antaño (Dicho sea de paso, este reconocimiento del carácter defensivo no se percibe de forma tan clara, curiosamente, en ninguno de los anteriores textos de Stalin)

Pero lo más característico del diagnóstico concreto que presenta Stalin en las tesis es la valoración del **carácter ofensivo**, en ese momento, de una buena parte de los nacionalismos periféricos (cita en esta ocasión al georgiano, azerbaija-

no y uzbeko), con lo que desguaza en gran medida las observaciones de Lenin. Estas serían oportunas en el caso de que los nacionalismos periféricos no tuviesen un carácter ofensivo, chovinista, pero dado que lo tienen y dado que «constituyen un mal enorme», viene a decir Stalin, carece de sentido menospreciarlos y no viene a cuento centrarse unilateralmente en el chovinismo ruso.

Como consecuencia de este planteamiento pasa factura a Lenin de no hacer un buen diagnóstico de la situación y desactiva a la vez sus críticas fundamentales. Mientras que él, Stalin, vuelve a quedarse en medio, en la posición más ortodoxa y ponderada, condenando tanto unas como otras manifestaciones del chovinismo, como en el X congreso, si bien cargando algo más las tintas en la condena del chovinismo ruso en esta ocasión. Esa posición equilibrada adquiere ahora una fundamentación nueva incluso, que la refuerza aún más, al considerar Stalin que las condiciones de la NEP favorecen el desarrollo de ambos chovinismos. Y es, finalmente, la que da sentido también a la lucha contra la desigualdad de hecho de las naciones soviéticas.

En este asunto, el acento preferente de Stalin sigue siendo el de destacar sus contenidos más materiales o aparentes, por así decirlo, esto es, los económicos y los culturales; pero el aspecto ideológico-político de la lucha contra la desigualdad queda estrechamente ligado al problema de las dos desviaciones chovinistas. Si el chovinismo ruso puede reproducir de modo general las viejas relaciones altaneras de los rusos con los demás pueblos, dice Stalin, los otros chovinismos amenazan en particular la situación de igualdad de otros pueblos más pequeños en unas cuantas repúblicas nacionales (tesis 7).

El rasgo más destacado de las tesis de Stalin es, por consiguiente, esta yuxtaposición de dos orientaciones, la suya y la de Lenin, pero debidamente combinadas y armonizadas en un razonamiento único. De manera que la resultante final es, en mi opinión, un enfoque propio, el de Stalin, que no queda desvirtuado por la inclusión de las observaciones de Lenin. Es más, creo, por el contrario, que son las claves aportadas por

Stalin en su diferente diagnóstico las que prevalecen de hecho en lo que pudieran tener de contradictorio con las de Lenin. Y creo, además, que cuanto se recoge de Lenin en estas tesis adquiere un sentido diferente al que tienen en los propios textos de Lenin.

Al iniciarse el congreso, Stalin se encuentra en una situación harto embarazosa. El documento de Lenin que sale entonces a la luz contiene muy graves acusaciones **directas** a su intervención personal en los asuntos nacionales. Pero es que, además, tales acusaciones se acumulan a una desautorización más general de su gestión política al frente del Comisariado de la Inspección Obrera y Campesina y en tanto que especialista de las cuestiones de organización en el politburó.

Es muy difícil, si no imposible, aquilatar cómo pudo interpretarse entre los cuadros bolcheviques el importante artículo de Lenin, *Mejor poco, pero mejor* (también traducido en ocasiones por *Más vale poco y bueno*), publicado en Pravda el 4 de marzo, donde se analizaba con crudeza la realidad «detestable» del aparato soviético y se censuraba la tendencia incesante del mismo a ampliarse a despecho de rebajar aún más su calidad. Pero, al margen de ello, parece innegable que los cargos enunciados por Lenin contra el Comisariado de la Inspección Obrera y Campesina y, tal vez aun de modo más preciso, los objetivos marcados para su reorganización (según decía Lenin, ha de ser **ejemplar** y ha de producir **confianza**, para poder gozar de autoridad), iban dirigidos en gran medida contra Stalin, aunque no se le mencionase directamente, pues era el responsable en último término de ese organismo y tenía que ver bastante por tanto con sus malos resultados en algo tan sustancial, para Lenin al menos, como la calidad soviética y socialista del aparato estatal.

En cualquier caso, e independientemente también de cómo se interpretara entonces, cabe resaltar el dato de que el documento de Lenin «*Sobre el problema de las nacionalidades...*», al aludir a la pasión de Stalin por lo puramente administrativo y censurar su tendencia al apresuramiento, aportaba de hecho unas claves para situar mejor el alcance de las

responsabilidades de Stalin, las cuales no se restringían a los asuntos nacionales sino que se extendían a toda su labor en general al frente de la organización del partido y del aparato soviético.

Pese a estos antecedentes, autores como Carr y Ulam coinciden con razón en alabar la habilidad dialéctica la seguridad en sí mismo y hasta la brillantez que demuestra Stalin durante las sesiones del congreso, pues consigue, no ya sólo desembarazarse de unas acusaciones de tan grueso calibre, sino salir incluso con una imagen de ser el discípulo modesto, fiel y aplicado del maestro Lenin, hasta el punto de poder corregirle sutilmente en cuestiones importantes.

Así sucede, por ejemplo, durante la sesión del 19 de abril, cuando Stalin presenta el informe de organización en nombre del comité central y expone en él un diagnóstico de la situación del aparato y del partido bien distinto al de Lenin. Eludiendo cuidadosamente contradecir de frente la autoridad de Lenin, se permite interpretar los últimos artículos de aquel en su propio favor haciendo un alarde dialéctico ante el cual no sabe uno de qué sorprenderse más: si de su desparpajo o de su eficacia en ganarse el asentimiento de los delegados o de la capacidad de éstos para aplaudir lo que regala sus oídos. «La política es justa, el chófer es magnífico, el tipo de coche es bueno, es soviético, pero las piezas que componen la máquina del Estado, es decir, ciertos funcionarios del aparato del Estado son malos, no son gente nuestra», dice Stalin estirando abusivamente de una metáfora empleada por Lenin.

Para Stalin las cosas van bien en definitiva, aunque hay problemas y han de tenerse en cuenta; pero sin exagerarlos por otro lado. De ahí su advertencia sobre el hecho de que proceden de fuera, de los estafadores y gentes de mal vivir que se han infiltrado en el aparato estatal, con lo que subraya sutilmente su menor gravedad, mientras que el partido «marcha hacia adelante con las banderas desplegadas» y está haciendo grandes avances en el control del aparato y en la eficacia en general de toda su gestión. Por lo demás, el carácter comunista y proletario del partido, así como el carácter pro-

letario y soviético del Estado (sic) despejan por sí mismos cualquier motivo serio de preocupación. Pese a que pueda entenderse esto último como una caricatura de su argumentación, es obligado señalar la importancia que tienen en ella tales elementos.

El resultado más importante de este discurso es la desautorización de los artículos de Lenin o, si se prefiere, una reinterpretación de los mismos de la cual se deduce en cualquier caso que Lenin no tiene bien cogido el pulso de la situación y que exagera los problemas, bien por no estar informado o bien por haber sido mal informado, ambas cosas posibles y hasta comprensibles, parece decir, en una persona apartada de la dirección regular.

Stalin aprovecha la discusión de su informe de organización, por otra parte, para sacudirse las acusaciones referidas al asunto georgiano y a su tendencia al apresuramiento. Aparte de lo ya dicho anteriormente, lo primero lo resuelve con facilidad al enfatizar el carácter chovinista y ofensivo del nacionalismo georgiano de los Mdviani y compañía (Stalin, O.C., V, 241). Y en cuanto a lo segundo, exhibe una baza inesperada que produce un efecto fulminante: mediante un cruce de cartas con Lenin del año anterior, Stalin demuestra que el precipitado en la cuestión de la federación transcaucásica era Lenin y no él ⁵² (La carta de Lenin mencionada por Stalin no concuerda con la versión ofrecida en las Obras Completas de Lenin y que está recogida directamente de sus manuscritos)

La presentación al congreso del informe sobre la política nacional tiene lugar en la sesión del día 23 de abril, es decir, siete días después de que el buró político haya leído el documento de Lenin y cuando ya lo conocen la mayor parte de los delegados. En ese contexto, Stalin se encuentra ante una prueba difícil pero que tampoco debe magnificarse. Como se ha dicho, ya está al tanto de sus diferencias más importantes con

⁵² Stalin, O.C., V, 242. («Le escribo al camarada Lenin y le propongo que no se precipite esta cuestión, que se aguarde, que se de cierto plazo a los dirigentes locales para realizar la federación...»)

Lenin. Y, por otra parte, no ha de olvidarse que acaba de librar con éxito la defensa de un informe de organización cuya trascendencia afecta en el fondo a los asuntos nacionales en litigio.

Un análisis comparado de este informe nacional ⁵³ revela, en primer lugar, una atenta lectura del texto de Lenin por su parte, lo que le conduce a modificar la estructura de su razonamiento. En lugar de atenerse, como es habitual en él en otras ocasiones similares, a un punteo de las tesis presentadas, subrayando sus aspectos más sobresalientes, Stalin se olvida de ellas, por así decirlo, y sigue otro esquema más libre, en parte coincidente, en parte distinto, al utilizado en las tesis.

La diferencia fundamental está en la elección de un nuevo ángulo en lo que atañe a los aspectos más teóricos o generales del problema nacional para introducir varias reflexiones: una sobre los factores internacionales e interiores que determinan la importancia de la cuestión nacional, otra sobre la definición de su esencia de clase y, finalmente, sobre el planteamiento político de la cuestión nacional en las circunstancias concretas de la Unión Soviética.

Dado que Lenin subrayaba en su texto la trascendencia internacional de la cuestión nacional soviética hacia los países orientales, por la similitud de circunstancias entre unos y otros, él también la incluye en su informe y en los mismos términos. Se aparta de Lenin, en cambio, al considerar cuáles son los factores interiores más importantes. Mientras que aquél acentúa como aspecto dominante el problema de las relaciones entre una nación grande y antigua potencia dominadora, la rusa, con las pequeñas naciones periféricas antaño dominadas, Stalin destaca sobre todo el asunto de que la NEP favorece el desarrollo de los nacionalismos chovinistas, tanto rusos como periféricos.

En cuanto a la «esencia de clase» de la cuestión nacional, la define como el problema de la relación entre el proletariado ruso y el campesinado periférico, fórmula que suena «bien»

⁵³ Stalin, O.C., V, 250-278.

y es bastante característica del apego a las simplificaciones abstractas propias del marxismo de la época. Stalin, empero, la usa con cierta moderación, dado que extrae de ahí una conclusión práctica y concreta: la necesidad de que el poder soviético sea efectivamente inter-nacional y no un poder sólo ruso como lo es en el presente (Stalin, O.C., V, 255). El reconocimiento de la condición rusa del poder, ausente en otros textos suyos, y aunque en esta ocasión sea sólo de paso, da a esta parte de su discurso un aparente aire leninista. Pero mientras que en el Lenin de esta época el concepto de ruso encierra cuando menos un chovinista inconsciente, en Stalin equivale preferentemente al representante de la nación que ha hecho la revolución y que debe garantizar su continuidad y su carácter proletario y soviético, al arquetipo de lo proletario y lo soviético en suma.

Por lo que se refiere al planteamiento concreto de la cuestión nacional en la Unión Soviética de entonces, baste decir que sigue siendo el mismo de las tesis: «establecer la colaboración y la convivencia fraternal entre pueblos que antes estaban desligados y que ahora se unen en el marco de un Estado». Igual que Lenin, subraya como bases fundamentales de la Unión la condición de libre adhesión y la igualdad de derechos, pero sin insistir especialmente en ello, como dando a entender que no se plantean los problemas en esos terrenos. Por ello, en lugar de inquietarse por el asunto de las garantías de los pueblos pequeños, tal como sucede en Lenin, el centro de su reflexión se desplaza hacia la necesidad de la unión en sí misma, hacia los factores que la impulsan y los que la frenan.

Entre los factores que impulsan la unión, Stalin menciona las consideraciones de tipo económico y las geopolíticas, el cerco imperialista, ya esgrimidas en otras ocasiones y que no requieren comentario alguno por su evidente consistencia. Pero, junto a ello, presenta otro factor, «la naturaleza del poder soviético», que merece una breve digresión por tratarse de un ejemplo preciso de un tipo de razonamiento típico en sus escritos y en su oratoria. Dice Stalin:

«Hay que considerar como el segundo factor que contribuye a la unión la naturaleza del poder soviético. Y es comprensible. El poder soviético es el poder de los obreros, la dictadura del proletariado, que, por su naturaleza, predispone a que los elementos trabajadores de las repúblicas y de los pueblos que forman la Unión tiendan a vivir amistosamente entre sí» (Stalin, O.C., V, 258).

Las ideas de este texto, archirrepetidas por Stalin en innumerables ocasiones, marcan una diferencia sustancial con Lenin. Mientras éste último revisa los contenidos de la revolución desde la realidad y se aproxima con gran inquietud a sus problemas «no resueltos», cuestionándose en qué sentido es un poder soviético y en qué otro no lo es, qué hay en realidad de su carácter obrero, qué tendencias se están generando efectivamente en las relaciones internacionales dentro de la URSS, etc., Stalin prefiere regalar los oídos de los delegados con una retórica halagadora, rehuye examinar el alcance de las grandes afirmaciones en el único terreno posible: el de su verificación práctica, el de su contraste con la realidad, y elige el camino menos escabroso de repetir reiteradamente unas definiciones que, por sí mismas, resuelven de modo automático el problema del carácter de la revolución y de sus contenidos reales ⁵⁴.

Es obligado advertir, sin embargo, el hecho de que esas definiciones, tan del gusto de Stalin, se apoyaban en ciertas realidades del poder establecido tras la revolución de octubre. Es más, se apoyaban en sus apariencias en general y, desde luego, en sus intenciones. Se ha discutido mucho sobre la naturaleza de aquel régimen, si era o no un poder **de los obreros** o una dictadura **del** proletariado en sentido riguroso, pero ha de reconocerse que el régimen soviético estaba en manos

⁵⁴ En descargo de Stalin hay que señalar que no le corresponde el «mérito» de haber iniciado ese estilo de pensamiento que consiste en entender la realidad a través de unas definiciones previamente establecidas, de modo que las cosas son tal y como están ya definidas de antemano y no necesitan verificación alguna, por tanto, de si corresponden efectivamente a la definición que se haya hecho de ellas. Ni tampoco fue su último seguidor.

de un partido comunista cuya intención era gobernar en nombre de los obreros. Además, es innegable que este régimen estaba realizando la revolución política y social más profunda de las conocidas hasta entonces en la historia, incluyendo en ello lo relativo al tratamiento de las cuestiones nacionales.

Volviendo al informe nacional de Stalin cabe decir que los factores que frenaban entonces la unión de los países soviéticos —el chovinismo ruso, la desigualdad de hecho y los nacionalismos periféricos—, fueron su blanco central, no ya sólo por la mayor extensión dedicada a esta parte o por su evidente alcance práctico, sino también por el énfasis con que Stalin la abordó. Si bien su contenido era idéntico al de las tesis, hay que mencionar la introducción de algunos matices nuevos.

En relación con el chovinismo ruso, por un lado, le resta trascendencia en el fondo, al definirlo como un «sarampión» de la época (de la NEP) y tener su origen por tanto en las capas pequeño-burguesas favorecidas por la NEP. Pero al mismo tiempo acentúa en cambio su peligrosidad inmediata así como la importancia negativa de sus repercusiones (Stalin, O.C., V, 259).

Hay que reseñar a este respecto, no obstante, la significación ambivalente de la advertencia de Stalin sobre el peligro de que «el florecimiento exhuberante» del chovinismo ruso pudiera quebrar confianza de los pueblos no rusos. Si esa advertencia tiene una indiscutible autoridad por hacerla Stalin (quien aparece entonces como el arquitecto que ha hecho posible desde el Comisariado de las Nacionalidades conseguir, primero, la colaboración de los pueblos no rusos en la guerra civil y, luego, su reunificación en la Unión Soviética), por otra parte queda referida **exclusivamente** al problema práctico e inmediato de la Unión en un sólo Estado (Stalin, O.C., V, 261) y, apurando aún más, a la fórmula concreta defendida por él en las discusiones sobre la formación de la URSS. De manera que, en ese sentido, debe interpretarse también como un aviso para prevenir el peligro de que se alterase el curso de las cosas y no pudiera seguirse controlando, como hasta entonces, todo el espacio territorial soviético logrado.

En Lenin, aunque también está siempre presente una preocupación práctica por la unión, más táctica por así decirlo, prevalece sin embargo un planteamiento diferente. Al revés que Stalin, lo más destacado en él, desde los años de la guerra del 14, es el planteamiento estratégico o de largo plazo. Lenin pone el acento, sobre todo, en la conformidad de la acción política con los principios internacionalistas, libertarios e igualitarios del socialismo en lo que hace a los asuntos nacionales y concibe la unión, en consecuencia, como **el fruto** al que se llegará más tarde o más temprano si la acción política es coherente con tales principios.

Por otra parte, ese planteamiento conlleva una posición más flexible, más experimental, a la hora de concretar en lo inmediato las fórmulas de unión entre los pueblos soviéticos. Sin despreciar las consideraciones del corto plazo que aconsejan la formación de un Estado, no hay en él, empero, la rigidez que se observa en Stalin. No desecha terminantemente, como éste, la posibilidad de procesos de separación; ni utiliza la fórmula tajante de condenar «la naturaleza contrarrevolucionaria del separatismo», a diferencia de Stalin; ni identifica con el nacionalismo chovinista las propuestas de darle a la URSS un tono más confederal; y se le observa, en cambio, una fuerte prevención frente al enfoque administrativista de Stalin, frente a sus prisas por unificar a toda costa el aparato estatal. De modo que **también** en el corto plazo lo que le importa, no es tanto que prevalezca una fórmula concreta, sino que se establezcan unas relaciones de confianza con los pueblos no rusos, que éstos puedan disipar sus temores ante la preponderancia rusa.

Por decirlo de otra forma, más que una fórmula determinada, también en el corto plazo la unión tiene para Lenin el sentido de un deseo o de una intención que debe ser correspondida por la otra parte. O, mejor aún, el sentido de una política tal que no pueda menos que generar en los pueblos no rusos un sentimiento favorable a la unidad. Piensa, desde luego, que la unión es lo más conveniente y razonable para todos a corto y largo plazo, pero a la vez la supedita a que

los otros interlocutores se hallen en condiciones de poder y querer compartir ese punto de vista. Mientras que todas estas consideraciones se difuminan casi por completo en el enfoque pragmático de Stalin, un enfoque caracterizado por buscar la consolidación del Estado «realmente existente» por encima de todo.

En lo que hace a la desigualdad de hecho, Stalin destaca un problema que afecta a bastantes pueblos no rusos en ese momento: su incapacidad para aprovechar los derechos formales proclamados por el régimen soviético debido al atraso económico y social en que se encuentran. Insiste, por ello, en la necesidad de impulsar el desarrollo industrial de los pueblos más atrasados, anteponiendo incluso ese objetivo al esfuerzo cultural («...en esto, con las escuelas no iremos muy lejos; las escuelas se desarrollan, el idioma se desarrolla también, pero la desigualdad existente de hecho sigue siendo la base de todos los descontentos, de todos los roces. Con las escuelas y con el idioma no saldremos del paso» (Stalin, O.C., V, 262).

Esta manera de abordar el problema de la desigualdad da un tono realista y de fuerte sentido práctico a su informe. Pero hay que señalar el hecho de que Stalin omite hacer una reflexión expresa sobre los aspectos más políticos de la lucha contra la desigualdad y elude especialmente interrogarse sobre el poder político y su distribución real entre los pueblos soviéticos. Esto último es tanto más significativo por haber sido Stalin, precisamente, de los primeros bolcheviques en poner de relieve que el núcleo central de los problemas nacionales radicaba en su relación con el poder político, esto es, en la carencia de un poder político propio.

En cuanto al tercero de los frenos, los nacionalismos periféricos, llama la atención, de entrada, el hecho de que Stalin le dedique un tercio del total de su informe. Es, por tanto, la parte más extensa del mismo ⁵⁵, pero también la más de-

⁵⁵ Pese a ello, a la hora de hacer el resumen final de su Informe, Stalin trata de producir el efecto de que se ha detenido especialmente en el trata-

tallada e ilustrada. Utilizando un tono más directo que en las tesis, Stalin dirige su esfuerzo principal a **demostrar el carácter ofensivo** de algunos nacionalismos periféricos que pretenden alcanzar unos privilegios nacionales a costa de otros pueblos más pequeños y más débiles. Tales nacionalismos tienen, en consecuencia, una naturaleza **chovinista**, flagrantemente contradictoria con la igualdad soviética y, debido a ello, son incompatibles con el régimen soviético y deben ser «cortados de raíz». A fin de acentuar su peligrosidad, Stalin los compara con las fórmulas burguesas empleadas por los imperios inglés y austriaco, de privilegiar unas naciones sobre otras.

La parte final del informe la dedica a exponer los medios que han de emplearse para superar esos tres obstáculos a la Unión. En relación con las tesis se observa un énfasis mayor en exigir un avance gradual y sostenido en la nacionalización del poder soviético a fin de que no sea sólo un poder ruso. Y, asimismo, un tono más precavido a la hora de abordar el futuro de la URSS. Su afirmación a ese respecto —«No niego la posibilidad de que tengamos que desdoblar más tarde algunos de los comisariados que ahora fundimos en la Unión de Repúblicas, si la experiencia demuestra que, el fundirse, han dado resultado negativo» (Stalin, O.C., V, 276)— es una concesión evidente a la preocupación manifestada por Lenin en su documento.

Pero tal vez lo más llamativo es verle defender el asunto de la segunda cámara —frente a los delegados reticentes a que se complique innecesariamente la administración—, sin hacer la menor alusión a que él mismo ha sido hasta muy poco antes el defensor por excelencia de esas posiciones. Honestidad aparte, su canto en favor de un sistema de gobierno complejo para que el poder soviético pueda contemplar todas las cir-

miento del chovinismo ruso, tal vez para borrar la acusación de su predisposición a cebarse contra el socialismo nacionalista que le había atribuido Lenin (Stalin, O.C., V, 277). En dicho Informe, dedica tres páginas al chovinismo ruso frente a las diez en que aborda el problema de los nacionalismos periféricos.

cunstancias de la realidad, incluídas las nacionales (Stalin, O.C., V, 274-276), ese canto es una jugada maestra para borrar la acusación de «su pasión por el lado meramente administrativo de las cosas».

Siguiendo el relato hecho por Stalin ⁵⁶ de las discusiones habidas en la comisión de política nacional, los principales debates se centraron en tres cuestionees. La primera planteaba la disolución de las dos federaciones existentes, la transcaucásica y la rusa, para dar lugar a la formación de la URSS sobre nuevas bases. Esta propuesta fue desestimada por la mayoría, poniéndose de relieve el aislamiento de la minoría georgiana que la propugnaba (En su versión, Stalin exhibe lacónicamente la derrota en toda regla de los georgianos —tuvieron que retirar sus enmiendas, dice, «viendo que no encontraban apoyo»— tras una lucha que califica de «enconada»)

Auspiciadas por la delegación ucraniana se presentaron, por otra parte, unas cuantas enmiendas que pedían reducir las competencias de los órganos federales de la Unión para aumentar, a su vez, las de las repúblicas federadas. También fueron rechazadas y Stalin las atacó duramente, identificándolas con un intento de transformar la federación soviética en una confederación, cosa inadmisibles, a su juicio, por cuanto diluía el poder edificar «un sólo Estado federal».

La tercera de las cuestiones debatidas concernía a la composición de la segunda cámara. La enmienda ucraniana defendida por Rakovski, que proponía restringirla a la representación de las cuatro repúblicas constituyentes de la URSS, por ser las que disponían de mayor entidad estatal, fue asimismo rechazada y prevaleció, en su lugar, el criterio igualitario sostenido por Stalin en la tesis 10. Stalin aprovechó además la oportunidad de esta discusión para afirmar que todos los pueblos soviéticos dotados de una cierta organización nacional en la URSS tenían ya, de una forma u otra, «entidad estatal» y debían estar igualmente representados en la segunda cámara.

⁵⁶ Stalin, O.C., V, 279 a 295.

Al plantearse en tales términos, la discusión sobre la composición de la segunda cámara adquirió un valor simbólico en el congreso, como si de ello dependiera en definitiva la naturaleza igualitaria del régimen soviético, bastante desproporcionado respecto a su significación real ⁵⁷. Constreñida únicamente al sistema de representación de la segunda cámara, esa posición «igualitarista» no cuestionaba sin embargo la existencia de los diferentes grados existentes de institucionalización nacional, al tiempo que se mostraba intransigente ante las peticiones de una mayor descentralización del poder. Y ha de relativizarse incluso en lo concerniente al sistema de representación de la segunda cámara, pues si bien se propugnaba la nivelación de los pueblos dotados de un mayor grado de desarrollo nacional, igualando así las repúblicas federadas y las repúblicas autónomas, se mantenía en cambio un status inferior para las menos afianzadas, e institucionalizadas como regiones autónomas, a las cuales se concedía una representación menor (cinco por cada república y uno por cada región nacional). Pese a todo ello, Stalin aprovecha las circunstancias de esta discusión para presentarse ante los delegados como el campeón de la igualdad nacional de los pueblos soviéticos.

Tras estos debates, la comisión aprobó «sin objeciones», según Stalin, las seis primeras tesis de la ponencia e introdujo una serie de enmiendas a las restantes ⁵⁸. Así, por señalar las más destacadas, en la tesis 7 se acordó añadir una mención al problema de que el poder soviético descansara en los obreros de nacionalidad rusa en algunas repúblicas no rusas y una advertencia contra la tendencia a afianzar la dominación rusa a través de la superioridad de su cultura; en la tesis 8 quedó más reforzada la condena de la Rusia «una e indivisible» y se

⁵⁷ Sobre las vicisitudes de esta segunda cámara en los años posteriores y si se ajustó o no a las esperanzas depositadas en ella, puede consultarse a E.H. Carr. *El socialismo en un sólo país (1924-1926)*, Alianza Universidad, Madrid (1974), tomo 1, capítulos 20 y 21.

⁵⁸ Stalin, O.C., V, 286-290.

incorporó además una declaración sobre la absoluta necesidad y desarrollo de las repúblicas nacionales; y en la tesis 10, amén de recoger la necesidad de recursos financieros para que las repúblicas nacionales pudiesen emprender sus propias iniciativas, se incluyó la sugerencia de Lenin en favor de dictar unas leyes especiales para garantizar el uso de las lenguas nativas y perseguir su no observancia, añadiéndose asimismo una mención a la necesidad de impulsar la creación de unidades militares nacionales del ejército rojo. Todas estas enmiendas, aceptadas por Stalin («no tengo nada que objetar, porque hacen más concretas las tesis», según dijo) y defendidas por él mismo ante el pleno, fueron íntegramente aprobadas por el XII congreso.

En cuanto al desarrollo de los debates en el pleno del congreso, el peso principal de las posiciones más críticas recayó en la delegación ucraniana y en la minoría georgiana. Es significativo, en cambio, el silencio de los musulmanes, habida cuenta que en ese momento se está incubando ya la crisis que producirá la expulsión del Sultan Galiev. Y aun más llamativo resulta la ausencia de intervenciones en apoyo a la línea crítica por parte de los dirigentes bolcheviques, de entre los cuales sólo lo hizo Bujarin (y con un resultado dudoso, por cierto, pues permitió a Stalin sacar a relucir su pasado reticente con la política nacional bolchevique e ironizar sobre los excesos a que le conducía ahora su condición de arrepentido, tras haber «pecado contra las nacionalidades» durante tantos años. Stalin, O.C., V, 281).

Un denominador común de las intervenciones «críticas» es el sentimiento de orfandad por la ausencia de Lenin, a quien atribuyen el haber garantizado hasta entonces la orientación de la política nacional. Todos citan a Lenin repetidamente. Y alguno llega hasta el punto de afirmar que la resolución más importante del congreso si se quiere garantizar la calidad de la política nacional, más aún que cualquier otro tipo de garantías institucionales, debe consistir en la edición y amplia difusión de las «*Notas sobre el problema nacional...*» que Lenin escribió a finales de diciembre de 1922. Quien propone esto,

el ucraniano Yakolev, no se priva de restregarles incluso a los demás delegados su sospecha de que no se habría discutido siquiera sobre la política nacional de no haber escrito Lenin dicho texto unos meses antes ⁵⁹.

Pero el rasgo más característico de estas intervenciones es la insistencia común en una valoración de la situación muy distante de la complacencia con la marcha de la política nacional que rezuman los informes presentados por Stalin.

El ucraniano Rakovski expresa su desasosiego por la falta de inquietud de la sección rusa del partido a la hora de valorar, y aun de percibir siquiera, los problemas de la política nacional; mientras, a su juicio, se están cometiendo «errores fatales» que ensombrecen el destino futuro del partido y del poder soviético. Para Rakovski la explicación de ello se encuentra en el poso negativo que han dejado en la base bolchevique las declaraciones solemnes, tan repetidas en los últimos años, de que el régimen soviético ya había superado la cuestión nacional o que los problemas nacionales eran cosa del pasado y no tenían ya sentido en un país comunista ⁶⁰.

Pese a lo pertinente de estas observaciones, conviene decir que Rakovski primaba excesivamente, según otros delegados ucranianos, los aspectos formales de la distribución de poderes entre la Unión y las repúblicas federadas en detrimento de sus contenidos reales. Así lo advierte por ejemplo Yakolev, para quien no se trataba tanto de insistir en tener más comisariados independientes, como de diagnosticar el trabajo real que hacen los distintos comisariados sean o no independientes. Para Yakolev, el problema más de fondo estribaba en la **desidia** consciente o inconsciente del aparato soviético y del partido hacia los asuntos nacionales, reflejada sobre todo en la poderosa resistencia de la mayoría a cumplir cosas «tan simples» como el aprendizaje y el uso de las lenguas nativas ⁶¹.

⁵⁹ Dzjuba, «*Las nacionalidades...*», obra citada, págs. 51 y 62.

⁶⁰ idem, págs. 52 y 60-62.

⁶¹ idem, pág. 164. Sobre esto mismo, el también ucraniano Skripnik contó en el congreso una anécdota bien ilustrativa del ambiente ruso: «En nues-

Una reflexión similar se encuentra en las intervenciones de otros dos delegados ucranianos. Hrin'ko plantea como problema más inquietante la «obtusa indiferencia» hacia las cuestiones nacionales, esa «sicología pesada e inerte que tan difundida está en las filas de nuestro partido», de la cual destaca dos manifestaciones concretas: a) en el plano de las relaciones entre los Estados soviéticos se traduce en una «profunda tendencia a la centralización pasiva» que relega el papel de las repúblicas nacionales y b) en el plano de la cultura nacional lo que califica como «desdén seudoeconómico» hacia el factor nacional, esto es, la consideración de que los factores nacionales ya no tienen apenas importancia y que la cuestión de la unidad entre los pueblos soviéticos se resuelve con la economía ⁶².

Para Skripnik, el nudo gordiano de la política nacional soviética está en la contradicción entre la teoría y la práctica. El problema no está en las resoluciones adoptadas por el partido, dice, que son muy atinadas para emprender la resolución de los problemas nacionales, sino en su aplicación, pues las resoluciones se quedan en meros reconocimientos teóricos de los problemas y no se aplican en la práctica. Interrogándose sobre el por qué de esta contradicción afirma que la respuesta está en la contaminación del partido por el chovinismo ruso. El chovinismo ruso, cristalizado como una segunda naturaleza en forma de prejuicios de gran potencia, es la causa de la falta de voluntad para llevar a la práctica lo que se aprueba en las resoluciones.

Skripnik mantiene un punto de vista terminante sobre la

tra conferencia del Partido Ucraniano Unitario se adoptó por unanimidad la decisión sobre la cuestión nacional, con tan sólo cuatro abstenciones... Se me ha informado que tras la adopción de la resolución uno de los que había votado a favor, el presidente de un comité ejecutivo provincial, tras abandonar la sala de conferencias fue abordado por un obrero de las cooperativas que no pertenecía al partido y que le dirigió la palabra en lengua ucraniana; él había contestado sin pestañear: ¿Por qué no hablas en un idioma comprensible? Había votado a favor de la resolución sobre la cuestión nacional y estaba plenamente de acuerdo con esta resolución...» Idem, pág. 60.

⁶² idem, pág. 56-58.

extensión y la gravedad de la contaminación chovinista. Según dice, el chovinismo ruso constituye en el presente un tercer punto de vista sobre las cuestiones nacionales (tercero porque no es el de Lenin ni el de Rosa Luxemburgo) y está apoyado por la mayoría del partido; es el punto de vista de los que callan, «de los que tienen miedo de hablar», pero son rusófilos y deforman en la práctica la línea del partido. Señala, por otra parte, que el chovinismo ruso se está quedando sin combatir en la práctica desde que el partido viene propugnando «el camino intermedio» de exigir un tratamiento «equilibrado» frente a todos los chovinismos, el ruso y el de los pueblos periféricos, argumento que es una diatriba directa contra las tesis de Stalin aunque no las menciona expresamente ⁶³.

A modo de ilustración del conjunto de su intervención Skripnik trae a colación el dato de que «sólo muy recientemente» la administración política del ejército rojo ha empezado a suscribirse a periódicos publicados en los idiomas nacionales. Y añade que ese hecho —a los tres años de la conferencia extraordinaria del PC ucraniano que marcó una línea de corrección de la política nacional poniendo un énfasis particular en la necesidad de impulsar la «nacionalización» del ejército rojo— es un dato revelador de las poderosas inercias que boicotean la aplicación práctica de las resoluciones. Este delegado ucraniano, finalmente, no duda en calificar al ejército rojo como un instrumento de rusificación y exige adoptar medidas para impedir que desempeñe de hecho ese papel y se atenga a lo que dictan las resoluciones oficiales del partido ⁶⁴.

⁶³ idem, pág. 58-60. Skripnik dice así: «Hay compañeros que buscan siempre un camino intermedio y opinan que cualquier referencia al chovinismo de gran potencia tiene que estar siempre equilibrado por una contrarreferencia al chovinismo de los pueblos sin Estado, y entonces ocurre que tenemos siempre una doble contabilidad. Ellos intentan liquidar rápidamente cualquier referencia al chovinismo panruso adelantando un argumento: 'Intentad superar antes que nada *vuestro nacionalismo*'. De este modo en la práctica no hemos luchado contra el chovinismo de gran potencia. Tenemos que acabar con esta situación...».

⁶⁴ idem, pág. 165. Dos meses más tarde, Stalin reconocerá que el partido

Todas estas intervenciones transmitían un mensaje de alarma, coincidente con el último de Lenin, e implicaban un diagnóstico sobre la política nacional claramente contrapuesto al de Stalin. Sin embargo, el hecho de que no lo plantearan así abiertamente, esto es, como dos análisis incompatibles entre sí para que los delegados optaran por uno o por otro, sino de manera solapada, el que no se atrevieran tampoco a poner en la picota a Stalin, el que buena parte de las enmiendas propuestas hubiesen sido ya aceptadas por la ponencia y el que ninguno de los máximos dirigentes interviniera en su favor, fueron sin duda una suma de circunstancias que contribuyeron a reducir el impacto de la línea crítica entre los delegados. Si se pudiera abstraer la existencia del texto de Lenin, no sería arriesgado aventurar que la mayoría del congreso habría considerado las intervenciones críticas como la cantinela de siempre de los eternos disconformes. Pero, independientemente de cómo se interpretaran, lo cierto es que consiguieron al menos retener la atención del congreso sobre el documento de Lenin. Y que de tanto invocarlo, Stalin no pudiera soslayarlo por más tiempo.

En una intervención memorable ⁶⁵ de respuesta a los críticos, en la sesión del 25 de abril, último día del congreso, Stalin se desembarazó de los problemas que le planteaba el texto de Lenin. Y lo hizo muy sutilmente, sin apenas aludir a sus contenidos concretos ni entretenerse en contrastarlo con sus

y el poder soviético están muy atrasados en lo que podría denominarse la nacionalización del Ejército Rojo. Stalin, O.C., V, 342.

⁶⁵ Memorable por ser la primera vez en que anticipa su papel de intérprete ortodoxo del leninismo. Aunque no sólo por eso, pues también merecen destacarse el aplomo de su respuesta, la confianza que rezuma en su superioridad sobre sus contrincantes —de los que conocía con gran olfato sus puntos más vulnerables y le bastó insinuarlos para machacarlos en el debate—, el fino sentido estratégico para elegir cuidadosamente los terrenos que le pudieran favorecer y eludir otros más engorrosos, la habilidad dialéctica mostrada al apoyarse en Lenin para rebatir a Lenin... todo ello combinado, en fin, con el marketing de ser el más modesto y fiel discípulo de Lenin y su colaborador inseparable en lo que hace a la política nacional. Stalin, O.C., V, 279-284.

tesis, sin necesidad de rebatir las acusaciones hacia él presentes en aquel texto...como si nada de lo expuesto por Lenin fuera contradictorio con sus posiciones o exigiera cuando menos una aclaración directa. Prueba concluyente de ello es que le bastó un par de argumentaciones, sabiamente seleccionadas por su parte, sobre las cuestiones de fondo que, según él, planteaba el texto de Lenin.

La primera consistió en una breve disertación, con cierto aire teórico, sobre la importancia de la cuestión nacional para los comunistas. Acusó a los críticos de haberla exagerado, olvidando el factor más importante, «el problema social, el problema del poder de la clase obrera». Para Stalin, el punto de vista primordial debía ser el del «fortalecimiento del poder de los obreros» y aunque la cuestión nacional fuera un problema de «suma importancia», su lugar estaba en un segundo plano, subordinado siempre a ese criterio preferente.

A renglón seguido tradujo este argumento a términos geográficos, algo bastante habitual en él, recordando a los delegados que la base de la dictadura del proletariado estaba en las regiones centrales (esto es, en Rusia, aunque no lo dijera abiertamente), de tal suerte que también en cuanto al espacio territorial soviético establecía una subordinación de la periferia no rusa y campesina respecto al centro ruso y proletario ⁶⁶.

Junto a esto, reiteró el mismo mensaje en términos de derechos: por encima del derecho a la autodeterminación estaba *el derecho superior de la clase obrera*, que ha conquistado el poder, a fortalecer su poder, a ejercitar su propia dictadura. Y para rematar la faena, se sirvió de una cita de Lenin de 1914, cuando éste había escrito: «para Marx no ofrece dudas la subordinación de la cuestión nacional a la cuestión obre-

⁶⁶ Stalin, O.C., V, pág. 280. «...Es evidente que la base política de la dictadura del proletariado la constituyen, ante todo y fundamentalmente, las regiones centrales, las regiones industriales, y no las regiones de la periferia, que son países campesinos. Si exageramos la nota en favor de la periferia campesina y en perjuicio de las regiones proletarias, puede producirse una grieta en el sistema de la dictadura del proletariado».

ra». Stalin apeló a esa frase como prueba terminante de que la razón marxista estaba de su parte. Como dijo entonces, a guisa de comentario, acerca de esa frase: «no son mas que dos líneas, pero lo deciden todo».

En la segunda trató el problema del chovinismo ruso y de los chovinismos periféricos. Stalin lo abordó como un asunto de mera lógica. Como había efectivamente esos dos tipos de chovinismo y como ambos implicaban una desviación peligrosa del punto de vista soviético, debía mencionarse expresamente según él la «doble tarea» de combatirlos a los dos, pues de lo contrario se aprobaría una política unilateral, muy perjudicial para la edificación del Estado y del partido en un momento en que las condiciones de la NEP favorecían particularmente el desarrollo de los chovinismos. Se imponía por tanto, según Stalin, la necesidad de especificar en cada caso la doble tarea: los rusos deberían combatir su chovinismo y los nacionales periféricos el suyo propio. Una cita de Lenin por último ⁶⁷, hábilmente manipulada, coronaba con un argumento de autoridad esta lógica «equilibrista» denunciada poco antes por el ucraniano Skripnik.

Mediante ambas argumentaciones, aparte de desautorizar una vez más a Lenin indirectamente, sin necesidad de rebatir su texto, dejaba en los delegados el mensaje solapado de que el documento de Lenin era un exabrupto pasajero e impropio. Pero, a su vez, le restituía al mismo tiempo (a Lenin) la autoridad de toda la vida al apoyarse en el Lenin de antes frente al (Lenin) enajenado transitoriamente por la enfermedad y la mala información. Y lo que es más importante aún, era él, Stalin, quien lo hacía, autorreservándose de esta forma el papel de albacea de la interpretación ortodoxa de la doctrina nacional leninista, mientras el silencio de los demás dirigen-

⁶⁷ La cita de Lenin pertenece a la obra *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*. En esa ocasión, Lenin se refería de un modo general a la lucha contra los chovinismos, tanto de las naciones opresoras como de las oprimidas. Por ello mismo era abusivo aplicarla, tal cual, a la situación concreta de la URSS en 1923.

tes bolcheviques le avalaba de hecho en el desempeño de esa función.

Con el tiempo, cuando se convierta en el máximo exponente del marxismo soviético, llegará mucho más lejos que en sus intervenciones del XII congreso, donde apenas empieza a balbucear sus primeros pasos. Pero aun así, aun siendo esta ocasión el punto inicial y pese a ceñirse a los asuntos nacionales sólomente, anticipa no obstante algunos de los elementos que caracterizan su carrera posterior como intérprete oficial y único del leninismo.

La esclerotización del pensamiento de Lenin en unas cuantas fórmulas repetidas sin cesar, como por ejemplo la idea de la superioridad del derecho de la clase obrera que acaba de mencionarse, y su simplificación al mismo tiempo, reduciendo el leninismo a ideas triviales, es uno de ellos. Y otro, tal vez aún más significativo, la mistificación de la realidad a base de encajonarla en sucesivas abstracciones. La revolución deja de ser algo real y concreto, con sus pros y sus contras, sus problemas no resueltos, etc., a base de adjetivarla como proletaria, soviética y socialista. Y lo mismo sucede con el Estado, la clase obrera, la dictadura del proletariado o los asuntos nacionales.

Pero lo que mejor anticipa el Stalin posterior es su afición a manejar el criterio del reforzamiento del poder estatal existente como criterio supremo de la acción política; si bien en el XII congreso se cuida de camuflarlo, claro está, tras la correspondiente adjetivación, de modo que ese criterio **estatalista** (en su sentido más estricto) no aparece como tal sino que queda oculto tras la retórica de la «edificación del poder obrero y soviético».

Si hay algo que puede explicar el por qué del encono antinacionalista presente entonces en Stalin (y que se lo imputa Lenin), más allá de las interpretaciones sicologistas, es precisamente el arraigo del criterio estatalista en Stalin ya en este tiempo. Y de la misma forma, si hay algo que permite explicar el hecho aparentemente paradójico de que los sentimientos «anti» se transformen durante las décadas siguientes en

una posición expresamente nacionalista, pero adjetivada como soviética, que consagra de hecho y de derecho la preponderancia rusa tanto dentro de la URSS y las filas de la Internacional Comunista como luego entre los demás países socialistas, es también la presencia de ese criterio en Stalin y su despliegue posterior conforme el Estado soviético se va afianzando.

No puede achacársele a Stalin el haber sido el inventor original de estos rasgos. Otros muchos ya habían hecho antes que él algo similar con respecto a Marx, entronizando su pensamiento como la nueva Biblia, y las actitudes dogmáticas tenían el campo abonado en el marxismo de la época que recibe Stalin. Tampoco puede atribuírsele el haberse inventado un Lenin que nunca existiera. El Lenin que cita Stalin, un Lenin también prisionero del dogma y de las formulaciones abstractas, un Lenin incluso oportunista en algunos conflictos nacionales, existió realmente como ha quedado patente en lo expuesto en capítulos anteriores. Pero en cualquier caso ha de reconocerse que ni el Lenin de los momentos más doctrinarios ni el estadista oportunista pueden reducirse sólo a eso, olvidándose sus dudas y reflexiones autocríticas o dejando de lado los criterios básicos y las preocupaciones dominantes que traslucen el conjunto de sus escritos y de su misma política.

Lo que sí puede imputársele a Stalin con toda razón es el hecho de quedarse con una **versión raquítica** de la doctrina nacional leninista. En el plano teórico ello se manifiesta, como he venido señalando hasta aquí, en un empobrecimiento general de las observaciones de Lenin sobre los fenómenos nacionales. y también se advierte en el plano político, en principio su punto más fuerte. Stalin conserva, eso sí, las fórmulas de la política nacional leninista —el derecho a la autodeterminación, la federación y la autonomización, el impulso de las lenguas nacionales, etc.— Es más, es el arquitecto y ejecutor de esas ideas, quien transforma las ideas generales bolcheviques en un plan concreto y quien lo lleva a la práctica. De esto no cabe duda.

No obstante, al realizar esta labor se observa ya en estos

años una clara tendencia a **despojar** la política nacional de los fuertes contenidos ideológicos que tenía en Lenin. Los criterios de fondo leninistas, esa política compleja y contradictoria a veces, sus dudas y preocupaciones, esa inquietud por unir la táctica y la estrategia y por vincular siempre ambas a un proyecto comunista general de largo plazo del que emana la tensión libertaria e igualitaria que preside toda su reflexión sobre los fenómenos nacionales, todo esto queda ya muy difuminado desde la toma del poder en los escritos de Stalin y en su obra política; tan difuminado que parece haber sangrado la savia de la política nacional leninista para dejarla reducida a meras consideraciones pragmáticas.

La segunda objeción, quizás la más importante, que debe hacerse a Stalin es la **sustitución de los criterios** presentes en Lenin y su reemplazamiento por otros, no ya sólo diferentes, sino muy contradictorios en el fondo con las claves más genuinas del pensamiento leninista. El criterio estatalista, antes mencionado, es sin duda uno de los rasgos que mejor marcan la diferencia entre ambos.

El **estatalismo** es, efectivamente, lo que está detrás de la diferencia de diagnósticos sobre el chovinismo que hacen uno y otro en la encrucijada de los años 22 y 23, cuando se pone en marcha la URSS. Si ambos ponen el acento en distintos problemas no es por casualidad, sino que se debe al hecho de que parten de distintos puntos de vista, de distintas inquietudes. A Lenin no le preocupan los nacionalismos periféricos. Y si se ocupa preferentemente del chovinismo ruso es porque desde el punto de vista de la transición al comunismo le parece el fenómeno más inquietante para la «calidad» del proceso soviético en lo que hace a los asuntos nacionales. Mientras que Stalin, por el contrario, al acentuar la peligrosidad de los chovinismos periféricos confirma que su criterio predominante es el de la consolidación del poder existente.

Nada de cuanto aconteció entonces, ni tampoco posteriormente, avaló de hecho la supuesta peligrosidad de los nacionalismos periféricos para el Estado soviético, quien gozó a este respecto de una correlación de fuerzas netamente favo-

nable en todo momento. Pero si a la luz de los acontecimientos reales parece claro que Stalin exageró la nota de la peligrosidad de unos nacionalismos definidos por él como chovinistas y ofensivos, ha de reconocerse por otro lado que Stalin tenía motivos para preocuparse de ellos en otro sentido. No ya por temor a su chovinismo, sino por el hecho de existir simplemente como unos núcleos nacionales que reclamaban un grado más real de poder autónomo o estaban despuntando como una amenaza de poder hacerlo en el futuro, pues tanto lo uno como lo otro inquietaban, eso sí, **su idea** de cómo articular el Estado soviético bajo el férreo control de un aparato unificado.

De manera que la preocupación por sacar adelante esa idea estatal concreta es el criterio predominante con que afronta los conflictos ya mencionados: de la cuestión georgiana, de su oposición tajante a ensayar fórmulas más relajadas de unidad, de su plan sobre la formación de la URSS, de su rechazo de fórmulas más confederadas, etc. Y es la que clarifica también el por qué y el para qué de su obsesión en combatir los supuestos chovinismos periféricos. Por las motivaciones que él mismo expresa en sus escritos y por sus implicaciones objetivas, la cruzada contra los chovinismos periféricos, amén de representar un magnífico chivo expiatorio, servía excelentemente a su política de reforzamiento del Estado realmente existente.

CAPITULO X

Resumen final **(A modo de conclusión)**

La evolución del pensamiento nacional de Lenin

1. El **papel subalterno** de la cuestión nacional en la revolución rusa antizarista, tanto en lo que concierne a la acumulación de fuerzas, como en la definición de los objetivos de la revolución, es la idea predominante del «primer» Lenin, desde que inicia su actividad política hasta 1912.

A diferencia de otros marxistas coetáneos, ese planteamiento no se debe a un desconocimiento de los problemas nacionales o a una falta de sensibilidad ante las situaciones de opresión nacional. Por el contrario, desde sus primeros pasos Lenin da muestras de una posición intransigente contra la opresión nacional existente en el imperio ruso y de una concepción de la revolución que resulta incompatible con la perpetuación de la opresión nacional.

Según Lenin, el gobierno democrático revolucionario que suceda al zarismo debe eliminar la opresión nacional y ha de reconocer, asimismo, el derecho a la autodeterminación de to-

dos los pueblos no-rusos del imperio. Pero dichas tareas (nacionales) no definen mas que de manera secundaria la revolución democrática pendiente.

Apoyándose en un análisis de las fuerzas sociales en presencia, Lenin hace una opción estratégica por una revolución democrática radical cuya viabilidad viene garantizada por la acumulación de fuerzas **obreras y campesinas** y la exigencia de seguir un plan común en todo el territorio del estado zarista. En virtud de dicha opción pone el acento prioritario en la **condición social**, en la condición de obrero o de campesino, mientras que deja en segundo plano su condición nacional y desconsidera la virtualidad política «positiva» de ésta última. De la misma forma, da prioridad a su **interés común**, en tanto que obrero o campesino, más allá de la diversidad de origen nacional y de las diferencias lingüísticas y culturales. Mientras que la diferenciación de clase queda definida como la tarea fundamental y «positiva», la política socialista no debe insistir en consolidar la diferenciación nacional, dice, ni ha de preocuparse por activar la contraposición nacional.

El desarrollo general de los acontecimientos, y en particular la revolución de 1905, corroboran efectivamente la viabilidad de esa opción. Pero, junto a ello, se aprecian abundantes síntomas premonitorios de una activación general de los movimientos nacionales entre los pueblos no-rusos del imperio, sobre todo durante la revolución de 1905. Lenin silencia sorprendentemente este nuevo fenómeno político, bien por no advertirlo o bien porque no le interesase subrayarlo, con la intención tal vez de no distraer la atención del esquema estratégico adoptado. Dada la realidad de dichos movimientos nacionales —aún incipientes y elitistas, sin apenas implantación popular por lo general y con un carácter político moderado—, la política propugnada por Lenin no se ve sometida a pruebas de envergadura en este período. Pero en tanto en que no se interroga sobre las perspectivas de crecimiento con que cuentan a su favor los movimientos nacionales, incurre en el error de no prever un cambio de tendencia acerca del papel que desempeñarán éstos en las luchas antizaristas.

2. Entre 1912 y 1914 se produce un cambio en la situación política del imperio. Entre otras cosas, se advierte en el juego político una mayor presencia de los motivos nacionales, a la vez que se está dilucidando una gran batalla de fondo entre la opción de reformar el régimen zarista «desde arriba» o la de subvertirlo «desde abajo». Lenin observa con preocupación que el partido bolchevique no se encuentra preparado, ni ideológica ni políticamente, para afrontar el ascenso de la presión nacionalista en los ambientes populares. Y, consciente de ello, dedica buena parte de su tiempo a la reflexión sobre los problemas nacionales, sea mediante la interpretación y el desarrollo del programa (nacional) aprobado en 1903, sea prestando una atención particular a fundamentar las bases teóricas de dicho programa.

Lenin define la significación **general** de los movimientos nacionales con una formulación, recogida de Kautsky, sobre las dos tendencias que atraviesa el capitalismo en su desarrollo: una primera de intensificación de los movimientos nacionales, coincidiendo con el capitalismo ascendente, y una segunda de avance progresivo de la internacionalización de la vida social, propia del capitalismo maduro, que supone una perspectiva de desaparición de las naciones. Así pues, el socialismo se ve sometido a una presión ambivalente y contradictoria. Por un lado ha de tener en cuenta la vigencia de los movimientos nacionales en una buena parte del mundo, donde aún no se hayan realizado las transformaciones democráticas que acompañan el ascenso del capitalismo. Pero por otra parte, debe identificarse con la perspectiva de internacionalización (y la consiguiente desaparición de las naciones), en tanto que esa tendencia expresa el futuro hacia el que camina inevitablemente la humanidad.

En el plano teórico, Lenin resuelve esta presión contradictoria mediante el enunciado de una **actitud «negativa»** ante la cuestión nacional allí donde se dan a la vez ambas tendencias, como es el caso del imperio ruso. En esos casos hay que contar con la inevitable intensificación de los movimientos nacionales; pero **lo propio** de la política socialista no es impulsar

esa tendencia, dedicándose a construir naciones, sino que debe limitarse a eliminar la opresión nacional, manteniéndose en un terreno negativo. Es más, debe tratar de que se abra paso la tendencia a la asimilación y fusión de las naciones, aunque eliminando de ese movimiento asimilador todo factor de fuerza e imposición de unos pueblos sobre otros. Gracias a esta teoría, el Lenin de 1913 puede mantener una actitud práctica ante los hechos nacionales **similar** a la sostenida durante las décadas anteriores.

Simultáneamente Lenin inicia, sin embargo, una reflexión sobre la importancia **concreta** de la cuestión nacional en el imperio ruso de la cual se desprenden unas posiciones y hasta una actitud contradictorias con el esquema (teórico) general elaborado en estos años. El resultado más tangible de ello es un cambio considerable acerca de la relevancia de la cuestión nacional en la revolución rusa. A partir de un análisis de los datos nacionales —en el que destacan, entre otras cosas, la valoración del significado político del nacionalismo chovinista ruso del poder y la previsión de los elementos que favorecen el incremento de la base popular de los movimientos nacionales en los pueblos no-rusos sometidos al imperio zarista— Lenin concluye que la completa eliminación de la opresión nacional debe ser **un componente relevante** de la revolución rusa, pues cualifica el grado democrático que ha de exigirse al nuevo régimen. Y, junto con ello, que la lucha contra la opresión nacional es un terreno importante en la acumulación de fuerzas populares revolucionarias. Hasta el punto de plantear que esa lucha es una condición inseparable de la política de unidad y aun de la misma viabilidad de la revolución. Si no hay una posición intransigente de combatir la opresión nacional, no puede abrirse camino —según Lenin— el necesario plan de acción común de todos los pueblos del imperio contra el zarismo.

Los nuevos registros de Lenin ante los problemas nacionales se advierten sobre todo en su defensa del derecho a la autodeterminación y también en diversas iniciativas parlamentarias en pro de la igualdad de los pueblos y en defensa de las

lenguas y minorías nacionales. Pueden resumirse en un cambio de actitud por su parte. El tono preventivo y receloso ante los movimientos nacionales, la actitud de limitarse a eliminar «negativamente» la opresión nacional, etc. van cediendo su lugar a una **consideración «positiva»** de las tareas nacionales, a una preocupación por resaltar que la política bolchevique tiene la obligación de llevar a efecto la igualdad de los pueblos, la obligación de garantizar los derechos de las minorías nacionales y de todas las lenguas vernáculas... Y en la medida en que trata de ser consecuente con esos principios democráticos, la política nacional bolchevique no puede formularse ya como una tarea negativa, pues contribuye de hecho a la institucionalización y consolidación de las naciones.

Entre los años 1912 y 1914 se produce, por tanto, una evolución paradójica de Lenin. En parte confirma los puntos de vista sostenidos durante las décadas anteriores y en parte los modifica, sin que Lenin advierta las contradicciones presentes en sus planteamientos. Pero debe señalarse, en cualquier caso, la brevedad de este momento de intensa reflexión nacional que transcurre, en rigor, entre el verano de 1913 y el siguiente de 1914 y que se ve bruscamente truncado por el estallido de la Primera Guerra Mundial.

3. Durante los años de la guerra mundial se ve obligado a reconsiderar de arriba-abajo las bases de la política socialista, pues la participación de las corrientes mayoritarias del socialismo europeo en una guerra **imperialista** es un indicador incuestionable del fracaso socialista y, en particular, de los principios internacionalistas que había proclamado. Por esta razón, se trata de un período excepcional en la vida de Lenin, de intensa efervescencia intelectual, que éste aprovecha llevando a cabo una reflexión multilateral: sobre el Estado, sobre el imperialismo, sobre las revoluciones posibles en aquel mundo, sobre el internacionalismo... fundamental en su pensamiento político.

En el terreno nacional, a lo que dedica una parte apreciable de sus escritos, Lenin no reconsidera sus textos anterior-

res, a fin de revisar su validez o no. Pero los cuestiona de hecho. Y, en buena medida, supera los aspectos más problemáticos presentes en ellos.

Su obsesión dominante es captar las claves del mundo real en que vive con objeto de poder fundamentar el internacionalismo socialista sobre bases más sólidas. Ya que el internacionalismo no ya sólo había derivado en un mensaje abstracto, retórico, ajeno a las realidades nacionales del mundo de la época, sino que era inseparable del desarrollo del social-chovinismo en las filas socialistas (esto es, la adaptación a la política antinacional e imperialista de sus gobiernos capitalistas respectivos) y en ambas cosas radicaba, para Lenin, una de las causas fundamentales del fracaso socialista.

La reflexión nacional se hace, por ello, más política y más concreta. Desaparecen prácticamente las referencias al esquema teórico kautskiano sobre la significación general de los movimientos nacionales. Y, junto con ello, quedan desplazadas, asimismo, las derivaciones más problemáticas de la concepción kautskiana. Mientras que prevalece la preocupación, netamente «positiva», de **concretar las obligaciones nacionales de la política socialista** de acuerdo con la realidad de cada país.

Durante este tiempo, Lenin elabora una definición propia de la significación de la cuestión nacional en la época imperialista. Parte de la constatación de que esa época supone la agudización de los problemas nacionales así como su extensión por todo el mundo; y, a continuación, establece la previsión de una tendencia a la intensificación de los movimientos nacionales de resistencia y a que desemboquen en otras tantas insurrecciones nacionales anti-imperialistas.

A partir de la observación del mundo real, en su mayor parte sometido entonces a unas pocas potencias imperialistas, Lenin llega a una definición más desprejuiciada de los movimientos de lucha nacionales, los cuales se generan porque los pequeños pueblos sometidos tienden a defenderse a sí mismos, a reivindicar su lengua y cultura, su territorio y sus recursos, la posibilidad de tener su propio desarrollo económico y social... Y valora, de otro lado, la enorme trascenden-

cia de las luchas nacionales de resistencia para el avance de las perspectivas revolucionarias en todo el mundo. Precisamente debido a esa trascendencia, Lenin subraya la necesidad de **que el socialismo integre en sus motivaciones estratégicas la lucha por la liberación nacional de los pueblos oprimidos.**

La reconsideración de toda la política socialista en virtud de la pertenencia a una nación opresora u oprimida, concretando las obligaciones nacionales de los socialistas en cada caso, es el punto en que culmina la nueva reflexión de Lenin.

Aparte de ello, hay que consignar otras novedades introducidas por Lenin en estos años de la guerra mundial.

Una de ellas es la superación de la restrictiva y artificial consideración de que la cuestión nacional era un problema meramente democrático, un asunto propio de la democracia burguesa y no del socialismo (Aunque en rigor, esto nunca llega a formularlo, en lo que hace a la letra, de un modo claro)

Otra, de gran alcance, es la concreción que hace en este tiempo sobre el sujeto de la autodeterminación, cuando define que allí donde exista un movimiento popular de resistencia que reivindica ser una nación allí hay un sujeto de la autodeterminación.

Pese a la brevedad de sus referencias escritas, no puede pasar desapercibida la inclusión de los pequeños pueblos de la Europa Occidental, antes expresamente desconsiderada por él, en el mapa de la opresión nacional existente, combatiendo así la tendencia a reducir dicho mapa a las situaciones típicas coloniales.

También es preciso mencionar los matices que introduce en cuanto al asunto de cuál es el horizonte final de las naciones. Más allá incluso de sus propias opiniones o previsiones, se advierte un Lenin que pone el acento en la política: «han de poder vivir cuanto quieran ellas mismas», consciente ya a esas alturas, entre otras cosas, de la durabilidad de los fenómenos nacionales.

4. Gracias a la reflexión hecha durante la guerra mundial Lenin puede afrontar el proceso revolucionario abierto en el

imperio ruso en febrero de 1917 con unas concepciones que le permiten ir por delante de los acontecimientos, no ya sólo de modo general, sino también en lo relativo a los asuntos nacionales en particular.

Preocupado por definir los contenidos nacionales de la revolución rusa, Lenin los resume en la intención de llevar a cabo una política **de ruptura** también en el terreno nacional. Parte de la consideración de que el territorio del Estado ha sido conquistado por la fuerza y de que no puede ser un objetivo revolucionario el mantenimiento de la integridad territorial estatal. La insistencia en confirmar el derecho a la separación de todos los pueblos no rusos del Estado es el punto nodal de esa política rupturista.

Conforme madura la crisis, y se va haciendo evidente que hay también una crisis nacional del imperio, Lenin subraya el interés estratégico de una resolución satisfactoria de los problemas nacionales para el propio éxito de la revolución. Tanto por los apoyos que aseguren su viabilidad, cuanto por los contenidos que debe tener la revolución en aquella realidad plurinacional. Refiriéndose a esa realidad poco antes de la revolución de octubre, Lenin formula la existencia de dos problemas «cardinales» para la inmensa mayoría de la población, el agrario y el nacional, así como su unidad indisoluble en toda la periferia del Estado, dada su doble condición de pueblos campesinos y a la vez de pueblos sometidos a los rusos.

Pese a su intención de realizar una política nacional rupturista y pese a disponer de unas sólidas bases ideológicas para emprenderla, en vísperas de la revolución de octubre Lenin carece aún de un proyecto político preciso para la reordenación nacional del Estado revolucionario y sigue aferrado a las rígidas posiciones antifederalistas que venía sosteniendo desde su mocedad. Una rigidez tanto más sorprendente, por cuanto en ese momento la mayor parte de los movimientos nacionales periféricos se definían a favor del mantenimiento de unos lazos federales con el pueblo ruso. Pero ese empecinamiento antifederal resulta insostenible, de modo que ya en los primeros meses posteriores a la revolución se pronuncia a fa-

vor de construir un Estado federal entre los pueblos que deseen permanecer vinculados a un mismo ámbito territorial.

5. En el período final de su vida, ya al frente del poder soviético, Lenin no introduce otras modificaciones relevantes, pero defiende con firmeza la política proclamada hasta entonces. Cuando el poder soviético es aún débil y apenas controla el territorio propiamente ruso, persistiendo en proclamar la seriedad de las intenciones rupturistas del nuevo régimen en cuanto a su política nacional. Y cuando el nuevo régimen se hace más fuerte, preocupándose por confirmarlas con hechos de gobierno y por corregir las desviaciones teóricas o prácticas que se producen en el partido bolchevique. Estas desviaciones, como por ejemplo el intento de cambiar la doctrina de la autodeterminación «bajo el socialismo», en buena medida expresan la tentación oportunista de mantener «como sea» dentro del Estado soviético la mayor parte posible del antiguo territorio imperial. Aunque en alguna ocasión llega a salpicarle a él mismo esa tentación, el comportamiento de Lenin al frente del gobierno responde en general a la intención de establecer unas nuevas bases de relación entre el pueblo ruso y los pueblos no-rusos del ámbito soviético, cuyo criterio clave es **la voluntad de conjugar a un tiempo su afirmación nacional y su afirmación soviética.**

La obra emprendida por el Comisariado de las Nacionalidades durante los tres primeros años de la revolución y en medio de una guerra civil asoladora —la institucionalización nacional de los pueblos no-rusos, el esfuerzo por impulsar su cultura y sus lenguas—, es un buen exponente de la decisión con que se pone en práctica la política nacional proclamada. Hasta el punto de que cuando termina la guerra hay una sensación entre los bolcheviques de que el terreno nacional es donde tal vez había podido llevarse más lejos la realización del programa político de la revolución; o donde, comparativamente, quedaban menos problemas aún por resolver. Durante un tiempo Lenin comparte esa visión autocomplaciente de la política nacional soviética, sin reparar en que sus

resultados eran en cierto sentido más aparentes que reales.

En el último tramo de su vida, ya enfermo y libre de las cargas prácticas de las tareas gobernantes, se observa un brusco giro en sus preocupaciones. De la autocomplacencia y la absorción por los aspectos más pragmáticos de la acción de gobierno, Lenin pasa a un estado de profunda inquietud por el futuro de la revolución soviética, por la clase de régimen que se está construyendo en realidad, por los problemas que la revolución no ha resuelto todavía, por los riesgos de desviación que la amenazan... Y en ese contexto se encuadra su reflexión angustiada de última hora sobre la orientación real de la política nacional soviética.

En este momento Lenin traza un crudo diagnóstico de la situación. En su opinión, el régimen soviético sigue reproduciendo de hecho, si bien con otras formas que antaño, las desigualdades nacionales del pasado. La causa de ello, dice, es la contaminación de nacionalismo chovinista ruso que está presente de arriba-abajo en el partido bolchevique, en el aparato de estado, en las propias instituciones soviéticas...

Lenin valora esta situación como un fracaso del internacionalismo, pues es el propio régimen soviético quien está restableciendo las viejas relaciones de prepotencia entre los rusos y los pueblos no-rusos. Y le parece tanto más grave, cuando advierte que la mayoría del partido navega en la autocomplacencia, da muestras de insensibilidad ante los problemas que él denuncia e incluso los invierte de hecho, al alarmarse más contra las manifestaciones nacionalistas (defensivas) de los pequeños pueblos periféricos que contra la prepotencia rusa.

A este respecto, Lenin siente la necesidad de establecer una nítida distinción sobre el carácter del nacionalismo, rechazando la tesis de que tenga un sentido unívoco. Sólo existen los nacionalismos concretos, dice, cuyo carácter es radicalmente distinto si pertenecen a una nación grande o a una pequeña, dominante o dominada, etc.

Aplicando esa idea a la situación de entonces, señala que el blanco principal de la acción ideológica y política soviética

es combatir el chovinismo ruso (que expresa la prepotencia de la nación más poderosa y antaño dominadora). Mientras que exige un tratamiento totalmente distinto, dado su carácter eminentemente defensivo, para con los nacionalismos de los pequeños pueblos soviéticos periféricos.

Las medidas propuestas por Lenin para enmendar esa situación tienen un alcance incompleto e inacabado; cuando apenas comienza a esbozarlas quedan truncadas por la enfermedad y la muerte. Con todo, queda patente que su preocupación central es hacer **un replanteamiento del internacionalismo soviético**, cuyo meollo radica en discernir cuáles son las obligaciones de los rusos en sus relaciones (internacionalistas) con los otros pueblos soviéticos.

En vez de hacer un Estado más o menos federal, pero ruso, Lenin propone edificar **un Estado de nueva planta** mediante una federación de los pueblos soviéticos cuyas formas reflejen inequívocamente el principio de igualdad entre ellos. Y en cuanto a su contenido, enfatiza la necesidad de que la política nacional se guíe por el criterio de **compensar** la desigualdad existente entre el pueblo ruso y los demás. Y, de otro lado, en la exigencia de establecer unas **garantías** a favor de los pueblos periféricos que les permitan contener las manifestaciones inevitables de la prepotencia chovinista de los rusos.

6. A modo de balance pueden destacarse un par de conclusiones. La primera es que el conjunto de su trayectoria desmiente algunas ideas acuñadas por numerosos autores. Bien sea la de que Lenin prestó siempre una gran atención a los problemas nacionales, que siempre los tuvo en primer plano y siempre pensó bien (Stalin, Trotsky, Nin, etc.) Bien sea su contraria, la idea de que Lenin no cambió nunca en el fondo, manteniendo una concepción anclada en el esquema teórico kautskiano expuesto por él en 1913, aunque sí introdujo modificaciones tácticas en su política nacional (Hélène Carrère d'Encausse y otros).

En mi opinión ninguna de estas dos opiniones puede resistir la prueba de la crítica. La primera queda desmentida por

esa larga fase, los 25 primeros años de su militancia, en que Lenin presta una escasa atención a los problemas nacionales y teoriza su carácter subalterno para la revolución rusa. Por no hablar del lapsus de autocomplacencia a la salida de la guerra civil, de su fijación antifederalista... y toda una larga lista imposible de recoger en un breve resumen. Mientras que la segunda se sustenta en un juicio de valor de dudosa consistencia a la luz de los hechos.

Más peliagudo es el problema de si puede concluirse que la obra de Lenin sigue una trayectoria más o menos clara, pero reconocible; esto es, si avanza en una determinada línea de evolución.

La respuesta a esta interrogante no puede ser unívoca dada la propia complejidad de la obra nacional de Lenin. Ha de tenerse en cuenta que la obra de Lenin no puede desvincularse de una sucesión compleja de cambios en la situación política a los que trata de dar respuesta con sus escritos. Y que se caracteriza, debido a ello, por una discontinuidad en cuanto a los temas sobre los cuales reflexiona y en cuanto al contexto que rodea esos mismos problemas en diferentes situaciones.

Le añade una dificultad supletoria el hecho de que Lenin no acostumbre a revisar sus propios textos anteriores, confirmando lo que permanece y lo que cambia en su pensamiento al menos desde su punto de vista. Y aunque nos hubiera legado esa autocrítica, ha de reconocerse la autonomía de sus hechos, como en toda obra humana, y la inevitabilidad de que admitan distintas valoraciones según la sensibilidad particular de quien las haga. Tanto más si es una obra compleja, como la de Lenin, y está repleta de cambios, contradicciones, silencios, ambigüedades...

Ha de concluirse, por todo ello, que la obra nacional de Lenin se presta a una diversidad de interpretaciones, irremediablemente vinculadas por otra parte a las inquietudes de quien haga la crítica. Lo que no quita para que estén peor o mejor fundamentadas.

Una vez aclarado esto, creo que puede argumentarse, no obstante, la existencia de una cierta línea de evolución pre-

dominante en la obra nacional de Lenin, más allá de sus contradicciones, discontinuidad, vacilaciones, etc. Por resumirla en pocas palabras, su punto de partida es la percepción de las realidades nacionales a través de una doctrina marxista heredada. El camino por el que avanza, la elaboración de una visión propia de las realidades nacionales, más desprejuiciada, más acorde con su significación en el mundo real de la época. Y el punto de llegada, por fuerza incompleto dada su muerte prematura, una suma de aportaciones teóricas, ideológicas y políticas que enriquecen el cuerpo doctrinal marxista en el campo nacional.

Pienso, por otro lado, que puede afirmarse la presencia de unos motores de dicha evolución; unos motores que se mantienen permanentemente a lo largo de toda su vida y que vienen a ilustrar otras tantas virtudes del tipo de marxismo con el cual se identificaba. Como más adelante abundaré en ellos, me limito a exponerlos brevemente ahora. Uno de ellos, desde luego, es su inquietud por lo concreto, la preocupación por observar y estudiar la realidad, la sensibilidad para captar los elementos de la realidad que deben condicionar los planteamientos políticos... Otro, es la riqueza y multilateralidad de sus convicciones revolucionarias, presente en la actitud de intransigencia contra todo tipo de opresión nacional, en la profundidad de su aversión al nacionalismo chovinista del poder, en su igualitarismo... Y, finalmente, la honestidad de poner en marcha una política real cuyo norte es el principio de que los pueblos han de ser libres, iguales y solidarios; o mejor, tal vez, la exigencia de que la política nacional, más allá de las dificultades provenientes de la realidad para llevarla a cabo, guarde una coherencia con ese principio.

Significación de la obra nacional de Lenin en el marxismo de la época

7. Aunque se perciben en él algunos rasgos singulares, heredados de la tradición revolucionaria rusa, el pensamiento

nacional de Lenin tiene el sello, marxista, del socialismo europeo occidental.

Durante muchos años Lenin permanece estrechamente vinculado al marxismo de su época. Ese vínculo está presente en su primera formación, bajo la guía de Plejanov, entonces uno de los pensadores más influyentes del marxismo europeo. Y se consolida en los años posteriores por medio de múltiples lecturas, en la asistencia a los congresos de la II Internacional, en el contacto físico con los círculos marxistas de Francia, Alemania, Suiza, Inglaterra... durante los largos años del exilio.

Debido a esa formación, Lenin procede habitualmente como un marxista ortodoxo que acude constantemente en sus escritos a la autoridad de la doctrina establecida (generalmente por el socialismo alemán) para enfocar cualquier discusión o análisis, aunque, a renglón seguido, sea frecuente encontrar aportaciones suyas singulares de mayor o menor importancia. Tan arraigado está en él ese hábito que, incluso cuando defiende el derecho a la autodeterminación durante los años 1913 y 1914, se apoya, sin demasiada razón, en la doctrina marxista.

A partir de la Primera Guerra Mundial y durante los últimos años de su vida emprende un vuelo propio, sin embargo, tratando de que la revolución rusa y luego la III Internacional constituida sean los focos emisores de una renovación del marxismo y de que restablezcan su vocación revolucionaria. Pero, aun en este período —caracterizado por la ruptura de los lazos orgánicos, la intención regeneradora y por ser el momento en el que son más claras sus aportaciones—, aun entonces quedan intactos de hecho no pocos elementos comunes al cuerpo doctrinal codificado por las corrientes más influyentes de la II Internacional.

La deuda con el marxismo de la época, de un lado, y, su aportación singular, original, por otro, son dos rasgos característicos de la obra en general de Lenin. E inseparables hasta cierto punto. Pues aunque haya momentos en los cuales predomina más un componente que otro, es frecuente que los

dos se den al mismo tiempo y la presencia de ambos puede rastrearse a lo largo de toda su trayectoria.

Su obra nacional, en particular, también se distingue por esos mismos elementos: por lo que tiene de deuda y por lo que tiene de contribución respecto al marxismo de la época.

8. En una primera fase, que transcurre hasta 1912, Lenin no invoca expresamente la autoridad de la doctrina marxista para apoyar sus planteamientos nacionales. Toda su argumentación en esos años es genuinamente rusa. Se fundamenta en un análisis del estado zarista y del desarrollo del capitalismo, en las características particulares de la revolución rusa, en un diagnóstico propio sobre las fuerzas sociales reales que pueden llevarla a cabo...

Sin embargo, su misma idea sobre la revolución rusa y, en particular, sus ideas acerca del papel de los problemas nacionales en ella, tienen la huella indeleble del «ambiente» marxista dominante en el occidente europeo. Y no porque reciba una posición anti-nacional, lo que no se da; sino porque le penetra, por ósmosis puede decirse, un ambiente general que tiende a considerar la cuestión nacional como un problema de segundo orden para el socialismo. Como un problema que el socialismo debe arreglar, eso sí, pero sin perder de vista su naturaleza no genuinamente proletaria y «ajena» en cierto modo.

En esa fase la deuda con el marxismo de la época tiene sobre todo una carga problemática. Se manifiesta en una identificación con la centralización jacobina y en una posición hostil al federalismo; en una actitud recelosa ante los movimientos nacionales; en una formulación de la cuestión nacional como algo «exterior» a la clase obrera y, en el fondo, como un asunto «propio» de la burguesía; en una tendencia a concebir las determinaciones de la condición obrera de un modo restrictivo...

Con todo, Lenin atenúa de alguna forma todos estos rasgos gracias a un planteamiento general de la revolución rusa

eminentemente político y expresamente beligerante con los reduccionismos economicistas u obreristas. Por lo menos, entiende que hay unas situaciones nacionales anómalas bajo el despotismo zarista y tiene claro que la revolución democrática debe resolverlas.

Durante los años 1912 a 1914, cuando se aplica por primera vez en serio a reflexionar sobre los problemas nacionales, la deuda con el marxismo de la época se hace más patente. Consciente de no dominar el terreno, Lenin acude sistemáticamente en sus escritos a otros autores marxistas que han profundizado ya en los asuntos nacionales. Pero esa influencia tiene ahora una doble y contradictoria consecuencia.

Por un lado, supone una **transferencia «negativa»** de los aspectos más problemáticos de la concepción kautskiana; aunque en gran parte ya estaban implícitamente presentes éstos en su planteamiento nacional, quedan ahora más consolidados, sobre todo al aceptar la identificación del socialismo con un horizonte final de desaparición de las naciones.

Pero, por otra parte, el conocimiento de la literatura marxista del tiempo **estimula** una mayor preocupación por dominar los aspectos nacionales de la realidad y por desarrollar su propia concepción. La defensa de la autodeterminación y la polémica con Rosa Luxemburgo, en esos años, son un ejemplo claro de esto último; y también se advierte tal efecto benéfico en algunas de las críticas más políticas que hace entonces al programa de Bauer sobre la autonomía nacional cultural.

Desde la Primera Guerra Mundial prevalece, en cambio, el lado más positivo de la deuda. Sus escritos sobre el imperialismo, sin duda capitales en la elaboración de una concepción propia sobre la problemática nacional y sobre su inserción en la estrategia revolucionaria, se apoyan en cuanto habían escrito antes numerosos autores marxistas. Y otro tanto puede decirse, incluso, de la obra nacional que se pone en marcha con la revolución. Aunque es una obra genuinamente rusa, está en deuda con no pocas ideas sobre el autogobierno nacional expuestas antes por Kautsky, Rosa Luxemburgo, el

congreso de Brno de la socialdemocracia austríaca... e incluso por el mismo Otto Bauer.

9. En comparación con otros autores coetáneos del campo marxista, con Kautsky o Bauer sobre todo, pero también con Rosa Luxemburgo, la obra nacional de Lenin cubre un menor espacio de preocupaciones. Hasta el punto de poder afirmar que es una obra refractaria a los temas más abstractos, a los más «puramente» teóricos, de los problemas nacionales.

Tal característica ha contribuido, por una parte, a que la obra de Lenin tenga un atractivo inferior en los ambientes interesados en la comprensión de los hechos nacionales y a que las aportaciones de Lenin reciban, por ello, una consideración menor. Como si su contribución fuera meramente táctica o meramente política. Pero, de otra parte, ese mismo rasgo le da a la obra de Lenin, sin embargo, una doble ventaja. Por vía negativa, la de expresar un pensamiento cauteloso, prudente, y hasta vacilante, cada vez que aborda los aspectos menos evidentes de los problemas nacionales. Pues bien, esa actitud le evita decir tonterías, aventurar afirmaciones sin fundamento, etc., lo que no es una virtud de poca monta dado el ambiente de la época. Por vía positiva, la de concentrar su atención en las naciones oprimidas, en el fenómeno de la opresión nacional, sin que le ocupen para nada las naciones «satisfechas» o la nación en general; lo cual es probablemente el aspecto más interesante de toda la amplia temática nacional, al menos para quien se empeña no sólo en conocer el mundo de lo nacional sino sobre todo en transformarlo.

Considerada al detalle, la obra nacional de Lenin contiene raros elementos absoluta y exclusivamente originales o tal vez ninguno. Pero contrastada en su conjunto con otras coetáneas puede afirmarse que ofrece unos rasgos propios, estos, unos contenidos especialmente remarcados por él en sus escritos y en su intervención práctica, que bien merecen ser calificados como aportaciones suyas singulares al marxismo de la época.

Sin ánimo de agotar este asunto de un modo exhaustivo,

pero sí de reflejar lo mas sobresaliente, creo que deben consignarse, por lo menos, los siguientes rasgos:

a) una concepción tajante sobre la incompatibilidad de los principios democráticos y socialistas con cualquier grado de complicidad, directa o indirecta, en las situaciones de opresión nacional. De la cual se deriva la exigencia de combatir de un modo **intransigente** toda manifestación de opresión nacional;

b) una posición expresamente distanciada, relativa, accidentalista, en cuanto al ámbito territorial del Estado revolucionario. Lenin aprecia las ventajas de una cierta dimensión del Estado (demográfica, territorial, etc.) para la realización más efectiva del socialismo. Pero no le concede un valor absoluto; ni concibe el ámbito del Estado existente como un hecho intangible (Rosa Luxemburgo), en tanto que «creado por la necesidad histórica». Por el contrario, subordina las hipotéticas ventajas de un Estado grande al criterio político de que a ningún pueblo se le puede o debe imponer por la fuerza la pertenencia a un Estado. Ni siquiera en nombre de la revolución o del socialismo. Es más, se distingue por concentrar sus más duras invectivas en la exigencia de esta actitud **despegada** respecto al Estado y su ámbito territorial;

c) la importancia concedida en el conjunto de su obra a la denuncia del nacionalismo del poder, esto es, el nacionalismo de quienes «tienen» el Estado y tratan de someter a otros pueblos. Con esta denuncia deja traslucir una dimensión bien honda de las dinámicas nacionales: el papel de ese nacionalismo en la **corrupción** de las conciencias populares y en la **legitimación** de un Estado opresor... ya apuntado en cierto modo en los escritos sobre Irlanda de Marx;

d) la idea de que lo fundamental de los problemas nacionales, sin desdeñar otras dimensiones (lingüísticas, culturales, económicas, etc.), radica en **la cuestión del poder**. O, mejor dicho, en la existencia de unos pueblos que, no ya sólo tienen el privilegio de contar con un poder propio mientras otros pueblos carecen de él, sino que tratan de perpetuar, además, esa situación discriminatoria;

e) la valoración de que los movimientos nacionales son la **expresión política de la resistencia popular al sojuzgamiento** de sus comunidades respectivas. A partir de esto, que es la explicación de fondo en general acerca de su razón de ser, Lenin añade una serie de consideraciones con objeto de poder discernir su carácter político concreto: sobre la diferente trascendencia de la opresión nacional para unas clases u otras, lo que tiene de común sin embargo a toda o a la mayor parte de la población, la existencia de una pugna entre las diversas clases sociales para hacerse con la dirección de los asuntos de la nación... consideraciones todas ellas muy tratadas ya en la literatura marxista habitual de su tiempo. Pero a diferencia de otros autores, Lenin recalca sobre todo su explicación más de fondo, las causas profundas a las que responde el surgimiento y desarrollo de un movimiento nacional; a fin de no confundirla con las formulaciones mezquinas o restringidas que un movimiento nacional puede adoptar en un momento dado de su camino;

f) la preocupación por determinar el lugar que ocupan los problemas nacionales en la estrategia revolucionaria. Con el tiempo la concreta en una voluntad política de integrar las luchas populares de liberación nacional en el torrente de la revolución socialista. O, dicho de otra forma, **la corrección del mensaje socialista** mediante la integración en él, y como una parte consustancial de sus contenidos emancipadores, de la aspiración de los pueblos a su libertad como tales.

El hecho de que Lenin acostumbre en ocasiones a argumentar esta cuestión con una sobrecarga de consideraciones de tipo táctico (así, sobre la conveniencia de ganar el máximo de apoyos para la revolución o bien de neutralizar a posibles adversarios, sobre las repercusiones positivas de una buena «imagen» nacional de la revolución rusa en un mundo exterior convulsionado por los problemas nacionales, etc.) ese hecho ha contribuido a que frecuentemente se le impute una intención meramente táctica a su voluntad integradora de las luchas de liberación nacional. Pero tal crítica debe desestimarse, dada la íntima e inseparable conexión, en el político re-

volucionario que es Lenin, entre las implicaciones más tácticas de la lucha revolucionaria y las referencias de índole más estratégica, entre la percepción de las coordenadas en que se mueve necesariamente la revolución y sus convicciones más profundas.

En cualquier caso, es una prueba concluyente a este respecto, el hábito insistente de Lenin en repetir la observación de que el ideario emancipador comunista no es tal si se obvia su extensión al terreno nacional. De modo que Lenin desborda ampliamente, a mi juicio, la opinión tan extendida en su tiempo de contemplar los problemas nacionales con un interés meramente circunstancial, pasajero, y con la preocupación dominante de «atenuarlos» para que «no estorbaran» el libre curso de la lucha de clases;

g) el esfuerzo por **renovar el internacionalismo** de su tiempo mediante la concreción de las tareas nacionales de los socialistas. Más allá del detalle de dichas tareas de acuerdo con la particularidad nacional de cada país, queda patente una preocupación central por diferenciar la acción socialista de la política nacional burguesa. En el caso de las naciones dominantes acentúa, por ello, su diferenciación con el socialchovinismo (o adaptación al imperialismo de su burguesía). Y en el de las naciones oprimidas, su diferenciación con respecto al particularismo estrecho de su burguesía nacional.

10. Queda el problema de cómo clasificar la obra de Lenin en relación con las demás corrientes socialistas de su tiempo.

A este respecto es preciso mencionar la opinión, compartida en las últimas décadas por numerosos críticos, de que la obra nacional de Lenin no es, es el fondo, mas que una variante particular del denominado «marxismo ortodoxo» cuya figura principal es Kautsky (del cual, también es otra rama el «internacionalismo intransigente» de Rosa Luxemburgo). Aducen en su favor que todos ellos participan de unas mismas bases comunes en aspectos muy sustanciales de la cues-

ción nacional. Como su coincidencia en asumir la inevitabilidad y la bondad de un horizonte final de desaparición y superación de las naciones. O el hecho de que se preocupen de las naciones sólo de un modo instrumental, auxiliar, en tanto que pueden frenar o estorbar o acelerar la lucha social; esto es, siempre de un modo subordinado a otro criterio superior, el de la lucha de clases o el de la revolución, etc, pero nunca considerándolas «en sí mismas». Esta línea crítica coincide, asimismo, en valorar que las aportaciones de Lenin no van más allá del campo de la táctica política.

A lo ya dicho hasta aquí, creo que pueden añadirse un par de argumentos más en contra de esa tesis. El primero es que enuncia un falso problema, pues en este mundo de relatividad resulta inaprehensible esa categoría, «en sí misma», de las naciones. Y el segundo, que no recoge correctamente el punto de vista de Lenin sobre el asunto de si hay o no una perspectiva final de las naciones. Durante los diez últimos años de su vida Lenin introduce un matiz corrector importante que le sitúa en un punto equidistante entre Kautsky y Bauer: ni admite ni niega expresamente un horizonte final superador de las naciones. El criterio al que se acoge entonces, «las naciones han de poder vivir cuanto quieran ellas mismas», no implica que la diferenciación nacional sea un rasgo necesariamente permanente de la humanidad del futuro, pero tampoco la excluye forzosamente.

Puede agregarse, además, una observación sobre el diferente peso de las opiniones y de los hechos en un autor como Lenin. Pues junto al Lenin que piensa esto o aquello, y a veces incluso a pesar de unas u otras opiniones manifestadas por él, está el político que pone en marcha unos mecanismos de desarrollo y consolidación de las naciones, de un modo directo en el ámbito de la URSS e indirectamente en todo el mundo de los pueblos sometidos.

Comoquiera que el intento de clasificar a Lenin resulta más trabajoso que con otros autores, como Kautsky o Bauer, pienso que puede obviarse ese problema, y que tiene más interés, en cambio, subrayar lo más característico acerca de su

significación en el marxismo de la época. Por mi parte, lo resumiría en estas cuatro proposiciones:

—la necesidad de resaltar la conexión y deuda de su obra nacional con los marxismos de la II Internacional;

—la consideración de que su obra es un testimonio patente de una tensión contradictoria entre una inercia doctrinal que le induce a prejuzgar los hechos nacionales y un dinamismo ideológico-político que le impulsa a ubicarlos sin ideas preconcebidas y de acuerdo con su significación real en el mundo de su época;

—el reconocimiento de su contribución a la lucha liberadora de los pueblos, tanto en su faceta de pensador y analista de su tiempo, cuanto en la de actor o agente que realiza en la práctica sus ideas nacionales;

—la exigencia de tener en cuenta dos aspectos que condicionan particularmente toda su obra. Uno, la especificidad de su condición nacional, esto es, el dato de que es miembro de una nación dominante y poderosa. Y segundo, el hecho de ser un revolucionario en el sentido más estricto de la palabra. Si lo primero explica que manifieste una sensibilidad muy acusada ante determinados aspectos de los problemas nacionales, lo segundo sirve para entender la naturalidad con que tiende a integrarlo todo, incluido lo nacional, en un plan revolucionario.

Sus limitaciones. Aproximación a los problemas no resueltos

11. Una aproximación rigurosa a las limitaciones de la obra nacional de Lenin tropieza, inexcusablemente, con la necesidad de deslindar lo que es achacable **propia**mente a sus ideas o a su comportamiento práctico. Y ésta no es una empresa nada sencilla por cuanto es casi inevitable que tienda a examinarse este asunto desde las realidades actuales, desenfocando así un límite consustancial a cualquier obra humana: el ser una obra de época, el estar situada dentro del horizonte con-

creto de su tiempo. En el caso de Lenin esto tiene mayor trascendencia si cabe, además, habida cuenta su característica personal de pensador y a la vez actor revolucionario.

Así, por ejemplo, no puede concebirse la obra de Lenin al margen de la dimensión real que los movimientos nacionales del Estado ruso tuvieron en su tiempo. No puede dejarse de lado el hecho de que tales movimientos (salvo raras excepciones) se caracterizaron en general, antes de la revolución, por su debilidad, escasa implantación popular, menguada obra nacionalitaria en sus pueblos respectivos... Ni el hecho de que al producirse la revolución hubieron de moverse necesariamente en un plano dependiente, bien de la revolución soviética, bien de las potencias imperialistas. Ni el hecho de que la revolución supuso una mejora real de las condiciones de vida de la población trabajadora y desposeída no-rusa, incluida su condición nacional (lengua, enseñanza, cultura, instituciones propias...). Pues todo ello explica un dato relevante de la situación: la débil presión de los movimientos nacionales. Una débil presión que condicionó, no ya sólo el pensamiento de Lenin, sino hasta las propias fórmulas nacionales adoptadas por la revolución soviética.

No han de menospreciarse, por otro lado, otras circunstancias singulares de la obra nacional soviética. Como el haber sido pionera en su tiempo en la tarea de institucionalizar un Estado plurinacional a partir del respeto a su diversidad (nacional). Debido a ello, la revolución no pudo mirarse entonces en el espejo de otras referencias, ni pudo servirse de fórmulas experimentadas en otras latitudes, sino que apechugó en soledad con los riesgos de toda empresa innovadora. O el hecho de que hubo de emprenderse dicha tarea en unas circunstancias realmente dramáticas, en un permanente estado de emergencia, en condiciones de absoluta precariedad. Es cierto que todo ello revaloriza más lo que se hizo entonces. Pero también es cierto que tales circunstancias condicionaron, irremediablemente, el alcance de la obra nacional.

Ha de tenerse en cuenta, asimismo, el problema de la calidad media del partido bolchevique en el campo de la políti-

ca nacional. Siguiendo el propio diagnóstico de Lenin, la acción de miles de bolcheviques con responsabilidades prácticas directas tras la revolución puso de manifiesto una calidad media en ese aspecto bastante deficiente, lo cual condicionó a su vez negativamente la aplicación práctica de la política nacional. Analizar las múltiples causas de esa deficiencia —desde los condicionamientos sociológicos y culturales... hasta la posibilidad de rastrear las ideas sobre la cuestión nacional realmente implantadas en el bolchevique medio, que era normalmente un ruso— es un problema vastísimo y tal vez imposible ya de reconstruir. Pero, en cualquier caso, puede afirmarse que una de las causas tiene como punto de referencia la misma obra nacional de Lenin.

A veces, a pesar de sus propios desvelos. Como esa circunstancia imponderable de que importantes escritos suyos sobre la política nacional o bien no se conocieran en absoluto hasta después de su muerte o bien tuvieran entonces un alcance muy restringido. O como las ocasiones en que Lenin formula primero una posición, luego —lleno de dudas— la congela o la retira o la corrige expresamente, y, sin embargo, la mayoría del partido se queda a la postre con el primer enunciado, el más problemático, y no con las dudas o las correcciones posteriores.

En otro sentido, es preciso referirse a la dificultad que encerraba su propia obra escrita, dado su carácter paradójico y contradictorio, sus lagunas y ambigüedades... tanto más si se tiene en cuenta la ausencia de una revisión, sistematizada por él mismo, que ayudara a interpretarla. Y también, en fin, al efecto en el partido bolchevique, más que problemático, de sus silencios u omisiones, autocríticas a medio hacer, comportamientos oportunistas, etc., de los que he dado cuenta en los capítulos anteriores. Todo lo cual no quita para que siga siendo un cierto misterio por qué ocurre en tantas ocasiones que los ejemplos negativos y los errores adquieran una influencia más profunda que los ejemplos positivos y los aciertos. En cierto modo es lo que sucede con Lenin.

12. Más allá de estos u otros condicionamientos, pienso que las limitaciones de la obra nacional de Lenin son inseparables, sobre todo, de su propia idea sobre el desarrollo de la revolución. Me refiero con ello al problema de que tuvo que lidiar una revolución en la que nunca había pensado. Siempre había concebido la revolución rusa en relación, más o menos simultánea, con la revolución de algunos de los países europeos más avanzados, de los cuales recibiría una ayuda desinteresada, fundamental para su sostenimiento y desarrollo. Pero tuvo que asumir, de hecho, el envite de mantener la revolución en un país atrasado, en precario, mayoritariamente campesino y en condiciones de absoluto aislamiento. Y si ello puso a prueba ciertamente su voluntad revolucionaria, también reveló los límites de la teoría marxista, no preparada para ese evento, como lo reconoció él mismo con el paso del tiempo.

Un primer problema derivado de esto es que todos sus planteamientos tienen como punto central de referencia la idea de que la revolución rusa forma parte de una cadena mucho más amplia de estallidos revolucionarios. De modo que mientras confía en un soporte **exterior** de la revolución tiende a prestar menos atención a los problemas más específicos de la propia realidad. No ocurre tanto que no los advierta, sino que los juzga con otra dimensión. Pues se trata sobre todo de hacer la revolución, primero, aprovechando las condiciones favorables del imperio ruso. Y, luego, de sostenerla contra viento y marea, dando tiempo a que tengan lugar otras revoluciones y a que las condiciones de la revolución rusa se tornen entonces más favorables para su desarrollo socialista.

En la medida en que Lenin mantiene esa creencia en un soporte **falso** —según demostró el tiempo— de la revolución, en esa medida se impide a sí mismo llevar a cabo una reflexión más penetrante sobre los condicionamientos negativos que realmente pesaban sobre la revolución soviética en concreto. Y, debido a ello, se abre en cierto modo un notable abismo entre los grandes principios que la animan y las necesidades y miserias en que se mueve realmente la revolución.

Gracias a su capacidad de armonizar las situaciones más paradójicas, puede trazar un puente sobre ese abismo, basado en unas dosis muy personales de honestidad, decisión revolucionaria y optimismo impenitente. Pero eso no basta. Revela, es cierto, una actitud incuestionable de llevar la revolución por la senda del socialismo y del comunismo; y también, en buena medida, una cierta ingenuidad sobre cómo hacer ese camino. Pero pone de manifiesto, sobre todo, la carencia de una línea más concreta, tanto teórica como práctica, para afrontar la realidad de la revolución soviética.

Otro problema es el tiempo que le lleva cuestionar esa perspectiva. O mejor, tal vez, el hecho de que cuando la modifica, cuando comienza a reconocer la realidad de la revolución, los problemas no resueltos, sus condicionamientos negativos, etc., cuando comienza a reflexionar, a partir de ello, en las medidas correctoras, sobreviene entonces el agravamiento de su enfermedad y su muerte prematura. De manera que el resultado final de esta reflexión es limitado por fuerza, amén de tardío. Carece de tiempo material para llevar más lejos, siquiera, el mero diagnóstico de los problemas, aparte de no poder poner en marcha una corrección práctica de la política nacional.

13. Las limitaciones de la política nacional de Lenin, tanto en el plano de la teoría como en el de la práctica, tienen mucho que ver con estos problemas. Tarda demasiado en advertir los condicionamientos negativos de la realidad. Y apenas tiene tiempo de prestarles la debida atención, desde que comienza a hacerlo en el tramo final de su vida. El hecho, por otra parte, de que Lenin descubra entonces algunos problemas básicos de la política nacional soviética, a su vez pone en evidencia sus lagunas anteriores.

Tal se observa, por ejemplo, en su percepción del problema de la desigualdad de hecho existente entre el pueblo ruso y los demás pueblos soviéticos. Casi al final de su vida se da cuenta de que es un hueso mucho más duro de roer de lo que pensaba. Es entonces cuando percibe que la tensión igualita-

rista estaba vinculada, no sólo a la ayuda material y a la voluntad de trabajar sinceramente con una actitud igualitaria, cosas ambas necesarias, sino también a algunos problemas más complicados: como el problema de la configuración del poder o el de la propia realidad del partido bolchevique. Pero su reflexión sobre estas cuestiones (que otros líderes de la revolución ni siquiera la iniciaron, por cierto) apenas contiene algo más que unos apuntes iniciales.

En lo relativo al asunto del poder no llegó a formular nunca de un modo claro un diagnóstico preciso sobre la realidad del poder soviético desde el punto de vista nacional. Esto es, que se había edificado de hecho una institucionalización nacional **formalista**. Los distintos pueblos soviéticos tenían formalmente unas esferas de poder, bien en exclusividad o bien compartidas con los órganos de la federación, pero es indiscutible que carecían de un poder real de decisión y que éste se ubicaba de modo absoluto en los órganos centrales del partido bolchevique. Sólo barruntó este problema cuando, al final de su vida, reparó en la necesidad de que los pueblos soviéticos no-rusos se dotasen de unas garantías institucionales frente a la prepotencia rusa. Pero, aun entonces, no se le ve reconsiderar a fondo el problema de la concentración del poder real en un partido bolchevique muy minoritario y fundamentalmente ruso (Una concentración de poder que se había producido, bien es verdad, no porque lo concibiera así, sino por la fuerza de la necesidad)

En cuanto al partido ha de tenerse en cuenta la funcionalidad revolucionaria de su planteamiento. Lo concibió siempre unido y centralizado, porque tal condición se le antojaba necesaria tanto para hacer la revolución como para, después, sostenerla. Y al fin y al cabo, los hechos confirmaron que fue una acertada hipótesis de trabajo para aquellas circunstancias del imperio ruso. Pero, a partir de ahí, creo que pueden hacerse un par de objeciones.

La primera es que durante muchos años embelleció Lenin el carácter plurinacional del partido bolchevique. Claro está que hasta cierto punto lo tenía (no hay más que ver la abun-

dancia de cuadros judíos, polacos, ucranianos, caucásicos...) y que siempre mantuvo la intención de ser un partido plurinacional. Pero, aun así, ha de reconocerse que no logró superar un desequilibrio bastante pronunciado en lo relativo a su composición real y que permaneció como un partido muy ruso, aunque con pequeños añadidos de la periferia generalmente bastante rusificados. Se le debe objetar, por tanto, el hecho de que sólo al final reparase Lenin en la importancia de esa condición sociológica del partido.

La segunda es que durante toda su vida, incluida la etapa final en este caso, prestó escasa atención a las contradicciones inherentes al planteamiento de mantener un partido unido y centralizado para un ámbito tan diverso y plurinacional.

Por las circunstancias de todo tipo que la rodearon, la revolución soviética pudo hacerse y pudo poner en marcha un poder totalmente distinto al de las clases que antaño lo detentaban, así como una obra que subvirtió muy radicalmente la situación anterior... Los problemas nacieron a partir de ahí y en la medida en que pretendió avanzar por el camino de la transición al comunismo, sentar las bases de un régimen que realizara la igualdad nacional, etc., cuando contaba con imponderables condicionamientos adversos para hacer ese camino.

Así, y debido a la acumulación de fuerzas anterior, la revolución estaba «condenada» a ser un hecho ruso y a no tener un carácter realmente plurinacional. Luego, a ser sostenida también, básicamente, por la población rusa. Y, finalmente, a que los rusos mantuvieran siempre un papel decisivo, de «hermano mayor», aun en la misma obra de institucionalización nacional del nuevo régimen. Este papel del elemento ruso, asemejable por entero a un despotismo ilustrado, era la clave fundamental en la que reposaba la viabilidad del programa nacional bolchevique. Y lo que condicionaba por ello su fragilidad.

Pues bien, la principal limitación de Lenin es, a mi juicio, la de haber pensado poco en este problema de fondo. Durante demasiado tiempo no lo advirtió, tal vez porque al mane-

jar a corto plazo una perspectiva mundial de la revolución situaba este tipo de cosas en otra dimensión. Luego, sus buenas intenciones taparon en cierto modo la carencia de un proyecto político nacional más determinado. Y cuando comenzó a percibirlo, no le dió tiempo para entrar más a fondo. Al final queda la incógnita, ya irresoluble, de si un diagnóstico más perspicaz y la sincera intención igualitaria le hubieran evitado estrellarse contra la cruda realidad que tenía entre manos.

Bibliografía

I. Bibliografía general.

- Akzin, Benjamin: *Estado y nación*. Fondo de cultura económica. México, 1968.
- Albertini, Mario: *L'état national*. Federop. Lyon, 1978.
- Albertini (y otros): *L'idée de nation*. Presses Universitaires de France. París, 1969.
- Amin, Samir: *Clases y naciones en el materialismo histórico*. El Viejo Topo. Barcelona, 1979.
- Andersen, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*. Siglo XXI. Madrid, 1986.
- , *Teoría, política e historia*. Siglo XXI. Madrid, 1985.
- Andreucci, Franco, «La cuestión colonial y el imperialismo», en *Historia del marxismo*. Tomo 6°. Bruguera. Barcelona, 1981.
- , «La difusión y la vulgarización del marxismo», idem, tomo 3°.
- Apalategi, Jokin e Iztueta, Pablo: *El marxismo y la cuestión nacional vasca*. Itxaropena, 1977.
- Arato, Andrew, «La antinomia del marxismo clásico: marxismo y filosofía», en *Historia del marxismo*. Tomo 6°. Bruguera. Barcelona, 1981.

- Aubet, María José: *Rosa Luxemburg y la cuestión nacional*. Anagrama. Barcelona, 1977.
- Bach, Lydia: *Historia de la revolución rusa. La revolución política*. Joaquín Gil. Barcelona, 1931.
- Bakunin, Mijaíl: *Federalismo, socialismo y antiteologismo*. Aguileira. Madrid, 1977.
- , *La libertad*. (selección de textos a cargo de Carlos Díaz). Júcar. Madrid, 1977.
- Balibar, Renée y Laporte, Dominique: *Burguesía y lengua nacional*. Avance. Barcelona, 1976.
- Barceló, Miquel, «Una nota sobre la cuestión nacional española», en *Comunistas y/o nacionalistas*. Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1977.
- Barón, Samuel H.: *Plejanov, el padre del marxismo ruso*. Siglo XXI. Madrid, 1976.
- Barracough, Geoffrey (y otros): *Gran Atlas de historia*. Ebrisa. Barcelona, 1985.
- Baumont, Maurice: *L'essor industriel et l'imperialisme colonial (1878-1904)*. Presses Universitaires de France. París.
- Bauer, Otto: *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*. Siglo XXI. México, 1979.
- , *Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades*. Cuadernos de pasado y presente, n° 74. México, 1978.
- , *El obrero y la nación*. Cuadernos de pasado y presente, n° 74. México, 1978.
- , *Otto Bauer et la revolution*. (selección de textos hecha por Yvon Bourdet). Etudes et documentation internationales, París, 1978.
- Belfort-Bax, E.: *Política colonial y chovinismo*. Cuadernos de pasado y presente, n° 73. México, 1978.
- Beltza (López Adan, Emilio): *Nacionalismo vasco y clases sociales*. Txertoa. San Sebastián, 1976.
- Ben Najum, Daniel, «La cuestión nacional en los escritos de Borojov», en *La cuestión nacional*. Ediciones Vascas. Bilbao, 1979.
- Bennaerts, Pierre (y otros): *Nationalité et nationalisme*. Presses Universitaires de France. París, 1968.
- Bennigsen, Alexandre de, «Los turcos durante el gobierno zarista y soviético», en *Asia central*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- , (y Quelquejay, Chantal): *Les mouvements nationaux chez les musulmans de Russie*. Mouton & Co. París, 1960.

- , (y Lemerchier-Quelquejay, Chantal): *La presse et le mouvement national chez les musulmans de Russie avant 1920*. Monton & Co. París, 1964.
- Ber Borojov, Dov: *Nacionalismo y lucha de clases*. Cuadernos de pasado y presente, n° 83. Siglo XXI. México, 1979.
- , *La cuestión nacional*. Ediciones Vascas. Bilbao, 1979.
- Bernstein, Eduard: *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la socialdemocracia*. Claridad. Buenos Aires, 1966.
- , *La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos*. Cuadernos de pasado y presente, n° 73. México, 1978.
- Bettelheim, Charles: *Las luchas de clases en la URSS. Primer período (1917-1923)*. Siglo XXI. Madrid, 1976, (dos tomos).
- Bianco, Lucien (y otros): *Asia contemporánea*. Siglo XXI. Madrid, 1984.
- Blas Guerrero, Andrés de: *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*. Espasa Calpe. Madrid, 1984.
- Bloom, Salomón F.: *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*. Siglo XXI. Madrid, 1975.
- Bottomore, Tom (y otros): *Diccionario del pensamiento marxista*. Tecnos. Madrid, 1984.
- Bourdet, Yvon: *Proletariado universal y culturas nacionales*. Cuadernos Anagrama, n° 145. Barcelona, 1977.
- Breton, Roland: *Geografía de las lenguas*. Oikos-tau. Barcelona, 1979.
- , *Las etnias*. Oikos-tau. Barcelona, 1983.
- Bujarin, Nikolai: *El imperialismo y la acumulación del capital*. Cuadernos de pasado y presente, n° 51. Córdoba (Argentina), 1975.
- , *La théorie du matérialisme historique*. Anthropos. París, 1969.
- , (y Preobrazhensky): *ABC du communisme*. Maspero. París, 1968.
- Burian, Peter, «Estado nacional», en *Marxismo y democracia. Historia 3*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Busquets, Julio: *Sociología de las nacionalidades*. Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1971.
- Calwer, Richard: *La política colonial*. Cuadernos de pasado y presente, n° 74. México, 1978.
- Carr, Edward H.: *Los exiliados románticos (Bakunin, Herzen, Ogarrev)*. Sarpe. Madrid, 1985.
- , *De Napoleón a Stalin*. Crítica-Grijalbo. Barcelona, 1983.

- , *La revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917-1929*. Alianza. Madrid, 1979.
- , *La revolución bolchevique (1917-1923)*. Alianza. Madrid, 1973, (tres tomos).
- , *El interregno (1923-1924)*. Alianza. Madrid, 1977.
- , *El socialismo en un sólo país (1924-1926)*. Alianza. Madrid, 1974, (cuatro tomos).
- Carrère D'Encausse, Hélène, «La revolución rusa y la política soviética en Asia central», en *Asia central*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- , *Comunismo y nacionalismo*. Cuadernos de Anagrama, n° 145. Barcelona, 1977.
- , *Unidad proletaria y diversidad nacional. Lenin y la teoría de la autodeterminación*. Cuadernos Anagrama, n° 145. Barcelona, 1977.
- , *Reforme et revolution chez les musulmans de l'empire russe*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, 1981.
- , *L'empire éclaté. La revolte des nations en URSS*. Flammarion. France, 1978.
- , (y Schram, Stuart): *El marxismo y Asia*. Siglo XXI. Argentina, 1974.
- Colding, George A., «Sociedad de Naciones», en *Marxismo y democracia. Historia 9*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Cole, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista*. Fondo de cultura económica. México, 1964, (siete tomos).
- Chesneaux, Jean, «La penetración del socialismo moderno en el mundo árabe-asiático hasta 1918», en *Historia general del socialismo, de 1875 a 1918* (segundo tomo), Destino, Barcelona, 1985.
- Davis, Horace B.: *Nacionalismo y socialismo*. Península. Barcelona, 1975.
- Deutsch, Karl W.: *El nacionalismo y sus alternativas*. Paidós. Buenos Aires, 1971.
- Deutscher, Isaac: *Stalin. Biografía política*. Era, México. 1965. *Diario de las secretarías de Lenin*. Cuadernos de pasado y presente, n° 25. Córdoba-Argentina, 1974.
- Dzjuba, Ivan: *Opresión de las nacionalidades en la URSS*. Hacer. Barcelona, 1980.

- Döring, Falk, «Panarabismo y panislamismo», en *Marxismo y democracia. Historia 8*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Droz, Jacques: *Europa: restauración y revolución*. Siglo XXI. Madrid, 1985.
- , (y otros): *Historia general del socialismo, de 1875 a 1945*, (especialmente sus trabajos sobre los diversos partidos socialistas centro-europeos). Destino. Barcelona, 1985.
- El marxismo y la cuestión nacional* (Selección de textos). Avance. Barcelona. 1976.
- Elorza, Antonio, «Comunismo y cuestión nacional en Catalunya y Euskadi»: *Saioiak*, nº 1. San Sebastián, 1977.
- Engels, Friedrich: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Obras escogidas, tomo 3º. Progreso. Moscú, 1978.
- , *Anti-Düring*. Ayuso. Madrid, 1978.
- Epstein, Fritz T., «Paz de Brest-Litovsk», en *Marxismo y democracia. Historia 8*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Fernández Buey, Francisco, «Evolución de las opiniones de Karl Marx sobre Rusia», en *Mientras tanto*, nº 19 y 20. Barcelona, 1984.
- Fieldhouse, David K.: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. Siglo XXI. Madrid, 1984.
- Fontana, Josep: *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Crítica-Grijalbo. Barcelona, 1982.
- Gallissot, Renée, «Nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero», en *Historia del marxismo*, tomo 6º. Bruguera. Barcelona, 1981.
- , «El socialismo en el mundo árabe», en *Historia general del socialismo de 1918-1945*, segundo tomo. Destino. Barcelona, 1985.
- , «Comunismo e Islam», idem.
- Gárate, Gotzon: *Marx y los nacionalismos separatistas*. San Miguel. Bilbao, 1974.
- Getzler, Israel, «Giorgi V. Plejanov: el fracaso de la ortodoxia», en *Historia del marxismo*, tomo 5º. Bruguera. Barcelona, 1979.
- Geyer, Dietrich, «Revolución de Octubre», en *Marxismo y democracia. Historia 8*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Gispert, Carles y Prats, Josep María: *España, un estado plurinacional*. Blume. Barcelona, 1978.
- Godelier, Maurice: *El modo de producción asiático*. Martínez Roca. Barcelona, 1969.
- Goehrke, Carsten (y otros): *Rusia*. Siglo XXI. Madrid, 1980.

- Gustafson, Bo: *Marxismo y revisionismo*. Grijalbo. Barcelona, 1975.
- Hájek, Milos: *Historia de la tercera internacional*. Crítica Grijalbo. Barcelona, 1984.
- Haupt, Georges: *Dinamismo y conservadurismo de la ideología. Rosa Luxemburg y la investigación marxista sobre la cuestión nacional*. Cuadernos de pasado y presente, nº 71. México, 1979.
- , «Marx y el marxismo», en *Historia del marxismo*, tomo 2º. Bru-guera. Barcelona, 1980.
- , (y Weill, Claude): *Marx y Engels frente al problema de las na-ciones*. Fontamara. Barcelona, 1978.
- , (y Löwy, Michael): *Los marxistas y la cuestión nacional*. Fonta-mara. Barcelona, 1980.
- Hilferding, Rudolf: *El capital financiero*. Tecnos. Madrid, 1985.
- Histoire du Parti Communiste -bolchévik- de l'URSS*. Norman Bet-hune. París, 1971.
- Hobsbawm, Eric J.: *Las revoluciones burguesas*. Guadarrama. Bar-celona, 1982.
- , «Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels», en *Historia del marxismo*, tomo 2º. Bruguera. Barcelona, 1979.
- , «La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX», idem, tomo 3º, Barcelona, 1980.
- , «Marxismo, nacionalismo e independentismo», en *Zona Abier-ta*, nº 19. Madrid, 1979.
- Hellmann, Manfred (y otros): *Rusia*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- Iaari, Meir, «El borojismo en nuestros días», en *La cuestión nacio-nal*. Ediciones Vascas. Bilbao, 1979.
- Jauregi, Gurutz: *Contra el Estado-Nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*. Siglo XXI. Madrid, 1986.
- , *Ideología y estrategia política de ETA*. Siglo XXI. Madrid, 1981.
- Jaurés, Jean: *Los orígenes del socialismo alemán*. Ediciones de cul-tura popular. Barcelona, 1967.
- Kaddache, Mahfoud: *Histoire du nationalisme algérien (19191951)*. Societé Nationale d'Edition et de Diffusion. Alger, 1980.
- Kautsky, Karl: *La nacionalidad moderna*. Cuadernos de pasado y presente, nº 73. México, 1978.
- , *Vieja y nueva política colonial*. idem.
- , *Nacionalidad e internacionalidad*. Cuadernos de pasado y pre-sente, nº 74. México, 1978.
- Kinder, Hermann e Hilgemann, Werner: *Atlas histórico mundial*. Ist-mo. Madrid, 1979.

- Kohn, Hans: *Historia del nacionalismo*. Fondo de cultura económica. México, 1949.
- , *El nacionalismo, su significado y su historia*. Paidós. Buenos Aires, 1966.
- Kolakowski, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo. II. La edad de oro*. Alianza Universidad. Madrid, 1982.
- Korzec, Pawel, «El socialismo polaco», en *Historia general del socialismo, de 1918 a 1945*, primer tomo. Destino. Barcelona, 1985.
- Krader, Lawrence, «Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico», en *Historia del marxismo*, tomo 2°. Bruguera. Barcelona, 1980. Kriegel, Anne, «La segunda internacional», en *Historia general del socialismo, de 1918 a 1945*, segundo tomo. Destino. Barcelona, 1985.
- , «La tercera internacional», idem, primer tomo.
- Knei-paz, Baruch, «Trotski: revolución permanente y revolución del atraso», en *Historia del marxismo*, tomo 7°, Bruguera. Barcelona, 1983.
- La primera internacional. Fundamentos. Madrid, 1977, (dos tomos).
- Lemberg, Hans, «Panenslavismo», en *Marxismo y democracia. Historia 8*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Lemercier-Quelquejay, Chantal, «Los kazacos y los kirguises», en *Asia central*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- , Les mouvements nationaux.... (ver Bennigsen).
- , *La presse et le mouvement national*.... (ver Bennigsen).
- Lenin, Vladimir: *Obras completas*. Akal. (51 tomos).
- Levrero, Renato: *Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels*. Cuadernos Anagrama, n° 97. Barcelona, 1975.
- Liebman, Marcel: *Le léninisme sous Lénine*, (dos volúmenes), Seuil. París, 1973.
- Los cuatro primeros congresos de la internacional comunista*. Cuadernos de pasado y presente, n° 43 y 47. México, 1977.
- Lorenz, Richard: *Rusia*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- Löwy, Michael: *El marxismo olvidado*. Fontamara. Barcelona, 1978.
- , (y Haupt, Georges): *Los marxistas y la cuestión nacional*. Fontamara. Barcelona, 1980.
- Luxemburgo, Rosa: *El desarrollo industrial de Polonia (y otros escritos sobre el problema nacional)*. Cuadernos de pasado y presente, n° 71. México, 1979.

- , *La cuestión nacional y la autonomía*. Cuadernos de pasado y presente, n° 81. México, 1979.
- , *La crisis de la socialdemocracia*. Anagrama. Barcelona, 1976.
- , *La acumulación del capital*. Cuadernos de pasado y presente, n° 51. Córdoba-Argentina, 1975.
- , *Textos sobre la cuestión nacional*. Ediciones de la Torre. Madrid, 1977.
- , *Oeuvres II (Ecrits politiques 1917-1918)*. Maspero. París, 1969.
- , *Textes*. Editions Sociales. París, 1969.
- Mármora, Leopoldo, «Introducción» a *La segunda internacional y el problema nacional y colonial*. Cuadernos de pasado y presente, n° 73. Siglo XXI. México, 1978.
- Marx, Karl, «Crítica del programa de Gotha», en *Obras Escogidas III*. Progreso. Moscú, 1976.
- , *La cuestión judía*, en OME 5. Crítica-Grijalbo. Barcelona, 1978.
- , *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI. México, 1980.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich: *El Manifiesto Comunista*. Ayuso. Madrid, 1974.
- , *La ideología alemana*. Grijalbo. Barcelona, 1970.
- , *Sobre el sistema colonial del capitalismo*. Akal. Madrid, 1976.
- , *Escritos sobre Rusia, 2: El porvenir de la comuna rural rusa*. Cuadernos de pasado y presente. México, 1980.
- , *La cuestión nacional y la formación de los Estados*. Cuadernos de pasado y presente, n° 69. México, 1980.
- , *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*. Cuadernos de pasado y presente, n° 72. México, 1979.
- , *Obras Escogidas*, (3 tomos). Progreso. Moscú, 1978.
- , «Selección de textos», en *Sobre el modo de producción asiático*. Martínez Roca. Barcelona, 1969.
- Mehring, Franz: *Carlos Marx*. Grijalbo. Barcelona, 1971.
- , *Carlos Marx y los primeros tiempos de la internacional*. Grijalbo. México, 1968.
- Miliband, Ralph, «Bettelheim y la experiencia soviética», en *Zona Abierta*, n° 6. Madrid, 1976.
- , *Marxismo y política*. Siglo XXI. Madrid, 1978.
- Minogue, K.R.: *Nacionalismo*. Paidós. Buenos Aires, 1968.
- Mommsen, Hans, «Nacionalismo. El problema de las Nacionalidades», en *Marxismo y democracia. Historia 7*. Rioduero. Madrid, 1975.

- , «Socialismo y Estado nacional», en *Marxismo y democracia. Historia 3*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Mommsen, Wolfgang J.: *La época del imperialismo*. Siglo XXI. Madrid, 1983.
- Morison, David, «Dominio colonial» en *Marxismo y Democracia. Historia 3*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Maugué, Pierre: *Contra el Estado-nación, Ediciones de la Torre*. Madrid, 1981.
- Nairn, Tom: *Los nuevos nacionalismos en Europa*. Península. Barcelona, 1979.
- Najeson, José Luis: *Marxismo y cuestión nacional en el pensamiento de Borojov*. Cuadernos de pasado y presente, nº 83. México, 1979.
- Negt, Oskar, «Rosa Luxemburgo y la renovación del marxismo», en *Historia del marxismo*, tomo 4º. Bruguera. Barcelona, 1980.
- Nettl, J.P.: *La cuestión nacional* (en Rosa Luxemburgo), Cuadernos de pasado y presente, nº 81, México, 1979.
- , *Rosa Luxemburg y su concepción del imperialismo*. Cuadernos de pasado y presente nº 51. Córdoba-Argentina, 1975.
- Nin, Andreu: *Los movimientos de emancipación nacional*. Fontamara. Barcelona, 1977.
- , *la cuestión nacional en el Estado español*. Fontamara. Barcelona, 1979.
- Obieta, José Antonio: *El derecho de autodeterminación de los pueblos*. Universidad de Deusto. Bilbao, 1980.
- Oltra Benjamín, Mercadé Francesc, Hernández Francesc: *La ideología nacional catalana*. Anagrama. Barcelona, 1981.
- Ortzi (Letamendia, Francisco): *Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA*. Ruedo Ibérico. París, 1975.
- , *Los vascos, Síntesis de su historia*. Hórdago. Donostia, 1978.
- Pannekoek, Anton: *Lucha de clase y nación*. Cuadernos de pasado y presente, nº 74. México, 1978.
- Pierce, Richard, «La conquista y la administración rusa del Turquestán», en *Asia Central*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- Plejanov, Giorgii: *Obras escogidas*, (2 tomos), Quetzal. Buenos Aires, 1966.
- Poliakov, León: *La Europa suicida. 1870-1933. Historia del antisemitismo*. Muchnik editores. Barcelona, 1986.
- Ponteil, Félix: *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral*. Presses Universitaires de France. París, 1968.

- Portal, Roger, «El socialismo ruso hasta la revolución de 1917», en *Historia general del socialismo, de 1875 a 1918*, segundo tomo. Destino. Barcelona, 1985.
- , «El socialismo en los países balcánicos hasta 1914», idem.
- , «La edificación de una sociedad socialista: la URSS», idem, (de 1918 a 1945, primer tomo).
- Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI. Madrid, 1979.
- , *La internalización de las relaciones capitalistas y el estado-nación*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1974.
- Preobrazhenski, E. y Bujarin, M.: *ABC du communisme*. (véase Bujarin).
- Proudhon, Pierre J.: *El principio federativo*. Editora Nacional. Madrid, 1977.
- , *Propiedad y federación*. Narcea. Madrid, 1972.
- Rébèrioux, Madeleine, «El debate sobre la guerra», en *Historia del marxismo*, tomo 6º, Bruguera. Barcelona, 1981.
- , (capítulos sobre el socialismo francés y belga), en *Historia general de socialismo, de 1875 a 1918*, primer tomo. Destino. Barcelona, 1985.
- , «El socialismo y la primera guerra mundial», idem, segundo tomo.
- Recalde, José Ramón: *La construcción de las naciones*. Siglo XXI. Madrid, 1982.
- Reinan, Michel, «Los bolcheviques desde la primera guerra mundial hasta Octubre», en *Historia del marxismo*. Tomo 7º. Bruguera. Barcelona, 1983.
- Renner, Karl: *Estado y nación*. Cuadernos de pasado y presente, nº 73. México, 1978.
- Ribó, Rafael: *Sobre el fet nacional*. Avance. Barcelona, 1977.
- , «Marxismo, catecismo y cuestión nacional», en *Stalin. El marxismo y la cuestión nacional*. Anagrama. Barcelona, 1977.
- Rocker, Rudolf: *Nacionalismo y cultura*. La Piqueta. Madrid, 1977.
- Rodinson, Maxime: *Sobre la cuestión nacional*. Cuadernos Anagrama, nº 112. Barcelona, 1975.
- , *Los árabes*. Siglo XXI. Madrid, 1981.
- , *Marxisme et monde musulman*. Seuil. París, 1972.
- , *Islam et capitalisme*. Seuil. París, 1966.
- Rosdolsky, Roman: *El problema de los pueblos «sin historia»*. Fontamara. Barcelona, 1981.

- Rovira y Virgili, Antonio: *Historia de los movimientos nacionalistas*. Hacer. Barcelona, 1980.
- , *Resum d'història del catalanisme*. La Magrana. Barcelona, 1983.
- , *Nacionalisme y federalisme*. Edicions 62. Barcelona, 1982.
- Sabine, George: *Historia de la teoría política*. Fondo de cultura económica. Madrid, 1981.
- Salvadori, Máximo: «Kautsky entre ortodoxia y revisionismo», en *Historia del marxismo*, Tomo 4°. Bruguera. Barcelona, 1980.
- Scheibert, Peter, «El imperio ruso, de Pedro el Grande a la revolución de febrero», en *Rusia*. Siglo XXI. Madrid, 1980.
- Schram, Stuart (y Carrère d'Encausse, Hélène): *El marxismo y Asia*. (véase Carrère).
- Skocpol, Theda: *Los estados y las revoluciones sociales*. Fondo de cultura económica. México, 1984.
- Shub, D.: *Lenin*. Alianza. Madrid, 1977.
- Smith, Anthoni D.: *Las teorías del nacionalismo*. Península. Barcelona, 1976.
- Stalin, Josif V.: *J.V. Stalin. Obras*. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú, 1953, (13 volúmenes).
- Stone, Norman: *La Europa transformada. 1878-1919*. Siglo XXI. Madrid, 1985.
- Strada, Vittorio, «Lenin y Trotski», en *Historia del marxismo*. Tomo 7°. Bruguera. Barcelona, 1983.
- , «El marxismo legal en Rusia», *idem*, tomo 5°.
- Strasser, Josef: *El obrero y la nación*. Cuadernos de pasado y presente, n° 74. México, 1978.
- Suratteau, Jean R.: *La idea nacional. De la opresión a la liberación de los pueblos*. Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1975.
- Sweezy, Paul M.: *Teoría del desarrollo capitalista*. Fondo de cultura económica. México, 1974.
- Termes, Josep: *Federalismo, anarco-sindicalismo y catalanismo*. Anagrama. Barcelona, 1976.
- Terray, Emmanuel, «La idea de nación y las transformaciones del capitalismo», en *Stalin. El marxismo y la cuestión nacional*. Anagrama. Barcelona, 1977.
- Tönnies, Ferdinand: *Comunidad y asociación*. Península. Barcelona, 1979.
- Trotsky, León: *Stalin*. José Janés. Barcelona, 1948.
- , *Mi vida*. Cénit. Madrid, 1930.

- , *Historia de la revolución rusa*, (dos volúmenes). Sarpe, Madrid, 1985.
- , *La revolución permanente*. Coyoacán. Buenos Aires, 1969.
- Ulam, Adam B.: *Stalin*. Noguer. Barcelona, 1975.
- Van Kol, Henri: *Sobre la política colonial*. Cuadernos de pasado y presente, n° 74. México, 1978.
- Varios autores: *Nacionalismo y socialismo en Euskadi*. Ipes. Bilbao, 1983.
- , «Marxisme et question nationale», en *Critique communiste*, n° 10. París.
- , «Movimientos de independencia y de liberación», en *Marxismo y democracia. Historia 6*. Rioduero. Madrid, 1975.
- , «Darwinismo», en *Marxismo y democracia. Historia 3*. Rioduero. Madrid, 1975.
- Venturi, Franco: *El populismo ruso*, (dos volúmenes). Alianza Universidad, Madrid, 1981.
- Vilar, Pierre, «Pueblos, naciones, estados», en *Iniciación al vocabulario histórico*. Crítica-Grijalbo. Barcelona, 1980.
- , «El tiempo de las nacionalidades», en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*. Crítica-Grijalbo. Barcelona, 1980.
- Walter, Gerard: *Lenin*. Grijalbo. Barcelona, 1974.
- Walicki, Andrzej, «El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX», en *Historia del marxismo*. Tomo 3°. Bruguera. Barcelona, 1980.
- , «Socialismo ruso y populismo», idem, tomo 5°, 1981.
- , *Populismo y marxismo en Rusia*. Estela. Barcelona, 1971.
- Zetkin, Clara (y otros): *Recuerdos de Lenin*. Fundamentos. Madrid, 1977.
- Zmarzlik, Hans-Günter: «Darwinismo social», en *Marxismo y democracia. Historia 3*. Rioduero. Madrid, 1975.

II. Artículos de Lenin

En este apartado incluyo dos tipos de artículos. Por un lado, una lista, prácticamente completa, de aquellos que contienen alguna referencia a los problemas nacionales, por más reducida o tangencial que sea. Van señalados con el signo + . Por otra parte, añado una selección de los escritos que permiten seguir las opiniones de Lenin a lo largo de las distintas situaciones de su vida política. Van señalados con un guión.

1894.

- + Quiénes son los «amigos» del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas.
- El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del Señor Struve.

1895.

- + Proyecto y explicación del programa del partido socialdemócrata.

1897.

- + Tareas de los socialdemócratas rusos.
- A qué herencia renunciamos.

1899.

- + El desarrollo del capitalismo en Rusia.
- Protesta de los socialdemócratas de Rusia.
- + Proyecto de programa de nuestro partido.

1901.

- + La protesta del pueblo finlandés.

1902.

- + Qué hacer.
- + Proyecto de programa del POSDR.
- + Sobre los informes de los comités y grupos del POSDR al Congreso General del partido.

1903.

- + A propósito de una declaración del BUND.
- + Sobre el manifiesto de la «Unión de los socialdemócratas armenios».
- + ¿Necesita el proletariado judío un «partido político independiente»?
- + El problema nacional en nuestro partido.

- + Programa del II Congreso ordinario del POSDR.
- + Proyecto de resolución sobre el lugar que debe ocupar el BUND en el POSDR.
- + (Intervenciones en el) II Congreso del POSDR.
- + El lugar del BUND dentro del partido.

1904.

- + Un paso adelante, dos pasos atrás.

1905.

- Jornadas revolucionarias.
- Las primeras enseñanzas.
- Plan general de trabajo y resoluciones del III Congreso del POSDR.
- + A los obreros judíos.
- Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.
- La huelga política de toda Rusia.

1906.

- La revolución rusa y las tareas del proletariado.
- Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR.
- El gobierno, la Duma y el pueblo.
- La táctica del proletariado y las tareas del momento.
- La crisis política y el fracaso de la táctica oportunista.

1907.

- Plataforma de la socialdemocracia revolucionaria.
- V Congreso del POSDR.
- Actitud hacia los partidos burgueses.
- Contra el boicot.
- + El Congreso socialista internacional de Stuttgart.
- El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907.

1908.

- + Material inflamable en la política mundial.
- + El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia.
- + Los acontecimientos de los Balcanes y Persia.
- Apreciación del momento actual.
- Plan de conferencias sobre el marxismo.

1909.

- La actitud del partido obrero hacia la religión.
- Actitud de las clases y los partidos hacia la religión y la Iglesia.
- + El zar contra el pueblo finés.

1910.

- Por qué objetivos luchar.
- + La campaña contra Finlandia.
- + Guión para la disertación «El congreso socialista internacional de Copenhague y su significación».

1911.

- El cincuentenario de la abolición del régimen de servidumbre.
- La estructura social del poder, las perspectivas y el liquidacionismo.

1912.

- + VI Conferencia de Praga del POSDR de toda Rusia.
- Liberalismo y democracia.
- Los partidos políticos en Rusia.
- Huelgas económicas y huelgas políticas.
- El ascenso revolucionario.
- + Democracia y populismo en China.
- Resultados de seis meses de trabajo.
- La concentración de la producción en Rusia.
- + El fin de la guerra italo-turca.
- + Un juego de azar.

- + A todos los ciudadanos de Rusia.
- + La zorra y el gallinero.
- + Una resolución vergonzosa.
- + Un nuevo capítulo de la historia mundial.
- + Los kadetes y los nacionalistas.
- + La importancia social de las victorias serbio-búlgaras.
- + El renacimiento de China.
- + Los problemas espinosos de nuestro partido. Los problemas «liquidacionista» y «nacional».
- + Acerca de ciertos discursos de los diputados obreros.
- + Acerca de los diputados obreros de la Duma y su declaración.
- + La «reconciliación» de los nacionalistas y los kadetes.
- + Los nacional-liberales.

1913.

- + Comunicado y resoluciones de la reunión de Cracovia del comité central del POSDR con funcionarios del partido.
- Resultados de las elecciones.
- + La guerra de los Balcanes y el chovinismo burgués.
- + La Rusia de hoy y el movimiento obrero.
- Aniversario de Pravda.
- Importancia de la tentativa de colonización.
- + Los colaboradores del «Veji» y el nacionalismo.
- + La política internacional de la burguesía.
- + El despertar de Asia.
- + Los separatistas en Rusia y los separatistas en Austria.
- + La clase obrera y el problema nacional.
- + Proyecto de plataforma para el IV Congreso de los socialdemócratas del territorio letón.
- + ¿Ha ofrecido pruebas «Pravda» del separatismo de los bundistas?
- + Tesis sobre el problema nacional.
- + Los kadetes y el problema de Ucrania.
- + La nacionalización de la escuela judía.
- + Guerra de clases en Dublín.
- + Liberales y demócratas en el problema de los idionas.
- + ¿Cómo defiende el Obispo Nikon a los ucranianos?
- + Resoluciones de la reunión del verano de 1913 del C.C. del POSDR con funcionarios del partido.

- + La autonomía cultural nacional.
- + Los kadetes y el «derecho de las naciones a la autodeterminación».
- + La nacionalidad de los alumnos en las escuelas rusas.
- Las huelgas en Rusia.
- + El programa nacional del POSDR.
- + Una vez más sobre la separación de las escuelas por nacionalidades.
- + Notas críticas sobre el problema nacional.
- + El nacional liberalismo y el derecho de las naciones a la autodeterminación.
- + «Novoie Vremia» y «Riech» acerca del derecho de las naciones a la autodeterminación.

1914.

- + Tesis para la disertación sobre el problema nacional.
- + ¿Es necesario un idioma oficial obligatorio?
- + Informe al buró socialista internacional.
- + Para la historia del programa nacional en Austria y en Rusia.
- + Más sobre el nacionalismo.
- + Nota de la redacción al artículo de Veterano: «El problema nacional y el proletariado letón».
- + Los liberales ingleses e Irlanda.
- + Lecciones políticas.
- + Proyecto de ley sobre la igualdad nacional.
- + Los obreros letones y la división del grupo socialdemócrata de la Duma.
- + El problema de la política nacional.
- + La igualdad nacional.
- + Proyecto de ley sobre la igualdad de las naciones y sobre la defensa de los derechos de las minorías nacionales.
- + Cómo se corrompe a los obreros con el nacionalismo refinado.
- Dos caminos.
- + Se ha hecho la luz.
- La clase obrera y la prensa obrera.
- Datos objetivos sobre la fuerza de las distintas tendencias en el movimiento obrero.
- + El derecho de las naciones a la autodeterminación.

- + Nota de la redacción al «Llamamiento a los obreros ucranianos» de Oxen Lola.
- + Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea.
- + Plan para el folleto «La guerra europea y el socialismo europeo».
- + La guerra y la socialdemocracia de Rusia.
- + La situación y las tareas de la Internacional Socialista.
- + Carlos Marx.
- + El orgullo nacional de los gran rusos.

1915.

- + Nota «De la redacción» para el artículo «Ucrania y la guerra».
- + Los «Südekum» rusos.
- + Bajo una bandera ajena.
- + Los sofismas de los socialchovinistas.
- + La lucha contra el socialchovinismo.
- + La bancarrota de la II Internacional.
- + El programa de la paz.
- + El socialismo y la guerra.
- + La consigna de los Estados Unidos de Europa.
- + El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación.
- + Política socialchovinista encubierta con frases internacionalistas.
- + El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional.
- + Prólogo para el folleto de N. Bujarin «La economía mundial y el imperialismo».
- + La socialdemocracia alemana y el derecho de las naciones a la autodeterminación.

1916.

- + Paz sin anexiones y la independencia de Polonia como consignas del día en Rusia.
- + La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación.
- + El «Programa de paz».
- + Chovinismo alemán y no alemán.

- + El imperialismo, etapa superior del capitalismo.
- + El folleto de Junius.
- + Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación.
- + La nueva tendencia del «economismo imperialista».
- + Respuesta a P.Kievski (I.Piatakov)
- + Una caricatura del marxismo y el «economismo imperialista».
- + Ahogados en un vaso de agua.
- + El imperialismo y la división del socialismo.
- + Una paz por separado.
- + Sobre el planteamiento del problema de la defensa de la patria.
- + Pacifismo burgués y pacifismo socialista.
- Carta abierta a Boris Souvarine.
- + Cuadernos sobre el imperialismo. Recopilación de los muy diversos materiales (extractos de libros y artículos, cuadros estadísticos, comentarios...) utilizados por Lenin para la elaboración de sus trabajos sobre el imperialismo entre 1912 y 1916. Volúmenes XLIII y XLIV de sus Obras Completas.

1917.

- + Informe sobre la revolución de 1905.
- + Un viraje en la política mundial.
- + Guiones para el folleto «Estadística y Sociología».
- + Estadística y Sociología.
- Proyecto de tesis, 4 (17) de marzo de 1917.
- + Cartas desde lejos.
- + Carta de despedida a los obreros suizos.
- Informe en una reunión de delegados bolcheviques a la Conferencia de los soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia.
- + Las tareas del proletariado en la actual revolución. Tesis.
- + Las tareas del proletariado en nuestra revolución. (Proyecto de plataforma del partido proletario)
- + Séptima conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR.
- + Finlandia y Rusia.
- + Los secretos de la política exterior.
- + Uno de los tratados secretos.
- ¿Ha desaparecido el doble poder?

- + Materiales para la revisión del programa del partido.
- + I Congreso de los soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia.
- + ¿Existe algún camino hacia una paz justa?
- + La política exterior de la revolución rusa.
- + Ucrania.
- + Ucrania y la derrota de los partidos gobernantes de Rusia.
- Sobre las consignas.
- Ilusiones constitucionalistas.
- Las enseñanzas de la revolución.
- + Cartas con motivo del volante «A propósito de la toma de Riga».
- + La Conferencia de Estocolmo.
- La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella.
- Uno de los problemas fundamentales de la revolución.
- + El Estado y la revolución.
- + Las tareas de la revolución.
- La crisis ha madurado.
- + ¿Podrán los bolcheviques retener el poder?
- + Revisión del programa del partido.
- + Segundo Congreso de toda Rusia de los soviets de diputados obreros y soldados.
- + Discurso pronunciado en el Primer Congreso de toda Rusia de la marina de guerra.
- + Guión del programa de las negociaciones sobre la paz.
- + Manifiesto al pueblo de Ucrania, con un ultimatum a la Rada de Ucrania.
- + Tesis sobre la Asamblea Constituyente.

1918.

- + Resolución del Consejo de Comisarios del Pueblo acerca de las negociaciones con la Rada.
- + Del diario de un publicista (Temas para desarrollar)
- + Resolución del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la respuesta de la Rada.
- + Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado.
- + Para la historia de una paz infortunada.

- Tercer Congreso de toda Rusia de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.
- + Congreso extraordinario de toda Rusia de ferroviarios.
- + Discurso en la sesión vespertina del C.C. del POSDR (28 de febrero)
- + La fraseología revolucionaria.
- + La patria socialista está en peligro.
- + Lección dolorosa pero necesaria.
- + Séptimo Congreso extraordinario del PC(b)R.
- + Primera variante del artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético».
- Las tareas inmediatas del poder soviético.
- Infantilismo de izquierda y la mentalidad pequeñoburguesa.
- + Protesta al gobierno alemán contra la ocupación de Crimea.
- + Informe sobre la política exterior en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia y el soviet de Moscú.
- Sobre el hambre.
- Reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el soviet de diputados obreros, campesinos y del Ejército Rojo de Moscú y de los sindicatos obreros.
- + Entrevista concedida al corresponsal del «Folkets Dagblad Politiken».
- + Discurso en la reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el soviet de Moscú, los comités de fábricas y los sindicatos de Moscú (29 de julio)
- + Informe en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia, el soviet de Moscú, los comités de fábricas y los talleres y los sindicatos (22 de octubre)
- + Reunión de activistas del partido de Moscú.
- + La revolución proletaria y el renegado Kautsky.

1919.

- + Acerca del proyecto de resolución del C.C. del PC(b)R sobre la requisita de excedentes en Ucrania.
- + Discurso pronunciado en una reunión de la Casa del pueblo de Petrogrado (13 de marzo)
- + Exitos y dificultades del poder soviético.
- + Borrador del proyecto de programa del PCR.
- + VIII Congreso del PC(b)R:

Informe del Comité Central (18 marzo)

Informe sobre el programa del partido (19 marzo)

Palabras finales para el informe sobre el programa del partido (19 marzo)

- + Los progroms contra los judíos (Discursos grabados en discos)
- Reunión plenaria extraordinaria del soviét de Moscú de diputados obreros y del Ejército Rojo (3 abril) Informe sobre la situación interna y exterior de la República Soviética.
- + Discurso en una reunión de ferroviarios del empalme Moscú.
- + Telegrama al Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania (8 mayo)
- + La situación actual y las tareas inmediatas del poder soviético (4 julio)
- + Las tareas de la III Internacional (Ramsay Macdonald y la III Internacional)
- + Respuestas a las preguntas de un periodista norteamericano.
- Carta a los obreros y campesinos con motivo de la victoria sobre Kolchak.
- + Cómo utiliza la burguesía a los renegados.
- + Conversaciones con Mohamed Vali-Khan, embajador extraordinario afgano.
- + A los camaradas comunistas del Turquestán.
- + Notas tomadas durante una reunión de los delegados al II Congreso de toda Rusia de organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente.
- + Informe ante el II Congreso de toda Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente.
- + Resolución del CC del PC(b)R sobre el poder soviético en Ucrania.
- + VIII Conferencia de toda Rusia del PC(b)R:
 - Informe político del Comité Central.
 - Palabras finales sobre el problema del poder soviético en Ucrania.
- + Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado.
- + Carta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de las victorias sobre Denikin.

1920.

- + Discurso pronunciado en la Conferencia partidista de obreros y miembros del Ejército Rojo del distrito de Presnia.
- + Informe sobre la labor del CEC de toda Rusia y del CCP en la primera sesión del CEC de toda Rusia de la VII legislatura (2 febrero)
- + Proyecto de resolución sobre el partido ucraniano de los borotbistas.
- + Respuestas a las preguntas de Karl Wiegand, corresponsal...
- + Observaciones a la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre el problema de los borotbistas.
- + Informe en el I Congreso de toda Rusia de cosacos trabajadores.
- + Discurso pronunciado en la sesión del soviet de Moscú de diputados obreros y del Ejército Rojo (6 marzo)
- + IX Congreso del PC(b)R:
 - Informe del comité central
 - Palabras finales para el informe del comité central.
- + Discurso pronunciado en el Congreso de toda Rusia de obreros del vidrio y de la porcelana.
- El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.
- + Discurso a los miembros del Ejército Rojo que parten para el frente polaco.
- + Discurso pronunciado en una sesión conjunta del CEC de toda Rusia, el soviet de Moscú, los sindicatos y los comités de fábricas y talleres (5 mayo)
- + Telegrama al gobierno socialista soviético de Azerbaiján.
- + A la Asociación Revolucionaria India.
- + Discurso en la Conferencia de toda Rusia de organizadores del trabajo en el campo (12 junio)
- + Proyecto de resolución del buró político del CC del PC(b)R sobre los objetivos del PC(b)R en Turquestán.
- + Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista:
 - 1. Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial.
 - 5. Condiciones de admisión en la Internacional Comunista.
- + II Congreso de la Internacional Comunista:

1. Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista.
 3. Informe de la comisión sobre los problemas nacional y colonial.
- + Materiales del II Congreso de la Internacional Comunista:
 - Observaciones al informe de A.Sultan-Zade...
 - Notas para la comisión sobre los problemas nacional y colonial.
 - + IX Conferencia de toda Rusia del PC(b)R. Informe político del CC.
 - + Discurso en el Congreso de obreros y empleados de la industria del cuero.
 - + A los campesinos pobres de Ucrania.
 - + Proyecto de resolución del buró político del CC del PC(b)R sobre las tareas de PC(b)R en las regiones habitadas por los pueblos de Oriente.
 - + Discurso en la Conferencia de presidentes de comités ejecutivos de distritos, subdistritos rurales y aldeas de la provincia de Moscú.
 - + Telegrama al Gobierno soviético de Ucrania y al Estado mayor del frente del Sur (16 octubre)
 - + Conferencia del PC(b)R de la provincia de Moscú. Nuestra situación exterior e interna y las tareas del partido.
 - + Telegrama al presidente del comité militar revolucionario de Armenia.
 - + VIII Congreso de toda Rusia de soviets:
 2. Palabras finales sobre las concesiones...
 3. Informe del CEC de toda Rusia y del CCP sobre la política exterior e interna.

1921.

- La crisis en el partido.
- Una vez más acerca de los sindicatos. La situación actual y los errores de Totsky y de Bujarin.
- + Saludo al Congreso de toda Ucrania de soviets.
- + Discurso en la sesión plenaria del soviet de diputados obreros y campesinos de Moscú (28 febrero)
- + Carta a G.K.Ordzhonikidze (2 marzo)

- X Congreso del PC(b)R. Informe sobre la actividad política del CC. del PC(b)R.
- + Telegrama al Consejo militar revolucionario del IX Ejército (10 marzo)
- + Reunión del grupo comunista del Concejo central de sindicatos de toda Rusia. Discurso de clausura para el informe sobre las concesiones.
- + A los camaradas comunistas de Azerbaijan, Georgia, Armenia, Dagestán y de la República del Norte del Cáucaso.
- El impuesto en especie.
- + Proyecto de resolución del CC. del PC(b)R (9 marzo)
- + III Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la táctica del PC(b)R.
- + Llamamiento a los campesinos de Ucrania.
- La depuración del partido.
- + Ante el IV aniversario de la revolución de octubre.
- + Proyecto de resolución del buró político del CC. del PC(b)R (15 octubre)
- VII Conferencia del partido de la provincia de Moscú. Informe sobre la nueva política económica.
- La importancia del oro ahora y después de la victoria total del socialismo.
- + Entrevista con una delegación de la República Popular de Mongolia.
- + Nota a J.V. Stalin con un proyecto de resolución (...) sobre la formación de una Federación de Repúblicas de Transcaucasia.
- + Carta al Consejo de propaganda y acción de los pueblos del Oriente.
- + IX Congreso de toda Rusia de soviets. La política interior y exterior de la República.
- + La política del partido laborista británico.

1922.

- Proyecto de tesis sobre el papel y las funciones de los sindicatos bajo la nueva política económica.
- + Carta a G.K. Ordzhonikidze sobre el fortalecimiento del ejército rojo georgiano.

- Condiciones de admisión de nuevos miembros al partido.
- XI Congreso del PC(b)R:
 2. Informe político del CC. del PC(b)R.
 3. Discurso de clausura para el informe político del CC. del PC(b)R.
- + Sobre la formación de la URSS. Carta a Kamenev (26 de septiembre)
- + Nota a L.B. Kamenev sobre la lucha contra el chovinismo de gran potencia.
- + Entrevista con M.Farbman, corresponsal del Observer y del Manchester Guardian.
- Discurso en la IV sesión del CEC de toda Rusia de la IX legislatura (31 octubre)
- Cinco años de la revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial. Informe al IV Congreso de la Internacional Comunista.
- + Al Congreso de toda Ucrania de soviets.
- Últimas cartas y artículos de V.I.Lenin:
- Cartas al Congreso (I a VII).
- + El problema de las nacionalidades o de la «autonomización».

1923.

- Últimas cartas y artículos de V.I. Lenin:
- Sobre el cooperativismo.
- Nuestra revolución.
- Cómo debemos reorganizar la inspección obrera y campesina.
- Mejor poco, pero mejor.

III. Cartas de Lenin

Sólo las que contienen alguna referencia a la política nacional.

- + A P.B. Axelrod (25 de mayo de 1901)
- + A G.M. Krzhizhanovski (3 de abril de 1903)
- + A E.M. Alexandrova (22 de mayo de 1903)
- + Al comité del POSDR de la Unión del Cáucaso (20 de octubre de 1903)

- + A A.M. Gorki (3 de enero de 1911)
- + A A.M. Gorki (entre el 15 y el 25 de febrero de 1913)
- + A L.B. Kamenev (antes del 25 de febrero de 1913)
- + A L.B. Kamenev (antes del 29 de marzo de 1913)
- + A G.I. Safarov (20 de julio de 1913)
- + A O.N. Lola (20 de julio de 1913)
- + A S.G. Shaumián (24 de agosto de 1913)
- + A S.G. Shaumián (6 de diciembre de 1913)
- + A I.F. Armand (1 de abril de 1914)
- + A I.F. Armand (24 de abril de 1914)
- + A S.G. Shaumián (19 de mayo de 1914)
- + A I.E. Herman (18 de julio de 1914)
- + A A.G. Shliápnikov (17 de octubre de 1914)
- + A A.G. Shliápnikov (24 de octubre de 1914)
- + A A.G. Shliápnikov (27 de octubre de 1914)
- + A A.G. Shliápnikov (31 de octubre de 1914)
- + A Basok (12 de enero de 1915)
- + A la redacción de Nashe Slovo (9 de febrero de 1915)
- + A A.M. Kollontai (11 de julio de 1915)
- + A D. Wijnkoop (24 de julio de 1915)
- + A A.M. Kollontai (4 de agosto de 1915)
- + A A.M. Kollontai (9 de noviembre de 1915)
- + A A.G. Shliápnikov (11 de marzo de 1916)
- + A A.M. Kollontai (19 de marzo de 1916)
- + A A.G. Shliápnikov (entre el 6 y el 13 de mayo de 1916)
- + A A.G. Shliápnikov (antes del 17 de junio de 1916)
- + A A.G. Shliápnikov (17 de junio de 1916)
- + A G.E. Zinoviev (agosto de 1916)
- + A N.D. Kiknadze (octubre-noviembre de 1916)
- + A N.D. Kiknadze (después del 5 de noviembre de 1916)
- + A I.F. Armand (20 de noviembre de 1916)
- + A I.F. Armand (25 de noviembre de 1916)
- + A I.F. Armand (30 de noviembre de 1916)
- + A I.F. Armand (después de 23 de diciembre de 1916)
- + A I.F. Armand (25 de diciembre de 1916)
- + A I.F. Armand (19 de enero de 1917)
- + A I.F. Armand (30 de enero de 1917)
- + A A.M. Kollontai (5 de marzo de 1917)
- + A I.S. Hanecki (30 de marzo de 1917)
- + Telegrama a V.A. Antonov-Ovséenko (30 de enero de 1918)

- + Telegrama a V.A. Antonov-Ovséenko (antes del 3 de febrero de 1918)
- + Telegrama a V.A. Antonov-Ovséenko (3 de febrero de 1918)
- + Telegrama a V.A. Antonov-Ovséenko (28 de febrero de 1918)
- + Telegrama a B.N. Nimvitski (5 ó 6 de febrero de 1919)
- + Telegrama a J.G. Rakovski (25 de abril de 1919)
- + Telegrama al comité revolucionario de Baskiria (5 de septiembre de 1919)
- + Telegrama a J.V. Stalin (22 de febrero de 1920)
- + Telegrama a L.D. Trotsky (27 de febrero de 1920)
- + Telegrama a I.T. Smilga y G.D. Ordzhonikidze (11 de marzo de 1920)
- + Telegrama a I.T. Smilga y G.D. Ordzhonikidze (17 de marzo de 1920)
- + Telegrama a G.D. Ordzhonikidze y nota a L.D. Trotsky (2 de abril de 1920)
- + Telegrama a G.D. Ordzhonikidze (4 de mayo de 1920)
- + Telegrama a J.V. Stalin (12 ó 13 de julio de 1920)
- + Telegrama a J.V. Stalin (11 de agosto de 1920)
- + Telegrama a M.V. Frunze (16 de octubre de 1920)
- + Telegrama a J.V. Stalin (29 de octubre de 1920)
- + Telegrama a J.V. Stalin (13 de noviembre de 1920)
- + Telegrama a G.D. Ordzhonikidze (9 de abril de 1921)
- + A I.T. Smilga (27 de mayo de 1921)
- + A M.D. Pavlovich (31 de mayo de 1921)
- + Respuestas a la carta de S.G. Said-Galiev (20 de julio de 1921)
- + Telegrama a Tsintsadze y Kavtaradze (21 de octubre de 1922)
- + A L.D. Trotsky (5 de marzo de 1923)
- + A P.G. Mdviani, F.E. Majaradze y otros (6 de marzo de 1923)

IV. Artículos de Stalin

Sólo los que contienen alguna referencia a la política nacional.

1904.

- + Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional.

1913.

- + Hacia el nacionalismo.
- + El marxismo y la cuestión nacional.

1917.

- + Sobre la abolición de las restricciones nacionales.
- + Contra el federalismo.
- + La VII Conferencia (Conferencia de abril) del POSDR:
 - 2. Informe sobre la cuestión nacional.
 - 3. Resumen de la discusión acerca de la cuestión nacional.
- + La contrarrevolución y los pueblos de Rusia.
- + Discurso en el Congreso de Helsingfors del Partido Obrero Socialdemócrata de Finlandia.
- + Contestación a los camaradas ucranianos en la retaguardia y en el frente.
- + Qué es la Rada de Ucrania.
- + Sobre la independencia de Finlandia.
- + Sobre la Armenia Turca.

1918.

- + Sobre la Rada burguesa de Kiev.
- + Intervenciones en el III Congreso de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia:
 - 1. Informe sobre la cuestión nacional.
 - 2. Proyecto de resolución sobre las instituciones federales de la República de Rusia.
 - 3. Resumen de la discusión en torno al informe sobre la cuestión nacional.
- + Nota por hilo directo al Secretariado popular de la República Soviética Ucraniana.
- + Sobre la República Tártara-Baskir.
- + Los contrarrevolucionarios de la Transcaucasia bajo la máscara del socialismo.
- + La organización de la República Federativa de Rusia.
- + Una de las tareas inmediatas.

- + Principios generales de la Constitución de la República Soviética Federativa Socialista de Rusia.
- + Telegrama al V Congreso de los soviets del territorio del Turkestan.
- + Las negociaciones de paz con Ucrania.
- + Intervenciones en la Conferencia de convocatoria del Congreso constituyente de la República Soviética Tártara-Baskir.
- + La situación en el Cáucaso.
- + A propósito de la situación en el Cáucaso.
- + A propósito de la región del Don y el Cáucaso del Norte.
- + La revolución de octubre y la cuestión nacional.
- + Una pared madianera.
- + No os olvidéis del Oriente.
- + Ucrania se libera.
- + Del Este llega la luz.
- + Las cosas marchan.

1919.

- + La política del gobierno en la cuestión nacional.
- + A los soviets de diputados y a las organizaciones del partido del Turkestan.
- + Dos campos.
- + Nuestras tareas en el oriente.
- + Las reservas del imperialismo.
- + Discurso de apertura del II Congreso de las organizaciones comunistas de los pueblos del Oriente.

1920.

- + Discursos en la IV Conferencia del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania.
- + La nueva campaña de la Entente contra Rusia.
- + La política del poder soviético respecto a la cuestión nacional en Rusia.
- + Del autor (prefacio a la colección de artículos sobre la cuestión nacional editada en 1920)
- + La situación política de la República.
- + El Congreso de los pueblos del Daguestán.

- + El Congreso de los pueblos de la región del Terek.
- + La situación en el Cáucaso.
- + Viva la Armenia soviética.

1921.

- + Discurso de apertura en la Conferencia de comunistas de los pueblos turcos de la RSFSR.
- + Las tareas inmediatas del partido en la cuestión nacional. Tesis para el X Congreso.
- + X Congreso del PC(b) de Rusia:
 1. Informe sobre las tareas inmediatas del partido en la cuestión nacional.
 2. Resumen de la discusión.
- + El planteamiento de la cuestión nacional.
- + Las tareas inmediatas del comunismo en Georgia y en la Transcaucasia.
- + La revolución de octubre y la política nacional de los comunistas rusos.

1922.

- + A propósito de la Unión de las Repúblicas nacionales independientes. Declaraciones a un redactor de Pravda.
- + Sobre la Unión de las Repúblicas Soviéticas.
- + Sobre la formación de la URSS.

1923.

- + Los factores nacionales en la edificación del Partido y del Estado. Tesis para el XII Congreso.
- + XII Congreso del PC(b) de Rusia:
 1. Informe de organización del CC del PC(b) de Rusia.
 2. Resumen de la discusión.
 3. Informe sobre los factores nacionales en la edificación del Partido y del Estado
 4. Resumen de la discusión.
 5. Respuesta a las enmiendas a la discusión.

6. Adición al informe de la comisión encargada de la cuestión nacional.
- + Cuarta Conferencia del CC del PC(b) de Rusia con los funcionarios responsables de las repúblicas y regiones nacionales:
 1. Proyecto de plataforma sobre la cuestión nacional para la IV Conferencia, aprobado por el Buró político del CC.
 2. Las derechas y las «izquierdas» en las repúblicas y regiones nacionales.
 3. Medidas prácticas para cumplir la resolución del XII Congreso del Partido sobre la cuestión nacional.
 4. Resumen de la discusión.
 5. Respuesta a las intervenciones.
 - + Declaración sobre la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Apéndice nº 1 incluido en el tomo VI de las Obras de Stalin)
 - + Acuerdo sobre la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Apéndice nº 2, en el mismo tomo)

Índice de Ilustraciones

1. Los movimientos nacionales de Europa occidental a finales del siglo XIX	21
2. Los movimientos nacionales de la Europa central y oriental a finales del siglo XIX	23
3. Los nuevos estados europeos tras la Primera Guerra Mundial	25
4. Las nacionalidades del imperio austro-húngaro....	43
5. Distribución de la población del imperio ruso por nacionalidades, según el censo de 1897	97
6. Los países bálticos	101
7. Pueblos eslavos en la frontera occidental.....	103
8. Rumanos de Besarabia y tártaros de Crimea.....	105
9. Los pueblos del Cáucaso.....	107
10. Los pueblos ribereños del Volga.....	111

11.	Los pueblos siberianos.....	113
12.	Los pueblos del Asia central.....	115
13.	Disolución del imperio turco.....	129
14.	Censo de las nacionalidades del imperio austro-húngaro al comienzo del siglo XX	131
15.	Principales focos de la revolución de 1905	201
16.	La autonomía nacional cultural, según Otto Bauer	217
17.	La participación de algunos países europeos occidentales en el dominio imperialista del mundo a comienzos del siglo XX	283
18.	Principales centros de difusión y organización de los movimientos nacionales del imperio ruso.....	321
19.	La guerra civil	369
20.	Distribución de la población del Cáucaso por nacionalidades, según el censo de 1897	395
21.	Las repúblicas transcaucásicas.....	449
22.	La organización nacional de la URSS en 1923.....	469

Indice

Presentación.....	7
I.— La teoría marxista sobre las cuestiones nacionales en el paso del siglo XIX al siglo XX	11
Una época de cambio (de 1870 a la Primera Guerra Mundial). La constitución del mundo moderno	11
Del cosmopolitismo ingenuo a la nacionalización y estatalización de la clase obrera	27
El despegue de la teoría. Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo	33
La configuración de la teoría.....	53
Recapitulación. La herencia marxista.....	81
II.— Contexto y antecedentes de la cuestión nacional en el imperio ruso	95
Un imperio multinacional	95
Un imperio amasado por la fuerza	114
La opresión nacional moderna. Una cárcel de pueblos	119

	Los inicios de los movimientos nacionales.....	131
	El tratamiento de la cuestión nacional en los precursores del movimiento revolucionario ruso	139
	La recepción del marxismo. Plejanov.....	151
III.—	El primer Lenin (1887-1911)	159
	La huella populista.....	159
	Un tratamiento marginal de las cuestiones nacionales.....	164
	El programa de 1903	169
	La política nacional: una tarea «negativa»	176
	La valoración de los movimientos y luchas na- cionales.....	191
IV.—	Entre la rigidez doctrinal y el dinamismo ideológico-político	203
	La coyuntura interior rusa de 1912 a 1914. «O tempestad o reformas»	203
	El cambio de actitud ante los problemas nacio- nales	211
	La fundamentación teórico-doctrinal.....	225
	El planteamiento político. La doble tarea	242
	El derecho a la autodeterminación	251
	Federalismo y autonomía. Centralismo y de- mocracia	256
V.—	Replanteamiento de la política nacional y del in- ternacionalismo durante la Primera Guerra Mundial	267
	La reflexión nacional en el marco de la guerra	267
	La autodeterminación y Europa occidental	278
	El sujeto de la autodeterminación	286
	El imperialismo y la cuestión nacional	289
	La patria y el patriotismo	297
	El futuro de las naciones	306
VI.—	La vuelta a Rusia. Entre las dos revoluciones..	317
	La dispersión del poder.....	317
	Los problemas nacionales y la acumulación de fuerzas.....	324

	La inercia de la doctrina	335
VII.—	Los primeros pasos del poder soviético	339
	Paz y soviets	339
	Política nacional y soviétización. La propuesta federativa.....	345
	El Comisariado de las nacionalidades	356
VIII.—	Durante la guerra civil (1918-1920)	363
	El contexto.....	363
	El VIII Congreso del PCR(b). La discusión sobre la autodeterminación.....	372
	Ucrania.....	379
	La invasión de Polonia.....	386
	Los países bálticos	391
	Crimea	392
	El Cáucaso	393
	Mirando al Oriente	399
	La corrección de la política nacional en el Oriente. El Turquestán	410
	La obra del Comisariado de las nacionalidades	416
IX.—	Al final de su vida (1921-1924)	419
	Las preocupaciones de los últimos años.....	419
	La política nacional	428
	El X Congreso del partido bolchevique	437
	La invasión de Georgia y el conflicto sobre la Federación Transcaucásica	444
	La formación de la URSS.....	461
	El XII Congreso del partido bolchevique. Stalin frente a Lenin.....	479
X.—	Resumen final (A modo de conclusión)	509
	La evolución del pensamiento nacional de Lenin	509
	Significación de la obra nacional de Lenin en el marxismo de la época.....	521
	Sus limitaciones. Aproximación a los problemas no resueltos	530
	Bibliografía	539
	Índice de Ilustraciones	571

El pensamiento de Lenin sobre las cuestiones nacionales está marcado en su origen por las corrientes predominantes en el marxismo europeo. A partir de ahí echará a andar por su cuenta e irá definiendo unas posiciones renovadoras e independientes, marcadas por la doble voluntad de ajustarse a la realidad social y de favorecer el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. El presente libro de Javier Villanueva sigue de cerca la trayectoria de Lenin, tratando de entenderla ahondando en el contexto histórico de cada momento. A través de estas páginas se perfilan también criterios y enfoques propios del autor, que trascienden el examen de la obra de Lenin y que guardan estrecha relación con los problemas de los movimientos nacionales contemporáneos.